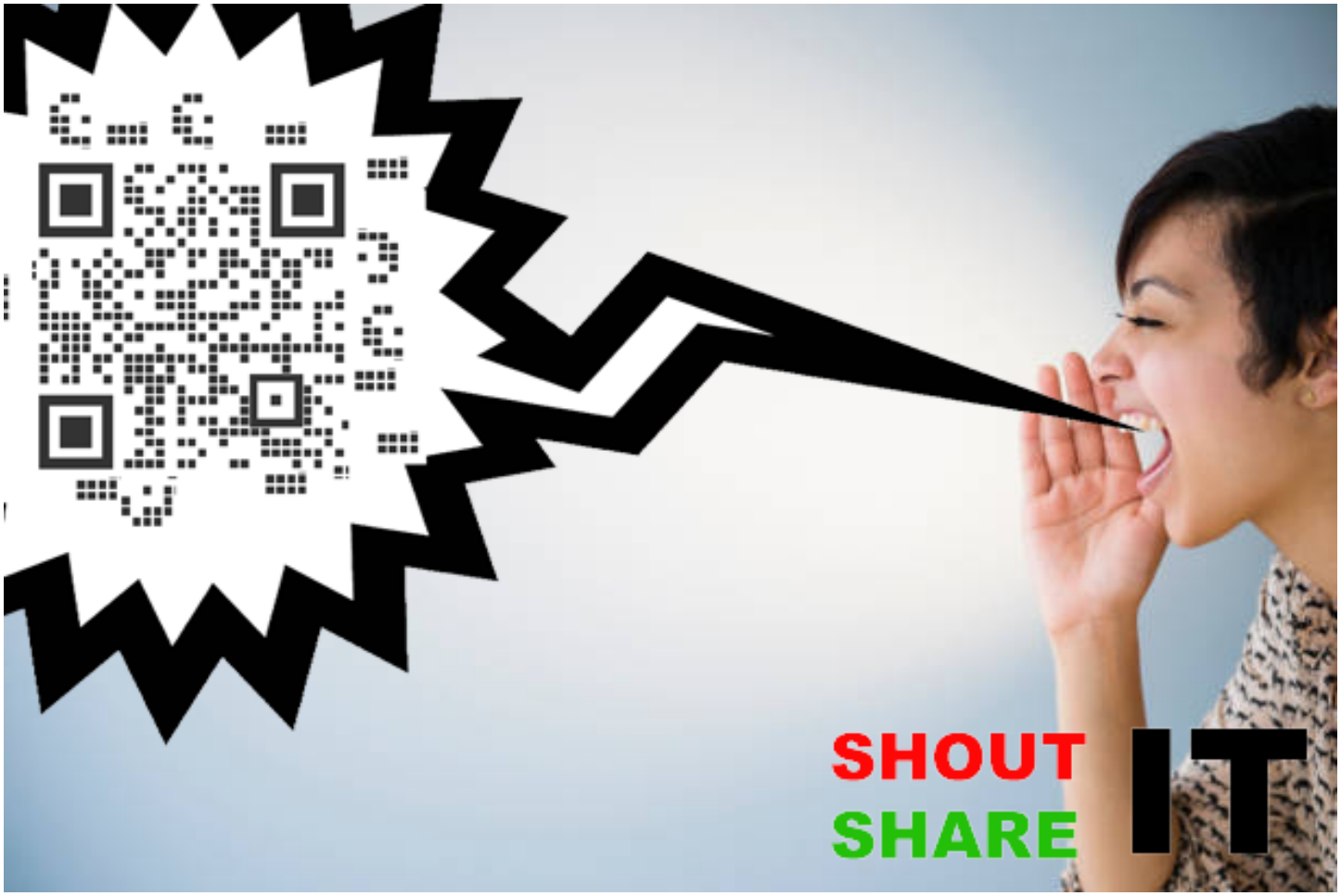
SHOUT
SHARE
IT

HISTORIA

DE LA

DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO.

HISTORIA

DE LA

DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO.

HISTORIA

DE

LA DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO,

POR

EDUARDO GIBBON.

TRADUCIDA DEL INGLÉS DE LA RECIENTE DE H. H. MILMAN, CON TODAS LAS NOTAS DEL AUTOR Y LAS DE AQUEL Y GUIZOT;

POR DON JOSÉ MOR DE FUENTES.

BARCELONA.
POR DON JUAN OLIVERES, IMPRESOR DE S. M.,
CALLE DE MONSERRATE, NÚM. 10.

1847.

HISTORIA

DE

LA DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO,

POR

EDUARDO GIBBON.

TRADUCIDA DEL INGLES DE LA REGENTE DE H. H. Milman, CON TODAS LAS NOTAS DEL AUTOR Y LAS DE Guizot;

POR DON JOSÉ MOR DE FUENTES.

TOMO VII.

BARCELONA.
POR DON JUAN OLIVERES, IMPRESOR DE S. M.
CALLE DE MONSERRATE, NÚM. 10.

1847.

HISTORIA

DE LA

DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO.

CAPITULO LIII.

Estado del imperio oriental en el décimo siglo.— Su estension y division.—Su riqueza y rentas.—Palacio de Constantinopla.—Dictados y empleos. — Boato y poderío de los emperadores.— Táctica de Griegos, Arabes y Francos.—Cesacion de la lengua latina.—Estudios y soledad de los Griegos.

Raya algun destello histórico allá entre las lobregueces del siglo décimo. Abrimos con ansia y acatamiento los volúmenes réjios de Constantino Pórfirojenito (1), quien los compuso ya en la madurez, para instruccion de su hijo, ofreciendo desentrañar el estado del imperio oriental en paz y guerra interior y exteriormente. En su primera obra va describiendo por puntos las ceremonias pomposísimas de la iglesia y del palacio de Constantinopla, segun su propio uso y el de sus antecesores (2). En la segunda, entabla una reseña esmerada de las provincias, de los *temas*, como á la sazon se apellidaba, tanto en Asia como en Europa (3). El sistema de táctica romana, la disciplina y arreglo de la tropa y las operaciones militares de mar y tierra, se van esplicando en la tercera de las colecciones didácticas que pueden atribuirse á Constantino, ú á su padre Leon (4). Desemboca en la cuarta, sobre el réjimen del imperio, los arcanos de la política Bizantina en sus relaciones amistosas ú hostiles con las naciones del orbe. Las tareas literarias del siglo, el sistema práctico de leyes, labranza é historia vienen á redundar en beneficio del súbdito y lauro de los príncipes macedonios. Los sesenta libros de los *Basilicos* (5), y el Código y Pandectas de la jurisprudencia civil, se fueron coordinando en los tres reinados primeros de aquella próspera dinastía. La agricultura habia entretenido el ocio, y ejercitado las plumas de los mas sabios anti-

guos, y su enseñanza mas selecta se halla comprendida en los veinte libros de los *Jeoponitas* de Constantino (6). Se fueron colocando por encargo suyo los ejemplos históricos de vicios y virtudes, en cincuenta y tres libros (7) y cada ciudadano pudo aplicar á sus contemporáneos ó á sí mismo, las lecciones ó advertencias de los tiempos pasados. El soberano de Oriente se apea en la jerarquía augusta de lejislador, al ejercicio mas llano de maestro y de amanuense, y si tantos súbditos como sucesores desatendieron sus paternales desvelos, *nos* cabe la herencia y el goce de aquella manda sempiterna.

Desmerece no obstante este don al desentrañarlo, y mengua al par el agradecimiento de la posteridad; pues aun atesorando la preciosidad imperial, tenemos que lamentar nuestra escasez y desvío, y luego empañado el brillo de sus autores, pára todo en despego y menosprecio. Se nublan los Basílicos á fuer de borradores, ó trasuntos parciales y cercenados, en griego de las leyes de Justiniano; pero el tino de los antiguos letrados suele trocarse en asomos de mistiquez, y la prohibicion absoluta del divorcio, de la mancebía y del interés de la moneda, entorpece el tráfico y acibara la vida civil. En todo libro histórico un súbdito de Constantino acataria el pundonor sobrehumano de Grecia, y Roma haciéndose cargo del encumbramiento y la pujanza á que el mortal habia alcanzado en lo antiguo: pero una nueva edicion de vidas de santos, redundaria en el paradero contrapuesto segun se encargó que la aparatase el sumo lejislador ó canciller del imperio, y aquel caudal de supersticion iba á rebosar con las patrañas floridas y disparatadas de Simon *Metafrastes* (8). Los merecimientos y milagros de todo un calendario suponen menos para un despreocupado que el afan de un mero labriego que va multiplicando los dones del Criador, y aborrece á sus hermanos. Pero los autores réjios de los *Jeoponitas* ahincaron mas eficazmente en formalizar los preceptos del arte esterminador, que desde el tiempo de Jenofonte (9) se está enseñando como el ejercicio de los héroes y los reyes; pero la *táctica* de Leon y de Constantino se desquilata con las heces del siglo, en que vivieron. Carecian de númen é iban copiando á ciegas las reglas y máximas que se corroboraban con las victorias: carecian aun mas de método y propiedad en el lenguaje, barajando allá las instituciones mas lejanas é inconexas, la falanje de Esparta y de Macedonia, las lejiones de Caton y de Trajano, de Augusto y Teodosio. Hasta el aprovechamiento y la entidad de aquellos rudimentos militares, se hacen muy dudosos, aunque su teórica procede por el rumbo de la racionalidad, pero el mérito y su dificultad se cifran en la aplicacion. El soldado se disciplina y labra con el ejercicio y no por el estudio; el desempeño de un caudillo se refunde en aquel alcance sosegado y rapidísimo que produce la naturaleza, para tramar la suerte de los ejércitos y de las naciones; lo primero es

parte de la vida entera, y el segundo el disparo de un momento; y las batallas ganadas con lecciones de táctica, corren parejas con los poemas épicos que se labran con las reglas de los críticos. El libro de ceremonias es un ritual empalagoso y aun escaso del boato baladí que estaba emponzoñando la iglesia y el estado desde el menoscabo incesante de la pureza de la primera, y del poderío del segundo. Una reseña de los temas ó provincias, aparenta una razon cabal y auténtica cual tan solo el esmero del gobierno alcanza á proporcionar, en vez de hablillas soñadas sobre el oríjen de las ciudades, y de epígramas avinagrados sobre los devaneos de sus vecindarios (10). Complaciérase el historiador en el alma en ir coordinando aquellas noticias, y no hay que tildar en escaseces, si los puntos descollantes como la poblacion de la capital y de las provincias, el importe de las rentas é impuestos, el número de súbditos y estranjeros que servian bajo el estandarte imperial, quedan traspuestos por Leon el filósofo y su hijo Constantino. Idénticos borrones afean su tratado de la gobernacion; pero lo realzan prendas apreciabilísimas, dudosas ó soñadas; podrán ser las antigüedades de las naciones; pero la jeografía y costumbres del orbe de los bárbaros, asoman delineadas con esmerado ahinco. Entre estas naciones tan solo cupo á los Francos, el deslindar puntualmente por su parte á la metrópoli del Oriente. Retrata el embajador del grande Oton, obispo de Cremona, el estado de Constantinopla á mediados del siglo diez con lenguaje florido, narracion despejada y reparos agudos, y hasta las vulgaridades y afectos de Luitprando descuellan con orijinalidad grandiosa y desahogada (11). Por mas que me escasee el caudal tanto casero como advenedizo, voy á escudriñar la sustancia y el aparato del imperio bizantino, sus provincias y productos, el gobierno civil y la fuerza militar, con la índole y literatura de los Griegos en todo un período de seis siglos, desde el reinado de Heraclio, hasta la invasion arrolladora de los Francos ó Latinos.

Tras el reparto terminante entre los hijos de Teodosio, Bárbaros ó enjambres, ya de Escitia, ya de Jermania, se tienden por las provincias, y anonadan el imperio de la antigua Roma. La estension del señorío está encubriendo la flaqueza de Constantinopla; cabales permanecen, aunque ya atropellados, sus linderos, y el reino de Justiniano logra el ensanche esplendoroso de Italia y Africa; mas vuela pronto la posesion de aquellas conquistas, y las armas sarracenas desgajan como la mitad del imperio oriental. Avasallan los califas la Siria y el Ejipto, y allanada el Africa, sus lugartenientes invaden y sojuzgan la provincia romana, trocada antes en la monarquía goda de España. Su poderío naval aposta por las islas del Mediterráneo, y desde sus apostaderos estremos, las bahías de Creta y las fortalezas de Sicilia, los emires, ya leales, ya rebeldes, están insultando á la majestad del sólio de los califas en su capital misma. Amóldanse de nuevo las pro-

vincias permanentes bajo la obediencia de los emperadores, y la jurisdiccion de presidentes, consulares y condes, queda orillada con la plantificacion de los *temas* (12) ó gobiernos militares, que prevalecen con los sucesores de Heraclio, y están circunstanciados por la pluma del escritor imperial. Enmarañado es el oríjen, y dudosa ó antojadiza la etimolojía de los veinte y nueve temas; doce en Europa y diez y siete en Asia; varian arbitrariamente sus linderos, mas ciertos nombres que nos disuenan en gran manera, venian á derivarse del jénero y traza de las tropas que se mantenian para la guardia y á costa de sus divisiones respectivas. Empapábanse los príncipes Griegos, en la soñada vanagloria de conquistas y de señoríos enajenados. Se plantea una nueva Mesopotamia al Occidente del Eufrates; trasládase el nombre, y el pretor de Sicilia á un trocillo de la Calabria, y un jiron del ducado de Benevento se encumbró al dictado, y las ínfulas de tema de Lombardía. Decaen los Arabes, y el engreimiento de los sucesores de Constantino se fincha mas fundadamente. Las victorias de Nicéforo de Juan Zimisces y Basilio segundo, resucitan la nombradía y ensanchan los ámbitos del nombre Romano, pues la provincia de Sicilia, la metrópoli de Antioquía y las islas de Creta y de Chipre, vuelven al gremio de Cristo y de Cesar un tercio de Italia se incorpora al sólio de Constantinopla; queda eternizado el reino de Bulgaria, y los últimos soberanos de la dinastía macedonia abarcan con su mando los manantiales del Tigris y las cercanías de Roma. Nuevos enemigos y mayores fracasos nublan otra vez la perspectiva en el siglo undécimo; pues los aventureros Normandos arrebatan las reliquias de Italia, y los conquistadores Turcos chapodan casi todas las ramas asiáticas del tronco Romano. Tras tanto malogro sigue la familia Comnena, reinando desde el Danubio al Peloponeso, desde Belgrado á Niza, Trebisonda y el sesgo cauce del Meandro. Obedecen á su cetro las provincias anchurosas de Tracia, Macedonia y Grecia, acompañan á la posesion de Chipre, Rodas y Creta, las cincuenta islas del mar Ejeo ó sagrado (13) y aquellos residuos de su imperio sobrepujan á los ámbitos del mayor reino europeo.

Afirmar podian los mismos príncipes con verdad y señorío, que entre todos los monarcas de la Cristiandad estaban poseyendo la ciudad mas grandiosa (14), la renta mas pingüe, y el estado mas populoso y floreciente. Las ciudades de Occidente se habian ido menoscabando, y destruyendo la paz del imperio, y mal podian los escombros de Roma ó los muros de barro, chozas de madera y estrechos recintos de Paris y Londres, avizar al viandante latino, para presenciar la situacion y el ámbito de Constantinopla, sus grandiosos templos y palacios y las artes y el lujo de un vecindario innumerable. Cebo eran sus tesoros; pero su poderío virjinal habia rechazado, y estaba prometiendo rechazar, el embate arrojado del Persa, del Búlgaro, del Arabe y del Ruso. Menos venturosas é inespug-

nables yacian las provincias, pues cortos distritos y pocas ciudades asomaban, que no hubiese ya descubierto y atropellado algun Bárbaro sediento de presa cuanto desahuciado de lejítima posesion. Menguando va mas y mas el imperio oriental desde el tiempo de Justiniano; arrolla el menoscabo todos sus aujes, y la tiranía civil y eclesiástica está de continuo acibarando los quebrantos de la guerra. Suelen los dependientes del soberano desposeer y encarcelar al cautivo huido de los bárbaros; con la supersticion griega, el rezo quebranta el ánimo y el ayuno el cuerpo y el sinnúmero de conventos y de festividades retrae por muchos dias infinitos brazos del afan provechoso para la nacion. Eran no obstante los súbditos del imperio bizantino los artífices mas aventajados y laboriosos del orbe, pues ya el país rebosa de ventajas naturales por suelo, clima y situacion, y su temple sufrido y apacible redundaba en mayores aujes artísticos que la anarquía feudal y la índole guerrera de Europa. Las provincias ya perdidas iban repoblando y enriqueciendo las restantes todavía en los ámbitos del imperio, pues los católicos de Siria, Ejipto y Africa, huyendo del yugo de los califas, se acojian al amparo de su príncipe y á la sociedad de sus hermanos; pues las preciosidades movibles, burlando las pesquisas y tropelías, los acompañaban y asistian en su destierro, y fué Constantinopla vinculando en su seno, el comercio fujitivo de Tiro y de Alejandría. Los caudillos de Armenia ó Escitia, al salvarse de la persecucion enemiga ó relijiosa, hallaban hospedaje y agasajo: se proporcionaba á los nuevos pobladores el desmonte de yermos, y varios solares de Asia y de Europa conservaron el nombre, las costumbres ó por lo menos la memoria de aquellas colonias nacionales. Aun las tribus de los bárbaros avecindados con sus armas en territorio del imperio tuvieron que irse allanando á las leyes eclesiásticas y seculares, y mientras siguieron aislados de los Griegos su posteridad fué suministrando una porcion de soldados fieles y obedientes. Si alcanzasen allá nuestros materiales al desempeño de una reseña de los veinte y nueve temas de la monarquía Bizantina, aun vendria á quedar satisfecha nuestra curiosidad con un ejemplar selecto, y es una dicha que la parte mas despejada corresponda á una provincia interesantísima como el nombre del Peloponeso debe embargar la atencion de todo lector culto.

Ya desde el siglo octavo en medio de los trastornadores Iconoclastas, cuadrillas esclavonas anduvieron atravesando la Grecia y el Peloponeso(15) hasta llevarse el estandarte real de Bulgaria. Los advenedizos antiquísimos Cadmo, Feneo y Pelops fueron planteando en aquel suelo pingüe las semillas de la política y de la literatura; pero los bravíos del norte desarraigaron cuanto quedaba de los troncos despejados y enfermizos. Trasformáronse con aquella irrupcion el país y los moradores: emponzoñóse la sangre griega y hasta los nombres mas engreidos del Peloponeso

so quedaron tiznados con los apodos de advenedizos y *esclavos*. Esmerá-ronse luego los príncipes en purificar el terreno hasta cierto punto de sus bárbaros y el residuo avasallado tuvo que obligarse con juramento que solia renovar y quebrantar á la obediencia, al tributo y al servicio militar. Hermandad estraña de esclavones y Sarracenos de Africa forma-liza el sitio de Patras, pero el vecindario, asomado ya el postrer trance, finje relijiosamente el asomo del pretor de Corinto y repentinamente se vivifica. Su nuevo arrojo realiza una salida ventajosa; se embarcan los advenedizos, huyen los rebeldes, y la gloria de aquel dia se atribuye á un vestiglo ú bien á un estranjero que estuvo peleando en las primeras filas bajo la forma de san Andrés apóstol. Los trofeos de la victoria condeco-ran el sagrario de sus reliquias, y la ralea cautiva queda vinculada en el servicio y vasallaje de la iglesia metropolitana de Patras. Suelen rebelar-se y alterar la paz de aquella península dos tribus esclavonas por las cer-canías de Helos y de Lacedemonia, insultando á veces la flaqueza ó con-trastando las tropelías del gobierno bizantino, hasta que por fin al asomo hostil de sus hermanos hubo que concederles una bula de oro para des-lindar los derechos y obligaciones de los Erisitas y Milengos, cuyo tribu-to anual se fijo en mil y doscientas piezas de oro. Entre estos advene-dizos el jeógrafo imperial va esmeradamente separando una casta *casera* y tal vez orijinal que hasta cierto grado traia su sangre de aquellos tan atro-pellados Hilotas. La galantería de los Romanos y con especialidad de Augusto habia libertado las ciudades marítimas del señorío de Esparta, y la continuacion de su regalía los habia hidalgado, con el dictado de *Fleutero* Latinas ó libres (16). En tiempo de Constantino Porfirojénito se acarrearon el apodo de *Mainotas*, con el cual estan afrentando sus ínfulas por el robo inhumano de cuanto naufragaba por sus playas. Su terreno estéril de trigo; pero abundante de aceite, se estendia hasta el cabo de Malea: aceptaron un príncipe ó caudillo del pretor bizantino, y un tribu-tillo de cuatrocientas piezas de oro era la prenda de su inmunidad mas bien que de su independencia. Los ciudadanos de Laconia se entonaban con presunciones de Romanos, y por lo mas se hermanaron en la Relijion de los Griegos. El afan del emperador Basilio los hizo bautizar en la Fe de Cristo, pero los altares de Venus y de Neptuno, merecieron coronas á sus cerriles devotos, á los quinientos años de estar ya vedados en el orbe romano. Nombrábanse todavía hasta cuarenta ciudades en el tema del Peloponeso (17) y el menoscabo de Esparta, Argos y Corinto, viene á promediar en el siglo décimo los estremos de su brillantez remota, y su actual esterminio. Pechaban las haciendas con los *quintos* ó aprontos de reclutas personalmente, ó por substitutos, cargando al perdiente cinco piezas de oro, con igual renglon por otros ramos de menor entidad. Al proclamar la guerra de Italia, los del Peloponeso lograron eximirse con la

oferta voluntaria de cien libras de oro (veinte mil duros) y mil caballos armados y enjaezados. Aprontaron las iglesias y monasterios su contingente; se pusieron sacrílegamente de venta los honores eclesiásticos, imponiendo al obispo menesteroso de Leucadia (18) una pension de cien piezas de oro (19).

Pero el caudal de la provincia y el afianzamiento de sus rentas, se cifraban en el producto lucido y grandioso de comercio y las manufacturas, y asoma cierto arranque de política garbosa en una ley que exime de toda sospecha personal á los marineros del Peloponeso, y á los obreros en púrpura y en pergamino. Este encabezamiento puede obviamente abarcar las manufacturas de lino, lana y con especialidad seda; y entre estas las dos primeras, florecieron en tiempo de Homero, y las últimas se plantearon acaso ya en el reinado de Justiniano. Ejercitadas estas artes en Corinto, Tebas y Arjos; suministraban que hacer y sustentos á crecidos vecindarios, apropiando hombres, mujeres y niños, segun su edad y sus fuerzas, y si muchos eran de la clase de esclavos, los maestros que encabezaban la empresa y disfrutaban el producto eran libres y de clase honrada. Los regalos de una matrona del Peloponeso al emperador Basilio, su hijo adoptivo, eran indudablemente artefactos griegos. Brindóle Danielis con una alfombra de lana finísima, matizada al remedo de la cola del pavo real, tan grandiosa como el pavimento de una iglesia nueva, erijida bajo la triple advocacion de Cristo, San Miguel arcánjel y San Elias profeta. Además seiscientas piezas de seda y de lino, con varios destinos y nombres; las de seda teñidas de púrpura, y encarnadas con primor, y las de lienzo tan sumamente delgadas, que todas en una pieza podian arrollarse en el interior de una caña (20). En este pormenor de manufacturas griegas, un historiador siciliano va deslindando el precio; segun el peso y calidad de la seda, el tupido de la tela, el matíz de sus colores, y el gusto y los materiales del bordado. Un hilo sencillo, ú doble ó triple, se conceptuaba suficiente para el despacho diario; pero el cordoncillo de seis hebras se apreciaba como obra del mayor costo y duracion. Elojia encarecidamente entre los matices, el destello subido de la escarlata, y el rico halagüeño del verde. El bordado se realzaba con seda y oro, desde unas tiras sencillas ó cercos hasta el remedo cabal de las flores: solian los ropajes palaciegos ó sacerdotales centellear con piedras preciosas, perfilando las figuras con sartas de perlas orientales (21). Se vinculaban en Grecia para toda la Cristiandad, hasta el siglo doce así el insecto amaestrado por la naturaleza, como los obreros enseñados con el arte á disponer aquella gala. Pero los Arabes lograron amañarse y descubrir el secreto, pues los califas del Oriente y del Ocaso tenian á mengua el valerse de incrédulos para ostentar sus ropajes, y se afamaron dos ciudades de España, Almería y Lisboa, con la manufactura, uso y quizás estraccion de la seda. Los Normandos fueron

sus introductores en Sicilia, y con aquella traslacion del comercio, sobresale la victoria de Roger, entre las hostilidades uniformes é inservibles de todos los siglos. Tras el saqueo de Corinto, Atenas y Tebas, se embarca su lugarteniente con una caterva cautiva de tejedores y artífices de ambos sexos, trofeo esclarecido para su amo, cuanto indecoroso para el emperador (22). Hácese cargo el rey de Sicilia de la suma entidad del regalo; y en la devolucion de prisioneros esceptua únicamente los fabricantes varones y hembras de Tebas y Corinto, que se estan afanando, dice el historiador Bizantino, por un señor allá bárbaro, como los Eretrios antiguos al servicio de Dario (23). Se añade un ramal suntuoso en el palacio de Palermo, para colocar la colonia industriosa (24), y sus hijos y alumnos van propagando el arte, para acudir á las demandas redobladas del orbe occidental. Achácase el menoscabo de los telares en Sicilia á las turbulencias de la isla, y á la emulacion de las ciudades de Italia; pues en el año de mil trescientos y catorce, estaba vinculada aquella granjería cuantiosísima en Luca y demás repúblicas compañeras (25). Una revuelta carrera vino á dispersar las manufacturas por Florencia, Bolonia, Venecia, Milan y aun los países allende los Alpes, y á los trece años de aquel acontecimiento, disponen los estatutos de Módena, al plantío de moreras, y reglamentan los derechos devengados por la seda (26). No son á propósito los climas del Norte para la cria del gusano de seda, pero los productos de Italia y de la China fomentan la industria de Francia y de Inglaterra (27).

Tengo que lamentarme mas y mas de la escasez de materiales contemporáneos, que me imposibilita el justipreciar los impuestos, rentas y recursos del imperio Griego. Los arroyos de plata y oro, de todas las provincias de Asia y Europa se acanalaban, para acaudalar el rio que se revertia grandiosa y perennemente en el estanque imperial. Desviado el ramaje, se robustecia y descompasaba el tronco en el recinto de Constantinopla, y las máximas despóticas iban refundiendo el estado en la capital, esta en el palacio, y el palacio en la persona sagrada. Un viajero Judío que anduvo por el Oriente en el siglo doce, se desatina con su asombro de las riquezas Bizantinas. «Aquí, en la reina de las ciudades,» dice Benjamin de Tudela » vienen á depositarse anualmente las tribus del imperio Griego, y sus encumbrados torreones rebosan de preciosidades de seda, púrpura y oro. Se dice que Constantinopla está pagando cada dia á su soberano, veinte mil piezas de oro, recaudadas de tiendas, hosterías y mercados, sobre los mercaderes de Persia y Ejipto, de Rusia y de Hungría, de Italia y de España, que frecuentan la capital por mar y por tierra. (28)» En mediando asunto de interés campea indudablemente la autoridad de un Judío; mas por cuanto los trescientos y sesenta y cinco dias vendrian á sumar una renta anual de mas de treinta millones de duros, me inclino á rebajar por lo menos las muchas festividades del calendario

griego. El total atesorado por Teodoro y Basilio segundo, viene á suministrarnos allá un concepto grandioso aunque mal deslindado de sus ingresos y recursos. Intentó la madre de Miguel antes de enclaustrarse atajar ó patentizar las profusiones de su ingrato hijo, con una manifestacion puntualísima de sus caudales heredados: ciento y nueve mil libras de oro, y trescientas mil de plata, producto de su propia economía y de su difunto marido (29). No es menos afamada la codicia que el denuedo, y las venturas de Basilio; satisfechas y aun premiadas sus huestes victoriosas, quedaba sin desmoronar la mole de doscientas mil libras de oro (unos cuarenta millones de duros) empozados en los sótanos del palacio (30). Desaconseja la política moderna en teórica y práctica, tamaños atesoramientos, y nos atenemos por lo mas, para conceptuar el caudal público al ejercicio ú el abuso del crédito nacional; pero un monarca formidable para sus enemigos, y una república apreciable para con sus aliados, se aferran ahora mismo en el sistema antiguo, habiendo al par alcanzado sus intentos respectivos, de poderío militar y sosiego casero.

Por mas enormes que fuesen los desembolsos para las urjencias actuales ó venideras, el renglon preferente y sacrosanto, era siempre el boato y regalo del emperador, siendo únicamente su albedrío el disponer de su gasto particular. Ajenísimos vivian los príncipes de Constantinopla, de toda sencillez natural; pero su tino ú la moda los arrebataba, al vaiven de las estaciones, en pos de ambiente mas acendrado, y lejos del bullicio y la humareda de la capital. Se complacian ó al menos lo aparentaban, en la algazara campesina de la vendimia; ya se enardecian con el ejercicio de la caza, ya se regalaban con el sosiego de la pesca; y en el estío se emboscaban contra el ardor del sol, y se empapaban en las ráfagas frescas y halagüeñas de la marina. Quintas suntuosísimas cuajaban las playas del continente y las islas por Asia y Europa; pero en vez de aquel arte recatado que se encubre para realzar la grandiosidad de la naturaleza, los esmerados mármoles de sus pensiles, estaban ateatrando la opulencia del dueño y el afan del arquitecto. Los acasos redoblados de herencias y confiscaciones, iban siempre haciendo al poseedor de infinitas casas, vistosísimas en la ciudad y arrabales, de las cuales hasta doce estaban adjudicadas á los ministerios de estado: pero allá el gran palacio (31) el centro de la residencia imperial siguió por once siglos situado en el mismo solar, entre el hipodromo, la catedral de Santa Sofía, y los jardines que se iban asomando por un sinnúmero de terrados, sobre las playas de la Propóntida. El edificio primitivo del primer Constantino, era un remedo cabal de la antigua Roma; las mejoras incesantes de los sucesores tomaban á empeño el competir con los primores del orbe antiguo (32), y en el siglo décimo el alcázar Bizantino era el asombro, al menos de los Latinos; por su descollante preeminencia en fortaleza, estension y suntuosidad (33).

Pero el afan y los tesoros de tantos siglos, habian venido á abortar una mole grandisima y desatinada; pues cada mole de por sí, estaba retratando la índole del siglo y del fundador; y la estrechez del solar disculpaba al monarca reinante, que iba derribando quizás allá con recóndita complacencia, las obras de sus antecesores; pero Teófilo pudo ostentar grandiosa y desahogadamente su boato casero. Un embajador predilecto, asombrador de los Abasides con su esplendidez y sus larguezas, manifestó á su regreso, el dueño de un palacio recien construido por el califa de Bagdad á la orilla del Tigris, planteóse ejecutiva y aventajadamente aquel dechado, y acompañaron á los nuevos trozos de Teófilo (54) pensiles y cinco iglesias descollando una por su grandiosidad y hermosura. Coronábanla tres cimborios, y la techumbre de bronce dorado, descansaba sobre columnas de mármol de Italia con las paredes revestidas todas de mármol jaspeado. En la fachada de la iglesia un pórtico en semicírculo con el nombre y forma de la Griega *sigma*, se sostenia con quince columnas de mármol frijio, correspondiéndoles los sótanos en la traza de su construccion. Realzaba á la plaza delantera del sigma, una fuente con las márjenes del tazon chapeadas de plata. Al principio de cada estacion aquel estanque, en vez de agua, estaba cuajado de frutas esquisitas á las que se abalanzaba la plebe para deporte del príncipe; quien se estaba regalando con la bulliciosa holganza, desde un trono centellante con oro y pedrería, que se subia por una escalera de mármol á un terrado encumbradísimo. Sentábanse al pié del sólio los oficiales de su guardia, los majistrados y los capataces de los bandos del circo, y allá en lo ínfimo se arremolinaba el vecindario y luego la tropa, los danzarines, los cantores y pantomimos. Cercaban la plaza el salon de la justicia, el arsenal y las varias oficinas de negocios ó de recreos; y llamábase estancia de la púrpura, en la que se repartian anualmente ropajes de escarlata y de púrpura por mano de la misma emperatriz. Las viviendas en crecido número, estaban apropiadas á las diversas estaciones, y condecoradas todas con mármoles, pórfido, pintura, esculturas y mosaicos, realzadas por donde quiera con oro, plata y pedrería. Su magnificencia antojadiza, estaba ejerciendo el primor y teson de los artistas, que proporcionaba el siglo; pero allá el acendrado gusto de Atenas menospreciara sus afanes frívolos y costosísimos, un árbol de oro con su hojoso ramaje abrigando bandadas de pajarillos, trinando gorjeos artificiales, y dos leones de oro macizo, de corpulencia natural, y rujiendo al par de sus hermanos por la selva. Ansiaban no menos los sucesores de Teófilo, de las dinastías Basilia y Comnenia el dejar alguna memoria de su residencia, y la parte del palacio mas augusta y esplendorosa, estaba condecorada con el dictado de *triclinio* dorado (55). Los Griegos nobles y acaudalados, procuraban remedar con decoroso comedimiento á su soberano, y al transitar las calles

á caballo con sus ropajes de seda recamados, solian equivocarse con hijos de reyes (36). Una matrona del Peloponeso (37) fomentadora de los asomantes logros de Basilio el Macedonio, quiso á impulsos de su cariño ú de su vanagloria, visitar á su hijo adoptivo. En su viaje de cerca de doscientas leguas desde Patra á Constantinopla, se le hizo cuesta arriba, por su edad ó su delicadeza, el andarlas á caballo, diez esclavos forzudos cargaron con la litera ó camilla, y para su relevo á distancias competentes se escojió una comitiva de hasta trescientos para el desempeño cabal de aquel encargo. Agasajáronla en el palacio bizantino con acatamiento filial y obsequios réjios: y prescindiendo del manantial de su opulencia, sus larguezas no desdecian de la jerarquía imperial. Tengo ya descritas las manufacturas esmeradas y primorosas del Peloponeso, en lino, seda y lana; pero el regalo mas halagüeño, fué el de trescientos mancebos hermosísimos, de los cuales hasta ciento eran eunucos (38); pues constábale que el ambiente palaciego era mas connatural para tales abortos, que las cellas de un pastor á las moscas del estío. Fué regalando en vida, los mas de sus haberes del Peloponeso, y en su testamento instituyó por heredero universal á Leon hijo de Basilio. Satisfechos los mandos cupieron al señorío imperial hasta ochenta quintas ó cortijos, y el nuevo dueño libertó á tres mil esclavos de Daníclis para luego trasladarlos por Colonia á la costa de Italia. Con este ejemplar de una matrona particular, se forma algun concepto de la opulencia y grandiosidad de los emperadores. Pero estrechísimo es el ámbito de nuestros goces, y por sumo que sea su costo, disfrutase la lozanía de la vida, menos por el dueño de sus propios haberes que por el mayordomo de los públicos.

En un gobierno absoluto que da por el pié á todo distintivo de nacimiento noble ó plebeyo, el manantial de los honores se cifra todo en el soberano, y las jerarquías, tanto palaciegas, como forasteras, estriban únicamente en los dictados y cargos que se conceden ó desapropian á su ilimitado albedrío. Por mas de mil años, desde Vespasiano hasta Alexis Comneno (39) el *Cesar* era la segunda persona, ó por lo menos el segundo grado despues que se fué extendiendo mas desahogadamente, el dictado de *Augusto* á los hijos y hermanos del monarca reinante. Para soslayarse sin desdecirse con un asociado poderoso, marido de su hermana, y sin colocarse un igual para premiar la relijiosidad de su hermano Isaac, el solapado Alexis entremedió una dignidad nueva y sobreeminente. La posteridad ventajosísima de la lengua griega, le proporcionó el hermanar los nombres de Augusto, y de emperador (Sebastos y Autocrator) y aquel enlace vino á brotar el dictado altisonante de *Sebastocrator*. Se le ensalzaba sobre el César, hasta la primera grada del sólio; se vitoreaba su nombre en las aclamaciones públicas, y tan solo se diferenciaba del soberano con ciertos adornos peculiares en los pies y en la cabeza, estando vinculados

en él los borceguíes rojos ó de púrpura, con la diadema ó tiara ajustada, al remedo de los reyes persas (40). Venia á ser un sombreron piramidal, de paño ú de seda, cuajado todo de pedrería y joyas; constaba la corona, de un cerco horizontal y dos arcos de oro; en la cima donde se cruzaban, llevaba un globo ú cruz, y dos sartas ó carrilleras con su perilla colgaban por ambos lados. Verdes eran en vez de rojos los borceguíes del Sebastocrator y del César, y escaseaba algun tanto la pedrería en sus coronillas *abiertas*. Al lado y debajo del César el antojo de Alexis fraguó el *Panhypersebastos* y el *Protosebastos*, cuya sonoridad y significacion no podia menos de halagar á los oidos griegos, siendo tan conceptuosos, que sobrepujan al nombre sencillo de Augusto, y aquel dictado primitivo y sacrosanto de un príncipe Romano, paró en adocenarse con los deudos y sirvientes de la corte bizantina. La hija de Alexis celebra enamoradamente aquella gradería artificiosa de timbres y esperanzas; pero la capacidad mas menguada abarca esa ciencia de voces, y el engreimiento de los sucesores, fué mas y mas acaudalando el Diccionario vanaglorioso. Condecoró á los hijos hermanos predilectos con el título campanudo de Señor ó *Déspota*, realzándole con blasones y prerogativas, y colocándolo junto á la misma persona del emperador. Se solian vincular en los príncipes de la sangre los cinco dictados de 1. *Déspota*, 2. *Sebastocrator* 3. *César*, 4. *Panhypersebastos y* 5. *Protosebastos;* eran derrames de su majestad, mas no desempeñando funcion alguna, eran de suyo inservibles y como desautorizados.

Pero en toda monarquía hay que repartir y consolidar la potestad fundamental, entre los ministros del palacio, del erario, del ejército y la armada. Variaron hasta lo sumo los dictados, y andando los siglos, condes y prefectos, el pretor y el cuestor, fueron imperceptiblemente descendiendo, encumbrándose sus sirvientes á los sumos honores del estado. I. En una monarquía que lo cifra todo en la persona del príncipe, el afan ceremonioso del palacio, es el ramo de la mayor entidad. El *Protopertiario* cuyo cargo primitivo se ceñia al resguardo del ajuar desbancó al *Curopalata* (41) allá tan esclarecido en tiempo de Justiniano. Fué luego abarcando con su jurisdiccion sobre la caterva servil del lujo y el boato, y estaba presidiendo con su varilla de plata en las audiencias públicas y particulares. II. Aplicábase en el sistema antiguo de Constantino, el nombre de *Phogoteta* ó residenciador á los recaudadores de la hacienda, sus principales empleados se diferenciaban en Phogoteta del patrimonio, de las postas, del ejército del erario público y reservado, y el *gran Phogoteta*, el guarda supremo de leyes y rentas, viene á compararse con el canciller de las monarquías latinas (42). Calaba con su vista perspicaz todo el ámbito de la administracion civil; acompañábanle subordinadamente el exarca ó prefecto de la ciudad, el primer secretario, los guardasellos y archiveros,

custodiando la tinta roja ó de púrpura reservada únicamente para la firma sagrada del emperador (43). El introductor y el intérprete de los embajadores estranjeros eran el gran Chiaus (44) y el *Dragoman* (45), voces de oríjen turco y corrientes todavía en la sublime Puerta. III. Los *Domésticos* desde el lenguaje rastrero y la servidumbre de guardias se fueron ensalzando á la jerarquía de jenerales, los temas militares de Levante y Poniente con sus lejiones de Asia y Europa se solian dividir, hasta que por último el *gran Doméstico* quedó revestido con el mando universal y absoluto de las fuerzas terrestres. El *Protostrator* era orijinalmente nada mas que el asistente del emperador; cuando montaba á caballo fué ascendiendo mas y mas á lugarteniente del gran Doméstico en campaña; y su jurisdiccion llegó á comprender las caballerizas, la caballería y hasta la montería y cetrería. El *Estratopedarca* era el juez supremo del campamento; el *Protospatario* mandaba la guardia, el *Condestable* (46), el grande *Eteriarca* y el *Acólito* eran los caudillos diversos de Francos, Bárbaros y Vastagos ó Ingleses, los estranjeros asalariados que, destroncada ya la pujanza nacional, constituian el nervio del ejército Bizantino. IV, Estaban las fuerzas navales bajo el mando del *gran Duque*: hacia sus veces el *gran Drungario* de la armada, y en su lugar el *Emir* ó *Almirante* nombre de oríjen Sarraceno (47) conaturalizado ya en todas las lenguas modernas de Europa. La gradería militar y civil se componia de estos empleados y de otros muchos que seria por demás irlos deslindando; y sus timbres y sueldos, sus trajes y dictados, sus saludos mutuos y preeminencias respectivas, se habian ido equilibrando con mas ahincado esmero, que los polos de toda una constitucion de un pueblo libre, y quedaba ya como acabalado aquel código de un alcázar desquiciado cuando aquella fabrica soñada de orgullo y servidumbre, yació bajo los escombros de todo el imperio (48).

El apocamiento y la lisonja han ido prostituyendo á entecillos de la misma calaña que nosotros, aquellos mismos dictados altisonantes que tributó la devocion al Ser Supremo. Diocleciano tomó de la servidumbre persa el método de *adoracion* (49) de postrarse en el suelo y de besar los pies al emperador, pero se continuó y recargó hasta la temporada última de la monarquía Griega. Escepto los domingos, en que se orillaba por arranques de engreimiento relijioso, se requeria aquel rendimiento humillador, á cuantos asomaban á la presencia real, á príncipes revestidos de diadema y púrpura, y á embajadores que estaban representando á sus soberanos independientes, á los califas de Asia, Ejipto ú España, á los reyes de Francia y de Italia y á los emperadores latinos de la antigua Roma. Luitprando obispo de Cremona (50) en el desempeño de sus negociaciones volvió por las ínfulas de un Franco y el señorío de su amo Oton, mas rebosa en su sinceridad el desaire de su primera audiencia. Al acercarse al sólio, los

pajarillos del árbol de oro prorumpen en sus gorjeos, acompañados con el rujido de dos leones, tambien de oro. Tiene Luitprando y entrambos sus compañeros que doblar su cerviz y postrarse en el suelo, tocándolo hasta tres veces con la frente. Se levanta; pero en aquel breve intermedio, alza una tramoya el sólio desde el pavimento hasta la techumbre, y asoma la imperial presencia, con nuevo y ostentoso boato, terminándose el pomposo avistamiento con altanero y majestuoso silencio. El obispo de Cremona en su pormenor interesante y caballeroso, va relatando el ceremonial de la corte Bizantina que sigue practicándose todavía en la sublime Puerta, y que se mantenia igualmente en el último siglo por los duques de Rusia y de Moscovia. Tras largo viaje de mar y tierra desde Venecia á Constantinopla, paróse el embajador á la puerta dorada, le conducen los empleados al intento, hasta el albergue aparatado para hospedarle; mas el palacio venia á ser cárcel, pues sus alcaides ansiosos le atajan toda comunicacion con estranjeros y naturales. Ofrece en su audiencia primera los regalos de su señor, esclavos, vasos de oro y armadura costosísima. Van pagando ostentosamente en su presencia á los empleados y tropa; y poniendo así de manifiesto las riquezas del imperio; lo agasajan en un banquete réjio, en que (51) los embajadores de las naciones se colocan segun la pauta de la estimacion ó el menosprecio de los Griegos; envia el emperador desde su mesa, y como fineza peregrina, algunos platos que ha desmoronado, despidiendo á los predilectos con un ropaje honorífico (52). Los sirvientes civiles y militares acudian mañana y tarde á palacio al desempeño de sus respectivos cargos; la vista y tal vez un asomo de sonrisa del dueño era el galardon de sus afanes; espresaba sus mandatos con una señal ó cabezada, pero toda grandeza terrestre enmudecia y se postraba á su presencia. En las procesiones sabidas ó extraordinarias por la capital daba á luz su persona, el ceremonial político se daba la mano con el relijioso, y el calendario Griego tenia pautadas con las festividades sus visitas á las iglesias principales. Pregonábanse ya la víspera los intentos devotos y graciables del monarca. Se despejaban y barrian las calles, se enramaban con ramilletes; ostentaban ventanas y balcones todo jénero de preciosidades en oro, plata y colgaduras de seda, enfrenando rigurosísima policía las demasías de la plebe. La oficialidad capitaneando la tropa rompia la marcha, seguian en dilatada pompa los majistrados y ministros del gobierno civil; los eunucos y domésticos iban guardando la persona del emperador, recibiéndolo el patriarca y su clero, á la puerta de la iglesia. La tarea de los aplausos no se cifraba en el albedrío descompasado de la muchedumbre, pues las cuadrillas de los bandos verde y azul del circo, y sus contiendas sangrientas que solian estremecer la capital, se fueron postrando en competencias de servidumbre. Correspondíanse voceando por ambos lados sonoras alabanzas al emperador; sus poetas y músicos

eran los entonadores de cada coro, y allá retumbaba el estribillo de todos los cantares con vivas y vivas al triunfador (53). Resonaban los idénticos vítores en la audiencia, en el banquete y en la iglesia, y para demostrar un señorío sin límites, se repetian en latin (54), Godo, Persa, Francés y aun Inglés (55) por los asalariados que representaban en realidad ó en farsa aquellas naciones. La pluma de Constantino Pórfirojénito abultó aquella ciencia de ceremoniales y lisonjas allá hasta un tomo ajigantado y hojarascoso (56), reforzado grandiosamente por la vanagloria de los siglos posteriores, con redoblados suplementos. Pero cualquiera príncipe no podia menos de recapacitar á sus solas, que las mismas aclamaciones se dedicasen á todo individuo y á todo reinado, y cuando habia llegado á encumbrarse desde la ínfima plebe, su propia voz habia sido la mas desolada y retumbante en los aplausos, en el punto mismo de estar envidiando la suerte, ú conspirando contra la vida de su antecesor (57).

Los príncipes del Norte, de aquellas naciones; dice Constantino, sin fé ni nombradía, ansiaban emparentar con los Césares, desposándose con alguna virjen real, ó enlazando sus hijas con algun príncipe romano (58). El monarca anciano pone de manifiesto en sus instrucciones al hijo, las máximas reconditas de su engreida política, y va apuntando las razones mas decorosas para desentenderse de instancias tan insolentes y disparatadas. Todo irracional espresa el agudo emperador, galantea de suyo, á una compañera de su misma especie, y el linaje humano está dividido en varias jentes que se deslindan con su idioma, relijion y costumbres. Con el esmero atinado de castiza descendencia, viene á conservarse la armonía de toda vida pública ó privada; pero la mezcla de sangre advenediza es un manantial fecundo de discordia y desconcierto. Así lo opinaron y practicaron allí los cuerdos Romanos, pues su jurisprudencia vedaba los enlaces entre ciudadanos y estranjeros; en aquellos dias de libertad y de pundonor, menospreciara un senador el desposorio de su hija con un rey: tiznó su gloria Marco Antonio con una esposa Ejipcia (59), y el emperador Tito, zaherido por el pueblo, tuvo que despedir con disgusto á la repugnante Berenice (60). Revalidóse aquel entredicho perpetuo con la sancion soñada del grande Constantino. Advertian con todas veras á los embajadores, y con especialidad á los de naciones incrédulas, que enlaces tan impropios estaban vedados por el fundador de la Iglesia y de la ciudad. Estaba irrevocablemente esculpida aquella ley en el retablo de Santa Sofía, y todo príncipe impío y mancillador de la púrpura imperial, quedaba escluido de la comunion civil y eclesiástica de los Romanos. Si asomara algun fementido para enterar á los embajadores en la historia bizantina, pudieran alegar hasta tres ejemplares quebrantadores de la soñada ley, el desposorio de Leon, ó mas bien de su padre Constantino IV, con la hija del rey de los Chozares, el enlace de la nieta de Romano

con un príncipe Búlgaro, y la boda de Berta de Francia ó Italia con el jóven Romano hijo del mismo Constantino Pórfirojénito. Llevaban ya en el disparador tres soluciones para aquellos cargos, para sortear la dificultad y corroborar la ley. I. Se reconocerá por criminal el hecho de Constantino Coprónimo (A. 735), pues el hereje incierto mancillador de la pila bautismal y guerreador contra las imájenes sagradas, se habia en efecto desposado con una novia bárbara ; pero con aquel enlace sacrílego redondeó colmadamente sus maldades y se acarreó la censura fundadísima de la Iglesia y de la posteridad. II. No podia citarse Romano (A. 941) como emperador lejítimo siendo un usurpador idiota en leyes, en pundonor y en monarquía. Su hijo Cristóbal, padre de la novia, era el tercero en jerarquía del gremio de los príncipes súbdito á un tiempo y cómplice de un padre rebelde. Eran los Búlgaros, cristianos entrañables y devotos, y se cifraba el salvamento del imperio con el rescate de largos miles de cautivos en aquel desastrado enlace; pero no habia dispensa para la ley de Constantino, que rejia á todo trance, pues clero, senado y vecindario, desaprobaron el proceder de Romano, tildándolo en vida y muerte como abortador del desdoro publico. III. En cuanto al desposorio de su propio hijo con la niña de Hugo, rey de Italia, el advertido Pórfirojénito, ideó otro descargo mas decoroso (A. 943). Apreciaba Constantino el grande y santo, la fidelidad y pujanza de los Francos (61); y su espíritu profético estuvo ya presintiendo su engrandecimiento venidero, y así quedaron esceptuados ellos solos de la esclusion jeneral (A. 945). Descendia Hugo, rey de Francia, en línea recta de Carlomagno (62), y su hija Berta vino á heredar las prerogativas de su familia y nacion. Se fué maliciando ú descubriendo la verdad sobre el engaño ú yerro de la corte imperial. Quedó reducido el mayorazgo de Hugo de la monarquía de Francia al mero condado de Arles, aunque constaba que, con la revuelta de los tiempos, habia usurpado la soberanía de Provenza, é invadido el reino de Italia. Era su padre un hidalgo solariego: y si bien traia Berta entronques femeninos con la línea Carlovinjia, cada eslabon aparecia mancillado con ilejitimidades y devaneos. La abuela de Hugo era la famosa Valdrada, manceba, mas bien que esposa, de Lotario II, cuyo adulterio, divorcio y segundo matrimonio, le habian acarreado los centellazos del Vaticano. Su madre, como se apellidaba la grande Berta, vino á ser consorte del conde de Arles y del marqués de Toscana ; anduvo escandalizando la Francia y la Italia con sus galanteos, y hasta los sesenta años sus amantes de todas raleas, tuvieron que ser los rodrigones de su ambicion. Remedó el rey de Italia el desenfreno materno, y condecoró Hugo á sus tres mancebas predilectas con los dictados clásicos de Venus, Juno y Semele (63). Otorgóse á las instancias de la corte Bizantina la hija de Venus : trocóse su nombre de Berta en el de Eudocia, y se desposó, ú mas bien se apa-

labró con el jóven Romano, heredero positivo del imperio de Oriente. Se suspendió el enlace advenedizo en cuanto á su consumacion, por la tierna edad de entrambas partes, y quedó disuelto á los cinco años con el fallecimiento de la novia vírjen. La segunda esposa del emperador Romano, fué una muchacha de cuna plebeya, pero romana, y sus dos hijas Teófana y Ana, se enlazaron con sus respectivos príncipes. La primera se apalabró, en prenda de la paz, con el primojénito de Oton el grande, aspirante á este enlace, por medio de armas y de embajador. Cabe el dudar con que derecho se igualaba un Sajon en privilejios con la nacion francesa, mas un héroe restablecedor del imperio de Occidente, arrolló con su nombradía todo jénero de escrúpulos. Muertos el suegro y el marido, gobernó Teófano á Roma, Italia y Jermania, en la menoría de su hijo Oton III, y encarecieron los Latinos, las prendas de una emperatriz que sacrificó recuerdos patrios á su instituto preeminente (64). Para el desposorio de su hermana menor Ana, enmudeció toda preocupacion, y se orillaron miramientos decorosos á impulsos de la zozobra y la precision. Aspiró un Pagano del norte Wladimiro, á una hija de la púrpura romana, como gran príncipe de Rusia, robusteciendo su demanda con amagos guerreros, promesa de conversion, y oferta de auxilio poderoso contra un rebelde casero. Arrebatan á la princesa griega, víctima de su relijion y de su patria, del palacio de sus padres (A. 988) condenándola á un reinado bravío, y un destierro desahuciado sobre las orillas del Borístenes, y en las cercanías del círculo polar (65); pero fué venturoso y fecundo el enlace de Ana, y la alcurnia imperial recomendó á la hija de su nieto Jeroslao, para que el rey de Francia Enrique I, acudiese en pos de consorte, allá á los linderos recónditos de la Europa y de la cristiandad (66).

Era el emperador, en el palacio bizantino, el primer esclavo del ceremonial que tenia impuesto; y el formulario terminante en voces y ademanes, lo estaba sitiando en su alcázar, y amargaba el desahogo de aquella soledad campesina. Pero vidas y haciendas de millones, yacian á merced de su albedrío: y la complacencia de estar señoreando eficazmente á sus iguales, alcanza á embelesar la entereza varonil, holladora de boatos y devaneos. Las potestades lejislativa y ejecutiva, se cifraban en la persona del monarca, y Leon el filósofo (67), aventó los últimos rastros de la autoridad del senado. Aletargáronse en la servidumbre los ánimos de los Griegos, pues ni en las asonadas mas violentas, les ocurrió asomo de constitucion libre, y la índole personal del príncipe, era el manantial y la pauta única de la felicidad pública. Remachaba la supersticion sus grillos, pues el patriarca de la iglesia de Santa Sofía, coronaba solemnemente las augustas sienes, y todos ante el ara, se empeñaban en obediencia rendida y absoluta, á su gobierno y familia. Comprometíase por su parte á no propasarse en penas de muerte ó de mutilacion; firmaba con mano pro-

pia su creencia acendrada, ofreciéndose á cumplir los decretos de los siete sínodos y los cánones de la santa Iglesia (68). Pero aquellas protestas de clemencia eran allá en globo, y sin coto alguno; se juramentaba, no con el pueblo, sino con un juez invisible; y los ministros del cielo, menos en el delito irremisible de herejía, estaban siempre en ademan de predicar el derecho incontrastable; y de absolver las venialidades de su soberano. Los eclesiásticos mismos estaban subordinados al majistrado civil: á la seña del tirano allá se alzaban, trasponian, estrañaban y castigaban los obispos con muerte afrentosa; ni su influjo, ni su opulencia alcanzaban á sucederse, como el clero latino, en los establecimientos de una república independiente; y el Patriarca de Constantinopla zaheria lo mismo que estaba envidiando, el engrandecimiento temporal de su compañero Romano. Mas por dicha nuestra, las leyes naturales enfrenan de suyo los ímpetus del ilimitado despotismo; y el dueño de un imperio va mas y mas contrastando el sendero de sus afanes sagrados, al paso que sobresale en pundonor y cordura; pero si viene á dispararse en devaneos, luego se le desprende el pesadísimo cetro de la diestra, y los jiros y ademanes de la imájen soberana, van siguiendo las pausas ó redobles segun los toques recónditos de algun ministro ú privado, que por su interés privado se empeña en acosar al público. Hay trances en que el monarca mas absoluto, se estremece con la racionalidad ú el antojo de una nacion de esclavos, y mil desengaños están demostrando palpablemente, que cuanto se aventaja en extension, otro tanto se malogra en solidez y seguridad del poderío réjio.

Por mas dictados é ínfulas que tremole un déspota, por mas intentos que entable, el paradero para su resguardo contra enemigos propios y estraños es el acero. Desde el tiempo de Carlo magno, hasta el de las Cruzadas yacia el orbe (me desentiendo de la monarquía lejana de los Chinos) en manos de tres grandes imperios ó naciones, Griegos, Sarracenos y Francos. Cabe participar el alcance de su pujanza militar con el parangon de su denuedo, sus artes y caudales, y su rendimiento á un caudillo certero, para poner en logro todas las potestades del estado. Los Griegos, en estremo inferiores á los demás, en lo primero sobrepujaban á los Francos, y cuando menos igualaban á los Sarracenos en las dos partidas últimas.

Proporcionaba su caudal á los Griegos, el ir feriando brazos por las naciones menesterosas, y mantener su poderío naval, para el resguardo de sus costas y el estrago de los enemigos (69). Beneficio mútuo acarreaba el trueque del oro de Constantinopla, por la sangre de Esclavones Turcos, Búlgaros y Rusos; contribuyó su denuedo para las victorias de Nicéforo y de Zimisces, y si algun pueblo contrario acosaba la parte sayona, se proporcionaba oportunisímamente el avance de tribus lejanas, que le pre-

cipitaba al punto á acudir ansiosa de paz, á la defensa de su propio pais.(70) Solian los sucesores de Constantino, pretender y á temporadas poseer el señorío del Mediterráneo, desde la desembocadura del Tanais, hasta las columnas de Hércules. Hervia en su capital el astillero con aprestos navales y artífices habilísimos: la situacion de la Grecia y el Asia, sus dilatadas costas, golfos grandiosos, y un sin número de islas, iba acostumbrando á los naturales, al ejercicio de la navegacion y el comercio de Venecia, y Amalfí estaba surtiendo de marinería la armada imperial (71). Desde el tiempo de las guerras de Cartago, y del Peloponeso, ningun ensanche habia cabido á los ámbitos de la contienda, menguando al parecer por el contrario la arquitectura naval (72). El arte de construir aquellas moles asombrosas, ostentando tres, seis y aun diez andanas de remos, encaramándose por encima, ó cayendo detrás unos de otros, yacia ignorado como ahora, en los astilleros de Constantinopla. Los *Dromones* (73) ó galerillas del imperio bizantino, se contentaban con dos órdenes de remos, cada cual de cinco, y hasta veinte bancos á dos remeros en cada uno, bogando por ambos costados del bajel. Hay que añadir al capitan ó centurion, que se erguia en el trance con su escudero á la popa, dos coroneles en su sitio y dos contramaestres á la proa, para manejar el ancla el uno, y el otro para asestar y disparar el tubo del fuego líquido contra el enemigo. Toda la tripulacion, como allá á los asomos del arte, tenia que desempeñar ambos servicios, el de marinero y el de soldado: iban todos pertrechados de armas defensivas y ofensivas, con arcos y flechas que iban arrojando desde la cubierta, y luego chuzos largos, que empujaban por los claros de la andana inferior. Mas sólidos y grandiosos eran á veces los buques de guerra, y el desempeño de la pesca, se repartia mas arregladamente entre setenta soldados, y doscientos y treinta marineros. Pero solian ser por lo mas de dimensiones mas lijeras y manejables, y como el cabo de Malea seguia siempre ceñudo y pavoroso, atravesaban sobre el istmo de Corinto por cerca de dos leguas la armada imperial (74). Nada habia variado el sistema de táctica naval desde el tiempo de Tucídides; pues la escuadra de galeras iba avanzando en forma de media luna, embestia al frente, y procuraba dar su encontron furibundo con el tajamar cortante sobre el costado endeble de su contrario. En medio de la cubierta, asomaba una máquina entablonada, para ir disparando piedras y saetas, y el abordaje se hacia subiendo con un aparejo, cestones grandísimos cuajados de jente armada. El idioma de señales, tan despejado y grandioso en el sistema naval de los modernos, se reducia torpemente á la variacion en los matizes y colocacion de la bandera almirante, cuyas luces daban de noche la órden ya de caza, ya de ataque, de asalto, de retirada, de formacion ó de independencia. Por tierra las señales de fogatas, se iban repitiendo de cumbre en cumbre, y un eslabonamiento de

ocho apostaderos, abarcaba un espacio de ciento y sesenta leguas, y en pocas horas se sabian en Constantinopla, los movimientos amenazadores de los Sarracenos en Tarfe (75). Cabe un tanteo del poderío de los emperadores Griegos por el curioso y circunstanciado pormenor del armamento, aparatado para el avasallamiento de Creta. Una escuadra de ciento y doce galeras, y setenta y cinco bajeles de hechura Panfila, se estuvo aprontando en la capital islas del mar Ejeo y puertos de Asia, Macedonia y Grecia; la tripulaban treinta y cuatro mil marineros, siete mil trescientos y cuarenta soldados, setecientos Rusos, y cinco mil ochenta y siete Marduitas, cuyos padres habian sido trasladados de las cumbres del Líbano. Su paga, muy probablemente para un mes, estaba regulada en treinta y cuatro centenarios de oro, como unos seiscientos mil duros. Enmarañan allá la fantasía tantísimas individualidades de maquinaria, armamento, ropas, lenzería, racion para la jente, pienso para la caballería, abastos y utensilios de todo jénero, insuficientes para la conquista de una islilla; pero sobradísimos para el establecimiento de una colonia floreciente (76).

No causó el fuego griego una revolucion total en el arte de la guerra, como la pólvora; pero la ciudad y el imperio de Constantino, debieron su rescate á aquellos combustibles líquidos, empleándolos luego con aterrador estrago, en sitios y combates navales. Mas ni se perfeccionaron ni cabia tal vez su adelanto; la maquinaria de la antigüedad catapultas, balistas y arietes seguian en uso, como poderosísimos inventos para el ataque y la defensa de las fortificaciones; ni se cifraba el trance de las batallas en el *fuego* grandioso y vivísimo de una línea de infantería que no se podia resguardar con armaduras, contra igual fuego de los enemigos. Eran todavía el acero y el hierro, los instrumentos usuales para la destruccion ó el salvamento, y los morriones, corazas y escudos del siglo décimo, no se diferenciaban esencialmente, ni en la hechura, ni en la resistencia de los que resguardaban á los compañeros de Alejandro y Aquiles (77). Pero en vez de connaturalizar á los Griegos modernos como allá á los lejionarios al uso invariable y llevadero de aquel peso benéfico, se colocaban sus armaduras en carruajillos lijeros, que iban siguiendo las marchas hasta que al asomo del enemigo, cargaban atropellada y pavorosamente con el desusado engorro. Eran sus armas ofensivas espadas, hachas y lanzas; pero acortaron de una cuarta parte la pica macedónica, reduciéndola á la medida mas manual de doce piés. Muy aciagos les habian sido los flechazos agudísimos de Escitas y Arabes, y se lamentan los emperadores del menoscabo de los flecheros, como causa de públicas desventuras, y encargan como dictámen y mandato, que la juventud militar se ejercite de continuo hasta los cuarenta años, en el manejo del arco (78). Los *tercios* ó rejimientos, solian ser de trescientas plazas, como término

medio de entre cuatro y diez y seis, se formaban las tropas de Leon y de Constantino sobre ocho de fondo; pero cargaba sobre cuatro la caballeria haciéndose cargo, de que las filas posteriores en nada conducian para el empuje de las delanteras. Si á veces se duplicaba la formacion de la infantería y la caballería, aquella disposicion cautelosa estaba ya manifestando desconfianza en el denuedo de la tropa, cuyo número abultaba el macizo de la línea; pero de lo cual tan solo alguna porcion selecta, acaba de contrarestar á las espadas y lanzas de los bárbaros. Variaba el órden de batalla, segun el terreno, el intento y la clase de enemigos; pero la formacion corriente de dos líneas y su reserva, estaba ofreciendo un redoble de esperanzas y recursos, muy halagüeño para la índole y el tino de los Griegos (79). En caso de rechazo, cejaba la primera línea sobre los claros de la segunda, y entonces la reserva, rompiendo en dos divisiones, se abalanzaba á los costados enemigos para avalorar la victoria ó resguardar la retirada. Cuanto disponia la autoridad, tenia que cumplirse por lo menos en teórica, por los campamentos, en las marchas, ejercicios, evoluciones edictos, libros del monarca bizantino (80). Todos los artefactos de fragua, telar ó taller corrian á cargo del príncipe opulento, aprontándoseles colmadamente el sin número de sus operarios. Mas no cabia en la autoridad, ni en el arte, el fraguar la máquina preeminente, que es el soldado mismo; y si el *ceremonial* de Constantino da siempre por supuesto el regreso cabal y triunfante de todo un emperador (81), por maravilla se encumbra su *táctica* hasta el punto de evitar una derrota y dilatar la guerra (82). En medio de algunos logros volanderos, desconceptuados yacian los Griegos para consigo mismos y para sus vecinos. Mano yerta y lengua chacharona era la pincelada retratante de la nacion entera: sitiado se vió en su capital el autor de la táctica y el ínfimo bárbaro, aunque trémulo ante Sarracenos y Francos, estaba engreidamente enseñando las medallas de oro y plata que habia esprimido al soberano exánime de Constantinopla. Cuanto era ajenísimo de su temple y su gobierno pudiera hasta cierto punto suplirse con ímpetus relijiosos; pero la relijion de los Griegos tan solo se cifraba en poquedad y rendimiento. El emperador Nicéforo, restablecedor por una temporadilla de la disciplina y gloria de los Romanos castizos, trató de encumbrar á la jerarquía de mártires á cuantos venian á perder la vida en sus guerras sagradas contra los infieles: opúsose el patriarca á ley tan política, como tambien los obispos y senadores principales, esforzando ahincadamente el canon de San Basilio que da por separados de la comunion de los fieles á cuantos se mancillan con el ejercicio sangriento de soldado (83).

Parangónense los escrupulillos de los Griegos con aquellas lágrimas que derramaban los Musulmanes primitivos, cuando los hacian cejar en una batalla; en el vaiven de la supersticion rastrera y del disparado entusias-

mo está viendo un filósofo la historia toda de las naciones contrapuestas. Bastardeaban indudablemente los súbditos de los últimos califas (84), respecto al afan sediento de los compañeros del Profeta; pero su creencia guerrera estaba siempre retratando á la Divinidad, como autora de la guerra (85), la pavesa allá encubierta del fanatismo estaba aun ardiendo vitalmente en las entrañas de su Relijion, y solia dispararse con llamarada centellante y activísima. Su fuerza fundamental constaba de esclavos esforzados que se criaban para guardas de la persona y acompañantes del pendon de su señor ; pero suena el clarin proclamando guerra santa contra los infieles, y despierta á los Musulmanes de Siria, Cilicia , Africa y España. Ansiaban los ricos muerte ó victoria por la causa de Dios, esperanzaban los menesterosos pingües despojos y aun ancianos achacosos y mujeres, terciaban en servicio tan meritorio, enviando sustitutos con armas y caballo á campaña. Se asemejaban aquellas armas de ambas especies á las de los Romanos, á quienes aventajaban en el manejo del caballo y del arco; sus tahalíes de plata maciza, sus bridas y espadas estaban ostentando la magnificencia de la nacion en prosperidad; y fuera de algunos flecheros negros del Mediodía los Arabes menospreciaban la desnudez valerosa de sus antepasados. Seguíanles en vez de carretas recuas y recuas de camellos, mulos y asnos, cuyo sinnúmero abultaba mas y mas el boato y estension de su hueste , realzándola con banderolas y gallardetes ; y aun la estraña catadura y el hedor repugnante de los camellos de Oriente solian desbaratar la caballería enemiga. Incontrastables por su aguante de la sed y el calor; pero yertos por el frio y propensos al sueño , habia que estar muy alerta contra las sorpresas nocturnas. Se escuadronaban en un cuadrilongo de dos líneas profundas y macizas la primera de flecheros y la segunda de caballería. En sus refriegas de mar y tierra era sumo su teson para contrarestar el ímpetu de un avance , y no solian embestir hasta presenciar y rematar el cansancio del enemigo. Mas en escarmentándolos con el rechazo y el descalabro, no aciertan á rehacerse y acudir á la refriega , agravando su desaliento con la zozobra de que Dios se ha declarado contra ellos, esta aprension medrosa fué á mas con el decaimiento y vuelco de los califas mediando entre Musulmanes y Cristianos allá enmarañadas profecías (86) que estaban pronosticando la alternativa de sus derrotas. Se destroncó la unidad del imperio arábigo; pero sus astillas independientes, se igualaban con reinos pujantes y populosos; y en armamentos navales y militares allá un emir de Alepo ú de Tunez, estaba señoreando caudales grandiosos en intelijencia actividad, y desempeño. Palparon harto repetidamente los príncipes de Constantinopla en sus trances de paz y guerra con los bárbaros Sarracenos, que no lo eran en su disciplina , y si carecian de orijinalidad en su númen , estaban dotados de travesura y tino en su remedo. En zaga se quedaba siempre de sus de-

chados, pero sus naves, máquinas y fortificaciones solian ser toscas; y están confesando sin empacho que el mismo Dios, tan propicio en el idioma con los Arabes, habia fabricado mas primorosamente las manos de los Chinos y las cabezas de los Griegos.(87)

El nombre de algunas tribus entre el Rin y el Weser, habia ido esplayando sus armas victoriosas por lo mas de la Galia Jermania é Italia; y Griegos y Arabes apellidaban indistintamente FRANCOS (88) á los Cristianos de la Iglesia latina, las naciones del occidente que allá se esplayaban desconocidamente *para ellos* hasta las playas del Océano atlántico. El alma de Carlomagno abarcó y enardeció aquella corpulencia ajigantada, mas bastardeó su prosapia y quebrantó luego con sus desavenencias el poderío imperial, capacísimos para competir con los Césares de Bizancio, y desagraviar de todo baldon el nombre cristiano. Ni temian ya los enemigos, ni los súbditos acudian confiados al afan del comercio y manufacturas, y servicio militar y auxilio mútuo de las provincias y ejércitos, ni á las escuadras navales, por lo mas ancladas al desembocadero del Elba ó del Tiber. Habia casi desaparecido á principios del siglo décimo la alcurnia de Carlomagno, yaciendo su monarquía en astillas contrapuestas é independientes; todo caudillo ambicioso tremolaba el dictado réjio; se eslabonaban con su rebeldía otras mil discordias y revueltas; y los nobles de cada provincia, desobedecian al soberano, acosaban á los vasallos, y andaban en hostilidades contra sus iguales y vecinos. Las guerras parciales, trastornadoras del gobierno, iban al mismo tiempo fomentando el temple guerrero de la nacion. En el sistema moderno de Europa, por lo menos de hecho, cinco ó seis potentados grandiosos están blandiendo la espada del poderío: suelen sus operaciones conducirse allá en la raya lejana para una jerarquía de individuos que se vinculaban en el estudio y práctica del arte militar; todos los sectarios siguen disfrutando los regalos de la paz en medio de la guerra que tan solo asoma en el sistema de cargas públicas. En aquel vaiven de los siglos once y doce todo labrador era soldado, toda aldea una fortaleza, robo y matanza plagaban bosques y vegas, y los señores de cada castillo tenian que revestir las ínfulas de príncipes y de guerreros. En su entereza y política cifraban denodadamente la seguridad de sus familias, el resguardo de sus haciendas y sus desagravios personales y al par de los vencedores de suma jerarquía, solian propasarse de los fueros de su guerra defensiva. Pujanza de cuerpo y alma era el requisito imprescindible para presenciar y arrollar continjencias; érales obvio el amparar al amigo y el nunca perdonar á su contrario, y en vez de adormecerse bajo las alas siempre tendidas del majistrado, se estrellaban osadamente con las leyes. En aquella temporada de anarquía feudal los aperos y herramientas de labranza y artes, se convertian en instrumentos de pelea; las carreras civil ó eclesiástica, ó yacian yertas, ó se disparaban indómitas; y el obispo trasformador de su mitra en morrion

seguia mas reciamente el impulso del siglo que las obligaciones de feudatario (89).

Descollaban ufanamente los Francos en su afan por libertad y refriegas, como lo tenian advertido, con asombro y pavor, los Griegos. « Valientes y arrojados son los Francos » dice el emperador Constantino, « hasta los asomos de la temeridad, mirando allá con sumo menosprecio el peligro y la muerte. En viniendo á las manos, se abalanzan mas y mas para adelante, entrometiéndose sobre el enemigo sin hacerse el menor cargo ni de su propio número, ni del ageno. Parentesco ú intimidad entroncan sus filas, y el ansia de salvar ó desagraviar á sus entrañables compañeros encumbra sus hazañas. Huida vergonzosa es para ellos toda retirada, y toda fuga borron indeleble (90). Nacion abrigadora de tantísimo brio, debia tener siempre afianzada la victoria, á no contraponerse á tales ventajas nulidades fundamentales. Menoscabado su poderío naval franqueaba al mar á Griegos y Sarracenos, para todo intento de auxilio ó de embestida. En el siglo anterior al establecimiento de los caballeros andantes, torpísimos eran los Francos y aun negados para el manejo de la caballería (91), y en cualquiera trance sus guerreros se conceptuaban tan idiotas, que solian apearse y pelear desde el suelo. Bisoños en blandir la pica y asestar las arrojadizas, atascados allá con sus espadas larguísimas, pesada armadura y escudos descomunales, yacian además, segun los flaquillos y satíricos Griegos, encenagados en el desenfreno de su beodez. Mas y mas altaneros aventaban el yugo de todo jénero de subordinacion, y desamparaban á su caudillo en intentando detenerlos un punto fuera de su obligacion ó convenio. Enemigos menos valerosos, pero mas taimados, los estaban, á toda hora cebando en sus lazos; se les cohechaba; pues todo Bárbaro es venal ó se les sorprendia de noche, por cuanto se desentendian de las cautelas de un campamento, y de la vijilancia de las guardias. No eran para su aguante y sufrimiento las fatigas de una campaña de estío, y en faltándoles colmadamente comida y vino, se desesperaban con ímpetus de frenética voracidad. Variaba un tantillo esta índole jeneral de los Francos, segun parajes y tribus, por efecto de alguna estrañeza mas bien que del clima; pero se patentizaban aquellas diferencias á naturales y estraños. Manifestó un embajador en el palacio de Constantinopla, que los Sajones altercaban mejor á sablazos que á plumadas, y que anteponian la muerte cierta, á la afrenta de volver la espalda al enemigo (92). Blasonaba en Francia la nobleza de que en sus humildes albergues, eran el robo y la guerra, el único afan y deleite de sus vidas; se preciaban de escarnecer los palacios, banquetes y modales cultos de los Italianos, quienes, en concepto de los mismos Griegos, habian dejenerado de la independencia de los antiguos Lombardos (93).

Harto sabido es el edicto de Caracalla, igualador de todos los súbditos en el nombre y derechos de Romanos, desde la Bretaña al Ejipto y árbitro quedaba el soberano en ir fijando por temporadas ó de asiento, su residencia en cualquiera provincia de la patria comun. Al dividir el Oriente y el Ocaso, se siguió conservando cierta unidad ideal; pero escrupulosa en dictados, leyes y estatutos los sucesores de Arcadio y Honorio blasonaban de compañeros inseparables del mismo cargo de soberanos al par del orbe romano y de la ciudad, ceñidos en los idénticos linderos. Tras el vuelco de la monarquía occidental la majestad de la púrpura se refundió únicamente en los príncipes de Constantinopla; y entre estos fue Justiniano el primero que, tras un desvío de sesenta años, recobró el señorío de la antigua Roma, y tremoló por derecho de conquista el dictado augusto de emperador de los Romanos (94). Impulsos vanagloriosos ó desabridos movieron á uno de sus sucesores, Constante II, á desamparar el Bósfero de Tracia, y esponer en sus añejos blasones al Tiber. «Fue tan disparatado intento», prorumpe el avinagrado Bizantino, «cual si desnudase una niña linda y lozana, para engalanar ó mas bien afrentar la fealdad de una matrona arrugada y decrépita (95).» Mas la espada de los Lombardos contrarestó su arraigo en Italia, entró en Roma no como vencedor, sino como huido, y tras una visitilla de doce dias, saqueó y desamparó para siempre la antigua capital del orbe (96). La rebeldía y separacion final de Italia, vino á redondearse como dos siglos tras las conquistas de Justiniano, y desde aquel reinado tenemos que fechar el olvido de la lengua latina. Compuso el lejislador sus institutos, Código y Pandectas en un idioma que está encareciendo como el propio y de oficio en el gobierno romano, el vinculado en el mismo palacio y senado de Constantinopla, y en los campamentos y tribunales del Oriente (97); pero el paisanaje y soldadesca de las provincias Asiáticas, ignoraban aquel advenedizo lenguaje, y los mas lejistas y ministros de estado, lo entendian escasamente. Tras algunos vaivenes momentáneos la naturaleza y la costumbre, arrollaron las instituciones ya enmohecidas de la potestad humana, y en beneficio jeneral de los súbditos, promulgó Justiniano sus novelas en ambos idiomas (98); pero quedó olvidado el orijinal, y se estudió la version que se habia ido haciendo de su abultada jurisprudencia, y el Griego acreedor indudablemente de suyo á la preferencia, logró su establecimiento popular y legal en la monarquía Bizantina. El nacimiento y residencia de los príncipes posteriores, los fué retrayendo del idioma Romano. Particularizan los Arabes (99) á Tiberio, y los Italianos á Mauricio (100) como los primeros Césares Griegos, y fundadores de una nueva dinastía y de otro imperio; redondeóse la revolucion calladamente antes del fallecimiento de Heraclio, y el habla latina se conservó en astillas y allá enmarañadamente con algunas voces de jurisprudencia, y en las aclamaciones

de palacio. Restablecido el imperio occidental por Carlomagno y los Otones, igual significado y estension cupo á los nombres de Francos y de Latinos; y aquellos bárbaros altaneros alegaban fundadamente, su predominio para el idioma y la posesion de Roma. Insultaban á los estranjerados de Levante que habian orillado el traje y la lengua Romana, y su práctica atinada está abonando la denominacion repetida de Griegos (101); pero príncipe y pueblo estaban desechando osadamente el nombre que les achacaban. Por mas mudanzas que las revueltas de los tiempos hubieran acarreado, siempre se atenian á una sucesion recta y eslabonada desde Augusto y Constantino, y aun allá en lo ínfimo de la bastardía y decaimiento, apellidábanse todavía Romanos los postreros trozos del imperio de Constantinopla (102).

Mientras oficiaba en latin el gobierno del Oriente, era el griego el idioma de la literatura y la filosofía, ni cabia en los maestrazos de aquel idioma tan cabal y costosísimo el envidiar unos meros recuerdos de ciencia y de gusto en sus discípulos Romanos. Tras el vuelco del paganismo, la pérdida de la Siria y del Ejipto y la cesacion de las escuelas de Alejandría y Atenas se fueron los estudios de los Griegos emparedando mas y mas en los planteados monasterios y sobre todo en el colejio real de Constantinopla, que se abrasó en el reinado de Leon el Isáurico (103). Segun el campanudo lenguaje de aquel siglo, apellidaban al presidente de aquella fundacion el Sol de la Ciencia; sus doce asociados y catedráticos en varias artes y facultades eran los doce signos del zodíaco: franqueábaseles para sus tareas una librería de treinta y seis mil y quinientos volúmenes, pudiendo manifestar un manuscrito antiquísimo de Homero, en un rollo de pergamino de ciento y veinte piés de largo, intestino de un serpenton soñado y monstruosísimo (104). Lobreguez y discordia enlutaron los siglos séptimo y octavo; ardió la librería, enmudeció el colejio de los Iconoclastas, asoman como enemigos de la antigüedad, y selvática idiotez y menosprecio de las letras afrentó á los príncipes de la dinastía Heraclia ó Isáurica. (105).

Va rayando allá algun albor de ciencia por el siglo nono (106). Al amainar el fanatismo de los Arabes, trataron los califas de conquistar las artes, y no las provincias del imperio: su afan hasta cierto punto aseñorado, fué reencendiendo la emulacion de los Griegos, desenmoheció las librerías antiguas, y los empeñó en discernir y galardonar á los filósofos, cuyos desvelos hasta entonces se habian recompensado con la aficion del estudio y el escudriñamiento de la verdad. El César Bardas, tio de Miguel III apadrinó las letras, y bajo este concepto vive todavía en la memoria y queda saneada su ambicion. Algun escasillo derrame de los tesoros del sobrino, trascendió tal vez fuera del alcance de sus devaneos, pues abrió una escuela en el palacio de Magnaura, y la presencia de Bar-

das estaba fomentando la emulacion de catedráticos y estudiantes. Los acaudillaba el filósofo Leon, arzobispo de Tesalónica; pasmó en el Oriente su recóndita ciencia en astronomía y matemáticas, abultándola todavía mas la vulgaridad de que todo alcance descollante ha de ser parte de inspiracion ó de májica. A instancias del César, amigo íntimo, se desprende el afamado Focio (107) de su independencia de seglar estudioso, se encumbra al sólio patriarcal, y queda alternativamente excomulgado y absuelto por los sínodos de Levante y Poniente. Aun el encono sacerdotal le tributó el concepto de impuesto en todo jénero de conocimientos, escepto en poesía, siendo perspicaz en los pensamientos, infatigable en la lectura y elocuente en la expresion. Enviáronle de embajador al califa de Bagdad (108), siendo protospatario, ó capitan de la guardia, y amenizó un tanto el angustioso tedio de su destierro, y tal vez arresto, componiendo atropelladamente su *librería*, monumento vivo de su crítica y erudicion, y reseña de doscientos y ochenta escritores en historia, filosofía, oratoria y teolojía; aunque sin arreglo, pues va compendiando sus doctrinas ó narrativas, justipreciando su lenguaje y temple, y juzga tambien á los padres de la Iglesia con el atinado desahogo que asoma en medio de las supersticiones de aquel tiempo. Se lamentaba el emperador Basilio de su carencia de educacion, y puso al cargo de Focio la de su hijo y sucesor, el filósofo Leon, cuyo reinado y él de su hijo Constantino Porfirojénito, constituyen una de las temporadas preeminentes de la literatura Bizantina. Atesoró la librería imperial con su munificencia, las preciosidades de la antigüedad y con sus plumas ó las de sus consocios, las fueron colocando en estractos ó compendios halagüeños, para la curiosidad del público, sin abrumar su flojedad. Además de los *Basilícos* ó código de leyes, las artes de la labranza y de la guerra, y de alimentar ó destruir el linaje humano, fueron prosperando con igual esmero; colocando la historia de Grecia y Roma, bajo cincuenta y tres títulos ó encabezamientos, de los cuales tan solos dos (de embajadas y de virtudes y vicios) se salvaron del naufragio de los tiempos. A cada punto está contemplando el lector un cuadrito del tiempo que pasó, en cada pájina una leccion ó escarmiento, y tiene que empaparse en los ejemplares de temporada mas grandiosa, y aprende tal vez á remedarlos. No me esplayaré en los pastos de los Griegos Bizantinos, quienes con su ahinco en el estudio de los antiguos se hicieron algun tanto acreedores al recuerdo y agradecimiento de los modernos. Los estudiosos de la edad presente están todavía disfrutando el agasajo de Estobeo, con su libro manual filosófico, el diccionario histórico y gramático de Suidas, los Quiliades de Tretzez que abarcan seiscientas narrativas en doce mil versos, y los comentarios sobre Homero de Eustatio, arzobispo de Tesalónica, quien derrama de su colmada cosecha los nombres y autoridades de cuatrocien-

tos escritores. Con estos orijinales y el sin número de críticos y escoliastas (109), cabe arreglar un tanteo de las riquezas literarias del duodécimo siglo; pues Constantinopla estaba todavía resplandeciendo con el númen de Homero y Demóstenes, de Aristóteles y Platon; y en medio de nuestros haberes, mas ó menos apreciados ó desatendidos, tenemos que envidiar á una jeneracion que lograba recorrer todavía la historia de Teopompo, las oraciones de Hipérides, las comedias de Menandro (110) y las odas de Alceo y de Safo. Aquel cúmulo de ilustraciones nos demuestra no solo la existencia, sino la jeneralidad de los clásicos Griegos; y la institucion grandiosa del siglo se comprueba con el ejemplar de las dos sabias, la emperatríz Eudoxia y la princesa Ana Comneno, quienes cultivaron en la púrpura las artes de la retórica y la filosofía (111). Tosco y aun bárbaro era el lenguaje corriente del vecindario; pero descollaba mas culta el habla ó por lo menos la composicion de la Iglesia y el palacio donde se solia aspirar al remedo castizo de los dechados Atenienses.

En el sistema moderno de educacion, el alcance trabajoso pero imprescindible de dos idiomas que ya murieron, suele embargar el tiempo, y amortiguar la fogosidad del estudiante mozo; yacieron allá empapados los poetas y oradores, en las hablas tosquísimas de nuestros antepasados occidentales, ajenas todas de armonía y de gracejo, y su númen sin enseñanza ni dechado, tropezaba á ciegas y al impulso de su natural é inculta fantasía. Pero los Griegos de Constantinopla, en desenmoheciendo su lenguaje de la herrumbre vulgar, se entonaban en el uso del estilo antiguo el artefacto mas peregrino del alcance humano, familiarizándose al golpe con las sublimidades de aquellos ínclitos maestros que habian halagado é instruido á la nacion selecta. Mas estas son ventajas que tan solo redundan en cargo y desdoro de un pueblo dejenerado. Sus manos exánimes empuñaban aquellas riquezas de sus padres, sin heredar la pujanza creadora, y siempre engrandecedora de tan sagrado patrimonio; leian, ensalzaban y entresacaban; pero sus pechos desmayados yacian incapaces de conceptos y de partos. En el jiro de diez siglos no asoma un descubrimiento encumbrador del señorío, ó promovedor de la felicidad del linaje humano. No se añadió un pensamiento á los sistemas especulativos de la antigüedad, y un turbion de discípulos rendidos, paraba en otros tantos catedráticos que dogmatizaban al par con la jeneracion entrante y servil. Ni una sola obra de historia, filosofía ó literatura, se rescató del olvido con su primor de estilo ú arranque de afectos, con su inventiva orijinal ó atinado remedo. En la prosa tal cual corri ente de los escritores bizantinos, quedan descargados de censura notable con su sencillísima y despejada naturalidad: pero los oradores mas elocuentes para su aprension (112) son los mas desviados de los modelos á quienes in-

tentan remedar. El gusto y la razon, están padeciendo á cada página con el encontron de voces campanudas y desusadas, de clausulones revueltos y empalagosos, espresiones inconexas y un empeño pueril de realces falsos é intempestivos, con el afan angustioso de encumbrarse para asombrar al lector, y enmarañar un concepto rastrero con la humareda de la lobreguez y la exajeracion. Su prosa se remonta con la afectacion desatinada de poesía, y su poesía se apoca, se hunde y aridece allá por debajo de la ínfima prosa. Enmudecieron afrentosamente las musas trájica, épica y lírica, pues por maravilla se remontaban los versistas de Constantinopla sobre un acertijo, enigma ó epígrama, un panejírico ó una conseja; olvidaron hasta las reglas de la prosodia, y sonando todavía en sus oidos la melodía de Homero, andan siempre trabucando la medida de pies y de sílabas, en sus arranques desmayados que apellidaron versos *políticos* ó ciudadanos (113). Una supersticion torpe y tiránica aherrojaba los injenios griegos, imperando hasta por los ámbitos de la ciencia profana. Devaneaban sus entendimientos en contiendas metafísicas, y creyendo allá visiones y milagros, carecian de norma para la evidencia intelectual, y estragaban su gusto con homilías de monjes, mezcla de testos y declamaciones. Ni aun en aquellos desbarros de suyo despreciables descollaba desatinando algun injenio grandioso, pues los caudillos de la Iglesia griega, se ostentaban apocadamente con encarecer y copiar los oráculos de la antigüedad, ni asomó por los púlpitos competidor en nombradía con los Atanasios y Crisóstomos (114).

Móvil poderosísimo es en estados é individuos para todos los intentos, prácticas y especulativas de la vida civil, una emulacion eficaz y perfeccionadora. Abarcaban las ciudades de la antigua Grecia aquella, combinacion de hermandad é independencia que está reinando ahora en mayor escala, pero con menor pujanza entre las naciones modernas de Europa, aquel enlace de idioma, relijion y costumbres que constituye á todos, jueces árbitros de sus mútuos y respectivos merecimientos (115), con aquella independencia de gobierno y de intereses que afianza su libertad separada y los estimula á competir por la preeminencia en la carrera de la gloria. No era tan favorable la situacion de los Romanos; pero en los siglos primeros de la república que labraron la índole nacional, descolló competencia muy parecida entre los estados del Lacio y de Italia, y aspiraron á igualar, y aun sobrepujar á los Griegos sus maestros en artes y ciencias. Contrarestó indudablemente el imperio de los Césares á la actividad y progresos del injenio; aquella grandiosidad franqueaba campo para competencias interiores; mas al estrecharse, al pronto en el Oriente y luego en la Grecia y Constantinopla los súbditos bizantinos, se sumieron en la suma languidez y postracion, efecto naturalísimo de su situacion aislada y solitaria. Acosábanlos por el norte tribus de Bárbaros sin nom-

bre, á quienes aun escaseaba el conotado de hombres. Vallá insuperable formaban para toda contratacion al idioma y relijion de los Arabes ya mas cultos. Hermanos eran en la fe cristiana los conquistadores de Europa; pero se ignoraban los idiomas de Francos y Latinos, sus costumbres eran montaraces, y por maravilla se rozaban en paz ó en guerra con los sucesores de Heraclio. El engreimiento, rebosando todo en complacencia propia, de los Griegos ningun cotejo de mérito estranjero alcanzaba á desairarlo, y no es maravilla que menos valiesen para la carrera, careciendo de competidores para aguijonear su dilijencia, y de jueces para coronar su victoria. Barajáronse las naciones de Europa y Asia en sus espediciones á la Tierra Santa, y asomó allá alguna chispa como apagadiza, de emulacion en conocimientos y brio militar, por el imperio Bizantino, bajo la dinastía Comnena.

NOTAS

correspondientes al capítulo quincuajésimotercero.

(1) El epiteto de Πορφυρόγεννητος, Porfirojénito, nacido en la púrpura, es definido elegantemente por Claudiano:

Ardua privatos nescit fortuna Penates;
Et regnum cum luce dedit. Cognata potestas
Excepit Tyrio venerabile pignus in ostro.

Y Ducange en sus glosarios, griego y latino, trae varios pasos con el mismo concepto.

(2) Un espléndido manuscrito de Constantino, de Cæremoniis Aulæ et Ecclesiæ Byzantinæ, correteado de Constantinopla á Buda, Frankfort y Leipsic, donde se publicó en una edicion lujosa, por Reich y Reiske (A. D. 1751, en folio), con aquellas alabanzas en demasía que los editores nunca dejan de tributar á los objetos dignos ó indignos de sus tareas.

(3) Véase, en el primer volúmen de Banduri's Imperium Orientale, Constantino de Temabito, p. 1-24, de Administrando Imperio, p. 45-127. Edit Venet. El texto de la edicion antigua de Meursio está correjido por un manuscrito de la Biblioteca real de París, que Isaac Casaubon habia visto antiguamente (Epist. ad Polybium, p. 10.), y el sentido va ilustrado con dos mapas de Guillermo Delisle, príncipe de los

jeógrafos hasta que compareció el mayor D'Anville.

(4) Las tácticas de Leon y Constantino están publicadas con el auxilio de algunos manuscritos nuevos en la gran edicion de las obras de Meursio, por el docto Juan Lami (tom. VI, p. 531-920-1211-1417, Florent. 1745.), sin embargo el texto está bastante estragado y falto, la version muy obscura y defectuosa. La biblioteca imperial de Viena proporcionaria algunos materiales preciosos á un nuevo editor (Fabric. Bibliot. Græc. tom. VI, p. 369, 370.).

(5) Sobre el argumento de las *Basílicas*, pueden consultarse con fruto Fabricio (Bibliot. Græc. tom. XII, p. 425-514.) y Heineccio (Hist. Juris Romani, p. 396-399), y Giannone (Istoria Civile di Napoli, tom. I, p. 450-458.), como jurisconsultos históricos: XLI libros de este Código griego han sido publicados, con una version latina, por Cárlos Anibal Fabrotto (París, 1647), en siete tomos en folio; despues se han descubierto otros IV, y están insertos en el Novus Thesaurus Juris Civ. et Canon. tom. V. de Gerardo Meerman. De toda la obra, los sesenta libros, Juan Leunclavio ha impreso (Basil, 1575) una *écloga* ó synopsis: Las CXIII novelas, ó leyes nuevas de Leon, pueden hallarse en el Corpus Juris Civilis.

(6) Me he valido de la última y mejor edicion de la Agricultura (por Nicolás Niclas, Leipsic, 1781, 2 vols. en octavo). Leí en el prefacio, que el mismo emperador restauró los sistemas por largo tiempo olvidados de retórica y filosofía; y sus dos libros de *Hippiatrica*, ó medicina del caballo, se publicaron en París, 1530, en folio (Fabric. Bibliot. Græc. tom. VI, p. 493-500.).

(7) De estos LIII libros ó títulos, solo se han preservado é impreso dos, de Legationibus (por Fulvio Ursino, Antuerpia, 1582, y Daniel Hœschelio, August. Vindel. 1603), y de Virtutibus et Vitiis (por Enrique Valesio, ó de Valois, París, 1634.).

(8) La vida y escritos de Simon Metafrastes, los describe Hankio (de Scriptoribus Byzant. p. 419-460.) Este biógrafo de los santos se alhagó con una vaga paráfrasis sobre el sentido, ó sin sentido, de actos mas antiguos. Su retórica griega es de nuevo parafraseada en la version latina de Surio, y apenas puede ahora ser visible un hilo de la textura orijinal.

(9) Segun el primer libro de la Ciropedia, ya se habian instituido en Persia, por la cual debia ser entendida la Grecia, profesores de tácticas, pequeña parte de la ciencia de la guerra. Una buena edicion de todos los Scriptores Tactici seria una tarea no indigna de un discípulo. Su industria pudo descubrir algunos manuscritos nuevos, y su erudicion pudo ilustrar la historia militar de los antiguos. Pero este discípulo debió ser

igualmente soldado; y, ¡ay! Quinto Icilio ya no existe.*

(10) Despues de observar que el desmérito de los Capadocios, subia en proporcion á su rango y riquezas, inserta un epígrama mas señalado que se atribuye á Demodoco:—

Καππποδοκην ποτ' εχιδνα κακη δακεν, αλλα και αμτη
Κατθανε, κευσαμενη άιματοθ ιοβολὸ.

La punzada es cabalmente la misma con el epigrama francés contra Freron: Un serpent mordit Jean Freron—Eh bien? Le serpent en mourut. Pero como los injenios de París rara vez leen la Antolojía, tendria curiosidad de saber porque canal fué conducido para su imitacion (Constantin. Porfirojen. de Themat. c. II, Brunck, Analect. Græc. tom. II, p. 56. Brodæi, Anthología, l. II, p. 244.).

(11) La Legatio Luitprandi Episcopi Cremonensis ad Niceforum Phocam, está inserta en Muratori, Scriptores Rerum Italicarum, tom. II, pars I.

(12) Véase Constantino de Thematibus, en Banduri, tom. I, p. 1-30 que confiesa que la palabra es ὸ παλαια. Θεμα es usada por Mauricio (Stratagem. l. II, c. 2.) para una legion, de la cual el nombre fué fácilmente transferido á su puesto ó provincia (Ducanje, Gloss. Græc. tom. I, p. 487, 488.). Algunas etimolojías se han puesto en práctica á favor de los temas opsiciano, optimacio y traseciano.

(13) Αχιος πελαγος, segun le llaman los griegos modernos, de lo cual se han transformado por los jeógrafos y marinos los nombres corrompidos de Archipielago, l'Archipel, y los Arches, (D'Anville, Géographie Ancienne, tom. I, p. 281. Analyse de la Carte de la Grèce, p. 60.). El número de monjes ó vecinos en todas las islas y la montaña adyacente de Athos (Observations de Belon, fol. 32, verso) monte santo, podia sincerar el epiteto de santo, άγιος, lijera alteracion del orijinal αιγαιος, impuesto por los Dorios, que en su dialecto, daban el nombre figurativo de αιγες, ó cabras á las olas saltadoras (Vosio, apud Cellarin, Geopraph. Antiq. tom. I, p. 829.).

(14) Segun el viajero judío que habia visitado Europa y Asia, Constantinopla solo quedaba igualada por Bagdad, la gran ciudad de los Ismaelitas (Voyaje de Benjamin de Tudele, par Baratier, tom. I, c. 5, p. 46.).

(15) Εσκλαβωθη δε πασα ή χωρα και γεγονε βαρβαρος, dice Constantino (Thematibus, l. II, c. 6, p. 25.), en un estilo tan bárbaro como la especie que confirma, segun costumbre con un necio epígrama. El compendia-

(*) M, Guiscerdt autor de las Memoires Militaires sur les Grecs et sur les Romains. Véanse los Extraits-Raisonnes de mes lectures, por Gibbon. Obras Misc. vol. V. p. 219. — M.

dor de Estrabon observa igualmente και νυν δε πασαν Ηπειρον, και Ελλαδα σχεδον και Μακεδονιαν, και Πελοπννησον Σκυθαι Σκλαβοι νεμονται (l. VII, p. 98, edit. Hudson, edit. Casaub. 1251.): paso que da á Dodwell una danza pesada (Geograph. Minor. tom. II, dissert. VI, p. 170-191.), para enumerar las correrías de los esclavos, y fijar la fecha (A. D. 980) de este pequeño jeógrafo.

(16) Estrabon Geograph. l. VIII, p. 562. Pausanias, Græc. Descriptio, l. III, c. 21, p. 264, 265. Plin. Hist. Natur. l. IV, c. 8.

(17) Constantin de Administrando Imperio, l. II, c. 50, 51, 52.

(18) El peñon de Leucada era el promontorio meridional de su isla y diócesis. Si hubiese sido el guardian exclusivo del salto del amante, tan conocido de los lectores de Ovidio (Epist. Sappho) y el Espectador, podria haber sido el prelado mas rico de la iglesia griega.

(19) Leucatensis mihi juravit episcopus, quotannis ecclesiam suam debere Nicephoro aureos centum persolvere, similiter et ceteras plus minusve secundum vires suas (Luitprando en Legat. p. 489.).

(20) Véase Constantino (en Vit. Basil. c. 74, 75, 76, p. 195-197 en Script. post Theophanem), que usa palabras facultativas ó bárbaras: bárbaro, dice, τη των πολλων αμαθια καλον γαρ επι τουτοις κοινολεκτειν. Ducange trabajó en algunas; pero no era tejedor.

(21) Las manufacturas de Palermo, segun las describe Hugo Falcando (Hist. Sicula in proem, en Muratori Script. Rerum Italicarum, tom. V, p. 256.) es una copia de las de Grecia. Sin trasladar sus sentencias declamatorias, que he atemperado en el texto, observaré que en este paso la extraña voz de *exarentasmata* es cambiada muy propiamente en *exanthemata* por Carisio primer editor. Falcando vivió sobre el año 1190.

(22) Inde ad interiora Græciæ progressi, Corinthum, Thebas, Athenas, antiqua nobilitate celebres expugnant; et maxima ibidem præda direpta, opifices etiam, qui sericos pannos texere solent, ob ignominiam Imperatoris illius, suique principis gloriam, captivos deducunt. Quos Rogerius, in Pallermo Siciliæ metropoli collocans, artem texendi suos edocere præcepit; et exhine prædicta ars illa, prius à Græcis tantum inter Christianos habita, Romanis patere cœpii ingeniis (Otho Frisingen. de Gestis Frederici I, l. I, c. 33 in Muratori Script. Ital. tom. VI, p. 668.). Esta escepcion permite al obispo celebrar en Lisboa y Almería in sericorum pannorum opificio prænobilissimæ (en Chron. apud Muratori, Annali d'Italia, tom. IX, p. 415.).

(23) Nicetas en Manuel, l. II c. 8 p. 65. Describe estos Griegos como prácticos ευητριὸς οθονας ὑφαινειν, ἱςῳ προσανεχοντας των ἑξαμιτων και χρυσοπαςων ςολων.

(24) Hugo Falcando las llama nobiles oficinas. Los Arabes no habian

introducido la seda, aunque habian plantado cañas y hecho azúçar en la llanura de Palermo.

(25) Véase la vida de Castruccio Castacani, no por Maquiavelo, sino por su mas auténtico biógrafo Nicolás Tegrimi. Muratori, que la insertó en el volúmen XI de sus Scriptores, cita este curioso paso en sus antigüedades italianas (tom. I dissert. XXV p. 378).

(26) De los estatutos manuscritos segun los cita Muratori en sus antigüedades italianas (tom. II dissert. XXX p. 46-48).

(27) La manufactura de seda cruda fué establecida en Inglaterra en el año 1620 (Deduccion cronolójica de Anderson. vol. II p. 4): pero á la revocacion del edicto de Nanses debemos la colonia de Spitalfields.

(28) Viaje de Benjamin de Tudela. tom. I c. V p. 44-52. El texto hebreo ha sido traducido al francés por aquel maravilloso muchacho Baratier, ha añadido un volúmen de erudicion cruda. Los desatinos y ficciones del rabí judío no son fundamento suficiente para negar la realidad de sus viajes. *

(29) Véase el continuador de Teófanes (l. IV p. 107), Cedreno (p. 544), y Zonaras (tom. II. l. XVI p. 157).

(30) Zonaras (tom. II. l. XVII p. 225), en vez de libras, usa la denominacion mas clásica de talentos, que en sentido literal y con cálculo estricto, multiplicarian sesenta veces el tesoro de Basilio.

(31) Para una copiosa y circunstanciada descripcion del palacio imperial, véase la Constantinop. Christiana (l. II. c. 4 p. 113-123) de Ducange, el Tillemont de las edades medias. Jamás ha producido la laboriosa Jermania dos anticuarios mas laboriosos y esmerados que estos dos naturales de la Francia traviesan.

(32) El palacio bizantino supera al capitolio, al palacio de Pergamo, el bosque Rufiniano (φαιδρον αγαλμα), el templo de Adriano en Cilico, las pirámides, el Faro, etc. segun un epígrama (Antholog. Græc. l. IV. p. 488, 489. Brodæi, apud Wechel) atribuido á Juliad, ex-prefecto de Ejipto. Setenta y un epígramas, algunos agudos, están recopilados en Brunck (Analect. Græc. tom. II p. 493-510); pero este falta.

(33) Constantinopolitanum Palatium non pulchritudine solum, verum etiam fortitudine, omnibus quas umquam videram munitionibus præstat (Luitprando, Hist. l. V. c. 9 p. 465).

34) Véase el continuador anónimo de Teófanes (p. 59, 61. 86, á quien he seguido en el puro y conciso estracto de Le Beau (Hist. du Bas Empire, tom. XIV p. 436. 438).

(*) Me inclino con Beugnot (Les Juifs d' Occident, part. III. p. 101 et seq.) y Jost (Geschichte des Israelites, vol. VI. anhang. p. 376.), á considerar esta obra como una mera compilacion, y á dudar de la *realidad* de los viajes.—M.

(35) In aureo triclinio quæ præstantior est pars potentisimus *(el usurper Romanus)* degens cæteras partes *(filiis)* distribuerat (Luitprando Hist. l. V. c. IX p. 469). Para esta vaga significacion de Triclinium (ædificium tria vel plura βλινη scilicet σσγη complectens), véase Ducange (Gloss. Græc. et Observations sur Joinville, p. 240), y Reiske (ad Constantinum de Ceremoniis, p. 7).

(36) In equis vecti (dice Benjamin de Tudela) regum filiis videntur persimiles. Prefiero la version latina de Constantino el emperador (p. 46) á la francesa de Baratier (tom. I p. 49).

(37) Véase la relacion de su viaje, munificencia, y testamento, en la vida de Basilio, por su nieto Constantino (c. LXXIV, LXXV, LXXVI p. 195-197).

(38) *Carsamatitten* (καρζιμαδες, Ducange, Gloss). Græci vocant, amputatis virilibus et virga, puerum eunuchum quos Verdunenses mercatores ob immensum lucrum facere solent et in Hispaniam ducere (Luitprando, l. VI c. III p. 470). — ¡Ultima abominacion del abominable tráfico de esclavos! Sin embargo estraño mucho hallar en el siglo X, esas activas especulaciones de comercio en Lorrena.

(39) Véase la Alexiada (l. III p. 78, 79) de Ana Comnena, que, escepto en piedad filial, puede ser comparada con la señorita de Montpensier. En su respetuoso acatamiento para los títulos y formas, llama á su padre Επισημοναρχης, inventor de este arte real, el τεχνη τεχνων, y επισημη επισημων.

(40) Στεμμα, σεφανος, διαδημα, véase Reiske, ad Ceremoniale, p. 14, 15. Ducange ha dado una disertacion erudita sobre las coronas de Constantinopla, Roma, Francia, etc. (sur Joinville, XXV p. 279-305; pero de sus treinta y cuatro modelos, ninguno cuadra con la descripcion de Ana.

(41) Par extans curis, solo diademate dispar,
Ordine pro rerum vocitatus *Cura-Palati;*

dice el Africano Coripo (de Laudibus Justini, l. I p. 136); y en el mismo siglo (el VI), Casiodoro representa, que virga aurea decoratus, inter numerosa obsequia primus ante pedes regis incederet (Variar. VII 5); pero este gran oficial (desconocido), ανεπιγνωσος, no ejerciendo funcion alguna, νμν δε ὀδεμιαν, quedó reducido por los Griegos modernos á la clase XV (Codin c. V p. 65).

(42) Nicetas (en Manuel, l. VII c. I). Se define ὡς ἡ Αττινων φωνη Καγκελαριον, ὡςδ"Ελληνες ειποιεν Λογοθετην. Sin embargo el epiteto de μεγας fué añadido por Andrónico el mayor (Ducange, tom. I p. 822, 823).

(43) Desde Leon I (A. D. 470) la tinta imperial, que aun es visible en algunos actos orijinales, era una mezcla de minio y cinabrio, ó pur-

purea. Los guardas del emperador, que participaban de su prerogativa, siempre señalaban con tinta verde la indiccion y el mes. Véase el Dictionnaire Diplomatique (tom. I p. 511-513 compendio precioso.

(44) El sultan envió un Σιαὸς á Aleio (Ana Comnena, l. VI p. 170 Ducange ad loc), y Pachimer amenudo habla del μεγας τζαὸς (ll VII c. I l. VII c. XXX. l. XIII c. XXII). El Chiaoush bajá está ahora á la cabeza de 700 oficiales (Imperio Otomano por Ricaut, p. 349 edicion en octavo).

(45) *Tajerman* es el nombre arábigo de un intérprete (D' Herbelot, p. 854, 855); πρωτος των ἑρμηνεων ὁς κοινως ονομαζὸσι δραγομανὸς, dice Codino (c. V No. 70. p. 67). Véase Villehardouin, y Glos. Græc. et Latin).

(46) Κονοσαυλος, ó κοντοσαυλος, corrupcion del latin Comes stabuli, ó del francés Connétable, en sentido militar, fué usado por los Griegos en el siglo XI, á lo menos tan pronto como en Francia.

(47) Se tomó directamente de los normandos. En el siglo XII Giannone pone al almirante de Sicilia entre los grandes oficiales.

(48) Este bosquejillo de honores y oficios se ha sacado de Jorje Codino Curopalata, que sobrevivió á la toma de Constantinopla por los Turcos: esta obra acabada aunque frívola, (de Officiis Ecclesiæ et Aulæ Cr P.) ha sido ilustrada por las notas de Goar, y los tres libros de Gretser, docto jesuita.

(49) La respetuosa salutacion de llevar la mano á la boca, *ad os* es el oríjen de la voz latina *adoro*, *adorare*. Véase nuestro docto Selden (vol. III p. 143-145. 942), en sus Títulos de Honor. Parece, segun el primer libro de Herodoto, ser de oríjen persa.

(50) Las dos embajadas de Luitprando á Constantinopla, todo lo que vió ó sufrió en la capital griega, está agradablemente descrito por él mismo (Hist. l. VI c. I-IV p. 469-471. Legatio ad Nicephorum Phocam, p. 479 489).

(51) Entre las diversiones de la fiesta, un niño balanceaba en su frente, una pica ó pértiga de veinte y cuatro pies de largo con una barra atravesada de dos codos un poco mas abajo de la cima. Dos muchachos, desnudos, aunque ceñidos *campestrati*, juntos, y por separado, trepaban, se paraban, jugaban, bajaban, etc. ita me stupidum reddidit: utrum mirabilius nescio (p. 470). En otro refrijerio se leyó una homilía de Crisóstomo sobre los actos de los Apóstoles elata voce non latine (p. 483).

(52) *Gala* no ha derivado inverosímilmente de Cala, ó Calvat, en árabe vestido de honor (Reiske, Not. en Ceremon. p. 84).

53) Πολυχρονιζειν se esplica por ευφημιζειν (Codin. c. VII Ducange, Gloss. Græc. tom. I p. 1199).

(54) Κωνσερβετ Δεὸς ημπεριὸμβεςρὸμ.—βικτορ σις σεμπερ—βηβητε Δομινι Ημπερατορερ ην μὸλτος αννος (Ceremon. c. LXXV p. 215(. La falta del latin V, obligó á los griegos á emplear su β; ni atienden á la cantidad. Hasta el punto que reconoció el verdadero idioma estas estrañas sentencias podian embarazar á un adepto.

(55) Βαραγγοικατα την πατριανγλωσσαν και ὁτοι, ηγὸν Ινηλινιςι παλτχρονιζὸσι (Codin. p. 90). Ojalá hubiera conversado las palabras, por corrompidas que fuesen, de su aclamacion inglesa.

(56) Para todas estas ceremonias. Véase la obra espresa de Constantino Porfirojénito, con las notas, ó mas bien disertaciones, de sus editores alemanes Leik y Reiske. En cuanto á la jerarquía de los cortesanos *prevalecientes*, p. 80 not. 23. 62; por la adoracion, escepto los domingos, p. 95. 240. not. 131, las procesiones p. 2, etc.; not. p. 3, etc. las aclamaciones passim. not. 25, etc.; las facciones é Hipodromo, p. 177-214 not. 9. 93, etc.; los góticos, p. 221. not 111; la vendimia, p. 217. not. 109: otras muchas especies van desparramadas por toda la obra.

(57) Et privato Othoni, et nuper eadem dicenti, nota adulatio (Tacit. Hist. 1-85).

(58) El capítulo VIII, de Administratione Imperii, puede esplicarse y rectificarse por las Familiæ Byzantinæ de Ducange.

(59) Sequiturque nefas! Ægyptia conjux (Virgil, Æneid VIII 688). Sin embargo esta esposa ejipcia, era hija de una dilatada alcurnia de reyes. Quid te mutavit (dice Antonio en una carta privada á Augusto) ¿an quod reginam ineo? uxor mea est (Sueton en August. c. 69). Sin embargo dudo mucho (pues no puedo menos de preguntarlo), si el triumviro se atrevió á celebrar su casamiento con los ritos romanos ó ejipcios.

(60) Berenicem invitus invitam dimisit (Suetonio en Tito, c. VII). He observado en otra parte, que esta hermosura judía tenia á la sazon sobre cincuenta años. El juicioso Racine ha callado con el mayor tino su edad y país.

(61) Constantino estaba hecho á alabar la ευγενεια y περιφανεια de los francos, con los cuales hizo alianza pública y privada. Los escritores franceses (Isaac Casaubon en Dedicac. Polybii) están sumamente complacidos con estos cumplimientos.

(62) Constantino Porfirojénito (de Administrat. Imp. c. XXVI) ostenta una jenealojía y vida del ilustre rey Hugo περιβλεπτὸ ῥηγος Ουγωνος). Puede formarse concepto mas atinado por la crítica de Pagi, los anales de Muratori, y el Compendio de S. Marcos, A. D: 925-946.

(63) Despues de la mencion de las tres diosas, Luitprando añade muy

candorosamente et quoniam non rex solus iis abutebatur, earum nati ex incertis patribus originem ducunt (Hist. l. IV c. VI): en cuanto al casamiento de la mas jóven Berta, véase l. V c. V., por la incontinencia de la mayor, dulcis exercitio Hymenæi, l. II c. XV; en cuanto á las virtudes y vicios de Hugo, l. III c. V. Con todo no debe olvidarse que el obispo de Cremona era amante de la disolucion.

(64) Licet illa Imperatrix Græca sibi et aliis fuisset satis utilis, et optima, etc. es el preámbulo de un escritor enemigo, apud Pagi, tom IV A. D. 989, No. 3. Su casamiento y acciones principales pueden hallarse en Muratori, Pagi, y S. Marcos, bajo los propios años.

(65) Cedreno, tom. II p. 699. Zonaras, tom. II p. 221. Elmacin, Hist. Saracenica, l. III c. VI. Nestor apud Bevesque, tom. II p. 112. Pagi, Crítica, A. D. 987, No. 6: ¡concurso singular! Wlaodomiro y Ana estan colocados entre los santos de la Iglesia romana. Sin embargo sabemos los vicios de aquel y desconocemos las virtudes de esta.

(66) Henricus primus duxit uxorem Seythicam, Russam, filiam regis Jeroslai. Envióse á Rusia una embajada de obispos, y el padre gratanter filiam cum multis donis misit. Este suceso acaeció en el año 1051. Véanse los pasos de las crónicas orijinales, en los historiadores de Francia, por Bouquet (tom. XI p. 29. 159. 161. 319. 384. 481). Voltaire podria maravillarse de esta alianza; pero no habria confesado su ignorancia del país, relijion, etc. de Jeroslao, nombre tan esclarecido en los anales rusos.

(67) Una constitucion de Leon el Filósofo (LXXVIII) ne senatusconsultus amplius fiat, habla el lenguaje del despotismo neto, εζ ὁ άο μοναρχεν κρατος την τὸτων ρνωπται διοικησιν, και ακαιρον και ματαγον το αχρηςον μετα των χρειαν παρεχομενων συναπτεσθαι.

(68) Codino de Officiis, c. XVIII p. 120, 121). Da cierto asomo de este juramento tan fuerte á la Iglesia πιςος και γνησιος δὸλος και ὑιος τνς ἁγιας ςκκλησιας, tan débil para el pueblo και απεχεσθαι φονων και ακρωτηριασμων και ὁμοιων τὸτοις κατα το δυνατον.

(69) Si escuchamos las amenazas de Nicéforo al embajador de Oton, Nec est in mari domino tuo classium número. Navigantium fortitudo mihi soli inest, qui eum clasibus aggrediar, bello maritimas ejus civitates demoliar; et quæ fluminibus sunt vicina redigam in favillam (Luitprando en Legat. ad Nicephorum Phocam, en Muratori Scriptores Rerum Italicarum, tom. II pars. I p. 481). Observa en otro lugar, qui cæteris prestant Venetici sunt et Amalfitani.

(70) Nec ipsa capiet eum (el emperador Oton) in qua ortus est pauper et pellicea Saxonia, pecunia qua pollemus omnes nationes super eum invitabimus: et quasi keramicum confringemus (Luitprando en Legat. p.

487). Los dos libros, de administrando Imperio, inculcan perpétuamente la misma política.

(71) El capítulo XIX de las Tácticas de (Meurs. Opera, tom. VI p. 825-848) que se da mas correcto de un manuscrito de Gudio, por el laborioso Fabricio (Bibliot. Græc. tom. VI 372-379) se refiere á la *Naumachia*, ó guerra naval.

(72) Hasta de quince y diez y seis hileras de remos, en la armada de Demetrio Poliorcetes. Estas eran para el uso real: las cuarenta hileras de Ptolomeo Filadelfo se aplicaron á un palacio flotante, cuyas toneladas, segun el Dr. Arbuthnot (Tablas de las monedas antiguas, etc. p. 231-236), se comparan como cuatro y medio á una con un navío inglés de 100 cañones.

(73) Los Dromones de Leon, etc. se describen tan claramente con dos hileras de remos, que debo sensurar la version de Meursio y Fabricio, que pervierten el sentido por un nuevo apego á la denominacion clásica de *Triremes*. Los historiadores bizantinos incurren á veces en la misma impropiedad.

(74) Constantin. Porphyrogen. en Vit. Basil. c. LXI p. 185. Alaba con serenidad la estratajema como βὸλην στνετην και σοφην; pero el doblar el cabo del Peloponeso es descrito por su aterrada fantasía como una circumnavegacion de mil millas.

(75) El continuador de Teófanes (l. IV p. 122, 123) nombra las estaciones sucesivas, el castillo de Lulo cerca de Tarso, el Monte Arjeo, Isamo, Ejilo, el collado de Mamas, Ciriso, Mocilo, el collado de Aujencio, el reloj de sol del Faro del gran palacio. Afirma que las noticias fueron transmitidas é εν ακαρει en un momento indivisible de tiempo. Amplificacion mezquina, que, con decir demasiado, nada dice. ¡Cuánto mas intensa é instructiva habria sido la definicion de tres, seis, ó doce horas. !

(76) Véase el Ceromoniale de Constantino Porfirojénito, l. II c. XLIV p. 176-192. Un lector crítico echará de ver algunas contradicciones en diferentes partes de esta relacion; pero no son mas obscuras ó necias que el establecimiento y los efectivos; los actuales é idóneos para el servicio, las clases y filas y los soldados rasos de un uniforme reciente que conservan en debidas manos el conocimiento de estos misterios tan provechosos.

(77) Véanse los capítulos quinto, sexto y séptimo, περι οπλισεως, περι γυμνασιας y περι γυμνασιας en las Tácticas de Leon, con los pasajes correspondientes en las de Constantino.

(78) Observan της καρ τοξειας παντελως αμεληθεισης.... εν τοις Ρωμαιοις τα πόλλα νυν ειωθε σωαλματα γνεσθαι (Leon, Tactic. p. 581. Constantin. p. 1216).

Con todo no eran estas las máximas de los Griegos y Romanos, que despreciaban la práctica vaga y distante del arte de tirar con arco y flecha.

(79) Compárense los pasos de las Tácticas, p. 669 y los capítulos XII y XVIII.

(80) En el prefacio á sus Tácticas, Leon deplora muy libremente la pérdida de la disciplina y las calamidades de los tiempos, y repite sin escrúpulo (Proem. p. 537), las reconvenciones de αμελεια, αταξια, αγυμνασια, δειλια, etc. ni parece que las mismas censuras fueron menos merecidas en la jeneracion inmediata por los discípulos de Constantino.

(81) Véase en el ceremonial (l. II c. XIV p. 353) la forma de patear el emperador sobre los cuellos de los sarracenos cautivos, mientras los cantores entonaban « has hecho de mis enemigos mi tarima ! » y el pueblo gritaba cuarenta veces el kirie eleison.

(82) Leon observa (Tactic. p. 668) que una batalla declarada sea la que fuere contra cualquiera nacion es επισφαλες y επικινδυνον; las palabras son fuertes, y la observacion es verdadera; sin embargo si tal hubiese sido la opinion de los antiguos romanos. Leon jamás habria reinado en las playas del Bósforo de Tracia.

(83) Zonaras (tom. II, l. XVI, p. 202, 203) y Cedreno (Compend. p. 668.), que refieren el designio de Nicéforo, aplican infelicísimamente el epiteto de γενναιως á la oposicion del patriarca.

(84) El capítulo XVII de las tácticas de las diferentes naciones es el mas histórico y útil de toda la coleccion de Leon. Las costumbres y armas de los sarracenos (Tactic. p. 809-817 y un fragmento de los manuscritos mediceos en el prefacio del VI volúmen de Meursio) el emperador romano fué citado con demasiada frecuencia para su estudio.

(85) Παντος δε και κακὸ εργὸ τον Θεον αιτιπν ὑποτιθενται, και πολεμοις χαιρειν γεδὸσι τον Θεον τον διασκορπιζοντα εθυητα τὸς πολεμὸς θελοντα. Leon. Tactic. p. 809.

(86) Luitprando (p. 484, 485.) refiere é interpreta los oráculos de los Griegos y Sarracenos, en los cuales, á manera de profecía, lo pasado es claro é histórico, lo venidero es obscuro, enigmático y erróneo. Por este confin de luz y sombra un crítico imparcial puede determinar comunmente la fecha de la composicion.

(87) El sentido de esta distincion queda espresado por Abulfaraje (Dynast. p. 2. 62. 101.), pero no puedo recordar el paso en que se rodea este agudo apotegma.

(88) Ex Francis, quo nomine tam Latinos quam Teutones comprehendit, ludum habuit (Luitprando en Legat. ad Imp. Nicephorum, p. 483, 484.). Esta estension del nombre puede ser confirmada de Constantino

(de administrando imperio, l. II, c. 27, 28.) y Eutiquio (Annal. tom. I, p. 55, 56.), los cuales vivieron ambos antes de las Cruzadas. Los testimonios de Abulfaraje (Dynast. p. 69.) y Abulfeda (Præfat. ad Geograph.) son mas recientes.

(89) Sobre este asunto de la disciplina eclesiástica y beneficiaria, puede consultarse con utilidad el padre Thomassin (tom. III, l. I, c. 40-45, 46, 47.). Una ley jeneral de Carlomagno eximia á los obispos del servicio personal; pero la práctica opuesta, que prevaleció desde el siglo IX hasta el XV, está apoyada por el ejemplo ó silencio de los santos y doctores.... Sincerais vuestra cobardía con los sagrados cánones, dice Raterio de Verona; los cánones tambien os prohiben barraganear, y sin embargo....

(90) En el capítulo XVIII de sus Tácticas, el emperador Leon, ha representado primorosamente los vicios y las virtudes militares de los francos (que Meursio traduce de un modo ridículo por *Galli*) y lombardos, ó langobardos. Véase así mismo la XXVI disertacion de Muratori de Antiquitatibus Italiæ medii Ævi.

(91) Domini tui milites (dice el arrogante Niceforo) equitandi ignari pedestris pugnæ sunt inscii: scutorum magnitudo, loricarum gravitudo, ensium longitudo, galearumque pondus neutra parte pugnare eos sinit; ac subridens, impedit, inquit, et eos gastrimargia, hoc est ventris ingluvies, etc. Luitprando en Lenat. p. 480, 481.

(92) In Saxonia certe scio.... decentius ensibus pugnare quam calamis, et prius mortem obire quam hostibus terga dare (Luitprando, p. 482.)

(93) Φραγτοι ιοινυη και Λογιβαρδοι λογον ελευθεριος περι πολλὸ ποιὸνται, αλλ' ὁι μεν Λογιβαρδοι το πλεον της τοισμτης αρετης νυν απωλεσαν. Leonis Tactica, c. 18, p. 805. El emperador Leon murió A. D. 911 un poema histórico, que concluye en 916, y parece haber sido compuesto en 940, por un natural de Venecia, distingue en estos versos las costumbres de Italia y Francia:

— Quid inertia bello
Pectora (Ubertus ait) duris prætenditis armis,
O Itali? Potius vobis sacra pocula cordi;
Sæpius et stomachum nitidis laxare saginis
Elatasque domos rutilo fulcire metallo.
Non eadem Gallos similis vel cura remordet;
Vicinas quibus est studium devincere terras,
Depressumque larem spoliis hinc inde coactis
Sustentare. —

(Anonym. Carmon Panegyricum de Laudibus Berengarii Augusti, l. II,

in Muratori Scrip. Rerum Italic. tom. II, pars I, p. 393.).

(94) Justiniano, dice el historiador de Agathias (l. V, p. 157), πρωτος Ρωμαιων αυτοκρατωρ ονοματι και πραγματι. Sin embargo el título específico de Emperador de los romanos no se usó en Constantinopla, hasta que lo demandaron los emperadores franceses y jermanos de la antigua Roma.

(95) Constantino Manasses reprueba este designio en su verso bárbaro:

Την πολιν την βασιλειαν αποκοσμησαι θελων,
Και την αρχην χαρισασθαι τριπεμπελω Ρωμη,
Ως ειτις αβροζολζον αποκοσμησει νυμφην,
Και γραυν τινα τριχορωνον ὡς κορην ὡραϊσει.

y lo confirman Teófanes, Zonaras, Cedreno y la Historia Miscela, voluit in urbem Romam imperium transferre (l, XIX, p. 137. in tom. I, pars I, de los Scriptores Rer. Ital. de Muratori.).

(96) Paul. Diacon. l. V, c. 11, p. 480. Anastio en Vitis Pontificum, en la Coleccion de Muratori, tom. III, pars I, p. 141.

(97) Consúltese el prefacio de Ducange (ad Gloss. Græc. medii Ævi) y las Novelas de Justiniano (VII. LXVI.). El lenguaje griego era κοινος, el latino πατριος al mismo, κυριωτατος al πολιτειας σχημα, el sistema de gobierno.

(98) Ου μην αλλα και Δατινικη λεξις και φρασις εισετι τὸς νομὸς κρυπτὸσα τὸς τυνειναι ταυτην μη δυταμενὸς ιχυρως απετειχιζε (Matth. Blastares, Hist. Juris, apud Fabric. Bibliot. Græc. tom. XII, p. 369.). El Código y las Pandectas (estas por Taleleo) fueron traducidas en tiempo de Justiniano (p. 358-366.). Teófilo, uno de los triunviros orijinales, ha dejado una elegante, aunque difusa paráfrasis de la Instituta. Por otra parte, Juliano antecesor de Constantinopla (A. D. 370), CXX Novellas Græcas elegante Latinitate donavit (Heineccio, Hist. J. R. p. 396.) para el uso de Italia y Africa.

(99) Abulfaraje señala la VII dinastía á los Francos ó Romanos, la VIII á los griegos, la IX á los Arabes. A tempore Augusti Cæsaris donec imperaret Tiberius Cæsar spatio circiter annorum 600 fuerunt imperatores C. P. Patricii, et præcipua pars exercitus Romani: extra quod, consiliarii, scribæ et populus, omnes Græci fuerunt: deinde regnum etiam Græcanicum factum est (p. 96, vers. Pocock). Los estudios cristianos y eclesiásticos de Abulfaraje le dieron alguna ventaja sobre los mas ignorantes musulmanes.

(100) Primus et Græcorum genere in imperio confirmatus est; ó segun otro manuscrito de Paulo Diácono (l. III, c. 13, p. 443.), en Græcorum Imperio.

(101) Quia linguam, mores, vestesque mutastis, putavit Sanctissimus

Papa (ironía audaz), ita vos (vobis) displicere Romanorum nomen.* His nuncios, rogabant Nicephorum Imperatore Romanorum amicitiam faceret (Luitprando en Legatione, p. 486.).

(102) Por Laónico Chalcocondyles, que sobrevivió al último sitio de Constantinopla, la relacion se hace de este modo (l. 1, p. 3.). Constantino trasplantó sus latinos de Italia á una ciudad griega de Tracia: adoptaron el lenguaje y las costumbres de los naturales, que fueron confundidos con ellos bajo el nombre de romanos. Los reyes de Constantinopla, dice el historiador, επί το σφας αυτὸς σεμνυνεσθαι Ρωμαιων βατιλεις τε και αυτοκραιορας αποκαλειν Ελλήνων δε βασιλεις οκετι οδαμη αξιον.

(103) Véase Ducange (C. P. Christiana, l. II, p. 150, 151.), que reune los testimonios, no de Teófanes, pero á lo menos de Zonaras (tom. II, l. XV, p. 104.), Cedreno (p. 454.), Michael Glycas (281.), Constantino Manasses (p. 87.) Despues de refutar el cargo absurdo contra el emperador, Spanheim (Hist. Imaginum, p. 99-111.), cual verdadero abogado, procede á dudar de la realidad del fuego, y casi de la librería, ó á negarlo.

(104) Segun Malcho (apud Zonar. l. XIV, p. 53.), este Homero fué quemado en tiempo de Basilico. El MS. pudo ser renovado—Pero ¿sobre la piel de una serpiente? ¡Lo mas estraño é increible!

(105) La αλογια de Zonaras, la αγρια και αμαθια de Cedreno, son palabras fuertes, quizás no mal acomodadas á aquellos reinados.

(106) Véase Zonaras (l. XVI, p. 160, 161.) y Cedreno (p. 549, 550.). Como Friar Bacon, el filósofo Leon se ha transformado por la ignorancia en conjurador; sin embargo no tan sin mérito, si es el autor de los oráculos mas comunmente atribuidos al emperador del mismo nombre. Las medicinas de Leon en MS. están en la librería de Viena, (Fabricio, Bibliot. Græc, tom. VI, p. 366, tom. XII, p. 791.). Quiescant!

(107) El carácter eclesiástico y literario de Focio se deslinda ampliamente por Hanckio (de Scriptoribus Byzant. p. 269-396.) y Fabricio.

(108) Εις Ασσυριὸς únicamente puede significar Bagdad, sitio del califa; y la relacion de su embajada podia haber sido curiosa é instructiva. Pero ¿cómo ajenció sus libros? Una librería tan numerosa, ni podia hallarse en Bagdad, ni transportarse en su bagaje, ni preservarse en su memoria. Con todo lo último aunque increible, parece quedar afirmado por Focio mismo, όσας αυτων ἡ μνημη διεσωζε. Camusat. (Hist. Critique des Journaux, p. 87—94.) da buena cuenta del Myriobiblon.

(109) Sobre estos Griegos modernos, véanse los artículos respectivos en la Bibliotheca Græca de Fabricio obra laboriosa, aunque susceptible de mejor método y de muchas mejoras: de Eustatio (tom. I, p. 289—

292. 306—329.), de los Pselli (diatriba de Leon Alacio, ad calcem, tom. V.), de Constantino Porfirojénito (tom. VI, p. 486—509.) de Juan Stobeo (tom. VIII, 665—728.), de Suidas (tom. IX, p. 620—827.), Juan Tretzes (tom. XII, p. 245—273.). Mr. Harris, en sus composiciones filolójicas, opus senile, ha dado un esquicio de esta literatura bizantina (p. 287—300.).

(110) De un testigo obscuro y vago, Gerarda Vosio (de Poetis Græcis, c. 6.) y de Le Clerc (Bibliothèque Choisie, tom. XIX, p. 283.) mencionan un comentario de Miguel Psello sobre veinte y cuatro comedias de Menandro, todavía existentes en MS. en Constantinopla. Sin embargo estos estudios clásicos parecen incompatibles con la gravedad ó pesadez de un escolástico, que estaba sumido en las categorías (de Psellis, p. 42.); y Miguel probablemente ha sido confundido con Homero *Selio*, que escribió argumentos á las comedias de Menandro. En el siglo X, Suidas cita cincuenta comedias; pero á menudo transcribe el antiguo escoliador de Aristófanes.

(111) Ana Comnena puede jactarse de su estilo griego (το Ελληνιζειν ες ακρον εσπουδακμια), y Zonaras, su contemporáneo, pero no su adulador, puede añadir con verdad, γλωτταν ειχεν ακριβως Αττικιζουταν. La primera estaba versada en los artificiosos diálogos de Platon; y habia estudiado τετρακτυς, ó *quadrivio* de la astrología, jeometría, aritmética y música (véase su preacio á la Alexiada con las notas de Ducange).

(112) Para censurar el bizantino, Ducange (Præfat. Gloss. Græc. p. 17.) se apoya en las autoridades de Aulo Gelio, Gerónimo, Petronio, Jorje Hamartolo, Lonjino; que dan á un tiempo el precepto y el ejemplo.

(113) Los *versus politici*, aquellos comunes prostitutos, segun los llama Leon Alacio, por su facilidad, regularmente constan de quince sílabas. Los usan Constantino Manasses, Juan Tzetzes, etc. (Ducange, Gloss. Latin, tom. III, p. I, p. 345, 346, edit. Basil. 1762.).

(114) Así como San Bernardo está reverenciado como el último padre de la iglesia latina, San Juan Damasceno lo es de la Iglesia griega.

(115) Ensayos de Hume, vol. I, p. 125.

CAPITULO LIV.

Orijen y doctrina de los Paulinos.—Su persecucion por los emperadores Griegos.—Rebelion en Armenia etc. — Traslacion á la Tracia—Propagacion por el Occidente.—Semilla, índole y resultas de la reforma.

Descuella muy á las claras suma variedad en las índoles entre los profesores del Cristianismo. Empapaban de por vida en su devocion apoltronada y contemplativa ; Roma se aferraba mas y mas en su señorío del orbe y la agudeza de los despejados y parleros Griegos se engolfaba siempre en contiendas de teolojía metafísica. Los arcanos inapeables de la Trinidad y la Encarnacion, en vez de doblegarlos con callado acatamiento, los estaba de continuo arrebatando en reñidas y sutilísimas controversias, que encumbraba su fé con menoscabo tal vez de su afecto mutuo, y aun de su racionalidad. Desde el Concilio Niceno hasta fines del siglo séptimo, guerras espirituales é incesantes anduvieron desgarrando la paz y la unidad de la Iglesia trascendiendo tan hondamente al atraso y derrumbo del imperio ; que el historiador no puede menos de apersonarse en los sínodos, desentrañar las creencias, é ir allá reseñando las sectas de aquella temporada afanosa en los anales eclesiásticos. Desde los asomos del siglo octavo, hasta los postreros alientos del imperio Bizantino, vinieron como á enmudecer las controversias, menguando ya la suntuosidad y amainando el ahinco hasta quedar irrevocablemente deslindados los artículos de la fé Católica. Mas aquel afan batallador, por mas aéreo, y aun aciago que parezca, siempre trae consigo cierto ejercicio y pujanza intelectual y los Griegos avasallados se hallaban bien ayunando, creyendo y rezando con ciega obediencia al patriarca y á su clero. Soñaban ilusos á cual mas, y los monjes predicaban, y el pueblo se desvivia tras la Vírjen y los Santos, visiones, milagros, cilicios é imájenes comprendiendo en el ínfimo vulgo hasta las primeras jerarquías del estado. Los emperadores sáuricos se empeñaron muy á deshora y atropelladamente en desengañar á los súbditos, y la racionalidad cobró algunas alas, á impulsos del temor y del interés ; pero el mundo oriental encumbró ú lamentó á sus deida-

des visibles y celebróse el restablecimiento de las imájenes como triunfo de la fé mas acendrada. En aquella postracion unánime, quedaron los caudillos eclesiásticos descargados del afan, ó defraudados del placer, de las persecuciones. No asomaban paganos; enmudecian yertos y arrinconados los Judíos; las contiendas con los latinos se reducian á tal cual hostilidad contra un enemigo nacional y lejano, y allá las sectas de Ejipto y Siria estaban disfrutando desahogo á la sombra de los califas Arabes. A mediados del siglo séptimo, cupo á una rama de Maniqueos el ser víctimas de la tiranía espiritual, acosándoles hasta el estremo de parar desesperadamente en rebeldes, con cuyo destierro fueron salpicando el occidente con semillas de reforma. Acontecimientos tamaños abonan ciertas pesquisas acerca de las doctrinas é historia de los Paulinos (1), y puesto que no les cabe el abogar en persona nuestro ahinco candoroso ensalzará los *bienes* y amenguará ó sincerará los *males* que les achacan sus contrarios.

Aquellos Gnósticos que estuvieron atropellando la niñez desvalida de la iglesia, fracasaron luego ante su incontrastable poderío. En vez de emparejarse, y mucho menos sobreponerse en haberes, ciencia y número á los Católicos, sus restos ya oscurecidos, pararon en tristísimos desterrados de las capitales, por levante y poniente, á las aldeas y serranías cercanas al Eufrates. Rastréanse allá los Marcionistas por el siglo quinto (2), pero las crecidas sectas se nublaron todas finalmente bajo el nombre odiosísimo de Maniqueos, y aquellos herejes presumidos, hermanadores de las doctrinas de Zoroastro y de Cristo, yacieron acosados por ambas relijiones igualmente rencorosas é implacables. Bajo el nieto de Heraclio, en las cercanías de Samosata, mas afamada por el nacimiento de Luciano, que por el dictado de capital de un reino Siríaco, asomó un reformador, conceptuado por los Paulinos como el nuncio esclarecido de la verdad. Constantino, en el humildillo albergue de Manaculis conversó con un diácono que al regresar de su cautiverio en Siria le regaló el imponderado, volúmen del Nuevo Testamento reservado del vulgo por los miramientos del clero griego y aun quizás del gnóstico (3). Abarcaba aquel volúmen todo el ámbito de su estudio y el catecismo de su fé, y hasta los Católicos opuestísimos á la interpretacion reconocen la lejitimidad castiza de su texto. Pero ahincó peculiarmente su afan en los escritos y el rumbo de Sán Pablo, y aunque sus contrarios los apellidaron Paulinos por algun catedrático propio y desconocido, no cabe duda en que se ufanaban con aquel conotado relativo al Apóstol de las jentes. Sus discípulos Tito, Timoteo, Silvano y Tichico, quedaban representados por Constantino y sus cooperantes, aplicando los nombres de iglesias apóstolicas á las congregaciones reunidas en Armenia y Capadocia, reviviendo con esta alegoría el ejemplar y la memoria de los primeros siglos. En cuanto al Evanjelio y

las Epístolas de San Pablo, su fiel secuaz anduvo desentrañando la creencia del Cristianismo primitivo y prescindiendo de su paradero, cualquiera protestante encarecerá la sustancia de aquella investigacion. Mas si eran castizas las escrituras de los Paulinos dejaban de ser cabales, desechaban allá los fundadores las dos epístolas de San Pedro (4) el apóstol de la circuncision, cuya contienda con su predilecto en cuanto á la observancia de la ley no era disimulable (5). Conformábanse con sus hermanos los Gnósticos, en su menosprecio del antiguo Testamento, con sus libros de Moisés y de los profetas, consagrados ya por decretos de la Iglesia Católica. Con igual arrojo y quizás con el mismo fundamento, Constantino y el nuevo Silvano se desentendian de las visiones publicadas en volúmenes crecidos y ostentosos por las sectas orientales (6); con los partos fabulosos de los patriarcas hebreos y sabios del Oriente; los evanjelios bastardos, epístolas y actas que desde los primeros tiempos abrumaron el código acendrado, la teolojía de Manes y los autores de las cien herejías, y las treinta jeneraciones, ó sean eones, fraguados por la fecundísima fantasía de Valentino. Condenaban los Paulinos de corazon la memoria y opiniones de la secta Maniquea; lamentándose de la sinrazon que les andaba estampando aquel nombre odiosísimo por ser unos meros veneradores de San Pablo y de Jesucristo.

Eslabones sin fin de la cadena eclesiástica iban quebrando los Paulinos con su reforma, esplayándose mas y mas al minorar aquellos maestros á cuya voz la profana razon tenia que doblegarse ante los arcanos y los milagros. El desvío tempranísimo de los Gnósticos antecedió ya al mismo culto católico y recatábanse esmeradamente de inovaciones sucesivas, así por costumbre y aversion, como por el silencio de San Pablo y los Evanjelistas, rejistrando allá despejada é intensamente y en su desnudez primitiva el objeto tan sumamente transformado con el prestijio de la supersticion. Toda imájen trabajada sin manos era un artefacto vulgar, que la maestría suma del artífice atesoró en la madera ó en el lienzo con esclarecido desempeño. Las reliquias milagrosas eran montones de huesos y cenizas, ajenísimos de toda virtud y mérito y aun tal vez de corresponder á los sujetos que se suponia. La cruz verdadera y vivificante era un trozo de madera sana ó consumida; el cuerpo y la sangre de Cristo un mendrugo de pan y un trago de vino, dones de la naturaleza y símbolos de la gracia. Apeaban á la madurez de sus timbres celestes y virjinidad sin mancilla, y descartaban á los santos y á los ánjeles del afan de mediar en el empíreo y atarearse por la tierra. En cuanto á la práctica, ó por lo menos en su teórica, sobre los Sacramentos, propendian los Paulinos á que se aboliese todo objeto visible de culto, y las palabras del Evanjelio se reducian en su concepto al bautismo y la comunion de los fieles. Franqueaban decoroso ensanche para la interpretacion de las Es-

crituras, y viéndose muy estrechos en el sentido literal, allá se salvaban por el inapeable laberinto de las figuraciones y alegorías. Echaron el resto en deslindar el nuevo Testamento del antiguo, adorando á este como oráculo de todo un Dios, y detestando al otro por invento fabuloso y absurdo de los hombres y de Luzbel. No hay que estrañar el verles descubrir en el Evanjelio el sublime misterio de la Trinidad; mas en vez de confesar la naturaleza humana y padecimientos positivos de Jesucristo embelesaron allá su imajinacion con un cuerpo celeste que fue atravesando la Vírjen como por un canuto con una crucificacion fantástica ó de tramoya, burladora de la maldad y ahinco desvalido de los Judíos. No adecuaba creencia tan sencilla y espiritual á la índole de aquel tiempo (7) y todo cristiano despejado que se hallaba gozoso con el yugo lijerillo y carga liviana de Jesus y sus Apóstoles, se destemplaba fundadamente de que el Paulino atropellase la unidad de Dios, artículo fundamental de toda relijion natural ó revelada. Su creencia y su confianza se cifraba en el Padre así de Cristo como del alma humana y del mundo invisible. Pero sostenian igualmente la eternidad de la materia, sustancia burda y rebelde, oríjen de un segundo principio, entidad activísima de criadora del mundo visible, y encargada de su reinado temporal hasta la consumacion final de la muerte y del pecado (8). La manifestacion de entrambos principios dañinos físico y moral era el cimiento de la antigua filosofía y relijion universal en el Oriente, de donde vino á enjambrarse por las varias ramas de los Gnósticos. Suben y bajan hasta lo sumo los varios matices en la naturaleza é índole de *Ahriman*, desde un Dios competidor hasta un diablillo subalterno, desde ímpetus y deslices hasta una maldad rematada; pero á pesar de mil conatos, la dignacion y el poderío de Orsmud se encumbran al estremo contrapuesto de la línea, y cuantos pasos se dan para acercarse al uno son otros tantos desvíos de su contrario (9)..

El afan apostólico de Constantino Silvano redobló á millares sus secuaces, galardon recóndito de la ambicion espiritual. Acudieron á su estandarte los restos de toda secta Gnóstica, y con especialidad los Maniqueos de Armenia; sus argumentos fueron convirtiendo ú embaucando á infinitos Católicos, y siguió predicando mas y mas con séquito por las rejiones del Ponto y de Capadocia (10), empapados todos en la relijion de Zoroastro. Apellidábanse los predicadores Paulinos únicamente hermanos peregrinantes con nombres de la Escritura, descollando siempre con la austeridad de sus vidas el afan de sabiduría y varios dones, á cual mas eminente, del mismo Espíritu Santo. Mas no les cabia apetecer, ó por lo menos alcanzar, la opulencia y los timbres de la prelacía católica censurando y tildando amarguísimamente aquel engreimiento anti-cristiano, y aun condenaron la jerarquía de presbíteros como instituto de la sinagoga ju-

dia. Fué la nueva secta cundiendo acá y acullá por las provincias del Asia menor hasta el poniente del Eufrates; seis de sus congregaciones principales venian á representar las siete iglesias á quienes San Pablo encaminó sus Epístolas avecindándose el fundador por las cercanías de Colonia (11), en el idéntico distrito del Ponto, encarecido con las aras de Belona (12), y los milagros de Gregorio (13). Siguió misionando hasta veinte y siete años, y aquel silvano que se retiró del gobierno tan tolerente de los Arabes paró en el holocausto de la persecucion Romana. Las leyes blandas de los emperadores que prescindian de otros herejes menos odiosos, vedaron sin reboso ni compasion dictámenes libres y personas de los Montanistas y Maniqueos; arrojáronse los libros al fuego, y cuantos ocultasen los escritos ú osasen profesar tales opiniones quedaron sentenciados á muerte afrentosa. (14). Un ministro griego pertrechado con potestad legal y militar, asomó en Colonia para descargar sobre el pastor y congregar si fuese dable la grey extraviada. Extremó su crueldad Simeon, hasta el punto de colocar al malaventurado Silvano ante una fila de sus propios alumnos, mandándoles, con el indulto por premio y como prueba de su arrepentimiento, el deguello de su padre espiritual. Volvieron la espalda á encargo tan desapiadado, desprendiéndoseles las armas de sus manos filiales, y tan solo asomó un ejecutor, nuevo David, como lo apellidan los Católicos, que dió osadamente al través con aquel Goliat de la herejía. El taimado apóstata llamado Justo, engañó y vendió de nuevo á sus hermanos candorosos, y hay visos de semejanza entre los actos de San Pablo y la conversion de Simeon; pues al par del Apóstol abrazó la doctrina que iba á perseguir, se desprendió de honores y haberes, y se granjeó entre los Paulinos la nombradía de misionero y de mártir. No se afanaban tras el martirio (15), pero en una larguísima y penosísima temporada de siglo y medio estuvieron padeciendo cuantas tropelías caben allá en unos perseguidores desenfrenados; mas no alcanzó el sumo poderío á descartar los retoños del fanatismo ilustrado. Brotaban de la sangre y las cenizas maestros y congregantes á cientos y á miles, y aun en medio de las hostilidades advenedizas se peleaban entre sí á sus ensanches; predicaban, contendian y penaban, y hasta los historiadores mas acendrados reconocen á su pesar las virtudes mas ó menos ciertas de Sergio, peregrinante por espacio de treinta y tres años (16). Estimulaba su relijiosidad la crueldad jenial de Justiniano segundo, y esperanzó á ciegas el esterminio del nombre y memoria de los Paulinos con un incendio jeneral. Con su sencillez primitiva y su desvío de la supersticion popular, pudieran los príncipes Iconoclastas avenirse á doctrinas erróneas, pero yacian tambien espuestos á las calumnias monacales, y así antepusieron el tiranizar á trueque de que no se les tildase de cómplices con los Maniqueos. Este baldon está aun tiznando la memoria de Nicéforo, que por

mansedumbre mitigó algun tanto los estatutos penales, ni cabe en su índole el tributarle el concepto de ímpetus mas gallardos. El apocado Miguel primero, y el violentísimo Leon el Armenio, descollaron en la carrera de la persecucion; pero el galardon corresponde indudablemente á la devocion sanguinaria de Teodora, que repuso las imájenes en la Iglesia oriental. Andaban sus inquisidores escudriñando ciudades y serranías por el Asia Menor, y los aduladores de la emperatríz estan afirmando que en reinado harto breve, el acero, la horca y el fuego vinieron á exterminar hasta cien mil Paulinos. Se propasan tal vez en aquella ponderacion del mérito ú la maldad; pero siendo positiva la suma, se deja alcanzar que muchos meros Iconoclastas fueron castigados bajo nombre mas odioso y algunos de los lanzados de la Iglesia tuvieron involuntariamente por paradero la herejía.

Los rebeldes mas indómitos y rematados vienen á ser siempre los secuaces de una relijion muy perseguida y por fin acosada. No tienen cabida el temor ni el remordimiento en causa tan sagrada; la justicia de su teson los encallece contra todo asomo de inhumanidad, y vengan los agravios de sus padres en los hijos de sus tiranos. Tales fueron los Husitas en Bohemia, y los Calvinistas en Francia, y tales igualmente en el siglo nono los Paulinos de Armenia y de sus provincias cercanas (17). En su primer ímpetu se arrojaron á matar un gobernador y obispo, ejecutor del encargo imperial en convertir ó esterminar los herejes retrayéndose luego á las guaridas recónditas é independientes del monte Ajeo. Hoguera mas eficaz y consumidora encendió luego la Teodora recien nombrada con la rebeldía de Corbeas, Paulino valeroso y capitan de la guardia del jeneral de Oriente. Habian los inquisidores católicos empalado á su padre, y la Relijion, ó por lo menos la naturaleza venian á sincerar su desercion y desagravio. Moviéronse al propio impulso hasta cinco mil hermanos; se desentienden allá de toda obediencia á Roma anti-cristiana; un emir sarraceno apersona á Carbeas con el califa, y aquel caudillo de los fieles abarca con su cetro al enemigo implacable de los Griegos. En los quebrados entre Siwas y Trebisonda funda y fortifica la ciudad de Tefrice (18), donde mora todavía un vecindario bravío y desenfrenado, y sus cerros cercanos se cuajan de Paulinos fujitivos que saben hermanar el alfanje con la Biblia. Acosada yace el Asia por treinta años con guerra estraña é intestina, incorporándose para sus correrías asoladoras los hijos de Mahoma con los de Jesucristo, alumnos de San Pablo; y el Cristiano apacible el padre anciano y la doncella ternezuela aherrojados en amarga servidumbre, con mil motivos tildarian el bárbaro destemple de su soberano. Es ya el estrago tan trascendental, y tan estremada la afrenta, que hasta el relajadísimo Miguel, hijo de Teodora, tiene que salir personalmente contra los Paulinos; derrótanle bajo los muros de Samosata, y todo

un emperador Romano tiene además que huir de unos herejes condenados por su madre á las llamas. Pelearon los Sarracenos bajo la propia bandera, mas la victoria fué parto de Corbeas, quien ya rescató por avaricia, ya estuvo atormentando por fanatismo á los jenerales cautivos con mas de cien tribunos. El denuedo ambicioso de Crisocheir , (19) el sucesor suyo, fue dando mayor ámbito á sus rapiñas y venganza ; pues ya mas y mas enlazado con los Musulmanes, se internó arrojadamente por el corazon de Asia, arrollando las tropas fronterizas y palaciegas y contestando á los edictos de persecucion con saqueos de Niza y Nicodemia de Ancyra y Efeso, sin que el apóstol San Juan lograse escudar su ciudad y sepulcro contra el ímpetu de sus tropelías. Quedó la catedral de Efeso convertida en establo para acémilas y caballos compitiendo con Paulinos y Sarracenos en menosprecio y ojeriza á las imájenes y las reliquias. No desagrada el estar presenciando el triunfo de la rebeldía contra el propio despotismo tan desdeñador de plegarias con un pueblo agraviado. Tuvo el emperador Basilio, el Macedonio, que implorar la paz y ofrecer el rescate por los cautivos, solicitando en términos comedidos y cariñosos que Crisocheir se condoliese de sus hermanos, dándose por pagado con un rejio presente de oro, plata y ropajes de seda. «Si el emperador» contesta el fanático desvocado anhela tanto la paz, que se desprenda del Oriente y se marche á reinar allá por el Ocaso á sus anchuras ; pues si se desentiende, los siervos del Señor van á derrocarle de su solio. Basilio á su pesar suspende todo tratado, acepta el reto y acaudilla su ejército al país herético talándolo á hierro y fuego. La campiña despejada de los Paulinos quedó patente á los idénticos quebrantos que ellos causaron ; pero luego hecho cargo de la fortaleza de Tefrice, de la muchedumbre de los bárbaros y de sus muchos acopios en pertrechos y abastos se desvió suspirando de un sitio desahuciado. Al regreso á Constantinopla, echa el resto en fundaciones de conventos é iglesias para afianzar el arrimo de sus patronos celestiales el arcánjel San Miguel y el profeta Elías, orando diariamente para lograr el traspaso de la cabeza de su contrario impío con tres saetazos. Cumplióse su anhelo sin esperanzarlo; pues Crisocheir , tras una correría venturosa, fué sorprendido y muerto en su retirada, presentando luego el matador triunfalmente la cabeza del rebelde ante las gradas del solio. Al recibo de trofeo tan halagüeño, pide Basilio ejecutivamente su arco descarga tres flechazos certeros, y se empapa en los aplausos palaciegos que vitorean desaladamente al real flechero. Empañada, y aun marchita quedó la gloria de los Paulinos con Crisocheir (20) y en la segunda espedicion del emperador desampararon los herejes la plaza inespugnable de Tefrice, y luego imploraron misericordia ó huyeron hácia los confines. Amainóse la ciudad, pero se aferró mas y mas el afan de independencia por las serranías, defendiendo los Paulinos por mas de un siglo su

relijion y libertad, é infestando la raya romana, estrechando siempre su alianza con los enemigos del imperio y del Evanjelio.

A mediados del siglo octavo, Constantino, llamado Coprónyrmo por los adoradores de las imájenes, tuvo que hacer una espedicion por Armenia, y halló en las ciudades de Mitirene y Teodosiópolis, crecido número de Paulinos, co-herejes suyos. Por fineza, ó por castigo, trasladólos desde las márjenes del Eufrates á Constantinopla y Tracia, con cuya emigracion asomó y cundió su doctrina por Europa (21). Si los secuaces en la capital se mezclaron allá con el jentío, los del campo se fueron hondamente arraigando. Contrarestaron los Paulinos de Tracia todas las tormentas de la persecucion, aunque advenedizos, y estuvieron sosteniendo correspondencia reservada con sus hermanos Armenios, y auxiliando y fortaleciendo á sus predicadores que entablaron certeramente su hermandad en la fé con los Búlgaros (22). Multiplicaron restablecidos en el siglo diez con una colonia mas crecida, que trasladó Juan Zimisces (23) desde los cerros Chalibios á las cañadas del monte Hemo. El clero allá oriental que antepusiera el esterminio, se mostró pesaroso con la ausencia de los Maniqueos: el emperador belicoso habia palpado con aprecio su denuedo; su apego á los Sarracenos le era en estremo azaroso; mas por la parte del Danubio y contra los bárbaros de Escitia pudiera serle provechoso aquel servicio, y su malogro pudiera hacerse apetecible. Alivióse el destierro á tanta lejanía con la tolerancia; obtuvieron los Paulinos la ciudad de Filipópolis y las llaves de la Tracia; éranles súbditos los Católicos; los emigrados Jacobitas, sus asociados; estaban como acordonados por aldeas y castillos en Macedonia y el Epiro, y muchos Búlgaros nativos se les fueron asociando en armas y herejía. Mientras respetaron el poderío que les trataba comedidamente, sus tercios voluntarios descollaron en las huestes del imperio; y el ardimiento de aquellos *canes*, siempre desalados por la guerra y siempre sedientos de sangre humana, suena, ó mas bien disuena, con enfado entre los pusilánimes y asombrados Griegos. Con aquel brio eran tambien arrogantes é indómitos: se destemplaban desaforadamente por antojo ó por agravio, y la supersticion alevosa del gobierno y del clero solia atropellar sus fueros. En medio de la guerra Normanda, dos mil y quinientos Maniqueos desertaron de las banderas de Alexis Comneno (24), y se retiraron á sus albergues solariegos. Disimuló hasta que le rodease el trance para su venganza; convidó los caudillos á una conferencia amistosa, y fué castigando inocentes y culpados con cárcel, confiscacion y bautizo. Medió paz, y el emperador tomó á su cargo la oficiosidad relijiosa de reconciliarlos con la Iglesia y el Estado; invernó en Filipópolis, y el apóstol décimotercio, como lo apellida su devota hija, estuvo empleando dias y noches por entero en controversias teolójicas. Robustecia sus argumentos y quebrantaba á los pertinaces ga-

lardonando hasta lo sumo á sus convertidos mas descollantes, y una ciudad nueva, cercada de pensiles, realzada con inmunidades, y condecorada con su propio nombre, se fundó por Alexis para el vulgo de sus desengañados. El apostadero importantísimo de Filipópolis no paró en sus manos; adalides contumaces se empozaron en una mazmorra, ó se desterraron fuera del país, salvándoles las vidas, mas por cordura que por clemencia de un emperador, por cuya disposicion un hereje cuitado y solitario fué quemado vivo ante la iglesia de Santa Sofía (25). Mas aquella esperanza engreida de dar al través con las vulgaridades arraigadas de la nacion entera fracasó luego contra el teson incontrastable de los Paulinos, quienes desembozadamente se desmandaron. Yace y fallece Alexis, y reinstalan sus leyes civiles y relijiosas. A principios del siglo trece su papa ó primado (está patente el trastrueque) residia por el confin de la Bulgaria, Croacia y Dalmacia, estaba gobernando sus congregaciones ahijadas de Italia y Francia por sus vicarios (26). Desde aquel punto se pudiera ir menudamente rastreando y eslabonando el pormenor de la tradicion. A fines del otro siglo, la secta ó colonia seguia morando por los valles del monte Hemo, donde el clero griego solia aun mas que el gobierno turco, atormentar su ignorancia y desamparo. Finó entre los Paulinos actuales todo recuerdo de su propio oríjen, mancillando ahora su relijion con el culto de la cruz y la práctica de sacrificios sangrientos, traida por algunos de sus cautivos de los páramos de Tartaria (27).

En el Occidente rechazó el pueblo, ó atajó la autoridad, á los primeros anunciadores del Maniqueismo; pues la aceptacion y creces de los Paulinos, en los siglos once y doce, debe achacarse al desagrado sumo, aunque recóndito, que movia á los cristianos acendrados, contra la Iglesia de Roma, con su avaricia opresora, y su odioso despotismo; no tal vez tan bastardamente rendida ante los santos y sus imájenes; pero mas violenta y escandalosamente innovadora, se extremaba en deslindar é imponer la doctrina de la transustanciacion; luego el clero latino se mostraba por donde quiera estragadísimo, aparecian los obispos orientales, dignos sucesores de los Apóstoles, en cotejo de unos prelados engreidos, y empuñadores alternativamente, del cayado, el cetro y la espada. Tres eran los rumbos encaminadores de los Paulinos al corazon de la Europa. Convertida la Hungría, podian los peregrinos á Jerusalen, seguir á su salvo el cauce del Danubio; pasaban de ida y vuelta por Filipópolis, y aquellos sectarios, encubriendo su nombre y herejía, tenian en su mano el acompañar las caravanas respectivas hácia la misma Alemania ó Francia. Recorria el señorío de Venecia con su tráfico las costas del Adriático, y aquella república hospedadora, franqueaba su regazo á todo advenedizo, prescindiendo de su país y relijion. Acudian los Paulinos con bandera bizantina á las provincias griegas de Italia y

Sicilia, y conversando en paz y en guerra á sus anchuras con estranjeros y naturales, iban sus opiniones cundiendo encubiertamente por Milan, Roma, y los reinos transalpinos (28). Apareció luego que miles de católicos de todo sexo y jerarquía se habian hermanado en la herejía maniquea, y las llamas abrasadoras de doce canónigos en Orleans, sirvieron de padron á los perseguidores. Los Búlgaros (29), nombre inocente de suyo en su oríjen, y luego tan ofensivo, fueron extendiendo sus ramas por la Europa entera. Aborreciendo al par con ahinco á la idolatría y á Roma, enlazábanse con una planta de gobierno, episcopal y presbiteriano; deslindábanse sus varias sectas con escasillos matices teológicos; mas concordaban estrechos y jeneralmente en los dos principios, del menosprecio del antiguo Testamento y el rechazo del cuerpo de Jesucristo, así en la cruz, como en la Eucaristía. Sus mismos enemigos les confiesan de suyo, un culto sencillísimo y costumbres irreprensibles; esmerándose tantísimo en su dechado de perfeccion, que sus congregaciones, siempre en auje, se dividian en dos clases de alumnos, á saber, de provistos y de aspirantes. En el país de los Albijenses (30) ó las provincias meridionales de Francia, se agolparon y hondamente arraigaron, repitiéndose aquella idéntica alternativa de martirios y venganzas que antes reinara por el Eufrates, por el siglo trece en las orillas del Ródano. Federico segundo revivió las leyes de los emperadores orientales, representando los barones y vecindarios de Languedoc, á los rebelados en Tefrice, y aun sobrepujando el papa Inocencio III á la nombradía sanguinaria de Teodora, cuya soldadesca tan solo en crueldad era un remedo del heroismo de los cruzados, para luego aventajarse á todos en sañuda fiereza, los fundadores de la Inquisicion (31), cargo mas adecuado para corroborar que para descreer el principio maléfico. Fuego y hierro aventaron las juntas de los Paulinos ó Albijenses, y los restos ensangrentados se fueron salvando con la huida, retraimiento ú catolicismo. Mas aquel denuedo incontrastable seguia viviendo y descollando por el orbe occidental, pues ya en el Estado, ya en la Iglesia, y aun en el claustro, se estuvo conservando una sucesion encubierta de discípulos de San Pablo, protestando mas y mas contra la tiranía de Roma, estrechándose con la Biblia como regla de la Fe, y despejando su creencia de todas las patrañas de la teolojía gnóstica: los conatos de Wicliff en Inglaterra y de Hus en Bohemia, fueron anticipados é ineficaces, mas no falta quien pronuncie los nombres de Zuinglio, Lutero y Calvino con arranques de agradecimiento.

Un filósofo que vaya aquilatando sus méritos y la importancia de tanta reforma, les preguntará cuerdamente de que artículos de fe, *superiores* ó *contrapuestos* á nuestros alcances, han venido á desamarrar á los Cristianos, pues tal rescate no puede menos de beneficiar, en aviniéndose con la verdad y la creencia; y el paradero de nuestro ahinco será estra-

ñar la cobardía, en vez de escandalizarnos con el desahogo de nuestros primeros reformistas (52). Prohijaban, al par de los Judíos, las escrituras hebreas con sus portentos desde el jardin de Eden hasta las visiones del profeta Daniel, y tenian que allanarse con los Católicos para sincerar contra los Judíos la abolicion de la ley divina. En cuanto á los sumos misterios de la Trinidad y Encarnacion eran, esmeradamente ortodoxos los reformadores: se conformaban sin reparo con la teolojía de los cuatro ú seis concilios primeros, y con el celo de Atanasio sentenciaban á condenacion sempiterna á cuantos descreyeren la Fé católica. Es la transustanciacion, esto es, el trueque del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Cristo, un dogma retador de argumentistas y chanceros; mas los primeros protestantes, en vez de acudir á la evidencia de los sentidos, gusto, vista y tacto, se enzarzaban escrupulizando y acatando allá las palabras de Jesucristo en la institucion del sacramento. Sostenia Lutero la presencia *corpórea* y Calvino la *positiva* del Señor en la eucaristía, y la opinion de Zuinglio, sobre que no pasa de comunion espiritual, un mero recuerdo, ha ido despues pausadamente prevaleciendo en las iglesias reformadas (53). Pero el descarrío de un misterio se compensaba colmadamente con la doctrina asombrosísima del pecado original, la fé, la gracia, redencion y predestinacion, esprimidas de las epístolas de San Pablo. Los padres y los eclesiásticos habian positivamente ido labrando aquellas cuestiones sutilísimas; pero el redondeo sumo y el uso ya popular de todo, se debe atribuir á los primeros reformadores que las encarecieron como prendas esenciales é imprescindibles para la salvacion. Hasta aquí el peso de la creencia sobrenatural propende contra los Protestantes, y muchos cristianos cabales, antes se avendrán á que una obleilla es Dios, que á conceptuar á Dios como un tirano cruel y antojadizo.

Sólidos son sin embargo y trascendentales los servicios de Lutero y sus competidores, y el filósofo tiene que confesarse muy deudor á tan denodados (54) entusiastas *(a)*. Por su dilijencia el grandioso alcázar de la supersticion, desde el desenfreno de las indulgencias hasta la intercesion de la Vírgen yace por fin en el suelo. Millaradas de la profesion monástica en ambos sexos quedan desencarcelados y solícitos en los afanes de la vida social. Una gradería de santos y de ángeles, deidades subalternas ó á medias, despojadas de su potestad temporal, quedaron reducidas al goce de su bienaventuranza celeste; apeáronse de las iglesias sus imágenes y reliquias, y la credulidad popular fue careciendo del pábulo de

(*a*) Téngase muy presente que en todo este largo trozo está hablando á su modo un desenfrenado protestante; pero luego mitiga y aun hermosea su doctrina con atinadas y jeniales reflexiones N. del T.

tantísima repeticion de visiones y milagros. Se sustituyó el remedo pomposo del paganismo con un culto castizo y acendrado, de plegarias dignas del hombre y dignísimas de la Divinidad. Mas nos queda ahora que indagar si cabe en la devocion popular sencillez tan sublime, y si el vulgo conculcado de objetos visibles no se disparará con entusiasmo, ó bien desmayará tibia y lánguidamente. Quebróse el freno de la autoridad para amainar los arrebatos desbocados de todo creyente en habla y obra, desde el señor hasta el esclavo; quedó el papa, con los padres y los concilios, apeado del juzgado supremo é infalible en el orbe, habituando á cada cual para no reconocer mas ley que la escritura, ni mas intérprete que su propia conciencia. Este ensanche, sin embargo, fué sí el resultado, mas no el intento de los reformadores, y en toda alteracion los innovadores vuelan á heredar á sus destronados tiranos. Impusieron luego con todo ahinco sus creencias y confesiones, y autorizaron al majistrado para castigar de muerte á todo hereje. El encono relijioso ú personal de Calvino ajustició á Serveto *(b)* el delito (35) de su propia rebeldía (36) y las llamas de Smithfield, donde vino luego á fenecer su mismo encendedor, se fraguaron por el afan de Cranmer contra los Anabaptistas (37). No cabe mansedumbre en el tigre, mas si el irle cercenando uñas y dientes. El pontífice romano era poseedor de un reino espiritual y temporal, y los catedráticos protestantes no eran mas que súbditos muy plebeyos, sin jurisdiccion ni renta. La antigüedad de la Iglesia católica tenia consagrados los decretos pontificios, pero los diputados fueron pregonando sus argumentos por el pueblo, como árbitro, quien aceptó su apelacion desaladamente con afanado entusiasmo. Desde Lutero y Calvino una reforma recóndita se ha ido fraguando en el regazo de las iglesias reformadas, y los alumnos de Erasmo (38) entablaron desde luego un sistema anchuroso y comedido. Se ha vitoreado la libertad de conciencia como un logro comun, y un derecho inenajenable (39), y los gobiernos libres de Holanda (40) y de Inglaterra (41) fueron introduciendo prácticamente el tolerantismo, ensanchando mas y mas las estrecheces de la ley, con la cordura y humanidad de los tiempos. El entendimiento ha ido con el ejercicio deslindando sus ámbitos, y las palabras y las sombras que tal cual entretenian las niñeces, nó encarnan en las veras de la razon ya varoníl. Los libros de tales controversias yacen ahora entre colgaduras de telarañas, y los individuos de la Iglesia protestante se desentienden allá de todo movimiento en sus doctrinas y creencias, y el clero moderno

(*b*) Miguel Serveto, primer descubridor, mucho antes que Harvey, de la circulacion de la sangre, fué médico y natural de Villanueva de Sijena en Aragon. Enzarzóse en contiendas sobre la Trinidad; pero Calvino sumo *silenciero* en Jinebra le selló los labios quemándolo vivo.

se aviene á firmar entre suspiros y sonrisas, los artículos de fé y las formalidades de rúbrica. Entretanto los amantes del Cristianismo se estremecen con el disparo desbocado de tanta duda escudriñadora, cumpliéndose las predicciones de los Católicos y desmenuzada ya la tela misteriosa en manos de Arminios, Arrianos y Socinianos, cuyo número no se ciñe al de sus varias congregaciones. Conmuévense con efecto las columnas de la revelacion, por aquellos sujetos que siguen conservando el nombre sin la realidad de su Relijion, que se empapan en los desahogos, sin atenerse á la templanza de la filosofía (42).

NOTAS

correspondientes al capítulo quincuajésimocuarto.

(1) Los yerros y prendas de los Paulicianos los pesa, con su acostumbrado tino y sencillez el docto Mosheim (Hist. Ecclesiast. seculum IX, p. 311, etc.). Saca su concepto orijinal de Focio (contra Manichæos, l. I,) y Pedro Síeulo (Hist. Manichæorum. La primera de estas relaciones no ha parado en mis manos; la segunda que Mosheim prefiere, la he leido en una version latina inserta en la Máxima Bibliotheca Patrum (tom. XVI, p. 754-764) de la edicion del Jesuita Radero (Ingolstadii, 1604, en 4.°). *

(2) En tiempo de Teodoreto, la diócesis de Cirro, en Siria, contenia ochocientas poblaciones. De estas, dos se habitaban por arrianos y eunomios, y ocho por *marcionitas*, á quienes el laborioso obispo reconcilió con la Iglesia católica (Dupin, Bibliot. Ecclés. tom. IV, p. 81, 82.).

(3) Nobis profanis ista *(sacra Evangelia)* legere non licet, sed sacerdotibus dumtaxat, fue el primer escrúpulo de un católico, cuando se le aconsejó que leyera la Biblia (Petr. Sicul. p. 761.).

(4) En desechar la *segunda* Epístola de San Pedro, los Paulicianos quedan sincerados por algunos de los mas respetables antiguos y mo-

(*) Compárense las Edades medias de Hallam, p. 461. Mr. Hallam observa con razon que este capítulo parece ser atinado y espresivo, y es á lo menos muy superior á cualquier obra moderna sobre la materia.2—M.

dernos (vease Wetstein ad loc., Simon, Hist. Critique du Nouveau Testament, c. 17.). Tambien pasaron por alto el Apocalipsis (Petr. Sicul. p. 756.); pero como semejante descuido no se atribuye á crímen, los Griegos del siglo IX, deben haberse adormecido en punto al concepto y honor de las Revelaciones.

(5) Esta reyerta que caló por entero el malicioso Porphyrio, supone algun yerro y pasion en uno de los apóstoles ó en ambos. En Crisóstomo, Gerónimo, y Erasmo, se representa como una contienda finjida, un dolo pio, para beneficio de los Gentiles, y enmienda de los Judíos (Obras de Middleton, vol. II, p. 1-20.).

(6) Los curiosos de esta librería heterodoxa, pueden consultar las averiguaciones de Beausobre (Hist. Critique du Manichéisme, tom. I, p. 305-437.). Aun en Africa, S. Agustin pudo describir los libros maniqueos, tam multi, tam grandes, tam pretiosi codices (contra Faust. XIII, 14.); pero añade sin piedad, Incendite omnes illas membranas: y su consejo se ha seguido rigurosamente.

(7) Los seis errores capitales de los Paulicianos están definidos por Pedro Sículo (p. 756.) con mucha preocupacion y encono.

(8) Primum illorum axioma est, duo rerum esse principia; Deum malum et Deum bonum, aiuntque hujus mundi conditorem et principem, et alium futuri ævi (Petr. Sicul. p. 756.).

(9) Dos críticos instruidos, Beausobre (Hist. Critique du Manichéisme, l. I, IV, V, VI) y Mosheim (Institut. Hist. Eccles. y de Rebus Christianis ante Constantinum, sec. I, II, III., se han afanado en entresacar y esplorar los varios sistemas de la fé gnóstica sobre el asunto de los dos principios.

(10) Los países entre el Eufrates y el Halys fueron poseidos sobre 350 años por los Medos (Herodot. l. I, c. 103.) y Persas; y los reyes del Ponto eran de la sangre real de los Achæmenidas (Sallust. Fragment. l. III, con el suplemento francés y notas del presidente de Brosses.).

(11) Con la mayor probabilidad, fundado por Pompeyo despues de la conquista del Ponto. Esta Colonia, sobre el Lico, mas allá de Neo-Cæsarea, es llamada por los Turcos Coulei-hisar, ó Chonac, ciudad populosa en un país fuerte (D'Anville, Géographie Ancienne, tom. II, p. 34. Tournefort, Voyage du Levant, tom. III, lettre XXI, p. 293.).

(12) El templo de Belona, en Comana en el Ponto, era una fundacion poderosa y rica, y el sumo sacerdote se respetaba como la segunda persona del reino. Cono el oficio sacerdotal habia sido ocupado por la familia de su madre, Estrabon (l. XII, p. 809-835, 836, 837.) se detiene con peculiar complacencia en el templo, culto, y festividad, que se celebraba dos veces al año. Pero la Belona del Ponto tenia las fac-

ciones y carácter de la diosa, no de la guerra, sino del amor.

(13) Gregorio, obispo de Neo-Cæsarea (A. D. 240-265), apellidado Taumaturgo, ó el Hacedor de milagros. Cien años despues, la historia ó novela de su vida fué compuesta por Gregorio de Nisa, su tocayo y paisano, hermano de San Basilio el Grande.

(14) Hoc cæterum ad sua egregia facinora atque divini orthodoxi Imperatores addiderunt, ut Manichæos Montanosque capitali puniri sententia juberent, eorumque libros, quocumque in loco inventi essent, flammis tradi; quod si quis uspiam eosdem occultasse deprehenderetur, hunc eundem mortis pœnæ addici, ejusque bona in fiscum inferri (Petr. Sicul. p. 759.). ¿Qué mas pedia desear la preocupacion y el desenfreno?

(15) Pareceria que los Paulicianos se permitian algun ensanche de equivocacion y reserva mental: hasta que los Católicos descubrieron las cuestiones intrincadas que los redujeron á la alternativa de la apostasía ó del martirio (Petr. Sicul. p. 760.).

(16) Pedro Siculo refiere la persecucion (p. 579-763.) con satisfaccion y gracia. Justus *justa* persolvit. Simeon no era τιτος sino κητος (la pronunciacion de las dos vocales debe haber sido casi la misma (una ballena grande que ahogó á los marineros que la cojieron por una isla. Véase tambien Cedreno (p. 432-435.).

(17) Pedro Sículo (p. 763, 764.) el continuador de Teófanes (l. IV, c. 4, p. 103, 104.), Cedreno (p. 541, 542. 545), y Zonaras (tom. II, l. XVI, p. 156.), describen la revuelta y hazañas de Carbeas y sus Paulicianos.

(18) Otter (Voyage en Turqnie et en Perse, tom. II.) es probablemente el único franco que ha visitado los bárbaros independientes de Tephrice, ahora Divrigno, de quienes se escapó afortunadamente en el traje de oficial turco.

(19) En la historia de Chrysocheir, Jenesio (Chron. p. 67-70. edit. Bonet. ha expuesto la desnudez del imperio. Constantino Porfirojénito (en Vit. Basil. c. 37—43. p. 166—171.) ha esplayado la gloria de su abuelo. Cedreno (p. 570-573.) no tiene sus pasiones ó su conocimiento.

(20) Συναπεμαρανση πατα ἡ ανθοσα της Τεφρικης ευανδρια. ¡Cuán elegante es la lengua griega, aun en boca de Cedreno!

(21) Coprónimo transportó sus συγγενεις, herejes; y así επλατυνθη ἡ αἱρεσις Παυλικιανων, dice Cedreno (p. 463.), que ha copiado los anales de Teófanes.

(22) Pedro Sículo, que residió nueve meses en Tephrice (A. D. 870) para el rescate de cautivos (p. 764.), fue informado de su proyectada mision, y dirigió su preservativo, la Historia Manichæorum, al nuevo arzobispo de los búlgaros (p. 754.).

(23) La colonia de los Paulicianos y Jacobitas trasplantada por Juan Zimisces (A. D. 970) de Armenia á Tracia, se menciona por Zonaras (tom. II, l. XVII, p. 209.) y Ana Commena (Alexiada, l. XIV, p. 450, etc.).

(24) La Alexiada de Ana Comnena (l. V, p. 131, l. VI, p. 154, 155, l. XIV, p. 450-457, con las anotaciones de Ducange) recuerda las transacciones de su padre apostólico con los Manichæos, cuya abominable herejía deseaba ella refutar.

(25) Basilio, monje, y autor de las Bagomilias, secta de gnósticos, que pronto desapareció (Ana Comnena, Alexiada, l. XV, p, 486-494. Mosheim, Hist. Eclesiastica, 420.).

(36) Matt. Paris, Hist. Major, p. 267. Este pasaje de nuestro historiador inglés es alegado por Ducange en una nota excelente sobre Villehardouin (N.° 208.) que halló á los Paulicianos en Filipópolis amigos de los Búlgaros.

(27) Vease Marsiglio, stato militare dell' Imperio Ottomano, p. 24.

(28) La introduccion de los Paulicianos en Italia y Francia queda ampliamente ventilada por Muratori (Antiquitat, Italiæ medii Ævi, tom. V, dissert. LX, p. 81-152.), y Mosheim (p. 379-382. 419-422.). Con todo ambos han pasado por alto un curioso pasaje de Guillermo el Apulio, que los describe claramente en una batalla entre los Griegos y Normandos, A. D. 1040 (en Muratori, Script. Rerum Ital. tom V, p. 256):

Cum Græcis aderant quidam, quos pessimus error,
Fecerat amentes, et ab ipso nomen habebant.

Pero ignora tanto su doctrina que los hace una especie de sabelios ó patripasios.

(29) *Bulgari*, *Boulgres*, *Bougres*, nombre nacional, han aplicado los franceses como término de reconvencion á los usureros y pecadores antinaturales. El *Paterini* ó *Patelini*, se ha hecho para significar un hipócrita suave y lisonjero, como *l'Avocat Patelin* de aquella farsa original y chistosa (Ducage, Gloss. Latinitat. medii en infimi Ævi.). Los Manichæos se llamaron tambien *Catharis*, ó los puros, por corrupcion Gazari, etc.

(30) Sobre las leyes, cruzada y persecucion contra los Albijenses; Mosheim espresa una especie atinada, aunque jeneral (p. 477-481.). El pormenor puede hallarse en los historiadores eclesiásticos, antiguos y modernos, católicos y protestantes; y entre estos Fleury es el mas imparcial y moderado.

(31) Los Actos (Liber sententiarum) de la Inquisicion de Tolosa (A. D. 1307-1328) se han publicado por Limborch (Amsterodami, 1692), con una historia previa de la Inquisicion en jeneral. Merecieron un edi-

en contradiccion directa, si no en ignorancia, de todas las autoridades orijinales. El mismo Gibbon, segun parece, no conocia la obra de Focio « Contra Manichæos repullulantes, » de cuyo primer libro hizo una edicion Montfaucon, Biblioteca Coislineana, pars II, p. 349. 575, del total Wolf, en su Anécdota Græca. Hamburgo, 1722. Compárese un tratado muy conceptuoso, Carta al Rev. S. R. Maitland, por J. G. Dowling, M. A. Lóndres, 1835.—M.

(32) Las opiniones y procedimientos de los reformadores se esponen en la segunda parte de la Historia jeneral de Mosheim; pero la balanza, que ha tenido con ojo tan perspicaz, y mano tan firme empieza á inclinarse, en favor de sus hermanos luteranos.

(33) Bajo Eduardo VI, nuestra reforma era mas audaz y perfecta; pero en los artículos fundamentales de la iglesia de Inglaterra se borró en la copia original una declaracion enérjica y terminante contra la presencia real, para complacer al pueblo, ó á los luteranos, ó á la reina Elisabet (Historia de Burnet sobre la Reforma, vol. II, p. 82—128—302.).

(34) « A no haber sido por unos hombres como Lutero y yo mismo » dice el fanático Whiston á Halley el filósofo, « os habriais arrodillado ya delante de una imájen de S. Vinifredo. »

(35) El artículo de *Serveto* en el Dictionnaire Critique de Chauffepié, es la mejor relacion que he visto de este vergonzoso fracaso. Véase tambien el Abbé d'Artigny, Nouveaux Mémoires d'Histoire, etc, tom. II, p. 55-154.

(36) Me ha escandalizado mas profundamente la ejecucion de Serveto, que las hecatombes que he publicado en los Autos de Fe de España y Portugal. 1. El zelo de Calvino parece haber sido emponzoñado por la malicia personal, y quizás por envidia. Acusó á su contrario ante sus enemigos comunes, los jueces de Viena, é hizo traicion, para destruirle, á la sagrada confianza de una correspondencia privada. 2. El hecho de crueldad no fue encubierto por el pretexto de peligro á la Iglesia ó al Estado. En su tránsito por Ginebra, Serveto era un estranjero sencillo, que ni rogó, ni imprimió, ni hizo prosélitos. 3. Un inquisidor católico rinde la propia obediencia que requiere, pero Calvino atropelló la regla inefable de hacer lo que quisiera que le hiciesen; regla que leí en un tratado moral de Isócrates en (en Nicocle, tom. I, p. 93, edit. Basilea), cuatrocientos años antes de la publicacion del Evanjelio. * Ἀ πασχοντες ὑφ' ἑτερων οργιζεσθε, ταυτα τοις αλλοις μη ποιειτε.

(*) Gibbon no ha desempeñado acertadamente el sentido de este paso, que no contiene la máxima de caridad, *Haz á los otros lo que quisieras que te hiciesen á tí*;

37) Véase Burnet, vol. II, p. 84-86. El entendimiento y humanidad del joven rey fueron oprimidos por la autoridad del primado.

(38) Erasmo puede conceptuarse como el padre de la teolojía racional. Despues de un descanso de cien años, fué despertada por los arminios de Holanda, Grocio, Limborch y Le Clerc: en Inglaterra por Chillingworth, los latitudinarios de Cambridge (Burnet, Hist. de sus Tiempos, vol. I, p. 261-268. edicion en octavo), Tillotson, Clarke, Hoadly, etc.

(39) Siento advertir que los tres escritores del siglo último, que han defendido tan noblemente los derechos de la tolerancia, Bayle, Leibnitz y Locke, son todos seglares y filósofos.

(40) Véase el excelente capítulo de sir William Temple, sobre la Religion de las Provincias Unidas. No me satisface Grocio de Rebus Belgicis, Annal. l. I, p. 13, 14, en 12.°, que aprueba las leyes de persecucion, y únicamente condena el tribunal sanguinario de la Inquisicion.

(41) Sir William Blackstone (Comentarios, vol. IV, p. 53, 54) esplica la ley de Inglaterra como se fijó en la Revolucion. Las escepciones de Papistas, y de los que niegan la Trinidad aun dejarian un blanco para la persecucion, si el espíritu nacional no fuese mas eficiente que cien estatutos.

(42) Recomendaré á la pública censura dos pasos en el Dr. Priestley, que revelan la propension final de sus opiniones. En el primero de ellos (Hist de las Corrupciones de la Cristiandad, vol. I, p. 275, 276.) el sacerdote, en el segundo (vol. II, p. 484.) el magistrado, tiemblen!

(b) Hay algo de burlesco, sino ofensivo, en sostener Gibbon á la « censura pública » las opiniones de cualquier creyente en el cristianismo, por imperfecta que sea su creencia. Las observaciones que sujeriria el total de este paso sobre los efectos de la reforma, en que una parte de verdad y justicia está revuelta con una gran preocupacion, no podrian comprenderse absolutamente en una nota; y por cierto abrazarian toda la historia relijiosa é irrelijiosa del tiempo que ha mediado desde que escribió Gibbon.—M.

sino meramente la máxima de justicia. No hagas á los otros lo que te ofe nderia que te hiciesen.—G.

CAPITULO LV.

Los Búlgaros. — Oríjen, vaivenes y establecimiento de los Húngaros. — Sus correrías por Levante y Poniente. — Monarquía Rusa. — Jeografía y Comercio. — Guerras de los Rusos con el Imperio Griego. — Conversion de los Bárbaros.

Diluviaron allá nuevos bárbaros en el reinado de Constantino, nieto de Heraclio, arrollando para siempre la antigua valla del Danubio, tantas veces atropellada y establecida. Cooperaron á sus avances los califas, sus auxiliares desconocidos y occidentales, pues las lejiones romanas permanecian mas y mas embargadas por el Asia, y luego tras la pérdida de Siria, Ejipto y Africa, por dos veces quedaron los Césares reducidos al peligro y al desdoro de tener que resguardar su capital contra los Sarracenos. Si al historiar aquel pueblo interesante he venido á torcer mi rumbo primitivo y recto, abulta el objeto tantísimo, que deja disculpado y encubierto mi desvío. Agólpanse los Arabes al encuentro de nuestra curiosidad por Levante y Poniente, en guerra, en relijion, en ciencia, en su prosperidad y en su menoscabo; sus armas fueron las primeras volcadoras de la Iglesia y del imperio Griego, y los alumnos de Mahoma se hallan todavía empuñando el cetro civil y relijioso del mundo oriental. Mas no se hacen acreedores á tantísimo afan los enjambres bravíos que desde el siglo séptimo hasta el duodécimo se fueron descolgando de los páramos de la Escitia, en correrías volanderas, ó en emigraciones permanentes (1). Disuenan sus nombres, desaparecen sus oríjenes, sus jestiones se confunden, creen á ciegas, batallan ferozmente, sin que la inocencia suavice ni la civilizacion afine la uniformidad de sus vidas públicas y privadas. El sólio aun majestuoso de Bizancio rechaza y sobrevive á sus embates desconcertados, y la mayor parte de aquellos bárbaros van desapareciendo sin dejar siquiera un rastro de su existencia, y cuyos restos baladíes siguen todavía, y para largas edades, yaciendo llorosos bajo el señorío de algun tirano advenedizo. Voy á entresacar de las antigüedades de I *Búlgaros* II *Húngaros* y III *Rusos*, tan solo aquello que conceptuare digno de recordarse. Las conquistas de los IV Normandos, y la monar-

quía de los V Turcos, que tendrán por obvio paradero las Cruzadas memorables á la Tierra Santa y el vuelco al par de la ciudad y del imperio de Constantino.

Marcha Teodorico (2) para Italia, y huella las armas de los Búlgaros, con cuyo descalabro, se empozan el nombre y la nacion por siglo y medio, y se rastrea que recibió el idéntico nombre, ú otro parecido con las colonias advenedizas del Boristenes, del Tanai ó del Volga. Un rey de la antigua Bulgaria (3) agració á sus cinco hijos con una leccion de concordia y comedimiento. Recibiéronla como suele la mocedad hacerlo con los consejos de la edad y de la esperiencia; sepultaron los cinco herederos al padre; se repartieron súbditos y rebaños; olvidaron su encargo; se deshermanaron, y fueron vagando en pos de la fortuna, hasta que asoma el mas andariego en el corazon de Italia bajo el amparo del exarca de Ravena (4). Mas el raudal de la emigracion, por impulso propio ú ajeno, se encaminó mas y mas á la capital. Tiéndese la Bulgaria moderna por las márjenes meridionales del Danubio con el nombre y vivo remedo de lo que fue en lo antiguo: fueron los nuevos conquistadores granjeándose por puntos, ya con guerras ó ya por medio de tratados, las provincias Romanas de Dardania, Tesalia y ambas Epiras (5); la supremacia eclesiástica se trasladó de la ciudad nativa de Justiniano; y prosperando luego, el pueblecillo arrinconado de Lychnida ú Acrida, se condecoró con entrambos sólios réjio y patriarcal (6). Comprueba innegablemente el idioma la descendencia de los Búlgaros desde el tronco orijinal de la alcurnia Esclavonia, ó mas bien Eslavonia (7); y el jentío emparentado de Servios, Bosnios, Rascios, Croatos, Kalachios, etc. (8) iba siguiendo el ejemplo ú el mando de la tribu soberana. En clase de esclavos, de súbditos, de aliados ó enemigos del imperio Griego, se fueron esplayando por todo el territorio que media entre el Euxino y el Adriático; y la denominacion nacional de Slavos (9) se ha ido envileciendo, por acaso ú por malignidad, desde un conotado esclarecido hasta la ínfima servidumbre (10). Entre aquellas colonias, los Chrobatos (11) ó Croatos, que ahora van siguiendo los movimientos de una hueste Austriaca, descienden allá de un pueblo gallardo, conquistador y soberano de Dalmacia. Las ciudades marítimas, y entre ellas la escasa república de Ragura en mantillas, imploró el auxilio y las instrucciones de la corte Bizantina; y el magnánimo Basilio les encargó que renovasen allá un asomo de reconocimiento de fidelidad al imperio Romano, y amansasen la saña de bárbaros tan incontrastables con un tributo anual. Repartiéronse el reino de Croacia once *Dupanes*, ó señores feudales, ascendiendo sus fuerzas reunidas á sesenta mil caballos y cien mil infantes. Una tirada larga de costa, recortada con un sinnúmero de ensenadas mas ó menos capaces y luego acordonada con una porcion de islas casi á la vista de las playas de Italia, inclinaba

á naturales y advenedizos á la vida marítima. Construian los Croatos sus bergantines, ó barcas, al modo de las Liburnas antiguas, y casi dos centenares de naves infunden el concepto de una marina grandiosa, pero cualquiera marino actual se sonreirá con las tripulaciones de diez, veinte ó cuarenta hombres por buque. Fueron luego dedicándose por grados á la granjería mas decorosa del comercio, mas siempre solian piratear tremendamente los Eslavones; y era ya á fines del siglo décimo cuando la república Veneciana logró señorear y despejar absolutamente su Golfo (12). Enfrenaron por fin los Venecianos á los antepasados de aquellos reyes Dálmatas sin franquearles ni el menor uso de la navegacion, y así se aposentaron en la Croacia Blanca, por el interior de la Silesia y Polonia Menor, á treinta jornadas, segun el cómputo griego, del mar tenebroso.

Escaso fué el ámbito de la nombradía Búlgara (13) bajo todo concepto, pues reinando en los siglos nono y décimo allá por el sur del Danubio, las naciones mas poderosas que siguieron sus huellas los tenian acorralados por el Norte y el Poniente. En medio de sus hazañas obscurecidas descuella un timbre vinculado hasta allí en los Godos, y es el de dar muerte en batalla á todo un sucesor de Augusto y Constantino, pues el emperador Niceforo, ajado ya en la guerra arábiga, feneció en la eslavona. Arrolló al pronto y hasta su mismo centro la Bulgaria entera, abrazando la *Corte rejia* que seria probablemente algun edificio ú aldea de madera tosquísima; pero mientras se distrae en busca de ocultos despojos, y se desentiende de todo convenio, los enemigos se rehacen, lo acorralan sin arbitrio, y trémulo entonces Nicéforo prorumpe: ¡Ay de mí desdichado! á menos que no tengamos alas como las aves, aquí no hay salvamento.» Yace por dos dias desahuciado; pero á la madrugada del tercero, asaltan los Búlgaros sus reales y lo destrozan con todos sus palaciegos. Estuvo en salvo de insultos el cadáver de Valente, pero enarbolaron la cabeza de Nicéforo en una pica y luego su cráneo, engastado en oro, se solia cuajar de vino en la algazara de alguna victoria. Lamentaron los Griegos tamaño baldon, mas reconocieron que era castigo tan digno de aquella cruel avaricia. La copa asalvajada era un padron de las costumbres bravías de unos Escitas; mas se fueron luego desbastando en su roce con los Griegos, en su mansion en paises ya cultivados y en su admision del culto cristiano, á fines de aquel mismo siglo. Educábase la nobleza Búlgara en las escuelas y aun en el palacio de Constantinopla; cabiendo á Simeon (14), mozo de sangre real, el imponerse en la oratoria de todo un Demóstenes y en la lójica de Aristóteles. Orilló su profesion de monje por la de monarca y guerrero, y durante su reinado de mas de cuarenta años, se encumbró la Bulgaria á la jerarquía de potencia civilizada. Habíalas á menudo con los Griegos, quienes acudian al desahogo muy obvio de apellidarle sacrí-

lego y alevoso. Costearon luego el auxilio de los Turcos paganos, pero Simeon, vencido al pronto los arrolló en segunda refriega, cuando solo el contrarestarlos se conceptuaba un triunfo, por su formidable prepotencia. Venció, cautivo, y dispersó en parte á los Servios, y quien anduvo por entonces el país, tan solo alcanzó á descubrir como unos cincuenta vagos sin mujeres ni niños, que se mantenian estrechísimamente de la caza. En el territorio clásico, por las orillas del Aqueléo, vinieron á quedar derrotados los Griegos, destrozándole las hastas el brio de un Hércules Bárbaro (15). Pasó luego á sitiar la gran Constantinopla, y en un coloquio con el mismo emperador, dictó Simeon las condiciones de la paz. Cautelároнse mutua y esmeradamente, amarrando la galera imperial á un tablado fuertísimo, y remedando el boato del Búlgaro la majestad de la púrpura bizantina. «Si sois cristiano» prorumpe blandamente Romano «teneis que absteneros de la sangre de nuestros hermanos; si estais sediento de oro teniendo en poquísimo el embeleso de la paz, envainad ese alfanje, alargad esa diestra, y quedarán colmados vuestros sumos anhelos.» Corrobórase la reconciliacion por medio de un enlace íntimo; quedó entablada ó restablecida la franquicia en el comercio, condecoróse hasta lo sumo á los afectos á la Bulgaria, sobreponiéndolos á todo embajador enemigo ú advenedizo (16), realzando á su príncipe con el dictado altisonante y envidiadísimo de *Basilio* ú emperador. Desbaratóse aquella intimidad, pues muerto Simeon, ambas naciones se estrellaron de nuevo, sus apocados sucesores se deshermanaron y fenecieron, y á principios del siglo undécimo, el segundo Basilio, nacido en la púrpura, mereció apellidarse conquistador de Bulgaria. Empapóse su codicia en un tesoro de cuatrocientas mil esterlinas (diez mil libras de oro) halladas en el palacio de Lichnido, cebando no obstante su crueldad en frias y estremadas venganzas en quince mil cautivos, sin mas delito que el de haber defendido ahincadamente su patria. Cególos á todos dejándoles un ojo por cada centenar para que sirviese el lazarillo de su respectiva cuadrilla á conducirlos hasta la presencia de su rey, quien se horrorizó de muerte con aquella vista, y la nacion aterrada se dejó arrebatar de sus hogares ciñéndola toda en una sola provincia, cuyos caudillos siguieron encargando á sus nietecillos el sufrimiento y la venganza oportuna.

Al descolgarse sobre la Europa el descomunal enjambre de los Húngaros, á los novecientos años de la era cristiana, conceptuólos la supersticion despavorida por el Gog y el Magog de la Escritura, como señales y precursores del fin del mundo (17). Planteada luego la literatura, sus propios anticuarios se han engolfado tenaz y laudablemente en el despejo patriótico de aquellos primitivos asomos (18); pero la racionalidad crítica tiene que descartar el empeño linajudo de entronques con Atila y con los Hunos; pero se lamentan de que sus recuerdos allá fundamentales fene-

cieron en la guerra Tártara; que así la ficcion como la verdad de sus cantares antiguos y cerriles yacen muy olvidadas, y de que los fragmentos de una crónica insulsa (19) á duras penas pueden hermanarse con las noticias contemporáneas, pero advenedizas del jeógrafo imperial (20). *Majiar* se apellidaron oriental y nacionalmente los Húngaros, pero los Griegos suelen deslindarlos con el nombre propio y peculiar de *Turcos*, entre las tribus de Escitia, como descendientes del pueblo poderoso que anduvo reinando y conquistando desde la China hasta el Volga. La colonia de Panonia siguió conservando correspondencia de comercio y de intimidad con los Turcos orientales del confin de Persia; y á los tres siglos y medio, los misioneros del rey de Hungría descubrieron y escudriñaron su propia patria junto á las orillas del Volga. Agasajólos entrañablemente un pueblo de Paganos bravíos apellidado todavía Húngaro; conservaron su idioma nativo; recordaron tradiciones de sus hermanos allá tan estraviados, escuchando absortos las relaciones peregrinas de su nuevo reino y relijion. Corroboró la eficacia del parentesco los afanes de la conversion, y uno de sus mayores príncipes ideó luego el intento grandioso pero impracticable de cuajar las soledades de la Panonia con una colonia casera desencajada del corazon de la Tartaria (21). La oleada de las guerras y la emigracion los arrebató de su patria primitiva, á impulsos de tribus mas lejanas, que solian ser fujitivas y conquistadoras. El tino ú la suerte los encaminaban á la raya Romana; tras los altos usuales por las orillas de los rios mayores, y aun se rastrea su residencia temporal por los territorios de Moscow, Kiow y Moldavía. En tan varia y dilatada peregrinacion, mal podian sortear el señorío de los prepotentes, mejorando ú mancillando la pureza de su sangre con el cruzamiento de castas estrañas; por precision ó por albedrío, varias tribus de Chazares se fueron asociando á los estandartes de sus vasallos antiguos; se avezaron á nuevo idioma, y les cupo con la nombradía de sobresalientes el destino de vanguardia en las refriegas. La fuerza militar de los Turcos iba marchando en siete divisiones iguales y artificiosamente escuadronadas; constaba cada una de treinta mil ochocientos y cincuenta y siete guerreros, y la proporcion de mujeres niños y sirvientes supone de suyo un milllon de emigrantes. Amaestraban el desempeño en los los consejos públicos siete *vaivodas*, ó caudillos hereditarios; mas luego con el desengaño de discordias y tropiezos agolparon todos los ramos del mando en un solo individuo. Desestimó el recatado Lobedias el cetro, y se colocó por nacimiento y mérito esclarecido en manos de Almo y de su hijo Arpad, robusteciendo la soberanía del sumo Khan de los Chazares el compromiso del príncipe y del pueblo; este para obedecerle, y aquel para mirar por la gloria y felicidad de todos.

Pudiéramos quedar ya pagados con estos pormenores, mas el ahinco de

los literatos modernos se internó hasta patentizar nuevas perspectivas en las antigüedades de las naciones. Descuella á solas, y como aislado, el idioma Húngaro entre los dialectos Eslavones; pero se hermana clara y estrechamente con las hablas de entronque Fenicio (22), casto recóndita y cerril, que estuvo primitivamente ocupando las rejiones septentrionales de Asia y de Europa. Asoma la denominacion lejítima de *Ugros* ó *Igures* por los confines occidentales de la China (23); los Tártaros atestiguan su traslacion á las márgenes de Irtish (24); hase descubierto nombre y habla semejante á la parte meridional de Siberia (25), y los restos de la tribu Fénica andan anchurosa pero despobladamente desparramados desde las fuentes del Oby hasta las playas de Laponia (26). En el entronque de Húngaros y Lapones sobresale la pujanza poderosísima del clima con los hijos de un idéntico padre; y se está palpando en la estampa contrapuesta de los aventureros denodados que logran embriagarse con los vinos del Danubio, y los cuitados fujitivos que yacen empozados bajo las nevadas del mismo círculo polar Armas y libertad fueron siempre el sumo afan, mas no siempre certero, de los Húngaros, dotados por la naturaleza de pujanza en cuerpo y alma (27). El frio estremado ha ido apigmeando la estatura y helando las potencias de todo Lapon, y las tribus polares son los únicos hombres que desconocen la guerra, desentendiendose siempre de la sangre humana: ¡ignorancia venturosísima, si la racionalidad y el pundonor fuesen los celadores de su sosiego! (28).

Dejó ya observado el autor Imperial de la táctica (29) que todas las rancherías Escitas se asemejaban en cuanto á su vida pastoril y militar; que todas acudian á medios idénticos para su diaria subsistencia; y que tódas se valian de idénticos instrumentos para la destruccion. Pero añade que entrambas naciones de Búlgaros y Húngaros se sobreponian á todos sus hermanos, é iguales entre sí, en las mejoras aunque tosquísimas, en disciplina y gobierno; cuya semejanza mueve á Leon para barajarlas bajo un mismo concepto, prescindiendo de su afecto ú enemistad, y sabe redondear aquel cuadro con tal cual pincelada de sus mismos contemporáneos en el siglo décimo. Conceptuaban aquellos bárbaros, ufanísimos con su número y su braveza, por despreciable y baladí cuanto suele apetecer el jénero humano, escepto la prenda y la nombradía de sus proezas militares y su independencia. Eran de cuero las tiendas de los Húngaros y sus vestidos de pieles; se cortaban el pelo y se cicatrizaban el rostro, era pausada su habla, ejecutiva su obra y alevosa su palabra; y adolecian del achaque jeneral de los bárbaros en ignorar la trascendencia de la verdad, y negarse por engreimiento á sobredorar el quebrantamiento de sus compromisos mas terminantes. Na faltaron ensalzadores de su sencillez, absteniéndose tan solo de cuanto lujo no llegaron á conocer,

pues ansiaban cuanto veian, sin mas recato ni maestría que lo de abalanzarse á la presa. Al apellidarla nacion pastoril hay que puntualizar su economía, su modo de guerrear y demás ramos de gobierno peculiares á su estado social, añadiendo que la pesca y la caza les suministraban alguna subsistencia; y como no solian dedicarse al cultivo, á lo menos en llegando á tal cual avecindarse practicaban allá cierto jénero de tosquísima labranza. En sus marchas, y acaso en sus espediciones, iban siempre acompañando á la hueste rebaños de ganado lanar y vacuno, que redoblaban sus grandísimas polvaredas, y les aprontaban á pasto el sustento de carne y de leche saludable. Esmerábase todo caudillo en el abasto colmado de forrajes, y en paciendo cumplidamente sus ganados, el surtido guerrero prescindia de toda aprension en peligros y fatigas. Acampando revueltos hombres y reses por dilatados trechos, vivian espuestísimos á sorpresas nocturnas; mas jiraban en derredor y á larguísima distancia guerrillas montadas para contrarestar al golpe y al primer asomo á todo enemigo. Tras algunos lances, prohijaron el uso de la espada y lanza Romana, con el morrion para el soldado y pectoral de hierro para el caballo; pero su arma nativa y mortal era el arco tártaro; y así desde la ínfima niñez ejercitaban á sus hijuelos y á los sirvientes en flechar y cabalgar; con brazo recio y apunte certero, y aun en la carrera mas veloz se amaestraban en tenderse á la espalda y disparar una granizada de saetazos por el aire. Formidables al par en refriega, en celada, en huida ó alcance, medio se escuadronaban por el frente; pero luego la retaguardia fogosa y arrolladora lo disparaba todo al avance. Arrojábanse temerariamente como á ciegas y á rienda suelta, con espantosos alaridos; y luego al huir, con pavor efectivo ú aparente, contrastaban el ímpetu y escarmentaban el alcance, del enemigo con las mismas arterías de fuga revuelta y evolucion repentina. Asombraban con sus desafueros victoriosos á la Europa, aun en el escozor de sus heridas sarracenas y danesas; ni solian pedir cuartel, ni mucho menos concederlo; pues se tachaba por igual á entrambos sexos de su incontrastable empedernimiento, y su afan por la carne cruda sinceraba la conseja popular de que chupaban la sangre y se regalaban con los corazones de los muertos. Mas no carecian los Húngaros de aquellos arranques humanos y justicieros que estampó naturaleza en todos los pechos. Leyes y castigos enfrenaban todo desafuero público ú privado; y en los ensanches de un gran campamento, el hurto es el esceso mas halagüeño y pernicioso. Asomaban, entre los bárbaros mismos, prohombres de suyo pundonorosos, y que prescindiendo de leyes y mandatos desempeñaban el instituto y rebozaban de los afectos de la vida social.

Tras dilatada peregrinacion, fujitiva ó victoriosa, las rancherías turcas se abocaron por fin á la raya de los imperios francés y bizantino. Sus pri-

meras conquistas y establecimientos perenes abarcaron entrambas orillas del Danubio por encima de Viena, hasta debajo de Belgrado, y hácia la provincia Romana de Panonia y reino moderno de Hungría (30). Moravios, nombre y tribu Eslavona, estaban salpicadamente ocupando aquel territorio anchuroso y feraz, y quedaron encajonados por los advenedizos en el ámbito reducido de una provincia. Asomóse Carlomagno con su imperio desacotado y nominal á la punta de Transilvania; pero á la cesacion de su línea lejítima, se desentendieron los duques de Moravia de su obediencia y tributo á los monarcas de la Francia oriental. Provocado el bastardo Arnolfo, acude á las armas Turcas; arrollan luego la valla real ó supuesta que se les franqueó indiscretamente, acarreando al rey de Jermania el baldon justísimo de traidor á la sociedad civil y eclesiástica de los Cristianos. En vida de Arnolfo, el agradecimiento ú el temor enfrenan á los Húngaros; mas durante la niñez de su hijo Luís, descubren é invaden la Baviera, y su arrebato Escítico es tan sumo, que en un solo dia despojan y apuran un ámbito de cerca de veinte leguas. Los Cristianos en la batalla de Ausburgo campean hasta ya por la tarde; pero los ardides velocísimos de la caballería turca los engañan y vencen. Intérnanse y abrasan las provincias de Baviera, Suabia, y Franconia, y los Húngaros desenfrenaron (31) mas y mas la anarquía precisando á los barones mas altaneros á disciplinar sus vasallos y fortificar sus castillos. Achácase á temporada tan calamitosa el oríjen de las ciudades muradas; pues no cabia resguardo con la distancia contra un enemigo que casi en el mismo punto está reduciendo á cenizas el monasterio helvético de San Gall y la ciudad de Brenan, por las playas del Océano. Por mas de treinta años yace el imperio ú reino jermánico bajo el desdoro de un tributo, pues todo ademan de resistencia tiene que amainar con la amenaza formalísima y ejecutiva, de empozar mujeres y niños en las mazmorras del cautiverio, degollando á todo varon sobre la edad de diez años. No me cabe ni me halaga el ir siguiendo á los Húngaros allende el Rin; mas no dejo de estrañar que el turbion viniese á estragar las provincias meridionales de Francia, y hasta la España, escudada tras los Pirineos, se estremeció á los asomos de advenedizo; tan formidable (32). La Italia, ya tan cercana, cebó desde luego su correría; mas estuvieron mirando desde su campamento del Brenta con algun pavor el poderío aparente y populoso del país recien descubierto. Piden permiso para retirarse; niégaselo altaneramente el rey de Italia, y las vidas de veinte mil Cristianos vienen á pagar el yerro de tan temeraria terquedad. Descuella en nombradía y esplendor la real Pavía sobre las ciudades del Occidente, ciñendo Roma su preeminencia únicamente á las reliquias de los Apóstoles. Asoma el Húngaro, arde Pavía, yacen cuarenta y tres iglesias con todo el vecindario, y se salvan unos doscientos desdichados que habian recojido

celemines de oro y plata (ponderacion) que habia dentro la humareda de los escombros. Resuenan medrosas letanías en las iglesias permanentes, tras las correrías incendiarias y anuales de los Alpes hasta las cercanías de Roma y Capua, entonando mas y mas su: « Sálvanos, Señor, y líbranos de los flechazos del Húngaro ». Sordos ó inexorables se muestran los Santos, y se dispara el raudal desbocadamente hasta tropezar con el piélago en la Calabria (33). Se ofrece y se acepta un convento por cabeza con todos los súbditos de Italia, y hasta diez fanegas de plata vienen á tenderse en el campamento turco. Pero la doblez sale de suyo al encuentro á la tropelía, y los salteadores quedan defraudados en el número del padron y en los quilates del metal. Por Levante tienen que pelear en refriega dudosa con las armas iguales de los Búlgaros, cuya fé les vedaba toda alianza con aquellos Paganos, y cuya situacion zanjaba con su valladar el imperio Bizantino; el antemural va al través y el emperador de Constantinopla está mirando las banderas turcas, llegando uno de sus valentones á descargar un tremendo mazazo sobre la puerta dorada. Las arterías y los tesoros griegos sortean el asalto; mas blasonan en su regreso los Húngaros de haber impuesto tributo á la valentía de los Búlgaros y á la majestad de los Césares (34). La distancia y rapidez en la propia campaña abultan el poder y el jentío de los Turcos, mas su denuedo se hace acreedor á toda alabanza, pues á veces meras guerrillas de trescientos ó cuatrocientos caballos se disparaban arrojadamente hasta las puertas de Tesalónica y Constantinopla. En aquella temporada desastradísima, se triplicó el azote asolador de Europa, por el Norte, el Oriente y el Mediodía; pues solian Normandos, Húngaros y Sarracenos estar acosando el mismo terrreno desventurado; y aquellos enemigos verdaderamente irracionales vendrian á compararse por Homero á dos fieras aulladoras cebándose reñidamente en los destrozos de un ciervo descuartizado (35).

Libertadores de Alemania y de la Cristiandad fueron los príncipes Sajones, Henrique el Pajarero y Oton el Grande, quien dió al través con el poderío húngaro en dos batallas memorables (36). Doliente yacia el valeroso Henrique cuando la invasion de su patria; lo alzan de su lecho con aquella alma briosa y tino certero, prorumpiendo en la madrugada de la refriega: « Ea, compañeros; mantenerse escuadronados todos, abroquelarse cerradamente contra los flechazos enemigos, y antes que puedan segundar sus disparos, arrojarse á ellos de carrera y á lanzazos. » Obedecen y triunfan, y los cuadros históricos del castillo de Merseburg están retratando al vivo las facciones, ó por lo menos, la índole, de Henrique-quien en un siglo de lobreguez, confió á las artes sublimes el eternizamiento esplendoroso de su nombradía (37). A los veinte años la prole de los Turcos guadañados por su alfanje, invade el imperio de su

hijo, ascendiendo sus fuerzas segun el cómputo ínfimo á cien mil caballos. Bríndales pandilla casera, y les patentiza las puertas de Alemania con traidor ahinco, y así cabalgan en algazara allende el Rin y el Mosa, hasta el corazon de la Flandes. Pero el teson y la cordura de Oton aventan la contingencia, haciendo cargo á los príncipes de que deshermanando sus intereses zozobraban á una y para siempre relijion y patria, y logran pasar en reseña el poderío nacional por las llanuras de Ausburgo. Marchan y batallan en ocho lejiones, con arreglo á su division de provincias: Bárbaros componen las tres primeras; Franconios la cuarta; la quinta Sajones, al mando inmediato del monarca; constan la sexta y séptima de Suabios, y la octava de mil Bohemios cierra la retaguardia de la hueste. Corroboran á manos supersticiosas la pujanza del táctico denuedo, y fueron aquellos á la sazon grandiosos y benéficos. Purifícase la soldadesca con el ayuno; santifícanse los reales con relicarios de mártires y confesores; y el héroe cristiano ciñe la espada de Constantino, empuña el incontrastable lanzon de Carlo-magno y tremola el pendon de San Mauricio, el caudillo de la lejion Tebana. Pero su confianza entrañable se cifra en la sagrada lanza (38), cuyo bote, labrado con los clavos de la cruz, mereció su ahinco para desprender su conjunto de manos del rey de Borgoña, con amagos de guerra y el regalo de una provincia. Esperábase á los Húngaros por el frente, pero pasan á hurtadillas el Lech, rio de Baviera que desagua en el Danubio; revuelven sobre la retaguardia del ejército cristiano; saquean los bagajes, y desbaratan las lejiones de Bohemia y Suavia. Restablecen los Franconios la batalla, á cuyo duque atraviesa un flechazo, mientras está descansando, y es el valeroso Conrado, de sus fatigas; pelean los Sajones á presencia de su rey, sobrepujando su victoria en esclarecida trascendencia, á todos los triunfos de los dos últimos siglos. Mucho mayor fué la pérdida de los Húngaros en la huida que en la refriega; pues acorralados con los rios de Baviera, sus crueldades anteriores los desahuciaban de toda misericordia. Ahorcaron á tres príncipes cautivos á Ratisbona; degollaron ó lisiaron á la muchedumbre prisionera, y los fujitivos que fueron asomando por el país yacieron para siempre en afrentoso desamparo (39). Amainó el engreimiento nacional, y los tránsitos mas accesibles aparecieron atajados con vallas y fosos. Con la adversidad pararon los Húngaros en pacíficos y comedidos; los salteadores del Occidente tuvieron que avenirse á vida sedentaria, y un soberano atinado demostró á la jeneracion siguiente, cuanto mas ventajoso era el multiplicar y trocar los productos de un terreno fertilísimo. Barajáronse con la ralea nativa, de sangre turca ó fenicia nuevas colonias escíticas ó eslabonas (40); largos miles de cautivos robustos é industriosos se habian agolpado de todos los paises de Eurona (41), y casado Gesta con una princesa Bávara, fué concediendo honores y estados á los nobles de Alemania (42).

Condecoró al hijo de Geira con el dictado rejio, y siguió la alcurnia de Arpad imperando por tres siglos en el reino de Hungría. Pero los Bárbaros de suyo voluntariosos no se deslumbraban con los destellos de la diadema, y la nacion se aferró en su derecho incontrastable de elejir, deponer y castigar al sirviente hereditario del estado.

III. Sonó por primera vez el nombre de Rusos (43) en el siglo nono, con una embajada de Teófilo, emperador de Oriente al de Occidente, Luís hijo de Carlomagno. Acompañaron á los Griegos unos enviados del gran duque, chagan, ó *czar* de los Rusos. En su viaje á Constantinopla fueron atravesando por varias naciones enemigas, y esperanzaron luego afianzar su regreso solicitando del monarca francés que los restituyese por mar á su patria. Fuese despues escudriñando su oríjen, y resultaron hermanos de los Suecos y Normandos, cuyo nombre se habria hecho odioso y formidable en Francia; y cabia la zozobra de que los advenedizos Rusos no fuesen mensajeros pacíficos, sino emisarios de guerra. Detiénenlos al despedir á los Griegos, y Luís da treguas para enterarse mas cabalmente, para luego conformarse con las leyes del hospedaje y la cordura, con arreglo al interés de entrambos imperios (44). La historia nacional, y jeneralmente la del Norte, estan evidenciando el oríjen escandinavo de los naturales, ó por lo menos de los príncipes de Rusia (45). Los Normandos, poco antes tan sumamente encubiertos, se desembozaron plena y repentinamente pisoteando y guerreando de consuno. Las rejiones dilatadas, y segun se cuenta populosísimas de Dinamarca, Suecia y Noruega, hervian de caudillos independientes y aventureros, á cual mas arrojado, pesarosos con el ocio de la paz, y risueños en medio de mortales agonías. El piratear era el ejercicio, el tráfico, el pundonor y la gloria de la juventud Escandinavia. Angustiados en un clima estéril y de ámbitos estrechísimos, se disparan de un banquete, empuñan sus armas, toman el hasta, trepan á sus naves y van costeando en pos de asiento y despojos. Aportan y descuellan desde luego por el Báltico; desembarcan en la playa oriental, residencia callada de tribus Fenicias y Eslavonas, y los Rusos primitivos del lago Ladoga tienen que pagar tributo de pieles de ardilla blanca á los advenedizos, saludándolos con el dictado de *Varanjes*, ó Corsarios (46). Como superiores en armas, disciplina y nombradía, imponen temor y acatamiento á los naturales. En sus guerras con salvajes mas interiores, los Varanjes les acompañan como amigos y auxiliares, y van luego, por eleccion ó á viva fuerza, señoreando jentes que aparentaron tan solo protejer. Los apean de su tiranía, pero su predominio se rehace, hasta que por fin su caudillo, Rurito (862), en suma Escandinavio, encabeza una dinastía que sigue reinando por mas de siete siglos; sus hermanos van ensanchando su prepotencia, y por último sus compañeros remedan aquel ejemplar de oficiosidad usurpadora por las provincias meridionales de

Rusia; y sus establecimientos, por el rumbo trillado de la guerra y los asesinatos se encumbran por entero á la jerarquía grandiosa de formidable monarquía.

Mientras los descendientes de Rurico se conceptuan como advenedizos y conquistadores, señorean con la espada de Varanjes, y van repartiendo estados y súbditos á sus capitanes, reponiendo mas y mas su jente con nuevos raudales de aventureros por la costa del Báltico (47). Pero arraigados ya hondamente en el país los caudillos Escandinavos, se fueron barajando con los Rusos en sangre, relijion é idioma, y el primer Waladimiro contrajo el esclarecido mérito de libertar el país de aquellos mercenarios advenedizos. Habian sido sus entronizadores, no alcanzaban sus haberes hasta el punto de agraciarlos cumplidamente, pero se avinieron á su dictámen para ir en busca de un dueño, no mas agradecido, pero sí mas acaudalado; y así se embarcaron para la Grecia, donde, en vez de pieles de ardilla, iban á lograr por galardon seda y oro. Mas no dejó el príncipe Ruso de encargar á su aliado Bizantino que dispersase y afanase, premiando y enfrenando á tan indómitos hijos del Norte. Mencionan los escritores contemporáneos la llegada, nombre y propensiones de los Varanjes; fueron medrando por puntos en privanza y aprecio; juntóse el cuerpo entero en Constantinopla para el desempeño de la guardia, reforzándolo con crecidas reclutas de sus paisanos de la isla de Tule. Aplicóse en aquella coyuntura la denominacion indeterminada de Tule á la Inglaterra, y los nuevos Varanjes fueron una colonia de Ingleses y Daneses, huyendo del yugo Normando. Peregrinaciones y piraterías iban estrechando los ámbitos de la tierra; agasajó la Corte Bizantina á los desterrados, quienes siguieron conservando hasta los últimos tiempos del imperio su lealtad sin mancilla, y el uso de sus idiomas nativos. Iban acompañando, con sus mazas dobles y anchurosas al hombro, al emperador, al templo, al senado y al hipódromo; dormia siempre y comia con su fiel resguardo, y eran los Varanjes los llaveros perpetuos é incontrastables del tesoro del palacio y de la misma capital (48).

Esplayábase en el décimo siglo la jeografía de la Escitia, por muy fuera de sus límites antiguos (A. de 350), y la monarquía rusa patentiza sus ámbitos anchurosos en el mapa de Constantino (49). Señoreaban los hijos de Rurico la provincia grandiosa de Woladomiro ú Moscow; y si por aquella parte los atajaban rancherías orientales, su confin occidental se tendia ya tan tempranamente por las playas del Báltico y el territorio prusiano. Traspasaba su reino septentrional los sesenta grados de latitud, abarcando la region hiperbórea, cuajada fantásticamente de monstruos, y nublada con lobreguez sempiterna. Por el Mediodía iban siguiendo el cauce del Borístenes, y se asomaban por aquel rio hasta el mismo Ponto Euxino. Las tribus sentadas ó vagarosas de aquel anchísimo espacio obede-

cian al mismo vencedor, y se fueron insensiblemente entroncando y componiendo una idéntica nacion. El idioma ruso es un dialecto del eslavon, pero en el siglo décimo se deslindaban estas dos hablas; y como prevaleció el eslavon por el mediodía, se deja conceptuar, que los Rusos orijinarios del Norte, los súbditos primitivos del caudillo Funanje, venian á ser parte de la ralea Fennica. Con las emigraciones, enlaces y desvíos de las tríbus errantes, ha ido variando sin cesar el aspecto mal deslindado de los páramos escíticos; pero el mapa mas antiguo de Rusia trae parajes que conservan todavía sus nombres y situaciones; y las dos capitales de Novogorod (50) y Kiow (51) fechan del arranque de la monarquía. No es todavía Novogorod acreedora al dictado de grande, ni al enlace con la liga Anseática, que fué derramando arroyos de opulencia y principios de libertad. No podia Kiow tampoco blasonar de sus trescientas iglesias, un vecindario innumerable, y ámbito y esplendor, parangonada con la gran Constantinopla, por los que no habian presenciado la residencia de los Césares. Reducíanse á los principios ambas ciudades á campamentos ó feriales, como paraderos adecuados para juntarse los bárbaros al intento de su comercio ú de sus guerras. Pero aun estas mismas juntas están de suyo pregonando algunos asomos, y aun progresos, en las artes sociales; nuevas castas de ganado se ajenciaban de las provincias meridionales, y el empuje de empresas comerciales, tramontó tierras y mares desde el Báltico al Euxino, desde el desembocadero del Oder hasta el fondeadero de Constantinopla. En la lobreguez de la idolatría y la barbarie, los Normandos frecuentaron y enriquecieron con su afan de cambios y compras la ciudad eslavona de Julin (52). Desde aquella bahía, á la entrada del Oder, el corsario ú el mercante surcaba en cuarenta y tres dias las playas orientales del Báltico, dándose la mano aun las naciones mas remotas, y hasta *se cuenta* que el oro *griego* y el español habian acudido á engalanar los bosques sagrados de Curlandia (53). Despejóse obvia comunicacion entre la marina y Novogorod; en estío por un golfo, un lago y un rio navegable, y en invierno, sobre la nevada rasa y endurecida. Luego desde aquellas cercanías, se agolpaban los Rusos por varias corrientes que desaguan en el Boristenes; cargaban sus canoas de un solo tronco, de esclavos de toda edad, pieles de mil especies, panales de sus colmenas y cueros de sus ganados; y cuantos productos apronta el Norte se almacenaban en el recinto de Kiow. Solia dar la vela por el mes de junio aquella flota, y la madera se iba empleando, no ya en meras canoas sino en barcas con remos y bancos de mayor solidez y capacidad; seguian la corriente del Boristenes hasta el tropiezo de las siete ó mas escolleras que atraviesan el cauce y disparan el raudal incontrastablemente encajonado en los peñascos. En otros pasos menos profundos y espuestos era suficiente el alijo; pero los saltos principales se hacian intransitables, y la

marinería, y los esclavos tenian que arrastrar los bajeles por dos leguas, con peligro de que los salteadores de aquellos páramos los asaltaran en medio de aquel afan trabajosísimo (54). En la primera isla tras el despeñadero, solemnizaban los Rusos la festividad de su salvamento, y en la segunda cercana al desembocadero del rio, habilitaban sus naves quebrantadas, para el tránsito mas largo y espuesto del Mar Negro. Costeando siempre llegaban al Danubio, y con viento bonancible, en treinta y seis ó cuarenta horas se asomaban á las playas contrapuestas de la Natolia, abrigando luego Constantinopla á los advenedizos del Norte. El retorno á la estacion competente, era un cargamento riquísimo de trigo, vino y aceite, con los artefactos de la Grecia y la especería de la India. Residian algunos compatricios en la capital ó por las provincias, y tratados nacionales mediaban para escudar los individuos, haberes y privilejios del mercante ruso (55).

Pero aquel roce provechosísimo para la humanidad sirvió tambien de mucho para su daño. En el plazo de unos dos siglos, los Rusos hicieron hasta cuatro tentativas para saquear los tesoros de Constantinopla; vario fué el paradero, mas el móvil, medios é intento vinieron á ser idénticos (56). Habian los traficantes rusos presenciado la magnificencia y paladeado los regalos de la ciudad Cesarea, y el pormenor á todas luces portentoso con tal cual muestra de tamañas preciosidades, inflamaron el anhelo de sus montaraces paisanos, ansiaron desaladamente aquellos dones ajenísimos de su clima, desviviéndose por artefactos que su pereza no alcanzaba á remedar, ni menos su desamparo á recabarlos. Tremolaron los príncipes Varanjes sus banderas, y piratearon desaforadamente con la soldadesca mas denodada de los isleños del Norte (57). Las escuadrillas de Cosacos en el siglo anterior fueron un remedo del antiguo armamento, desembocando tambien el Borístenes para surcar los propios mares y con el mismo intento (58). La denominacion griega de *monoxilos*, ó meras canoas, corresponde al fondo de sus bajeles, pues vaciando una grande haya, ó un abeto corpulento, colocaban luego su tablazon; tenian hasta sesenta pies de longitud y doce de altura. Carecian, de cubiertas y con dos timones y un mástil, navegaban á remo y vela con cuarenta ó por lo mas setenta hombres de tripulacion, y salazon de pescado y aguada fresca por abasto. El primer embate de los Rusos fué con doscientos barcos; mas luego al armarse nacionalmente, se arrojaron contra Constantinopla hasta con mil, ó mil doscientos barcos. No desdecia de la armada mucho su escuadra rejia de Agamenon; pero la zozobra abultadora, engrandeció idealmente sobre manera su número y poderío. A ser próvidos y briosos los emperadores griegos, en su mano estaba el bloquear y atajar el desembocadero del Borístenes con fuerzas marítimas; pero su desidia desamparó las costas de Natolia, pirateando el enemigo á su

salvo por espacio de seis siglos en todo el ámbito del Euxino; pero mientras la capital descollase intacta, se desoian los ayes de provincias lejanas, así para los príncipes como para los historiadores. Aquel huracan arrollador del dilatado trecho desde el Fasis hasta Trebisonda, se disparó al fin por el Bósforo de Tracia, estrecho de cinco leguas donde un conirario hábil podia á mansalva destrozar el tosquísimo armamento de los Rusos. En su primera empresa (59) con los príncipes de Kiow (año de 865), atravesaron sin contraste, y se aposentaron en el puerto de Constantinopla, en ausencia del emperador Miguel, hijo de Teófilo. Arrollando peligros aporta en la misma gradería del palacio, y acude al vuelo á una iglesia de la Vírgen (60). Por dictámen del patriarca, el ropaje de la Santa, como reliquia preciosa, se saca del sagrario y se empapa en el mar; sobreviene una tormenta, aleja á los Rusos, y el vecindario todo vitorea el milagro de la Madre de Dios (61). Callan los historiadores griegos, y así se duda de la realidad, ó por lo menos de la trascendencia del segundo embate por Oleg, ayo de los hijos de Rurico (62), en 304. Por fin una valla poderosa ataja el Bósforo; pero queda burlada con el arbitrio obvio de ir arrastrando las barcas por el istmo, y los cronistas nacionales describen aquella operacion tan sencilla, cual si la escuadra rusa fuese navegando por áridos arenales con viento recio y favorable. El caudillo del tercer armamento, Igor, hijo de Rurico, se valió de una temporada de apocamiento y desvío, cuando la fuerza naval del imperio estaba empleada contra los Sarracenos; pero en mediando el teson, por maravilla se carece de arbitrios para la defensa. Dispáranse quince galeras, quebrantadas é inservibles, denodadamente contra el enemigo, pero en vez del tubo cínico de fuego griego colocado comunmente en la proa, costados y popa están igualmente pertrechados con aquel combustible fluido. Diestrísimos los maquinistas y el temporal adecuado; y así millares de Rusos, que anteponen el ahogarse á ser quemados vivos, se arrojan al mar, y cuantos asoman por las playas de Tracia fenecen á manos del paisanaje y de la soldadesca con inhumano ahinco. Pero se salvó un tercio de las canoas por las playas rusas, y al asomar la primavera acude Igor ansiosamente á su venganza y desagravio (63). Sobreviene la paz, y luego Jaroslao, biznieto de Igor, se arroja tambien al intento de la invasion naval (año de 1043); pero la escuadra mandada por sí queda detenida á la entrada del Bósforo por los mismos fuegos artificiales; mas la vanguardia griega, con el afan de su temerario alcance, se ve acorralada por un sinnúmero de barcos y gente; tenian exhausta probablemente la prevencion de fuegos, y así pierden hasta veinte y cuatro galeras, tomadas, sumerjidas ó destrozadas (64).

Solian por fin sortearse los amagos ó desastres de una guerra rusa, con tratados de paz y sin trances de guerra, pues aquellas hostilidades

navales redundaban en sumo quebranto de los Griegos. No cabia compasion en el montaraz enemigo, ni asomaba el menor despojo en su total desamparo; su retiro recóndito desahuciaba al vencedor de todo desagravio; y entre la altivez y flaqueza del imperio arraigóse el concepto de que no cabia tampoco timbre ni mengua en arreglos ó trances con los bárbaros. Encumbradas é inadmisibles fueron por el pronto sus peticiones de tres libras de oro para cada soldado ú marinero de la escuadra; pues la juventud rusa propendia al intento de conquista y gloria; pero los canos consejeros se avenian á miras mas comedidas. « Contentaos, » decian, « con esos brindis grandiosos del Cesar: ¿no es por ventura mas acertado el logro sin pelea del oro, plata y seda, y cuanto estamos anhelando? ¿Quién nos afianza la victoria? ¿Ajustarémos tratados con el mar? No estamos hollando la tierra, pues acá nos estamos bamboleando sobre un abismo sin fin; al paso que amaga la muerte á todas nuestras cabezas (65). » El recuerdo de aquellas escuadras septentrionales, que parecian descolgadas del círculo polar, dejó muy hondamente encarnado el pavor en la ciudad imperial. Afirmaba y creia el vulgo de todas las esferas, que en la estatua ecuestre de la gran plaza de Tauro, se habia estampado reservadamente una profecía de que los Rusos por último se habian de apoderar de Constantinopla (66). En nuestros propios dias, un armamento ruso, sin desembocar el Boristenes, ha ido bajando el continente de Europa, amagando con poderosísimos navíos la capital turca, y uno solo con su ciencia naval y artillería fulminante, sumerjiera ó disparara cientos de canoas como las de sus antepasados, tal vez la jeneracion actual ha de presenciar el cumplimiento de la prediccion; cuyo lenguaje es confuso pero la fecha indisputable.

Menos formidables se hacian los Rusos por tierra que por mar; y peleando jeneralmente á pié, las rancherías escíticas sabian arrollar y aventar con su caballería, lejiones tan desarregladas. Sin embargo, sus poblaciones un tanto crecidas aunque imperfectísimas, ofrecian resguardo al súbdito y valladar al enemigo. Encabezó Kiow la monarquía del Norte hasta cierta particion aciaga, y las naciones intermedias del Volga y el Danubio quedaron rendidas ó rechazadas con las armas de Stratoslao (67) hijo de Igor, quien lo fue de Oleg, y este de Rurico. Vida montaraz y belicosa fortalece con sus afanes, fortalece mas y mas la pujanza tanto corporal como la discursiva. Ceñido con su piel de oso, duerme Strastolao por el suelo reclinando sobre un albardon la cabeza; escaso y tosquísimo, como allá en los héroes de Homero (68) es su perpetuo sustento; su manjar peregrino, por lo mas de carne de caballo hervida, ú asada sobre ascuas. Como disciplinista y ejercitador de su hueste, es de suponer que ningun soldado se propasaria á dejar en zaga el lujo de su caudillo. Movióle Nicéforo, mediante una embajada, á emprender la conquista de Bulga-

ria, y quinientas mil libras de oro yacieron á sus plantas, para costear el desembolso, ú galardonar los afanes de la espedicion. Se agolpa y embarca un ejército de sesenta mil hombres; navega desde el Borístenes al Danubio; desembarca en las playas de Mesia, y tras recio encuentro, la espada rusa acuchilla á la caballería flechera de los Búlgaros. Fenece el rey vencido; quedan cautivos sus hijos, el ámbito de sus dominios hasta la falda del Hemo, rendido ú asolado, para en manos de los advevedizos. Pero el príncipe Varanje, en vez de soltar su presa y cumplir lo tratado retirándose al punto, se interna mas y mas, y á no cortar los vuelos á su carrera, el solio del imperio se trasladara desde aquel tiempo lejano á clima mucho mas templado y productivo. Paladea ya Stratoslao y aclama la escelencia de su venturoso logro, donde le cabe abarcar con su diestra por cambios ó rapiñas, los productos del orbe entero. Espedita ya la navegacion traia de Rusia los renglones nativos de pieles, vino e hidromiel. Aprontábale la Hungría remontas de gran caballería, con los despojos del Occidente, y rebosaba la Grecia de oro, plata y preciosidades peregrinas, que su probeza aparentaba menospreciar. Acuden á miles al pendon de la victoria Pazinacitas, Chazares y Turcos, y el fementido embajador de Nicéforo se reviste la púrpura y se brinda al nuevo aliado, para terciar con él, y apropiarse los tesoros del mundo oriental. Sigue el ruso su marcha desde la márgen del Danubio, hasta el mismo Andrinópolis; y á la intimacion terminante de evacuar la provincia, se sonrie con menosprecio, contestando erguidamente que Constantinopla podia contar con la presencia de un enemigo ya su dueño.

No cabia en Nicéforo, el descargarse ya de aquel desman á que se habia doblegado, mas heredóle trono y esposa Juan Zimisces (69), enano de cuerpo, pero con alma y desempeño de un héroe. Vencen sus lugartenientes á los Rusos, y les atajan todo ausilio advenedizo, matando hasta veinte mil hombres, fomentando rebeldías y deserciones. Queda la Tracia despejada, pero amagan todavía sesenta mil bárbaros. Acuden por fin las lejiones de Siria, y se aparejan para marchar á la primavera bajo el pendon de un príncipe guerrero, que blasona de amigo y vengador de la Bulgaria atropellada. Hállanse transitables las cumbres del Hemo; se aposenta en ellas, y la vanguardia Romana, compuesta de los *Inmortales* (denominacion grandiosa, al remedo de los Persas). Sigue el emperador con su cuerpo principal de diez mil y quinientos infantes, acompañándole luego las demás fuerzas, en formacion cauta y pausada, con todo el bagaje y máquinas militares. Estrénase Zimisces con la rendicion de Marcianópolis y Peristhlaba (70) en dos dias; suena el clarin, escálanse las almenas, degüella el acero á ocho mil y quinientos Rusos, y rescatando á los hijos del rey búlgaro de su encierro afrentoso, se les ciñe con una diadema nominal. Tras desmanes tan redoblados, retírase Stra-

toslao al punto fortísimo de Dristra, sobre el Danubio; pero le estrecha mas y mas un enemigo que tan pronto le acosa con su actividad, como lo acongoja con sus pausas. Remontan las galeras bizantinas el rio; las lejiones acorralan al enemigo, que asaltado en torno, hambrea y desfallece en medio de sus reales y de la ciudad. Menudean las hazañas personales; se intentan salidas desesperadas; pero á los sesenta y cinco dias de sitio tiene Stratoslao que doblar la cerviz á su contraria suerte; ostenta cordura en sus concesiones caballerosas el vencedor, acatando el valor y recelando los arranques desesperados de una alma incontrastable. Oblígase el gran duque de Rusia con solemnísimas imprecaciones á orillar todo intento aleve y hostil; se le franquea regreso espedito y seguro; queda restablecido el comercio por mar y tierra con ensanches; se reparte una medida de trigo á cada soldado, y como ascendian tan solo á veinte y dos mil, resulta una mengua grandísima en aquel resto de bárbaros. Asoman por fin muy trabajosamente al desembocadero del Boristenes; pero llegan exhaustos de abastos, en estacion adversa, tienen que invernar sobre el helo, y antes de emprender su marcha, varias tribus cercanas, con quienes los Griegos estan relacionados, sorprenden y aquejan á Stratoslao (71). Cuan diverso es entretanto el regreso de Zimisces, á quien agasaja su capital, como allá el pueblo á Camilo y á Mario, salvadores de la antigua Roma. Mas el emperador relijiosísimo víncula todo el mérito de la victoria en la Madre de Dios; y colocando la imágen de la Vírgen María con su Niño divino en los brazos en una carroza triunfal, engalanada con los despojos de la guerra y las insignias de la soberanía Búlgara, Zimisces hace su entrada pública á caballo, con la diadema en las sienes, y una corona de laurel en la mano, y Constantinopla atónita vitorea mas y mas el heróico desempeño de su nuevo emperador (72).

Focio de Constantinopla, tan sumamente ambicioso como literato, se estuvo congratulando con la Iglesia Griega por la conversion de los Rusos (73) pues con sus argumentos eficaces y sus ímpetus devotos habia ido recabando de aquellos bárbaros bravíos y sangrientos, que reconociesen á Jesus por su Dios, á los misioneros cristianos por sus maestros, y á los Romanos por sus amigos y aun hermanos. Voló su triunfo anticipado, pues tal cual caudillo ruso, pirateando varia y desaforadamente pudo avenirse á las rociadas del agua bautismal, y algun obispo griego, con el dictado de metropolitano, administraria los Sacramentos en la iglesia de Kiow á congregaciones de esclavos ó naturales; mas aquella semilla evangélica vino á caer en suelo estéril; escaseando los convertidos, sobreabundaron los apóstatas, y el Cristianismo ruso tiene por fecha cabal el bautismo de Olga (74). Una mujer, tal vez de infima esfera, vengadora de la muerte y empuñadora del cetro de su marido Igor, no pudo menos de atesorar aquellas prendas ejecutivas que embelesan y avasallan á la

muchedumbre bravía. En el claro de guerras civiles y extranjeras, da la vela desde Kiow para Constantinopla, y el emperador Constantino Porfirojénito va desmesurando por puntos el ceremonial de aquel recibimiento en su capital y palacio. Pasos, dictados, saludos, banquetes y regalos, todo se fue pautando esmeradísimamente para halagar el engreimiento de los huéspedes, sin menoscabo de la majestad tan preeminente de la púrpura (74). Recibió en el momento del bautismo el nombre venerable de la emperatríz Helena; acompañándola en su conversion el tio, dos intérpretes, diez y seis señoritas de alta jerarquía, diez y ocho de menor esfera, veinte y dos criados ó ministros, y cuarenta y cuatro mercaderes rusos, componiendo así todos la comitiva de la gran princesa Olga. Aferróse mas y mas á su regreso á Kiow y Novogorod en su nueva religion; pero malogróse todo su afan por la propagacion del Evangelio, y tanto su familia como su nacion se atrevieron con ahinco ó sea con tibieza á los dioses paternos. Temió su hijo Stratoslao el menosprecio y escarnio de sus compañeros, y el nieto Woladomiro clavó su afan devotísimo en redoblar y condecorar los monumentos del culto antiguo. Propiciaban todavía sacrificios humanos á las deidades montaraces del Norte, y en busca de víctimas, anteponian el compatricio al estraño, el Cristiano al idólatra, y el padre que escudaba á su hijo contra la cuchilla sacerdotal incurria en la misma sentencia por la saña de jeneral y fanática asonada. Pero la enseñanza y el ejemplo de la devota Olga, habian encarnado honda, aunque reservadamente, en los ánimos del príncipe y del pueblo; seguian los misioneros Griegos predicando, contendiendo, y bautizando, y los embajadores ó traficantes de Rusia, solian contraponer la idolatría silvestre á la supersticion toda primorosa de Constantinopla. Se habian colgado de asombro tras el cimborio de santa Sofía; estaban aun contemplando con embeleso las pinturas vivísimas de santos y de mártires, las riquezas de sus altares, el número y vestiduras de los sacerdotes, el boato y la solemnidad de las ceremonias; edificábales la alternativa metódica de silencio devotísimo y armónicos cantares, y era muy obvio el persuadirles que un coro de ángeles se apeaba diariamente del empíreo, para incorporarse en la devocion de los Cristianos (76). Pero el anhelo de una novia romana causó ú abrevió la conversion de Woladomiro. Hallábase á la sazon el cristiano pontífice en la ciudad de Choron, celebrando los ritos del bautismo y del matrimonio; devolvió la ciudad al emperador Basilio, hermano de la esposa, pero trasportando siempre, segun se asegura, las puertas de bronce á Novogorod, y colocándolas ante la primera iglesia, por trofeo de su fe y su victoria (77). A su mando despótico, el dios tronador. Perun, á quien siempre habia estado adorando, anduvo arrastrando por las calles de Kiow, y doce bárbaros ajigantados destrozaron á mazazos su imájen contrahecha, y por fin

lo arrojaron descuartizado y con asco al Boristenes. Pregona luego Woladomiro su edicto, mandando tratar, como enemigos á cuantos se niegan á recibir los ritos del bautismo, así de parte de Dios como del príncipe; y entonces acuden Rusos á millares por las orillas de sus rios, obedeciendo ansiosos, y empapándose en la doctrina proclamada por el gran duque y sus boyardos. A la jeneracion siguiente desaparecieron por entero los rostros del paganismo; mas como entrambos hermanos de Woladomiro habian fallecido sin bautismo, fueron desenterrados sus huesos y santificados luego con aquel sacramento póstumo y desusado.

En los siglos nono, décimo y onceno de la era cristiana, fue cundiendo el Evanjelio por la Bulgaria, Hungría, Bohemia, Sajonia, Dinamarca, Noruega, Suecia, Polonia y Rusia (78). Siguió mas y mas triunfante el afan apostólico en la edad de hierro del Cristianismo, y las regiones de oriente y norte de la Europa, se fueron doblegando á una religion mas diversa en teórica que en práctica del culto de sus ídolos nativos. Una competencia loable fue estimulando á los monjes por Alemania y Grecia para acudir á las tiendas y chozas de los bárbaros; peligros, quebrantos y desamparo eran los acompañantes de los primitivos misioneros, mas era su afan activo y sufridísimo, y su móvil en estremo puro y meritorio; era su galardon inmediato el testimonio de su conciencia con el acatamiento de un pueblo agradecido; pero prelados altaneros y riquísimos fueron los herederos y gozadores, en tiempos acá mas cercanos, de la pingüe cosecha de sus anhelos y trabajos. Libres y voluntariosas fueron al pronto las conversiones; vida santa y lengua afluente, eran las únicas armas de aquellos misioneros; pero las patrañas caseras de los Paganos, enmudecian siempre ante los milagros y visiones de los advenedizos, acudiendo á impulsos de interés y vanagloria á enardecer el temple ya propicio de los caudillos preminentes. Los prohombres de las naciones, al empaparse en los dictados de reyes y santos (79), conceptuaban empeño legal y religiosísimo el de imponer la fe católica á sus vasallos y vecinos: arrolló enarbolando el estandarte de la cruz las notas del Vaticano desde Holstein hasta el golfo de Finlandía, y finó el reinado de la idolatría con la conversion de Lituania, en el siglo catorce. La verdad candorosa está pregonando que la conversion del Norte fue un gran derrame de logros temporales para los Cristianos, tanto nuevos como antiguos. Aneja reina la saña guerrera en el humano linaje, sin que los preceptos caritativos y pacíficos del Evanjelio, la unan ó enfrenen, pues en todos tiempos los príncipes católicos han ido renovando los desmanes de reñidas contiendas; pero alistados los bárbaros en el gremio de la sociedad civil y eclesiástica, libertóse la Europa de salteamientos por mar y tierra de Normandos, Húngaros y Rusos, que se avezaron á acatar á sus hermanos, y cultivar sus pegujares (80). Influyó el clero en gran manera para la plan-

tificacion legal del buen órden, y fueron asomando los rudimentos científicos por los países mas bravíos del orbe. La relijiosidad dadivosa de los príncipes Rusos, atrajo á su servicio los Griegos mas aventajados para hermosear sus ciudades é instruir á sus moradores: remediáronse toscamente el cimborio y las pinturas de santa Sofía en las iglesias de Kiow y de Novogorod: trasladáronse los escritos de los Padres al idioma eslavon, y se brindó ú precisó á trescientos moros nobles, para estudiar la enseñanza del colegio de Jeroslao. Parece que debia la Rusia lograr sumo y temprano aprovechamiento por su estrechez con la Iglesia y el estado de Constantinopla, que por entonces, con harto fundamento, estaba menospreciando la ignorancia de los Latinos; pero la nacion Bizantina era de suyo servil, aislada y propendia arrebatadamente á su menoscabo: desmereció Kiow; quedó la navegacion del Borístenes olvidada; zanjó el mar los grandes príncipes de Woladomiro y Moscou de la cristiandad, y la servidumbre Tártara fue acosando y afrentando á ciegas la monarquía dividida (81). Es cierto que los reinos Eslabones y Escandinavios, convertidos ya por misioneros latinos, yacian bajo el imperio espiritual, y las demandas de los papas (82); pero se hermanaban en habla y culto al dar con Roma, y se iban empapando en el temple jeneral y desenfadado de la república europea, y fueron participando de las ráfagas científicas, que rayaban mas y mas por el mundo occidental.

NOTAS

correspondientes al capítulo quincuajésimoquinto.

(1) *Todos* los pasos de la historia bizantina que se refieren á los bárbaros estan recopilados, recogidos, arreglados y puestos en una version latina, por el laborioso Juan Gotthelf Stritter, en sus «Memoriæ populorum, ad Danubium, Pontum Euxinum, Paludem Mæotidem, Caucasum, Mare Caspium, et inde magis ad Septemtriones incolentium. « Petropoli, 1771—1779; en cuatro tomos, ó seis volúmenes, en 4.°. Pero el modo no ha aumentado el precio de estos materiales nuevos.

(2) Hist. vol. V. p. 7.

(3) Teófanes, p. 296—299. Anastasio, p. 113. Nicéforo, C. P. p.

22., 23. Teófanes pone la antigua Bulgaria á las orillas del Atell ó Volga; pero se desconceptua como jeógrafo, con suponer que aquel rio desagua en el Ponto Euxino.

(4) Paul. Diacon. de Gentis Longobard. l. v. c. 29. p. 881, 882. La diferencia aparente entre la historia romana y los Griegos arriba mencionados, queda pronto acorde por Camilo Pellegrino (de Ducatu Beneventano, dissert. VII. en los Scriptores Rerum Ital. tom. V. p. 186, 187.) y Beretti (Chorograph. Italiæ medii Ævi, p. 273, etc.) Esta colonia búlgara se planteó en un distrito vacante de Samnio, y aprendió el latin, sin olvidar su idioma nativo.

(5) Estas provincias del idioma é imperio griego, se apropian al reino búlgaro, en la contienda sobre jurisdiccion eclesiástica, entre los patriarcas de Roma y de Constantinopla. (Baronio, Annal. Eccles. A. D. 869, N. 75.)

(6) La situacion y regalía de Lichnido, ó Achrida, se espresa claramente en Cedreno (p. 713.) La remocion de un arzobispo ó patriarca de Justinianea primo á Lichnido, y finalmente á Ternovo, ha venido á causar algun trastorno en los pensamientos ó lenguaje de los Griegos (Nicéforo Gregoras, l. II. c. 2. p. 14, 15. Thomassin, Discipline de l'Église, tom. I. l. I. c. 19, 23.), y un francés (D' Anville) está mas esmeradamente versado en la jeografía de su país (Hist. de l' Academie des Inscriptions, tom. XXXI.)

(7) Chalcocondyles, juez competente, afirma la identidad del lenguaje de los Dalmacios, Bosnios, Servios, *Búlgaros*, Polacos (de Rebus Turcicis, l. X. p. 283.), y en otra parte de los Bohemos (l. II. p. 38.) El mismo autor ha notado el idioma separado de los Húngaros.

(8) Véase la obra de Juan Cristóval de Jordan, de Originibus Sclavicis, Vindobonæ, 1745, en cuatro partes, ó dos volúmenes en folio. Sus colecciones y averiguaciones son útiles para despejar las antigüedades de Bohemia y los paises adyacentes; pero su plan es mezquino, su estilo bárbaro, su crítica superficial, y el consejero áulico no está libre de las preocupaciones de un Bohemo.

(9) Jordan se conforma con la derivacion muy sabida y probable de *Slava*, *laus*, *gloria*, palabra de uso familiar en los diferentes dialectos y partes del habla, y que forma la terminacion de los nombres mas ilustres (de Originibus Slavicis, pars I. p. 40 pars IV. p. 101, 102.)

(10) Esta conversion de un nombre nacional en apelativo, parece haber tomado oríjen en el siglo VIII, en la Francia oriental, en donde los príncipes y obispos eran ricos en cautivos esclavones, no de la ralea Bohema (exclama Jordan) sino de la Sorabia. De ahí se extendió la palabra al uso jeneral, á las lenguas modernas, y aun al estilo de los últimos Bi-

zantinos (véanse los Glosarios griegos y latinos de Ducange.) La confusion de Σερβλοι, ó Servios, con el latin *Servi*, fue mucho mas afortunada y familiar. (Constant. Porphyr. de administrando Imperio, c. 32. p. 99.)

(11) El emperador Porfirojénito, muy esmerado en cuanto á sus tiempos, muy fabuloso por lo tocante á las años precedentes, describe los Esclavones de Dalmacia (c. 29—36.)

(12) Véase la Crónica anónima del siglo XI, atribuida á Juan Sargonino (p. 94—102), y la que compuso en el siglo XIV el Doj, Andrés Dandolo (Script. Rerum Ital. tom. XII. p. 227—230.; los dos monumentos mas antiguos de la historia de Venecia.

(13) El primer reino de los Búlgaros puede hallarse, bajo las mismas fechas, en los Anales de Cedreno y Zonaras. Los materiales bizantinos van recopilados por Stritter (Memoriæ Populorum, tom. II. pars. II. p. 441—647.); y la serie de sus reyes está dispuesta y planteada por Ducange (Fam. Byzant. p. 305—318.).

(14) Simeonem semi-Græcum esse aiebant, eo quod á pueritia Byzantii Demosthenis rhetoricam et Aristotelis syllogismos didicerant. Luitprando, l. III. c. 8. Dice en otra parte, Simeon, fortis bellator Bulgariæ præerat; Christianno, sed vicinis Græcis valde inimicus (l. I. c. 2.).

(15) — Rigidum fera dextera cornu
Dum tenet, infregit, truncaque á fronte revellit.

Ovidio (Metamorph. IX. 1—100.) ha retratado al vivo la lucha del Dios tutelar del rio y el héroe; el natural y el estranjero.

(16) El embajador de Oton fue provocado por las escusas griegas, cum Christophori filiam Petrus Bulgarorum *Vasileus* conjugem duceret, *Symphona*, id est consonantia, scripto juramento firmata sunt, ut omnium gentium *Apostolis*, id est nuntiis, penes nos Bulgarorum Apostoli præponantur, bonorentur, diligantur (Luitprando in Legatione, p. 482.). Véase el Ceremonial de Constantino Porfirojénito, tom. I. p. 82. tom. II. p. 429, 430, 434, 435, 443, 444, 446, 477, con las anotaciones de Reiske.

(17) Un obispo de Wurtzburgh allanó esta opinion á un reverendo abad; pero él decidió mas gravemente, que Gog y Magog eran los perseguidores espirituales de la Iglesia; pues que Gog significa el oríjen, el orgullo de los heresiarcas, y Magog lo que proviene de la raíz, la propagacion de sus sectas. Sin embargo, estos hombres merecieron allá el respeto del jénero humano (Fleury, Hist. Eccles. tom. XI. p. 594, etc.).

(18) Los dos autores nacionales, de quienes he sacado la mayor parte de auxilio, son Jorje Pray (Dissertationes ad Annales veterum Hungarorum, etc. Vindobonæ, 1775, en folio), y Estevan Katona (Hist. Critica Ducum et Regum Hungariæ stirpis Arpadianæ, Pæstini, 1778—

1781, 5 vols. en 8.°). El primero abarca un espacio grandioso y amenudo conjetural; el segundo, por su erudicion, juicio y despejo, merece el nombre de historiador crítico. *

(19) El autor de esta Crónica se apellida el notario del rey Bela. Katona le ha apropiado al siglo XII, y defiende su carácter contra el hipercriticismo de Pray. Este torpe analista debe haber trasladado algunos recuerdos históricos, ya que pudo afirmar con señorío, rejectis falsis fabulis rusticorum, et garrulo cantu jaculatorum. En el siglo XV, estas fábulas fueron recopiladas por Thurotzio, y aliñadas por el italiano Bonfinio. Véase el Discurso preliminar en la Hist. Crítica Ducum, p. 7—33.

(20) Véase Constantino de administrando Imperio, c. 3, 4, 13, 38—42. Katona ha fijado puntualísimamente la composicion de esta obra á los años 949, 950, 951. (p. 4—7.). El historiador crítico (p. 34—107.) se afana en comprobar la existencia, y referir las acciones de un primer duque *Almus*, padre de Arpad, que es rechazado tácitamente por Constantino.

(21) Pray (Dissert. p. 37—39., etc.) produce é ilustra los pasos orijinales de los misioneros húngaros, Bonfinio y Eneas Silvio.

(a) En los desiertos al sudeste de Astracan se han hallado las ruinas de una ciudad llamada Madchar, que prueba la residencia de los húngaros ó Majiarios en aquellas rejiones. Précis de la Géog. Univ. par Malte—Brun, vol. I. p. 353.—G. Esto queda contradicho por Klaproth en en sus Viajes, c. XXI. Madschar (dice), en tártaro antiguo, significa «edificio de piedra.» Esta era una ciudad tártara mencionada por los escritores mahometanos. — M.

(22) Fisher, en las Quæstiones Petropolitanæ, de Origine Uugarorum, y Pray, Dissertat. I, II, III, etc. han estendido algunas tablas comparativas de los dialectos húngaros con los Fénicos. A la verdad, la hermandad es asombrosa, pero las listas son cortas, las voces se han ido entresacando de intento; y leí en el docto Bayer (Comment. Academ. Petropol. tom. X. p. 374.), que si bien los húngaros han adoptado muchas voces fénicas (innúmeras voces), discrepa esencialmente toto genio et natura.

(b) La conexion entre el lenguaje majiar y el de los Fenicios está ya

(*) Compárese Engel Geschichte des Ungrischen Reichs und seiner Neberslander, Halle, 1797, y Mailath, Geschicte der Magyaren, Wien, 1828. En un apéndice á la última obra se hallará un breve extracto de las especulaciones, pues es difícil considerarlas mas que se han ido adelantando por los doctos, sobre el oríjen de la nacion majiar y la húngara. Compárese vol. IV. p. 153. nota.— M.

casi jeneralmente admitida. Klaprorth, Asia Polyglotta, p. 188, etc. Malte—Brun, tom. VI. p. 723, etc.—M.

(23) En la rejion de Turfan, descrita clara y menudamente por los jeógrafos Chinos (Gaubil, Hist. du Gran Gengiscan, p. 13.; De Guignes, Hist. des Huns, tom. II. p. 31, etc.).

(24) Hist. Genéalogique des Tartars, par Abulghazi Bahadur Khan, partie II. p. 90—98.

(25) En su viaje á Pekin, Isbrando Ives (Coleccion de Viajes de Harris vol. II. p. 920, 921.) y Bell (Viajes, vol. I. p. 174.) encontraron el Vogulitz en la cercanía de Tobolsky. Por las contorsiones del arte etimolójico, *Ugur* y *Vogul* son reducidos al mismo nombre; las montañas comarcanas llevan el nombre de *Ugrianas*; y de todos los dialectos fenicios, el vogulio es el que mas se acerca al húngaro (Fisher, Dissert. I. p. 20—30. Pray, Dissert. II. p. 31—34.).

(26) Las ocho tribus de la costa Fénica estan descritas en la curiosa obra de M. Levèque (Hist. des Peuples soumis á la domination de la Russie, tom. I. p. 361—561.).

(27) Esta pintura de los Húngaros y Búlgaros se ha sacado principalmente de las Tácticas de Leon, p. 796—801., y los Anales latinos, que alega Baronio, Pagi, y Muratori, A. D. 889, etc.

(28) Buffon, Hist. Naturalle, tom. V. p. 6. en 12.°, Gustavo Adolfo probó, sin éxito, de formar un rejimiento de Lapones. Grocio dice de estas tribus árcticas, arma arcus et pharetra, sed adversus feras (Annal. l. IV. p. 236.); y trata, á la manera de Tácito, de encubrir con la filosofía su ignorancia brutal.

(29) Leon ha observado, que el gobierno de los Turcos era monárquico, y que sus castigos eran rigurosos. (Tactic. p. 896. απηνεις και βαρειας). Rhegino (en Chron. A. D. 889) menciona el robo como un crímen capital, y su jurisprudencia se confirma por el código orijinal de san Estéban (A. D. 1016). Si un esclavo era reo, le castigaban, por la primera vez, con la pérdida de la naríz, ó una multa de cinco novillos; á la segunda, con la pérdida de las orejas, ó una multa semejante; á la tercera con la muerte; en la que el hombre libre no incurria hasta la cuarta ofensa, pues su primera pena consistia en perder la libertad (Katona, Hist. Regum Hung. tom. I. 231, 232.).

(30) Véase Katona, Hist. Ducum Hungar. p. 321—352.

(31) Hungarorum gens, cujus omnes fere nationes expertæ sævitiam, etc. es el prefacio de Luitprando (l. I. c. 2.), que se extiende frecuentemente acerca de las calamidades de sus tiempos. Véase l. I. c. 5. l. II. c. 1, 2, 4, 5, 6, 7. l. III. c. 1, etc. l. V. c. 8. 15 en Le-

gat. p. 485. Sus colores son brillantes, pero su cronolojía debe ser rectificada por Pagi y Muratori.

(32) Los tres reinados sangrientos de Arpad, Zoltan, y Toxo, quedan ilustrados exactamente por Katona (Hist. Ducum, etc. p. 107—499.). Su dilijencia ha ido examinando á los naturales y extranjeros; con todo á los hechos de daño, ó gloria, he podido añadir la destruccion de Bremen (Adam Bremensis, I. 43.).

(33) Muratori ha considerado con esmero patriótico el peligro y los recursos de Módena. Los ciudadanos rogaron á San Jeminiano, su patrono, que alejase, por su intercesion, las *rabies*, *flagellum etc.*

Nunc te rogamus, licet servi pessimi,
Ab Ungarorum nos defendas jaculis.

El obispo levantó murallas para la defensa pública, no contra dominos serenos (Antiquitat. Ital. med. Ævi, tom. I. dissertat. I. p. 21, 22.), y el canto del vijilante nocturno no es sin elegancia ó uso (tom. III. diss. X. l. p. 709.). El analista italiano ha delineado esmeradamente la serie de sus incursiones (Annali d' Italia, tom. VII. p. 365. 367. 393. 401, 437. 440. tom. VIII. p. 19. 41. 52, etc.).

(34) Los anales húngaros y rusos suponen que sitiaron, ó atacaron, ó insultaron á Constantinopla (Pray, dissertat. X. p. 239. Katona, Hist. Ducum, p. 354—360.); y el hecho queda *casi* confesado por los historiadores bizantinos (Leon Gramática, p. 506. Cedreno, tom. 2. p. 629.): sin embargo, por mas glorioso que sea á la nacion, se halla negado ú puesto en duda por los historiadores críticos, y aun por el notario de Bela. Su escepticismo es meritorio: no pudieron copiar ó creer con seguridad las rusticorum fabulas: pero Katona debia haber dedicado debida atencion al testimonio de Luitprando, Bulgarorum gentem atque *Græcorum* tributariam fecerant Hist. l. II. c. 4. p. 435.).

(35) — λεονθ' ὡς δηριωθητην
Ὡτ' ορεος κορυφῃσι περι κταμενης ελαφοιο
Αμφω πεινᾶοντε μεγα φρονεοντε μαχεσθον.

(36) Se ventilan amplia y exactamente por Katona, (Hist. Ducum, p. 360—368. 427—470.), Luitprando (l. II. c. 8, 9.) es el mejor testimonio para el primero, y Witichindo (Annal. Saxon. l. III.) del segundo: pero el historiador crítico no pasará siquiera por alto el cuerno de un guerrero, que se dice haberse conservado en Faz-berin.

(37) Hunc vero triumphum, tam laude quam memoria dignum, ad Meresburgum rex in superiori cœnaculo domus per ζωγραφιαν, id. est, picturam notari præcepit, adeo ut rem veram potius quam verisimilem videas: alto encomio (Luitprando, l. II. c. 9.). Otro palacio en Jermania se habia pintado con objetos santos por órden de Carlomagno; y

Muratori puede afirmar cabalmente, nulla sæcula fuere in quibus pictores desiderati fuerint (Antiquitat. Ital. medii Ævi, tom. II. dissert. XXIV. p. 360, 361.). Nuestras pretensiones domésticas á la antigüedad de la ignorancia é imperfeccion original (palabras agudas de Mr. Walpole) son de una fecha mucho mas reciente (Anécdotas de Painting, vol. I. p. 2, etc.).

(38) Véase Baronio, Annal. Eccles. A. D. 929, No. 2—5. La lanza de Cristo se ha sacado del mejor testimonio, Luitprando (l. IV. c. 12.), Sigeberto, y los actos de S. Jerardo; pero las otras reliquias militares descansan en la fe de los Gesto-Anglorum post Bedam, l. II. c. 8.

(39) Katona, Hist. Ducum Hungariæ, p. 500., etc.

(40) Entre estas colonias podemos notar: 1. Los Chazars, ó Cabari, que alcanzaron á los Húngaros en su marcha (Constant. de Admin. Imp. c. 39, 40. p. 108, 109.). 2. Los Jazijes, Anoravios, y Sículos, á quienes encontraron en el continente; los últimos eran *quizás* resto de los Hunos de Atila, y se les confió la guardia de las orillas. 3. Los Rusos, que como los Suizos en Francia, dieron un nombre jeneral á los porteros reales. 4. Los Búlgaros, cuyos caudillos (A. D. 956) fueron convidados, cum magna multitudine *Hismahelitarum*. Habia abrazado la religion mahometana alguno de estos Esclavones. 5. Los Bisenios y Cumanos, una multitud mixta de patrinacitas, Uzos, Chazares, etc. que se habian estendido hasta el bajo Danubio. La última colonia de 40.000 Cumanos, A. D. 1239, fué recibida y convertida por los reyes de Hungría, que sacaron de aquella tribu una denominacion nueva y real (Pray, Dissert. VI, VII. p. 109—172. Katona, Hist. Ducum, p. 95—99. 259—264. 476. 479—483, etc.).

(41) Christiana autem, quorum pars mayor populi est, qui ex omni parte mundi illuc tracti sunt captivi, etc. Tal era el lenguaje de Pilgrino, primer misionero que entró en Hungría, A. D. 973. Pars. mayor es fuerte. Hist. Ducum, p. 517.

(42) Los fieles teutónicos de Jeisa aparecen auténticos en escrituras antiguas; y Katona, con su acostumbrada eficacia, ha formado un concepto cabal de estas colonias, que habian sido exajeradas tan sueltamente por el italiano Ranzano (Hist. Critic. Ducum, p. 667—681.).

(43) Entre los Griegos, esta denominacion nacional tiene una forma estraña Ῥως, como voz indeclinable, la cual ha sujerido muchas etimolojías antojadizas. He leido, con gusto y provecho, una disertacion de Origine Russorum (Comment. Academ. Petropolitanæ, tom. VIII. p. 388—436.) por Teófilo Sijefredo Bayer, docto aleman que pasó su vida y afanes en el servicio de Rusia. Tambien ha sido útil un tratado

jeográfico de D' Anville, de l' Empire de Russie, son Origine et ses Accroissemens (París, 1772, en 1200.). *

(44) Véase el pasaje entero (dignum, dice Bayer, ut aureis in tabulis figatur) en los Anales Bertiniani Francorum (en Script. Ital. Muratori, tom. II. pars I. p. 525.), A. D. 839, veinte y dos años antes de la era de Ruric. En el siglo X, Luitprando (Hist. l. V. c. 6.) habla de los Rusos y Normandos como los mismos Aquilonares homines, de una complexion colorada.

(45) Mi conocimiento de estos anales lo he sacado de Mr. Léveque, Histoire de Russie. Nestor, el primero y mejor de estos analistas antiguos, era un monje de Kiow, que murió al principio del siglo XII; pero su Crónica era oscura, hasta que se publicó en Petersburgo, 1767, en 4.°. Léveque, Hist. de Russie, tom. I. p. XVI. Viajes de Coxe, vol. II. p. 184. **

(46) Theophil. Sig, Bayer de Varangis (pues el nombre se escribe de diferente modo), en Comment. Academ. Petropolitanæ, tom. IV. p. 275—311.

(47) Sin embargo, aun hasta el año 1018, Kiow y Rusia eran aun guardadas ex fujitivorum servorum rubore, confluentium et maximé Danorum. Bayer, que cita (p. 292.) la Crónica de Dithmar de Merseburgo, observa, que los Jermanos no acostumbraban alistarse en servicio estranjero.

(48) Ducange ha recopilado de los autores orijinales el estado é historia de los Varanjos en Constantinopla (Glossar Med. et Infimæ Græcitatis, sub voce Βαραγγοι. Med. et Infimæ Latinitatis, sub voce *Vagri*.—Not. ad Alexiad. Annæ de Comnenæ, p. 256, 257, 258. Notes sur Villehar-

(*) Los anticuarios recientes de Rusia y Alemania parece se allanan á la austeridad del monje Nestor, el analista mas antiguo de Rusia, que deriva á los rusos ó varegues, de Escandinavia. Los nombres de los primeros fundadores de la monarquía rusa son escandinavios ó normandos. Su lenguaje (segun Const. Porfiroj. de Administrat. Imper c. 9) diferia esencialmente del esclavon. El autor de los Anales de S. Bertin, que primero llama á los Rusos (Rhos) en el año 839 de sus Anales, los señala la Suecia por su país. Así Luitprando llama á los rusos el mismo pueblo que los normandos. Los finas poalrneses y estonios llaman á los Suecos, hasta el presente, Roots, Rootsi, Ruotzi, Rootslaue. Véase Thunman. Untersuchungen über der Geschicte der Æslichen Europaichen Wolkei p. 374. Gatterer, Comm. Societ. Reg. Scient. Gotting. XIII p. 126. Sclozer en sus Nestor. Koch. Revolut. de l'Europe vol. I p. 60 Malte Brun Jéograph. vol. VI p. 378.—M.

(**) El reciente M. Scholozer ha traducido y añadido un comentario á los « Anales de Nestor; » y su obra es la mina de donde debe sacarse de aquí en adelante la historia del Norte. — G.

douin, p. 296—299.). Véanse igualmente las anotaciones de Reiske al Ceremoniale Aulæ Byzant. de Constantino, tom. II. p. 149, 150. Saxo Grammaticus afirma que hablaban el dinamarqués ; pero Codino los sostiene hasta el siglo décimoquinto en el uso de su inglés nativo : Πολυχρονιζουσι οι Λαραγγοι κατα την πατριον γλωσσαν αυτων ητοι Ιγκληνιςι.

(49) El protocolo original de la jeografía y comercio de Rusia se halla en el emperador Constantino Porfirojénito (de Administrat. Imperii, c. 2. p. 55, 56. c. 9. p. 59.—61. c. 13. p. 63—67. c. 37. p. 106. c. 42. p. 112, 113.), ilustrado por la dilijencia de Bayer (de Geographia Rusiæ vicinarumque regionum circiter A. C. 948. en Comment. Academ. Petropol. tom. IX. p. 367—422. tom. X. p. 371—421.), con el auxilio de las crónicas y tradiciones de Rusia, Escandinavia, etc.

(50) El altivo proverbio, « Who can risit God. and. the, great Novogorod. » Se aplica por Mr. Léveque (Hist. de Russie, tom. I. p. 60.) aun á los tiempos que precedieron al reinado de Ruric. En el discurso de su historia celebra frecuentemente esta república, que fue suprimida A. D. 1475 (tom. II. p. 252—266.). Aquel laborioso viajero, Adan Fleario, describe en (1653) los restos de Novogorod, y el rumbo por mar y tierra de los embajadores de Holstein, tom. I. p. 123—129.

(51) In hac magna civitate, quæ est caput regni, plus trecentæ ecclesiæ, habentur et nundinæ octo, populi etiam ignota manus (Eggehardo ad A. D. 1018, apud Bayer, tom. IX. p. 412.). Tambien cita (tom. X. p. 397.) las palabras del analista sajon, Cujus *(Russiæ)* metropolis est Chive, æmula sceptri Constantinopolitanis, quæ est clarissimum ducus Græcie. La fama de Kiow, especialmente en el siglo XI, habia llegado hasta los jeógrafos Alemanes y Arabes.

(52) In odoræ ostio qua Scythicas alluit paludes, nobilísima civitas Julinum, celeberrimam, Barbaris et Græcis qui sunt in circuitu, prestans stationem, et sane maxima omnium quas Europa Claudit civitatum (Adani Bremensis, Hist. Eccles. p. 19.). Estraña exageracion aun en el siglo XI. El comercio del Báltico, y la Confederacion anseática, se tratan esmeradamente en la Deduccion histórica del comercio por Anderson ; á lo menos, en *nuestra* lengua, no conozco libro alguno tan concluyente. *

(53) Segun Adan de Bremen (de Situ Daniæ, p. 58.), la antigua Curlandia se estendia hasta ocho dias de viaje á lo largo de la costa ; y Pedro Teutobúrjico (p. 68 A. D. 1326) define Memel como la frontera comun de Rusia, Curlandia y Prusia. Aurum ibi plurimum (dice Adan),

(*) El libro de autoridad es el Geschichte des Hanteatischen Bundes por Jorje Sartorio, Gottingen 1803.—M.

divinis, auguribus, atque necromanticis omnes domus sunt plenæ.... a toto orbe ibi responsa petuntur, maxime ab Hispanis (forsan *Zupanis*, id est regùlis Lettovie) et Græcis. El nombre de Griegos se aplicó á los Rusos aun antes de su conversion; conversion imperfecta, si aun consultaban á los hechiceros de Curlandia (Bayer, tom. X. p. 378. 402. etc. Grocio, Prolegomen. ad Hist. Goth. p. 99.).

(54) Constantino solo cuenta siete cascadas de las que da los nombres rusos y esclavones; pero trece quedan enumeradas por el Sieur de Beauplan, injeniero francés, que habia rejistrado el cauce y la navegacion del Dnieper ó Borístenes (Description de l' Ukraine, Rouen, 1660, en cuarto menor); pero por desgracia falta el mapa en mi copia.

(55) Nestor, apud Léveque, Hist. de Russie, tom. I. p. 78—80. Desde el Dnieper ó Borístenes, los Rusos fueron á la Bulgaria Negra, Chazaria, y *Siria*. A Siria, ¿cómo? ¿dónde? ¿cuándo? No podemos acaso en vez de Συρια, leer Συανια (de Administrat. Imp. c. 42. p. 113)? La alteracion es leve; la posicion de Suania, entre Chazaria y Lazica, está perfectamente conforme; y el nombre era aun usado en el siglo XI Cedren. tom. II. p. 770.).

(56) Las guerras de los Rusos y Griegos en los siglos IX, X, y XI, se refieren en los anales bizantinos, especialmente en los de Zonaras y de (Cedreno; y todos sus testimonios estan recopilados en la *Russica* de Stritter, tom. II. pars II. p. 939—1044.

(57) Προσεταιρισαμενος δε και συμμαχικον ὀκ ολιγὸν απο των κατοικὸντων εν ταις προσαρκτιοις τὸ Ωκεανὸ νηιτοις εθνων. Cedreno en Compend. p. 758.

(58) Véase Beauplan (Description de l' Ukraine, p. 54—61.): sus descripciones son vivísimas, sus planes muy esmerados, y escepto la circunstancia de las armas de fuego, podemos leer los antiguos Rusos por los Cosacos modernos.

(59) Es de lamentar, que Bayer haya dado solamente una Disertacion de Russorum *prima* Expeditione Constantinopolitana (Comment. Academ. Petropol. tom. VI. p. 355—391.). Despues de desenredar algunos embrollos cronolójicos, la fija en los años 864 ó 865, cuya fecha hubiera podido allanar algunas dificultades y dudas en el principio de la historia de Mr. Léveque.

(60) Cuando Focio escribió su epístola encíclica sobre la conversion de los Rusos, el milagro no estaba aun en sazon: reconviene la nacion como εις ωμοτητα και μιαιφονιανπαντας δευτερὸς ταττομενον.

(61) Leon Gramático, p. 463, 464. Constantini Continuator, en Script. post Theophanem, p. 121, 122. Simeon Logothet. p. 445, 446. Georg. Monach. p. 535, 536. Cedreno, tom. II. p. 551. Zonaras, tom. II. p. 162.

(62) Véase Nestor y Nicon, en la Hist. de Russie, por Léveque, tom. I. p. 74—80, Katona (Hist. Ducum, p. 75—79.) se vale de su ventaja para impugnar esta victoria rusa, que anublaria el sitio de Kiow por los Húngaros.

(63) Leon Gramático, p. 506, 507. Incert. Contin. p. 263, 264. Simeon Logothet. p. 490, 491. Georg. Monach. p. 585, 589. Cedren. tom. II. p. 629. Zonaras, tom. II, p. 190, 191, y Luitprando, l V c. 6. que escribe de las narraciones de su suegro, á la sazon embajador en Constantinopla, y corrije las vanas exajeraciones de los Griegos.

(64) Solo puedo apelar á Cedreno (tom. II. p. 758, 759.) y Zonaras (tom. II. p. 253, 254.); pero se hicieron mas dignos de peso y crédito al paso que se fueron acercando á sus propios tiempos.

(65) Nestor, apud Léveque, Hist. de Russie, tom. I. p. 87.

(66) Esta estatua de bronce, que se habia traido de Antioquía, y fué fundida por los Latinos, se suponia que representaba ó á Josué, ó á Belerofonte, dilema estraño. Véase Nicetas Chionates (p. 413, 414.), Codino (de Originibus C. P. p. 24.), y el escritor anónimo de Antiquitat. C. P. (Banduri, Imp. Orient. tom. I. p. 17, 18.), que vivió cerca del año 1100. Atestiguan el crédito de la profecía; lo demás es inmaterial.

(67) La vida de Stratoslao, ó Sviatoslaf, ó Splendosthlabo, se ha estractado de las crónicas rusas por M. Léveque (Hist. de Russie, tom. I. p. 94—107.).

(68) Esta semejanza puede verse claramente en el libro nono de la Iliada (205—221.) en el esmerado pormenor del arte de cocina de Aquiles. Con tal pintura, un poeta épico moderno estropearia su obra, y fastidiaria á su lector; pero los versos griegos son armoniosos, una lengua muerta raras veces puede parecer baja ó familiar; y á la distancia de dos mil setecientos años, nos divertimos con las costumbres primitivas de la antigüedad.

(69) Este epiteto singular se ha sacado del lenguaje armenio, y Τζιμισκης se interpreta en griego por μὸζακιζης, ὁ μαιρακιζης. Como me reconozco igualmente ignorante de *estas* palabras, se me puede permitir la pregunta en el juego: «¿Tengan la bondad de decirme, cual de Vds. es el intérprete?» Por el contexto parece que significan *Adolescentulus* (Leo Diacon. l. IV. M S. apud. Ducang., Glossar. Græc. p. 1570.). *

(*) Ceebied, el docto armenio, da otra derivacion. Hay una ciudad llamada Tschemischgaizag que significa una sandalia brillante ó purpúrea como las que llevan las mujeres en el Oriente. Se llamaba Tschemischgbigg (pues

(70) En la lengua esclavona, el nombre Peristhlaba implicaba una ciudad grande ó ilustre, μεγαλη και ὀαχαι τλεγομενη, dice Ana Comnena (Alexiada, l. VII. p. 194.). Por su posicion entre el monte Hæno y el bajo Danubio, parece que llena el terreno, ó á lo menos la estacion del Marcianopolis. La situacion de Durostolo, ó Dristra, es bien conocida y clara (Comment. Academ. Petropol. tom. IX. p. 415, 416. D' Anville, Géographie Ancienne, tom. I. p. 307. 311.).

(71) El manejo político de los Griegos, mas especialmente con los Patzinacistas, se esplica en los siete capítulos primeros, de Administratione Imperii.

(72) En la narracion de esta guerra, Leon el Diácono, (apud Pagi, Crítica, tom. IV. A. D. 968—973.) es mas auténtico y circunstanciado que Cedreno (tom. II. p. 660—683.) y Zonaras (tom. II. p. 205-214). Estos declamadores han hecho ascender á 308,000 y 350,000 hombres, aquellas fuerzas rusas, de las cuales habia dado el contemporáneo una relacion moderada y consistente.

(73) Phot. Epistol. II. No. 35. p. 58. edit. Monteaut. Era indigno de la erudicion del editor el equivocar la nacion rusa, το Ῥως, con un grito de guerra de los Búlgaros; ni sentó bien al esclarecido patriarca el acusar á los idólatras esclavones της Ἑλληνικης και αθεοδοξης. No eran Griegos ni Ateistas.

(74) Mr. Léveque ha estractado, de las crónicas antiguas y averiguaciones modernas, la relacion mas satisfactoria de la religion de los *Slavos*, y conversion de Rusia (Hist. de Russie, tom. I. p. 35—54. 59. 92, 93. 113—121. 124—129. 148, 149, etc.).

(75) Véase el Ceremoniale Aulæ Byzant. tom. II. c. 15. p. 343—345.: el título de Olga, ó Elga, es Αρχοντισσα Ῥωσιας. En cuanto al jefe de los bárbaros los Griegos tomaron caprichosamente el título de un majistrado ateniense con una terminacion femenina, que hubiera asombrado el oido de Demóstenes.

(76) Véase un fragmento anónimo publicado por Banduri (Imperium Orientale, tom. II. p. 112, 113.), de Conversione Russorum.

(77) Cherson, ó Corsun, se menciona por Herberstein (apud Pagi, tom. IV. p. 56.) como el punto del bautismo y matrimonio de Wolodomiro; y así la tradicion como las puertas se han conservado aun en Novogord. Sin embargo, un viajero observador transporta las puertas de bronce de Magdeburgo á Jermania (Viajes de Coxe á Rusia, etc. vol. I. p. 452.); y cita una inscripcion, que al parecer comprueba su concep-

así se escribe su nombre en armenio, de esta ciudad, su lugar nativo). Véase Nota á Leon Diac. p. 454 en le hist. Bizant. de Niebuhr.—M.

to. El lector moderno no debe confundir este antiguo Cherson de la península táurica ó Crimæa, con una ciudad nueva del mismo nombre, que ha tenido oríjen cerca de la boca del Borístenes, y fué recientemente honrada por el avistamiento memorable de la emperatríz de Rusia con el emperador del Occidente.

(78) Consúltese el texto latino, ó la version inglesa, de la excelente Historia de la Iglesia por Mosheim, bajo los primeros encabezamientos ó secciones de cada uno de estos siglos.

(79) En el año 1000, los embajadores de San Estévan recibieron del papa Silvestre, el título de rey de Hungría, con una diadema de artificio griego. Se habia apropiado al duque de Polonia: pero los Polacos, por confesion propia, eran demasiado bárbaros para merecer una corona *anjelical* y apostólica. (Katona, Hist. Critic. Regum Stirpis Arpadianæ, tom. I. p. 1—20.).

(80) Escúchense los triunfos de Adan de Bremen (A. D. 1080), cuya sustancia es conforme á la verdad: Ecce illa ferocissima Danorum, etc. natio.... jamdudum novit in Dei laudibus Alleluia resonare.... Ecce populus ille piraticus.... suis nunc finibus contentus est. Ecce patria horribilis semper inaccessa propter cultum idolorum.... prædicatores veritatis ubique certatim admitit, etc. etc. (de Situ Daniæ, etc. p. 40, 41, edit. Elzevir: prospecto curioso y orijinal del norte de Europa, é introduccion del cristianismo.).

(81) Los grandes príncipes se mudaron de Kiow en el año 1156, el cual fué arruinado por los Tártaros en 1240. Moscow llegó á ser el sitio del imperio en el siglo XIV. Véanse los volúmenes 1.° y 2.° de la Historia de Léveque, y los viajes de Mr. Coxe en el Norte, tom. I. p. 241, etc.

(82) Los embajadores de San Estévan habian usado de las expresiones reverenciales de *regnum oblaéum*, *debitam obedientiam*, etc. que se interpretaron con el mayor ahinco por Gregorio VII.; y católicos Húngaros se ven acosados entre la santidad del papa y la independencia de la corona (Katona, Hist. Crítica, tom. I. p. 20—25. tom. II. p. 304. 346. 360, etc.).

CAPITULO LVI.

Sarracenos, Francos y Griegos por Italia.—Primeras aventuras y establecimiento de los Normandos.—Indole y conquistas de Roberto Guiscard, duque de Apulia.—Rescate de la Sicilia por su hermano Roger.—Victorias de Roberto sobre los emperadores de Oriente y de Occidente.—Roger rey de Sicilia invade el Africa y la Grecia.—El emperador Manuel Comneno.—Guerras de Griegos y Normandos.—Estincion de los Normandos.

Las tres grandes naciones del orbe, Griegos, Sarracenos y Francos, vinieron á tropezarse en el teatro de Italia (1). Las provincias meridionales, que están ahora componiendo el reino de Nápoles, se hallaban en grandísima parte mandadas por los duques Lombardos y los príncipes de Benevento (2), tan poderosos en la guerra, que por breve plazo contrarestaron el número de Carlomagno, y luego tan cultos en la paz que costeaban en la capital, hasta treinta y dos filósofos ó literatos. Dividióse aquel estado tan floreciente, y resultaron tres principados en competencia, Benevento, Salerno y Capua, y la ambicion insensata y vengativa de todos, franqueó á los Sarracenos el rumbo, para su esterminio comun. Llagas repetidísimas estuvo padeciendo la Italia, por el dilatado ámbito de doscientos, años sin que tampoco los conquistadores acudiesen á sanarlas, hermanándose para el cabal avasallamiento y sosiego del país. Solian salir sus escuadras del puerto de Palermo, y agasajábanlas con esmero los cristianos de Nápoles; pero se aparataban armadas enteras por la costa africana, y hasta los Arabes de Andalucía asomaban á veces en amistad ó en contraresto de musulmanes de encontrada secta. En el vaiven de los acontecimientos humanos, se rodea nueva asechanza en las horcas Caudinas, y por segunda vez sangre africana riega las campiñas de Canas, defendiendo ú asaltando otra vez el soberano de Roma las almenas de Capua y de Tarento. Plantean los Sarracenos una colonia en Tarento, que señorea el emboque del golfo Adriático, y sus correrías ambidestras extreman las iras y hermanan el interés de entrambos emperadores. Ajústase alianza ofensiva entre Basilio el macedonio, primero de su alcurnia y

país, biznieto de Carlomagno (3) acudiendo mutuamente á redondear los requisitos del compañero. No cabia en la cordura el enviar de Levante las tropas aposentadas en Asia, para guerrear en Italia, ni eran suficientes al intento las armas latinas ó la escuadra griega, no atajara la boca del golfo. Infantería Franca y caballería Griega, con sus galeras hostilizan la fortaleza de Bari, y tras una defensa de cuatro años; por fin el emir agareno se entrega á la clemencia de Luís, que está personalmente capitaneando las operaciones del sitio. La concordia de Levante y Poniente proporcionó tan grandiosa conquista, mas luego zelos y orgullo acibararon aquella intimidad reciente. Apropiáronse los Griegos el timbre del ansiado logro, y la gala del triunfo; encarecieron su poderío, y aparentaron escarnecer el destemple y la desidia de una cuadrilla de bárbaros abanderizados con el príncipe Carlovingio. Su réplica elocuente rebosa de realidad y de ira. « Desde luego confesamos la grandiosidad de todo ese aparato, » prorumpe el biznieto de Carlomagno. Abultaba y hervia vuestra jente como enjambres de langosta en estío, que nublando el ambiente golpean sus alas, y tras corto vuelo, caen exhaustas y exánimes por el suelo. Como ellas desfallecisteis tras un conato endeblillo; vuestra propia cobardía os dejó vencidos, y os desentendisteis de toda pelea para atropellar y empobrecer á nuestros súbditos cristianos, por la costa eslavona, escaso fué nuestro número, ¿mas por qué razon? por cuanto tras cansadísima espectativa de vuestra llegada, tuve que despedir mi hueste, y continuar el bloqueo la ciudad con algunos tercios selectos. Si se solazaban con placenteros festines presenciando el peligro y la muerte, ¿quebrantaban acaso aquellos regocijos su pujanza y denuedo? ¿Han sido vuestros ayunos los volcadores de las murallas de Bari? No vencieron estos esforzados Francos, aun tras sus escesivos quebrantos, afanes y menguas, ó los tres emires mas poderosos de los Sarracenos saliendo en su busca? y ¿no aceleró aquel descalabro la rendicion de la ciudad? Cayó Bari, Tarento tiembla, quedará rescatada la Calabria, y en señoreando los mares la Sicilia saldrá pronto de manos de los infieles. Hermano mio, nombre injuriosísimo para la vanagloria griega, activad los auxilios navales, respetad á los aliados y desoid á vuestros aduladores (4)».

Fallece Luís y fracasan tan encumbradas esperanzas decayendo la alcurnia Carlovinjia; pero en suma correspondiera aquel blason á quien quisiera, los emperadores griegos, Basilio y su hijo Leon avaloraron el logro de la redaccion de Bari. Tuvieron los Italianos de la Pulla y Calabria, de grado ú á viva fuerza, que reconocer aquella supremacia, quedando con una línea ideal, desde el monte Gárgano hasta la bahía de Salerno, la parte mucho mayor del reino de Nápoles bajo el dominio del imperio oriental. Allende la línea, los duques ó repúblicas de Amalfi (5) y

Nápoles, quienes jamás quebrantaran su homenaje, se holgaban con la cercanía de su lejítimo soberano; y Amalfi se estaba enriqueciendo con surtir á la Europa con los productos y artefactos del Asia. Pero los príncipes Lombardos de Benevento, Salerno y Capua (6) estaban mal hallados con su desvío forzado de su comunion latina, y solian contravenir á su juramento del tributo y servidumbre. Medró la ciudad de Bari en riqueza y señorío, como capital del nuevo tema, ó provincia, de Lombardía; condecoróse á su gobernador supremo con el dictado de patricio, y luego con el nombre exótico de *Catapan* (7), y se fué amoldando el réjimen de la iglesia y del estado por la pauta del sólio de Constantinopla. Mientras los príncipes de Italia fueron los competidores por el mando, desmayaron á ciegas sus conatos, y los Griegos contrarestaron ó bien burlaron el ahinco y las fuerzas de Alemania, que se fueron descolgando de los Alpes bajo el estandarte imperial de los Otones. El primero y mas descollante de aquellos príncipes Sajones tuvo que desamparar el sitio de Bari; el segundo, tras el malogro de sus obispos y barones mas engreidos, se salvó pundonorosamente de la refriega sangrientísima de Crotona, donde el sesgo de la guerra se torció contra los Francos por el denuedo de los Sarracenos (8). Habian es verdad aventado las escuadras Bizantinas de las fortalezas y costas de Italia la plaga de los corsarios, mas el interés arrollando supersticiones y enconos, movió al califa de Ejipto para trasladar cuarenta mil musulmanes en auxilio de su aliado cristiano. Empapáronse los sucesores de Basilio en la creencia halagüeña, de que la conquista ya cabal de Lombardía, prosperaba mas y mas al influjo pundonoroso y justiciero de sus empleados con aplauso del pueblo agradecido, por verse redimido de la opresion y la anarquía. Bien pudieron las repetidas asonadas flechar alguna ráfaga de patente desengaño hasta el sólio de Constantinopla, y el avance rapidísimo de los Normandos debiera aventar ejecutivamente el embeleso de la lisonja.

Las revueltas humanas acarrearon en la Pulla y Calabria una contraposicion harto angustiosa entre la época de Pitágoras y el siglo décimo de la era cristiana. En la primera aquella costa de la grande Grecia (así la apellidaban) rebosaba de ciudades libres y opulentas; pobladísimas todas de guerreros, artistas y filósofos, y el poderío militar de Tarento, Sibaris y Crotona no iba en zaga al de grandiosos reinos. Nublóse en el segundo plazo aquel florido embeleso con ignorancia, desamparo, tiranía y despoblacion con salteamientos de bárbaros, y no cabe tachar amargamente de encarecimiento á un contemporáneo al afirmar, que un territorio dilatado vino á padecer la antigua asolacion causada por el diluvio (9). Entre las hostilidades mútuas de Arabes, Francos y Griegos por la Italia meridional, voy á entresacar dos ó tres principales trances que retraten al vivo las costumbres nacionales (an. 875). I. Era deporte para los Sarracenos

el andar profanando y saqueando iglesias y monasterios; en el sitio de Salerno un caudillo musulman tendia su lecho sobre el altar de la comunion, donde todas las noches sacrificaba la virjinidad de alguna monja cristiana: al forcejear con una niña, recaida una viga por acaso ú de intento, fue á parar á la sien del forzador, y la muerte del emir lujurioso se achacó á la ira de Jesucristo acudiendo á la defensa de su fiel esposa (10) II Sitian los Sarracenos á Capua y Benevento, y tras de recurrir en balde á los sucesores de Carlomagno, imploran los desahuciados Lombardos la clemencia y auxilio del emperador griego (11). Un ciudadano arrojado se descuelga de las almenas, atraviesa los atrincheramientos, desempeña su encargo, y á su regreso cae en manos de los bárbaros. Le precisan á trabajar en beneficio del intento engañando á sus compatricios; bríndanle con galardon colmado de honores y riquezas por su alevosía, y le amagan con muerte ejecutiva si guarda lealtad á los suyos. Aparenta avenirse con ellos, y puesto al inmediato alcance de los Cristianos, vocea esforzadamente: « Hermanos mios, ánimo y aguante; mantened la ciudad; ya queda enterado el soberano de vuestro apuro, y acuden al punto vuestros libertadores. Me consta mi paradero, y recomiendo mi esposa y mis hijos á vuestro agradecimiento. » La saña de los Arabes corroboró su testimonio, pues cientos de alfanjes acuchillan al voluntario mártir. Merece vivir en la memoria de los pundonorosos; mas aparece tan repetido el sacrificio en tiempos antiguos y modernos, que la semejanza redunda en algun recelo contra hecho tan gallardo (12). (an. 750). El pormenor del tercer lance mueve á cierta sonrisa, al paso que están horrorizando los trances guerreros. III. Sostenia Teobaldo, marqués de Camerino y de Espoleto (13) á los rebeldes de Benevento, y su crueldad antojadiza no desdecia en aquella época con las ínfulas de los héroes. Castraba sin arbitrio á sus cautivos Griegos ó de aquel partido, agravando su atrocidad con la chanza inhumana de que estaba ansioso de regalar al emperador un refuerzo de eunucos, puesto que era el realce mas primoroso de la Corte bizantina. Derrotaron á la guarnicion de un castillo en la salida que hizo, y los prisioneros fueron al golpe sentenciados á la operacion acostumbrada; mas en medio del sacrificio sobreviene una mujer frenética, y desgreñada y sangrienta de rostro, clama descompasadamente y precisa al marqués á escucharla. « ¿Con qué de ese modo, vosotros, héroes magnánimos, estais guerreando contra las mujeres que nunca os agraviaron y cuyas únicas armas son la rueca y los tejidos? » Desmintióla Teobaldo, diciendo, que desde las Amazonas jamás habia oido mentar guerra alguna mujeril. « ¿Y cómo cabe, » prorumpe entonces con mayor furia, « el embestirnos y acuchillarnos mas directamente que cercenando á nuestros maridos lo que mas estamos ansiando, el manantial de nuestro regalo y la esperanza de nuestra posteridad? No chisté al robo de nuestros ganados; pero

este baldon aciago, este quebranto irreparable sobrepuja á mi aguante, y está clamando por justicia al cielo y á la tierra.» Vitorean su persuasiva con general carcajada, y los Francos empedernidos contra toda compasion, se ablandan con aquella desesperacion ridícula pero fundada, y sobre el rescate de los cautivos logra que le devuelvan sus haberes. Al regresar triunfante á su castillo, lo alcanza un mensajero, para informarse en nombre de Teobaldo, de en el caso de coger de nuevo á su marido con armas, ¿cuál era el castigo que correspondia imponerle? «Entonces,» contesta desenfadadamente: «En pago de su delito ú desventura, ahí tiene ojos, naríz, pies y manos; todo eso es suyo y debe perderlo si lo merece, pero no se ofenda el señor, si me reservo, aunque su humilde servidora, lo que conceptuo propiedad peculiar y legítimamente mia. (14).»

Anovelado acontecimiento es en su arranque, y de suma trascendencia, así para la Italia como para el imperio levantino el establecimiento de los Normandos en los reinos de Nápoles y Sicilia (15). Yacian las provincias descuartizadas de Griegos, Lombardos y Sarracenos expuestísimas á todo salteador advenedizo, y los Escandinavios de esta ralea andaban pirateando por mar y por tierra á su albedrío. Explayáronse en rapiñas y matanzas á su salvo, y por fin (an. 1010) se les ofreció, y aceptaron, se dividieron y nombraron un territorio dilatado los Normandos en Francia; renegaron de sus deidades por el Dios de los Cristianos (16), y los duques de Normandía se reconocieron por vasallos de los sucesores de Carlomagno y de Capeto. Fueron desbastando la cerrilidad bravía de las nevadas serranías del Noruega, sin venir á estragarse con la blandura del clima, barajándose imperceptiblemente los compañeros de Rolo con los naturales (17); se empaparon en modales, habla y galanteo de la nacion francesa, y aun en temporadas marciales descolló Normandía con la palma del valor y de las hazañas esclarecidas, aficionándose con esmero entre las supersticiones mas á la moda, y con sumo afan á las peregrinaciones de Roma, la Italia y la Tierra Santa. Robusteciéronse en cuerpo y alma con aquella devocion activa de peligros, arrojos, novedades y galardones; engrandeciendo mas y mas la perspectiva del mundo con portentos, credulidades y esperanzas ambiciosas y anoveladas. Se confederaron para su mútuo resguardo, y los salteadores de los Alpes, que se solian disfrazar con traje de peregrinos, tropezaban con su escarmiento en manos de los guerreros. En una de aquellas visitas devotísimas á la cueva del monte Gargano, en la Pulla, santificada con la aparicion del arcángel san Miguel (18), se les ladeó un extranjero vestido á la griega, que luego se declaró por un rebelde y fugitivo y enemigo mortal del imperio Griego. Llamábase Melo, ciudadano y noble de Bari, quien tras una asonada infausta, tenia que andar en busca de nuevos aliados y vengado-

res de su patria. El asomo denodado de los Normandos lo esperanzó de nuevo con ímpetus de confianza; acojen los lamentos, y ante todo las promesas del ansioso patricio, y presenciando su riqueza dieron por justísimo su intento, pues van hollando terreno feracísimo tiranizado por cobardes y digna herencia de valerosos. Vueltos á Normandía, logran encender una chispa de arrojo y asociar una cuadrilla denodada para el rescate de la Pulla. Tramontan los Alpes por varios rumbos y en traje de peregrinos; mas luego por la cercanía de Roma acude á saludarlos el caudillo de Bari, apronta caballos y armas á los mas menesterosos, y en seguida los capitanea y encamina al campo de la pelea. En el primer trance triunfó su denuedo; mas en el segundo el número y las máquinas de los Griegos los abrumaron, y se fueron airados retirando, encarados siempre con el enemigo. Falleció el desventurado Melo de suplicante por la corte de Alemania; sus secuaces Normandos anduvieron errantes por los cerros y cañadas de Italia, granjeándose el sustento diario á punta de espada; á la cual en extremo formidable iban apelando alternativamente los príncipes de Capua, Salerno, Benevento y Nápoles en sus contiendas intestinas, afianzando allá los auxiliares con su sobresalencia en denuedo y disciplina al bando que abrigaban; y se esmeraban cautamente en equilibrar el poderío, recelosos de que la preponderancia de algun contendiente desconceptuase ó arrinconase al fin su ayuda y desempeño. Su primer guarida fué un campamento muy vallado en lo íntimo de los pantanos de Campania; mas franqueóles en breve el duque de Nápoles garbosamente colocacion mas estable y socorrida. Edificóse (A. 1029) para avecindarlos, como antemural contra Capua por su fortificacion, la ciudad de Aversa, á tres leguas de su residencia, y estuvieron gozando, como propios, el trigo, frutos, prados y bosques de aquel distrito fertilísimo. Sonó su nombradía y agolpó anualmente, por enjambres, peregrinos y soldadesca, á impulsos de su escasez los menesterosos y de sus esperanzas los pudientes, y los valentones de nombradía iban acudiendo en pos de mas haberes y de gloria. El pendon independiente de Aversa brindaba con albergue y fomento á los vagos de la provincia, y á cuantos fujitivos ansiaban sortear las pesquisas de sus justicieros ó tiránicos superiores; y estos socios advenedizos, se equivocaban luego en costumbres y en habla con la colonia francesa. El primer caudillo de los Normandos fué el conde Rainulfo, y en el arranque de toda sociedad cabe la preeminencia en jerarquía al mas descollante en desempeño (19).

Desde la conquista de Silicia por los Arabes, los emperadores griegos echaron ansiosamente el resto en recobrar posesion tan inestimable; mas la distancia marítima habia siempre contrastado sus intensos conatos. Sus armamentos costosísimos, tras ciertas rafaguillas de logro, tiznaron con mas y mas pájinas de rechazo y desdoro la historia bizantina, per-

diendo hasta veinte mil soldados selectos en una sola expedicion, y mofándose el Musulman victorioso de que los eunucos guardas mujeriegos acaudillasen tambien á los hombres (20). Reinaron allí por dos siglos los Sarracenos; mas fracasaron luego con sus desavenencias (21). Desentendióse el emir de la autoridad del rey de Tunez; alborotóse el pueblo contra el emir; los caudillos andaban usurpando ciudades; cada rebeldillo ínfimo se desmandaba en su aldehuela ó castillejo, y el mas endeble de dos hermanos competidores imploró el arrimo de los Cristianos. Siempre los Normandos en el disparador sobre arrojos y trances, alístanse hasta quinientos *jinetes* con Arduino, intérprete y ajente de los Griegos, bajo el pendon de Maniaces, gobernador de Lombardía; pero al ir á desembarcar se reconcilian los hermanos; se restablece la armonía entre Sicilia y Africa, y resguárdanse en derredor las playas. Encabezan los Normandos el avance, y su denuedo arrolla impensadamente á los Arabes de Mesina. Al segundo trance el *brazo de hierro* de Guillermo Hauteville vuelca y traspasa al emir de Siracusa; al tercero sus denodados compañeros dan al través con una hueste de sesenta mil Sarracenos, dejando únicamente á los Griegos el afan del alcance: victoria esplenderosa en que la pluma del historiador puede emparejarse en brillantez con el lanzon de los Normandos. Consta, en suma, que remontaron eficacísimamente el éxito de Maniaces, quien siguió avasallando hasta trece ciudades y la mayor parte de Sicilia para el emperador. Pero mancilló con su ingratitud y tiranía la nombradía militar, pues en el reparto de los despojos desatendió á sus valerosos auxiliares, quienes por codicia y por engreimiento, estaban muy ajenos de avenirse á tamaño desacato(22). Quejáronse por boca del intérprete; pero en vez de acojer la demanda azotan al medianero que fué el paciente, pero el desagravio y escarmiento correspondia á los quejosos. Disimulan estos, para afianzarse tránsito á su salvo al continente: sus hermanos de Aversa los acompañan en sus iras, y todos se apropian la provincia de Pulla en desquite de la deuda (23). A los veinte años de su primera emigracion, salieron los Normandos á campaña con solos quinientos infantes y setecientos caballos, y al evacuar las lejiones bizantinas la Silesia, suena su número hasta la suma de sesenta mil hombres. Propone el heraldo la disyuntiva de retirada ó refriega; y « batalla » claman en alarido los Normandos, y uno de sus guerreros ajigantados vuelca al suelo de un puñetazo el caballo del mensajero; danle otro, y encubriendo el desacato á la tropa imperial, la llevan al trance, y queda repetidamente escarmentado con la sobresalencia de sus contrarios. Huyen los Asiáticos en la llanura de Canas, de los aventureros franceses; cae prisionero el duque de Lombardía; se conforma la Pulla con el nuevo señorío, y en aquel naufrajio de la prepotencia griega tan solo se salvan las cuatro plazas de Bari, Otranto, Brin-

dis y Tarento. Raya desde aquella fecha el poderío Normando, que arrinconó luego la colonia asomante de Aversa. Nombráronse popularmente hasta doce condes (24) entresacados por mérito, nacimiento y ancianidad. Vinculáronles sus distritos respectivos; y cada uno se encastilló en la fortaleza central de su estado, encabezando á sus propios vasallos. Reservóse en el corazon de la provincia la habitacion comun de Melfis para ciudadela y metrópoli de la república, con su vivienda y barrio separado para cada uno, y aquel senado militar pautaba el rumbo á los negocios nacionales. El primero de los prohombres, como presidente y jeneral, se titulaba conde de Pulla, dignidad que cupo á Guillermo del brazo de hierro, á quien al estilo del tiempo, apellidaron, leon en la refriega, cordero en la sociedad y anjel en el escaño (25). Un historiador contemporáneo y nacional retrata lindamente las costumbres de sus compatricios (26). «Son los Normandos,» dice Malatena, «jente traviesa y vengativa; la persuasiva y el disimulo vienen á ser sus prendas hereditarias; no se doblegan á la adulacion; pero hay que amarrarlos á la coyunda de la ley para atajar su desenfreno natural y apasionadamente arrebatado. Sus príncipes blasonan de dadivosos; el pueblo es de suyo comedido en sus agasajos, ó mas bien hermana los estremos de mezquindad y profusion; sedientos de riqueza y de mando, menosprecian cuanto poseen, y esperanzan cuanto apetecen. Armas y caballos, trajes galanos, ejercicios de caza y cetrería (27), son el regalo de los Normandos; pero en los trances apurados son sufridísimos para la intemperie en todo clima, y para el trabajo y las escaseces de la vida militar (28).»

Deslindaban los Normandos de la Pulla entrambos imperios, y segun la política reinante, recibian su investidura de Alemania ó de Constantinopla. Pero el título fundamental de aquellos aventureros era el derecho de conquista; así como no amaban ni confiaban, tampoco merecian cariño ni confianza. Asomaba la zozobra en el menosprecio de los príncipes, y el temor de los naturales adolecia de encono vengativo. Al prendarse de un caballo, de una mujer ó de un verjel, soltaban los advenedizos la rienda á su apetito (29), cohonestando los caudillos su codicia con visos galanos de ambicion y de gloria. Solian á veces coligarse los doce condes para sus injusticias, y sus contiendas intestinas se encaminaban á despojar al pueblo: yació el pundonor de Guillermo en su sepulcro, y su hermano Drogo era mas abonado para capitanear el denuedo que para enfrenar los ímpetus de sus compañeros. En el reinado de Constantino Monomaco, la política mas bien que el afecto de la Corte bizantina se esmeró en descargar la Italia de aquel desman perpetuo, mucho mas tremendo que una alharaca de bárbaros (30), y condecoró al intento con dictados altisonantes (31), y con muy amplias facultades, á Arjiro, hijo de Melo. Realzábale para los Normandos el recuerdo del padre, cuyo servicio voluntario ha-

bia logrado recabar para estinguir la rebeldía de Maniaces, y para su propio y público desagravio. Ansiaba Constantino trasladar la colonia belicosa de las provincias italianas á la guerra pérsica, y el hijo de Melo fué repartiendo á los caudillos el oro y los artefactos griegos como la primera fineza de la dignacion imperial. Pero el tino brioso de los conquistadores de Pulla burló aquellos ardides; se desecharon sus dones, ó por lo menos sus propuestas, y unánimes se negaron á desviarse de sus haberes y esperanzas tras la perspectiva lejana de logros asiáticos. Malogrados los medios persuasivos, acudió Arjiro á la violencia y la asolacion; estrechando á las potencias latinas contra el enemigo comun, y ajustando una alianza ofensiva con el papa y entrambos emperadores de Levante y Poniente. Hallábase en el solio de San Pedro Leon IX, santo cabal (52), pero propenso al engaño propio y ajeno, y cuya índole venerable consagraria con capa de relijiosidad las providencias mas encontradas con la práctica cristiana. Las quejas, acaso calumniosas, de un pueblo agraviado, encarnaron hondamente en su vidriosa humanidad; y como los Normandos irrelijiosos cesaron en su pago de diezmos cabia el desenvainar legalmente la espada contra salteadores sacrílegos y sordos para las censuras de la Iglesia. Leon de suyo aseñorado, y aun con entronques réjios en Alemania, trataba con llaneza de palaciego la Corte toda, y aun merecia la privanza del emperador Henrique III; y á impulsos de su celo ardientísimo voló desde la Pulla hasta Sajonia y desde el Elba al Tíber. Al aparatar sus grandiosas hostilidades, no se desentendia Arjiro de acudir á ciertas armas recónditas y criminales, y así yacian víctimas de venganzas públicas y privadas Normandos á miles sacrificando al valeroso Drogo en una iglesia. Mas renació su denuedo en su hermano Humfrey, tercer conde de la Pulla. Quedaron castigados los asesinos, y el hijo de Melo, arrollado y malherido, tuvo que huir á guarecerse y ocultar su afrenta tras los muros de Bari, esperando el socorro tardío de sus aliados.

Pero una guerra turca estaba destroncando el poderío de Constantino y el papa, en vez de tramontar los Alpes con su ejército, volvió con una guardia de setecientos Suabios y algunos voluntarios de Lorena. Camina pausadamente desde Mantua á Benevento, y se le va luego alistando un populacho soez de italianos, tras el sagrado estandarte (53); duermen sacerdote y salteador en una misma tienda; alternan á vanguardia venablos y cruces, y el santo batallador va repitiendo las lecciones de su mocedad para marchar, acampar y trabar pelea. No escuadronan los Normandos de la Pulla al frente de su hueste mas que tres mil caballos, y luego unas guerrillas de infantería: los naturales pasados al enemigo les atajan todo jénero de abastos, y luego los rumbos para su retirada, y su denuedo ajenísimo de toda zozobra, se quebranta por un rato con su

acatamiento supersticioso. Asoma Leon en ademan hostil, y no se desdoran arrodillándose ante su sacrosanto padre. Pero el papa sigue inexorable, los Alemanes ajigantados se estan mofando de la estatura pígmea de los Normandos, quienes se enteran de que muérte ó destierro ha de ser su estrella. No cabia en ellos la fuga; y como muchos de ellos llevaban ya tres dias de ayuno, se conformaron con la certeza de una muerte mas obvia y decorosa. Trepan el cerro de Civitella, se descuelgan á la llanura y embisten á una en tres divisiones la hueste del papa. En la izquierda y el centro, Ricardo, conde de Aversa, y Roberto el famoso Guiscardo, arremeten, arrollan, desbaratan la muchedumbre italiana, que peleaba á ciagas y huyó sin desdoro. Arduo empeño cupo al teson del conde Humfrey, que acaudillaba la caballería por el ala derecha. Torpísimos se muestran los Alemanes en el manejo de caballo y lanza (34); pero la infantería se cierra en columna fuertísima é impenetrable, y ni hombre, ni alazan, ni armadura contrarestan el peso de sus montantes descomunales. Recia es la lid; pero acuden los escuadrones que seguian el alcance, los acorralan y estrechan hasta fenecer en sus propias filas, mereciendo el aprecio de los enemigos y satisfaciendo desde luego su venganza. Cierra Civitella sus puertas al papa fujitivo; alcánzanle los devotos vencedores, le besan el pié implorando su bendicion, y ante todo la absolucion de su victoria pecadora. La soldadesca está mirando en su enemigo ya cautivo, al vicario de Jesucristo, y por mas trascendencia que supongamos en los caudillos, no dejarían de contagiarse con la supersticion popular. El atinado papa en los ensanches de su retiro se lamentó por aquel derramamiento de sangre Cristiana, que venia á recaer sobre su persona: hízose cargo de que era el causador de tantísimos pecados y escándalos, y habiéndose malogrado el intento, le tildaron todos ahincadamente por indecoroso su desempeño militar (35). Bajo este concepto se avino á la oferta de un tratado ventajoso, se retrajo de la alianza que habia estado predicando como causa divina, y ratificó las conquistas pasadas y venideras de los Normandos. Prescindiendo ahora de su procedencia, eran las provincias de Pulla ó Calabria parte de la donacion de Constantino y patrimonio de San Pedro, y así el donador y los aceptantes contaban mutuamente con su lejítimo derecho. Se comprometieron á su auxilio recíproco por medio de sus armas espirituales y temporales, pactando luego un rédito de unos doce reales por aranzada, y desde aquel contrato memorable, el reino de Nápoles ha seguido por mas de siete siglos como feudo de la Santa Sede (36).

Se suele entroncar el linaje de Roberto Guiscardo (37) encontradamente con los campesinos y duques de Normandía; con los cerriles por el engreimiento é ignorancia de una princesa Griega (38), y de los duques por la ceguedad lisonjera de los súbditos Italianos (39): pero en realidad pare-

ce que correspondia á la clase media ó segunda de la nobleza (40). Descendia de una clase de *valvasores* ó *pendonistas* de la diócesis de Cutances en la Normandía baja; moraban aseñoradamente en el castillo de Hauteville, descollando su padre Tancredo en la corte y tropas del duque, á quien tributaba por feudo militar diez infantes ó jinetes. Tuvo en dos enlaces decorosos hasta doce hijos, educados en casa con cariño imparcial por su segunda consorte. Mas su escaso patrimonio mal podia alimentar tanta prole, que de suyo denodada, estuvo viendo por las cercanías el desman de las escaseces y desavenencias, y se arrojó á ir en busca de tierras estrañas y en pos de herencia mas esclarecida. Quedando tan solo dos para perpetuar el linaje y halagar al anciano padre, los otros diez al ir asomando la lozanía varonil, se espatriaron del castillo, tramontaron los Alpes y se incorporaron en el campamento Normando de la Pulla. Rebosaban de ímpetu jenial los mayores, y sus medros alentaron á los hermanos, ascendiendo aquellos, Guillermo, Drogo y Humfrey, hasta capitanear la nacion y ser fundadores de la nueva república. Era Roberto el mayor de los siete hijos del segundo enlace, y hasta sus enemigos han tenido que aclamarlo como dotado de las prendas heróicas de soldado y estadista. Sobrepujaba su estatura ajigantada á los mas crecidos de su hueste; eran sus miembros al par agraciados y briosos, y aun en el menguante de sus años conservó su pujanza incontrastable, y el señorío soberano de su presencia. Era espaldudo y sonrosado, con cabellera y barba cumplida y cenicienta; tenia los ojos fogosísimos, y el torrente de su voz, al par de la de Aquiles, imponia obediencia y terror aun en el remolino estruendoso de la refriega, Allá en la tosquedad caballeresca tales realces no desdicen de los rasgos poéticos y aun históricos particularizando que Roberto á una blandia el montante con la derecha y terciaba su lanza con la izquierda, que lo desmontaron hasta tres veces en la batalla de Civitella, y en lo mas reñido de aquel memorable trance mereció la palma del valor entre todos los caballeros de ambas huestes (41). Su ambicion descompasada estribando en el engreimiento de su propia sobresalencia, alir en pos de su engrandecimiento, se desentendia de todo escrúpulo justiciero, y quizás aun del menor asomo de humanidad; y en medio de su afan por la nombradía, no dejaba de acudir á pasos encubiertos y luego á los patentes en mediando el miramiento de su logro mas certero. Mereció el apodo de *Guiscardo* (42) por su maestría en aquel jénero de ciencia política que se apoya en el disimulo y el engaño; y el poeta Pullés elojió á su Roberto por sobrepujar á Ulises en astucia y al mismo Ciceron en elocuencia. Pero sabia retraer estos primores tras cierto desenfado militar; y aun en la cumbre de su poderío se franqueaba siempre cortesmente con sus compañeros, y al avenirse á las vulgaridades jenerales de sus nuevos súbditos, aparentaba con su traje y modales conservar los

antiguos estilos de su país. La misma diestra en extremo rapaz, era al par dadivosa; avezado con sus escaseces primitivas á la frugalidad, se allanaba tambien mercantilmente á sus granjerías; atormentando además ahincada y empedernidamente á sus prisioneros en demanda de algun tesoro. Segun los Griegos, salió de Normandía con la escasa cuadrilla de cinco jinetes y treinta infantes; y aun parece abultada esta cuenta, pues el sexto hijo de Tancredo de Hauteville tramontó los Alpes de peregrino, y su primera guerrilla se compuso de unos aventureros italianos. Sus hermanos y compatricios se habian repartido las fértiles campiñas de la Pulla, y las estaban reservando con las zozobras de la avaricia; pero el mozo travieso trepó las sierras de la Calabria, y en sus primeras proezas contra Griegos y naturales apenas cabe deslindar la heroicidad con el salteamiento. Sorprendiendo, ya el castillo, ya el convento; asaltando al adinerado, y saqueando aldeas para el preciso sustento, robustecia mas y mas el desempeño de cuerpo y alma. Agolpábanse voluntarios á miles desde su patria, y el paisanaje calabrés vino á ser bajo sus banderas igualmente normando.

Medrando en Roberto el desempeño con sus logros, enceló á su hermano mayor, quien de resultas de una reyerta le amenazó de muerte y cortó los vuelos á sus intentos. Al morir Humfrey, la niñez escluyó del mando á sus hijos, reduciéndolos á la clase de particulares la ambicion de su tio y ayo, levantado luego sobre un broquel y saludado por conde de la Pulla y jeneral de la república. Robustecido entonces y autorizado, se aferra en la conquista de Calabria y aspira luego á descollar para siempre con su jerarquía sobre todos sus iguales. Descomúlgale el papa Nicolás II por sacrilejios y rapiñas; mas pronto se desengaña de que las desavenencias de amigos no pueden menos de redundar en daño de todos; de que son los Normandos los bizarros campeones de la Santa Sede, y de que es mas obvia y segura la alianza con un príncipe que con los caprichos de una aristocracia. Juntóse un sínodo de cien obispos en Melfi, y entonces el conde sobresee á una empresa grandiosa por acudir al resguardo y cumplir las disposiciones del romano pontífice. A impulsos de su interesado agradecimiento, confirió á Roberto y á su posteridad el dictado de duque (43), con la investidura de Pulla y Calabria y cuantas tierras pudiera su espada conquistar de los Griegos cismáticos y de los Sarracenos infieles (44). Con aquella sancion apostólica quedaban sinceradas sus jestiones, pero no hay que contar con la obediencia de una jente libre y victoriosa, en no mediando su espreso consentimiento, y Guiscardo tuvo que encubrir su ensalzamiento hasta que en la campaña siguiente sobresalió con la conquista de Consenza y Rejio. Al aparatar su triunfo, junta la tropa y le encarga que confirme con sus votos el dictado del vicario de Cristo: victorea su soldadesca gozosísima al valeroso duque, y los condes antes sus

iguales articulan su juramento de fidelidad con sonrisa aparente, pero con iras entrañables. Tras aquella inauguracion, titúlase Roberto « por la gracia de Dios y de San Pedro, duque de Pulla y Calabria y luego de Sicilia » afanándose en seguida por veinte años, tras el merecimiento y consolidacion de dictados tan grandiosos. Asoman adelantos tan pausados y en tan corto trecho, como ajenos del sumo desempeño del caudillo y de las ínfulas de la nacion, mas escaseaban las fuerzas normandas y todavía mas sus recursos, y su servicio era absolutamente voluntario é insubsistente. La voz libre del parlamento y sus barones solia contrarestar los arrojados intentos del duque, pues los doce condes elejidos popularmente se aunaban contra su preponderancia; y los hijos de Humfrey estaban pidiendo justicia y venganza contra su alevoso tio. Guiscardo con su eficaz desvelo llegó descubrir sus amaños, atajó su rebeldia y castigó á los criminales con muerte ó destierro; pero la pujanza nacional se destroncaba y los años del caudillo se consumieron lastimosamente en estos enconos intestinos. Quebrantados por fin los enemigos forasteros Griegos, Lombardos y Sarracenos, tuvieron que irse amurallando por las ciudades mas populosas y mas ó menos fortificadas de la costa, sobresaliendo al par en el arte de resguardarse y defenderse; los Normandos estaban avezados á campear con su caballería, y si tal cual vez lograban señorearse de las plazas á mano armada, su torpeza nativa tenia que echar el resto en la perseverancia. Resistióse Salerno mas de ocho meses, y el sitio ú bloqueo de Bari se dilató hasta cerca de cuatro años. Descollaba siempre el duque Normando arriesgadamente á vanguardia, y luego cerraba en los trances la retaguardia. Al estrechar la ciudadela de Salerno, una piedra enorme disparada desde las almenas destrozó una de sus máquinas militares, malhiriéndole un astillazo el pecho. Yacia ante las puertas de Bari en una chocilla ó barraca tosquísima de ramaje seco y de paja; paraje, además de expuestísimo, abierto en derredor á la intemperie del invierno, así como á los venablos del enemigo (45).

Vienen á caer las conquistas de Roberto por Italia en los linderos del actual reino de Nápoles, y los países hermanados con sus armas, siguen todavía unidos, tras los vaivenes de siete siglos (46). Constaba la monarquía de las provincias griegas de Calabria y Pulla, del principado lombardo de Salerno, de la república de Amalfi y de las dependencias interiores del antiguo y anchuroso ducado de Benevento. Estos eran los únicos distritos exentos de la sujecion jeneral; el primero para siempre, y los dos últimos hasta mediados del siglo siguiente. La ciudad y los afueras de Benevento, se habian trasladado por donacion ó permuta, de manos del emperador de Alemania á las del romano pontífice, y por mas que la espada Normanda soliese invadir aquel territorio sagrado, por fin la contrarió definitivamente el nombre de san Pedro. Su prime-

ra colonia de Aversa avasalló de asiento el estado de Capua, cuyos príncipes se vieron reducidos á pordiosear un mendrugo ante el palacio de sus padres. Los duques de Nápoles, la metrópoli actual, conservó su libertad popular, á la sombra del imperio Bizantino. Entre las granjerías de Guiscars, la sabiduría de Salerno (47) y el comercio de Amalfi (48), podrá tal vez embargar por un rato la curiosidad de los lectores. I. En cuanto á facultades mayores, presupone la jurisprudencia, planteadas ya las leyes y la propiedad, y acaso la teolojía puede orillarse con la antorcha de la religion y de la racionalidad. Pero así el montaraz como el sabio, tienen que acudir al arrimo de la medicina, y si es el lujo gran causador de *nuestras* dolencias, el desman de golpes y heridas no puede menos de menudear en gran manera, con el sumo atraso de la sociedad. Trascendieron ráfagas de la medicina griega á las colonias arábigas de Africa, España, y Sicilia, y con los roces ya de paz, ya de guerra, chispeó la ciencia, y resplandeció luego en Salerno, ciudad esclarecida y descollante por el decoro de los varones, y la hermosura de las mujeres (49). Consagróse una escuela, y fué la primera que vislumbró en la lobreguez de Europa, al arte de curar: no escrupulizaron obispos y monjes, con los auges de profesion tan saludable y gananciosa; y acudian atropelladamente los enfermos de jerarquías encumbradas, y de climas lejanos, á consultar con los médicos de Salerno. Los conquistadores Normandos se esmeraban en ampararlos, y Guiscardo, aunque vinculado en sus armas, alcanzaba los quilates de la sabiduría. Tras una peregrinacion de treinta y nueve años, Constantino, un cristiano de Africa, regresó de Bagdad, amaestrado en el idioma y el saber arábigo, y aquel alumno de Avicena enriqueció con su práctica, lecciones y escritos á Salerno. Adormecióse la medicina tras el nombre de la universidad; pero aquellos preceptos están compendiados con una carta de aforismos, agolpados allá en versos Leoninos, ó consonantes latinos del siglo duodécimo (50) II. Como á dos leguas al poniente de Salerno, y á diez al sur de Nápoles, descolló el pueblecillo arrinconado de Amalfi con el poderío y los galardones de la industria. Era muy reducida su fértil campiña, pero gozaba de una marina espedita, pues el vecindario al punto se dedicó á surtir al orbe occidental de manufacturas y productos del Oriente; y aquel tráfico utilísimo fué el manantial de su libertad y opulencia. Era su réjimen popular á las órdenes de un duque, bajo la supremacía del emperador griego. Eran cincuenta mil los ciudadanos empadronados en el recinto de Amalfi, rebosando todo de oro, plata y todo jénero de preciosidades. Hervia por sus muelles una marinería sobresaliente en la teórica y práctica de la navegacion y la astronomía, y su agudeza ó su dicha fueron las descubridoras de la brújula, que puso de manifiesto el orbe. Abarcó su comercio las costas, ó cuando menos los jéneros de

Africa, Arabia é India, y sus establecimientos en Constantinopla, Antioquía, Jerusalen y Alejandría lograron el privilejio de colonias independientes (51). Contaba tres siglos de prosperidad Amalfi, cuando las armas de los Normandos la oprimieron y saquearon por los zelos de Pisa, y ahora mismo los restos de su atarazana, catedral y palacios de sus réjios tratantes está todavía realzando el desamparo de unos mil pescadores.

Rojer, hijo duodécimo y postrero de Tancredo, permaneció en Normandía por su edad tierna y por la muy avanzada del padre; pero entonces aceptó con albricias el llamamiento; voló á los reales de la Pulla, y logró al pronto el aprecio, que redundó luego en emulacion, de su hermano mayor. Corrian parejas en ambicion y denuedo, pero la mocedad lozana y los modales finísimos de Rojer embelesaban desinteresadamente al vecindario y á la soldadesca. Escaseaba tantísimo de medios para sí mismo y para sus cuarenta secuaces que de conquistador paró en salteador y luego en raterillo casero; y merecian tantísimo ensanche los asaltos á la propiedad, que segun su propio historiador llegó á disponer el robo de caballos en un establo de Melfi (52). Su gallardía se fué sobreponiendo al desamparo y á la afrenta, encumbrándose de tan torpe ruindad á los merecimientos esclarecidos de una guerra sagrada, sosteniendo el afan insensato de Guiscardo la invasion de Sicilia. Retirados los Griegos, habíanse los *idólatras*, (así llamaban injuriosamente á los Católicos,) rehecho de sus quebrantos y malogros, y el rescate de la isla tan en vano emprendido allá grandiosamente con las fuerzas del imperio oriental, se redondeó con una cuadrilla de particulares aventureros (53). Rojer por estreno arrastra en una barca abierta los peligros fabulosos ó efectivos de Scila, y Caribdis; aporta en playa enemiga con solos sesenta soldados; arrolla á los Sarracenos hasta las puertas de Mesina, y regresa á su salvo con los despojos de aquel contorno. Descuella con su denuedo y teson en la fortaleza de Trani, pues luego de anciano, solia referir que en las estrecheces de aquel sitio, se vió con su mujer la condesa en tan sumo desamparo, que no teniendo mas que un ropon ó manta, en cuyo uso tenian que ir alternando; que en una salida matándole los Sarracenos el caballo, se lo llevaban los Sarracenos, y debiendo el salvamento á su espada cortadora, se retiró con la silla al hombro, paraque no quedase el menor rastro de trofeo en manos de los infieles. En aquel sitio de Trani trescientos Normandos contrarestaron y aventaron las fuerzas de toda la isla. En la campiña de Ceramio, hasta cincuenta mil, entre infantería y caballería, quedaron arrollados por ciento y treinta y seis soldados cristianos, añadiendo tan solo San Jorje, que peleó á caballo al frente de la vanguardia. Reserváronse las banderas cojidas con cuatro camellos para el sucesor de San Pedro, y á no mos-

trar aquellos despojos bárbaros en el Vaticano, y no en el Capitolio, pudieran renovar la memoria de los triunfos Púnicos. Este número tan menguado de Normandos, se referirá probablemente á la soldadesca principal y cabalgante, acompañada de sus cinco ú seis sirvientes respectivos (54); pero aun al arrimo de esta esplicacion y con las rebajas discretas, ateniéndonos al sumo denuedo, armas y nombradía, el desbarate de tantas millaradas precisarán al cuerdo lector á acudir al predicamento de los milagros, ó de las fábulas. Solian los Arabes de Africa, socorrer á sus compatricios de Sicilia; las galeras de Pisa auxiliaron en el sitio de Palermo á la caballería normanda, y la emulacion de los dos hermanos sublimaba en el trance incontrastablemente sus ímpetus denodados. A los treinta años de guerra (55), Rojer, con el dictado de conde, redondeó la soberanía de la isla mayor y mas fértil de todo el Mediterráneo, y en su desempeño campea un ánimo culto é ilustrado, sobrepuesto á las estrecheces de su siglo y su educacion. Franqueóse á los Musulmanes el ejercicio espedito de su religion y el goce de sus fincas (56): un filósofo, y médico de Mazara de la alcurnia de Mahoma, arengó al conquistador, quien le brindó con su corte; tradújose en latin su jeografía de los siete climas; y Rojer, estudiándola de intento, la antepuso á los escritos del Griego Tolomeo (57). Allá un resto de cristianos solariegos habia favorecido la empresa de los Normandos, y les sirvió de galardon el triunfo de la Cruz, y mas devolviéndose la jurisdiccion de la isla al pontífice Romano; creáronse obispados nuevos en las ciudades principales, complaciendo al clero con el realce de muchas iglesias y monasiterios. Mas el héroe católico afianzó los fueros de un majistrado civil, apropiándose mañosamente con la investidura de beneficios las demandas del papa; se legalizó y ensanchó la supremacía de la corona con la bula particularísima, que declara á los príncipes de Sicilia hereditarios y legados perpetuos de la Santa Sede (58).

La conquista de Sicilia fué mas gloriosa que productiva para Roberto Guiscardo. No saciaban su ambicion la Pulla y la Calabria, y así acordó invadir á la primera coyuntura y tal vez sojuzgar el imperio oriental (59). Habíase divorciado de su primera consorte, la compañera en sus escaseces, socolor de parentesco, y á su hijo Bohemundo cupo mas bien el remedar que suceder á su esclarecido padre; la segunda esposa de Guiscardo era hija del príncipe de Salerno; se avinieron los Lombardos á la sucecion directa de su hijo Rojer; cupieron á sus cinco hijas desposorios decorosos (60), y una de ellas se apalabró de niña con el hermosísimo mancebo Constantino, hijo del emperador Miguel (61). Mas una revolucion conmovió el sitio de Constantinopla; quedó la familia imperial de Ducas encarcelada, en palacio ú enclaustrada, y Ricardo lamenté dolorosamente el quebranto de su hija y el apeamiento de su aliado-

Asomó luego en Salerno un Griego que se aparentaba padre de Constantino, refiriendo las aventuras de su vuelco ó huida. Reconoció el duque á su amigo desventurado ensalzándolo con el boato y los dictados de la dignidad imperial: lágrimas gozosas iban aclamando á Miguel (62) al transitar triunfalmente por la Pulla y la Calabria, y el papa Gregorio VII, exhortaba á los Obispos paraque predicasen y á los Católicos para que se aviniesen á pelear, en el empeño relijiosísimo de su restablecimiento. Conversaba de continuo familiarmente con Roberto, y el valor de los Normandos y los tesoros del Oriente abonaban sus mútuas promesas. Pero este Miguel, segun confiesan al par Griegos y Latinos, era un embaucador, un farsante, en suma un monje fujitivo de su convento, ó un sirviente palaciego. El astuto Guiscardo habia sido el inventor de la patraña, y suponia que en desempeñando el impostor su papel, se reempozaria su lobreguez, al primer aviso del conquistador. Pero el argumento convincente y poderosisimo para los Griegos se cifraba todo en la victoria, y luego el afan de los Latinos, habia amainado en mayor estremo, pues los veteranos Normandos ansiaban ya el gozarse con la mies de tantísimos sudores, y los Italianos desaguerridos se estremecian de peligros cercanos ó remotos, de una espedicion ultramarina. Roberto para el enganche de sus reclutas echaba el resto en agasajos y promesas, y aun en amagos, tanto civiles como eclesiásticos, y segun los ejemplares de algunas tropelías, no sin razon sonaron quejas de que ni la niñez, ni la ancianidad eximian del servicio con un príncipe tan adusto. A los dos años de preparativos, juntáronse las fuerzas terrestres y navales en Otranto, hácia el promontorio sumo, de Italia; y Roberto iba acompañado de su consorte, batalladora á su mismo lado, su hijo Bohemundo y el representante del emperador Miguel. Cifrábase el nervio de la hueste en mil y trescientos jinetes (63), de ralea ó disciplina Normanda, y hasta unos treinta mil secuaces (64) de todas clases, hombres, caballos, armas, con máquinas y troncos de madera cubiertos con pieles sin curtir, se embarcaron en ciento y cincuenta bajeles, construyendo los transportes por los puertos, y aprontando la república aliada de Ragusa las galeras.

Al emboque del golfo Adriático, las playas de Italia y del Epiro, propenden á juntarse mutuamente; y así el espacio intermedio, ú garganta entre Brindis y Durazo, esto es el tránsito Romano, se reduce á poco mas de treinta leguas (65), y en el punto estremo de Otranto se queda en la mitad (66), como que tamaña estrechez suministró, así á Pirro, como á Pompeyo la ocurrencia sublime, ó acaso disparatada, de construir un puente. Antes del embarque jeneral, envió el duque Normando Bohemundo con quince galeras para afianzar ó amagar á la isla de Corfú, reconocer la costa opuesta, y asegurar un fondeadero en las cercanías de

Valona, para el desembarco de la tropa. Transitan, y se apean sin avistar enemigos, y aquella tentativa tan certera patentizó el descuido y menoscabo de la potestad naval de los Griegos. Las islas y al par las ciudades marítimas del Epiro se avasallaron á las armas y á la nombradía de Roberto, quien capitaneó armada y ejército desde Corfú (me valgo de la denominacion moderna), al sitio de Durazo. Resguardaban aquel pueblo, llave occidental del imperio, su fama antigua y sus fortificaciones modernas, obra de Jorje Paleólogo, patricio victorioso en las guerras orientales, y crecida guarnicion de Albaneses y Macedonios, que en todos tiempos merecian el concepto de belicosos. En los lances de la empresa contrastaron al animoso Guiscardo redoblados peligros y desmanes. En la estacion mas favorable del año, al ir la escuadra costeando, la asaltó impensadamente una tormenta de viento y nieve, y el sur embravecido á manera de huracan encrespó horrorosamente el Adriático, corroborando aquel naufrajio el antiguo baldon de los peñascos Acroceraunios (67). Volaron en trozos, velas, mástiles y remos, cuajando el mar y las playas de astillas, armas y cadáveres, y luego sumerjiendo ú averiando casi todo el abasto. Rescatóse á duras penas la galera ducal ó almiranta, y tuvo Roberto que hacer alto por siete dias, para ir salvando reliquias de tan sumo fracaso, y envalentonar los ánimos acobardados de su tropa. No eran ya los Normandos, aquellos marinos denodados y espertos que habian ido surcando el Océano desde la Groenlandia hasta el monte Atlas, y se sonreian á los amaguillos del Mediterráneo. Llorando estuvieron y luego se mostraron mas despavoridos á los asomos asustantes de los Venecianos, venidos á instancias y promesas de la corte Bizantina. Redundó el primer trance en alguna ventaja de Bohemundo, mozuelo barbilampiño (68) que mandaba las fuerzas navales de su padre. Anclaron toda la noche las galeras de la república formando una media-luna, y vencieron al segundo dia por los flecheros de proa, la pujanza de sus venablos, la maestría en sus evoluciones y el auxilio incontrastable del fuego griego. Huyen Pulleses y Ragusinos, encallan en la playa; pero acuden los vencedores, amarran sus bajeles, y entre tanto una salida de la guarnicion causa terror y matanza por las tiendas del duque Normando. Socórrese Durazo oportunamente; y privados los sitiadores del señorío del mar, los proveedores de las islas y de la costa se desentendieron de acudir con sus tributos y abastos al campamento. Contajióse además con dolencias pestilentes, feneciendo hasta quinientos jinetes de muerte sombría; y la suma de entierros (si es que cabia verificarlo con todos) ascendió á diez mil personas. Sobreponíase única é incontrastablemente el ánimo de Guiscardo á tantísima desdicha, y mientras iba agolpando refuerzos de la Pulla y Sicilia, seguia batiendo, escalando ú socavando los muros de Durazo; pero su inventiva y denuedo vinieron á tropezar con

iguales prendas, y aun tal vez de mayores quilates, y el torreon movible, cargado con quinientos hombres y empujado hasta el pié de la muralla, al apearse por el puente levadizo, se encontró con un tremendo ariete, y luego el fuego artificial redujo instantaneámente á cenizas aquella mole de madera.

Mientras los Turcos por el Oriente y los Normandos por el Ocaso estaban así acosando el imperio Romano, el anciano sucesor de Miguel rindió el cetro en manos de Alexio, adalid esclarecido y fundador de la dinastía Comnena. La princesa Ana, su hija é historiadora, advierte en su estilo melindroso que aun el mismo Hércules no alcanzaba al estremo de acudir á dos lides á un tiempo; y bajo este concepto no puede menos de aprobar el ajuste arrebatado con los Turcos, para volar en persona al socorro de Durazo. Alexio, al entronizarse, encontró la milicia sin tropa y el erario sin dinero, mas echó el resto en providenciar ejecutivamente; y juntando en seis meses un ejército de setenta mil hombres (69), verificó una marcha de doscientas leguas. Alistó su jente por Europa y Asia en el Peloponeso y el Mar Negro, realzaban principalmente la majestad las compañías montadas dela guardia con sus armas de plata y sus riquísimos jaeces, acompañando además al emperador gran comitiva de príncipes y nobles, y entre ellos algunos habian ostentado la púrpura por un rato, y en aquella temporada de blandura gozaban el ensanche de una vida aseñorada y opulenta. Lozaneaban juvenilmente y enardecian á la muchedumbre; pero empapados en el ocio y los deleites, se propasaban sobremanera en sus demasías é insubordinacion; instaban descompasadamente por un trance ejecutivo, imposibilitando así la cordura de Alexio, quien pudiera rendir por cerco y hambre á la hueste sitiadora. En el padron de las provincias contemporáneas, se está palpando el desairado parangon de los linderos antiguos y presentes de aquel mundo Romano: agolpábanse atropelladamente los cerriles reclutas á viva fuerza; y se trajeron las guarniciones de la Natolia y Asia menor, evacuando las ciudades avasalladas sobre la marcha por los Turcos. La pujanza del ejército griego, venia á reducirse á los Varanjes y la guardia Escandinava, cuyo número acababan de reforzar con una colonia de voluntarios y desterrados de la isla británica de Tule. Ingleses y Daneses yacian oprimidos y hermanados bajo el yugo del vencedor Normando, y una porcion de mozos aventureros acordaron el desamparar un país de servidumbre; espedita se les ofrecia la marina, y en su dilatada peregrinacion fueron visitando cuantas costas les brindaban con la proporcion de libertad y venganza. Mantúvolos el emperador griego en su servicio, y su primer paradero fué en una ciudad nueva de la playa asiática, pero pronto tuvo Alexio que llamarlos en defensa de su palacio y persona, trasladando luego á los sucesores la herencia de su lealtad y valentía (70). El nombre del invasor

Normando les renovó la memoria de sus agravios; marcharon denodadamente contra el enemigo nacional, ansiando recobrar en el Epiro el lauro menoscabado en Hastings. Algunas compañías de Francos ó latinos alternaban con los Varanjes, y cuantos rebeldes habian huido á Constantinopla de la tiranía de Guiscardo, se desalaban por sobresalir en afan y saciar su venganza. Acudió el emperador en aquel trance al auxilio torpe de Paulinos ó Maniqueos de Tracia y de Bulgaria; y aquellos herejes hermanaban el aguante del martirio con el brio y la disciplina del valor ejecutivo (71). Proporcionó el ajuste con el sultan algunos miles de Turcos y se contrapusieron los flechazos de la caballería Escítica á las lanzas de la Normanda. Al eco y perspectiva, aunque todavía lejana, de tan formidables fuerzas, junta Roberto un consejo de sus oficiales mas eminentes. «Ya estais viendo» prorumpe «el peligro vuestro, á la verdad grande y urjentísimo. Armas y banderas cuajan montes y valles, y el emperador griego está ya avezado á refriegas y triunfos. En la union y obediencia se cifra nuestro salvamento, y aquí está el mando si lo toma caudillo de mayor desempeño.» Lo vitorean hasta sus enemigos secretos, demostrándole en tan arriesgado trance su aprecio y confianza; y entonces continua el duque: «pongámonos desde ahora en manos de la victoria, y atajemos á la cobardía todo arbitrio para la fuga. Vamos á quemar bajeles y bagajes, y batallar aquí mismo como si fuese el paraje de nuestro nacimiento y entierro.» Apreciábase unánimemente el arranque, y sin ceñirse absolutamente á sus líneas espera Guiscardo escuadronado al enemigo. Resguárdale un riachuelo la retaguardia, su derecha se estiende hasta el mar, y su izquierda por los cerros, y ajenísimo se hallaba tal vez de que en aquel mismo terreno Cesar y Pompeyo habian batallado por el señorío del orbe (72).

Alexio, contra el dictámen de sus adalides mas consumados, se arrojó al trance de una refriega jeneral, encargando á la guarnicion de Durazo que acudiera por su parte al anhelado rescate, haciendo oportunamente una salida ejecutiva. Marcha antes de amanecer en dos columnas para sobrecojer á los Normandos por dos puntos diversos; dispersa sus guerrillas de caballería por la llanura, formando su segunda línea con los flecheros, encabezando á todos, y á su propia instancia los Varanjes. En el primer avance los maceros advenedizos aportillan hondamente á la hueste de Guiscardo, reducida ahora como á quince mil hombres. Lombardos y Calabreses vuelven afrentosamente la espalda, huyendo hácia el rio y el mar; pero está cortado el puente para atajar la salida de la guarnicion, y la playa acordonada con las galeras venecianas que disparan sus máquinas contra la muchedumbre revuelta, pero asomada ya á su esterminio la rescatan por fin sus caudillos. Retratan los Griegos á Gaiza, esposa de Roberto, como una Amazona belicosísima, segunda Palas, menos pri-

morosa en las artes, pero no menos pavorosa en las armas que la diosa de Atenas (73); pues aunque mal herida de un flechazo, permanece firme, y se esmera en rehacer los fujitivos con sus reconvenciones y su ejemplo (74); pero corrobora á su voz femenina el eco varonil y sonoro, y ante todo el brazo poderoso del duque Normando, tan sereno en la pelea como magnánimo en el consejo. « ¿A dónde, » les clama, « á dónde huís? Implacable es vuestro enemigo, y la muerte es menos aborrecible que la servidumbre. » Es ya el punto mas decisivo del trance, y al adelantarse los Varanjes sobre la línea, patentizan entrambos costados indefensos; el eje de la batalla del duque, de ochocientos jinetes, se mantiene cabal é inmoble con las lanzas en ristre, y los Griegos aun lloran el ímpetu disparado é irresistible de la caballería francesa (75). Acude Alexio al desempeño de ambos extremos como soldado y como jeneral; pero al presenciar el estrago de los Varanjes, y la huida de los Turcos, menosprecia á sus propios súbditos y se da por desahuciado. La princesa Ana, que menciona llorosa tan lastimero fracaso, tiene que avenirse á encarecer el brío y la velocidad del alazan salvador del padre, quien por su parte se rehace gallardamente del tremendo lanzazo destrozador del yelmo imperial. Su denuedo desesperado aportilla un escuadron de Francos, que le ataja la carrera, y despues de vagar dos dias con sus noches por las serranías, halla algun sosiego de cuerpo, mas no de ánimo, en el recinto de Lichnido. Roberto victorioso reconviene á los perseguidores por su flojedad en el alcance, defraudándole de logro tan peregrino; mas luego se va consolando de aquel pesar con el cúmulo de trofeos y estandartes que cuajan el campo, y con tanto primor opulento como resplandece por los reales Bizantinos, y ante todo con el lauro de arrollar una hueste cinco veces mas crecida que la suya. Un sin número de Italianos vinieron á resultar víctimas de su propio miedo; pero tan solo perdió treinta jinetes en refriega tan memorable. Ascendió en el ejército á cinco ú seis mil hombres la pérdida de Griegos, Turcos é Ingleses (76), quedando la llanura de Durazo regada con sangre noble y aun real, y el fin del impostor Miguel fue mas decoroso que su vida.

Prescindiria por supuesto Guiscardo del malogro de un farsante costosísimo, que mereció tan solo el menosprecio y escarnio de los Griegos, quienes tras su derrota siguieron defendiendo á Durazo, substituyendo un comandante Veneciano á Jorje Paleólogo, despedido torpemente de aquel fondeadero. Los sitiadores truecan sus tiendas en barracones, para escudarse contra la intemperie, y contestando al reto de la guarnicion apuntó Roberto que su aguante correria parejas con la pertinacia enemiga (77); contando ya tal vez desde entonces con la correspondencia reservada de un señor veneciano, quien vendió la ciudad por un enlace acaudalado y honorífico. Descuelgan de los muros á desh ora varias escalas de cuer

da; trepan calladamente los ájiles Calabreses, y el nombre y los clarines del vencedor despiertan á los Griegos; pero van defendiendo las calles hasta tres dias contra un enemigo ya dueño de las murallas, mediando siete meses entre la formacion del sitio y la rendicion postrera de la plaza. Internóse el duque Normando desde Durazo hasta el corazon del Epiro ú de la Albania, atravesó la primera serranía de Tesalia, sorprendió á trescientos Ingleses en la ciudad de Castoria, se acercó á Tesalónica y aterró á Constantinopla. La prision mas ejecutiva cortó los vuelos á su afan ambicioso. Con el naufrajio, la peste y el acero, su hueste quedaba reducida al tercio de su primera planta, y en vez de recibir algun refuerzo de Italia, le participaron con cartas lastimeras, que su ausencia estaba acarreando peligros y desmanes, con rebeldías de ciudades y de barones en la Pulla, sumo conflicto del papa y asomos de invasion por Enrique, rey de Alemania. Suponiendo engreidamente que bastaba su persona para la salvacion pública, surcó el piélago con un solo bergantincillo, poniendo el mando de su ejército en manos de su hijo y de los duques Normandos, y encareciendo á Bohemundo gran miramiento con los desahogos de sus magnates, y á los condes suma obediencia á las disposiciones de su caudillo. Siguió el hijo de Guiscardo las huellas de su padre, parangonando los Griegos á entrambos asoladores con la oruga y la langosta, devorando la segunda cuanto se libertó de los dientes de la primera. (17) Tras de ganar dos batallas contra el emperador, se descolgó sobre las llanuras de Tesalia y sitió á Larisa, reino fabuloso de Aquiles (79), donde paraban el tesoro y los almacenes del campamento bizantino. Cábele, sin embargo, digna alabanza, por su fortaleza y cordura, al príncipe Alexio, que estuvo batallando esforzadamente contra aquel turbion de contratiempos. Acudió á las escaseces del estado con los ornamentos supérfluos de las iglesias, reemplazó la desercion de los Maniqueos con algunas tribus de Moldavia; un refuerzo de Turcos repuso, en número de siete mil, el quebranto de sus hermanos con ejemplar escarmiento, y los Griegos se fueron ejercitando en cabalgar, flechar, evolucionar y emboscarse oportunamente. Alexio se hizo cargo de que, apeada la gran caballería de los Francos, quedaba, no ya descaecida (80), sino innoble, adiestrábanse los flecheros en apuntar al caballo y no al jinete; y se iban sembrando trampas y abrojos por el terreno amagado de algun encuentro. Por las cercanías de Larisa se fueron dilatando y contraponiendo los trances de la guerra; y aunque Bohemundo descolló siempre en denuedo y á veces en logros, un ardid de los Griegos saqueó sus reales, y siendo la ciudad inespugnable, los condes allá venales y desabridos, desertaban de sus banderas, quebrantaban sus empeños y se alistaban al servicio del emperador. Regresó Alexio á Constantinopla, no con los timbres, mas sí con las ventajas de una vic-

toria, pues el hijo de Guiscardo, evacuando las conquistas ya indefendibles, se reembarcó para Italia, y abrazándolo luego el padre, le encareció sus merecimientos y se condolió de sus quebrantos.

Entre los príncipes Latinos, aliados de Alexio y enemigos de Roberto, el mas descollante en denuedo y poderío, fue aquel Enrique III ú IV, rey de Alemania y de Italia, y luego emperador de Occidente. La carta del monarca Griego á su hermano (81) rebosa de espresivos afectos, y de sumo afan por estrechar su intimidad con los vínculos de algun enlace público y privado. Se congratula con Enrique por sus logros en aquellas guerras justas y relijiosísimas, lamentándose de Roberto el Normando, tan desaforado trastornador de las prosperidades de su propio imperio. El padron de sus regalos está demostrando las costumbres de aquel tiempo, á saber, una corona radiada de oro, una cruz tachonada de perlas para colgarla al cuello, un estuche de reliquias, con los nombres y dictados de los Santos, un vaso de cristal, otro de sardónica, algunos bálsamos, probablemente de la Meca, y cien piezas de púrpura; añadiendo luego otro agasajo mas sólido de cuarenta y cuatro bizantinos de oro, asegurándole además otros doscientos diez y seis mil, en constándole la entrada de Enrique con armas en el territorio de la Pulla; juramentándose desde entonces en su liga contra su enemigo comun. Hallábase ya el Aleman (82) á la sazon en Lombardía capitaneando un ejército y un partido, y aceptando tan espléndidas ofertas, se encaminó para el Mediodía; contúvose al eco de la batalla de Durazo, pero el influjo de sus armas y de su nombre, para el regreso arrebatado de Roberto vino á equivaler al coecho griego. Entrañablemente contrarestaba Enrique á los Normandos aliados y vasallos de Gregorio VII, su enemigo implacable. El afan ambicioso de aquel endiosado sacerdote habia reencendido la competencia larguísima (83) entre el sólio y la tiara; pues el monarca y el papa se habian depuesto mutuamente, colocando cada cual un competidor en el trono temporal ó espiritual de su contrario. Derrotado y muerto su rebelde Suabio, descolgóse Enrique sobre la Italia, para ceñirse la corona imperial y aventar del Vaticano al tirano de la Iglesia (84). Pero el vecindario de Roma estaba por Gregorio, robusteciendo sus ánimos con los refuerzos de jente y dinero de la Pulla. Al cuarto año coechó, segun se dice; con el oro bizantino la nobleza Romana, cuyos estados y quintas yacian asolados con la guerra. Entregáronle puertas, puentes y cincuenta rehenes, consagraron al antipapa Clemente III en el Laterano; y el agradecido pontífice coronó en el Vaticano á su favorecedor, planteando Enrique su residencia en el Capitolio como sucesor lejítimo de Augusto y de Carlomagno. El sobrino de Gregorio estaba todavía defendiendo las ruinas del Septizonio; cercaron al mismo papa en el castillo de Sant-Anjelo; pero seguia siempre esperanzado en el denuedo y lealtad de

su vasallo Normando. Mediaron agravios y quejas, y luego quiebras en su intimidad; pero estimulaba en aquel trance á Guiscardo el desempeño de su juramento y enardeciale tambien su propio interés mas ejecutivo que todos los juramentos, con el ansia de nombradía y mortal encono á entrambos emperadores. Tremola su pendon sagrado, y vuela al rescate del príncipe de los apóstoles; agolpa cual nunca su hueste de seis mil caballos ó treinta mil infantes; vitorean su tránsito de Salerno á Roma de antemano el aplauso jeneral y la confianza en el favor divino. Invicto Enrique en sesenta y seis refriegas, está ahora temblando á su asomo; recapacita ciertos negocios imprescindibles, que requieren su presencia en Lombardía; encarga á los Romanos suma perseverancia en su homenaje, y se retira arrebatadamente tres dias antes de la llegada de los Normandos. El hijo de Tancredo de Hauteville, en menos de tres años, paladea la gloria de libertar al papa y precisar á entrambos emperadores de Levante y Poniente á huir ante sus armas victoriosas (85). Mas aquel triunfo vino á nublarse con los padecimientos de Roma, pues los parciales de Gregorio habian logrado horadar ó escalar los muros; mas el bando imperial campeaba todavía eficazmente, y al tercer dia se disparó el vecindario con tremenda asonada; y prorumpiendo el vencedor por su defensa ó venganza en una voz arrebatada, se acudió al incendio y al saqueo (86). Los Sarracenos de Sicilia, súbditos de Rojer y auxiliares de su hermano, se abalanzaron á coyuntura tan obvia para envilecer y profanar la ciudad santa de los Cristianos; violacion, cautiverio ú muerte es el paradero de ciudadanos á millares á vista de su padre espiritual, y por sus propios auxiliares, hasta el punto de quedar abrasado y aun yermo un grandioso barrio desde el Luterano hasta el Coliseo (87). Tiene Gregorio que desviarse de un vecindario que le aborrece, ajeno ya de toda zozobra por su mando, y acaba sus dias en Salerno. Cabe en el certero pontífice el esperanzar halagüeñamente á Guiscardo con una corona romana ó imperial; mas este paso en estremo resbaladizo, inflamara mas y mas la ambicion del Normando, y enemistara desde luego á los príncipes mas íntimos de Alemania.

Cabia el explayarse ya con algun sosiego al libertador y abrasador de Roma; pero en el mismo año de la huida del emperador aleman, vuelve el incansable Roberto á estremar su ahinco en la conquista oriental. El afan agradecido de Gregorio sigue brindando á su denuedo con los reinos de Grecia y Asia (88), y agólpanse ufanas sus tropas triunfadoras en demanda de mas peleas. Ana, en sus arranques de Homero, parangona aquella muchedumbre con un enjambre de abejas (89), pero ya queda deslindado el poderío nada exorbitante de Guiscardo, embarcado ahora en ciento y veinte bajeles, y por estar adelantada la estacion, se antepuso el fondeadero de Brindis á la carretera de Otranto (90). Temeroso Alexio

de segundo avance, se habia esmerado en reponer las fuerzas navales del imperio, y recabó de la república veneciana el cuantioso refuerzo de treinta y seis transportes, catorce galeras y nueve galeotas, de peregrina grandiosidad y resistencia. Pagóse colmadamente el auxilio con franquicias, ó monopolios en el comercio, la concesion productiva de muchas tiendas, y aun casas en el mismo puerto de Constantinopla y un tributo á San Marcos en estremo halagüeño por cuanto se imponia á la república de Amalfi su competidora. Cuaja la escuadra combinada de Griegos y Venecianos el Adriático; pero su flojedad, el desvelo de Roberto, ú el beneficio de una niebla, franquean tránsito espedito y las tropas Normandas desembarcan á su salvo en la costa del Epiro. El arrojado duque embiste ejecutivamente con veinte galeras al enemigo, y aunque avezado á pelear á caballo, aventura su propia vida y las de su hermano y dos hijos al vaiven de un trance naval. Tres peleas se traban á la vista de Corfú por el señorío del mar; en las dos primeras, la maestría y el número de los aliados predominan; pero en la tercera logran los Normandos completísima victoria (91). Huyen dispersos afrentosamente los bergantincillos griegos; y aunque allá los nueve castillos venecianos contrarestan porfiadamente el avance, siete van á pique, y dos se rinden; en vano hasta dos mil y quinientos prisioneros están implorando conmiseracion, y la hija de Alexio decanta llorosamente el malogro de trece mil súbditos ó aliados. El desempeño de Guiscardo suplió su bisoñez, pues por las tardes tras el toque de su retirada se engolfaba en recapacitar con ahinco los móviles de su rechazo é ideando luego arbitrios para remediar su insuficiencia, para inutilizar las ventajas del enemigo. Sobreviene el invierno y le ataja sus adelantos; pero asoma la primavera, y aspira luego á la toma de Constantinopla no atravesando las serranías del Epiro, sino encarándose con la Grecia y sus islas, donde los despojos compensarian los quebrantos y las fuerzas terrestres y marítimas esforzarian sus conatos con pujanza y acierto. Mas ¡ay! que en la isla de Cefalonia, una dolencia epidémica desahucia sus arrojos; y el mismo Roberto fallece á los setenta años de edad, en su tienda, sonando desde luego sospechas de envenenamiento por parte de su propia mujer, ó del emperador griego (92). Campo dilatado ofrece aquella muerte anticipada á los ímpetus de la fantasía para idear hazañas venideras, y el acontecimiento demuestra muy á las claras que el encumbramiento Normando se cifraba todo en los ámbitos de su vida (93). Aquella hueste victoriosa, sin asomar enemigos, se retira y dispersa revuelta y consternadamente, y el trémulo Alexio se huelga con su salvamento. Naufraga por las costas de Italía la galera portadora de los restos de Guiscardo; pero se recojió el cadáver depositándolo luego en el sepulcro de Venusia (94), lugar mas esclarecido con el nacimiento de Horacio (95) que con entierros de héroes Normandos. Su hijo segundo y sucesor Rojer yació luego apeado en la

humilde jerarquía de duque de la Pulla, y con este aprecio parcial el valeroso Bohemundo tuvo que reducirse á la herencia de su espada; y así anduvo hasta que la primera cruzada contra los infieles del Oriente le despejó campo mas anchuroso de glorias y conquistas (96).

Los intentos mas grandiosos, al par de los mas ínfimos de la vida humana, yacen luego empozados en la huesa. A la segunda jeneracion quedó la línea masculina de Roberto Guiscardo estinguida, tanto en la Pulla como en Antioquía pero su hermano menor encabezó una alcurnia de reyes, y el hijo del gran conde resplandeció dotado con el nombre, las conquistas y el denuedo de aquel Rojer mas antiguo (97). El heredero del aventurero Normando nació en Sicilia y á los cuatro años le cupo ya la soberanía de la isla, herencia que la racionalidad pudiera envidiarle si le correspondiera empaparse en los anhelos soñados, aunque pundonorosos de señorío y mando. Si Rojer se ciñera á su pingüe patrimonio bendijera un pueblo agradecido á su bienhechor; y si su desempeño atinado restableciera la prosperidad colmada de las antiguas colonias griegas (98) el poderío opulento de Sicilia por sí solo igualara los mayores ámbitos que pudieran proporcionar las furias asoladoras de la guerra. Carecia de arranques tan sublimes la ambicion rastrera del gran conde, ateniéndose á los móviles vulgarísimos de la doblez y la tropelía. Se empeñó en vincular para sí la posesion de Palermo que estaba promediando con la rama primójenita; se aferró en dilatar sus linderos en Calabria, propasándose de los convenios anteriores, y estaba acechando ansiosamente la salud quebrantada de su primo Guillermo de la Pulla, nieto de Roberto. Al primer aviso de cercana muerte, da Rojer la vela en Palermo con siete galeras, fondea en la bahía Salerno, juramenta con diez dias de negociacion la capital Normanda, impone capitulacion á los barones, y recaba la investidura forzada de los papas; quienes no aciertan á prescindir de la amistad ni de la oposicion de vasallo tan poderoso. Se desentiende respetuosamente de Benevento como patrimonio de San Pedro; pero con el avasallamiento de Capua y Nápoles redondea los intentos de su tio Guiscardo; y el victorioso Rojer se apropia la herencia cabal de las conquistas Normandas. Engreido con la superioridad de su mérito y poderío, menosprecia los dictados de conde ó duque, y la isla de Sicilia con tal vez el tercio del continente de Italia formaban el conjunto de un reino (99) que tan solo rendiria parias á la monarquía de Francia ó de Inglaterra. Los caudillos de la nacion que lo acataron al coronarle en Palermo, quizás espresaron en que concepto los habia de avasallar; mas los ejemplares de un tirano griego ú de un emir sarraceno no alcanzaban á sincerar el predicamento rejio y los nueve reyes del mando latino (100) orillarian al nuevo consocio, mientras autorizadamente no lo consagrase el pontífice Romano. Allanóse gustosamente Anacleto á revalidar un dictado

que el altanero Normando se doblegaba á solicitarlo (101); mas la elec-cion contrapuesta de Inocencio II era un embate contra su lejitimidad, y mientras Anacleto permanecia sentado en el Vaticano, las naciones de Europa iban reconociendo á su fujitivo mas certero. El arrimo aciago de aquel prelado conmovió y casi dió al través con la monarquía de Rojer, y la espada de Lotario II de Alemania, las excomuniones de Inocencio, las escuadras de Pisa y los afanes de San Bernardo se hermanaron para el vuelco del salteador Siciliano. Se resiste gallardamente el príncipe Normando pero lo arrojan del continente; el papa y el emperador revisten á un nuevo duque de la Pulla, llevando cada uno de ellos los estremos del *gonfanon* ó sumo estandarte, en señal de corroborar el derecho y atajar la contienda. Mas intimidad tan celosa no podia menos de ser insubsistente, las huestes alemanas fenecieron por enfermedades ó descercion (102) el duque pullés con sus secuaces yacieron á manos de un vencedor inexorable con vivos y con difuntos; pues al par de su antecesor Leon IX el apocado aunque altanero, vino á parar en prisionero y luego amigo de los Normandos, solemnizando los arranques de aquella reconciliacion la elocuencia de todo un san Bernardo, que estaba reverenciando el dictado y las prendas del rey Siciliano.

Pudiera este, por via de penitencia, tras su guerra malvada contra el sucesor de San Pedro, comprometerse á tremolar el pendon de la cruz; y desde luego acudió ufanísimo á desempeñar un voto tan adecuado á sus intereses y venganzas. Los agravios aun recientes de la Sicilia estaban clamando por represalias sobre las cervices sarracenas y los Normandos emparentados con tantísimas ramas de súbditos, vinieron á desalarse por competir en trofeos navales con sus mayores y en la cumbre ya de su pujanza se les hacia obvio el habérselas con una potestad africana en su menguante. Al partir para el Ejipto, el fatimita califa galardonó el mérito efectivo, la fidelidad aparente de su criado José con el don de su manto real, cuarenta caballos árabes su palacio castosamente alhajado y el gobierno de los reinos de Tunez y de Arjel. Los Zeírides (103), aunque descendientes de José, trascordaron su homenaje y agradecimiento á un bienhechor tan remoto y así se empaparon desmedidamente en los frutos de su prosperidad y tras la brevísima carrera de una dinastía oriental yacian desfallecidos en sumo desamparo. Oprimíanles los Almohades por tierra como marroquíes fanáticos, mientras la costa marítima desmayaba patente á los intentos de Griegos y Francos, quienes á fines del siglo XI habian cobrado por via de rescate hasta doscientas mil monedas de oro. Al primer embate de Rojer la islilla ó peñasco de Malta, ennoblecido despues con las ínfulas de colonia militar ó relijiosa, quedó incorporada inseparablemente con la Sicilia monárquica. Trípoli (104) ciudad fuerte y marítima, fué su segunda tentativa y matando varones y cautivando hembras;

podia sincerarse con la práctica de los mismos Musulmanes. Llamábase Africa por el país, la capital de los Zeirides y Mahadia (105) por su fundador árabe; está fuertísimamente fortificada sobre una garganta de tierra, mas la fertilidad de su campiña no resarce las nulidades de su fondeadero. El almirante siciliano Jorge asoma sobre Mohadia con una escuadra de ciento y cincuenta galeras, colmadamente surtida de jente y de instrumentos asoladores, huye el soberano, el gobernador se desentiende de toda capitulacion, sortea el asalto postrero é incontrastable, y salvándose encubiertamente con sus Musulmanes, franquea la plaza con sus tesoros á los apresadores Francos. Luego en sus respectivas espediciones el rey de Sicilia ó sus tenientes, van sojuzgando las ciudades de Tunez, Safao, Capsioa, Bona y larguísima tirada de costa (106); guarnecen fortalezas, pechan el pais y la jactancia de tener avasallada el Africa se le pudiera aplicar con visos de lisonja á la espada de Rojer (107). Quiébrase aquel acero con su muerte, y las posesiones ultramarinas quedan desatendidas, evacuadas ó perdidas bajo el reinado revuelto del sucesor (108). Demostrado dejaron ya los triunfos de Escipion y de Belisario que el continente africano es muy accesible y conquistable; pero príncipes muy poderosos de la cristiandad han malogrado repetidamente sus armamentos contra la morisma que puede todavía blasonar de su llana conquista y dilatada servidumbre de España.

Desde el fallecimiento de Roberto Guiscardo, habian los Normandos orillado, por mas de sesenta años, sus hostiles intentos contra el imperio del Oriente. El estadista Rojer, ansió la hermandad pública y privada con los príncipes Griegos, para realzar mas y mas su propia soberanía; pidió para su desposorio una hija de la dinastía Comnenia, y aun los primeros pasos del tratado, rayaron con visos de expresivo agasajo, pero luego el desairado recibimiento de sus mensajeros, lastimaron las ínfulas del nuevo monarca, y los desacatos de la Corte bizantina vinieron á recaer, segun la práctica de las naciones, con mortal quebranto, sobre un pueblo inocente (108). Ostentóse el almirante Jorje con una escuadra de sesenta galeras delante de Corfú; y el vecindario, de suyo desafecto, se le entrega rendidamente, bajo el concepto de que un sitio es todavía mas aciago que un tributo. En aquella invasion, de alguna entidad para la historia del comercio, los Normandos se fueron esplayando por mar hasta las provincias de Grecia, y la rapiña y la crueldad, anduvieron hollando la ancianidad augusta de Atenas, Tebas y Corinto. No constan las tropelías cometidas en Atenas; pero los cristianos latinos escalaron el recinto indefenso de la opulenta Tebas, y tan solo le cupo el acudir al Evanjelio para corroborar el juramento de que su gobierno ninguna reliquia de su herencia ó industria tenia encubiertas. Al primer asomo de los Normandos, quedó evacuada la parte inferior de

Corinto; retiráronse los Griegos á su encumbrada ciudadela, copiosamente abastecida con el manantial clásico de Pirene; fortaleza inespugnable, si las ventajas del arte ó la naturaleza alcanzasen á contrapesar el sumo desaliento. No bien trepan los sitiadores sobre las faldas, su jeneral, atónito con tan obvia victoria, señorea la eminencia y manifiesta su agradecimiento al cielo, apeando del altar la imágen preciosa de Teodoro, el santo tutelar del vecindario (109). Los tejedores de seda de ambos sexos que trasladó Jorje á Secilia, constituyeron su despojo mas selecto, y al prendarse de primores tan industriosos y contrapuestos á la flojedad y cobardía de la soldadesca, prorumpió á voces en que la rueca y el telar eran las únicas armas que acertasen á manejar los Griegos. Dos acontecimientos descuellan en el auje de aquel armamento naval, á saber, el rescate del rey de Francia, y el insulto á la capital Bizantina. Apresaron los Griegos á Luís VII en su regreso por mar de una cruzada fatalísima, atropellando ruinmente las leyes del pundonor y de la Religion. El encuentro venturoso de la escuadra normanda libertó al cautivo real, y tras un agasajo grandioso y honorífico con la corte de Sicilia, continuó Luís su viaje á Roma y París (110). Con la ausencia del emperador, quedaron Constantinopla y el Helesponto indefensos y sin asomo de zozobra. El clero y el vecindario; pues la soldadesca estaba siguiendo los pendones de Manuel, se quedaron atónitos y despavoridos con la presentacion hostil de una línea de galeras, que denodadamente fondeó al frente de la ciudad imperial. Desproporcionadas son las fuerzas del almirante siciliano para el intento de sitiar, y menos de asaltar, una capital tan inmensa y populosa; mas Gregorio paladeó la arrogancia de humillar las ínfulas griegas, y dejar señalado el rumbo para las conquistas á las armadas occidentales. Desembarcó unas guerrillas, para esquilmar los pensiles reales, y aguzó con puntas de plata, ó mas probablemente de fuego, los flechazos que disparó contra el palacio de los Césares (111). Aparentó Manuel, menospreciar aquel escarnio desaforado de los piratas sicilianos, mientras estimulaba á la venganza su propia bizarría y las fuerzas del imperio. Su armada y la veneciana cuajan el Archipiélago y el mar Jónico; mas no alcanzo á fantasear, cuanto mas á computar tantísimos bajeles de todas clases, abultándolos hasta mil y quinientos en la suma del historiador bizantino. Brio y maestría eran el alma de sus operaciones, y Jorge en su retirada, vino á perder quince galeras descarriadas y caidas en manos de su enemigo; defiéndese Corfú porfiadamente, mas luego implora la clemencia de su soberano legítimo, sin que asome en el ámbito del imperio, nave ó soldado normando, que no sea prisionero de aquel poderío naval. La prosperidad y la salud de Rojer iban ya en decadencia, y mientras estaba en su palacio de Palermo escuchando con ahinco nuevas de victorias ó derrotas, el invicto Manuel encabezaba to-

do embate, sonando y resonando entre Griegos y Latinos como el Alejandro, ú el Hércules de su siglo.

Príncipe tan denodado no cabia que se desentendiese de aquel desacato de parte de un bárbaro. Incumbia á Manuel la obligacion, cumplia al interés y á la gloria de Manuel, el rechazo cabal de tanta demasia, sino el restablecimiento de la majestad antigua del imperío, y recobrar las provincias de Italia y Sicilia, escarmentando al supuesto rey, nieto de un vasallo Normando (112). Afectísimos permanecian los Calabrases al idioma y al culto griego vedado inexorablemente por el clero latino. Acabados los duques, se reclamó la Pulla como apéndice servil de la corona de Sicilia: á los filos de su espada, estuvo mandando el fundador de la monarquía, con cuya muerte menguó la zozobra, mas no el desabrimiento en sus vasallos. El gobierno feudal, abrigaba siempre en el disparador semillas de rebeldía, y un sobrino del mismo Rojer se estuvo brindando á los enemigos de su nacion y alcurnia. Las ínfulas imperiales y un cúmulo de guerras húnguras y turcas, imposibilitaron á Manuel su embarque personal en la espedicion italiana; pero encarga el mando de su ejército y armada al valeroso é hidalgo Paleólogo, su lugarteniente, quien estrema su bizarría en el sitio de Bari, y en todas sus operaciones el móvil del oro, acompaña, allana, al par del acero, el rumbo de la victoria. Salerno y tal cual plaza por la costa occidental se aferraron en su lealtad al rey normando; pero en dos campañas vino á quedarse sin lo mas de sus posesiones continentales, y el emperador preciado de modesto, y agenísimo de toda lisonja y falsedad, se mostró pagado con allanar como trescientas ciudades ó aldeas, cuyos nombres y dictados se estaban ostentando por las paredes de su palacio. Agasajó á los Latinos de Pulla y Calabria con un regalo efectivo ú soñado, bajo el sello de los Cesares Alemanes (113); mas el sucesor de Constantino, orillando luego aquel pretesto indecoroso, abogó por su señorío incontrastable de toda Italia, y pregonó su intento de aventar los bárbaros tras la cumbre de los Alpes. Mediaron arengas halagüeñas y grandiosas, promesas del aliado oriental, para recabar de las ciudades libres que echasen gallardamente el resto contra el despotismo de Federico Barbaroja; acudió Manuel á costear los nuevos muros de Milan, y acanaló, dice el historiador, un rio de oro al pueblo de Ancona, de suyo propenso á los Griegos, por su encono celoso contra los Venecianos (114). Ancona, con su situacion y comercio, era un antemural en el corazon de Italia; sitióla dos veces Federico; pero el denuedo de la independencia, rechazó otras tantas las fuerzas imperiales, y mas mediando el embajador de Constantinopla, premiador con riquezas y honores de cuantos descollaban con teson, patriotismo y fidelidad (115). Menospreció Manuel altaneramente toda hermandad con un bárbaro, esperanzando mas y mas ambiciosamente el

desnudar de la púrpura al usurpador aleman, y arraigar en el Occidente como en Levante un dictado lejítimo de único emperador de los Romanos. Anheló al intento estrecha alianza con el vecindario y el obispo de Roma; se les asocian varios nobles, y se celebran desposorios esplendorosos con Odo Franjipani, que robusteciendo la trascendencia de alcurnia tan predominante (116), proporcionó el colocar con el pendon imperial y su propia estampa con duradero acatamiento en la capital antigua (117); y así en la contienda de Alejandro III con Federico, recibió dos veces el Papa en el Vaticano á los embajadores de Constantinopla. Halagaban su religiosidad con el enlace tan decantado de ambas iglesias, cebando la codicia de una corte venal, y estimulando al pontífice para que con aquel desacato afianzase la coyuntura de doblegar el decoro bravío de los Alemanes, y reconocer el verdadero representante de Augusto y de Constantino (118).

Mas todo aquel boato de conquistas italianas y reinado universal, se desprendia en breve de la diestra del emperador griego. Soslayó advertidamente Alejandro III las primeras demandas, enfrenando así el ímpetu de revolucion tan memorable y trascendental (119), pues una contienda personal no pudo recabar del papa el desprendimiento de la herencia perpetua del nombre latino. Hermanado luego con Federico, prorumpe en espresiones mas terminantes, corrobora las actas de sus antecesores, escomulga á los parciales de Manuel, y pregona la separacion absoluta de ambas iglesias, ó por lo menos, de Constantinopla y Roma (120). Trascuerdan las ciudades libres de Lombardía á su bienhechor lejano, quien desquiciado ya con Ancona, se acarrea luego el encono de Venecia (121). El emperador griego, á impulsos de su codicia, ó por quejas de sus propios súbditos, detiene las personas, y confisca los haberes de los traficantes venecianos: tropelía violenta y alevosa que enfurece á un pueblo libre y tratante; en cien dias botan al agua y arman otras tantas galeras; van arrollando las costas de Dalmacia y Grecia, pero tras mutuos desmanes, se termina la guerra con un convenio indecoroso para el imperio y escaso para la república, reservando para la generacion siguiente el desagravio cabal de aquellas y otras ofensas. Participa luego á Manuel su lugarteniente, que se halla con fuerzas competentes para afianzar el sosiego de Pulla y Calabria; mas que no alcanzaron á contrarestar el embate que le están aparatando por parte del rey de Sicilia. Se realiza el anuncio, y falleciendo Paléologo, pára su mando en diversas manos de caudillos á cual mas eminente en jerarquía y mas menguado en su desempeño. Desfallecen los Griegos por mar y por tierra, y el resto que se salva á duras penas de las espadas y alfanjes de Normandos y Sarracenos, yace arrinconado y muy ajeno de hostilizar los dominios del vencedor (122). Absorto no obstante el rey de Sicilia con el teson brioso de

Manuel, recien desembarcado por segunda vez con su hueste por las playas de Italia, mira y acata al nuevo Justiniano, apetece una paz ó tregua de treinta años, acepta á fuer de don el dictado rejio, y se reconoce vasallo militar del imperio Romano (123). Los Césares Bizantinos, se huelgan con aquella sombra de señorío, sin contar con otra, y quizás sin echar menos hueste alguna normanda, conservando intacta por ambas partes la tregua de treinta años. A fines de aquella larga temporada, usurpó el solio de Manuel un tirano sangriento, odiado merecidamente en su patria, y por todo el linaje humano. Un fujitivo de la alcurnia Comnena, se valió de la espada de Guillermo II, nieto de Rojer, y cupo á los súbditos de Andrónico el agasajar amistosamente á unos advenedizos, aborreciendo á su soberano como execrable enemigo. Espláyanse los historiadores latinos (124) decantando los rapidísimos avances de los cuatro condes que invadieron la Romanía con ejército y armada, y fueron avasallando castillos y ciudades á la obediencia del rey de Sicilia. Tiznan y abultan los Griegos (125) las crueldades antojadizas y sacrílegas cometidas en Tesalónica la segunda ciudad del imperio; conduélanse aquellos del paradero de guerreros invictos y candorosos, degollados por las arterías de un enemigo ya vencido; al paso que los latinos vitorean triunfalmente los redoblados logros de sus compatricios en los mares de Mármara y la Propóntida, por las orillas del Estrimon y bajo los muros de Durazo. Una revolucion, castigando las maldades de Andrónico, habia por fin agavillado contra los Francos el afan y el denuedo de guerrilleros triunfadores; hasta diez mil fenecieron en refriega, y el nuevo emperador Isaac Anjelo pudo halagar su vanidad ó su venganza martirizando á cuatro mil cautivos. Tal fué el paradero de la postrer contienda entre Griegos y Normandos, y á los veinte años, entrambas naciones yacieron desconocidas ó afrentadas con servidumbre advenediza, y no cupo á los sucesores de Constantino, el sobrevivir y escarnecer á sus anchuras el vuelco de la monarquía siciliana.

El hijo y luego el nieto de Rojer, vinieron á empuñar sucesivamente su cetro, pudiendo equivocarse con el nombre comun de Guillermo; pero deslíndanlos de estremo á estremo los adjetivos de *malvado* y de *bondadoso*; mas no lo fueron en tantísimo grado, ni el uno ni el otro, que les cuadre cabal y respectivamente tamaño conotado. El primer Guillermo, en mediando armas y peligros, no desdecia de aquel denuedo jenial de su alcurnia; mas vivia apoltronado y era de suyo relajadísimo, y sobre todo arrebatado, y luego sobre el monarca vienen á recaer no tan solo sus desbarros personales, sino los de su almirante Mayo, que estuvo abusando de la privanza y llegó á conspirar contra la vida de su bienhechor. Con la conquista de los Arabes, las costumbres orientales trascendieron en gran manera á la Sicilia, con su despotismo y boato, y

hasta el haren de un sultan; y así un pueblo yacia como escarnecido y atropellado con el predominio de los eunucos, profesando á las claras, ó apeteciendo reservadamente la Religion mahometana. Rasguea un historiador contemporáneo y elocuente (126) los quebrantos de su patria (127); la ambicion y el vuelco del ingrato Mayo; la rebeldía y castigo de sus asesinos; el encarcelamiento y rescate del mismo rey: los enconos particulares que abortó tantísima revuelta, y los varios géneros de infortunios y discordias, que estuvieron acosando á Palermo, á la isla y al continente en el reinado de Guillermo I, y la minoría de su hijo. Embelesada está la nacion con la mocedad, inocencia y galanura de Guillermo II (128); renacen las leyes; hermánanse los bandos; y desde los asomos varoniles hasta la temprana muerte de príncipe tan precioso, está la Sicilia paladeando una temporada harto breve de paz, equidad y bienandanza, cuyo precio se realzaba con el recuerdo de lo pasado y la zozobra por lo venidero. Finó con el segundo Guillermo la posteridad lejítima y varonil de Tancredo de Hauteville; mas la tia de aquel, hija de Rojer, y casada con el príncipe mas poderoso de aquel siglo, y Enrique VI, hijo de Federico Barbaroja, se descolgó de los Alpes en demanda de la corona imperial y de la herencia de su esposa. Contra un pueblo libre y unánime, no cabia mas rumbo para posesionarse de aquella que el de las armas, y voy gustosísimo á trasladar aquí el contenido muy conceptuoso del historiador Falcanda, que está escribiendo en el propio trance y sitio, con los arranques de un patriota y la mirada profética de un estadista. « Constancia, natural de Sicilia, empapada desde la cuna en deleites y opulencia, y educada con los primores y modales de esta isla venturosa, se marchó allá dias hace, á enriquecer unos bárbaros con nuestros tesoros, y vuelve ahora con su parantela bravía para mancillar las galas de su hermosísimo regazo. Ya estoy viendo esos enjambres de bárbaros sañudos; conmueven mil zozobras á nuestras ciudades lujosas y á los parajes mas florecientes con la paz dilatada; ¡ay! qué matanzas las enlutan, rapiñas las asuelan y desenfreno atroz las estraga! Ya presencio el degüello ú el cautiverio de nuestros ciudadanos, y los atropellamientos de nuestras doncellas y matronas (129). En tan sumo trance (está preguntando á un amigo) ¿cómo se han de manejar los Sicilianos? Con la eleccion unánime de un rey valeroso y práctico, pudieran salvarse la Sicilia y la Calabria (130); pero en la liviandad de los Pulleses, siempre ansiosos de mas y mas revueltas, nada descubro, confio ni esperanzo (131). Aun perdida la Calabria, los torreones encumbrados, la muchedumbre lozana y las fuerzas navales de Mesina, pudieran atajar el tránsito á todo advenedizo. Si los Alemanes montaraces, se hermanan con los piratas de Mesina, si van talando á hierro y fuego la rejion pingüe tantas veces abrasada con las llamas del Etna (132), ¿cuál recurso

vendrá á quedar para el interior de la isla, esclarecidas ciudades, que jamás debieran hollarse por las plantas enemigas de ningun bárbaro? (134) Volcó de nuevo un terremoto á Catania; la gallardía antigua de Siracusa está feneciendo en el desamparo y la soledad (135); mas corona todavía su diadema á Palermo, y sus muros triplicados están ciñendo muchedumbre de Cristianos y Sarracenos. Si cabe el hermanarse entrambas naciones bajo un solo rey, se dispararán sus armas invictas sobre los bárbaros; pero si los Sarracenos, acosados con tantísima tropelía se retiran y se rebelan; si se aposentan y encastillan por las cumbres y las costas, los desventurados Cristianos, acosados por encontrados embates, y metidos, por decirlo así, entre el martillo y el yunque, yacerán mas y mas en desahuciada servidumbre (136) » Téngase muy presente, que un sacerdote está aquí sobreponiendo su patria á su relijion, y que los musulmanes, á cuya hermandad acude, eran todavía muchos y poderosos en el estado de Sicilia.

Colmadas quedaron por el pronto las esperanzas ó por lo menos las ansias de Falcando, con la eleccion libre y unánime de Tancredo, nieto de aquel rey primero cuyo nacimiento era ilejítimo, y cuyas prendas civiles y militares descollaron sin el menor lunar. En los cuatro años de su reinado y vida, se mantuvo armado al confin de la Pulla contra el poderío aleman y la devolucion de una cautiva real, de la misma Constancia, sin agravio ni rescate aparece como superior á toda mira política y aun decorosa. A su fallecimiento, su reino, en manos de una viuda y de un niño, se desplomó sin resguardo, y Enrique adelantó su marcha victoriosa desde Capua hasta Palermo (año 1194). Con aquella preponderancia fué al través el equilibrio político de la Italia, y si el papa y las ciudades libres atendieran á sus intereses tan obvios y positivos hermanaran las potestades celestes y terrenas para precaver la union azarosa del imperio aleman con el reino de Sicilia; pero la sutileza estadística que ha merecido tantísimos loores y cargos al Vaticano, se cegó en aquella coyuntura, y se adormeció lastimosamente; y si fuese cierto que Celestino III aventase con su planta la corona imperial de las sienes del postrado Enrique (137), semejante disparo de unas ínfulas desvalidas, tan solo conduciria para desentenderse de una obligacion y enconar á un enemigo. Los Jenoveses con las alas de su establecimiento y comercio provechosísimo en Sicilia, se ufanaron con la promesa de un agradecimiento entrañable y prontísima partida (138); señoreaban sus escuadras el estrecho de Mesina, y franqueaban el fondeadero de Palermo y la primera jestion del nuevo gobierno fué abolir los privilejios y apropiarse los haberes de aliados tan indiscretos. Desesperanzaron luego á Falcando las desavenencias de Cristianos y Musulmanes; pelearon en la misma capital; murieron miles de los segundos; pero los restantes se encastillaron por las serranías y estuvieron alterando

el sosiego de toda la isla por treinta años. Ideó Federico II el trasladar hasta sesenta mil Sarracenos á Notera en la Pulla, y tanto él como su hijo Manfredo en sus guerras contra la Iglesia Romana robustecieron indecorosamente sus huestes con los enemigos de Cristo. Mientras aquella colonia nacional mantenia su Religion y costumbres en el corazon de Italia hasta que á fines del siglo trece la casa de Anjú por celos y venganzas vino á exterminarla (139). La crueldad y codicia de los conquistadores alemanes sobrepujó á cuantas desventuras tenia profetizadas el orador lloroso. Profanaban sepulcros réjios y escudriñaban por el palacio la ciudad, y todo el reino sus ansiados tesoros, suerte era el poner en salvo piedras y joyas esquisitas; pero llegaron á cargar hasta ciento y sesenta caballos con oro y plata de la Sicilia (140). Fueron encarcelando al rey niño, á su madre y hermanas con los nobles de ambos sexos en fortalezas separadas por los Alpes, defraudando á los cautivos al menor eco de rebeldía, ya de la vida, ya de los ojos ó bien de toda esperanza de sucesion. Condolióse la misma Constancia de los quebrantos de su patria, y la heredera de la línea Normanda tenia que forcejar contra su despótico marido para rescatar el patrimonio de su hijo recien-nacido de aquel emperador tan afamado en el siglo siguiente bajo el nombre de Federico II. A los diez años de aquella revolucion, los monarcas franceses incorporaron con la corona el ducado de Normandía; pues el cetro de sus antiguos duques habia pasado por la nieta de Guillermo el Conquistador en la casa de Plantajeneto, y los Normandos siempre aventureros, vinieron tras mil trofeos en Francia, Inglaterra, Irlanda, Pulla, Sicilia y el Oriente, á sumirse por fin, con sus victorias y su servidumbre en el conjunto de las naciones vencidas.

NOTAS

correspondientes al capítulo quincuajésimosexto.

(1) Para la historia jeneral de la Italia en los siglos IX y X, me puedo referir con propiedad á los libros V, VI, y VII de Sigonio de Regno Italiæ (en el volúmen segundo de sus obras, Milan, 1732); los Anales de Baronio, con la Crítica de Pagi; los libros VII y VIII de la Historia Civile del Regno di Napoli de Giannone; los volúmenes VII y VIII

(edicion en octavo) de los Annali d' Italia de Muratori, y el 2.° volúmen del Abrégé Chronologique de M. de St. Marc, obra que, bajo un título superficial, contiene mucha instruccion y esmero eficaz. Pero un lector ya muy acostumbrado me dará crédito para decir que yo mismo he acudido á la fuente, cuantas veces tal empeño podia ser provechoso ó accesible; y que he hojeado cuidadosamente los orijinales en los primeros volúmenes de la gran Coleccion de los *Scriptores Rerum Italicarum* por Muratori.

(2) Camilo Pellegrino, docto capuano del último siglo, ha ilustrado la historia del ducado de Benevento, en sus dos libros, Historia Principum Longobardorum, en los Scriptores de Muratori, tom. II. pars I. p. 221—245. y tom. V. p. 159—245.

(3) Véase Constantino Porphyrogen. de Thematibus, l. II. c. XI. en Vit. Basil. c. 55. p. 181.

(4) La epístola orijinal del emperador Luís II al emperador Basilio, curiosa memoria del siglo, se publicó primero por Baronio (Annal. Eccles. A. D. 871, No. 51—71.), del manuscrito Vaticano de Erchemperto, ó mas bien del historiador anónimo de Salerno.

(5) Véase una excelente Disertacion de República Amalphitana, en el Apéndice (p. 1—42.) de la Historia Pandectarum de Enriqué Brencman (Trayecti ad Rhenum, 1722, en 4.°).

(6) Vuestro amo, dice Nicéforo, ha dado auxilio y proteccion principibus Capuano et Beneventano, servis meis, quos oppugnare dispono... Nova (potius *nota* res est quod eorum patres et avi nostro Imperio tributa dederunt (Luitprando, in Legat. p. 484). No se hace mencion de Salerno; sin embargo, el príncipe cambió su partido por el mismo tiempo, y Camilo Pellegrino (Script. Rer. Ital. tom. II. pars I. 285) ha deslindado con tino este trueque en el estilo de la Crónica anónima. Sobre el fundamento racional de la historia y lenguaje; Luitprando (p. 480.) habia afianzado la pretension latina á Apulia y Calabria.

(7) Véanse los Glosarios griego y latino de Ducange (Κατεπανω, *catapanus*), y sus notas sobre la Alexíada (p. 275.). Contra la nocion contemporánea, que lo deriva de Κατα παν, *juxta omne*, lo trata como corrupcion del latin *capitaneus*. Sin embargo, M. de St. Mare ha deslindadoesm eradamente (Abrégé Chronologique, tom. II. p. 924.) que en este siglo los capitanes no eran *capitanes*, sino solamente nobles de alta categoría, los grandes mandarines de Italia.

(8) Ου μονον δια πολεμων ακριβως τεταγμενων το τοιοτον οπηγαγε τοεθνος (los Lombardos) αλλα και αγ χινοια χρησαμενος, και δικαιοσυνη και χρηψοτητι, επιεικως τε τοις προσερφομενοις προσφερομενοσ και την ελευθεριαν αυτοις πασης τε δουλειας, και των αλλαν φορολογικων χαριζομενος (Leon. Tactic. c. XV. p. 741.). La breve

Crónica de Benevento (tom. II. pars I. p. 280.) da un bosquejo muy diferente de los Griegos durante los cinco años (A. D. 891—896) que Leon fue dueño de la ciudad.

(9) Calabriam adeunt, eamque inter se divisam reperientes funditus depopulati sunt (ó depopularunt), ita ut deserta sit velut in diluvio. Tal es el texto de Heremperto, ó Erchemperto, segun las dos ediciones de Caraccioli (Rer. Italic. Script. tom. V. p. 23.) y de Camilo Pellegrino (tom. II. pars I. p. 246.). Ambos quedaron en estremo escasos, cuando fueron reimpresos por Muratori.

(10) Baronio (Annal. Eccles. A. D. 874. No. 2.) ha sacado esta historia de un manuscrito de Erchemperto, que murió en Capua solo quince años despues del suceso. Pero el cardenal se equivocó por un falso título, y solo podemos citar la Crónica anónima de Salerno (Paralipomena c. 110.), compuesta á fines del siglo X, y publicado en el segundo volúmen de la Coleccion de Muratori. Véanse las Disertaciones de Camilo Pellegrino, tom. II. pars I. 231—281, etc.

(11) Constantino Porfirojénito (en Vit. Basil. c. 58 p. 183.) es el autor orijinal de esta historia. La pone bajo los reinados de Basilio y Luís II; sin embargo, la reduccion de Benevento por los Griegos es fecha A. D. 891, despues de la muerte de ambos príncipes.

(12) En el año 663, la misma trajedia se describe por Paulo el Diácono (de Gestis Longobard. l. V. c. 7, 8. p. 870, 871. edit. Grot.), bajo las murallas de la misma ciudad de Benevento. Pero los actores son diferentes, y la culpa se achaca á los Griegos mismos, la cual en la edicion bizantina se imputa á los Sarracenos. En la última guerra en Jermania, Mr. d' Assas, oficial francés del regimiento de Auvernia, *se dice* que se consagró de un modo semejante. Su comportamiento es tanto mas heróico, cuanto únicamente se le exijia el silencio por parte del enemigo que le habia hecho prisionero (Voltaire, Siècle de Louis XV. c. 33. tom. IX. p. 172.).

(13) Teobaldo, á quien Luitprando llama *Heros*, era propiamente duque de Spoleto y marqués de Camerino, desde el año 926 al 935. El título y empleo de marqués (caudillo de la raya ó frontera) fue introducido en Italia por los emperadores franceses (Abrégé Chronologique, tom. II. p. 645—732, etc.).

(14) Luitprando, Hist. l. IV. c. IV. en los Rerum Italic. Script. tom. I. pars I. p. 453, 454. Si se pone en duda la marcialidad del cuento, puedo esclamar, con el pobre Sterne, que es arduo el no poder copiar con cautela, lo que un obispo pudo escribir si escrúpulo. ¿Qué tal si hubiese traducido, ut viris certitis testiculos amputare, in quibus nostri corporis refocillatio, etc. ?

(15) Los monumentos orijinales de los Normandos en Italia estan recopilados en el volúmen V de Muratori; y entre estos podemos entresacar el poema de Guillermo Apulo (p. 245—278.) y la historia de Galfrido *(Jeffroy)* Malaterra (p. 537—607.). Ambos eran naturales de Francia, pero escribieron sobre el terreno, en el siglo de los primeros conquistadores (antes del A. D. 1100), y con el desenfado de sugetos independientes. Es inútil recapitular los recopiladores y críticos de la historia italiana, Sigonio, Baronio, Pagi, Giannone, Muratori, S. Marc, etc. los cuales he consultado siempre, y nunca copiado. *

(16) Algunos de los primeros convertidos fueron bautizados diez ó doce veces, á causa del vestido blanco que se acostumbraba dar en esta ceremonia. En el funeral de Rollo, los dones á los monasterios para descanso de su alma, iban acompañados de un sacrificio de cien cautivos. Pero en una ó dos jeneraciones, el cambio nacional fue puro y comun.

(17) La lengua danesa se hablaba todavía entre los Normandos de Bayeux en la costa marítima, en tiempo (A. D. 940.), que estaba olvidada en Ruan, en la corte y capital. Quem (Ricardo I.) confestim pater Baiocas mittens Botoni militiæ suæ principi nutriendum tradidit, ut, ibi *lingua* eruditis *Danica*, suis exterisque hominibus sciret apertè dare responsa (Wilhem. Gemeticensis de Ducibus Normannis, l. III. c. 8. p. 623. edit. Camden). Del idioma nativo y predilecto de Guillermo el Conquistador (A. D. 1035), Salden (Opera, tom. II. p. 1640—1656.) ha dado una muestra anticuada y obscura aun para los anticuarios y abogados. **

(18) Véase Leandro Alberti (Descrizione d' Italia, p. 250.) y Baronio (A. D. 493, N.° 43.). Si el arcánjel heredó el templo y oráculo, quizás la caverna, del anciano Calchas el adivino, (Strab. Geograph.

(*) M. Goutier d'Arc ha descubierto una traduccion de la Crónica de Aimé, monje del monte Cassino, contemporáneo de los primeros invasores Normandos de Italia. Se ha valido de ella en su Histoire des conquetes des Normands, y añadido un sumario de su contenido. Esta obra se citó por escritores recientes, pero se suponia que se habia descarriado enteramente. — M.

(**) Una partida de Normandos, al volver de la Tierra Santa habian librado la ciudad de Salerno del ataque de una numerosa escuadra de Sarracenos. Gaimar príncipe Lombardo de Salerno quiso quedárselos en su servicio, y tomarlos bajo su sueldo. Ellos respondieron: « Combatimos por nuestra Religion, y no por el dinero. » Gaimar les suplicó que enviasen algunos caballeros Normandos á su Corte. Este parece haber sido el oríjen de la conexion de los Normandos con Italia. Véase Histoire des Conquêtes des Normands, por Goutier d' Arc. l. I c. I Paris 1830.— M.

l. VI. p. 435, 436.), los Católicos (en esta ocasion) han superado á los Griegos en la finura de su supersticion.

(a) A escepcion de diez ninguno pereció en el campo. Chronique d' Aimé, tom. I. p. 21., citado por M. Gautier d' Arc, p. 43.—M.

(19) Véase el primer libro de Guillermo Apulo. Sus palabras son aplicables á todo enjambre de bárbaros y saqueadores:

Si vicinorum quis *pernitiosus* ad illos
Confugiebat, eum gratanter suscipiebant:
Moribus et lingua quoscumque venire videbant
Informant propria; gens efficiatur ut una.

Y en otra parte, de los aventureros nativos de Normandía:

Pars parat, exiguæ vel opes aderant quia nulæ:
Pars, quia de magnis majora subire volebant.

(b) Esta relacion no es positiva. Despues de la retirada del emperador Enrique segundo, los Normandos, unidos bajo el mando de Rainulfo, habian tomado posesion de Aversa, á la sazon castillo pequeño en el ducado de Nápoles. Habian sido dueños de él unos pocos años, cuando Pandulfo cuarto, príncipe de Capua, halló medio de apoderarse de Nápoles por sorpresa. Serjio, dueño de los soldados, y cabeza de la república, con los principales ciudadanos, desampararon una ciudad en la que le horrorizaba estar viendo el establecimiento de una dominacion estranjera: se retiró á Aversa; y cuando, con el auxilio de los Griegos, y el de los ciudadanos fieles á su país, hubo reunido caudal suficiente para satisfacer la codicia de los aventureros Normandos, avanzó á su cabeza para atacar la guarnicion del príncipe de Capua, la derrotó, y volvió á entrar en Nápoles. Entonces fue cuando ratificó á los Normandos la posesion de Aversa y su territorio, que erijió en feudo de conde, y dió la investidura á Rainulfo. Hist, des Rép. Ital. tom. I. p. 267.—G.

(20) Luitprando en Legatione, p. 425. Pagi ha ilustrado este suceso de la historia manuscrita del diácono Leon (tom. IV. A. D. 965, N.° 17—19.)

(21) Véase la Crónica árabe de Sicilia, apud Muratori Script. Rerum Ital. tom. I. p. 253.

(23) Gofredo Malaterra, que refiere la guerra de Sicilia, y la conquista de Apulia (l. I. c. 7, 8, 9. 19.). Los mismos sucesos describe Cedreno (tom. II. p. 741—743, 756.) y Zonaras (tom. II. p. 237, 238.); y los Griegos están empedernidos en la afrenta de tal modo, que sus narraciones son bastante imparciales.

(23) Cedreno especifica ταγμα del Obsequium (Pyrygia), y μερος de los Tracesianos (Lidia; consúltese Constantino de Thematibus, l. 3, 4. con el mapa de Delisle); y despues nombra los Psidios, y Licaonios con los fœderati.

(24) Omnes conveniunt ; et bis sex nobiliores,
Quos genus et gravitas morum decorabat et ætas,
Elegere duces. Provectis ad comitatum
His alii parent. Comitatus nomen honoris
Quo donantur erat. Hi totas undique terras
Divisere sibi, si sors inimica repugnet;
Singula proponunt loca quæ contingere sorte
Cuique duci debent, et quæque tributa locorum.

Y despues de hablar de Melphi, Guillermo Apulo añade:

Pro numero comitum bis sex statuere plateas,
Atque domus comitum totidem fabricantur in urbe.

Leon Ostiensis (l. II. c. 67.) enumera las divisiones de las ciudades apulias, que es inútil repetir.

(25) Gulielm. Appulus, l. II. c. 12. segun la relacion de Giannone (Istoria Civile di Napoli, tom. II. p. 31.), que no me cabe comprobar con el orijinal. El Apulio alaba en verdad sus *validas vires*, *probitas animi*, y *vivida virtus*; y declara que si hubiese vivido, ningun poeta hubiera podido igualar su mérito (l. I. p. 458. l. 2. p. 259.). Fue llorado por los Normandos, quippe qui tanti consilii virum (dice Malaterra, l. I. c. 12. p. 552.), tam armis strenuum, tam sibi munificum, affabilem, morigeratum, ulterius se habere diffidebant.

(26) La gens astutísima, injuriarum ultrix.... adulari sciens.... eloquentiis inserviens, de Malaterra (l. I. c. 3. p. 550.), son espresivos de la índole popular y proverbial de los Normandos.

(27) El cazar con perros y halcones pertenece mas propiamente á los *descendientes* de los marineros noruegos; aunque podian traer de Noruega é Islandia las mejores castas de halcones.

(28) Podemos comparar este retrato con el de Guillermo de Malmesbury (de Gestis Anglorum, l. III. p. 101, 102.), que aparecia, como un historiador filosófico, los vicios y virtudes de los Sajones y Normandos. Inglaterra aventajó positivamente con la conquista.

(29) El biógrafo de Leon IX. derrama un santo veneno sobre los Normandos. Videns indisciplinatam et alienam gentem. Normannorum, crudeli et inaudita rabie, et plusquam paganâ impietate, adversus ecclesias Dei insurgere, passim Christianos trucidare, etc. (Wibert, c. 6.). El honesto Apulio (l. II. p. 259.) dice serenamente de su acusador, Veris commiscens fallacia.

(30) La política de los Griegos revuelta de los maniaces, etc. debe colejirse de Cedreno (tom. II. p. 757, 758.), Guillermo Apulo (l. I. p. 257, 338. l. II. p. 259.), y las dos Crónicas de Bari, por Lupo Protospata (Muratori, Script. Ital. tom. V. p. 42, 43, 44.), y un es-

critor anónimo (Antiquitat. Italiæ medii Ævi, tom. I. p. 31—35.). Este último es un fragmento de algun valor.

(31) Arjiro recibió, dice la Crónica anónima de Bari, cartas imperiales, Fœderatus et Patriciatus, et Catapani et Vestatus. En sus Anales, Muratori (tom. VIII. p. 426.) con mucha probabilidad lee, ó interpreta, *Sevestatus*, el título de Sebastos ó Augusto. Pero en sus Antigüedades, Ducange le enseñó á hacerlo un oficio palatino, guardaropas.

(32) Una vida de S. Leon IX. muy atestada de las pasiones y preocupaciones del siglo, se compuso por Wibert, impresa en París, 1615, en octavo, y despues inserta en las colecciones de los Bolandistas, de Mabillon, y de Muratori. La historia pública y privada de aquel papa está tratada esmeradamente en M. de St. Marc. (Abrégé, tom. II. p. 140—210. y p. 25.—95. segunda columna.).

(33) Véase la espedicion de Leon IX. contra los Normandos. Véase Guillermo Apulo (l. II. p. 259—261.) y Geffrey Malaterra (l. I. c. 13, 14, 15. p. 253.). Son imparciales, como que la preocupacion nacional queda contrapesada con la clerical.

(34) Teutonici, quia cæsaris et forma decoros
Fecerat egregie proceri corporis illos,
Corpora derident Normannica quæ breviora
Esse videbantur.

Los versos del Apulio estan por lo comun en ese estilo, aunque se acalora un poco en la batalla. Dos de sus símiles en halconear y en la brujería describen las costumbres.

(35) Algunas censuras ó quejas respetables salen á luz por M. de St. Marc. (tom. II. p. 200—204.). Como Pedro Damiano, el oráculo de los tiempos, habia negado á los papas el derecho de hacer la guerra, el ermitaño (lugens eremi incola) queda acusado por el cardenal, y Baronio (Annal. Eccles. A. D. 1053, Nº. 10—17.) asegura con la mayor pujanza las dos espadas de San Pedro.

(36) El oríjen y naturaleza de las investiduras papales estan naturalmente desentrañados por Giannone (Istoria Civile di Napoli, tom. II. p. 37—49. 57—66.) como abogado y anticuario. Con todo se esfuerza en vano en hermanar los deberes de patriota con los de católico, acude á una infructuosa distincion de « Ecclesia Romana non dedit sed accepit, » y se retrae de una honrosa pero peligrosa confesion de la verdad.

(37) El nacimiento, carácter y primeras acciones de Roberto Guiscardo, pueden hallarse en Gofredo Malaterra (l. I. c. 3, 4. 11. 16, 17, 18. 38, 39, 40.), Guillermo Apulo (l. II. p. 260—262.), Guillermo Gemeticensis ó de Junieges (l. XI. c. 30. p. 663, 664, edit. Camden) y Ana Comnena (Alexíada, l. I. p. 23.—27. l. VI. p. 165, 166.), con

las Anotaciones de Ducange (Not. en Alexiad. p. 230—232. 320.) que ha apurado todas las crónicas francesas y latinas en busca de noticia suplemental.

(38) Ο δε Ρομπερτος (corrupcion griega) ὁτος ην Νορμαννος το γενος, την τυχην ασημος.... Otra vez εξ αφανὸς πανυ τυχης περιφανης, y en otra parte (l. IV. p. 84.), ἀπο εσχατης πενιας και τυχης αχανὸς. Ana Comnena, nació en la púrpura; sin embargo, su padre no era mas que un súbdito privado, aunque ilustre, que se encumbró al imperio.

(39) Giannone (tom. II. p. 2.) olvida todos sus autores orijinales, y apoya esta descendencia real en el concepto de Inveges, fraile agustino de Palermo en el siglo último. Continuan la sucesion de duques desde Rollo hasta Guillermo II, el Bastardo ó Conquistador, á quien tienen (communmente se tiene) por padre de Tancredo de Hauteville: ¡anacronismo el mas estraño y estupendo! Los hijos de Tancredo pelearon en Apulia, antes que Guillermo II tuviese tres años de edad (A. D. 1037.).

(40) El juicio de Ducange es cabal y moderado: Certe humilis fuit ac tenuis Roberti familia, si ducatem et regium espectemus apicem, ad quem postea parvenit; quæ honesta tamen et præter nobilium vulgarium statum et conditionem illustris habito est, «quæ nec humi reperet nec altum quid tumeret.» Wilhem. (Malmesbur de Gestis Anglorum, l. III. p. 107. Not. ad Alexiad. p. 230.).

(41) Citaré con placer algunos de los mejores renglones del Apulio (l. II. p. 270):

Pugnat utraque manu, nec lancea cassa, nec ensis
Cassus erat, quocumque manu deducere vellet.
Ter dejectus equo, ter viribus ipse resumptis.
Major in arma redit, stímulos furor ipse ministrat,
Ut Leo cum frendens, etc.
. . . . . .
Nullus in hoc bello sicuti post bella probatum est
Victor vel victus, tan magnus edidit ictus.

(42) Los escritores normandos y editores mas versados en su propio idioma interpretan *Guiscard* ó *Wiscad* por *Callidus*, hombre astuto. La raiz *wise* es familiar á nuestro oido; y en la voz antigua *wiseacre*, puede discernir algo de un sentido y terminacion semejante. Τηδ' Τυχην πανὸργοτατος, no es mala traduccion del apellido y carácter de Roberto.

(43) La adquisicion del título ducal por Roberto Guiscardo es un asunto peliagudo y confuso. Con la sensatez de Giannone, Muratori, y St. Marc, he procurado formar una relacion corriente y probable.

(44) Baronio (Annal. Eccles. A. D. 1059, Nº. 69.) ha publicado el acto orijinal. Espresa haberlo copiado del *Liber Censuum*, manuscrito

vaticano. Sin embargo un Liber Censuum del siglo XII ha sido impreso por Muratori (Antiquit. medii Ævi, tom. V. p. 815-908.); y los nombres de Vaticano y cardenal avivan las sospechas de un protestante y aun de un filósofo.

(45) Léase la vida de Guiscardo en los libros segundo y tercero del Apulio, el libro primero y segundo de Malaterra.

(46) Las conquistas de Roberto Guiscardo y Rojer I, la exencion de Benevento y las XII provincias del reino, las espone lindamente Giannone en el volúmen segundo de su Istoria Civile, l. IX, X, XI. y l. XVII. p. 460-470. Esta division moderna no fué establecida antes del tiempo de Federido II.

(47) Giannone (tom. II. p. 119-127.), Muratori (Antiquitat. medii Ævi, tom. III. dissert. XVII. p. 935, 936.), y Tiraboschi (Istoria della Letteratura italiana), han dado una relacion histórica de estos médicos; su conocimiento y práctica facultativa deben dejarse á cargo de nuestros doctores.

(48) Al fin de la historia Pandectarum de Henrique Brenckman (Trajecti ad Rhenum, 1722, en 4°.) el infatigable autor ha insertado dos disertaciones de Republica Amalphitana, y de Amalphi á Pisanis direpta, que se han labrado sobre los testimonios de ciento cuarenta escritores. No obstante, ha olvidado dos pasajes de los mas importantes de la embajada de Luitprando (A. D. 969), que compara el comercio y navegacion de Amalphi con el de Venecia.

(49) Urbs Latii non est hac delitiosior urbe,
Frugibus, arboribus, vinoque redundat; et unde
Non tibi poma, nuces, non pulchra palatia desunt,
Non species muliebris abest probitasque virorum.
(Gulielmus Appulus, l. III. p. 267.)

(50) Muratori atrasa su antigüedad sobre el año (1066) de la muerte de Eduardo el Confesor, el *rex Anglorum* al cual van dedicadas. Ni adolece esta fecha de la opinion, ó mas bien la equivocacion, de Pasquier (Recherches de la France, l. VII. c. 2.) y Ducange (Glossar. Latin.). La práctica de consonantear, ya desde el siglo VII, se tomó de las lenguas del Norte y Oriente (Muratori, Antiquitat. tom. III. dissert. XI. p. 686-708.).

(51) La descripcion de Amalfi, por Guillermo el Apulio (l. III. p. 267.), contiene mucha verdad y alguna poesía; y el tercer renglon puede aplicarse á la brújula:

Nulla magis locuples argento, vestibus, auro
Portibus innumeris: hac plurimus urbe moratur
Nauta *maris cœlique via aperire peritus.*

Huc et Alexandri diversa feruntur ab urbe
Regis, et Antiochi. Gens hæc freta plurima transit,
His Arabes, Indi, Siculi nascuntur et Afri.
Hæc gens est totum prope nobilitata per orbem,
Et mercando ferens, et amans mercata referre.

(*e*) Amalfi solo tenia mil habitantes al principio del siglo XVIII, cuando la visitó Brenckmann (Brenckmann de Rep. Amalph. Diss. I. c. 23.). Actualmente tiene seis ú ocho mil. Hist. des Rép, Ital. tom. I. p. 304.-G.

(52) Latrocinio armigerorum suorum in multis sustentabatur, quod quidem ad ejus ignominiam non dicimus; sed ipso ita præcipiente adhuc viliora et reprehensibiliora dicturi sumus ut pluribus patescat, quam laboriosé et cum quanta angustia à profunda paupertate ad summum culmen divitiarum vel honoris attigerit. Tal es el prefacio de Malaterra (l. I. c. 25.) al hurto de caballos. Desde el momento (l. I. c. 19.) que ha mencionado á su padrino Rojer, el hermano mayor para en el segundo carácter. Algo de semejante en Velleio Patérculo puede observarse de Augusto y Tiberio.

(53) Duo sibi proficua deputans animæ scilicet et corporis si terram Idolis deditam ad cultum divinum revocaret (Galfrido Malaterra, l. II. c. 1.). La conquista de Sicilia se refiere en los tres últimos libros, y el mismo ha dado un exacto sumario de los capítulos (p. 544-546.).

(54) Véase la voz *milites*, en el Glosario latino de Ducange.

(55) De particulares varios, sacó de Malaterra, que los Arabes habian introducido en Sicilia el uso de los camellos (l. I. c 33.) y de palomos portadores (c. 42.); y que la mordedura de la tarántula provoca una disposicion ventosa, quæ per anum inhoneste crepitando emergit: síntoma que esperimentó del modo mas ridículo todo el ejército normando en su campo cerca de Palermo (c. 36.). Añadiré una etimolojía nada indigna del siglo XI: *Meseana* se ha derivado de *Messis*, de cuyo punto las mieses de la isla se enviaban en tributo á Roma (l. II. c. 1.).

(56) Véase la capitulacion de Palermo en Malaterra, l. II. c. 45 y Giannone, que advierte la tolerancia general de los Sarracenos (tom. II. p. 72.).

(57) Juan Leon Afer, de Medicis et Philosophis Arabibus, c. 14. apud Fabric. Bibliot. Græc. tom. XIII. p. 278, 279. Este filósofo se llama Esscriph Essachalli, y murió en Africa, A. H. 516, A. D. 1122. Sin embargo esta historia tiene estraña semejanza con el Scrife al Edrissi, que presentó su libro (Geographia Nubiensis, véase el prefacio, p. 88. 90. 170.) á Rojerio rey de Sicilia, A. H. 548, A. D. 1153 (D'Herbelot, Bibliothèque Orientale, p. 786. Vida de Mahomet por

Prideaux. p. 188. Petit de la croix, Hist. de Gengiscan, p. 535, 536. Casiri, Bibliot. Arab. Hisp. tom. II. p. 9-13.); y tengo miedo de alguna equivocacion.

(58) Malaterra nota la fundacion de los obispados (l. IV. c. 7.), y sacó á luz el orijinal de la bula (l. IV. c. 29.). Giannone da una idea raciocinada de este privilejio, y del tribunal de la monarquía de Sicilia (tom. II. p. 95.-102.); y St. Marc (Abrégé, tom. III. p. 217-301. 1ª. columna) trata el asunto con todo el esmero de un abogado siciliano.

(59) En la primera espedicion de Roberto contra los Griegos, sigo á Ana Comnena (libros 1.º 2.º 3.º y 4.º de la Alexiada), Guillermo Apulo (l. 4.º y 5.º p. 270-275.), y Jefredo Malaterra (l. III. c. 13, 14. 24-29. 39.). Su informacion es contemporánea y auténtica, pero ninguno de ellos fué testigo ocular de la guerra.

(60) Una de ellas casó con Hugo, hijo de Azzo, ó Axo, marqués de Lombardía, rico, poderoso, y *noble* (Gulielm. Appul. l. III. p. 267.) en el siglo XI, y cuyos antepasados en el X y XI quedan deslindados por el ahinco crítico de Leibnitz y Muratori. De los dos hijos mayores del marqués Azzo, derivan las ilustres líneas de Brunswick y Este. Véase Muratori, Antichita Estense.

(61) Ana Comnena, con una marcialidad algo escesiva, alaba y llora aquel hermoso muchacho, que, despues del rompimiento de sus bárbaros desposorios (l. I. p. 23.), quedó apalabrado con su marido; fué αγαλμα φυσεως. . . . Θεὸ χειρων χιλοτιμημα. . . . χρυσὸ γελὸς απορρον, En otra parte, describe lo sonrosado y blanco de su tez, sus ojos de halcon, etc. l. III. p. 71.

(62) Ana Comnena, l. I. p. 28, 29. Gulielm. Appul. l. IV. p. 271. Galfrido Malaterra, l. III. c. 13. p. 579. 580. Malaterra es mas cauto en su estilo; pero el Apulio es audaz y positivo.

—Mentibus se Michaelem
Tenerat â Danais quidam seductor ad illum.

Segun Gregorio VII. habia creido, Baronio, casi solo, reconoce al emperador Michael (A. D. 1080, N.º 44.).

(63) Ipse armatæ militiæ non plusquam MCCC milites secun habuisse, ab eis qui eidem negotio interfuerunt attestatur (Malaterra, l. III. c. 24. p. 583.). Estos son los mismos á quienes el Apulio (l. IV. p. 273.) llama los equestris gens ducis, equites de gente ducis.

(64) Εις τριακοντα χιλιαδας, dice Ana Comnena (Alexias, l. I. p. 37.); y su relacion concuerda con el número y cargamento de los buques. Ivit in Dyorrichium cum XV millibus hominum, dice el Chronicon Breve Normannicum (Muratori, Scriptores, tom. V. p. 278. He procurado despejar estas cuentas.

(65) El Itinerario de Jerusalen (p. 609. edit Wesseling.) da un verdadero y razonable espacio de mil estadios, ó cien millas, que con estrañeza duplica Estrabon (l. VI. p. 433.) y Plinio (Hist. Natur III. 16.).

(66) Plinio (Hist. Nat. III. 6. 16. concede *quinquaginta* millia para este brevísimo curso, y concuerda con la distancia efectiva desde Otranto hasta la Vallona, ó Aulon (D'Anville, Analyse de sa Carte des côtes de la Grèce, etc. p. 3-6.). Hermolao Barbaro, que substituye *centum* Harduin, Not. LXXI. en Plin. l. III.), pudiera haber sido enmendado por cualquier piloto veneciano que hubiera salido del golfo.

(67) Infames scopulos Acroceraunia, Horat. carm. I. 3. El precipitem Africum decertantem Aquilonibus, et rabiem Noti, y los monstra natantia del Adriático van algo recargados: pero cuando Horacio tiembla por la vida de Virjilio, es un monumento interesante en la historia dè la poesía y de la amistad.

(68) Των δε εις τον πωγωνα αυτὸ εφνβρισαντων (Alexias, l. IV. p. 106.). Sin embargo los Normandos se afeitaban la barba, y los Venecianos la llevaban: deben haber hecho mofa del barbilampiño de Bohemundo: ¡interpretacion áspera! (Ducange, Not. ad Alexiad. p. 283.).

(69) Muratori (Annali d'Italia, tom. IX. p. 136, 137.) advierte que algunos autores (Petrus Diacon. Chron. Casinen. l. III. c. 49.) componen el ejército griego de 170,000 hombres; pero que los *ciento* pueden rebajarse, y que Malaterra cuenta solo 70,000: leve trapuesta. El paso al cual alude está en la Crónica de Lupus Protospata (Script. Ital. tom. V. p. 45.). Malaterra (l. IV. c. 27.) habla en términos altos, pero indefinidos, del emperador, cum copiis innumerabilibus: como el poeta Apulio (l. IV. p. 272.):

More locustarum montes et plana teguntur.

(70) Véase Guillermo de Malmesbury de Gestis Anglorum, l. II. p. 92. Alexius fidem Anglorum suspiciens præcipuis familiaritatibus suis eos applicabat, amorem eorum filio transcribens. Orderico Vitalis (Hist. Eccles. l. IV. p. 508. l. VII. p. 641.) refiere su emigracion de Inglaterra, y su servicio en Grecia.

(71) Véase el Apulio (l. I. p. 256.). El carácter é historia de estos Maniqueos ha sido el objeto del capitulo LIV.

(72) Véase la sencilla y maestra relacion de César mismo (Comment. de Bell. Civil. III. 41-75.). Lástima que Quinto Icilio (M. Guichard) no viviese para analizar estas operaciones, como lo ha hecho con las campañas de Africa y España.

(73) Παλλας αλλη και μη Αθηνη, que con mucha propiedad ha traducido el Presidente Cousin (Hist. de Constantinople, tom. IV. p. 131. en 12.°), qui combattait comme une Pallas, quoiqu'elle ne fût pas aussi

savante que celle d'Athènes. La diosa griega estaba compuesta de dos caracteres discordes, de Neith, costurera de Sais en Egipto, y de una vírjen amazona del lago Tritonio en Libia (Banier, Mitolojía tom. IV. p. 1-31. en 12.°).

(74) Anna Comnena (l. IV. p. 116.) admira, con algun grado de terror, sus prendas varoniles. Eran mas familiares á los latinos; y aunque el Apulio (l. IV. p. 273.) menciona su presencia y su herida, la representa como mucho menos iutrépida.

Uxor in hoc bello Roberti forte sagitta
Quadam læsa fuit: quo vulnere *territa* nullam
Dum sperabat opem, se pæne *subegerat* hosti.

La última es una palabra fatalísima para una prisionera.

(75) Απο της τὸ Ρομπερτὸ προηγησαμενης μαχης, γινωσκων την πρωτην κατα των εναντιων ἱππατιαν των Κελτων ανυποικον (Ana, l. V. p. 133.); y en otra parte και γαρ Κελτος ανηρ παρ εποχὸμενος μεν ανυποιςος την ὑδμην, και την θεαν εςεν (p. 140.). La pedantería de la princesa en la eleccion de denominaciones clásicas animó á Ducange para atribuir á sus paisanos la índole de los antiguos Glos.

(76) Supo Protospata (tom. III. p. 45.) dice 6,000; Guillermo el apulio mas de 5,000 (l. IV, p. 273.). Su comedimiento es singular y loable: ¡con tan poco trabajo habrian podido matar dos ó tres millaradas de cismáticos é infieles!

(77) Los Romanos habian cambiado el malaventurado nombre de *Epidamnus* á Dirrachio (Plin. III. 26.); y la corrupcion vulgar de Duracio (véase Malaterra) traia algun entronque con *dureza*. Uno de los nombres de Roberto era Durando, *un durando:* ¡pobre injenio! (Alberic. Monach. en Chron. apud Muratori, Annali d'Italia, tom. IX. p. 137.).

(78) Βρὸχὸς και ακριδας ειπεν αν τις αυτὸς πατερα και ὑιον (Ana, l. I. p. 35.). Con estos símiles tan diferentes de los de Homero, quiere infundir menosprecio á la par que horror para con el poco dañoso animal, un conquistador. Muy desgraciadamente, la sensatez, ó la sandez comun del jénero humano resiste á su loable intento.

(79) Prodiit hac auctor Trojanæ cladis Achilles.

La suposicion del Apulio (l. V. p. 275.) puede disculparse con la poesía mas clásica de Virjilio (Æneid II. 197.), Larisco Achilles; pero no sostenerse con la jeografía de Homero.

(80) Los των πεδιλων προαλματα, que estorbaban á los caballeros á pié, se han traducido ignorantemente espuelas (Ana Comnena, Alexíada, l. V. p. 140.). Ducange ha esplicado el verdadero sentido por un modo ridículo é inadecuado, que duró desde el siglo XI hasta el XV. Estos remates, en forma de escorpion, eran á veces dos pies, y se aseguraban á la rodilla con una cadena de plata.

(81) La epístola misma (Alexiada, l. III. p. 93, 94, 95.) merece mucho ser leida. Hay una espresion, αςροπελεκυν δεδεμενον μετα χρυσαφιὸ, que Ducange no entiende. He procurado sacar una significacion tolerable: χρυσαφιον, es una corona de oro; αςροπελεκυς, lo esplica Simon Porcio (en Lexico Græco-Barbar.), por κεραυνος, πρηςηρ, un relámpago.

(82) Para estos acontecimientos jenerales debo referirme á los historiadores jenerales Sigonio, Baronio, Muratori, Mosheim, St. Marc, etc.

(83) Las vidas de Gregorio VII. son ó milagros ó invectivas (St. Marc. Abregé, tom. III. p. 235, etc.): y sus obras portentosas ó májicas son igualmente increibles para un lector moderno. Hallará, segun costumbre, alguna instruccion en Le Clerc (Vie de Hildebrand, Bibliot. ancienne et moderne, tom. VIII.), y mucho recreo en Bayle (Dictionnaire Critique, *Grégoire VII.*). Aquel papa era sin duda grande hombre, un segundo Atanasio, en una edad mas afortunada de la Iglesia. ¿Puedo arrojarme á añadir, que el retrato de Atanasio es uno de los pasos de mi historia (vol. III. p. 30, etc.) del que estoy menos descontento? *

(84) Ana, con el rencor de un cismático griego, la llama καταπτυϛος ὁυτος Παπας (l. I. p. 32.), papa, ó sacerdote digno de que te escupiesen; y le acusa de azotar, afeitar, quizás de castrar, á los embajadores de Henrique (p. 31. 33.). Pero este ultraje es inverosímil y dudoso (véase el sensible prefacio de Cousin).

(85) Sic uno tempore victi
Sunt terræ domini duo: rex Alemannicus iste,
Imperii rector Romani maximus ille.
Alter ad arma ruens armis superatur; et alter
Nominis auditi sola formidine cessit:

Es bastante singular, que el Apulio, latino, distinguiese el griego como el caudillo del Imperio romano (l. IV. p. 274.).

(86) La narracion de Malaterra (l. III. c. 37. p. 587, 588.) es auténtica, circunstanciada, y hermosa Dux ignem exclamans urbe incensa, etc. El Apulio suaviza el daño (inde *quibusdam* ædibus exustis), que es nuevamente exajerado en algunas crónicas parciales (Muratori Annali, tom. IX. p. 147.).

(*) Hay una hermosa vida de Gregorio VII por Voig (Weimar 1815), que se ha traducido al francés. M. Villemain, se entiende, ha dedicado mucho tiempo al estudio de este varon notable, al cual su elocuencia puede hacer justicia. Hay una noticia cabal y preciosa sobre la materia en la exacta obra del Slenzel, Geschichte Deutschland unter den Frankischen Kaisern. Historia de Jermania bajo los emperadores de la alcurnia de los Francos.

(87) Despues de mencionar esta asolacion, el Jesuita Donato (de Roma veteri et nova, l. IV. c. 8. p. 489.) añade lindamente, Duraret hodieque in Cœlio monte, interque ipsum et Capitolium, miserabilis facies prostratæ urbis, nisi in hortorum vinctorumque amænitatem Roma resurrexisset, ut perpetua viriditate contegeret vulnera et ruinas suas.

(88) La soberanía de Roberto, ó prometida ó conferida por el papa (Ana, l. I. p. 32.), queda harto confirmada por el Apulio (l. IV. p, 270.).

Romani regni sibi promisisse coronam
Papa ferebatur.

Ni puedo entender porque Gretser, y los otros abogados papales, deben estar disgustados con este nuevo ejemplo de jurisdiccion apostólica.

(89) Véase Homero, Iliada B. (Aborrezco este pedantesco modo de citar por medio de las letras del alfabeto griego) 87, etc. Sus abejas son la imágen de una multitud desordenada: su disciplina y obras públicas parecen ser los conceptos de un siglo mas reciente (Virgil. Æneid. l. I.).

(90) Gulielm. Appulus, l. V. p. 276. El admirable puerto de Brindis era doble; el puerto exterior era un golfo cubierto por una isla, y estrechándose por grados, hasta comunicar por una gola angosta con el puerto interior, que abrazaba la ciudad por ambos lados. César y la naturaleza han trabajado en su ruina; y contra tales agentes, ¿qué son los débiles esfuerzos del gobierno napolitano? Viajes de Swinburne á las dos Sicilias, vol. I. p. 384-390.).

(91) Guillermo de Apulia (l. V. p. 276.) describe la victoria de los Normandos, y olvida las dos derrotas previas, que dilijentemente recuerda Ana Comnena (l. VI. p. 159, 160, 161.). Por su parte, ella inventa é exajera una cuarta accion, para dar á los Venecianos venganza y recompensa. Sus mismos arranques eran muy diferentes, pues depusieron á su dux, propter excidium stoli (Dandulo en Chron. en Muratori, Script. Rerum Italicarum, tom. XII. p. 249.).

(92) Los escritores mas auténticos, Guillermo de Apulia (l. V. 277.), Gofredo Malaterra (l. III. c. 41. p. 589), y Romualdo de Salerno (Chron. en Muratori, Script. Rerum Ital. tom. VII.), ignoran este crímen, tan aparente á nuestros paisanos Guillermo de Malmesbury (l. III. p. 107.), y Roger de Hoveden (p. 710. en Script. Post Bedam): y el último puede decir, como el justo Alejo, se casó con su cómplice, la coronó, y la quemó viva. El historiador inglés es á la verdad tan ciego, que pone á Roberto Guiscardo, ó Wiscard, entre los caballeros de Henrique I., el cual subió al trono quince años despues de la muerte del duque de Apulia.

(93) La alegre Ana Comnena derramó flores sobre el sepulcro de un enemigo (Alexiada, l. V. p. 162-166.): y su mejor alabanza es la estimacion y envidia de Guillermo el Conquistador, soberano de su familia. Græcia (dice Malaterra) hostibus redentibus libera læta quievit: Appulia tota sive Calabria turbatur.

(94) Urbs Venusina nitet tantis decorata sepulchris, es uno de los últimos remglones del poema del Apulio (l.IV. p. 728.). Guillermo de Malmesbury (l. III. p. 107.) inserta un epitafio sobre Guiscardo, que no es digno de copiarse.

(95) Sin embargo, Horacio debia pocas obligaciones á Venusia: fue llevado á Roma en su niñez (Serm. I. 6.); y sus repetidas alusiones al dudoso límite de Apulia y Lucania (Carm. III. 4. Serm. II. 1.) son indignas de su edad y númen.

(96) Véase Giannone (tom. II. p. 88—93.), y los historiadores de la primera cruzada.

(97) El reinado de Rojer, y los reyes Normandos de Sicilia, llena cuatro libros de la Istoria Civile de Giannone (tom. II. l. XI-XIX. p. 136—340.), y está desparramado por los volúmenes IX y X de los Anales Italianos de Muratori. En la Bibliothèque Italique (tom. I p. 175-222.) hallo un estracto útil de Capacelatro, napolitano moderno, que ha compuesto, en dos volúmenes, la historia de su país desde Rojer I. hasta Federico II. inclusive.

(98) Segun el testimonio de Filisto y Diodoro, el tirano Dionisio de Siracusa podia mantener una fuerza permanente de 10.000 caballos, 100.000 infantes, y 400 galeras. Compárese Hume (Ensayos vol. I. p. 268. 435.) con su antípoda Wallace (Numbers of Mankind, p. 306. 307.). Las ruinas de Agrijento son el tema de todo viajero, D'Orville, Reidesel, Swinburne, etc.

99) Un historiador contemporáneo de los actos de Rojer desde el año 1127 hasta 1135, encuentra su merecimiento en el mérito y poder, el consentimiento de los barones, y la antigua soberanía de Sicilia y Palermo, sin introducir al papa Anacleto (Alexand. Cœnobii Telesini Abbatis de Rebus gestis Regis Rogerii, lib. IV. en Muratori, Script. Rerum Ital. tom. V. p. 607—645.).

(100) Los reyes de Francia, Inglaterra, Escocia, Castilla, Aragon, Navarra, Suecia, Dinamarca y Hungría. Los tres primeros eran mas antiguos que Carlomagno; los tres siguientes fueron planteados por sus espadas; los tres últimos por su bautismo; y de estos el rey de Hungría solo fue honrado ó humillado por una corona papal.

(101) Facello, y una multitud de Sicilianos habian imajinado una coronacion mas temprana é independiente (A. D. 1130, mayo 1.), que

Giannone desecha de mala gana (tom. II. p. 137—144.). Esta ficcion queda impugnada con el silencio de los contemporáneos; sin que pueda ser restablecida por una escritura espúrea de Mesina (Muratori, Annali d'Italia, tom. IX. p. 340. Pagi, Critica, tom. IV. p. 467, 468.).

(102) Rojer sobornó la segunda persona del ejército de Lotario, que tocó, ó mas bien gritó una retirada, pues los Jermanos (dice Cinamo, l. III. c. I. p. 51.) ignoran el uso de las trompetas. ¡Ignorantísimo el mismo! *

(103) Véase de Guignes, Hist. Générale des Huns, tom. I. p. 369-373. y Cardonner Hist. de l'Afrique, etc. sous la Domination des Arabes, tom. II. p. 70—144. Su orijinal comun parece ser Novairi.

(104) Trípoli (dice el jeógrafo de la Nubia, ó mas propiamente el Sherif al Edrisi) urbs fortis, saxeo muro vallata, sita prope littus maris. Hanc expugnavit Rogerius, qui mulieribus captivis ductis, viros peremit.

(105) Véase la jeografía de Leon Africano (en Ramusio, tom. I. fol. 74. verso, fol. 75. recto), y los viajes de Shaw (p. 110., el VII.° libro de Tuano, y el XI.° del Abate de Vertot. La posesion y defensa de la plaza fué ofrecida por Cárlos V. y sabiamente evitada por los caballeros de Malta.

(106) Pagi ha deslindado cabalmente las conquistas africanas de Rojerio; y su crítica fué suplida por su amigo el Abate de Longuerue con algunas memorias arábigas (A. D. 1147, No. 26, 27. A. D. 1148. No. 16. A. D. 1153, No. 16.).

(107) Appulus et Calaber, Siculus mihi servit et Afer.
Orgullosa inscripcion, que denota que los conquistadores Normandos fueron bastante distinguidos de sus súbditos cristianos y moslemos.

(108) Hugo Falcando (Hist. Sicula, en Muratori Script. tom. VII. p. 270, 271.) atribuye estas pérdidas á la neglijencia ó traicion del almirante Majo.

(109) El silencio de los historiadores Sicilianos, que acaban demasiado pronto ó empiezan demasiado tarde, debe suplirse por Oton de Frisingen, jermano (de Gestis Frederici I. l. I. c. 33. en Muratori Script. tom. VI. p. 668.), el veneciano Andrés Dándolo Id. tom. XII. p. 282; 283.), y los escritores Griegos Cinamo (l. III. c. 2—5.) y Nicetas (en Manuel. l. III. c. 1—6.)-

(110) A este semiapresamiento y acelerado rescate, aplico παρ' ολιγον ηλθε τὸ ἁλωναι, de Cinamo, l. II. c. 19. p. 49. Muratori, sobre testimonio tolerable (Annali d'Italia, tom. IX. p. 420, 421.) se rie de la delicadeza de los Franceses, que mantienen, marisque nullo impediente periculo ad regnum proprium reversum esse; sin embargo advierto que su

abogado, Ducange, es menos positivo como el comentador de Cinamo, que como el editor de Joinville.

(111) In palatium regium sagittas igneas injecit, dice Dandulo; pero Nicetas, l. II. c. 8. p. 66. las transforma en Βελη αργεντεὸς εχοντα ·ατρακτὸς, y añade que Manuel llamó este insulto παιγνιον, y γελωτα..... λησευοντα. Estas saetas por el compilador, Vicente de Beauvais, son de nuevo transformadas en oro.

(112) Para la invasion de Italia, que Nicetas casi pasa por alto, véase la historia mas esmerada de Cinamo (l. IV. c. 1—15. p. 78—101.), que introduce una difusa relacion por una profesion elevada, περι της Σικελιας τε, και της Ιταλων εσκεπτετό γης, ὡς και ταυτας Ρωμαιοις ανασωσαιτο.

(113) El latino, Oton (de Gestis Frederici I. l. II. c. 30. p. 734.) atestigua la falsificacion: el griego, Cinamo (l. IV. c. 1. p. 78.), pide una promesa de restitucion de Conrado y Federico. Un acto de fraude siempre es creible cuando se dice de los Griegos.

(114) Quod Anconitani Græcum imperium nimis diligerent... Veneti speciali odio Anconam oderunt. La causa del amor, acaso de la envidia, fueron los beneficios, flumen aureum del emperador; y la relacion latina se confirma con Cinamo (l. IV. c. 14. p. 98.).

(115) Muratori menciona los dos sitios de Ancona; al primero, en 1167, contra Federico I. en persona (Annali, tom. X. p. 39, etc.); el segundo, en 1173, contra su lugarteniente cristiano, Arzobispo de Mentz, hombre indigno de su nombre y profesion (p. 76, etc.). Del segundo poseemos una relacion orijinal, que ha publicado en su gran coleccion (tom. VI. p. 921.—946.).

(116) Sacamos esta anécdota de una crónica anónima de Fossa Nova, publicada por Muratori (Script. Ital. tom. VII. p. 874.).

(117) El Βασιλειον σμειον de Cinamo (l. IV. c. 14. p. 99.) es susceptible de este doble sentido. Un estandarte es mas latino, una imágen mas griega.

(118) Nihilominus quoque petebat, ut quia occasio justa et tempus opportunum et acceptabile se obtulerant, Romani corona imperii a sancto apostolo sibi redderetur; quoniam non ad Frederici Alemanni, sed ad suum jus asseruit pertinere (Vit. Alexandri III, Cardena. Arragoniæ, en Script. Rerum Ital, tom. III. par. I. p. 458.). Su segunda embajada fué acompañada cum immensa multitudine pecuniarum.

(119) Nimis alta et perplexa sunt (Vit. Alexandri III. p. 460, 461.), dice el cauto papa.

(120) Μηδεν μεσον ειναι λεγων Ρωμη τη νεωτερα προς την πρεσβυτεραν παλαι απορ-ραγειραν (Cinamo, l. IV. c. 14. p. 99.).

(121) En su libro VII, Cinamo describe la guerra de Venecia, que

Nicetas no ha juzgado digna de su atencion. Las relaciones italianas, que no satisfacen nuestra curiosidad, son referidas por el analista Muratori, bajo los años 1171, etc.

(122) Esta victoria se menciona en Romualdo de Salerno (en Muratori, Script. Ital. tom. VII. p. 194.). Es harto estraño que en la alabanza del rey de Sicilia, Cinamo (l. IV. c. 13. p. 97, 98.) es mucho mas vehemente y copioso que Falcando (p. 268. 270.). Pero el historiador griego está apasionado por la descripcion, y el historiador latino no lo está por Guillermo el Malo.

(123) Por la epístola de Guillermo I. véase Cinamo (l. IV. c. 15. p. 101, 102.). y Nicetas (l. II. c. 8.). Es difícil afirmar si estos Griegos se engañaron á sí mismos, ó el público, en estos lisonjeros retratos de la grandeza del imperio.

(124) Solamente puedo citar de testimonio orijinal, las pobres crónicas de Sicardo de Cremona (p. 603.), y de Fossa Nova (p. 875.), como están publicadas en el tomo VII de los historiadores de Muratori. El rey de Sicilia envió sus tropas contra nequitiam Andronici .... ad acquirendum imperium C. P. erant capti aut confusi...., decepti captique, por Isaac.

(125) Por la falta de Cinamo, estamos ahora reducidos á Nicetas (en Andrónico, l. I. c. 7, 8, 9. l. II. c. 1. en Isaac Angelo, l. I. c. 1-4.), que ya llega á ser contemporáneo respetable. Como sobrevivió al emperador y al imperio se sobrepone á la lisonja: pero la caida de Constantinopla exasperó sus preocupaciones contra los Latinos. En honor de la erudicion observaré que el gran comentador de Homero, Eustatis arzobispo de Tesalónica, jamás quiso desamparar su rebaño.

(126) La Historia Sicula de Hugo Falcando, que propiamente se estiende desde 1154 hasta 1169, está inserta en el VII volúmen de la coleccion de Muratori (tom. VII. p. 259—344.), y precedida de un elocuente prefacio ó epístola (p. 251—258.) de Calamitatibus Siciliæ. Falcando mereció apellidarse el Tácito de Sicilia; y despues de una humillacion justa, pero inmensa, desde el siglo I. hasta el XII, de senador á monje, no quisiera desapropiarle su título, su narracion es vehemente y despejado, su estilo audaz y elegante, su observacion aguda: habia estudiado el jénero humano, y siente como hombre. Solo puedo desaprobar el estrecho y estéril campo en que se han echado sus tareas.

(127) Los laboriosos benedictinos (l' Art de vérifier les dates, p. 896.) son de opinion que el verdadero nombre de Falcando es Fulcando, ó Foucault. Segun ellos, Hugo Foucalt, francés de nacimiento, y al fin abate de S. Dionisio, habia seguido á Sicilia á su patrono Estevan de la Perche, tio de la madre de Guillermo II. Arzobispo de Palermo, y gran

canciller del reino. Sin embargo Falcando tiene todos los arranques de un siciliano: y el título de *Alumno* (que se da á sí mismo) parece indicar que nació, ó á lo menos fué educado, en la isla.

(128) Falcand. p. 303. Ricardo de S. Jerman empieza su historia desde la muerte y alabanzas de Guillermo II. despues de algunos epitetos hueros, continua así: Legis et justitiæ cultus tempore suo vigebat in regno; sua erat quilibet sorte contentus; (eran mortales?) ubique pax, ubique securitas, nec latronum metuebat viator insidias, nec maris nauta offendicula piratarum (Script Rerum Ital. tom. VII. p. 969.).

(129) Constantia, primis a cunabulis in deliciarum tuarum affluentia diutius educata, tuisque institutis, doctrinis et moribus informata, tandem opibus tuis Barbaros delatura discessit: et nunc cum ingentibus copiis revertitur, ut pulcherrima nutricis ornamenta barbarica fæditate contaminet... Intueri mihi jam videor turbulentas barbarorum acies... civitates opulentas et losa diuturna pace florentia, metu concutere, cæde vastare, rapinis atterere, et fœdare luxuria: hinc cives aut gladiis intercepti, aut servitute depressi, virgines constupratæ matronæ, etc.

(130) Certe si regem non dubiæ virtutis elegerint, nec á Sarracenis Christiani dissentiant, poterit rex creatus rebus licet quasi desperatis et perditis subvenire, et incursus hostium, si prudenter egerit, propulsare.

(131) In Apulis, qui, semper novitate gaudentes, novarum rerum studiis aguntur, nihil arbitror spei aut fiduciæ reponendum.

(132) Si civium tuorum virtutem et audaciam attendas..... murorum etiam ambitum densis turribus circumseptum.

(133) Cum crudelitate piratica Theutonum confligat atrocitas, et inter combustos lapides, et Æthnæ flagrantis incendia, etc.

(134) Eam partem, quam nobilissimarum civitatum fulgor illustrat, quæ et toti regno singulari meruit privilegio præminere, nefarium esset..... vel barbarorum ingressu pollui. Deseo transcribir su florida, pero curiosa descripcion del palacio, ciudad, y lozanísima llanura de Palermo.

(135) Vires non suppetunt, et conatus tuos tam inopia civium, quam paucitas bellatorum elidunt.

(136) At vero, quia difficile est Christianos in tanto rerum turbine sublato regis timore Sarracenos non opprimere, si Sarraceni injuriis fatigati ab eis cœperint dissidere, et castella forta maritima vel voltanas munitiones occupaverint; ut hinc cum Theutonicis summa virtute pugnandum, illinc Saracenis crebris insultibus occurrendum, quid putas acturi sunt Siculi inter has depressi angustias, et velut inter malleum et incudem multo cum discrimine constituti? hoc utique agent quod pote-

runt, ut se Barbaris miserabili conditione dedentes, in eorum se conferant potestatem. O utinam plebis et procerum, Christianorum et Sarracenorum vota conveniant; ut regem sibi concorditer eligentes, barbaros totis viribus, toto conanime, totisque desideriis proturbare contendant. Los Normandos y Sicilianos parece que están confundidos.

(137) El testimonio de un inglés, de Rojerio de Hoveden (p. 689.), será de poco peso contra el silencio de la historia alemana é italiana (Muratori, Annali d'Italia, tom. X. p. 156.). Los sacerdotes y peregrinos, que volvieron de Roma, ensalzaron, por cada cuento, la omnipotencia del santo padre.

(138) Ego enim in eo cum Teutonicis manere non debeo (Caffari, Annal. Genuenses, en Muratori, Script. Rerum Italicarum, tom. VI. p. 367, 368.).

(139) En cuanto á los Sarracenos de Sicilia y Nocera, véanse los Anales de Muratori (tom. X. p. 149. y A. D. 1223, 1247), Giannone tom. II. p. 385.), y de los orijinales, en la coleccion de Muratori, Ricardo de S. Jermano (tom. VII. p. 996.), Matteo Spinelli de Giovenazzo (tom. VII. p. 1064.), Nicolás de Jamsilla (tom. X. p. 494.), y Matteo Villani (tom. XIV. l. VII. p. 103.). El último de estos insinua, que en reducir á los Sarracenos de Nocera, Carlos II. de Anjou empleó mas bien el artificio que la fuerza.

(d) Es notable que al mismo tiempo las tumbas de los emperadores Romanos, hasta de Constantino mismo, fueron violadas y saqueadas por su dejenerado sucesor, Alejo Comneno, á fin de ponerle en estado de pagar el tributo «jermano» exijido por las amenazas del emperador Henrique. Véase el fin del primer libro de la vida de Alejo en Nicetas, p. 632. Edit. Bonn. —M.

(140) Muratori cita un paso de Arnoldo de Lubec (l. IV. c. 20.): Repeterit thesauros absconditos, et omnem lapidum pretiosorum et gemmarum gloriam, ita ut oneratis 160 somariis, gloriose ad terram suam redierit. Rojerio de Hoveden, que menciona la violacion de las tumbas y cadáveres reales, calcula el despojo de Salerno en 200,000 onzas de oro (p. 746.). En estas ocasiones, estoy casi tentado por esclamar con la oyente en La Fontaine, « Je voudrais bien avoir ce qui manque. »

CAPITULO LVII.

Los Turcos de la alcurnia de Seljuk.—Su rebelion contra Mahmed conquistador del Indostan.—Togrul sojuzga á la Persia y escuda á los califas.—Derrota y cautiverio del emperador Romano Diójenes por Alp Arslan.—Poderío y magnificencia de Maleck Shah.—Conquista del Asia menor y la Siria.—Estado y opresion de Jerusalen.—Peregrinaciones al santo Sepulcro.

Tiene el lector ahora que trasladarse de la isla de Sicilia hasta allende el mar Caspio, paraje solariego de los Turcos ó Turcomanos, contra quienes principalmente se asestó la primera cruzada. Yacia desde mucho antes disuelto aquel su imperio escítico del sexto siglo; pero sonaba todavía su nombre entre Griegos y Orientales, y los derrames de la nacion, en varios pueblos poderosos é independientes, se tendian por los páramos desde la China al Oxo y al Danubio; ya la colonia de Húngaros terciaba en la república europea y soldadesca de esclavos turcos se erguia entronizada por los solios del Asia. Mientras lanzas normandas estaban avasallando la Pulla y la Sicilia un enjambre de aquellos pastores septentrionales se fue esplayando por los reinos de Persia; los príncipes de la alcurnia de Seljuk encumbraron un imperio pujante y esplendoroso, teniendo por ámbitos desde Samarcanda basta el confin de Grecia y del Ejipto, arraigando los Turcos su señorío en el Asia Menor, hasta que la media luna descolló sobre el cimborio de Santa Sofía.

Uno de los príncipes turcos mas sobresalientes fue Mamod, ó Mahmud (1) el Gaznevide que estuvo reinando en las provincias meridionales de Persia á los mil años del nacimiento de Cristo. Su padre Sebactago era esclavo allá como tercero en su misma clase del caudillo de los fieles. Mas en esta alcurnia de servidumbre, el encabezamiento venia á ser titular, pues lo desempeñaba el soberano de la Transoxiana y Corazan, el cual tributaba su homenaje tambien nominal al califa de Bagdad. La segunda graduacion era la de un ministro de estado, lugarteniente de los Sumánides (2), que rompió con su rebelion los lazos de la esclavitud política. Pero la grada tercera ya descendia al estado efectivo de servidumbre doméstica en la familia de aquel rebelde, desde donde Sebactago con su denuedo y habilidad se fue encumbrando á caudillo supremo de la ciudad y

provincia de Gazna (3), como yerno y sucesor de un dueño agradecido. Ampararon al pronto y derrumbaron luego los sirvientes la dinastía menoscabada de los Sománides y en la revuelta jeneral fue siempre medrando mas y mas la fortuna de Mahmud. Inventóse para él por primera vez el dictado de *sultan* (4), y su reino se fué siempre esplayando desde la Transoxiana hasta las cercanías de Ispahan, desde las playas del Caspio hasta la desembocadura del Indo. Pero el manantial caudaloso de su riqueza y nombradía se cifró en la guerra que estuvo sosteniendo contra los jentiles del Indostan. Ceñiré á menos de una pájina aquella historia que abultaria un gran volúmen con el pormenor de sitios y batallas en doce espediciones. Cruda intemperie, risco empinado, rio caudaloso, yermo esterilísimo, muchedumbre enemiga, escuadronada línea de elefantes (5), nada contrasta, azora ó desalienta al héroe musulman. Propasa los linderos de Alejandro en sus conquistas; tras una marcha de seis meses por las breñas de Casimira y del Tibet asoma sobre la gran ciudad de Kinoga por el alto Ganges (6), y en combate naval sobre uno de los brazos del Indo arrolla á cuatro mil barcos del país. Delhi, Cahor y Multan tienen que franquearle sus puertas. Préndase para su asiento del reino fertílisimo de Guzarete, y su codicia se empapa en el afan soñado de hallar las islas doradas y aromáticas del piélago Meridional. Los *rajaes* le tributan impuestos, conservando sus señoríos con las vidas y haberes de sus pueblos; mas el ansioso Musulman se ensaña inexorablemente contra la Relijion de la India; centenares de templos ó pagodas quedan arrasados y miles de ídolos destruidos, estimulando y enriqueciendo á los sirvientes del Profeta con los metales preciosos de que constaban. Erguíase allá la pagoda de Sumnate sobre el promontorio de Guzarete por las cercanías de Dire, una de las últimas posesiones restantes de los Portugueses (7) pagábanle rentas dos mil aldeas y otros tantos Bracmanes vivian consagrados al culto de la Divinidad, lavándolo mañana con agua del remoto Ganjes, y los dependientes ascendian á trescientos músicos, trescientos barberos y quinientas lindísimas bailarinas. Ceñia el piélago tres costados del templo, y la estrecha garganta del cuarto se resguardaba con un derrumbadero, natural ó artificial, y el vecindario de la ciudad y su campiña se reducia á nacion entera de fanáticos. Confesaban y penitenciaban los pecados de Kinoga y Delhi, pero si un advenedizo asomara por *su* recinto sagrado, quedara instantaneamente yerto con una ráfaga de la venganza divina. Contra este reto se enardece la fé de Mahmud y ensaya personalmente la potestad de la deidad india. Los venablos musulmanes traspasan á cincuenta mil devotos, se escalan sus murallas, se profana su santuario y el vencedor asesta su maza de hierro á la cabeza del ídolo. Trémulos acuden los Bracmanes con la oferta de cincuenta millones de duros, y sus consejeros mas consumados le hacen cargo de que el exterminio de una imájen

de piedra en nada mudará el interior de aquellos jentiles, y que pudiera dedicar aquel caudal para el alivio de los creyentes menesterosos. « Poderosas y concluyentes serán esas razones, mas no ha de ser Mahmud para la posteridad un traficante de ídolos. » Redobla sus mazazos, y un tesoro de perlas y rubíes oculto en el vientre de la estatua esplicó hasta cierto punto la galantería devota de los Bracmanes. Repartiéronse aquellos fragmentos de ídolos por Gazna, la Meca y Medina. Vitorea Bagdad la relacion edificativa, y el califa lo ensalzó como zelador de la fé y de los haberes de Mahoma.

Salgamos de esta carrera de sangre, pues tal viene á ser la historia de las Naciones, y esplayémonos un tanto por la florida senda de la ciencia y el pundonor. Veneran todavía por el Oriente el nombre de Mahmud el Gaznevide cuyos súbditos paladearon las escelencias de la paz y la prosperidad; la relijion embozaba sus vicios, y dos ejemplares obvios lo conceptuarán de magnánimo y justiciero. I. Sentado en su Divan, reparó que un súbdito desvalido se le doblegaba querellándose de la insolencia de un soldado turco que le estaba usurpando su casa y su lecho « Alto á tanto alarido » le dice Mahmud, « avísame en asomando otra vez por allá, que voy allá en persona á sentenciar y castigar al atropellador » Sigue el sultan al guia cerca de la casa con su guardia, y apagando los hachones del acompañamiento sentencia al reo cojido en fragante de robo y adulterio, y lo castiga de muerte. En seguida de la ejecucion, se reencienden las luces, Mahmud se postra y reza, y levantado luego pide alguna refaccion, devorándola hambrientamente. El desagraciado se muestra atónito y curioso, y el monarca con suma dignacion le desentraña todo el misterio: « Tenia acá mis motivos para recelar que tan solo alguno de mis hijos se propasase á tamaña tropelía, y apagué los hachones paraque fuese mi justicia ciegamente inexorable. Mi plegaria ha sido de gracias por el descubrimiento del reo, y era tan congojosa mi zozobra que he pasado tres dias en ayunas desde el punto de vuestra queja.» II Habia el sultan de Gazna declarado guerra contra la dinastía de los Bowides soberanos de la Persia occidental, pero lo desarmó una carta de la sultana madre y suspendió su invasion hasta la edad adulta de su hijo (8). « Mientras vivió mi marido» decia la artera rejenta « estuve siempre muy recelosa de vuestra ambicion, por ser príncipe y guerrero digno de vuestras armas. Ya no existe; su cetro paró en manos de una mujer y de un niño, y no os *habeis de arrojar* á embestir la niñez y la flaqueza. Desairada conquista por cierto ó vergonzosa derrota seria la vuestra: y al cabo el paradero de la guerra está siempre en la diestra del Altísimo.» La avaricia era la única tacha que empañaba la índole esclarecida de Mahmud, y aquel afan nunca se vió mas colmadamente satisfecho. Los Orientales se descompasan siempre en punto á millones de oro y plata, cuales nunca pudo abarcar el an-

sia del hombre, y lo mismo en cuanto al tamaño de perlas, rubíes y diamantes cuales nunco echando el resto de su poderío los crió naturaleza. (9). Pero hierve el suelo del Indostan en minerales preciosos atrayendo allá su comercio en todos los tiempos la plata y el oro del orbe, y aquel primer conquistador Mahometano fué el desflorador de tantísimos despojos virjinales. Sus estrañezas en el último plazo de su vida están demostrando la insubsistencia de tales logros, granjeados con sumo afan, conservados con ansioso desvelo, y por fin irremediablemente malogrados. Va un dia revistando por anchurosos y redoblados aposentos sus tesoros en Gazna; prorumpe en lágrimas, cierra de nuevo las puertas y no dispone de preciosidad alguna en vísperas de perderlas todas. A la madrugada hace grandioso alarde y reseña de sus fuerzas militares y resultan cien mil infantes, cincuenta y cinco mil caballos y mil y trescientos elefantes de batalla (10). Llora otra vez por la insubsistencia de todo lo humano, acibarando mas y mas su quebranto con el auje hostil de los Turkomanos, á quienes él mismo habia internado en el corazon de su reino de Persia.

Despoblada el Asia modernamente, tan solo por las cercanías de las ciudades asoman muestras de gobierno y labranza, quedando los yermos distantes ó intermedios al absoluto y particular albedrío de Arabes, Curdos y *Turcomanos* (11). Dos ramas considerables de estos últimos están abarcando por ambas partes el mar Caspio: su colonia occidental puede alistar cuarenta mil soldados; la oriental mas desviada para los viajantes, pero mas populosa y pujante, se ha ido acrecentando hasta el número de cien mil familias. Encajonados entre naciones civilizadas estan conservando las costumbres de su desierto escítico van trashumantes con sus campamentos al par de las estaciones y pastorean sus rebaños entre escombros de alcázares y templos. La ganadería es su riqueza única: sus tiendas, blancas ó negras segun el color de sus banderas, estan forradas de fieltro y son absolutamente redondas; su ropaje de invierno es una zalea de oveja, y para el estío un capote de lana ó de algodon; los rostros delos hombres son cerriles y feroces y la traza de las mujeres por el contrario suave y halagüeña. Con su vida trashumante se fortalece su denuedo y su aficion á las armas; pelean á caballo y campea de continuo su valentía en reyertas mutuas ó con sus vecinos. Rinden cierto tributillo al dueño del territorio por su permiso para el pasto, y el mando casero corresponde á los principales ó mayores. La primera emigracion de los Turcomanos orientales, los mas antiguos de la estirpe, viene á caer al siglo décimo de la era cristiana (12). Declinando los califas y flaqueando sus lugartenientes la valla del Jaxartes quedó repetidamente allanada; y á cada embate tras la victoria ó la huida de los compañeros vagaban tribus y abrazando la fe musulmana, lograban campamento franco por las lla-

nuras anchurosas y clima suave de la Transoxiana y Carizme. Los esclavos turcos aspirantes al trono fomentaban aquellas emigraciones, para reclutar sus huestes, y avasallar los súbditos y los campeadores, escudando la raya contra los naturales aun mas bravíos de Turkestan y estremando Mahmud Gaznavide aquel sistema mucho mas de lo acostumbrado anteriormente. Advirtióle su yerro un caudillo de la estirpe de Seljuk que vivia en el territorio de Bochara. Habiale preguntado el sultan cuanta soldadesca podria aprontarle; «en remitiendo» contesta Ismael «una de estas flechas é nuestro campamento, hasta cincuenta mil sirvientes vuestros estan en el disparador para montar á caballo.» —«Y si ese número no me basta?» insiste Mahmud—«Enviad esta segunda flecha á la ranchería de Belik y hallaréis otros cincuenta mil» —«Pero» prorumpe Gaznevide, encubriendo su congoja «si necesitase todas las fuerzas de vuestras tríbus emparentadas?» —«Venga mi arco» fué la postrera contestacion de Ismael, y en paseándolo al derredor acuden hasta doscientos mil jinetes á vuestro aviso.» La zozobra de intimidad tan formidable movió á Mahmud para trasladar las tribus mas azarosas al interior de Chorazan, donde el rio Oxo los desviaba de sus hermanos, y las murallas de sus ciudades sumisas venian á tenerlos acorralados. Mas el aspecto de la comarca era mas halagüeño que pavoroso y la tirantez del mando se aflojó con la ausencia y luego la muerte del sultan de Gazna. Convirtiéronse los zagales en gavillas de salteadores, y estas en una hueste conquistadora, sus guerrillas anduvieron acosando la Persia hasta Ispahan y el Tigris sin que los Turcomanos se avergonzasen ó se estremeciesen de contrarestar con su denuedo y poderío á los soberanos mas encumbrados del Asia. Mazud hijo y sucesor de Mahmud desatendió en demasía las advertencias de sus Omrahes mas consumados. «Vuestros enemigos» le solian repetir «eran al principio un enjambre de hormigas, ahora son viboreznos, y si en seguida no se les machaca, pasarán luego en serpentones enormes y ponzoñosos.» Tras varias alternativas de hostilidades y treguas, tras rechazos ó logros de sus lugartenientes marchó el sultan personalmente contra los Turcomanos, quienes lo embistieron en derredor con alaridos descompasados y escaramuzas guerrilleras. «Mazud» dice el historiador persa (15)» allá se dispara solo á contrarestar aquel caudal de armas centellantes menudeando tales arrojos de fuerza ajigantada y denuedo, heróico cuales nunca rey alguno alcanzó á remedarlos. Algunos amigos arrebatados por el ímpetu de sus palabras y obras, y con aquel pundonor innato que hierve en los pechos valientes, acompañan á su señor en términos que por donde quiera que blandian sus alfanjes fulminantes quedan guadañados los enemigos ó huyen despavoridos á carrera. Pero al tremolar allá la misma victoria sus estandartes, la está acosando la desventura por la espalda, y al otear en derredor su hueste

menos el cuerpo de su mando, abalánzase á ciegas por el rumbo de la fuga.» Por fin queda el Gaznevide á lo mejor desamparado por algunos caudillos de ralea turca, y aquel trance memorable de Zendecan (14) funda en Persia la dinastía de los reyes pastores (15).

Pasan luego victoriosos los Turcomanos á elejir su rey, y si la conseja muy probable que trae un historiador latino (16) merece crédito, sortearon á su nuevo dueño. Estampan en cierto número de flechas sucesivamente ya el nombre de cada tribu, ya de cada alcurnia y por fin de los respectivos candidatos, forman un lio de donde las va sacando un niño, y el sumo juez recae en Togrul Beg, hijo de Miguel y nieto de Seljuk, cuyo apellido vino á inmortalizarse con el encumbramiento de la posteridad. El sultan Mahmud, aunque muy preciado de jenealojista, estrañó sin reboso la alcurnia de Seljuk; pero allá el padre y tronco de aquel linaje asoma como caudillo poderoso y afamado (17). Propasóse á profanar el haren del príncipe, y lo desterraron del Turkestan, pero Seljuk atraviesa con gran comitiva de amigos y vasallos el Jaxartes; acampa por las cercanías de Samarcanda, profesa la relijion de Mahoma, y alcanza la corona del martirio en guerra contro los infieles. Su edad de ciento y veinte años sobrepujó á la vida de su hijo, y Seljuk se declaró ayo de sus dos nietos Togrul y Saafar; el primero se revistió á sus cuarenta y cinco años, con el dictado de sultan en la ciudad real de Nishabur. Las prendas del venturoso candidato abonaron la ciega disposicion de la suerte. Escusado es encarecer el denuedo de un Turco, y la ambicion de Togrul corria parejas con su valentía. Sus armas fueron arrojando á los Gaznevídes de los reinos meridionales de Persia, arrinconándolos por grados hasta las orillas del Indo en busca de conquista mas templada y opulenta. Anonadó por el occidente la dinastía de los Bowides, pasando el cetro de Irak de la nacion persa á la turca. Cuantos príncipes vinieron á esperimentar las flechas de Seljuk, doblegaron sus frentes hasta el polvo; asomóse con la conquista de Aderhijan ó la Media al confin Romano, y el mayoral engreido, envió un embajador ó heraldo á Constantinopla, en demanda del tributo y obediencia del emperador (18) En el interior de sus estados era Togrul un padre para el pueblo y para su tropa; con su desempeño firme y justiciero convaleció la Persia de su achaque de anarquía, y las manos mismas empapadas todas en sangre pararon en zeladores de la equidad y del sosiego público(19). La porcion mas montaraz, y quizá la mas ajuiciada de los Turcomanos (20) siguió morando en las tiendas de sus antepasados, y aquellas colonias militares lograron desde el Oxo hasta el Eufrates el amparo y fomento de sus príncipes nativos. Pero los Turcos ciudadanos y palaciegos se fueron afinando con los negocios y afeminando con los deleites, remedaron traje, idiomay modales de los Persas, y los alcázares de Nishabur y de Rú ostentaron el señorío y boato de una monarquía gran-

dísima. Ascendian los Arabes y Persas mas beneméritos ó los sumos timbres del estado, y al fin la nacion turca en globo abrazó entrañable y fervorosamente la relijion Mahometana. Los enjambres de bárbaros septentrionales que iban cuajando la Europa y el Asia, han venido á deshermanarse por siempre de resultas de igual conducta. Allá Musulmanes y acá Cristianos, han ido al par orillando sus tradiciones soñadas y solariegas ante la racionalidad y el predominio del sistema reinante, ante el eco de la antigüedad ó el consentimiento de las naciones. Pero el triunfo del Alcoran es mas acendrado y castizo, como ajeno de todo culto esplendoroso y capaz de enamorar á los Paganos con sus visos de halagüeña idolatría. Descolló el primer sultan Seljukio con su fé acaloradísima, repitiendo diariamente las cinco plegarias impuestas á los verdaderos creyentes, consagrando en cada semana los dos dias primeros á un ayuno estremado, y planteando y encumbrando en todas las ciudades una mezquita, antes que se tratase de fundar un alcázar para Tegrul (21).

El hijo de Seljuk se empapó con la creencia del Alcoran en raptos de acatamiento al sucesor del Profeta; pero este peregrino atributo adolecia de litijio entre los califas de Bagdad y Ejipto, y cada competidor estaba ansiando el evidenciar sus títulos para el concepto de los bárbaros prepotentes aunque cerriles. Se habia declarado Mahmud Gaznavide por la alcurnia de Abás, menospreciando afrentosamente el ropaje honorífico que le habia presentado el embajador fatimita. Pero el Hashemita desagradecido varió con la suerte, y engrandeciendo la victoria de Zendican, apellidó al sultan Seljukio caudillo temporal del mundo musulman. Al desempeñar Togrul aquel cargo sumo, le llaman para libertar al califa Cayem, y obedeciendo á intimacion tan sagrada, se apropia un nuevo reino (22). Adormecíase en su palacio de Bagdad el dueño de los fieles, á manera de un vestiglo endiosado. Su sirviente, ó mas bien árbitro, el príncipe de los Bowides: no alcanzaba ya á escudarle contra el desenfreno de tiranillos menores, los emires Arabes ó Turcos andaban acosando con sus rebeldías el Tigris y el Eufrates. Imploraban á fuer de bendicion la presencia de un conquistador, y los desmanes pasajeros de hierro y fuego se disculpaban como especifico saludable y único que redundaba en sanidad para la república. Sale de Hamadan el sultan de Persia acaudillando fuerzas arrolladoras; yace al punto el engreido y vive el postrado; desaparece el príncipe de los Bowides; la cabeza de todo rebelde pertinaz besa las plantas, descargando su azote sobre los vecindarios díscolos de Mozul y de Bagdad. Tras el escarmiento de todo reo y el recobro de la paz, el mayoral rejio acepta el galardon de sus afanes; y una farsa solemnísima está representando el triunfo de la preocupacion relijiosa sobre el poderio bárbaro (23). Embércase el sultan turco sobre el Tigris, llega á la puerta de Raca y

hace su entrada pública á caballo. Se apea con sumo acatamiento á la entrada del palacio, precediéndole sus emires desarmados. Permanece el califa sentado tras su velo negro, cuélgale de la espalda el traje negro de los Abasides, y empuña en su diestra el bordon de apóstol del Señor. El vencedor del Oriente besa el suelo, permanece un rato en ademan modesto, y luego se encamina al solio entre su visir y el intérprete. Pasa despues Togrul á otro solio y hace leer en alto su encargo que lo constituye lugarteniente en lo temporal y vicario del Profeta. Revístenle sucesivamente con siete ropajes honoríficos y le presentan hasta siete esclavos naturales de los siete climas correspondientes al imperio arábigo Almizclaron el velo místico, le ciñeron las sienes con dos coronas y el costado con dos cimitarras, y además los símbolos de su doble reinado en el Oriente y el Ocaso. Tras este preámbulo se le atajó al sultan la segunda postracion; pero besó por dos veces la mano al caudillo de los fieles, y sonaron mas y mas sus dictados con el pregon de los heraldos y el aplauso de los Musulmanes. El príncipe Seljukio en su segunda ida á Bagdad rescató de nuevo al califa de las garras de sus enemigos, y fué guiando su mula del ronzal devotamente y á pié desde la cárcel hasta su palacio. Estrecharon su intimidad con el enlace de la hermana de Togrul y el sucesor del Profeta. Habia internado en su haren sin reparo á na doncella turca; pero Cayen negó altaneramente al sultan teniendo á mengua el mezclar la sangre de los Hashemitas con la de un pastor Escita, y fué dilatando por meses aquel negocio, hasta que por la rebaja de sus rentas echó de ver que estaba siempre en manos de un dueño. Celebrados los desposorios, fallece el mismo Togrul (24), y no dejando sucesion, le sucede el sobrino Alp Arslan en el dictado y prerogativas de sultan, sonando su nombre tras el del califa en el rezo de los Musulmanes. Se van ensanchando los Abasidas en independencia y poderío; pues entronizados ya en el Asia los monarcas turcos se afanan mucho menos por las interioridades de Bagdad, aliviando así á los caudillos de los fieles en punto á tropelías afrentosas, con que sin cesar los aquejaban la presencia y escaseces de la dinastía Persa.

Tras el vuelco de los califas, todo fué discordia y dejeneracion de los Sarracenos por las provincias Asiáticas de Roma, que con las victorias de Nicéforo, Zimisces y Basilio, se habian ido extendiendo hasta Antioquía y los confines orientales de la Armenia. A los veinte y cinco años del fallecimiento de Basilio, una ralea desconocida de bárbaros; que hermanaban el denuedo escítico y el fanatismo de recienconvertidos, con el arte y la opulencia de poderosas monarquías, se disparan sobre los sucesores al imperio (25). Millares y millares de caballería turca van abarcando una raya de doscientas leguas desde Tauris hasta Arzeroum, y la sangre de ciento y treinta mil Cristianos fue un holocausto halagüeño pa-

ra el Profeta arábigo; pero las armas de Togrul no trascendieron honda y duraderamente por los ámbitos del imperio Griego. El raudal se desvocó soslayadamente por las campiñas, retirándose el sultan sin gloria ni provecho del sitio de una ciudad armenia, se continuaron ó suspendieron las leves hostilidades con alternativas en sus resultados y la valentía de las lejiones macedonias renovó la nombradía de los conquistadores de Asia (26). El nombre de Alp Arslan, el valeroso leon, está retratando el concepto popular de un varon cabal, y el sucesor de Togrul descolló con la ferocidad jenerosa de la rejia alimaña. Atraviesa el Eufrates capitaneando la caballería turca, entra en Cesarea, capital de Capadocia, á donde se abalanza en alas de la nombradía y el prez del templo de San Basilio; pero su solidez rechaza al demoledor, quien carga sin embargo con las puertas del sagrario tachonadas con oro y pedrería, profanando las reliquias del Santo tutelar, cuyas flaquezas mortales yacian ya enmohecidas con su antigüedad venerable. Redondea Alp Arslan la conquista de Armenia y Jeorgia. Anonádanse en Armenia el dictado de reino y el brio de la nacion; los mercenarios de Constantinopla rinden las fortalezas; advenedizos todos sin fé, veteranos sin paga ni armas, y luego reclutas sin enseñanza ni subordinacion. Una misma nueva trae el malogro de la raya entera del valladar fuertísimo, sin que los Católicos estrañaran ni sintieran que jente tan empapada con los desvaríos de Nestorio y de Eutiques parase por disposicion de Jesucristo y de su Madre en manos de los infieles (27). Defienden los Jeorgios (28) solariegos ó Iberos con mas teson los bosques y cañadas del Cáucaso; mas campean infatigables el sultan y su hijo Malek en aquella guerra sagrada; imponen obediencia temporal y espiritual á sus cautivos, y en vez de collares y brazaletes, se colgó una herradura, como señal afrentosa, á cuantos infieles permanecian adictos al culto de sus padres. Mas no era el cambio ni estrañable ni universal, y aun en medio de siglos de servidumbre los Jeorjianos han estado conservando la serie de sus príncipes y obispos. Pero aquella estirpe en que naturaleza echó el resto de la suma perfeccion, yace allá encenagada en el desamparo, la idiotez y la torpeza; su profesion del Cristianismo, y todavía mas su ejercicio, se reduce á mero nombre; y si se han desentendido de toda herejía, es únicamente por cuanto su cerrilidad les imposibilita el retener una creencia metafísica (29).

No remedaba Alp Arslan el pundonor finjido ú entrañable de Mahmud, pues no escrupulizó en atropellar á la emperatríz Eudocia con sus niños. Tanto la estrecha, que la infelíz se entrega en brazos de un soldado con su cetro, revistiendo á Romano Diójenes con la púrpura imperial. A impulsos de su patriotismo, ú quizás de su engreimiento, sale luego escandalosamente á campaña en los dias de Pascua, siempre sagrados; pues no siendo en palacio mas que el marido de Eudocia, era ya en sus reales todo

un emperador del Oriente, sosteniendo aquel predicamento con medios escasos y denuedo incontrastable. Con su brio y sus logros la soldadesca se envalentona, los súbditos esperanzan y los enemigos temen. Habian los Turcos osado internarse hasta el corazon de la Frijia; pero tenia el sultan encargado á sus emires el desempeño de la guerra, y ufanos con su conquista, tenian sus varios cuerpos desparramados por los ámbitos del Asia. Cargados con sus despojos, y ajenos de toda disciplina, van cayendo separada y desvalidamente en manos de los Griegos, y redoblando el emperador con su estremada actividad su presencia, y aun estan oyendo hablar de su espedicion por Antioquía, cuando se halla acuchillando al enemigo por los cerros de Trebisonda. Afánase en tres campañas, y aventa á los Turcos allende el Eufrates, empeñándose á la cuarta en el rescate de la Armenia. Tiene que abastecerse para dos meses por la asolacion jeneral del territorio, y luego se adelanta á sitiar la plaza notable de Malakend (30) á media distancia entre Van y Eterea. Acaudilla á mas de cien mil hombres, reforzando las fuerzas de Constantinopla con las muchedumbres revueltas de Frijia y Capadocia; pero la pujanza efectiva se cifra en los súbditos aliados de Europa, las lejiones de Macedonia y los escuadrones de Moldavia, de Uros y de Bulgaria, muchos de aquellos, principalmente de ralea turca (31) y ante todo las tropas mercenarias y aventureras de Franceses y Normandos. El valeroso Ursel de Baliol capitanea sus lanzas, pariente ó padre del rey de Escocia (32), que sobresalian para el concepto jeneral en el ejercicio de las armas, ó segun el estilo griego en la danza pérsica.

Al rumor de aquel arrojado embate contra su señorío hereditario, acude al vuelo Alp Arslan con cuarenta mil caballos (33). La maestría ejecutiva de sus evoluciones inhabilita y acobarda á los Griegos mas numerosos, sobresaliendo su denuedo y clemencia en el primer encuentro y derrota total de Basilacio, jeneral de alta graduacion. El emperador, tras la rendicion de Malazkerd habia separado torpemente sus fuerzas, y por mas que se empeñó en reincorporar á los Francos asalariados, ni acudieron estos á su llamamiento, ni quiso esperarlos; y luego con la desercion de los Uzos, acosado de sospechas y congojas, rechazando el dictámen mas cuerdo y acertado, se disparó arrebatadamente á la refriega. Propónele el sultan pactos decorosos que le afianzaban la retirada con anuncios de paz; pero le suena el brindis á zozobra y flaqueza, y le contesta con un reto descompasado. « Si el bárbaro » prorumpe « está anhelando la paz, que al punto evacue el terreno que abarca para los reales romanos, y entregue la ciudad y alcázar de Rei, por prenda de su veracidad» —Sonríese Alp Arslan con tamaño devaneo, llorando al mismo tiempo sobre el malogro de tantos fieles Musulmanes, y tras una plegaria fervorosa, pregona su permiso para cuantos apetezcan retirarse de la re-

friega; trenza con sus propias manos la cola de su caballo, arrima el arco y las flechas, empuña la maza y la cimitarra, viste un ropaje blando, se empapa en almizcle, y encarga que si lo vencen lo entierren al punto en aquel mismo sitio (54). El sultan se desprendió afectadamente de sus arrojadizas; pero cifrando siempre sus esperanzas en los flechazos de la caballería turca formada con varios claros en media luna. En vez de las reservas y líneas redobladas de la táctica griega, escuadrona Romano su hueste en mole única y maciza, y arrolla briosa y desaladamente á los bárbaros que van cediendo con artera y blanda resistencia. Desperdicia casi todo un dia calurosísimo en esta pelea guerrillera é infructuosa, hasta que la fatiga y la cordura le precisan á recobrar sus reales. Pero muy azarosa suele ser una retirada ante un enemigo dilijente, y no bien se encara el estandarte hácia retaguardia, cuando la cobardía ruinó la emulacion indecorosa de Andrónico, príncipe envidioso que mancilla su cuna y la púrpura cesarea (55) desmorona la formacion, y entonces los escuadrones turcos, en aquel trance de revuelta y cansancio, disparan una nube de saetas, cercando con los estremos de la media luna á la retaguardia griega. Tras el esterminio del ejército y saqueo de los reales, por demás se hace el puntualizar el número de muertos y cautivos. Los escritores bizantinos entonan lloroso duelo á la pérdida de una perla incomparable, olvidando que las provincias asiáticas de Roma quedaron irreparablemente sacrificadas en aquel dia tan aciago.

Esperanzado Romano hasta el estremo, se afana mas y mas en rehacer y poner en salvo las reliquias de su ejército. Queda ya el centro, el punto imperial indefenso, y acorralado por el enemigo victorioso, y sostiene todavía el trance desesperadamente hasta el anochecer, capitaneando siempre á los súbditos fieles y valerosos que cercan su pendon. Van cayendo á su lado, le matan el caballo, lo hieren, y el sumo emperador permanece solo y denodado hasta que se le agolpa tal muchedumbre, que lo abruma y lo maniata. Los competidores por presa tan esclarecida son un esclavo que lo habia visto entronizado en Constantinopla, y un soldado monstruoso, cuya fealdad se escusaba con su promesa de algun rasgo señalado. Romano, despojado ya de armas, joyas y púrpura, pasa peligrosísimamente la noche en el campo de batalla, en medio de una turba revuelta de bárbaros desmandados. Al amanecer llevan al cautivo rejio ante Alp Arslan, quien no acaba de creer su logro, y llama á sus embajadores para comprobar la identidad de la persona, y luego se convence plenamente con el testimonio entrañable de Basilacio, que se arroja llorando á las plantas de su desventurado soberano. Visten plebeyamente al sucesor de Constantino, lo llevan al divan turco y le mandan besar la tierra ante el señor del Asia. Obedece con suma repugnancia, y se cuenta que Alp Arslan, apeándose disparadamente de su sólio hasta llegó á estam-

par su planta sobre la cervíz del emperador Romano (36). Se duda del hecho, y si en aquel trance de altanería el sultan se atuvo á la costumbre nacional, lo restante de su conducta no ha podido menos de merecer las alabanzas de sus enemigos ilusos y aun puede servir de norma enseñanza á los siglos posteriores. Alza instantaneámente del suelo al cautivo rejio, y estrechándole por tres veces la mano con ahinco entrañable, le asegura que vida y decoro le seguirian inviolablemente acatados en manos de quien sabia conservar la majestad de sus iguales, constándole los vaivenes de la suerte. Acompañan á Romano desde el divan turco á una tienda contigua, donde los palaciegos del sultan le sirven con boato y miramiento, sentándole dos veces al dia á la misma mesa del soberano. En un coloquio llano y espedito de ocho dias ni palabra ni mirada insultante asomó al rostro del vencedor; pero tildó adustamente á los súbditos indignos que habian desamparado en el trance á su príncipe esforzado apuntando amistosamente á su antagonista varios yerros en que habia venido á incurrir en el desempeño de la guerra. Desde el preliminar de su convenio pregúntale Alp Arslan, que trato conceptuaba habia de merecer, y el sosiego inalterable del emperador está desentrañando el desahogo de su interior. « Si sois cruel » le dice « me quitaréis la vida; si adoleceis de altanería me arrastraréis á las ruedas de vuestra carroza; pero si atendeis á vuestros intereses aceptaréis un rescate y me restituiréis á mi patria. » — « ¿Y cuál continua el sultan » fuera vuestro porte si la suerte se mostrara risueña con vuestro intento? » La contestacion del griego abarca un arranque mas para callado, así por cordura como por agradecimiento, que para dicho. « Si yo venciera » le dice con arrogancia « si yo venciera descargara sobre este cuerpo mil azotes. » Se sonrie el Turco al descoco de su cautivo, y prorumpe que la ley cristiana encarga el amor de los enemigos y el perdon de las injurias, y le manifiesta caballerosamente que no ha de seguir un ejemplo, que reprueba con toda su alma. Delibera Alp Arslan maduramente sobre el asunto, dicta las condiciones del rescate y de la paz, y le impone por el pronto un millon, y luego un tributo anual de trescientas y sesenta mil monedas de oro (37) los enlaces de la prole rejia, y la franquicia de cuantos Musulmanes se hallan en poder de los Griegos. Suspira Romano y firma aquel tratado tan afrentoso para la majestad del imperio en seguida le revisten con un ropaje honorífico á la turca; devolviéndole sus nobles y patricios; y el sultan tras un abrazo caballeroso, le despide con presentes riquísimos y una guardia militar. Al asomar al confin de su imperio le enteran de que el palacio y las provincias se han desentendido de todo homenaje á un cautivo; recójese á duras penas la cantidad de dos cientas mil monedas, y el apeado monarca envia aquella porcion de su rescate confesando desconsoladamente su desvalimiento y afrenta. La jenerosidad ó acaso la ambicion del sultan se está desde luego aparatando

para sostener á todo trance la causa de su aliado, pero queda frustrado su intento con la noticia de que Romano Diójenes yace derrotado, preso y difunto (58).

No asoma por los ámbitos de aquel convenio con Alp Arslan, ciudad ó provincia desencajada de los dominios del emperador cautivo, reforzándose únicamente con los trofeos de su victoria y los despojos de la Notolia, desde la Antioquía hasta el Mar Negro. Lo mas florido del Asia yacia en su poder; mas de mil príncipes ó hijos de tales acataban rendidamente su sólio, capitaneando luego hasta trescientos mil soldados. Desentendióse el sultan del alcance sobre los Griegos; pero estaba allá ideando la conquista mas esclarecida del Turkestan, cuna solariega de la alcurnia de Seljuk. Marcha de Bagdad para el Oxo, abárcalo con un puente, y sus tropas emplean veinte dias en transitarlo. Atájale su carrera el gobernador de Benem, y el caramio José osa defender su fortaleza contra el sumo poderío del Oriente. Lo rinden, le traen á la tienda real, y el sultan, en vez de encarecer su teson, le afea su torpe tenacidad y desvarío, y luego la contestacion descocada del rebelde le acarrea el decreto, de que lo amarren á cuatro puntales, para que espire en situacion tan dolorosa; y al oir aquel mandato, el reo tira de su daga y se abalanza á ciegas al sólio, y al blandir la guardia sus mazas, la detiene Alp Arslan, el flechero mas atinado de su tiempo; pero resbala un tanto, se le soslaya la saeta y recibe en el pecho la daga de José, que yace luego en trozos. Es la herida mortal, y el príncipe turco dedica al espirar á los reyes engreidos la siguiente advertencia: « Encargóme allá un sabio en mi mocedad » prorumpe Alp Arslan » que me humillase ante el Señor; que desconfiase de mi fortaleza, sin menospreciar jamás ni el mas menguado enemigo. Desatendí aquellas lecciones, y queda mi descuido merecidamente castigado. Ayer mismo, al otear desde una loma el número, el arreglo y la gallardía de mis huestes, estremecíase la tierra bajo mis plantas, y me estuve diciendo acá en lo íntimo de mi corazon, eres positivamente el monarca del orbe y el guerrero mas invicto é incontrastable de todos sus ámbitos. Ese aparato de tropas ya no es mio, y ufanísimo con mi propia pujanza, caigo aquí á manos de un asesino (59). » Realzaban á Alp Arslan las prendas de un turco y un mahometano; su voz y su estatura imponian acatamiento á larga distancia; era bigotudo, y erguia el turbante encumbrado en forma de corona. Depositaron sus restos en el túmulo de la dinastía Seljukia, y el viandante podia leer y recapacitar esta inscripcion provechosa (40): CUANTOS HABEIS ESTADO VIENDO LA GLORIA DE ALP ARSLAN, ENSALZADA HASTA EL EMPIREO, ACUDID A MARTE Y LO MIRAREIS SEPULTADO EN EL POLVO. El esterminio del rótulo, y de la misma tumba, está pregonando todavía mas recientemente la insubsistencia de las grandezas humanas.

Quedó reconocido, ya en vida de Alp Arslan, su primojénito, por sultan venidero de los Turcos; pero muerto el padre, contendieron por la herencia un tio, un primo y un hermano. Tremolan sus cimitarras, agolpan sus secuaces, y tres victorias de Malek Shah (41) plantearon arraigadamente su nombradía y su derecho de primogenitura. En todos tiempos; y con especialidad en el Asia, el afan sediento de poderío ha disparado los mismos ímpetus, y acarreado los idénticos trastornos, pero en todo el vaiven de las guerras civiles, no asoma arranque mas castizo y magnánimo, que el contenido en un dicho del príncipe turco. En la víspera de la batalla está rezando devotamente en Too, ante la tumba del Eman Riza. Al levantarse el sultan del suelo, pregunta á su visir Necart, que habia tambien estado de rodillas á su lado, cual habia sido el tema de su plegaria reservada, « que vuestras armas canten victoria, » le contesta cuerda y aun sinceramente el ministro. « Pues por mi parte, » le replica el generoso Malek « estuve suplicando fervorosamente al Dios de los ejércitos; que se sirviese privarme de corona y vida, si fuese mi hermano mas acreedor que yo á reinar sobre los musulmanes. » Ratifica el califa el juicio favorable del cielo, y el dictado sacrosanto del caudillo de los fieles se comunicó por primera vez á un bárbaro; el mismo que por su merecimiento personal y por la estension de su imperio, fué el príncipe mayor de su siglo. Planteadas la Persia y la Siria, acaudilla hueste innumerable para redondear la conquista del Turkestan, entablada por su padre. En el tránsito de Oxo, un barquerillo de los trasportadores de su tropa, se le queja de que le han dilatado su pago hasta la cobranza de rentas sobre Antioquía. Se formaliza el sultan con aquella sinrazon; pero se sonrie con la lisonja mañera de su visir. « No fué mi ánimo dilatar allá tantísimo el plazo, sino dejar á la posteridad un testimonio de que el Oxo y Antioquía, aunque puntos tan remotos entre sí, estaban acatando á un mismo soberano. » Pero impropia y menguada era aquella cuenta, pues fué avasallando allende el Oxo, las ciudades de Bocara, Caritme y Samarcanda, y anonadando á todo esclavo rebelde ó bravío independiente que osaba contrarestarle. Atraviesa Malek el Sibon ó Jaxartes, postrer lindero de la civilizacion Persa; se le rinden las rancherías del Turkestan; su nombre se estampa en las monedas y suena en las plegarias del Cashgar, reino Tártaro al confin de la China. Tiende luego desde aquella raya su carrera dominadora á todo trance, ó supremacia feudataria al Poniente y Mediodía, hasta las sierras de Jeorjia, las cercanías de Constantinopla, la ciudad santa de Jerusalen y las selvas aromáticas de la Arabia Felíz. En vez de desenpoltronarse con el regalado lujo de su harem, el rey pastor, tanto en paz como en guerra, acampa y se afana dia y noche. Con aquel movimiento incesante de sus reales, su presencia iba siempre beneficiando á todas las provincias, y se cuenta

que fueron hasta doce sus paseos militares por los ámbitos anchurosos de un señorío mayor que el de Ciro en Asia, y que el de los mismos califas. Su espedicion mas relijiosa y regia fué la de su peregrinacion á la Meca; escudaban sus armas las caravanas, enriquecia ciudadanos y advenedizos, con la profusion de sus limosnas, planteando por el desierto paradores y posadas comodísimas para el alivio y regalo de sus hermanos. Deleitábase aquel sultan apasionadamente con la caza, empleando en ella hasta cuarenta y siete mil caballos; pero tras una batida jeneral, repartia por cada presa de una, una moneda de oro á los menesterosos, levísimo resarcimiento á costa del pueblo, por el costo y daño de aquel recreo tan rejio. Descollaron en aquel reinado de paz y de prosperidad por las ciudades del Asia, alcázares y hospitales, mezquitas y colejios, siendo poquísimos los que se retiraban de su Divan sin algun agasajo, y nadie absolutamente sin justicia. Al arrimo de aquella alcurnia (42) revivieron el idioma y la literatura de la Persia, y si Malek competia con la liberalidad de un Turco menos poderoso (43), estaban resonando por su palacio los cantares de cientos de poetas. Formalizó el sultan su ahinco en la reforma del calendario juntando todos los astrónomos del Oriente. Por ley del Profeta, tienen los Musulmanes que ir siguiendo las irregularidades de los meses lunares, pero en Persia desde el tiempo de Zoroastro, la revolucion del sol era muy sabida, y aun solemnizada con festividad anual (44); pero desde el vuelco del imperio mago, quedó desatendida la intercalacion, y agolpándose los quebrados de horas y minutos en redoblados dias, la fecha de la primavera, desde el signo de Aries fué á pasar al de los Peces. La era *Jelalea* ilustró al reino de Malek, y todos los yerros, así anteriores como venideros, quedaron enmendados con un cómputo, que aventajándose al de Juliano, se acerca en gran manera al sumo esmero de la disposicion Gregoriana (45).

Yaciendo la Europa en lóbrega barbarie, los destellos científicos del Asia, corresponden mas bien á la avenencia que á las luces de los conquistadores Turcos, debiéndose en gran parte aquella temporada sabia y pundonorosa á un visir persa, que manejó el imperio en los reinados de Alp Arslan y su hijo. Acataba el califa al ministro esclarecido Nizam con ínfulas de oráculo en materias de relijion y de ciencia, y luego el sultan le encargó sus veces para el desempeño fiel del poderío y de la justicia. A los treinta años de ejercicio, la nombradía del visir, sus caudales y hasta sus servicios, le redundaron en cargos criminales. Las asechanzas de una mujer y de un competidor dieron con él al través, y atropelló su vuelco una declaracion de que su sombrero y su tinterillo, iban, por decreto divino, embebidos en el solio y la diadema del sultan. El dueño despide al estadista venerable de noventa y tres años, acúsanle sus enemigos, y un fanático lo degüella: las últimas palabras de Nizam acreditan su inocen-

cia, y lo restante de la vida de Malek fué ya escaso y deslucido. Desde Ispahan, solar de trance tan afrentoso, trasladóse el sultan á Bagdad, con ánimo de llevar tambien al califa, y plantear su propia residencia en aquella capital musulmana. Alcanza el apocado sucesor de Mahoma una próroga de diez dias; pero antes de cumplirse aquel plazo, el ánjel de la muerte intima al bárbaro su esterminio. Habian pedido sus embajadores en Constantinopla, el desposorio con una princesa Romana; pero se soslayó decorosamente la propuesta, y la hija de Alexio, que pudiera muy bien haber sido la víctima, está espresando su aborrecimiento mortal á un enlace tan monstruoso (46). Concedió el sultan su hija al califa Moctadí, con la imprescindible condicion de que retrayéndose de sus mujeres y concubinas, se consagre únicamente al desempeño de tan honorífico desposorio.

Finó la grandiosidad y sistema del imperio turco al fallecimiento de Malek Shah. Batallaron por su solio el hermano y los cuatro hijos, y tras un eslabonamiento de guerras civiles, hermanó á los aspirantes ya reducidos, un convenio, dividiendo duraderamente con la dinastía *Persa*, la rama primojénita principal de la alcurnia de Seljuk. Las tres dinastías de los menores fueron las de *Kermyn*, de *Siria* y de *Rum:* quedó la primera mandando arrinconadamente (47) allá ciertas playas estensas sobre el piélago Indio (48): la segunda logró arrojar á los príncipes árabes de Alepo y Damasco, y la tercera, mas conexa con nuestro rumbo, invadió las provincias Romanas del Asia Menor. Contribuyó en gran manera para su ensalzamiento la política grandiosa de Malek, franqueando espedita carrera á los príncipes de su sangre, aun tras de haberlos vencido en refriega campal, para proporcionarse reinos dignos de su ambicion encumbrada, desahogándose además, con su lejanía, de aquellas ínfulas perniciosas de sus ánimos turbulentos. El gran sultan de Persia, encabezando su alcurnia y nacion, imponia obediencia y tributo á sus hermanos réjios, y así los tronos de Kerman y de Niza, de Alepo y Damasco; los Atabekes y emires de Siria y Mesopotamia, tremolaban sus pendones respectivos escudados con aquel cetro supremo (49), tendiéndose las rancherías de los Turcomanos por las llanuras del Asia occidental. Relajáronse al punto para luego disolverse por entero los vínculos de hermandad y subordinacion con la muerte de Malek, y la condescendencia de la alcurnia de Seljuk fué revistiendo á sus esclavos con herencias de reinos, y hablando á lo oriental, brotaron príncipes á miles del polvo de sus plantas (50).

Uno de la rejia estirpe, Cutulmish, hijo de Izrail y nieto de Seljuk, habia fenecido en la batalla contra Alp Arslan, y el vencedor afectuoso habia derramado lágrimas sobre su tumba. Sus cinco hijos, valentones todos y ansiosos de poderío, y todavía mas de venganza, desenvainaron

sus cimitarras contra el hijo de Alp Arslan. Escuadronadas ya sus huestes tan solo esperaban la señal del avance, cuando el califa, orillando la majestad que lo sacramentaba para los ojos vulgares, interpuso su mediacion sagrada. «En vez de ir ahí á derramar la sangre de vuestros hermanos, y hermanos al par en la fé y en la descendencia, juntad vuestras fuerzas en una guerra santa contra los Griegos, enemigos de Dios y de su Apóstol.» Oyen su voz: el sultan abraza á su parentela rebelde, y el mayor, el esforzado Soliman, acepta el estandarte real que le proporciona la conquista espedita y el mando hereditario de las provincias del imperio Romano, desde Ercerun hasta Constantinopla, con las rejiones desconocidas del Occidente (51). Acompáñanle sus cuatro hermanos; atraviesan el Eufrates, acampan por las cercanías de Kutaieh en la Frijia, y sus guerrillas de caballería, van talando las campiñas hasta el Helesponto y el Mar Negro. Desde el menoscabo del imperio, Persas y Sarracenos habian atropellado con sus correrías pasajeras, mas el paradero de una conquista permanente quedaba reservado para el sultan turco, y los introductores de sus armas fueron los mismos Griegos aspirantes á reinar sobre los escombros de su patria. Tras el cautiverio de Romano, el hijo endeblillo de Eudocia, estuvo por seis años temblando bajo el peso de la corona imperial, hasta que un mismo mes, con dos respectivas rebeliones vinieron á perderse por el Oriente y el Ocaso: llamábanse Nicéforos entrambos caudillos, pero diferenciábanse el Europeo y el Asiático, apellidándose el primero Brienio, y Botoniates el segundo. Hízose cargo el Divan de sus respectivas razones, ó mas bien promesas, y tras algun titubeo, se declaró Soliman por Botaniates, rompió la marcha con sus tropas desde Antioquía á Niza, é incorporó la bandera de la media luna con el pendon de la cruz. Constituido por fin su aliado en el solio de Constantinopla, agasajó con grandioso hospedaje al sultan en el arrabal de Crisópolis ó Scútari, trasladando á Europa un cuerpo de dos mil Turcos, á cuya destreza y denuedo, debió el nuevo emperador la derrota y prision de su competidor Brienio. Carísima resultó la compra de Europa con el holocausto del Asia, quedando Constantinopla defraudada de la obediencia y rentas de las provincias allende el Bósforo y el Helesponto, y los adelantos sistemáticos de los Turcos que venian fortificando los tránsitos de sierras y de rios, desahuciaban los ánimos del ansiado retiro ú espulsion. Acude otro candidato á la dignacion y auxilio del sultan; acompaña Meliseno con su ropaje de púrpura y borceguíes encarnados el campamento turco, y las ciudades mas desconfiadas flaquean á la intimacion de un príncipe Romano, quien al punto las va traspasando á los bárbaros. El mismo emperador Alexio revalida aquellos traspasos en un tratado de paz, pues sus zozobras por parte de Roberto, le precisan á escudarse con el arrimo de Soliman, y solo al fallecimiento del sultan, puede ir es-

tendiendo hasta Nicomedia, á veinte leguas de Constantinopla, los linderos orientales del orbe romano. Tan solo Trebisonda, al resguardo del mar y de sus cerros, conservó al estremo del Euxino su jerarquía antigua de colonia griega, y su destino venidero de un imperio cristiano.

Desde las primeras conquistas de los califas, el quebranto mas lastimoso que padecieron la Iglesia y el Imperio, se cifra en el establecimiento de los Turcos por la Natolia y el Asia Menor. Alcanzó Soliman el dictado de Sarí, campeon sagrado, añadiendo su nuevo reino de los Romanos, ó de Rum, á las tablas de la jeografía oriental. Suele delinearse corriendo desde el Eufrates hasta Constantinopla, desde el Mar Negro hasta el confin de la Siria, rebosando sus ámbitos de minas de plata, hierro, alumbre y cobre, feracísimos en mieses y viñedos, con crias de ganados y caballos sobresalientes (52). Las riquezas de Lidia, las artes griegas y el esplendor del siglo de Augusto, asomaban tan solo en los libros y en los escombros, igualmente recónditos para conquistadores Tártaros. Pero la Natolia aun en el menoscabo presente está todavía ofreciendo *tal cual* ciudad opulenta y populosa, de las que en el imperio bizantino descollaron mucho mas florecientes en número, grandiosidad y señorío. Escojió el sultan á Niza, cabeza de la Bitinia, para su palacio y fortaleza: planteóse á treinta y dos leguas de Constantinopla el solio de la dinastía Seljukia de Rum, negando y escarneciendo la divinidad de Jesucristo en el mismo templo, en que se proclamó por el primer concilio jeneral de los Católicos. Predicáronse en las mezquitas la unidad de Dios y la mision de Mahoma; enseñóse la literatura arábiga en las escuelas; sentenciaban los Cadís segun la lejislacion del alcoran; fueron prevaleciendo el idioma y las costumbres turcas por las ciudades, y los campamentos turcomanos cuajaban los cerros y llanuras de la Natolia. Con las condiciones violentísimas del tributo y la servidumbre, cabia á los Griegos cristianos el goce y ejercicio libre de su relijion; pero las profanaban sus iglesias mas sacrosantas, cometian continuos desacatos con sus sacerdotes y obispos (53), tenian que sobrellevar el triunfo de los *Paganos* y las apostasías de los suyos; miles de niños andaban señalados con la cuchilla de la circuncision, y otros muchos miles ya cautivos tenian que servir torpemente para los deleites de sus amos (54). Perdida ya el Asia, conservaba aun Antioquía su homenaje anterior á Jesucristo y al César; mas aquella provincia solitaria yacia allá ajena de todo arrimo romano, y cercada en derredor del poderío mahometano. El gobernador Filareto se estaba desesperadamente aparatando para el sacrificio de su pundonor y relijion, pero se le anticipa su hijo, quien volando al palacio de Niza, brinda al sultan con presa tan aventajada. Monta Soliman desaladamente á caballo, y en doce noches (pues descansaba de dia) completa una marcha de doscientas leguas. La dilijencia y reserva allanan á Antioquía, y las ciudades agregadas hasta

Laodicea y el confin de Alepo (55), siguen el ejemplo de su capital. Desde Laodicea hasta el Bósforo Tracio, ú brazo de San Jorje, se estendian á lo largo por treinta jornadas las conquistas y el reino de Soliman, y de diez á quince de ancho, entre los peñascos de Licia y el Mar Negro (56). La ignorancia turca en cuanto á navegacion resguardó por algun tiempo la deslucida seguridad del emperador; mas no bien las manos de los Griegos cautivos llegaron á construir una escuadra de doscientos bajeles, cuando trémulo Alexio se abroquela tras las murallas de su capital. Derrama sus cartas llorosas por Europa, para lastimar á los Latinos, poniéndoles de bulto el peligro, la flaqueza y las preciosidades de la ciudad de Constantino (58).

Pero la conquista mas sonada de los Turcos Seljukios fué la de Jerusalen (58), que paró luego en un teatro de naciones. Pactó el vecindario en su capitulacion con Omar el resguardo de su religion y propiedades; mas no cabia contrarestar la interpretacion de un dueño enojadizo, y en los cuatro siglos del reinado de los califas, tormentas y bonanzas estuvieron sin cesar, alternando en el horizonte de Jerusalen (59). Yendo siempre á mas sus convertidos y pobladores, los Musulmanes usurpaban ya tres cuartos del recinto, mas quedaba no obstante un barrio peculiar para el patriarca con su clero y pueblo, pagando únicamente por el resguardo de cada uno dos monedas de oro, y dejando en manos de los fieles el sepulcro de Jesucristo, con la iglesia de su Resurreccion. Preponderaba entre tres devotos el número y la jerarquía de los forasteros, pues con la conquista de los Arabes, en vez de cesar, se habian fomentado las peregrinaciones á la Tierra Santa, y como el pesar y la ira se están siempre dando la mano, se inflamaba mas por puntos el entusiasmo incitador de aquellos espuestísimos viajes. A tropel acudian peregrinos de Levante y Poniente á visitar el santísimo sepulcro y los santuarios convecinos, con especialidad por la temporada de Pascua, y Griegos y Latinos, Nestorianos y Jacobitas, Coptos y Abisinios, Armenios y Jeorjianos, estaban sosteniendo las capillas, el clero y los necesitados de sus comuniones respectivas. El rezo tan acorde en varios idiomas, el culto de tantísimas naciones en el sumo templo de su Religion, no podia menos de ser un espectáculo sublime y edificativo; mas aquel afan de las sectas cristianas solia ir empapado en vengativo encono, y en el reino de aquel sufrido Mesías, que perdonaba á sus enemigos, estaban aspirando á sojuzgar y perseguir á sus hermanos espirituales. Apropiáronse los Francos, por su número y denuedo la ansiada preeminencia, y el poderío de Carlomagno (60) escudaba al par á los peregrinos de la Iglesia Latina, y á los Católicos del Oriente. Aquel relijiosísimo emperador socorria dadivosamente el desamparo de Cartago, Alejandría y Jerusalen, fundando, ú dotando varios monasterios por Palestina con toda magnificencia. Harun Alrashid, el mas

descollante de los Abasides, apreciaba en su competidor cristiano la igualdad en potestad y en númen, corroboraban su intimidad con repetidos agasajos de regalos y embajadas, y el califa, sin desprenderse de su señorío efectivo, presentó al emperador las llaves del santo Sepulcro, y acaso de la ciudad de Jerusalen. Al ir ya decayendo la monarquía Carlovínjia, fué luego la república de Amalfí, la promovedora de los intereses comerciales y relijiosos en Oriente. Sus bajeles llevaban y traian los peregrinos occidentales por las costas de Egipto y Palestina, y con sus cargamentos provechosos merecian la privanza y la intimidad de los califas Fatimitas (61); instituyóse feria anual sobre el monte Calvario, y los traficantes Italianos llegaron á fundar el convento y hospital de San Juan de Jerusalen, una de la órden militar y monástica que vino despues á reinar en las islas de Rodas y de Malta. Si los peregrinos cristianos se contentaran con reverenciar el túmulo de un profeta, nunca los secuaces de Mahoma vituperáran, sino que antes bien remedáran su religiosidad; mas como *Unitarios* rijidísimos se escandalizaban con una adoracion que está representando el nacimiento, muerte y resurreccion de todo un Dios; tildaban á las imájenes católicas con el apodo de ídolos, sonriéndose los Musulmanes airados (62) al presenciar el encendimiento de la llama milagrosa en la víspera de Pascua sobre el santo Sepulcro (63). Aquel engaño devoto, inventado en el siglo nono (64) cundió apasionadamente entre los Cruzados latinos, repitiéndose anualmente para las sectas Griega, Armenia y Copta (65) que estan embaucando al crédulo auditorio (66) en provecho propio y de sus tiranos. En todos tiempos acudió á robustecer la racionalidad del tolerantismo, y el desembolso y tributos de tantos miles de advenedizos, aumentaban mas y mas por años las rentas del príncipe y de sus emires.

La revolucion que trasladó el cetro de los Abasides á manos de los Fatimitas redundó, en vez de quebranto, en beneficio de la Tierra Santa. Residiendo en Egipto el soberano, estaba palpando la suma entidad del comercio con la cristiandad latina; y los emires de Palestina vivian mas cercanos al solio poderoso y justiciero. Mas el tercero de aquellos Fatimitas fué el famoso Hakem (67), mozo desaforado y despreciador de Dios y de los hombres, y en cuyo reinado alternaron desenfrenadamente el vicio y el desvarío. Desentendiéndose de las costumbres inveteradas del Egipto, impuso á las mujeres encierro absoluto: á tamaña servidumbre clamaron entrambos sexos; enfurecióse á su vocería, abrasó parte del antiguo Cairo, y batallaron por varios dias sangrientamente el vecindario y la soldadesca. Manifestóse al pronto el califa celosísimo Mahometano, fundando y enriqueciendo mezquitas y colegios, costeó hasta mil y dos cientas copias del Alcoran en letras de oro, y mandó desarraigar los viñedos del Alto Ejipto. Mas esperanzó luego vanidosamente plantear

una religion nueva; aspiró á tramontar la nombradía del Profeta, apellidándose imájen patente del Altísimo, quien tras nueve apariciones sobre la tierra, se estaba por fin manifestando en su rejia persona. Al nombre de Hakem, señor de vivos y difuntos, se doblaban todas las rodillas en adoracion entrañable; celebrábanse sus misterios sobre loma cercana al Cairo; hasta diez y seis mil convertidos firmaron ya su profesion de fe, y al presente mismo, un pueblo libre y belicoso, los Drusos del monte Líbano, viven todavía empapados en la vida y en la divinidad de un frenético y un tirano (68). Endiosado una vez Hakem, tenia que odiar á Judíos y Cristianos como siervos de sus competidores, quedándole tan solo algun rastro, por preocupacion ó cordura, de apego á la ley mahometana. Su persecucion inhumana y desatinada acarreó martirios y apostasías, así en Ejipto como en Palestina, hollando por igual fueros y prerogativas de sectas, y vedando espresamente toda devocion, nativa ó advenediza. Arrasó hasta sus cimientos el templo del orbe cristiano, la iglesia de la Resurreccion: interumpióse el portento luminoso de la Pascua, y se echó el resto en profanar y anonadar la cueva labrada en el peñasco, que es propiamente el santo sepulcro. Atónitas é inconsolables las naciones de Europa con aquel sacrilegio, en vez de armarse para el recobro y defensa de la Tierra Santa, se contentaron con desterrar y quemar Judíos, por consejeros reservados de bárbaro tan desalmado (69). Pero el voluble Hakem se arrepiente y templa hasta cierto punto los quebrantos de Jerusalen; y sellado estaba ya el mandato rejio para el restablecimiento rejio, cuando los emisarios de su hermano asesinan al tirano, los califas sucesores volvieron al régimen anterior político y religioso; concedióse tolerancia espedita, y al arrimo piadoso del emperador de Constantinopla, el santo sepulcro renació de sus escombros, y tras breve abstinencia, se agolparon los peregrinos con mayor auje de apetito á la mesa espiritual (70). Escaseaba y peligraba el tránsito á Palestina por mar, pero convertida ya la Hungría se franqueó aquella comunicacion segura entre la Alemania y la Grecia, la caridad de San Estevan, apóstol de su reino, socorria y guiaba á sus hermanos viandantes (71), y desde Belgrado hasta Antioquía, iban atravesando hasta quinientas leguas de un imperio cristiano. El afan de la peregrinacion sobresalió, cual nunca entre los Francos, atropellándose por el camino muchedumbres incesantes de ambos sexos y de jerarquía, y menospreciando la vida, con tal que llegasen á besar la tumba de su Redentor. Desentendíanse príncipes y prelados de sus posesiones, y aquellas redobladas caravanas estaban ya como encabezando las huestes que en el siglo se escuadronaron bajo las banderas de la Cruz. Como treinta años antes de la primera cruzada, el arzobispo de Metz, los obispos de Utrech, Bamberga y Ratisbona, emprendieron viaje tan trabajoso desde

el Rin hasta el Jordan, ascendiendo la muchedumbre de sus comitivas á siete mil personas. Agasajólos esmeradamente el emperador en Constantinopla; pero la ostentacion de su opulencia incitó la codicia de los Arabes bravíos; escrupulizaban el blandir las espadas, y sostuvieron un sitio con la aldea de Cafarnaun, hasta que los socorrió con su proteccion comprada el emir Fatimita. Tras su visita de los lugares santos, se embarcaron para Italia, y tan solos dos mil llegaron en salvo á sus respectivas patrias. Ingulfo, secretario de Guillermo el conquistador, se halló en esta romería, y espresa que salieron de Normandía hasta treinta gallardos y perfectamente equipados jinetes, pero que despasaron los Alpes veinte cuitados romerillos, empuñando sus bordones, con sus zurroncillos al hombro (72).

Derrotados los Romanos, asomaron los Turcos á desasosegar á los califas Fatimitas (73); y el Carizmio Atsiz, uno de los tenientes de Malek-Shah, se encaminó á la Siria capitaneando numerosa hueste, y sojuzgó á Damasco á hierro y hambre. Hems y las demás ciudades de la provincia, reconocieron al califa de Bagdad y al sultan de Persia, y el emir victorioso se adelantó sin resistencia hasta las orillas del Nilo: ya el Fatimita estaba tratando de internarse por el corazon del Africa, cuando sus negros se arrojan desesperadamente, con el vecindario del Cairo, sobre el Turco, y lo aventan allende el confin del Ejipto. Se desenfrena el vencido, en su retirada, con robos y matanzas, convida el juez y los escribanos á su campamento, y los degüella, con mas de tres mil vecinos de Jerusalen. El sultan Tucush, hermano de Malek-Shah, castiga la crueldad ó derrota de Atsiz, afianzando con mas fundamento y mayores fuerzas el señorío de Siria y Palestina. Reinó como veinte años la alcurnia de Seljuk en Jerusalen (74); pero el mando hereditario de la Ciudad santa y su territorio, pasó en manos del emir Ortok, caudillo de una tribu turcomana, y cuyos hijos, despues de su espulsion de Palestina, vinieron á plantear dos dinastías sobre el confin de Armenia y Asiria (75). Azorosa en estremo fué para los Cristianos de Levante y los peregrinos de Poniente, aquella trastornadora revolucion de un gobierno sentado y hermandad antigua con los califas, y planteadora sobre sus cervices de un yugo de hierro por los advenedizos del Norte (76). El gran sultan habia como prohijado en su Corte y en sus reales, las artes y modales de Persia; pero la nacion turca, y con especialidad las tribus pastoras, reguian siempre montaraces como en el desierto. Hostilidades advenedizas y caseras estahan plagando la gran tirantez del Anta, desde Wiza hasta Jerusalen, y aquellos pastores de Palestina señoreando á temporadas sus fronteras siempre variables, no tenian lugar ni temple para estar esperando los réditos del comercio ú de la devocion. Los peregrinos, tras los innumerables peligros de su tránsito dilatado, al asomar por fin á los

umbrales de Jerusalen, paraban en víctimas de rapiñas particulares y tropelías públicas, feneciendo á menudo de hambre ó de dolencia antes de tributar su acatamiento al santo Sepulcro. Los Turcomanos, á impulsos de su barbarie nativa, ó de su fervor desaforado, andaban insultando al sacerdocio de todas las sectas; arrastraron de los cabellos por el pavimento al patriarca, y luego lo empozaron en una mazmorra, para estafar el rescate á su grey condolida; asaltando además y escarneciendo con fiereza bravía el culto divino en la misma iglesia de la Resurreccion. Su relacion patética llegó á conmover los millones de Occidente qne bajo el estandarte de la cruz fueron marchando al rescate de la tierra Santa, sin embrago de ser muy baladi la suma de tantísima desventura en cotejo de aquel disparo sacrílego de Hakem, aguantado tan sufridamente por los Cristianos latinos. Provocacion mas llevadera inflamó luego el temple mas irritable de sus descendientes; asomaron allá nuevos ímpetus caballerescos, y sobre todo mas predominio papal, hiriendo una fibra de sensibilidad intensísima, cuyo vaiven llegó á latir hasta en el mismo corazon de Europa.

NOTAS

correspondientes al capítulo quincuajésimoséptimo.

(1) Debo su índole é historia á D'Herbelot. (Bibliothéque Orientale, *Mahmud*, p. 532—537.), M. de Guignes (Histoire des Huns, tom. III. p. 155—173.), y nuestro paisano el coronel Alejandro Dow (vol. I. p. 23—83.). En los dos primeros volúmenes de su Historia del Indostan, se denomina traductor de la Ferishta persa; pero en su texto florido, no es fácil distinguir la version del orijinal. *

* El lector europeo está poseyendo en el dia una version mas esmerada de Ferishta, la del coronel Briggs. De la obra del coronel Dow, Briggs advierte, «que el nombre del autor trascenderá á la posteridad, como una de «las mas tempranas é infatigables de nuestros discípulos orientales. Sin em- «bargo, en vez de ceñirse á una mera traduccion, ha mejorado su obra con «sus propias observaciones, las cuales han sido embebidas en el texto de tal «modo, que Gibbon declara imposible distinguir el traductor del autor orijinal.» Prefacio, p. VII.—M.

(2) La dinastía de los samánides continó 125 años, A. D. 871-999, bajo diez príncipes. Véase su sucesion y esterminio, en las tablas de M. de Guignes (Hist. des Huns, tom. I. p. 404—406.). Siguiéronles los Gaznevidas, A. D. 999—1183 (véase el tom. I. p. 239, 240.). Su division de naciones suele trastornar la serie del tiempo y lugar.

(3) Gaznah hortos non habet: est emporiumet domicilium mercaturæ Indicæ. Abulfedæ Geograph. Reiske, tab. XXIII, p. 349. D'Herbelot, p. 364. No aportó por allá viajero alguno moderno.

(4) Por el embajador del califa de Bagdad, quien se valió de una voz árabe ó caldea, que significa *señor* y *dueño* (D'Herbelot, p. 825.). Se interpreta Αυτοκρατωρ, Βασιλευς Βασιλεων, por los escritores bizantinos del siglo XI; y el nombre (Σὸλτανος, Soldano) se usa familiarmente en las lenguas griega y latina, despues de haber pasado de los Gaznevidas á los Seljukides, y otros emires de Asia y Ejipto. Ducange (Dissertation XVI. sur Joinville, p. 238—240. Gloss. Græc. et Latin). se afana por hallar el dictado de Sultan en el antiguo reino de Persia, pero sus pruebas son meras sombras; un nombre propio en los Temas de Constantino (II. 11.), anticipacion de Zonaras, etc. y una medalla de Kai Khosrou, no (como él cree) el Sasanida del siglo VI, sino el Seljukide de Iconio del XIII (De Guignes, Hist. des Huns, tom. I. p. 246.).

(5) Ferishta (apud Dow, Hist. del Indostan, vol. I. p. 49.) menciona la respuesta de un *cañon* * en el ejército indiano. Pero como soy tardío en creer este uso prematuro (A. D. 1008) de la artillería, tengo que escudriñar primero el texto, y luego la autoridad de Ferishta, que vivió en la corte del Mogol en el último siglo.

(6) Kinnouge, ó Canouge (la antigua Palimbothra **) está señalada en la latitud de 27.° 3', y lonjitud de 80.° 13'. Véase D'Anville (Antiquité de l'Inde, p. 60—62), correjido por el conocimiento local del mayor Rennel (en su escelente Memoria sobre su mapa del Indostan, p. 37—43.): 300 joyeros, 30,000 tiendas para el Arrecanut, 60,000 bandas de músicos, etc. (Abulfed. Geograph. tab. XV. p. 274. Dow, vol. I. p. 16.), facilitará una amplia deduccion.

(*) Este paso está escrito de diverso modo en los varios manuscritos que he visto; y en algunos la voz tope (cañon) se ha escrito con nupth (nafta), y toofung (mosquete) por khndung (saeta). Pero ninguna historia persa ó arábiga habla de la pólvora antes del tiempo usualmente señalado de su invencion (A. D. 1317); mucho despues de cuya época, se aplicó por primera vez á los objetos de la guerra. Ferishta de Brigg, vol. I. p. 47. nota. —M.

(**) Mr. Wilson (Hindu Drama, vol. III. p. 12.) y Schlegel (Indische Bibliothek, vol. II. p. 394.) se acercan en identificar Palimbothra con el Patalipura de los Indios; el Patna de los modernos. —M.

(7) Los idólatras de Europa, dice Ferishta (Dow, vol. I, p. 66.). Consúltese Abulfeda (p. 272.), y el Mapa del Indostan por Rennel.

(a) Ferishta dice algunos « erores de oro. » Dow dice, en una nota al pié de la pájina, « diez millones, » que es la esplicacion de la voz « crore. » Mr. Gibbon dice temerariamente que la suma ofrecida por los brahminos era de diez millones esterlines. Nota á la India de Mill, vol. II. p. 222. La traduccion del coronel Brigg es « una cantidad de oro. »

El tesoro hallado en el templo, « *quizás* en la imájen; » segun las autoridades del Mayor Price, era de veinte millones de dinaurs de oro, cerca de nueve millones esterlines; pero esto era un céntuplo del rescate ofrecido por los brahminos. Price, vol. II. p. 290.

(b) Mas bien que el *idol broker* (iconoclasta) prefirió ser llamado *Mahmud the idol breaker*. Price, vol. II. p. 289. —M.

(8) D'Herbelot, Bibliotéque Orientale, p. 527. Sin embargo estas cartas, apotegmas, etc. raras veces son el lenguaje del corazon, ó los motivos de accion pública.

(c) Compárese Price, vol. II. p. 295. —M.

(9) Por ejemplo, un rubí de cuatrocientos cincuenta miskals (Dow, vol. I. p. 53.), ó seis libras y tres onzas: el mayor en la tesorería de Dehli pesaba diez y siete miskals (Voyages de Tavernier, partie II. p. 280.). Es verdad que en el Oriente todas las piedras coloradas se llaman rubíes (p. 355.), y que Tavernier vió tres mas grandes y preciosos entre las joyas de notre grand roi, le plus puissant et plus magnifique de tous les rois de la terre (p. 376.).

(10) Dow, vol. I. p. 65. Se dice que el soberano de Kinoge habia poseido 2,500 elefantes (Abulfed. Geograph. tab. XV. p. 274.). Por estas historias indianas, el lector puede corregir cierta nota en mi primer volúmen ó por aquella nota enmendar estas historias.

(11) Véase una pintura adecuada y natural de estas costumbres pastoriles, en la historia de Guillermo arzobispo de Tiro (l. I. c. VII. en las Gesta Dei per Francos, p. 633, 634.), y una preciosa nota por el editor de la Histoire Généalogique des Tatars, p. 535—538.

(12) Las primeras emigraciones de los Turcomanos, y dudoso oríjen de los Seljukios, pueden rastrearse en la laboriosa Historia de los Kunos, por M. de Guignes (tom. I. Tablas Cronolójicas l. V. tom. III. l. VII. IX. X.), y la Bibliothéque Orientale de d'Herbelot (p. 799—802. 897-901,), Elmacin (Hist. Saracen. p. 331—333.), y Abulfaragio (Dínast. p. 221, 222.).

(13) Dow, Hist. del Indostan, vol. I. p. 89. 95—98. He copiado este paso como una muestra de las costumbres persas; pero malicio que

por alguna rara fatalidad el estilo de Ferishta se ha mejorado con el de Osian. *

(14) El Zendekan de d'Herbelot (p. 1028.), el Dindaka de Dow (vol. I. p. 97.), es probablemente el Dandanekan de Abulfeda (Geograph. p. 345. Reiske), corta ciudad de Corazan, á dos jornadas de Marû, y célebre en el Oriente por la produccion y manufactura de algodon.

(15) Los historiadores bizantinos (Cedreno, tom. II. p. 766, 767. Zonaras, tom. II. p. 255. Niceforo Brienio, p. 21.) han confundido, en esta revolucion, la verdad del tiempo y lugar, de los nombres y personas, de las causas y sucesos. La ignorancia y desbarros de estos Griegos (que no me detendré en desenredar) pueden inspirar alguna desconfianza de la historia de Ciaxares y Ciro, y se dice por sus mas elocuentes predecesores.

(16) Willerm. Tyr. l. I. c. 7. p. 633. La adivinacion por las flechas, es antigua y famosa en el Oriente.

(17) D'Herbelot, p. 801. Con todo, despues del engrandecimiento de su posteridad, Seljuk llegó á ser el trijésimo cuarto en descendencia por línea del gran Afrasiab, emperador de Touran (p. 800.). La jenealojía tártara de la casa de Zingis dió diferente viso á la lisonja y fábula; y el historiador Mirkhod entronca los Seljukidas de Alankavah, con la madre vírjen (p. 801. col. 2.) Si son los mismos que los *Zalzuts* de Abulghaz Bahadur Khan (Hist. Généalogique, p. 148.), citamos en su favor el testimonio de mas peso de un príncipe tártaro mismo, el descendiente de Zingis, Alankavah, ó Alanku, y Oguz Khan.

(18) Por una leve alteracion, Togrul Beg es el Tangroli-pix de los Griegos. Su reinado é índole asoman al vivo en D'Herbelot (Bibliothéque Orientale, p. 1027, 1028.) y De Guignes (Hist. des Huns, tom. III. p. 189—201.

(19) Cedreno, tom. II. p. 774, 775. Zonaras, tom. II. p. 257. Con su usual conocimiento de los negocios orientales, describen al embajador como un *sherif*, quien como el syncello del patriarca, era el vicario y sucesor del califa.

(20) De Guillermo de Tiro, he tomado esta distincion de Turcos y Turcomanos, que á lo menos es popular y adecuada. Los nombres son los mismos, y la adicion de *marco* es de la misma entidad en los idiomas persa y teutónico. Pocos críticos adoptarán la etimolojía de Jaime de

(*) La conjetura de Gibbon estaba bien fundada. Compárese la version mas juiciosa y positiva del coronel Briggs, vol. I. p. 110. —M.

Vitry (Hist. Hierosol. l. I. c. 11. p. 1061.), de Turcomanos, casi *Turcos* y *Comanos*, pueblo mezclado.

(21) Hist. Générale des Huns, tom. III. p. 165, 166, 167. M. de Guignes cita á Abulmahasen, historiador de Ejipto.

(22) Consúltese la Bibliothéque Orientale, en los artículos de los *Abasidas Caher*, y *Caiem*, y los Anales de Elmacin y Abulfarajio.

(23) Esta curiosa ceremonia la debo á M. de Guignes (tom. III. p. 197, 198.), y aquel docto autor la debe á Bondari, que compuso en lengua arábiga la historia de los Seljukides (tom. V. p. 365.). Ignoro su edad, país y carácter.

(d) Segun Von Hammer «coronas» son incorrectas. Son desconocidas como símbolo de la soberanía en el Oriente. V. Hammer, Osmanische Geschichte, vol. I. p. 567. — M.

(24) Eodem anno (A. H. 455) obiit princeps Togrulbecus..... rex fuit clemens, prudens, et peritus regnandi, cujus terror corda mortalium invaserat, ita ut obedirent ei reges atque ad ipsum scriberent. Elmacin, Hist. Saracen. p. 342. vers. Erpenii.

(25) Por lo tocante á estas guerras de los Turcos y Romanos, véanse en jeneral las historias bizantinas de Zonaras y Cedreno, Scylitzes el continuador de Cedreno, y Nicéforo Briennio Cesar. Los dos primeros de estos eran monjes, los dos últimos estadistas; sin embargo, tales eran los Griegos, que la diferencia de estilo y carácter apenas es discernible. En cuanto á los Orientales, son inmensos como siempre en la riqueza de D'Herbelot (véanse los títulos de los primeros Seljukides) y la exactitud de De Guignes (Hist. des Huns, tom. III. l, X.).

(26) Εφερετο γαρ εν Τὸρκοις λσγος, ὡς ειη πεπρωμενον καταςραφηναι το Τὸρκως απο της τοιαυτης δυναμεως, ὁποιαν ὁ Μακεδων Αλεξανδρος εχων κατεςρεψατο Περσας. Cedreno, tom. II. p. 791. La credulidad del vulgo es siempre probable; y los Turcos habian aprendido de los Árabes la historia ó leyenda de Escander Dulcarnein (D'Herbelot, p. 317, etc.).

(27 Ὁι και Ιβηριαν και Μεσοποταμιαν, και Αρμενιαν οικὸσι και ὁι την Ιὸδαικην τὸ Νεςοριὸ και των Ακεφαλων θρησκευὸσιν ἁιρεσιν (Scylitzes, ad calcem Cedreni, tom. II. p. 834. cuya construccion ambigua no me inducirá á maliciar que confundiese las herejías nestoriana y monofisita). Habla familiarmente de μηνις, χολος, οργη, Θεὸ, calidades, como debe temer, muy estrañas del Ente perfecto; pero su preocupacion se ve precisada á confesar, que poco despues se descargaron sobre los ortodojos Romanos.

(28) Si el nombre de los Jeorjios hubiese sido conocido por los Griegos (Stritter, Memoriæ Byzant. tom. IV. *Ibérica*), lo derivaria de su agricultura, como Σκυθαι γεωρκοι de Herodoto (l. IV. c. 18. p. 289. edit. Wesseling). Pero aparece únicamente desde las Cruzadas, entre los lati-

nos (Jac. á Vitriaco, Hist. Hierosol. c. 79. p. 1095.) y orientales (D'Herbelot, p. 407.), y se tomó devotamente de S. Jorje de Capadocia.

(29) Mosheim, Institut. Hist. Eccles. p. 632. Véanse en los Viajes de Chardin (tom. I. p. 171.), las costumbres y relijion de esta hermosa, pero indigna nacion. Véase la jenealojía de sus príncipes desde Adam hasta el siglo presente, en las Tablas de M. de Guignes (tom. I. p. 433—438.).

(30) Esta ciudad se menciona en Constantino Porfirojénito (de Administrat. Imperii, l. II. c. 44. p. 119.) y los Bizantinos del siglo XI, bajo el nombre de Mautzikierte, y por algunos se confunde con Theodosiópolis; pero Delisle, en sus notas y mapas, ha fijado muy acertadamente la situacion. Abulfeda (Geograph. tab. XVIII. p. 310.) describe Malasgerd como ciudad corta construida con piedra negra y surtida de agua, sin árboles, etc.

(31) Los wis de los Griegos (Stritter, Memor. Byzant. tom. III. p. 923—948.) son los Gozz de los orientales (Hist. des Huns, tom. II. p. 522. tom. III. p. 123, etc.), Aparecen en el Danubio y el Volga; en Armenia, Siria, y Chorasan, y el nombre parece haberse estendido á toda la ralea turcomana.

(32) Urselio (el Ruselio de Zonaras) descuella en Jeffrey Malaterra (l. I. c. 33.) entre los conquistadores Normandos de Sicilia, y con el sobrenombre de *Baliol;* y nuestros historiadores dirán como los Baliols vinieron de Normandía á Durham, construyeron el castillo de Bernardo sobre el Tees, se casaron con una heredera Escocesa, etc. Ducange (Not. ad Nicephor. Bryennium, l. II. N.° 4.), ha ahincado en el asunto en honor del presidente de Bailleul, cuyo padre habia trocado la espada por la toga.

(33) Elmacin (p. 343, 344.) deslinda este número probable, que Abulfaragio reduce á 15,000 (p. 227.), y D'Herbelot (p. 102.) á 12,000 caballos. Pero el mismo Elmacin da 300,000 hombres al emperador, de quien Abulfarajio dice, Cum centum hominum millibus, multisque equis et magna pompa instructus. Los Griegos se desentienden por lo mas de todo esmero numérico.

(34) Los escritores Bizantinos no hablan tan á las claras de la presencia del sultan: encargó sus fuerzas á un eunuco, se habia retirado á una distancia, etc. ¿Es ignorancia, zelos, ó verdad?

(35) Era hijo de Cesar Juan Ducas, hermano del emperador Constantino (Ducange, Fam. Byzant. p. 165.). Nicéforo Briennio ensalza sus virtudes y achica sus yerros. (l. I. p. 30. 38. l. II. p. 53.). Sin embargo confiesa su encono á Romano, ὁ πανυ δε φιλιως εχον προς βασιλεα. Scylitzes habla mas terminantemente de su traicion.

(36) Esta circunstancia, que leemos, y de la cual dudamos, en Scylitzes y Constantino Manasses, queda omitido mas cuerdamente por Nicéforo y Zonaras.

(e) Elmacin da 1.500,000. Wilken, Geschichte der Kreuz-zuge, vol. I. p. 10.—M.

(37) El rescate y tributo se apoyan en la razon y los Orientales. Los demás Griegos callan ruborosamente; pero Nicéforo Briennio se atreve á afirmar, que los términos eran ὀκ αναξιας Ῥωμαιων αρχης, y que el emperador hubiera preferido la muerte á un tratado vergonzoso.

(38) La derrota y el cautiverio de Romano Diójenes, pueden hallarse en Juan Scylitzes ad calcem Cedreni, tom. II. p. 835—843. Zonaras, tom. II. p. 281—284. Nicéforo Briennio, l. I. p. 25—32. Glycas, p. 325—327. Constantino Manasses, p. 134, Elmacin, Hist. Saracen. p. 343, 344. Abulfaraj. Dinast. p. 227. D'Herbelot, p. 102, 103. De Guignes, tom. III. p. 207—211. A mas de mi antiguo conocido Elmacin y Abulfarajio, el historiador de los Hunos ha consultado Abulfeda, y su compendiador Benschounah, crónica de los Califas, por Soyouthi, Abulmahasen de Ejipto, y Novairi de Africa.

(39) Esta muerte interesante se refiere por D'Herbelot (p. 103, 104.), y M. de Guignes (tom. III. p. 212, 213.), de sus escritores orientales; pero ninguno de ellos ha sostenido el brio de Elmacin. (Hist. Saracen. p. 344, 345.).

(40) Un crítico de alta nombradía el reciente Dr. Johnson), que ha escudriñado ahincadamente los epitafíos de Pope, podia cavilar en esta sublime inscripcion á las palabras «ida á Marn,» pues el lector debia estar ya en Marn, antes de poder leer el letrero.

(41) La Bibliothéque Orientale ha dado el texto del reinado de Malek (p. 542, 543, 544. 654, 655.); y la Histoire générale des Huns (tom. III. p. 214—224.) ha añadido la medida usual de la repeticion, enmienda y suplemento. Sin estos dos instruidos franceses, hubiera quedado por cierto á ciegas en el mundo oriental.

(42) Véase un escelente discurso, al fin de la Historia de Nadir Shah por Sir William Jones, y los artículos de los poetas, Amak, Anvari, Raschidi, etc. en la Bibliothèque Orientale.

(43) Su nombre era Kheder Khan. Cuatro talegas fueron puestas al rededor de su sofá, y como escuchó el canto, arrojó puñados de oro y plata á los poetas (D'Herbelot, p. 107.). Todo esto puede ser cierto; mas no alcanzo como reinó en Transoxiana en el tiempo de Malek Shah, y mucho menos como Kheder pudo superarle en poderío y pompa. Malicio que el principio, no el fin, del siglo XI, es la verdadera era de su reinado.

(44) Véase Chardin, Voyages en Perse, tom. II. p. 235.

(45) La era jelalea (Gelaleddin, Gloria de la Fe, era uno de los nombres ó títulos da Malek Shah (se fija al XV de marzo, A. H. 471, A. D. 1079. El Dr. Hide ha producido los testimonios orijinales de los Persas y Árabes (de Religione veterum Persarum, c. 16. p. 200—211.).

(b) Fué la primera gran víctima de su enemigo, Hassan Salek.

(46) Habla de esta soberanía persa como ἁπασης κακοδαιμονοτερον πενιας. Ana Comnena solo tenia nueve años al fin del reinado de Malek Shah * (A. D. 1092), y cuando habla de su asesinato, confunde el sultan con el visir (Alexiada, l. VI. p. 177, 178.).

(47) Tan obscura que el desempeño de M. de Guignes pudo unicamente copiar (tom. I. p. 244. tom. III. part. I. p. 269, etc.) la historia, ó mas bien la lista, de los Seljukidas de Berman, en la Bibliothèque Orientale. Fueron estinguidos antes del fin del siglo XII.

(48) Tavernier, quizás el único viajero que ha visitado Kerman, describe la capital como una gran poblacion arruinada, á veinte y cinco jornadas de Ispahan, y veinte y siete de Ormus, en medio de un pais fértil (Voyages en Turquie et en Perse, p. 107. 110.).

(49) Aparece por Ana Comnena, que los Turcos del Asia menor obedecieron el sello privado y chiauss del gran Sultan (Alexiada, l. VI. p. 170.), y que los dos hijos de Soliman quedaron detenidos en su corte (p. 180.).

(50) Esta espresion viene citada en Petit de la Croix (Vie de Gengiscan, p. 161.), de algun poeta, con la mayor probabilidad persa.

(g) Wilken considera Cutulmish, no como nombre turco. Geschichte der Kreuz-züge, vol. I. p. 9· — M.

(51) Sobre la conquista del Asia menor, M. de Guignes no ha sacado auxilio de los escritores Turcos ó Árabes, que producen una lista descarnada de los seljukidas de Roum. Los Griegos no quieren patentizar su vergüenza, y debemos sacar algunas apuntaciones de Scylitzes (p. 860, 863.), Nicéforo Briennio (p. 88. 91, 92, etc. 103, 104.), y Ana Comnena (Alexiada, p. 91, 92, etc. 163, etc.).

(52) Tal es la descripcion de Roum por Haiton el Armenio, cuya historia tártara puede hallarse en las colecciones de Ramusio y Bergeron (véase Abulfeda, Geograph. climat. XVII. p. 301—305.).

(53) Dicit eos quemdam abusione sodomitica intervertisse episcopum

(*) Véase Von Hammer, Osmanische Geschichte, vol. I. p. 16. Los dominios Seljukios estuvieron por un tiempo reunidos en la persona de Sandjar uno de los hijos de Malek Shah, que mandaba « desde Kashgar hasta Antio- « quía, desde el Caspio hasta los estrechos de Babelmandel. » — M.

(Guibert. Abbat. Hist. Hierosol. l. I, p. 468.). Es bastante singular, que hallásemos un paso parecido del mismo pueblo en el siglo presente. «Il n' est point d' horreur que ces Turcs n' aient commis, et semblables «aux soldats effrénés, qui dans le sac d' une ville, non contens de disposer de tout à leur gré, prétendent encore aux succès les moins désirables. Quelques Sipahis ont porté leurs attentats sur la personne du «vieux rabbi de la synagogue, et celle de l' Archevêque Grec.» (Memoires du Baron de Tott, tom. II. p. 193.).

(54) El emperador, ó el abate, describen las escenas de un campo turco cual si las hubiesen presenciado. Matres correptæ in conspectu filiarum multipliciter repetitis diversorum coitibus vexabantur; (¿es esa la verdadera lectura?) eum filiæ assistentes carmina præcinere saltando cogerentur. Mox eadem passio ad filias; etc.

(55) Véase Antioquía, y la muerte de Soliman, en Ana Comnena (Alexiada, l. VI. p. 168, 169.), con las notas de Ducange.

(56) Guillermo de Tiro (l. I. c. 9, 10. p. 635.) da la relacion mas auténtica y deplorable de estas conquistas turcas.

(57) En su epístola al Conde de Flandes, Alexio se apea demasiado de su señorío y dignidad; sin embargo viene aprobado por Ducange (Not. ad Alexiad. p. 335, etc.), y parafraseado por el abate Guibert, historiador contemporáneo. El texto griego ya no existe; y cada traductor y escritor puede decir con Guibert (p. 475.), verbis vestita meis, privilejio de la mas indefinida latitud.

(58) Nuestro mejor fondo para la historia de Jerusalen desde Heraclio hasta las cruzadas, se halla en dos pasos estensos y orijinales de Guillermo arzobispo de Tiro (l. I. c. 1—10. l. XVIII. c. 5, el principal autor de los Gesta Dei per Francos. M. de Guignes ha compuesto una eruditísima Mémoire sur le commerce des François dans le Levant avant les Croisades, etc. (Mém. de l' Académie des Inscriptions, tom. XXXVII. p. 467—500.).

(59) Secundum dominorum dispositionem, plerumque lucida plerumque nubila recepit intervalla, et ægrotantium more temporum præsentium gravabatur aut respirabat qualitate (l. I. c. 3. p. 630.). La latinidad de Guillermo de Tiro de ningun modo es despreciable: pero en su cómputo de 490 años, desde la pérdida hasta el recobro de Jerusalen, se propasa de la verdadera cuenta en treinta años.

(60) En cuanto á las relaciones de Carlomagno con la Tierra Santa, véase Ejinhard (de Vita Caroli Magni, c. 16. p. 78—82.), Constantino Porfirojénito (de Administratione Imperii, l. II. c. 26. p. 80.), y Pagi (Critica, tom. III. A. D. 800, N.° 13, 14, 15.).

(61) El califa concedió sus privilejios, Amalphitanis viris amicis, et

utilium introductoribus (Gesta Dei, p. 934.). El comercio de Venecia á Ejipto y Palestina, no puede producir un título tan antiguo, á menos que adoptemos la risible traduccion de un francés que equivocó las dos facciones del circo (Veneti et Prasini) con los Venecianos y Parisienses.

(62) Una crónica arábiga de Jerusalen (apud Asseman. Bibliot. Orient. tom. I. p. 628. tom. IV. p. 368.) atestigua la incredulidad del califa y del historiador; sin embargo Cantacuceno acude arrojadamente á los Mahometanos mismos, tras la verdad de este milagro perpetuo.

(63) En sus disertaciones sobre la Historia eclesiástica, el docto Mosheim ha ventilado separadamente este supuesto milagro (tom. II. p. 214-306.), de lumine sancti sepulchri.

(64) Guillermo de Malmesbury (l. IV. c. II. p. 209.) cita el itinerario del monje Bernardo, testigo ocular, que visitó Jerusalen A. D. 870. El milagro queda corroborado con otro peregrino algunos años mas antiguo; y Mosheim atribuye la invencion á los Francos poco despues de la muerte de Carlomagno.

(65) Nuestros viajeros, Sandis (p. 134.), Thevenot (p. 621—627.), Maundrell (p. 94, 95.), etc. describen esta farsa estravagante. Los católicos se ven apurados para decidir, *cuando* acabó el milagro y empezó la patraña.

(66) Los orientales mismos confiesan el fraude, y abogan por la necesidad y edificacion (Mémoires du Chevalier D' Arvieux, tom. II. p. 140. José Abudacni, Hist. Cont. c. 20.); pero no intentaré con Mosheim, desentrañar el modo. Nuestros viajeros se han llevado chasco con respecto á la sangre de S. Genaro en Nápoles.

(67) Véase D' Herbelot (Bibliot. Orientale, p. 411.), Renaudot (Hist. Patriarch. Alea. p. 390. 397. 400, 401.), Elmacin (Hist. Saracen. p. 321—323.), y Marei (p. 384—386.), historiador de Ejipto, traducido por Reiske del árabe al aleman, y que me interpretó verbalmente un amigo.

(68) La relijion de los Rusos yace encubierta por su ignorancia é hipocresía. Sus doctrinas secretas se ciñen al predestinado que profesa una vida contemplativa; y los Prusos vulgares, de suyo indiferentes, por casualidad se conforman con el culto de los Mahometanos y Cristianos de su vecindad. Lo poco que es, ó merece ser sabido, puede verse en el activísimo Niebuhr (Voyages, tom. II. p. 354—357.), y el segundo volúmen de los Viajes recientes é instructivos de M. de Volney. *

(*) La relijion de los Drusos ha quedado, en el presente año, plenamente desentrañada por sus mismos escritos, que han permanecido largo tiempo de-

(69) Véase Glaber, l. III. c. 7. y los Anales de Baronio y Pagi, A. D. 1009.

satendidos en las librerías de París y Oxford, en el « Exposé de la Religion des Druses, por M. Silvestre de Sacy. » Deux tomes, Paris, 1838. El docto autor lo ha encabezado con una vida de Hakem Biarm—Allah, que nos habilita para enmendar varios yerros en el cómputo de Gibbon. Estos desaciertos nacen principalmente de su falta de conocimiento ó de atencion á la cronolojía de la vida de Hakem. Hakem sucedió en el trono de Ejipto el año de la Hejira 386. No asumió su divinidad hasta el año 408. Su vida fué ciertamente « una mezcla feroz de vicio y locura, » á lo cual debe añadirse de la mas sanguinaria crueldad. Durante su reinado 18.000 personas fueron víctimas de su ferocidad. Sin embargo, tal es el dios, advierte M. de Sacy, que los Drusos han adorado por espacio de 800 años! (Véase p. CCCCXXIX.). Todas sus acciones mas estravagantes y desenfrenadas se interpretaron por sus secuaces, como teniendo un significado místico y alegórico, aludiendo á la destruccion de las otras relijiones, y propagacion de la suya. No parece haber sido la «vanidad» de Hakem la que le indujo á introducir una relijion nueva. El punto curioso en la nueva fe es, que Hamza, hijo de Alí, verdadero fundador de la relijion *unitaria* (tal es su jactancioso dictado,) se contentó con tomar una parte secundaria. Mientras Hakem fué Dios, el único Supremo, el Imam, Hamza fué su Intelijencia. No fué en su « carácter divino » que Hakem « aborreció á los Judíos « y Cristianos, » sino en el de un mahometano enjendrado, que ostentó en los primeros años de su reinado. Sus bárbaras persecuciones, y la quema de la iglesia de la Resurreccion en Jerusalen, pertenecen enteramente á aquel período; y su ascenso á la divinidad fué seguido por un edicto de tolerancia para con los Judíos y Cristianos. Los Mahometanos, cuya relijion trató entonces con hostilidad y desprecio, siendo de mucho los mas numerosos, fueron sus mas temibles enemigos, y por consiguiente los objetos de su odio mas inveterado. Es otro hecho particularísimo, que la relijion de Hakem de ningun modo se ciñó á Ejipto y Siria. M. de Sacy cita una carta dirijida al caudillo de la secta en la India; y hay tambien una carta al emperador bizantino Constantino, hijo de Armanoo (Romano), y al clero del imperio.—Constantino octavo, supone M. de Sacy, pero esto es incompatible con la cronolojía: querrá decir forzosamente Constantino undécimo, Monomaco). El asesinato de Hakem no, por consiguiente, merece crédito entre sus secuaces. M. de Sacy parece que conceptua el hecho como confuso y dudoso. Segun sus secuaces *desapareció*, pero ha de volver con el tiempo. A su vuelta ha de verificarse la resurreccion el triunfo del unitarianismo, y la destruccion final de todas las demás relijiones. El templo de Meca está consagrado especialmente á la destruccion. Es notable que una de las *señales* de esta consumacion final, y de la reaparicion de Hakem, es que el cristianismo se granjeará un manifiesto predominio sobre el mahometanismo.

En cuanto á la relijion de los Drusos, no puedo avenirme con Gibbon, en que no «merece» ser mejor conocida; y quedo agradecido á M. de Sacy, á pesar de la prolijidad y repeticion casual en sus dos gruesos volúmenes, por el

(70) Per idem tempus ex universo orbe tam innumerabilis multitudo cœpit confluere ad sepulchrum Salvatoris Hierosolymis, quantum nullus hominum prius sperare poterat. Ordo inferioris plebis... mediocres... reges et comites... præsules... mulieres multæ nobiles cum pauperioribus... Pluribus enim erat mentis desiderium mori priusquam ad propria reverterentur (Glaber, l. IV, c. 6. Bouquet, Historiadores de Francia, tom. X. p. 50.). *

(71) Glaber, l. III. c. 1. Katona (Hist. Critic. Regum Hungariæ, tom. I. p. 304—311.) examina si S. Estevan fundó un monasterio en Jerusalen.

(72) Baronio (A. D. 1064, N.° 43—56.) ha transcrito la mayor parte de las narraciones orijinales de Ingulfo, Mariano y Lamberto.

(73) Véase Elmacin (Hist. Saracen. p. 349, 350.) y Abulfarajio (Dinast. p. 237. vers. Pocock.). M. de Guignes (Hist. des Huns, tom. III. part. I. p. 215, 216.) añade los testimonios, ó mas bien los nombres, de Abulfeda y Novairi.

(74) Desde la espedicion de Isar Atsiz (A. H. 466, A. D. 1076), hasta la espulsion de los ortokidas (A. D. 1096). Sin embargo Guillermo de Tiro (l. I. c. 6. p. 633.) asegura que Jerusalen estuvo treinta y ocho años en manos de los Turcos; y una crónica arábiga, citada por Pagi (tom. IV. p. 202), supone que la ciudad fué reducida por un jeneral carizmio á la obediencia del califa de Bagdad, A. H. 463, A. D. 1070. Estas fechas tempranas no son muy compatibles con la historia jeneral de Asia; y estoy seguro, de que desde A. D. 1064, el regnum Babylonicum (del Cairo) aun prevaleció en Palestina (Baronio, A. D. 1064, N.° 56.).

(75) De Guignes, Hist. des Huns, tom. I. p. 249—252.

(76) Willm. Tyr. l. I. c. 8. p. 634. que se afana mucho por ensalzar las penas de los Cristianos. Los Turcos exijieron un *áureo* de cada peregrino! El *caphar* de los Francos es ahora de catorce duros; y la Europa no se queja de esta tasa voluntaria.

cabal desentrañamiento del mas estraordinario desvarío religioso que jamás encarnó en el pecho del hombre. El culto de un loco tirano es el cimiento de una creencia sutil y metafísica, y de una moral severa y aun ascética. — M.

(*) Compárase el primer cap. de Wilken, Geschichte der Kreuzzüge. — M.

CAPITULO LVIII.

Oríjen y número de la primera cruzada. — Indole de los príncipes latinos. — Su marcha á Constantinopla. — Política del emperador griego Alexio. — Conquista de Niza, Antioquía y Jerusalen, por los Francos. — Rescate del santo Sepulcro. — Godofredo de Bullon primer rey de Jerusalen. — Instituciones del reino francés ó latino.

A los veinte años de la conquista de Jerusalen por los Turcos, visitó el santo Sepulcro un ermitaño llamado Pedro, natural de Amiens en la provincia de Picardía (1). Sus propias tropelías y la opresion del nombre cristiano, estremaron su encono y su compasion, y juntando sus lágrimas con las del patriarca, le pregunta con ahinco si se halla ya desahuciado por parte del emperador griego. El patriarca le va relatando los achaques y la postracion de los sucesores de Constantino. « Las naciones belicosas de Europa » esclama el ermitaño, « han de acudir á mi voz escuadronadas » y la Europa toda obedece al llamamiento del ermitaño. Atónito el patriarca, lo despide con cartas lamentables é incitativas, y no bien desembarca en Bari, cuando marcha Pedro arrebatadamente á besar el pié al pontífice Romano. Menguado de estatura y de traza, con sus ojos agudísimos y su afluencia vehemente, arrollaba desde luego á su auditorio (2). Era de familia hidalga (pues tenemos ya que ir usando lenguaje moderno) y militó con los vecinos condes de Boloña, los héroes de la primera cruzada; pero dejó temprano el mundo y la espada, y siendo cierto que su esposa, aunque noble, era añeja y fea, no se le haria tan cuesta arriba el orillar su lecho por el de un convento, y luego por el de una ermita. En tan montaraz soledad inflamóse sobre su cuerpo descarnado su fantasía, creyó cuanto anhelaba, y todo lo estuvo ya viendo en sueños y en revelaciones. Fanático rematado, se mostró el peregrino á su regreso de Jerusalen, y como estaba descollando en el desvarío reinante, el papa Urbano segundo lo recibió con ínfulas de profeta, encareció su intento esclarecido, prometió sostenerlo en un concilio jeneral, y lo estimuló para ir pregonando el rescate de la Tierra Santa. En alas de aprobacion tan plausible, atraviesa el ansioso misionero las provincias de Italia y Francia con aceptacion y diligencia. Parco en el alimento, fervoroso y largo en la plegaria, va repartiendo

con una mano cuantas limosnas recibe con la otra; descalzo y con la cabeza descubierta, abriga su cuerpecillo con tosquísima ropa; enarbola un crucifijo corpulento, y hasta el jumentillo que cabalga queda, para el concepto jeneral, santificado con ir sirviendo al varon sobrehumano. Está predicando al jentío arremolinado por iglesias, calles y carreteras, frecuentando con igual llaneza alcázares y chozas, y arrebatando con su llamamiento al pueblo, y todos venian á verlo á la penitencia y á las armas. Al retratar los padecimientos de los solariegos y peregrinos en Palestina, va traspasando los corazones compasivos, é inflamando los pechos guerreros para acudir al socorro de sus hermanos y al rescate de su Salvador; ignora la retórica estudiada, pero la suple de sobras con ayes, lágrimas y exclamaciones; orilla los raciocinios, y apela con su clamoreo al mismo Jesucristo, á su Madre, á los santos y á los ánjeles y arcánjeles con quienes suele conversar por los ámbitos del paraíso. El orador mas encumbrado de Atenas envidiaria el embeleso de su elocuencia, pues aquel entusiasta cerril va traspasando los ímpetus que está sintiendo, y la Cristiandad entera se muestra colgada del dictámen y el decreto del sumo pontífice.

El númen grandioso de Gregorio VII tiene ya ideado el intento de armar la Europa contra el Asia; en sus cartas está todavía ardiendo aquel afan ambicioso, y hasta cincuenta mil católicos se alistan, por ambas vertientes de los Alpes, en las banderas de San Pedro (3), y el sucesor suyo pone de manifiesto *aquel* ánimo de acaudillar la hueste contra los impíos secuaces de Mahoma. Pero el timbre ó el baldon de encabezar, no personalmente, tan sagrada empresa, quedaba reservada para Urbano II (4), su fidelísimo alumno. Emprende la conquista del Oriente, mientras la porcion mayor de Roma para en manos de Guiberto de Ravena, que lidia con Urbano por el nombre y los honores del pontificado. Se empeña en hermanar las potencias del Occidente cabalmente cuando los príncipes se hallan desviados de la Iglesia y los pueblos de sus príncipes, por las escomuniones que tanto él como sus antecesores tienen, fulminadas contra el emperador y el rey de Francia. Está sobrellevando este sufridamente las censuras que se habia acarreado con su adúltero desposorio y vida escandalosa. Aferrábase Henrique IV de Alemania en su derecho de investiduras y en la prerogativa de revalidar sus mitrados con la entrega del báculo y del anillo. Pero habian las armas de los Normandos y de la condesa Matilde estrellado la prepotencia del emperador en Italia; y se acababa de emponzoñar tan dilatada contienda con la rebeldía de su hijo Conrado y la afrenta de su esposa (5), que en los concilios de Constancia y de Placencia habia confesado paladinamente las varias prostituciones á que la habia arrebatado un marido ajenísimo del pundonor de entrambos (6). Era tan popular el empeño de Urbano y tan

poderoso su influjo, que el concilio convocado por él en Plasencia (7) se componia de doscientos obispos de Italia, Francia, Borgoña, Suabia y Baviera. Cuatro mil clérigos y hasta treinta mil seglares acudieron al importantísimo congreso, y como tantísima muchedumbre no cabia en la catedral mas grandiosa, celebráronse las sesiones por siete dias en el éjido anchuroso de la ciudad. Recibiéronse los embajadores del emperador Alexio Comneno y fueron relatando el conflicto de su soberano, y la continjencia suma de Constantinopla, deslindada ya únicamente de los Turcos, enemigos jurados del nombre cristiano. Encarándose rendidamente con los príncipes latinos, estuvieron engriendo su altanería, y al arrimo de su propio interés y de la Religion, les instaron encarecidamente que rechazasen á los bárbaros allá por los confines del Asia, antes que vinieran á internarse por el corazon de Europa. Al tristísimo pormenor del peligro y desamparo de sus hermanos orientales, la asamblea toda prorumpe en lágrimas, y los campeones mas denodados se manifiestan prontísimos á emprender la marcha, despidiendo á los embajadores con la seguridad terminante de acudir ejecutiva y poderosamente en su auxilio. Alcanzaba á Constantinopla el plan grandioso y mas lejano de libertar á Jerusalen; pero la cordura de Urbano emplazó la postrera decision para segundo concilio, proponiendo alguna ciudad de Francia en otoño del mismo año. En aquel plazo se habia de inflamar y cundir mas y mas el entusiasmo, estribando su mayor esperanza en aquella nacion aguerrida (8) engreida aun con la preeminencia de su nombre, y ansiosa de igualarse con el mismo Carlomagno (9), que segun la novela popular de Turpin (10), habia conquistado ya la Tierra Santa. Algun impulso encubierto estimularia vanidosamente á Urbano para aquella eleccion, siendo francés y monje de Cluny, y el primero de su país que se habia entronizado en el sólio de San Pedro. Esclareció como papa su alcurnia y su comarca; y quizás no cabe complacencia mas entrañable que la de ir allá repasando, despues de hallarse en colocacion encumbrada, los pasajes y afanes de la mocedad.

No puede menos de estrañarse el arrojo del pontífice en alzar, dentro de Francia, su tribunal para asestar sus anatemas contra el mismo rey; pero cesa todo pasmo en haciéndose cargo de lo que era un rey de Francia en el siglo undécimo (11). Felipe I era tataranieto de Hugo Capeto, fundador de aquel linaje, que en el menguante de la posteridad de Carlomagno añadió el dictado rejio á sus estados patrimoniales de París y de Orleans. En medio de aquella estrechez, disfrutaba autoridad y opulencia; mas para lo restante de Francia, Hugo y sus primeros descendientes no pasaban de señores feudales de los sesenta duques ó condes con potestad hereditaria é independiente (12), que se desentendian de toda cortapisa de leyes y juntas legales, y cuyos desacatos á su soberano quedaban

desagraviados con la desobediencia de sus propios vasallos. En Clermont, territorio del conde de Auvergne (13), podia el papa arrostrar sin peligro el encono de Felipe, y el concilio reunido en aquella ciudad corria parejas en número y señorío con el de Plasencia (14). Además de su coste y el cuerpo de sus cardenales, sostenianle trece arzobispos y doscientos y veinte y cinco obispos; regulábase el número de abades mitrados en cuatrocientos, y bendecian al padre de la Iglesia los santos, iluminándole los sabios del siglo. Acompañaban al concilio escuadrones de guerreros y señores de otros reinos, prohombres todos de potestad y nombradía (15), en espectativa intensa de los acuerdos, y fué tan sumo el afan de la concurrencia, que estando ya colmada la ciudad, hubo que albergarse en chozas y barracones por el campo raso. En las sesiones de ocho dias se decretaron cánones provechosos para la reforma de costumbres; se providenció severísimamente contra las guerras particulares; se revalidó la tregua de Dios (16), esto es, suspension de hostilidades por cuatro dias en cada semana; tomó la Iglesia bajo su salvaguardia las mujeres y los niños, y se estendió el resguardo á labradores y mercaderes, víctimas indefensas de la rapiña militar. Mas no alcanza la ley por mas sagradamente sancionada que aparezca, á escudar de improviso al desvalido, trasformando las propensiones del siglo, y luego el conato benévolo de Urbano desmerece en gran manera, puesto que trataba de apaciguar pendencias peculiares, con ánimo de encender las llamas de la guerra desde el Atlántico hasta el Eufrates. Sonó y resonó el grandioso intento por las naciones desde el concilio de Plasencia; pues el clero á su regreso fué predicando por sus respectivas diócesis el merecimiento y gloria del rescate de la Tierra Santa. Trepa luego el papa á un altísimo tablado en el mercado de Clermont, y su persuasiva no pudo menos de encarnar en los pechos ya propensos y enardecidos del auditorio. Obvias son sus premisas, vehementes sus ímpetus y su aplauso estrepitoso. El clamoreo de miles y miles interrumpe al orador, y en su habla cerril, pero en una sola voz prorumpen: « Dios lo quiere, Dios lo dispone (17). » — « Es en verdad, disposicion del Señor, » replica el Papa, y estas palabras memorables, ciertamente inspiradas por el Espíritu Santo, ha de ser siempre el alarido de la batalla, para enardecer la devocion y el denuedo de los campeones de Jesucristo. Su cruz es el símbolo de vuestra salvacion, llevadla; cruz encarnada, cruz sangrienta, como señal esterior en vuestros hombros ó pechos, como prenda de vuestro compromiso sagrado é irrevocable. » Acéptase gozosamente la propuesta; infinitos clérigos y seglares estampan en su ropa la señal de la cruz (18), y se empeñan en que el papa los acaudille. El sucesor, harto cuerdo, de Gregorio, se desentiende allá de tamaño realce, alegando el cisma de la Iglesia y las incumbencias de su pastoral desempeño, y en-

cargando á los fieles, que por su sexo, edad, profesion ó dolencia se hallen imposibilitados, ayuden con sus plegarias y limosnas á la ejecucion de sus robustos hermanos. Traspasa el nombre y facultades de legado suyo á Ademaro, obispo de Puig, el primero que recibió la cruz de sus manos. Encabeza á todos los caudillos temporales Raimundo, conde de Tolosa, cuyos embajadores disculparon su ausencia en el concilio, comprometiendo desde luego el honor de su dueño. Confesados y absueltos los campeones de la cruz, oyen el encargo escusado de que amonesten á sus paisanos y amigos, aplazándoles la partida para la Tierra Santa á la festividad de la Asuncion, el quince de agosto del año siguiente (19).

Es de suyo el hombre tan violento, que al menor agravio ú desliz se conceptua con derecho para hostilizar principalmente al extraño ú advenedizo; pero hay ahora que desentrañar el nombre y el jaez de una *guerra sagrada;* pues no debemos suponer arrebatadamente que los siervos de un Príncipe de Paz, desenvainasen sus espadas asoladoras sin mediar motivos terminantes de contienda lejítima, y precision imprescindible. La índole de nuestras jestiones se cifra en la enseñanza práctica, pero antes de obrar debe la conciencia justipreciar el acierto, y la oportunidad de toda empresa. Allá los cruzados, tanto en Levante como en Poniente, iban empapados en su pundonoroso intento, alegando argumentos enmarañados con citas cavilosas de la Escritura, y hojarasca de retórica; pero aferrábanse siempre en su derecho nativo é irrefragable á la posesion de la Tierra Santa, abominando de la impiedad de sus enemigos paganos ó musulmanes (20). I. El derecho de la defensa justa, abarca desde luego á nuestros aliados civiles y espirituales, cifrándose en la existencia de algun peligro; el cual se ha de graduar por la malignidad y el poderío de nuestros enemigos. Achácase á los Musulmanes el tema perniciosísimo del *esterminio* de todas las demás relijiones á los filos de su espada; pero este cargo de tamaña idiotez y fanatismo queda rechazado con el texto del Alcoran, con la historia de las conquistas mahometanas, y con su tolerancia pública y legal del culto cristiano. Es sin embargo innegable que están acosandoá las iglesias orientales con su yugo de hierro; que en paz y en guerra están siempre decantando su derecho divino é incontrastable para el imperio universal, y que su creencia mas acendrada, sigue amagando de muerte á toda relijion y libertad. El malogro de uno y otro estuvo en el disparador con las armas victoriosas de los Turcos en el siglo undécimo, pues vinieron avasallando en treinta años los reinos del Asia, hasta Jerusalen y el Helesponto, y conmoviendo con trémulo vaiven el exánime imperio Griego. Además de su afecto decoroso á unos hermanos, asistia á los Latinos derecho é interés para sostener á Constantinopla, como valladar importantísimo para

el Occidente, y el fuero de la defensa natural no podia menos de alcanzar hasta precaver ó rechazar el embate siempre inminente. Mas cabia acudir á tan saludable intento con un auxilio moderado, y la racionalidad despejada tiene que tildar aquel jentío innumerable y aquellas operaciones lejanas que asolaban el Asia despoblando la Europa. II. Nada abultaba la Palestina para el resguardo de los Latinos, y tan solo el fanatismo pudiera empeñarse en abonar la conquista de provincia tan remota y reducida. Afirmaban los Cristianos que su Salvador Divino habia sellado con su propia sangre, aquel derecho antiguo é incontrastable á la tierra de promision; y así por fuero y por virtud acudian á rescatar su herencia de manos injustísimas, que estaban profanando el santo Sepulcro é infestando la peregrinacion de los fieles. En vano se alegaria, que la preeminencia de Jerusalen y la santidad de Palestina, quedaron abolidas con la ley de Moisés; que ni el Dios de los Cristianos es divinidad local, ni el recobro de Belen ó el Calvario, su cuna ó su túmulo, compensarian sus contravenciones á los preceptos morales del Evanjelio. Tales argumentos resbalan por el broquel de plomo de la supersticion, y el pecho devoto jamás viene á desprenderse de su asidero en el árbol sagrado del misterio y de los milagros. III. Pero cuantas guerras sagradas se han sostenido por todos los climas del globo, desde el Ejipto hasta la Livonia, desde el Perú al Indostan, requieren siempre el arrimo de algun dogma mucho mas jeneral y aplicable. Se ha supuesto anteriormente y se afirmó á veces que una diferencia en la relijion es fundamento suficiente para hostilizarse, que todo incrédulo empedernido puede matarse ó sojuzgarse por los campeones de la cruz, y que la gracia ó bien la misericordia, son los únicos manantiales del verdadero señorío. Mas de cuatro siglos antes de la primera cruzada, las provincias así orientales como occidentales del imperio Romano, habian venido á incorporarse, del propio modo y casi al mismo tiempo, allá por los bárbaros de Alemania ó de Arabia. El tiempo y los tratados habian ido lejitimando las conquistas de los Francos *Cristianos*; mas para sus vecinos ó súbditos los príncipes Musulmanes eran siempre unos tiranos y usurpadores, á quienes en habiendo proporcion de armas y rebeldía, se les podia lejítimamente arrojar de sus posesiones indebidas (21).

Al paso que las costumbres de los Cristianos se iban relajando, se subia tambien de punto la tirantez de la disciplina (22), penitenciándose redobladamente los pecados para ver de atajarlos. En la Iglesia primitiva una confesion voluntaria y sin rebozo, abria el rumbo para el logro de la absolucion. En la edad media, obispos y clérigos iban como sonsacando al reo, y precisándole á dar cuenta de pensamientos, palabras y obras, y le encajonaban el camino para reconciliarse con Dios. Pero tan suma potestad solia parar en estremos de condescendencia ó tiranía, y

así hubo que pautar un réjimen para los jueces espirituales. Los Griegos fueron los inventores de aquel sistema lejislativo, y la Iglesia latina tradujo ú remedó sus *penitenciales* (23), de modo que ya en tiempo de Carlomagno el clero de todas las diócesis estaba pertrechado con su código, reservándolo cuerdamente del conocimiento del vulgo. En aquel deslinde tan vidrioso de culpas y castigos, quedaban supuestos ya todos los casos, y desmenuzadas por ápices sus diferencias con la práctica y perspicacia de los monjes; y se espresan allí pecados que la inocencia jamás hubiera llegado á soñar, con otros que la racionalidad no pudiera creer; y los deslices mas frecuentes de trato carnal, adulterio, perjurio, sacrilejio, y aun delitos de robo y matanza, se penitenciaban, segun las circunstancias, desde por cuarenta dias hasta por siete años. En aquel plazo de penalidad venia como á sanar el doliente, quedando el reo absuelto con su tarea arreglada de ayunos y plegarias: su porte desaliñado por aquella temporada estaba rebosando desconsuelo y arrepentimiento, absteniéndose rendidamente de todo quehacer y recreo de la vida social. Mas como la suma tirantez de leyes tan rigurosas viniera á despoblar el palacio, el campamento y la ciudad, los bárbaros de Occidente creian y temblaban, mas solia rebelarse la naturaleza contra aquellas estrecheces, y acudia entonces en balde el majistrado á robustecer la jurisdiccion del clérigo. No cabia en verdad el cumplimiento por ápices de tanta penitencia; el delito de adulterio menudeaba mas y mas por cada dia; el de homicidio pudiera acarrear el esterminio de todo un pueblo: todo deslíz se iba sumando, y en aquella temporada de liviandad y anarquía, un mediano pecador pudiera cargar con la deuda de tres siglos. Se comutaba ó *dispensaba* aquella insolvencia: justipreciábase un año de penitencia en veinte y seis *sueldos* (24) de plata, esto es unos veinte duros, para los ricos, y tres sueldos, ó unos cuarenta reales, para el menesteroso. Apropiábase al punto aquellas limosnas la Iglesia, y eran un manantial perenne de opulencia y predominio. Una deuda de tres siglos, ó siete ú ocho mil duros, era capaz de empobrecer al mas pudiente; escaseando el metálico se acudia á las fincas, y las donaciones réjias de Pepino y Carlomagno se dedican expresamente al *remedio* de su alma. Máxima es de la ley civil el pagar con el cuerpo las deudas de todo insolvente, por lo cual prohijaron los monjes la práctica de los azotes, bonito en verdad, aunque amargo, equivalente. Allá por una aritmética ideal, se compra un año de penitencia en tres mil azotazos (25), y tan suma era la maestría y tan encallecido el aguante de un ermitaño famoso, Santo Domingo el coracero (26), que en seis dias cumplia con un siglo entero, en una tarea de trescientos mil azotes. Siguieron su ejemplo varios penitentes de ambos sexos, y cundiendo el jiro de tales sacrificios por sustituto, podia un azotado brioso pagar á costa de sus espaldas los

pecados de su bienhechor (27); y en el siglo undécimo fueron ya corrientes aquellas compensaciones del bolsillo y las carnes, hasta que asomó por fin otro descargo mas decoroso. Los antecesores de Urbano II, habian pregonado el merecimiento del servicio militar contra los Sarracenos de Africa ó de España ;y así el referido papa proclamó *induljencia plenaria* para cuantos se alistasen bajo la bandera de la cruz, con absolucion de *todos* sus pecados, y descargo colmado de cuantos se pudieran deber por penitencias canónicas (28). En estos tiempos afilosofadamente yertos, no se alcanza lo infinito que encarnó aquella propuesta y concesion en los ánimos pecadores y fanáticos. Al llamamiento del gran pastor, el salteador, incendiario ú homicida, vuelan á millares á redimir sus almas, redoblando contra los infieles las idénticas jestiones que han estado practicando contra sus hermanos católicos, y los reos de todo nombre y jerarquía se avienen desaladamente á los términos de aquel desquite. Todos son pecadores, á todos abarca la culpa y la pena, y los menos reducibles á la justicia de Dios y de la Iglesia son cabalmente los mas acreedores al galardon temporal y sempiterno de su denuedo relijioso. Si fracasan, acude ansioso el clero latino á realzar su túmulo con la corona del martirio (29); y si prosperan, pueden contar á sus anchuras con la remuneracion grandiosa de su debida bienaventuranza. Ofrecen su sangre por el Hijo de Dios, que rindió tan preciosa vida por su salvacion; ostentan su cruz y van ya caminando por el rumbo del Señor. Corren á cargo de su providencia, la cual tal vez con su poderío patente y milagroso allanará los tropiezos de tan sagrada empresa, pues la nube y columna de Jehovah habia marchado ante los Israelitas á la tierra de promision. ¿No debian los Cristianos mas fundadamente esperanzar que los rios se abriesen para su tránsito; que las murallas de las ciudades mas fuertes se desplomasen al eco de sus clarines, y que el sol, en medio de su carrera, se parase proporcionando el debido tiempo para el esterminio de los infieles?

En cuanto á los adalides y la soldadesca que se encaminaban al santo sepulcro, afirmo desde luego que su móvil era el entusiasmo, creidos todos en su merecimiento, esperanzados con el galardon, y seguros del auxilio sobrehumano; pero me hago cargo de que para *muchos* no era la causal única, y para *algunos* ni aun la principal de su determinacion. Ni el ejercicio, ni el abuso de la relijion alcanzan á contrastar el torrente de las costumbres nacionales; siendo, por el contrario, muy capaces de dispararlo irresistiblemente. Papas y concilios se descerrajaban en balde contra las guerras particulares, torneos sangrientos, amoríos deshonestos y retos judiciales. Tarea mas obvia es el engolfarse en contiendas metafísicas con los Griegos, el emparedar en los claustros las víctimas de la anarquía ó el despotismo, el santificar el aguante de esclavos y de

cobardes, ó arrebozarse con la humanidad y el cariño de los Cristianos modernos. Desvivíanse Francos y Latinos por guerras y afanes, y ahora por via de penitencia les encargaban que halagasen sus propensiones, visitasen tierras lejanas, y blandiesen sus aceros contra las naciones del Oriente. Su victoria y aun su empresa iba desde luego á inmortalizar los nombres de los héroes denodados de la Cruz, y aun la relijiosidad mas acendrada no podia desentenderse de aquella perspectiva esplendorosa de nombradía militar. En las lides adocenadas de Europa estaban derramando la sangre de sus amigos ó compatricios, por el logro tal vez de un castillejo ú de una aldehuela; al paso que marcharian ufanísimos contra naciones remotas y enemigas, meros holocaustos de sus armas; ya su fantasía estaba empuñando los cetros de oro del Asia, y la conquista de la Pulla y la Sicilia por los Normandos, podia desde luego entronizar las esperanzas del mas ínfimo aventurero. Allá la Cristiandad en su tosquísima cuna, ningun cotejo admitia con el clima y el cultivo de los países musulmanes, y los peregrinos con sus relaciones, y el comercio con sus medianos artefactos, habian abultado en gran manera los dones naturales ó artificiales de aquellas rejiones. El vulgo hidalgo ú plebeyo estaba empapado en portentos de campos riquísimos, de raudales de miel y leche, de minas y tesoros, de miles de diamantes, de alcázares de mármol y jaspe, y de alamedas olorosas de incienso y cinamomo. En aquel paraíso terrenal todo guerrero cifraba en su propia espada un establecimiento grandioso y honorífico, delineado únicamente por el ámbito de sus anhelos (30). Los vasallos y la soldadesca fiaban sus logros de Dios y de sus dueños: podian los despojos de un emir turco enriquecer al ínfimo sirviente del campamento, y el aroma de los vinos y la hermosura de las Griegas (31), eran tentaciones mas eficaces y adecuadas á la naturaleza que á la profesion de los campeones de la Cruz. Incitaba poderosamente el afan de independencia á la muchedumbre acosada con la tiranía feudal y eclesiástica. Bajo aquella señal sacrosanta, campesinos y ciudadanos, sujetos á la servidumbre del terron, se desentendian mas ó menos de un señor altanero, trasladándose con sus familias á un terreno de libertad. El monje se libertaba del instituto de su convento; el deudor se desahogaba de tanto redoble de usuras, y del apremio de sus acreedores, y los forajidos y presidarios podian seguir retando las leyes y burlando el castigo de sus maldades (32).

Muchos y poderosos eran tales móviles, y tras el cómputo individual de su empuje á solas en cada pecho, hay ahora que añadir el agolpamiento infinito y la potestad recargadora del ejemplo y de la moda. Los primeros alistados pararon luego en los misioneros mas ardientes y ejecutivos de la Cruz; andaban predicando entre amigos y compatricios la obligacion, el mérito y los galardones del voto sagrado, y aun los oyen-

tes mas reacios se iban tras la oleada ó el remolino de la persuasiva ó de la autoridad. Estimulaban á la mocedad con reconvenciones ó indirectas de cobardía; ancianos y dolientes, mujeres y niños se afanaban tras la coyuntura de visitar el sepulcro de Jesucristo con una hueste, llevándose allá de su anhelo y prescindiendo de su flaqueza; y aun los que por la tarde escarnecian el desvarío de sus paisanos, descollaban á la madrugada entre los incitadores de la empresa; pues la ignorancia, abultadora de logros y esperanzas, era tambien la encubridora de los peligros. No quedaban ya huellas de peregrinacion desde la conquista de los Turcos, careciendo hasta los caudillos de noticias individuales acerca de las distancias de los parajes y del estado de los enemigos; y tan estremada era la necedad del populacho, que al descubrir allá algun castillo ú poblacion desconocida, luego iba á preguntar si aquella era la ansiada Jerusalen, término y objeto de su viaje. Pero los cruzados mas advertidos que no daban por cierta la lluvia de codornices ó de maná desde el cielo, se esmeraron en pertrecharse con aquellos metales, que en donde quiera vienen á representar todo jénero de haberes. Para acudir segun su respectiva jerarquía á los desembolsos del viaje, enajenaba el príncipe sus provincias, el hidalgo sus haciendas ó castillos, y el campesino sus ganados ó aperos de labranza. Desmerecieron las fincas con el afan y el número de los vendedores, al paso que se encarecian los caballos y las armas con estremada exorbitancia por los infinitos compradores que apetecian uno y otro á competencia (33). Los quedados en casa, con dinero y cordura se acaudalaban con aquel destemple epidémico, baratísimas granjeaban los soberanos las haciendas de sus vasallos, y los compradores eclesiásticos redondeaban el importe de las fincas con promesas de plegarias. Habia santones que se estampaban en la piel con puntas de alfileres, hierro enalbado y líquidos permanentes, la cruz que otros solian coserse de paño ú seda en la ropa, y hubo taimado monje que enseñándola esculpida en su pecho, se acarreó suma veneracion y gran prebenda luego en Palestina (34).

El quince de agosto era el plazo del concilio de Clermont para la partida; mas hubo que anticiparlo por el sin número de plebeyos fatuos y hambriento, que, como voy á referir brevemente, para luego esplayarme en el pormenor de la empresa grandiosa y acertada de los caudillos, causaron y padecieron amarguísimos quebrantos. Agolpáronse desde el asomo de la primavera á rebaños por el confin de Francia y la Lorena mas de sesenta mil del populacho de ambos sexos, en derredor del primer misionero de la cruzada, estrechándolo alborotada y vocingleramente á que los acaudillara para el santo Sepulcro. El ermitaño, con ínfulas de jeneral, ajeno de toda autoridad y desempeño, andaba ya enfrenando, ya enardeciendo el ímpetu de suyo disparado de sus allegados, por las már-

jenes del Rin y del Danubio. Su muchedumbre y escaseces los precisó á dividirse, y su lugarteniente, Gualtero el Descamisado ú sin blanca, soldado tan valiente como menesteroso, era el adalid que encabezaba la vanguardia de peregrinos, entre los cuales habia como unos ocho jinetes para quince mil infantes. Seguia muy de cerca el ejemplo y huellas de Pedro, allá otro fanático, el monje Godescaldo, cuyas pláticas le arrollaron consigo hasta quince ó veinte mil campesinos de las aldeas de Alemania. Cerraba la retaguardia una grey de doscientos mil mentecatos cerriles de la ínfima hez del populacho, que iban empapando su devocion en desenfreno irracional de robos, deshonestidades y embriagueces. Algunos condes y caballeros, capitaneando tres mil caballos, seguian los movimientos de la muchedumbre para tercear en el despejo, pero en suma sus caudillos efectivos (¿cabe el dar crédito á tamaño desvarío?) eran un ganso y una cabra que marchaban al frente, á los cuales aquellos dignísimos Cristianos suponian embebidos en el espíritu divino (35). Guerreaban acá y acullá tantísimas gavillas de entusiastas muy á su salvo contra los Judíos, matadores del Hijo de Dios. Crecidas y riquísimas eran á la sazon sus colonias por las ciudades traficantes del Rin y del Mosela, gozando bajo el resguardo del emperador y de los obispos del ejercicio libre de su religion (36). A millares fenecieron aquellos desventurados con saqueos y matanzas (37) en Verdun, Tréveris, Metz, Espira y Horms, no habiendo padecido fracaso tan sangriento desde la persecucion de Adriano. La entereza de algunos obispos salvó algunos restos, que se avinieron á ir aparentando conversion; pero los Judíos mas pertinaces contrarestaban el fanatismo ajeno con el suyo, atrancaban sus casas, y luego derrumbándose con sus familias y riquezas á los rios ó á hogueras, frustraban la maldad, ó por lo menos la codicia, de tan implacables enemigos.

Desde el confin del Austria hasta el solio de la monarquía bizantina, tenian los cruzados que atravesar un intermedio de doscientas leguas, á saber, los paises incultos y montaraces de Hungría (38) y Bulgaría. Fértil de suyo es el suelo y zanjado con rios; mas estaba por entonces pantanoso y emboscado á larguísimas leguas, y tan solo despejado á trechos por el escaso cultivo. Asomaba allí algun rudimento de cristianismo, obedeciendo los Húngaros á sus príncipes nativos, y los Búlgaros á un lugarteniente del emperador griego, pero á la provocacion mas leve se ensañaban feroz y mortalmente, y harto provocadores se mostraban los desmandados peregrinos. No podia menos de ser tosco y atrasadísimo todo género de labranza entre jentes cuyas poblaciones eran de cañas y ramaje, y que al estío quedaban desiertas, albergándose sus vecindarios en tiendas de cazadores y ganaderos. Pídenles broncamente abastos, que entregados á viva fuerza, quedan instantánea y vorazmente

consumidos, y los cruzados á la primera reyerta se desenfrenan con airada venganza. Pero con ellos, por su ignorancia del terreno y de los pasos, toda asechanza salia certera. El prefecto Griego de Bulgaria estaba mandando fuerzas arregladas ; el rey Húngaro con el octavo ú el décimo de sus valientes súbditos acudiendo á sus arcos, montan luego á caballo, se valen de ardides, y su desagravio con los devotos salteadores viene á ser implacable y sangrientísimo (39). Como un tercio de aquellos fujitivos en carnes con el ermitaño Pedro se salvan por las serranías de Tracia, y el emperador, acatando la peregrinacion y el auxilio de los Latinos, los trae por jornadas seguras y cansadas á Constantinopla, y les encarga que esperen allí á sus hermanos. Al pronto se hacen cargo de sus yerros y sus quebrantos; mas no bien se rehacen con aquel agasajo, que se encona de nuevo su ponzoña y se desmandan con su bienhechor allanando jardines, palacios é iglesias en sus continuos salteamientos. Alexio para su salvamento logra trasponerlos á las playas asiáticas del Bósforo; pero á impulsos de su ceguedad, desamparan los puntos donde los aposentaron, y allá se abalanzan disparadamente sobre los Turcos atravesados sobre el camino de Jerusalen. Regresa el ermitaño avergonzado y á solas á Constantinopla, y su lugarteniente Gualtero el Descamisado, acreedor á otro mando mas decoroso, se empeña sin fruto en plantear algun asomo de cordura y arreglo en aquella manada de irracionales. Se andan desviando en busca de rapiña, y el sultan con sus arterías los apresa facilísimamente. Cunde la voz de que sus compañeros de vanguardia se están regalando con los despojos de la capital, y así Soliman consigue atraer el cuerpo principal á las llanuras de Niza : allí una nube de flechazos turcos los anonada, y una pirámide de osamenta (40) está luego enterando á sus compañeros del sitio de su derrota. Habian ya fenecido hasta trescientos mil de los primeros cruzados, antes que ni una sola ciudad quedase rescatada de manos de los infieles, y antes que sus hermanos mas circunspectos y esclarecidos estuviesen aparatados para tamaña empresa (41).

Ninguno de los principales soberanos de Europa habia empeñado su propia persona en la primera cruzada. Ajenísimo se hallaba el emperador Enrique IV de avenirse á la intimacion del papa : vivia Felipe I de Francia empapado en sus deleites ; Guillermo Rufo de Inglaterra se afanaba todo en su nueva conquista; los reyes de España estaban mas y mas engolfados en sus propias guerras contra la Morisma, y los monarcas septentrionales de Escocia, Dinamarca (42), Suecia y Polonia se desentendian á la sazon de los arranques é intereses de lMediodía. Mas enardecidos en su relijiosidad se mostraban los príncipes de segundo órden, que no dejaban de abultar y trascender en el sistema feudal. Pautarémos con su situacion, bajo cuatro encabezamientos naturalísimos, la reseña de sus

nombres é índoles, y desde ahora, para evitar cansadas repeticiones, advertirémos que la valentía y el ejercicio de las armas eran el atributo jeneral de aquellos aventureros cristianos. I. Descuella ante todos en paz y en guerra Godofredo de Bullon, y venturosos mil veces fueran los cruzados si en él cifraran su mando único y absoluto: héroe cabal y dignísimo representante de Carlomagno, de quien descendia por la línea materna. Era su padre de la alcurnia esclarecida de los condes de Buloña: el Brabante, provincia inferior de la Lorena (43), era la herencia de su madre, y por dignacion del emperador le revistieron con aquel dictado ducal, trasladado indebidamente á su señorío de Bullon en las Ardenas (44). Era el alférez mayor del imperio con Enrique IV, y atravesó de un lanzazo al rebelde reyezuelo Rodolfo: fue Godofredo el primero que trepó á las murallas de Roma, y su dolencia, su voto y tal vez el remordimiento de haber hecho armas contra el papa, revalidó su resolucion muy temprana de visitar el santo Sepulcro, no ya de mero peregrino, sino con ínfulas de libertador. Sazonado y comedido vino á ser su denuedo; su ciega relijiosidad era por lo menos entrañable, y en el tráfago de un campamento siguió practicando las virtudes efectivas ó aéreas de un convento. Sobreponiéndose á los sencillos personales de los adalides, concentraba allá todo su encono contra los enemigos de Jesucristo; y aunque se granjeó todo un reino con su ahinco, sus competidores reconocian el afan castizo y desinteresado de su pecho (45). Acompañaban al sumo héroe del Taso, sus dos hermanos, Curtacio el mayor, que sucedió en el condado de Boloña, y el menor Balduino, de índole y bizarría mas dudosa. Ambas orillas del Rin tributaban loores al duque de Lorena, quien por su nacimiento y su educacion estaba siempre alternando entre el idioma francés y el aleman: los barones de Francia, Lorena y Alemania juntaron sus vasallos, y la hueste confederada que iba marchando bajo las banderas de la cruz componian ochenta mil infantes y como diez mil caballos. II. En el parlamento celebrado en París y en presencia del rey á los dos meses del concilio de Clermont, sobresalia Hugo, duque de Vermandois, entre cuantos príncipes habian tomado la cruz. Apellidóse *grande*, no tanto por sus prendas y posesiones (aunque harto apreciables una y otras), como por su rejio nacimiento al hermano del rey de Francia (46). Fue Roberto, duque de Normandía, primojénito de Guillermo el Conquistador, mas al fallecimiento del padre, su hermano activísimo Rufo le defraudó por su flojedad de la corona de Inglaterra. Liviandad é insubsistencia desdoraban los timbres de Roberto; siempre festivo y siempre encenagado en deleites, empobreció el erario y el pueblo con sus profusiones, y luego fomentador de maldades por su ciega condescendencia, sus amenos realces como particular redundaban en realidades fundamentales como soberano. Empeñó la Normandía

para la temporada de su ausencia por la suma escasilla de diez mil marcos al usurpador inglés (47); pero su compromiso y desempeño en la guerra santa le reformó hasta cierto punto las costumbres, y lo reencumbró á su debido predicamento. Otro Roberto, conde de Flandes, provincia réjia que dió en aquel siglo hasta tres reinas á los tronos de Francia, Inglaterra y Dinamarca, se apellidó luego la espada y lanza de los Cristianos; pero solía con su ímpetu soldadesco trascordar la jerarquía de caudillo. Era Estevan, conde de Chartres, Blois y Troyes, de suyo opulentísimo; hubo quien contó sus castillos por los dias cabales de un año. Mostraba ínfulas de literato, y solia presidir en el consejo de los caudillos por sus luces y sus elocuencia (48). Eran estos cuatro los sumos adalides ya de los Franceses y Normandos, ya de los peregrinos de las islas Británicas; pero la reseña de barones, dueños de tres ó cuatro pueblos, sobrepujaría, dice un escritor contemporáneo, al cómputo de la guerra troyana (49). Tomó al mediodía de Francia, el mando Ademaro, obispo de Tuy, legado del papa, con Raimundo, conde de San Giles y de Tolosa, quien se realzó con los dictados mas sonoros de duque de Narbona y marqués de Provenza. Era el primero gran prelado, de igual desempeño para negocios de este y del otro mundo. El segundo era allá un veterano guerreador contra los Sarracenos en España, que consagró sus años, ya en decadencia, no solo al rescate sino al servicio perpetuo del santo Sepulcro. Lograba sumo predominio en el campamento cristiano por su esperiencia, socorriendo, cuando lo tenia á bien, sus frecuentes escaseces. Loáronle los infieles, mas no vinculó el cariño de asociados ni súbditos, pues empañaba sus esclarecidas prendas con su temple siempre altanero, envidioso y pertinaz, y por mas que abocase su pingüe patrimonio á la causa del Señor, adolecia su relijiosidad, para el concepto público, de ambicion y de avaricia (50). Impetu mercantil y no guerrero era el dominante entre sus *provinciales* (51), abarcando con este apellido los naturales de Auvergne Languedoc (52), vasallos del reino de Borgoña y de Arles. Sacó tambien de la raya contigua de España un tercio de aventureros curtidos, y al ir pasando por Lombardía se le agolpaban á rebaños los Italianos, componiendo el todo una fuerza de cien mil infantes y caballos. Fué el primero en alistarse y el postrero en irse Raimundo, mas tuvo que aparatarse grandiosamente, mediando además la promesa de su permanencia perpetua. IV. Sonaba ya Bohemundo, hijo de Roberto Guiscardo, por sus dos victorias contra el emperador Griego; mas el testamento de su padre lo dejó ceñido al principado de Tarento y al recuerdo de sus trofeos orientales, hasta que lo conmovió el estruendo y tránsito de los peregrinos Franceses. Cífranse en la persona de aquel caudillo normando, política serena y ambiciosa, con ciertos asomos de fanatismo devoto, y luego su conducta puede abonar el concepto de que

allá reservadamente encaminaba los intentos del papa, aparentando seguirlos con afan y asombro; pues ya en el sitio de Amalfi estuvo inflamando con su ejemplo y persuasiva los ímpetus de una hueste confederada; y ahora fué desgarrando vestidos propios para suministrar cruces á tantísimos candidatos como se le agolpaban para visitar á Constantinopla y el Asia, capitaneando diez mil jinetes y veinte mil infantes. Acompañaban al jeneral veterano varios príncipes Normandos, siendo su primo Tancredo (53) partícipe y no sirviente en la guerra. En el conjunto cabal de Tancredo estamos presenciando el dechado sumo de todo un caballero (54), el temple acendrado de perfeccion caballeresca, que infundia los arranques grandiosos de un gran varon, muy superiores á la filosofía rastrera y relijion desvariada de aquellos tiempos.

Entre el siglo de Carlomagno y el de las Cruzadas habia sobrevenido una revolucion, entre Españoles, Normandos y Franceses, que fue luego cundiendo por toda Europa. Se arrinconó el servicio de infantería en la clase plebeya, cifrándose en la caballería la pujanza de los ejércitos y el dictado honorífico de militar, vinculado en los hidalgos que servian á caballo (55), é iban revestidos con el conotado de caballeros. Duques y condes usurpadores de la soberanía fueron dividiendo las provincias entre sus leales barones: estos repartian entre sus vasallos los feudos ó beneficios de sus jurisdicciones; los pares ó consocios y su principal componian el órden ecuestre, que desconocian por entes de la misma especie á los campesinos y ciudadanos. Emparentaban únicamente con sus acendrados iguales; y únicamente sus hijos con sus cuatro cuarteles ó ramas de antepasados, sin asomo de tacha ó lunar, podian aspirar legalmente al timbre de caballeros; sin quitar por esto que tal cual plebeyo se acaudalase y ennobleciese por los filos de su espada; y encabezase luego una nueva alcurnia. Un solo caballero estaba ya facultado para conceder ante sí el realce que estaba gozando, y los soberanos belicosos de Europa, cifraban blason mas encumbrado en esta condecoracion personal que en el esplendor de sus diademas. Rastréase en Tácito y en los bosques de Jermania aquel ceremonial (56), sencillísimo y profano en su arranque, pues revestian al candidato, tras ciertas pruebas, con espuelas y espada, dándole un golpecillo en el rostro ú en el hombro, simbolizando el postrer sonrojo que le competia aguantar legalmente. Mas en todo acto público y particular se solia entrometer la supersticion; pues en las guerras santas consagraba la profesion de las armas, asemejando la órden de caballería á las eclesiásticas en punto á fueros y regalías. El baño y el vestido blanco del novicio era un remedo indecoroso de la rejeneracion por el bautismo; bendecian los ministros de la Religion su espada ofrecida en el altar; precedian á su solemnísimo ingreso ayunos y velaciones, y se le constituia caballero en nombre de Dios, de San Jorje

y del arcánjel San Miguel. Juraba desempeñar las incumbencias de su nueva profesion, y luego el ejemplo, la educacion y el concepto público eran los zeladores inviolables de su juramento. Como campeon de Dios y de las damas (me sonrojo de hermanar nombres tan discordes) se comprometia á decir siempre verdad; á volver por el derecho; á amparar al desvalido; á proceder *cortesmente*, prenda mas escasa entre los antiguos; á guerrear contra infieles; á desentenderse de los halagos del regalo y la seguridad, y á desagraviarse á todo trance del menor lunar que amagase á su pundonor. Empapado con sus ínfulas caballerescas, el valenton idiota se desentendia de toda industria y afan en las artes pacíficas; vinculaba en sí mismo el juzgado de sus propios agravios; orillando engreidamente las leyes de la sociedad civil, y de la disciplina militar. Mas redundaba aquella institucion en desbaste de barbarismo y en arranques de afecto, justicia y humanidad, como es ya muy notorio y dignamente celebrado. Se despuntaron las espinas de mil vulgaridades, y la semejanza de armas y de relijion vino á hermanar y enardecer con impulsos de emulacion caballerosa la cristiandad entera. Ora allá en peregrinaciones arriesgadas, ora en ejercicios caseros y marciales, solian asociarse los guerreros de varias naciones, y el tino acendrado no puede menos de anteponer un torneo godo á los juegos olímpicos de la antigüedad clásica (57). En vez de aquellos objetos desnudos y estragadores de los Griegos, y ahuyentadores de las damas; la condecoracion grandiosa de los palenques coronada con la presencia de beldades recatadas y principales, de cuyas manos se desprendian los galardones y guirnaldas, estimulaban hasta lo sumo el valor y la maestría. La destreza y pujanza en la lucha ó riña corporal son ajenísimos del mérito efectivo de un soldado; mas los torneos cuales se inventaron en Francia y cundieron por Levante y Poniente, estaban retratando al vivo el afan de una refriega. Las peleas á solas, escaramuzas y guerrillas, y luego la defensa de un tránsito, de un castillo, se ejecutaban con las veras de la realidad, y la lid en guerra positiva ó aparente se zanjaba con el manejo preponderante de caballo y lanza. Esta era la arma jenial y peculiarísima del caballero; su caballo era corpulento y castizo, pero traíalo por lo mas un palafren para el momento del trance, cabalgando por lo mas el amo un jáquillo mediano y sosegado. Por demás fuera el pararse á describir celada, grebas y rodela; pero sí expresaré que no era por el tiempo de las cruzadas tan congojosa la armadura como en los siglos posteriores, pues en vez de la maciza coraza defendian el pecho con un peto ú cotas de malla. En llegando á enristrar la lanza los guerreros, se disparaban enfurecida y encontradamente, y la caballería lijera de Turcos ó Arabes por maravilla alcanzaba ó contrarestar el ímpetu arrebatado de su embate. Seguia á cada caballero su escudero fiel, mancebo de igual nacimiento y de anhelos pinti-

parados, cercábanle sus flecheros ó mozos de armas, y solian conceptuarse hasta cinco ó seis soldados para redondear una *lanza*. En espediciones á los demás reinos ó á la Tierra Santa, caducaban los pactos de la obligacion feudal; el servicio ya voluntario de caballeros y secuaces, ó venia á depender de afecto denodado, ó se compraba con caudal y promesas; y así la fuerza de cada escuadron se cifraba en el poderío, haberes y nombradía del adalid respectivo. Se deslindaban con sus banderas, su cota historiada y su voz de guerra, y las familias mas antiguas de Europa tienen que acudir á tales hazañas para desentrañar el oríjen y las pruebas de sus blasones. En este compendio arrebatado de la caballería, he tenido que anticiparme al pormenor de las cruzadas, causas á un tiempo y efectos de aquella institucion memorable (58).

Tal era la tropa y tales los caudillos que se engrieron con la cruz para el rescate del santo Sepulcro. Al quedar con cierto desahogo por la ausencia de la plebe desmandada, se fueron enardeciendo con mensajes y avistamientos para cumplir su voto y acelerar su partida. Estaban esposas y hermanas ansiando terciar en el peligro y el merecimiento de la peregrinacion. Redujeron sus tesoros portátiles á barras de oro ó plata, y los príncipes y barones llevaban consigo sus jaurias y sus halcones amaestrados para recrearse y surtir sus mesas. Escaso y arduo se hacia el abasto para tantísimo jentío, acémilas y caballos, y así fue preciso ir tomando varios rumbos, segun el dictámen ó situacion de cada cuerpo, para luego incorporarse todos á los asomos de Constantinopla, y entablar en seguida sus operaciones contra los Turcos. Godofredo de Bullon, desde el Mosa y el Mosela, siguió el camino recto de Alemania, Hungría y Bulgaria; y mientras fué único en el mando, cada huella era un rasgo de cordura y acierto. Detiénele, por tres semanas, al asomar á Hungría, un pueblo cristiano, enemiguísimo del nombre, ó por lo menos las demasías, de la cruz. Llagados se muestran todavía los Húngaros con las tropelías de los primeros peregrinos, y se habian luego propasado en su desaforado desagravio, y con razon estan ahora temiendo un escarmiento ejemplar de un héroe compatricio y engolfado en el mismo empeño. Mas el duque pundonoroso, hecho cargo de todo el pormenor, se conduele de tanto esceso y descalabro de sus hermanos, y por medio de doce diputados, mensajeros todos de paz, les niega en su nombre un tránsito espedito y mercado equitativo. Para aventar toda zozobra, aventura Godofredo su propia persona, y luego la de su hermano á la buena fe de Carloman, rey de Hungría, quien lo agasaja sencilla pero amistosamente; contratan y se juramentan sobre los Evanjelios de entrambos, y pregonando pena de muerte queda enfrenada y comedida la soldadesca latina. Desde Austria hasta Belgrado atraviesan las llanuras de Hungría, sin el menor desman por una ni otra parte, cautelándose siempre adecuada-

mente Carlomagno con su grandiosa caballería por los costados de la hueste. Llegan á la orilla del Save, y apenas lo atraviesan devuelve el Húngaro los rehenes y se despide, exhalando anhelos por el acierto colmado de la empresa. Pasa Godofredo con el mismo tino y arreglo por las selvas de Bulgaria y los confines de Tracia, congratulándose desde luego de asomar ya al primer término de su peregrinacion sin desenvainar la espada contra un solo Cristiano. Raimundo, tras un viaje obvio y placentero por la Lombardía, desde Turin hasta Aquileya, marchó con sus provinciales cuarenta dias por el territorio montaraz de Dalmacia (59) y Esclavonia. El tiempo siempre nubloso, la serranía mas y mas inculta, los naturales fujitivos ó contrarios sin freno de religion ni de gobierno, ajenísimos de suministrar abastos ni guias, matando á los descamisados, y acosando dia y noche con tantísimo apuro al conde, logra por fin este algun desahogo con el escarmiento de algunos salteadores apresados, mas bien que por el avistamiento y tratado que ajusta con el príncipe de Escodra (60). Los campesinos y la soldadesca griega hostigan y no detienen la marcha desde Durazo á Constantinopla, y las mismas guerrillas se aparatan contra los demás adalides que van atravesando el Adriático desde la costa de Italia. Armas y bajeles tiene el próvido disciplinista Bohemundo, cuyo nombre suena todavía por las provincias del Epiro y de Tesalia. Su maestría militar y el ímpetu de Tancredo arrollan todos los tropiezos, y si el caudillo Normando aparenta contemplar á los Griegos, regala á su tropa con el saqueo cumplido de un castillo hereje (61). La nobleza francesa marchó siempre desaforada é indiscretamente con el arrebato y liviandad que se le achacó en todos tiempos. La carrera de Hugo el Grande, ambos Robertos y Estevan de Chartres por comarcas amenas desde los Alpes hasta la Pulla, entre católicos ufanísimos fué siempre triunfadora; y besado el pié al pontífice, entregan el estandarte de san Pedro al hermano del rey de Francia (62). Mas en aquella visita de relijiosidad y recreo, trascuerdan la creacion favorable, y los medios y arbitrios para embarcarse; invernaron y se estendieron holgada y escesivamente por los pueblos de Italia; fueron luego pasando alternativamente con sobrada llaneza confianza, y á los nueve meses de la Ascencion, plazo señalado por Urbano, todos los príncipes latinos habian acudido á Constantinopla. Mas asoma allí cautivo el conde de Vermandois, pues dispersando una tormenta sus bajeles de vanguardia, los jenerales de Alexio lo apresan contra toda ley y miramiento. Pero veinte y cuatro caballeros con armaduras de oro anuncian la llegada de Hugo, quien manda al emperador que acate al jeneral de los Cristianos Latinos, hermano de todo un rey de Francia (65) rey de los reyes.

He leido en alguna conseja oriental que un pastor se perdió con el logro de sus anhelos; ansiaba mucha agua, rebosó el Ganjes sobre su terreno y le arrebató choza y ganado. Tal fué la suerte, ó por lo menos la zozobra

del emperador griego Alexio Comneno, cuyo nombre asomó ya en nuestra historia, y cuya conducta discuerda mucho leida en su hija Ana (64) y los escritores latinos (65). Habian sus embajadores pedido en el consejo de Plasencia un auxilio regular, tal vez como de diez mil soldados; mas quedó atónito con la llegada de tanto caudillo poderoso y tantas naciones fanáticas. En el vaiven de su temor y su esperanza, de su apocamiento y su valentía, acude á política taimada que conceptua cordura, mas no cabe creer, ni alcanzo á deslindar que conspirase malvadamente contra la vida y honra de los héroes franceses. La muchedumbre revuelta del ermitaño Pedro era una piara ajenísima de toda virtud y de toda racionalidad; ni cabia en Alexio el precaver ó lamentar su esterminio. Sin ser tan despreciables, no se hacian menos sospechosas las tropas de Godofredo para el emperador griego. Podian ser sus móviles íntegros y relijiosísimos, mas sobresaltábanle igualmente su conocimiento del ambicioso Bohemundo y su ignorancia de los caudillos transalpinos; era el denuedo francés de suyo ciego y disparado; podíanlos arrebatar el lujo y las preciosidades griegas, engreidos mas y mas con la presencia y el concepto de su pujanza incontrastable, y cabia el trascordar á Jerusalen al estar mirando á Constantinopla. Tras marcha dilatada y trabajosísima en escaseces, acampa la hueste de Godofredo en las llanuras de Tracia: oyen airados todos que su hermano el conde de Vermandois yace encarcelado por los Griegos, y el duque se violenta en franquearles algun desagravio en demasías y rapiñas. Allánase Alexio y se apaciguan con su promesa de abastecer los reales; y negándose á transitar el Bósforo durante la invernada, los acuartelan por jardines y palacios en la misma playa. Encónanse entrañablemente ambas naciones, menospreciándose al par mútuamente, ya por esclavos, ya por bárbaros. Brotadora de sospechas es la ignorancia, y reyertas diarias enardecen sin término los recelos; ciega es de suyo la preocupacion y sorda el hambre, y culpan á Alexio de intento malvado de asaltar ó desabastecer á los Latinos, en paraje azaroso y acorralado por el agua (66). Resuenan los clarines de Godofredo, destroza aquella red, se tiende por la llanura y se aboca sobre los arrabales; mas están las puertas de Constantinopla á buen recaudo; cuajan flecheros las almenas, y tras un avance infructuoso, ambas partes se avinieron á las voces de paz y relijion. Agolpa el emperador ya dones, ya promesas, y va por fin amansando la ceñuda arrogancia de los advenedizos, y como guerrero cristiano reenciende su afan por la sagrada empresa. Asoma la primavera y recaban de Godofredo que plante sus reales en un paraje amenísimo del Asia; y no bien atraviesa el Bósforo cuando las naves griegas regresan repentinamente á la playa opuesta. Igual doblez usan con los demás caudillos, siguiendo todos el ejemplo de su principal y destroncándose con la ausencia de los compa-

ñeros mas descollantes. Alexio con su maestría y eficacia logra precaver el encuentro de dos huestes confederadas junto á Constantinopla, sin dejar ya por la Pascua de Pentecostes un solo peregrino á la parte de Europa.

Las idénticas armas arrolladoras de Europa pueden ya rechazar los Turcos de las playas cercanas del Bósforo y Helesponto. Las provincias pingües de Niza y de Antioquía son patrimonio nuevo del emperador Romano, abarcando con sus pretensiones añejas é incesantes los reinos de Siria y Ejipto. Enagenado Alexio se regala ya, ó por lo menos aparenta esperanzar que sus nuevos aliados van á derribar los tronos del Oriente; pero vuelto en sí se desengaña, y retrae de esponer su rejia persona al voluble albedrío de unos bárbaros desconocidos y voluntariosos. Su cordura ó su engreimiento se pagan de requerir á los príncipes franceses un juramento de homenaje y fidelidad, y su promesa solemne de reponerle ó conservar sus conquistas asiáticas; como vasallos rendidos y leales del imperio Romano. Destemplóse su denuedo independiente al asomo de aquella voluntaria y extranjera servidumbre; se fueron sin embargo doblegando al embate redoblado de regalos y lisonjas, y los primeros paniaguados se trocaron en abogados elocuentes y ejecutivos para reclutar compañeros de su afrenta. Amaina la altanería de Hugo Vermandois con los sumos honores de su cautiverio; y el ejemplo de todo un hermano del rey de Francia fue por estremo arrollador y contajioso. Para el concepto de Godofredo de Bullon, toda consideracion humana se soterraba ante la gloria de Dios y el éxito de la cruzada. Contrarestó inexorablemente á las instancias de Raimundo y Bohemundo, que le estrechaban á embestir y conquistar á Constantinopla. Apreciaba Alexio sus prendas, apellidándole dignísimamente el campeon del imperio, y realzando su homenaje con el ceremonial de hijo adoptivo (67). Agasajan á su odiosísimo Bohemundo á fuer de aliado antiguo y leal, y si le apuntó el emperador sus hostilidades anteriores, fue tan solo ensalzando su denuedo y la nombradía que habia logrado granjearse en los campos de Durazo y de Loriza. Boato imperial le cupo al hijo de Guiscardo en su agasajo, y un dia al pasar por una galería del palacio vé por la puerta descuidadamente franca un cúmulo de oro, plata, sedas y joyas que cuajaba la estancia hasta el techo, y prorumpe: «¡Cuantísima conquista no merece emprenderse en pos de tamaño tesoro!— Todo es ya vuestro» contesta al ansioso avariento el Griego acompañante que estaba acechando sus miradas y pensamientos y entonces Bohemundo, tras alguna pausa carga por fin con el espléndido regalo. Le lisonjean además con el brindis de un principado independiente, pero Alexio se desentiende en bosquejo de la osada peticion del empleo de gran doméstico, ó jeneral del Oriente. Los dos Robertos, hijo el uno del conquistador, y pariente el otro de tres reinas (68), tributa-

ron al par su acatamiento al sólio bizantino. Suenan en una carta particular los loores del emperador, baron dadivoso y excelente hasta lo sumo, que le acojió desde luego en su privanza, y se comprometió á educarle y establecerle colmadamente su hijo menor. Por la parte del Mediodía, el conde de San Giles de Tolosa escasamente reconocian la supremacía del rey de Francia, príncipe para él de habla y nacion ajena. Capitaneando hasta cien mil hombres, pregonó que tan solo era soldado y sirviente de Jesucristo, y que el Griego pudiera darse por bien pagado con un convenio de amistad y alianza. Su porfiado desvío, el valor y alcance de su rendimiento, centelleaba entre los bárbaros, dice la princesa Ana, como el sol en medio de los luceros. El emperador muestra desembarazadamente á su fiel Raimundo sus recelos contra Bohemundo el codicioso; y el estadista veterano se hace cargo de que un fementido en la amistad suele ser sincerísimo en la ojeriza (69). El caballeroso Tancredo es el postrero en doblegarse, y luego nadie podia empañar sus timbres remedando á tan sumo prohombre. Menosprecia oro y lisonjas; las echa en su presencia con un patricio desmandado; huye al Asia en traje de soldado, y se aviene con amargos ayes al predominio de Bohemundo y á los intereses de la causa cristiana. El móvil mas eficaz y patente es la imposibilidad de cruzar el piélago y cumplir su voto sin el beneplácito y las naves de Alexio.; pero vivian entrañablemente esperanzados de que en hollando el continente del Asia, sus aceros habian de borrar toda afrenta, desentendiéndose luego de un compromiso que tampoco él trataria de cumplir lealmente. El ceremonial de su homenaje halagó á un pueblo que estaba hacia mucho tiempo conceptuando el boato por equivalente del poderío. El emperador, encumbrado en su sólio, enmudece inmoble; los príncipes latinos van adorando su augusta majestad, y se allanan á besar sus plantas ó sus rodillas, vileza que sus propios escritores se sonrojan de confesar sin poder negarla (70).

El interés público ú privado acalla todo murmullo entre los duques y condes; pero un baron francés (suponen (71) que Roberto de Paris) se propasa á trepar al sólio y sentarse junto al mismo Alexio. Reconviénenle cuerdamente Balduino, y entonces el osado prorumpe en su cerril lenguaje. « ¿Quién viene á ser este zafio que está ahí muy sentado, mientras una caterva de esforzados adalides le rodean todos en pié? » No desenmudece el emperador, encubre su ira y se entera por el intérprete del contenido que ya se maliciaba en parte, por aquel idioma universal del ademan y el semblante. Antes de la despedida de los peregrinos indaga el nombre y la esfera del arrojado baron. « Soy francés » contesta Roberto « de sangre hidalga y acendrada. Lo que puedo decir es, que hay en mi vecindad una iglesia (72) adonde acuden los retadores de profesion. Mientras asoma algun enemigo se están rezando á Dios y á los santos. He

frecuentado mucho el paraje, y hasta ahora nadie ha chistado contra mí. » Despídelo Alexio con alguna advertencia oportuna sobre la guerra contra los Turcos, y la historia se esplaya gustosa sobre aquel ejemplar terminante de las costumbres de su siglo y de su país.

Emprendió, redondeó Alejandro la conquista del Asia con treinta y cinco mil Macedonios y Griegos (73), cifrando su confianza en el teson y arreglo de su falange de infantería. La pujanza sobresaliente de los cruzados estribaba en su caballería, y en su reseña por las llanuras de Bitinia resultaron entre jinetes y sirvientes en grupa, completamente armados con celadas y cotas de malla, hasta cien mil combatientes. Los quilates de tamaña soldadesca son acreedores á tan esmerada individualidad, pues la caballería europea echando el resto logró en el primer conato aprontar aquel cuerpo tan formidable. Parte de la infantería se empleaba en guerrillas, gastadores y flecheros; mas luego el tropel se arremolinaba allá revueltamente y conceptuamos, en vez de cómputo patente y notorio por creencia soñada la razon de un capellan del conde Balduino (74) con sus seiscientos mil peregrinos de armas, tomar además de clérigos, monjes, mujeres y niños, en el campamento latino. Pásmase el lector y antes que vuelva de su asombro añadiré, con el idéntico testimonio, que si cuantos estuvieron ostentando la cruz cumplieran su voto, emigraran de Europa hácia el Asia *mas de seis millones*. En medio de tan trabajosos documentos, me cabe el descansar algun tanto con un escritor mas perspicaz y reflexivo (75) quien tras la misma reseña de caballería tilda la credulidad del capellan de Chartes, y aun duda que en las rejiones *cisalpinas* en la jeografía de un francés alcanzasen á producir y desembocar tamañas muchedumbres. Recapacitando con yerta calma, se echa de ver que muchísimos de aquellos devotos jamás asomaron sobre Constantinopla y Niza. El influjo del entusiasmo es vario y pasajero; la reflexion ó la cobardía detuvo á infinitos en casa y mas á los menesterosos y endebles; habiendo rechazado tambien á muchos los tropiezos del camino, tanto mas insuperables, cuanto imprevistos para la ignorancia fanática. Blanqueaban con sus huesos las tiradas montaraces de Hungria y de Bulgaria; el sultan les acuchilló la vanguardia, computándose la pérdida del primer embate, por acero, clima ó cansancio en trescientos mil individuos. Y aun los miles y miles que sobrevivian marchaban y se agolpaban mas y mas para adelante en la peregrinacion sagrada, asombraban al par á los Griegos y á ellos mismos. Desfallece el brio rebosante de su idioma para los conatos de la princesa Ana (76) las pinceladas de langostas, hojas flores, arenas del mar y estrellas del firmamento no retratan al vivo cuanto ha presenciado, y aquella hija de Alexio prorumpe en que la Europa se desencajaba por los cimientos, disparándose toda sobre el Asia. Tampoco se abarcan y deslindan las huestes antiguas de Darío y Jerjes,

mas propenso á conceptuar que jamás líneas de un solo ciñera mayor jentío que el agolpado en el sitio de Niza, primera operacion de los príncipes latinos. Quedan ya disipados sus móviles, sus índoles y sus armas. En cuanto á tropas eran las mas francesas; los Paises Bajos, el Rin y la Pulla enviaron refuerzos poderosos : llegaron cuadrillas de aventureros de España, Lombardía é Inglaterra (77), y acudieron algunos irracionales fanáticos y desnudos de los pantanos y serranías allá remotas de Irlanda y Escocia ferocísimos en sus hogares, pero desaguerridos por fuera. A no escarnecer la supersticion la cordura sacrílega de querer defraudar al mas ínfimo cristiano del merecimiento de la peregrinacion aquel tropel inservible con bocas y sin manos , pudiera haberse avecindado en el imperio griego , hasta que los compañeros franqueasen y afianzasen el camino del Señor. A cortísimo número de peregrinos que transitaron el Bósforo se permitió visitar el santo Sepulcro pues sus complexiones septentrionales se abrasaban con los rayos , y adolecian con los vapores del sol asiático. Solian apurar indiscretamente sus abastos de agua y comida: (78) su muchedumbre agotaba los manantiales interiores; el mar estaba lejano, los Griegos les eran desafectos, y los cristianos de todas las sectas huian á carrera de la rapiña voraz é inhumana de sus hermanos, pues en los estremos de su necesidad solian asar y devorar la carne de sus cautivos , ora niños, ora tal vez adultos. Para Turcos y Sarracenos , los idólatras de Europa aparecian mas odiosos con el nombre y concepto de Caribes ; se cojieron espías y se les hizo presenciar el asado de cuerpos humanos jirando sobre las ascuas para el banquete de Bohemundo , cuya doblez ostentó aquel objeto para que cundiese mas y mas su fama aterradora entre los infieles (79).

He tenido que esplayarme, y muy á mi placer retratando al vivo con los pasos de la primera cruzada , las costumbres de Europa, mas iré luego compendiando el idéntico y cansadísimo pormenor de proezas mas ó menos peregrinas, pero historiadas por la ignorancia. Desde sus primeros reales por la cercanía de Nicomedia van luego adelantando por divisiones, traspasan el confin ya estrecho del imperio Griego ; habilitan su tránsito por serranías , y entablan su guerra devota contra el sultan, sitiándole su capital misma. Corria su reino de Rum desde el Helesponto hasta la raya de Siria, atajando la peregrinacion á Jerusalen , era su nombre Kilidje-Arslan , ó Soliman (80) de la alcurnia de Seljuk, é hijo del primer conquistador , y en defensa de un territorio conceptuado como propio por los Turcos se granjeó los loores de sus enemigos por quienes únicamente suena en la posteridad. Amainando ante el primer ímpetu de aquel torrente , deposita su tesoro y familia en Niza ; se encastilla por las sierras con cincuenta mil caballos, de donde se descuelga por dos veces para asaltar los campamentos ó cuarteles de los sitiadores cristianos, que ve

nian á formar como un semicírculo de dos leguas. Los muros encumbrados y sólidos ceñidos con fosos profundos y torreados en trescientos y sesenta puntos eran el valladar contra la Cristiandad, y los Musulmanes se criaban guerreros y relijiosísimos. Los príncipes franceses, colocados ante la ciudad, entablan y adelantan sus embates, prescindiendo unos de otros; la emulacion estimula hasta lo sumo su denuedo; mas este se mancilla con la crueldad, y la emulacion bastardea con envidias y discordias. Los latinos se valen para el sitio de Niza de los arbitrios y la maquinaria de los antiguos. Minas, arietes, tortugas, torres movibles, fuego artificial, *catapultas balistas*, hondas, arcos cruzados para arrojar piedras y flechas (81) y en siete semanas, con sumo afan y continua sangre, progresan los sitiadores con especialidad por la parte del conde Raimundo. Pero los Turcos, dueños del lago Ascanio (82), que se estiende por mas de una legua al occidente de la ciudad, van dilatando la resistencia con la seguridad de su retirada en el último trance. Acude al intento la advertencia, injeniosa de Alexio trasportando un sin número de lanchas desde el mar hasta el lago, y cuajándolas de flecheros diestrísimos, apresan á la sultana fujitiva. Queda cercada Niza por mar y tierra, y un emisario griego recaba del vecindario que se acoja al graciable amparo de su amo, y se salve con una rendicion oportuna, de la saña de los bravíos Europeos. Los cruzados al estar ya palpando la victoria, sedientos de sangre y despojos, miran absortos la bandera imperial tendida sobre la ciudadela, y Alexio se apropia con solícito desvelo conquista de tan suma entidad. El pundonor y el interés acallan el susurro de los adalides; y tras el descanso de nueve dias se encaminan para la Frijia, guiados por un caudillo griego, de quien maliciaban allá correspondencia reservada con el sultan, cuya consorte y sirvientes principales se habian devuelto decorosamente y sin rescate; y aquella jenerosidad del emperador con unos *incrédulos* (83) se conceptuó de alevosía para la causa cristiana.

No desmaya, antes bien se enardece, con el malogro de su capital el esforzado monarca; manifiesta á sus aliados y súbditos la invasion impensada de los bárbaros occidentales; acuden los emires turcos al llamamiento de la lealtad y de la relijion, y las rancherías turcomanas van acampando bajo su estandarte, abultando los Cristianos su desmandada hueste hasta doscientos ó trescientos mil caballos. Está el sultan sosegadamente esperando que el enemigo deje á la espalda el mar y la frontera griega le va hostigando los costados, advierte su marcha indiscreta y revuelta en dos columnas fuera de su vista recíproca, y á poco trecho de Dorileo en Frijia, sorprende la izquierda mas endeble y casi la anonada con su caballería (84). Calor, flechazos á nubes y refriega desordenada, abruman á los cruzados, se desbaratan y dan por desahuciados, sosteniendo la desmayada pelea tan solo el teson personal, y sin asomo ya de formacion,

Bohemundo, Tancredo y Roberto de Normandía. Rehácenlos las banderas revividoras del duque Godofredo que vuela con el conde de Vermandois en su auxilio capitaneando sesenta mil caballos, y siguiéndolos Raymundo de Tolosa el obispo de Puig y el ejército entero. Se escuadronan todos al golpe y emprenden nueva batalla. Se les contraresta con igual valentía, y menospreciando al par la cobardía griega y asiática, se confiesa por ambas partes que Turcos y Francos son los únicos que merecen apellidarse soldados (85). Varia y se contrapone el recio encuentro al tenor de las armas y de la enseñanza; con ímpetu recto, con evoluciones revueltas, con la enristrada lanza, con el disparado venablo, con el pesado montante y el corvo alfanje, con la armadura engorrosa y el ropaje delgado y volandero, y con el arco tártaro y larguísimo y la *ballesta* ó arco cruzado, arma mortal desconocida todavía por los Orientales (86). Mientras tienen aguante los caballos, y flechas las aljavas, prepondera Soliman en el trance, y cuatro mil Cristianos caen á los flechazos de los Turcos; mas por la tarde amaina la ajilidad á la pujanza, el número por ambas partes viene á igualarse, ó es por lo menos tan crecido como cabe en el terreno, ó como cualquier caudillo puede abarcarlo; pero al revolver de un cerro asoma la postrera division de Raimundo y sus *provinciales*, quizás de suyo, sobre la retaguardia del enemigo exhausto, y queda por fin zanjada la dilatadísima contienda. Sobre la muchedumbre innumerable, yacen hasta tres mil jinetes *paganos*, se saquean los reales de Soliman, y entre tantísima preciosidad ceban especialmente la curiosidad ahincada de los Latinos las armas y jaeces peregrinos, y luego los nunca vistos dromedarios y camellos. La retirada prontísima del sultan está pregonando la suma trascendencia de aquella victoria pues con su reserva de diez mil guardias evacua el reino de Rum, yendo arrebatadamente en pos del auxilio, y estimulando el encono de sus hermanos orientales. Los cruzados en su marcha de cerca doscientas leguas van atravesando el Asia Menor, por yermos y ciudades todas despobladas, sin tropezar con amigos ni enemigos. La jeografía (87) llogra allá rastrear la situacion de Dorileo, Antioquía en Pisidia Iconio, Arquelais, y Jermanicia, y va cotejando sus nombres clásicos acá con los modernos de Eskisher, la ciudad antigua, Aksher, la blanca, Cogni, Crekli y Marash. Al atravesar los peregrinos el desierto, donde un sorbo de agua se trueca por plata, los acosa la sed insufrible y al asomar algun arroyuelo se arrojan desaladamente de bruces con mayor daño para aquel desmandado jentío que la misma carencia anterior. Trepan con afan y peligro los riscos empinados y resbaladizos del monte Tauro, y muchos soldados arrojan las armas para afianzar sus pasos; de modo que á no encabezar su vanguardia el espanto general, una escasa cuadrilla de enemigos denodados derrumbaran á su salvo la línea larguísima de los trémulos advenedizos. Dos de sus cau-

dillos mas eminentes, el duque de Lorena y el conde de Tolosa, van en literas, curando este por milagro, segun cuentan, de su desahuciada dolencia, como igualmente se salva Godofredo al perseguir por las serranías pe Pisidia arriesgadamente á un oso enfurecido.

Avalorando la consternacion estremada, el primo de Bohemundo y el hermano de Godofredo, se destacan de la hueste con sus respectivas escuadras de quinientos ó setecientos jinetes. Van allá barriendo á carrera los cerros y la costa de Cilicia, desde Cogni hasta las puertas Siríacas; plantan por primera vez el estandarte normando sobre las almenas de Tarso y de Malmistra; pero la sinrazon altanera de Balduino provoca al fin al sufrido y gallardo Italiano, y así asestaron sus estoques consagrados contra uno y otro en lid profana y particular. El pundonor es el móvil, y la nombradía el galardon de Tancredo; pero agració la suerte la empresa mas interesada de su competidor (88). Llámanle en asistencia de un tirano griego ú armenio, á quien los Turcos permitieron seguir reinando en los Cristianos de Edesa, y Balduino acude bajo el concepto de hijo y campeon suyo; mas apenas se aposenta en la ciudad, enardece al pueblo para que mate á su padre, se apodera del sólio y del tesoro, va ensanchando sus conquistas por las cumbres de Armenia y las llanuras de Mesopotamia, y funda el primer principado de los Francos ó Latinos, que subsistió por cincuenta y cuatro años allende el Eufrates (89).

Habian fenecido estío y otoño, antes que los Francos pudieran asomarse á la Siria. Se delibera en el consejo sobre la alternativa de sitiar á Antioquía, ó acantonar el ejército para el descanso de la invernada; el afan de peleas y del santo Sepulcro, los están aguijoneando para el avance, y tal vez era esto lo mas acertado, pues la nombradía y el empuje de todo invasor van por horas amainando, al paso que retoñan sin cesar los arbitrios de la guerra defensiva. Resguardaba el cauce del Orontes la capital de Siria, y el *puente de hierro* con nueve arcos, saca su nombre de las puertas macizas de los dos torreones construidos á cada estremo. Franqueólas al golpe el acero del duque de Normandía, pues con su victoria internó hasta trescientos mil cruzados, suma que admite las rebajas de pérdida y desercion, pero que manifiesta á las claras lo abultado de la reseña en Niza. En la descripcion de Antioquía (90), no se acierta con un medio cabal entre la magnificencia antigua bajo los sucesores de Alejandro y de Augusto, y la traza actual del turco desamparo. El Tetrapolis, ó cuatro ciudades, conservando su nombre y situacion, dejaria gran vacío en un recinto de cuatro leguas, y esta medida, como tambien el número de cuatrocientas torres, no cuadran cabalmente con las cinco puertas, tan repetidamente mencionadas en el pormenor del sitio. Mas todavía hubo de estar Antioquía floreciente con ínfulas de capital crecida y populosa. Encabezaba á los emires turcos Baghisiano, coman-

dante de la plaza y veterano adalid. Componíase su guarnicion de seis á siete mil caballos, y de quince á veinte mil infantes; dícese que fueron degollados hasta cien mil Musulmanes, cuyo número era probablemente inferior al de Griegos, Armenios y Siríacos, quienes tan solos catorce años estuvieron esclavizados por la alcurnia de Seljuk. Por los escombros de un murallon sólido y empinado, se está ahora mismo infiriendo que se encumbraba sobre el valle hasta mas de sesenta pies, y por donde habian acudido menos el afan y el arte, se deja suponer que el rio, el pantano y los cerros la defendian con suficiencia. Habíanla tomado, no obstante la decantada fortificacion, Persas, Arabes, Griegos y Turcos, pues cerca tan dilatada no podia menos de adolecer acá y acullá de quiebras ó endebleces que brindasen para el avance, y en un sitio entablado á mediados de octubre, tan solo un teson vehemente pudo abonar el arrojo de su intento. Rebosaron los campeones de la Cruz de cuanta pujanza cabe ostentar en medio de una campiña, solian vencer en los repetidos trances de salidas, forrajes, en asaltos y defensas de convoyes, y tan solo podemos lamentarnos de que sus hazañas se suelen abultar hasta un punto ajeno de toda certidumbre y probabilidad. Rajó la espada de Godofredo á un Turco (91) desde el hombro hasta la cadera, y la mitad del infiel fué á parar al suelo, mientras el caballo se llevó la otra mitad hasta la misma puerta de la plaza. Al ir jirando Roberto de Normandía contra su antagonista, prorumpe relijiosamente: « Encomiendo esa tu cabeza á los demonios del infierno, » y al punto queda rajada aquella cabeza hasta el pecho por la guadaña ejecutiva. En suma la realidad ó la hablilla de proezas tan ajigantadas, no podian menos de encerrar (92) á los Musulmanes en su recinto, y contra aquellas murallas de tierra y piedra, inservibles eran espadas y lanzas. Sigue á pausas el afan del sitio, y careciendo los cruzados de injenio y dinero para idear y entablar maquinaria y arbitrios para el asalto, echan menos la asistencia poderosa del intelijente y acaudalado emperador en el cerco de Niza; supliéndolo escasa y trabajosamente algun Jenovés ó Pisano que aportaba por Siria, á impulsos de su relijion ó su interés; pero la empresa tan arriesgada y estéril los retraia jeneralmente de aquellas playas, cuando por flojedad ó por zozobra de los Francos quedaban espeditas dos puertas al vecindario para sus abastos y refuerzos. A los siete meses, tras el malogro de la caballería y de un jentío indecible con el hambre, la desercion y el cansancio, poquísimo tienen adelantado los sitiadores, dándose ya por desahuciados, cuando el Ulises latino, el artero y ambicioso Bohemundo, acude á la astucia y el engaño. Son muchos y mal hallados los Cristianos de Antioquía, y Firuz, un renegado Siríaco, granjeándose la privanza del emir y el mando de tres torres, cifró el mérito de su arrepentimiento en una alevosía, sin escrupulizar ni él ni los Latinos en la bastardía del

intento. Entáblase correspondencia reservada para su logro entre Firuz y el príncipe de Tarento, manifestando este desde luego en el consejo de jefes, que iba á poner la plaza en sus manos; pero pacta la soberanía de su conquista por galardon de tamaño servicio, y aunque al pronto se le rechaza por envidia la propuesta, luego el sumo apuro y el interés de todos la facilita. Los príncipes franceses y normandos verificaron la sor presa nocturna, trepando personalmente por las escalas descolgadas de las almenas, y el nuevo compañero, matando á su hermano por escrupuloso, abraza y entromete á los siervos de Jesucristo. Abócase la hueste por las puertas, y los Musulmanes se hacen cargo de que si bien desahuciados de toda conmiseracion, es ya inasequible la resistencia. Defiéndese la ciudadela, y los mismos vencedores se hallan luego acorralados con las fuerzas inumerables de Kerboga, príncipe de Mosul, quien con veinte y ocho emires turcos se adelanta al rescate de Antioquía. Estan los Cristianos por mas de tres semanas asomados á su esterminio, dándoles el endiosado lugarteniente del califa y del sultan á escojer únicamente entre la muerte ó la servidumbre (93). En aquel trance echan el resto de su desfallecido denuedo, se disparan de la ciudad, y en aquel solo dia memorable destrozan ó dispersan la hueste turco-arábiga que, segun allá refieren á su salvo, ascendia á seiscientos mil hombres (94). Hay ahora que historiar los aliados sobrehumanos, pues la causa naturalísima de la victoria de Antioquía fué la desesperacion á todo trance de los Francos, con la sorpresa, desavenencia y tal vez los desaciertos de sus torpes y engreidos contrarios. La descripcion de la batalla aparece tan revuelta como ella misma, descollando la tienda de Kerboga como grandísimo alcázar realzado con lujo asiático, y con cabida para mas de dos mil personas, y resplandeciendo sus tres mil guardias, encajonados todos, jinetes y caballos, en finísimo acero.

Agolpáronse alternados trances de victoria y descalabro, de abundancia rebosante y de hambrientísimas escaseces en el sitio de Antioquía, y un calculista teórico dará por sentado que la fé seria el móvil eficaz y perpetuo de su práctica, y que los soldados de la Cruz, los libertadores del santo Sepulcro, vivian resueltamente aparejados para estar dia y noche presenciando ya su martirio; pero la esperiencia está desde luego aventando ilusion tan caritativa, pues apenas asoman en la historia profana estremos mas rematados de prostitucion y desenfreno, cuales reinaban allá ante los muros de Antioquía. Deshojadas yacian las enramadas de Dafne, pero el ambiente siríaco seguia empapado en los mismos achaques; tentaciones vehementísimas estaban estraviando á los Cristianos con cuanto embeleso (95) fomenta ó rechaza la naturaleza; desatendíase la autoridad de los caudillos, no alcanzando pláticas ni edictos á enfrenar aquellos escándalos, tan perniciosos para la disciplina militar,

como ajenos de la pureza evanjélica. Apuraron los Francos en la primera temporada del sitio y posesion de Antioquía, vinieron los Francos á consumir con profusion disparatada la provision económica de largos meses; yermas las campiñas, ningun abasto rendian, y por fin las armas turcas los arrojaron de toda la comarca. En la invernada las lluvias enconaron las dolencias compañeras inseparables de la escasez, y luego el calor del estío, el alimento nocivo y la estrechez de tantísima muchedumbre acarrearon aquellos estremos de hambre y peste que menudean y acongojan en la historia, bastando la fantasía para figurarse cada cual sus padecimientos y sus recursos. Ajenciábanse con afan los ínfimos mantenimientos á suma costa de caudales ó despojos, y no podia menos de ser horroroso el conflicto para los necesitados; puesto que tras de pagar tres marcos de plata por una cabra, y quince por un camello flaquísimo (96), tuvo el conde de Flandes que mendigar una comida, y el duque Godofredo que tomar prestado un caballo. De los sesenta mil caballos de la reseña en el campamento, quedaban dos mil á fines del sitio, y apenas llegaban á doscientos los hábiles para entrar en refriega. Quebrantado el cuerpo y despavorido el ánimo, amainó aquel ardientísimo entusiasmo de los peregrinos, y el afan de la vida tenia postrados los incentivos mas devotos y pundonorosos (97). Entre los caudillos asoman tres héroes sin asomo de temor ó de tacha; sostenian su relijiosidad magnánima á Godofredo de Bullon, su ambicion y su interés á Bohemundo, y Tancredo pregonaba por donde quiera, que mientras le quedasen cuarenta jinetes no desistiria de la empresa de Palestina. Mas se malició dolencia voluntaria en el conde de Tolosa y Provenza; hubo que retraer de la costa al duque de Normandía con escusas de la Iglesia; Hugo el Grande, aunque primer adalid en la refriega, afianzó con ansia la primera proporcion para su regreso, y Estévan conde de Chartres, desertó ruinmente de su propio estandarte y del consejo en que estaba presidiendo. Desalentó á la soldadesca la huida de Guillermo vizconde de Melun, apellidado el *Carpintero*, por sus tremendos hachazos, y los mas santos se escandalizaron con el deslíz de Pedro el ermitaño, quien despues de armar la Europa contra el Asia, intentó desentenderse de la obligacion del ayuno. En cuanto á la muchedumbre de los guerreros rebelados, sus nombres (dice un historiador), quedan ya borrados del libro de la vida, aplicando el apodo oprobioso de volatines á cuantos se descolgaban por la noche de las murallas de Antioquía. Acudia el emperador Alexio (98) al socorro de los Latinos, pero desfalleció al constarle su situacion desahuciada. Enmudecian desesperados ante su infausta suerte; inservibles se hacian juramentos y castigos, y para recabar de la soldadesca que acudiese á la defensa de sus muros era tal vez forzoso incendiarles su paradero.

Aquel fanatismo que los puso en el disparador de su esterminio, fué

ahora su salvador victorioso, abundando en causa tan peregrina y en hueste tan acalorada visiones, profecías y milagros. Menudearon mas y mas en aquel conflicto con suma pujanza y éxito. Habia asegurado San Ambrosio á un eclesiástico timorato, que debian encabezar dos años de quebranto á la temporada del rescate y bienandanza; la presencia y reconvenciones del mismo Jesucristo solian atajar á los desertores; prometian los difuntos resucitar y pelear con sus hermanos; habia alcanzado la Vírjen el perdon de sus pecados, y luego revivió su confianza con una señal patente, el descubrimiento esplendoroso y oportuno de la SAGRADA LANZA. Se ha celebrado por este particular, ó por lo menos merece disculpa el ardid de los caudillos; mas una trampa devota por maravilla es parto reflejo de muchos individuos, y un impostor arrojado puede contar con el arrimo de los cuerdos y la credulidad del pueblo. Habia un clérigo marsellés de mañas ruínes y costumbres relajadas, llamado Pedro Bartolomé. Preséntase á la puerta del consejo para relatar la aparicion de San Andrés, que por tres veces se le ha repetido en sueños, con amenaza tremenda, si osaba orillar los mandatos del cielo. « En Antioquía, » dijo el Apóstol, « en la iglesia de mi hermano San Pedro, junto al altar mayor está encubierto el bote acerado que traspasó á la punta de su lanza el costado de nuestro Redentor. Al tercer dia, aquel instrumento de salvacion sempiterna y ahora temporal, se ha de manifestar á sus discípulos. Buscad y hallaréis; enarboladlo en la refriega, y aquella arma mística va á traspasar los pechos empedernidos de los incrédulos. » Aparenta el obispo de Puig, legado del papa, oir con tibieza y desconfianza; pero el conde Raimundo se abalanza á la revelacion, pues aquel súbdito leal lo habia escojido, en nombre del apóstol, para guarda de la santa lanza. Se dispone el desengaño, y al tercer dia, tras la preparacion debida de plegaria y ayunos, el clérigo marsellés introduce doce testigos confidenciales, y entre ellos el conde con su capellan, atrancando las puertas de la iglesia contra el ímpetu de la muchedumbre. Abrese la tierra en el paraje señalado, mas los cavadores que se van relevando ahondan hasta doce pies sin lograr su intento. Por la noche, cuando Raimundo ha tenido que acudir á su sitio, y los asistentes cansadímos empiezan á susurrar, baja Bartolomé osadamente en camisa y sin zapatos al hoyo. Con la lobreguez de la noche y del paraje coloca reservadamente el bote de una lanza sarracena, y al primer eco y primer destello del acero, prorumpe en un rapto devotísimo. Alzase la sagrada lanza de aquella hondura, envuelta en un velo de seda y oro, para esponerla á la veneracion de los cruzados; aquella suspension ansiosa se dispara entonces jeneral y atronadamente en alaridos de gozo y esperanza, y la soldadesca desahuciada hierve ya toda en denodado entusiasmo. Prescindiendo ahora de las arterías é ímpetus de los caudillos, avaloran desde luego aquella

revolucion tan venturosa con cuantos arbitrios suministran la devocion y la disciplina. Envian su jente á los cuarteles, encargándole con ahinco que se fortalezca de cuerpo y alma para la cercana refriega echando el resto de la racion respectiva para hombres y caballos, y espere al rayar el alba la señal del avance y la victoria. Abrense de par en par, la madrugada de San Pedro y San Pablo, las puertas de Antioquía, clérigos y monjes en gran procesion entonan el Salmo guerrero. « Aparézcase el Señor y quedarán dispersos sus enemigos: » se escuadronan en doce divisiones por obsequio á los doce Apóstoles, y la sagrada lanza, por ausencia de Raimundo, se confia al cargo de un capellan. Palpitan los sirvientes, y acaso los enemigos de Jesucristo, al influjo de aquella reliquia ó trofeo (99) realzando su pujanza poderosísima con la novedad, el ardid, ó el rumor de un temple verdaderamente milagroso. Tres caballeros, con ropajes blancos y armas centellantes se descuelgan al parecer de los cerros; esfuerza su voz Ademaro, legado del papa, y los apellida San Jorje, San Teodoro y San Mauricio; en el afan de la refriega no tienen cabida ni la duda, ni la averiguacion, y todo se vuelve albricias por la aparicion que está deslumbrando la vista ó la fantasía de una hueste fanática. Suena y resuena en el trance la revelacion de Bartolomé de Marsella; pero fenecido aquel auxilio temporal, el señorío personal, y las limosnas cuantiosas que redundaban en beneficio del conde de Tolosa por su resguardo de la sagrada lanza movieron á envidia y ejercitaron la racionalidad de sus competidores. Un erudito Normando se empeñó en despejar filosóficamente el pormenor de aquella conseja en su descubrimiento y en la índole del mismo descubridor, y entonces el devoto Bohemundo atribuyó el portento de aquel rescate únicamente á los méritos é intercesion de Jesucristo. Los Provenzales por algun tiempo abonaron á voz en grito su paladío nacional retando á los incrédulos y sentenciándolos á muerte y á infierno, por el intento de alegar dudas y raciocinios contra un cúmulo de visiones nuevas, en confirmacion de aquel descubrimiento. Iba creciendo no obstante el desengaño, y tuvo que sujetar el descubridor su vida y su veracidad al juicio de Dios. Hacínase la leña seca en medio de los reales, se enciende grandísima hoguera, sube la llama á la altura de treinta codos, dejando una sendita encallejonada de doce pulgadas solamente para el tránsito peligrosísimo. Atraviesa el desventurado clérigo marsellés el fuego con ajilidad y tino, pero el ardor intensísimo le abrasa muslos y vientre y fenece al otro dia, y los creyentes siguen ateniéndose á las protestas de inocencia y verdad que exhala mas y mas el moribundo; y luego los Provenzales se empeñan en sustituir una cruz, un anillo y hasta un tabernáculo á la sagrada lanza, que para luego en olvido y menosprecio (100). Gravísimos historiadores afirman no obstante la revelacion de Antioquía, y tan suma es

la pujanza de toda credulidad, que los milagros mas dudosos en el sitio y trance mismo del suceso, se reciben luego á ciegas á larga distancia de tiempo y lugar.

El tino ú la suerte de los Francos, vino á dilatar la invasion hasta la decadencia del imperio turco (101). Hermanados quedaron en paz y justicia los reinos de Asia con el gobierno varonil de los tres sultanes primeros, y las huestes innumerables que solian acaudillar personalmente igualaban en denuedo y se sobreponian en disciplina á todos los bárbaros del Occidente. Pero en el trance de la cruzada estaban allá batallando hasta cuatro hijos por la herencia de Malek Shaw; sus ambiciones personales se desentendian del peligro jeneral, y en el vaiven de sus encuentros los vasallos vivian ajenos del verdadero objeto de sus homenajes. Competidores ó enemigos de Kerboga eran los veinte y ocho emires que iban siguiendo sus estandartes; arrebataban sus reclutas de los pueblos ó tiendas de Siria ó de Mesopotamia, y los Turcos veteranos se empleaban ó fenecian en guerras civiles allende el Tigris. Afianzó el califa de Ejipto aquella coyuntura de apocamiento y desavenencia para recobrar sus posesiones, y Afdal, sultan suyo, sitiando á Tito y á Jerusalen, arrojó á los hijos de Ortok, y restableció en Palestina la autoridad civil y eclesiástica de los Fatimitas (102). Oyen ó presencian atónitos las grandísimas huestes de Cristianos, que van pasando de Europa hácia el Asia, complaciéndose con los sitios y batallas que destroncan el poderío de los Turcos, sus contrarios en secta y monarquía. Pero aquellos mismos Cristianos son enemigos del Profeta, y derrumbadas Niza y Antioquía, el móvil de su empresa, que se iba mas y mas declarando, los empujaria hasta las orillas del Jordan, ó tal vez del Nilo. Mediaron cartas y embajadas mas ó menos frecuentes ó escasas, segun los trances de la guerra, entre el sólio del Cairo y los reales latinos; y sus contrapuestas ínfulas eran parto de su ignorancia y su entusiasmo. Pregonaban los ministros de Ejipto, ya comedida ó ya altaneramente, que su cohermano, el verdadero y lejítimo caudillo de los fieles, habia rescatado á Jerusalen del yugo turco, y que los peregrinos en dividiéndose por cuadrillas y deponiendo sus armas, visitarian á su salvo y conveniencia el sepulcro de Jesus. Dándolos por abatidos é indefensos, el califa Mortali menospreció sus armas y encarceló á sus diputados, pero con la conquista y victoria de Antioquía acudió á ir agasajando á campeones tan formidables con regalos de caballos y ropajes de seda, alhajas y bolsas de oro y plata; graduando por sumo personaje á Bohemundo, y por segundo á Godofredo. La contestacion de los cruzados en su varia fortuna fué siempre con la misma igualdad y entereza; desentendíanse de escudriñar las pretensiones ó goces particulares de los secuaces de Mahoma; prescindiendo de nombres ó naciones, todo usurpador de Jerusalen ve-

nia á ser un enemigo, y en vez de ceñirles el sistema y los términos de su peregrinacion, tan solo rindiendo á tiempo la ciudad y provincia, su sagrado derecho, pudiera merecer su alianza, ó amansar sus triunfadoras y ejecutivas iras (103).

Mas quedó suspendido aquel avance, aun presenciando ya su galardon esclarecido, hasta mas de diez meses, despues de la derrota de Kerboga. Yerto apareció el afan denodado de la cruzada en el trance de la victoria, y en vez de seguir marchando en alas de su predominio, se dispersaron y empaparon regaladamente en las amenidades de la Siria. Dilacion estrañísima causada por el quebranto de su pujanza y subordinacion. Feneció la caballería con el servicio incesante y trabajosísimo de Antioquía, como tambien miles y miles de personas de toda clase, por hambre dolencias y desercion: abusaron de nuevo y sin tasa de su abundancia, y padecieron tercera escasez, y aquella alternativa de conflicto y desenfreno vino á enjendrar una peste, que sepultó mas de cincuenta mil peregrinos. Sin desempeño para el mando, ninguno queria obedecer; los enconos privados, contenidos un tanto para el riesgo jeneral, retoñaron de nuevo con ímpetus, ó por lo menos con anhelos de hostilidad, el encumbramiento de Balduino y de Bohemundo incitó la envidia de sus compañeros; los caballeros mas valientes fueron acudiendo al resguardo de sus nuevos principados, y el conde Raimundo malogró desatinadamente tropas y tesoros en una espedicion al interior de la Siria. La invernada fué toda de rencillas y trastornos; pero asomó algun destello de pundonor y relijiosidad con la primavera, y entonces la ínfima soldadesca, ajena de zelos ambiciosos orilló á fuerza de clamores y de amagos la flojedad que tenia embargados á los caudillos. Los residuos de hueste tan poderosa se mueren por fin en el mes de mayo desde Antioquía á Laodicea, siendo el todo unos cuarenta mil Latinos la mitad inservible y los restantes mil y quinientos caballos con veinte mil de infantería. Siguen desahogadamente su marcha entre el monte Líbano y la playa del mar, acudiendo holgadamente á sus urjencias desde la costa, los comerciantes jenoveses y pisanos, é imponiendo cuantiosas contribuciones á los emires de Trípoli, Sidon, Acre y Cesarea, quienes franquean el tránsito y ofrecen seguir el ejemplo de Jerusalen. Desde Cesarea se internan por el país, y los doctos van reconociendo la jeografía sagrada de Lidda, Ramla, Emasis y Belen; y luego al descubrir los cruzados la ciudad santa, olvidan sus afanes y quebrantos ansiando y su galardon patente (104).

Redundó en alguna nombradía de Jerusalen la repeticion y trascendencia de sus memorables sitios. Babilonia y Roma tuvieron que echar el resto de su teson para por fin arrollar la pertinacia del vecindario, el solar empinado que venia á escusar el esmero de la fortificacion, y luego las murallas y torres que resguardaban la parte llana y accesible (105). Ha-

bian ido á menos aquellos obstáculos en tiempo de las cruzadas, pues sus baluartes yacian totalmente destruidos ó escasamente repuestos; los Judíos y así la nacion como su culto, estaban padeciendo destierro perpetuo; pero varia menos la naturaleza que el hombre, y así el solar de Jerusalen aunque un tanto mas llano y desviado, era de suyo todavía fuerte contra cualquier enemigo. Duchos ya los Sarracenos con un sitio reciente y tres años de posesion, acudieron á suplir las nulidades fundamentales de una plaza que ni el pundonor ni la relijion podian consentir su desamparo. Aladino ú Iftikhar, lugarteniente del califa tenia, á su cargo aquella defensa, esmeróse discretamente en contener al vecindario cristiano con la zozobra de su propio esterminio y el del santo Sepulcro, y en alentar á los Musulmanes afirmándoles sus galardones tanto temporales como sempiternos. Se cuenta que su guarnicion ascendia á cuarenta mil Turcos y Arabes, y si le cupo la reseña de veinte mil habitantes, desde luego ascendia á mas el ejército sitiado que el sitiador (106). A no menguar en tanto grado las fuerzas latinas, y poder ceñir cumplidamente el recinto de cerca de una legua (107), ¿á qué intento esencial bajarian al valle de Ben, Himmon y al torrente Cedron (108) y á los derrumbaderos de levante y mediodía, de donde nada les cabia esperanzar ni temer? Asestaron principal y atinadamente las miras contra los costados del norte y poniente de la ciudad. Tremoló Godofredo de Bullon su estandarte sobre la primera loma del monte Calvario; por su izquierda y hasta la puerta de San Estévan, continuaban la línea del cerco Tancredo y entrambos Robertos, y el conde Raimundo se acuarteló desde la ciudadela hasta la falda del monte Sion, que caia á la sazon fuera del recinto. Al quinto dia se arrojan los cruzados á un asalto jeneral, locamente esperanzados de allanar las murallas sin máquinas, ó de trepar á su cumbre sin escalas. A su ímpetu desaforado allanan la primera valla, pero luego quedan rechazados con afrenta y matanza hasta su mismo campamento; pues con tanta repeticion de visiones y profecías estaba ya embotada y exhausta la eficacia de este ardid monástico teniendo al fin que acudir al tiempo y el afan como el único medio del vencimiento. Redondeóse con efecto el plazo en cuarenta dias pero fué cuarentena angustiada y calamitosa. Hambrearon mas y mas por culpa hasta cierto grado de la glotonería de los Francos, mas aquel suelo peñascoso carece casi absolutamente de agua agotábanse manantiales y arroyuelos en el estío; y no alcanzaban á los sitiadores el arbitrio de apagar la sed por medio de los aljibes y cisternas artificiales que abundaban en la ciudad. Los éjidos yacen todos desarbolados y rasos, por consiguiente sin ramaje sombrío ni maderas de construccion. Halláronse sin embargo crecidísimas vigas en un sótano; un bosque junto á Siquem, la selva encantada del Taso (109) se apeó por entero y luego la pujanza y maestría de Tancredo fué trayendo á los rea-

les las maderas necesarias para las máquinas que dispusieron luego unos artistas jenoveses recien aportados en la bahía de Jafa. Costearon el duque de Lorena y el conde de Tolosa dos torres movibles en sus apostaderos, y empujáronlas con devoto ahinco á la parte mas desatendida aunque poco accesible de la fortificacion. El fuego enemigo redujo á cenizas la torre del Tolosano; mas su competidor estuvo mas desvelado y venturoso, pues sus flecheros despejaron el muro de todo defensor, se apeó el puente levadizo, y un viernes á las tres de la tarde en eldia y hora de la Pasion, se encumbró Godofredo victorioso en las almenas de Jerusalen. La emulacion denodada sigue por donde quiera aquel ejemplo, y á los cuatrocientos y sesenta años de la conquista de Omar quedó la Ciudad santa rescatada del yugo mahometano. En cuanto al saqueo de haberes públicos y privados se convinieron todos en respetar esclusivamente la propiedad del primer ocupante, y los despojos de la mezquita mayor, setenta lámparas y vasos de plata y oro macizo; fueron el galardon y estremaron la jenerosidad de Tancredo. Ofrecieron sangrientísimo sacrificio al Dios de los Cristianos desaforados: habíalos enfurecido la resistencia y así ni edad ni sexo alcanzaron á mitigar su saña implacable, estuvieron tres dias matando á diestro y siniestro sin contraresto, (110) y resultó luego con la podredumbre de los cadáveres una epidemia espantosa. Tras el degüello desetenta mil musulmanes, y la quema de los inocentes Judíos en su misma sinagoga sobró todavía muchedumbre de cautivos que el interés ó el cansancio dejó con vida. Descolló Tancredo con sus arranques compasivos sobre aquella manada de fieras heroicas; pero es mas de alabar la blandura aunque interesada de Raimundo, en brindar con salvo conducto á la guarnicion de la ciudadela (111). Libre quedaba el santo Sepulcro, y los vencedores sangrientos se esmeraron en cumplir y aparatar su voto: descalzos y descubiertos, con muestras de contricion, fueron trepando en ademan rendido al monte Calvario, entonando el clero sus antífonas; besaron la losa cubridora del Salvador del mundo, bañando con lágrimas de gozo y penitencia, el monumento de su redencion. Dos filósofos han conceptuado por diversísimo rumbo esta hermandad entre ímpetus bravíos y entrañables, dándola el uno por obvia y naturalísima (112) y el otro por disparatada é increible (113). Se ha supuesto tal vez infundadamente á la idéntica persona y á la misma hora, pues el ejemplo del virtuoso Godofredo movió la relijiosidad de sus compañeros para asear sus cuerpos, y purificar sus pechos, ni me cabe el presumir que los mas furibundos en la matanza encabezasen luego muy ufanos la procesion al santo Sepulcro.

A los ocho dias de acontecimiento tan memorable, que el papa Urbano ya difunto no pudo saber, tuvieron los adalides latinos que nombrar un rey para gobernar á buen recaudo las conquistas de Palestina. Menos-

cabaron Hugo el Grande y Estevan de Chartres con intempestiva retirada su nombradía; pero luego se esmeraron en recobrarla, sacrificando gallardamente sus vidas en segunda cruzada. Arraigóse Balduino en Edesa y Bohemundo en Antioquía; pero ambos Robertos, el duque de Normandía (114) y el conde de Flandes antepusieron sus herencias en el Occidente á una competencia mal segura y á un cetro estéril. Sus mismos secuaces tildaron los celos de Raimundo y la voz libre, unánime y justiciera del ejército pregonó á Godofredo de Bullon por el primero y el mas digno de los campeones de la Cristiandad. Aceptó su magnanimidad un encargo tan azaroso como esclarecido; pero en la misma ciudad donde habian coronado de espinas á su Salvador, el devotísimo peregrino desechó el nombre y las insignias de la soberanía y el gran fundador del reino de Jerusalen vino á contentarse con el dictado modestísimo de Baron y defensor del santo Sepulcro. Interrumpióse su gobierno de un solo año (115), plazo cortísimo para la felicidad pública, por el llamamiento á campaña con la venida del visir ó sultan de Ejipto, quien por lo desidioso que estuvo en precaver el malogro de Jerusalen, acudia luego arrebatadamente á desagraviarlo. Selló su total descalabro en la batalla de Ascalon el establecimiento de los Latinos en Siria y encumbró el denuedo de los príncipes franceses, quienes en aquel trance se despidieron ya de la guerra santa. Gloria debe redundarles por la suma desigualdad en el número con aquella infinidad de caballería fatimita, pero excepto unos tres mil etíopes ó negros armados con látigos de hierro, huyeron los bárbaros meridionales al primer embate, ofreciendo un parangon interesante con el ardimiento de los Turcos, aquella afeminacion poltrona de los Ejipcios. Colgando al fin ante el santo Sepulcro la espada y el estandarte del sultan, el nuevo rey (harto merece este dictado) abraza en despedida á sus compañeros, sin quedarle mas que el bizarro Tancredo con trescientos jinetes y dos mil infantes para la defensa de la Palestina. Un nuevo enemigo, el solo contra quien Godofredo podia acobardarse, asaltó su soberanía; pues Ademaro, obispo de Puy, tan descollante en el consejo como en la refriega habia fallecido en la última epidemia de Antioquía, y los demás eclesiásticos tan solo conservaban la altanería codiciosa de su estado, alborotando sediciosamente para que la eleccion de obispo antecediese á la de monarca. Usurpó el clero latino las rentas y jurisdiccion del patriarca lejítimo, el cargo de herejes ó cismáticos abonaba la exclusion de Griegos y Siriacos (116) y bajo el yugo de hierro de sus rescatadores, echaban menos el gobierno tolerante de los califas árabes. Daimberto; arzobispo de Pisa, se habia educado detenidamente allá entre la política recóndita de Roma; trajo una cuadrilla de compatricios al estremo de la Tierra Santa, y quedó instalado sin competencia como cabeza espiritual y temporal de la Iglesia. Empuña al punto el nuevo patriarca el

cetro granjeado con los afanes y la sangre de los victoriosos peregrinos, y tanto Godofredo como Bohemundo se avienen á recibir de sus manos la investidura de sus posesiones feudales. No basta aun todo esto, pues Daimberto pretende la propiedad directa de Jerusalen y de Jafa, y el héroe, en vez de un rechazo resuelto y caballeroso, entabla negociaciones con el clérigo; cedióse un barrio de cada ciudad á la iglesia, y el obispo se da por satisfecho comedidamente con la reversion eventual de lo restante, en caso de fallecer Godofredo sin sucesion, ó de granjearse nuevo solio en el Cairo ú Damasco.

Sin tamaño allanamiento iba el conquistador á quedar despojado de su reino en mantillas reducido á Jerusalen y Jafa con una veintena de aldeas ó poblaciones por la comarca (118). En aquella misma estrechez seguian aun los Musulmanes encastillados en puntos inexpugnables, y así el labrador, el traficante y el peregrino, estaban mas y mas expuestos á hostilidades incesantes. Desahogábanse los Latinos confiadamente escudados con las armas del mismo Godofredo de los dos Balduinos, y su hermano y primo quien le sucedió en el solio, y por fin vinieron á igualar en cuanto á la extension de señorío, mas no en los millones de súbditos á los antiguos príncipes de Judea y de Israel (119). Reducidas ya las ciudades marítimas de Laodicea, Trípoli Tiro y Assalon (120) á donde acudieron poderosamente las escuadras de Venecia, Jénova, Pisa y aun de Flandes y Noruega (121), toda aquella tirada de costa desde Escanderem hasta la raya de Ejipto quedaba expedita para los peregrinos cristianos. Desentendíase el príncipe de Antioquía de aquel predominio, pero los condes de Edesa y Trípoli se confesaban aun vasallos del rey de Jerusalen: reinaban los Latinos allende el Eufrates y las cuatro ciudades de Hems, Hamah, Damasco y Alepo eran los únicos residuos de las conquistas mahometanas en Siria (122). Cundieron idioma, leyes costumbres y dictados de la nacion francesa y de la iglesia latina por aquellas colonias marítimas; y segun la jurisprudencia los estados principales y las baronías subordinadas iban descendiendo por la línea de sucesion masculina ó femenina (123); pero los hijos de aquellos primeros conquistadores (124), ralea revuelta y bastarda vivian relajados con la blandura del clima, y la llegada de nuevos cruzados de Europa solia ser casual y remota. Desempeñaban el conjunto de los feudos seiscientos y sesenta y seis caballeros (125), que contaban con el auxilio de otros doscientos bajo la bandera del conde de Trípoli, acompañando á cada caballero por su campiña cuatro escuderos ó flecheros tambien á caballo (126). Luego las iglesias y los vecindarios aprontaban hasta cinco mil y setenta y cinco *sargentos* ó sean probablemente soldados de infantería y el total de la milicia legal del reino no escederia á once mil hombres, resguardo mezquinísimo contra los millares de Sarracenos y Turcos que tenian en el disparador (127). Pero el valladar incontrastable de

Jerusalen se cifraba en los caballeros del hospital de San Juan (128) y del templo de Salomon (129) con su asociacion estrañísima de vida militar y monástica sujerida por el fanatismo, y luego comprobada por la política. Aspiraba la flor de toda la nobleza de Europa al distintivo de la cruz, profesando los votos de aquellas órdenes tan respetables; inmortales aparecian su denuedo y su disciplina, y la donacion ejecutiva de ocho mil alquerías ó cortijos (130) los habilitó para la manutencion de un gran cuerpo de caballería en defensa de la Palestina. La austeridad conventual vino luego á desaparecer con los ejercicios militares; pero luego tambien llegó aquella soldadesca cristiana á escandalizar el orbe con su altivez, codicia y relajacion; con su afan de inmunidades y jurisdiccion desavinieron la iglesia y el estado, peligrando la paz jeneral con su zelosa competencia. Pero aun en medio de su rematada disolucion, siempre los caballeros del Templo y del Hospital siguieron sosteniendo su concepto de unos fanáticos denodados. Con su vida desarreglada estaban siempre en el disparador ansiosos de morir en servicio de Jesucristo, y los arranques caballerosos, pasto de las cruzadas por fin se trasladaron con su instituto á la isla de Malta (131).

El desenfado voluntarioso que descuella en el sistema feudal sobresalia con suma pujanza en los guerreros de la Cruz, quienes encumbraban para su caudillo al mas benemérito de sus iguales. En medio de aquella servidumbre asiática, tan ajena de toda enseñanza palpable, se planteó allá cierto asomo de libertad política; y las leyes del reino francés se fueron derivando del manantial mas castizo de la igualdad y de la justicia. La condicion fundamental é imprescindible de aquellas leyes es la avenencia de los mismos que se sujetan á su cumplimiento. Encargado Godofredo de la suprema dignidad y majistratura, acudió al dictámen público y privado de los peregrinos latinos mas enterados de los estatutos y costumbres de Europa y con estos antecedentes y el consejo y aprobacion del patriarca y los barones, del clero y de los seglares, compuso Godofredo el FUERO DE JERUSALEN (132),, monumento precioso para la jurisprudencia feudal. El nuevo código, autorizado con los sellos del rey, el patriarca y el vizconde de Jerusalen, se depositó en el santo Sepulcro, y realzado con las mejoras del tiempo sucesivo, se le consultaba con acatamiento, cuantas veces sobrevenia algun caso dudoso en los tribunales de Palestina. Fracasó todo con el reino y la ciudad y los fragmentos de la ley escrita se estuvieron conservando en la tradicion solicita (134), y en la práctica inconstante hasta á mediados del siglo trece; la pluma de Juan de Ibelin, conde de Jafa, uno de los feudatarios restableció el código (13) y la revision terminante se redondeó el año de mil trescientos y sesenta y nueve para el uso del reino latino de Chipre (136). Dos tribunales de diversa jerarquía eran los estribos constitucionales de la justicia y la liber-

tad; fundólos Godofredo, presidente nato del mayor compuesto de barones, descollando el príncipe de Galilea, el señor de Sidon y de Cesarea y los condes de Jafa y de Trípoli, quienes tal vez con el condestable y el mariscal (137) venian á ser con especialidad compañeros y jueces mutuos. Pero cuantos nobles obtenian sus haciendas de la misma corona tenian que acudir á la sala del rey; ejerciendo cada baron iguales incumbencias en las juntas inferiores de sus respectivos feudos. Señor y vasallo vivian honoríficamente relacionados acatando el uno á su bienhechor y amparando el otro á su allegado, y así estaban recíprocamente comprometidos, correspondencia que podia cesar en mediando desvío ú agravio. El rejistro de matrimonios y testamentos iba embebido en los actos de relijion y vinculado en el clero, pero las causas civiles y criminales de la nobleza y la herencia y goce de sus feudos eran incumbencia de la sala suprema. Cada individuo era su juez y celador de los derechos públicos y particulares. Tenia que sostener con su voz y su espada los recursos lejítimos del señor; pero si alguno de estos se propasaba en atropellar el fuero y la propiedad del vasallo, acudian los vocales confederados á sostener de palabra y obra su demanda. Sentenciaban sin reboso su inocencia y su agravio, pedian la devolucion de su libertad y sus haciendas; suspendian en frustrándole la demanda su servicio, desencarcelaban al hermano y lo escudaban en todo, pero sin ofender la persona del dueño, que era para ellos siempre sagrada (138). En los pleitos, alegatos y réplicas se explayaban sutilmente los letrados; pero solian orillarse argumentos y testimonios, acudiendo á las lides judiciales, y el fuero de Jerusalen admite en varios casos aquella institucion bárbara, abolida ya pausadamente con las leyes y costumbres de Europa.

Corriente era á la sazon la prueba por pelea en los casos criminales que trascendian á la vida, miembro ú pundonor de cualquier individuo, y en todo litijio civil que llegaba al importe de un marco de plata. Parece que en lo criminal era la pelea regalía del acusador, quien, escepto en casos de traicion, desagraviaba su pundonor ó la muerte de quien pudiera corresponderle; mas en cabiendo testimonio tenia que presentar ejecutivamente los testigos del hecho. Entonces el recurso de la pelea se trasladaba al defensor, pues achacaba al testigo el intento de perjurarse para menoscabar su derecho; y así venia á quedar en el mismo caso del querellante en lo criminal. Entonces no se conceptuaba ya le lid como un jénero de prueba, ni como testimonio negativo (como lo supone Montesquieu) (139); pero siempre el derecho de ofrecerse á la pelea se fundaba en el de acudir al desagravio armado, y entonces venia á fundarse en el mismo principio que el reto particular. Las mujeres, los lisiados ó los ancianos de mas de sesenta años, podian únicamente valerse de campeones alquilados, y la consecuencia del vencimiento era

la muerte del campeon ó testigo, ó ya del acusado ú del acusador; mas en los casos civiles el demandante quedaba afrentado y perdia el pleito, y campeon y testigo padecian muerte ignominiosa. Optaba en muchos lances el juez para otorgar ó negar la pelea, pero se especifican dos casos en que era imprescindible el desafío; á saber, si un vasallo leal desmentia á su compadre por pedir injustamente alguna parte de la hacienda de su señor, ó si un litigante perdidoso se arrojaba á contrarestar el juicio y la veracidad del juzgado. Podia retar á los jueces, pero en términos arduos y expuestísimos; pues en el mismo dia no podia menos de estar peleando con todos los individuos del tribunal, aun los ausentes en el auto, y con un solo vencimiento resultaba afrentado y muerto; y el desesperanzado de su victoria es de suponer que no se aventuraria á la pelea. En el fuero de Jerusalen la sutileza legal del conde de Jafa, se esmera loablemente mas en retraer de la pelea judicial que en facilitarla, conceptuándola mas bien pundonorosa que relativa á la relijion (140).

Entre los motivos que descargaban á los plebeyos del tiránico yugo feudal, sobresale aquella institucion de vecindarios y gremios, y si los de Palestina son contemporáneos de la primera cruzada, serán tambien los mas antiguos del orbe latino. Se desentendian muchos peregrinos de sus amos bajo la bandera de la cruz, y los príncipes franceses por razon de estado cebaban su inclinacion afianzándoles los derechos y regalías de ciudadanos. Se expresa terminantemente en el fuero de Jerusalen, que tras de haber instituido para sus caballeros y barones el tribunal de los Pares, presidido por él mismo, planteaba Godofredo una cámara segunda, en que su vizconde estaba representando su propia persona. Abarcaba esta jurisdiccion á todos los ciudadanos del reino, componiéndose de individuos selectos y dignísimos, quienes juraban sentenciar segun las leyes de los actos y haberes de sus iguales (141). Procedian al remedo de Jerusalen en sus conquistas y establecimientos de ciudades nuevas los reyes y sus vasallos mayores, llegando á plantearse hasta mas de treinta, antes de la pérdida de la Tierra Santa. Otra clase de súbditos los Siríacos, ó Cristianos orientales (142), se vieron atropellados por el afan del clero; mas acudió á escudarlos la tolerancia del estado, condescendiendo Godofredo con su instancia fundadísima de ser juzgados por sus leyes nacionales. Planteóse tercer juzgado pára su propio uso ciñéndolo á la jurisprudencia casera; cran sus miembros jurados Siríacos de sangre, idioma y relijion, pero el cargo de presidente (*raís* en arábigo) solia ejercitarse á temporadas por el vizconde de la ciudad. A distancia descomunal de los *nobles*, *ciudadanos* y *extranjeros*, se allana el Fuero de Jerusalen á nombrar los *villanos* ó siervos, los campesinos y cautivos de la guerra, que venian á conceptuarse propiamente como parte de la hacienda. El alivio y amparo de aquellos desventurados no se tuvo por

acreedor á los esmeros de la lejislacion, pero acude eficazmente al recobro, no al castigo de los fujitivos. A manera de canes ó halcones que se extraviaron al dueño lejítimo, podian perderse y reclamarse, igualando al esclavo con el halcon en cuanto al valor; pero habia que mancomunar tres esclavos, ó doce bueyes para equivaler á un potro de guerra, señalando hasta trescientas piezas de oro, en aquel tiempo de caballería, por el precio del irracional mas jeneroso (145).

NOTAS

correspondientes al capítulo quincuajésimooctavo.

(1) Bastante estravagante es el oríjen del nombre de *Picardos*, y de aquí el de *Picardía*, que no data antes del A. D. 1200. Era una chanza académica, un epiteto que se aplicó primero al humor pendenciero de aquellos estudiantes, en la Universidad de París, que vinieron de la frontera de Francia y Flandes (Valesii Notitia Galiarum, p. 447. Longuerue, Description de la France, p. 54.).

(2) Guillermo de Tiro (l. I, c. 11. p. 637, 638.) describe al ermitaño de este modo, Pusillus, persona contemptibilis, vivacis ingenii et oculum habens perspicacem gratumque, et sponte fluens ei non deerat eloquium. Véase Alberto Aquensis, p. 185. Guibert, p. 482. Ana Comnena en la Alexiada, l. X. p. 284, etc. con notas de Ducange, p. 349.

(a) Wilken considera este hecho como dudoso, vol. I. p. 47—M.

(b) Habia visto al Salvador en una vision: habia caido una carta del cielo. Wilken, vol. I. p. 49. —M.

(3) Ultra quinquaginta millia, si me possunt in expeditione pro duce et pontifice habere, armata manu volunt in inimicos Dei insurgere et ad sepulchrum Domini ipso ducente pervenire (Gregor. VII. epist. II. 31. en tom. XII. p. 322. concil.).

(4) Véanse las vidas orijinales de Urbano II. por Pandulfo Pisano y Bernardo Guido, en Muratori, Rer. Ital. Script. tom. III. pars. I. p. 352, 353.

(5) Es conocida por los diferentes nombres de Praxeles, Euprecia,

Eufrasia, y Adelais; y era hija de un príncipe ruso, y viuda de un margrave de Brandemburgo. truv. Corpus Hist. Germanicæ, p. 340.

(6) Henricus odio eam cœpit habere: ideo incarceravit eam, et concessit ut plerique vim ei inferrent: immo filium hortans ut eam subagitaret (Dodechin, Continuat. Marian Scot. apud Baron. A. D. 1093, N.° 4.). En el sínodo de Constancia, la describe Bertoldo, rerum inspector: quæ se tantas et tam inauditas fornicationum spurcitias et à tantis passam fuisse conquesta est etc. Y en Plasencia: satis misericorditer suscœpit eo quod ipsam tanta spurcitias non tam commississe quam invitam pertulisse pro certo cognoverit papa cum sancta synodo. Apud Baron. A. D. 1093, N.° 4. 1094. N.° 3. Raro motivo para la inefable decision de un papa y concilio. Estas abominaciones repugnan á todo principio de naturaleza humana, que no esté alterado por una disputa acerca del uso de los anillos y báculos. Pareceria sin embargo que la miserable fué tentada por los Sacerdotes á referir ó suscribir algunas historias infames de sí y de su marido.

(7) Véase la narracion y actos del sínodo de Placencia, Concil. tom. XII. p. 821, etc.

(8) Guibert, francés igualmente, alaba la piedad y valor de la nacion francesa, autor y ejemplo de las cruzadas: Gens nobilis, prudens, bellicosa, dapsilis et nitida... Quos enim Britones, *Anglos*, Ligures, si bonis eos moribus videamus, non illico *Francos homines* appellemus? p. 478.). Confiesa no obstante que la vivacidad de los Franceses dejenera en petulancia entre los extranjeros (p. 483.) y vana locuacidad (p. 502.).

(9) Per viam quam jamdudum Carolus Magnus mirificus rex Francorum aptari fecit usque C. P. (Gesta Francorum, p. 1. Rober. Monach. Hist. Hieros. l. I; p. 33, etc.).

(10) Juan Tilpino, ó Turpino, era arzobispo de Reims, A. D. 773. Despues del año 100, se compuso este romance en su nombre, por un monje de los confines de Francia y España; y tal era la idea del mérito eclesiástico que se describe á sí mismo como un sacerdote peleando y bebiendo! Sin embargo el libro de mentiras fué declarado auténtico por el papa Calixto II. (A. D. 1122), y es citado respetuosamente por el abate Sujerio, en las grandes Crónicas de S. Dionisio (Fabric. Bibliot. Latin. medii Ævi, edit. Mansi, tom. IV. p. 161.).

(11) Véase État de la France, por el Conde de Boulainvilliers, tom. I. p. 180—182. y el segundo volúmen de las Observations sur l'Histoire de France, por el abate de Mably.

(12) En las provincias al mediodia del Loire, á los primeros *capecios* apenas se les concedía una supremacía feudal. De todas partes, Norman-

día, Bretaña, Aquitania, Borgoña, Lorena, y Flandes contrajeron el nombre y los límites de la *propia* Francia. Véase Adriano Vales. Notitia Galliarum.

(13) Estos Condes, última rama de los Duques de Aquitania, fueron al fin despojados de la mayor parte de su país por Felipe Augusto. Los Obispos de Clermont llegaron á ser por grados príncipes de la ciudad. Melanges tirés d'une grande Bibliothèque, tom. XXXVI. p. 288, etc.

(14) Véanse los actos del concilio de Clermont, Concil. tom. XII. p. 829, etc.

(15) Confluxerunt ad concilium è multis regionibus, viri potentes et honorati, innumeri quamvis cingulo laicalis militiæ superbi (Baldric, testigo ocular, p. 86-88. Robert. Mon. p. 31, 32. Will. Tyr. I. 14, 15, p. 639—641. Guibert, p. 478—480. Fulcher. Carnot, p. 382.).

(16) La tregua de Dios (Treva, ó Treuga Dei) se inventó primero en Aquitania, A. D. 1032; fué vituperada por algunos Obispos como una ocasion de perjurio, y desechada por los Normandos como contraria á sus privilejios (Ducange, Gloss. Latin. tom. VI. p. 682—685.).

(17) *¡Deus vult, Deus vult!* era la pura aclamacion del clero que entendia el latin (Robert. Mon. l. I. p. 32.). Por los legos indoctos, que hablaban el idioma *provincial* ó *limosin*, fué corrompida en *Deus lo volt*, ó *Diex el volt*. Véase Chron. Casinense, l. IV. c 11. p. 497. en Muratori, Script. Rerum Ital. tom. IV. y Ducange (Dissertat. XI. p. 207. sur Joinville, y Gloss. Latin. tom. II. p. 690.), que, en su prefacio, saca á luz una muestra muy ardua del dialecto de Rovergue, A. D. 1100, muy cercano, en tiempo y lugar, al concilio de Clermont (p. 15, 16.).

(18) Lo mas comun sobre los hombres, en oro, seda, ó paño, cosido sobre sus vestidos. En la primera cruzada, todas eran encarnadas en la tercera; los Franceses solos conservaron aquel color, mientras que las cruces verdes fueron adoptadas por los Flamencos, y las blancas por los Ingleses (Ducange, tom. II. p. 651.). Sin embargo en Inglaterra, el encarnado asoma siempre como el predilecto, y, por decirlo así, es el color nacional de nuestras insignias y uniformes militares.

(19) Bongarsio, que ha publicado los escritores orijinales de las cruzadas, se allana con suma condescendencia, al fanático título de Guiberto, Gesta DEI per Francos; aunque algunos críticos proponen leer Gesta *Diaboli* per Francos (Hanoviæ, 1611, dos tom. en folio). Enumeraré brevemente, cual se hallan en esta coleccion, los autores que he consultado para la primera cruzada. I. Gesta Francorum. II. Robertus Monachus. III, Baldricus. IV, Raimundus de Agiles. V, Albertus Aquensis. VI, Fulcherius Carnotensis. VII, Guibertus. VIII, Willielmus Tyriensis. Muratori nos ha dado IX, Radulphus Cadomensis de Gestis Tancre-

di (Sript. Rer Ital. tom. V. p. 285—333.), y, X, Bernardus Thesaurarius de Acquisitione Terræ Sanctæ (tom. VII. p. 664—848.). * El último de estos fué desconocido á un historiador francés moderno, que ha dado una lista copiosa y crítica de los escritores de las cruzadas (Esprit des Croisades, tom. I, p. 13—141.), y la mayor parte de cuyos juicios mi propia esperiencia me permitirá ratificar. Tardé en recabar un repaso de los historiadores Franceses recopilados por Duchesne. I. Petri Tudebodi Sacerdotis Sivracensis Historia de Hierosolymitano Itinere (tom. IV, p. 773—815.), ha sido transfundido en el primer escritor anónimo de Bongarsio. II. La historia Métrica de la primera cruzada, en VII libros (p. 890—912.), es de poco valor ó monta.

(20) Si el lector quiere volver á la primera escena de la primera parte de Henrique cuarto, verá en el texto de Shakspeare los arranques naturales del entusiasmo; y en las notas del Dr. Johnson, las obras de un ánimo ciegamente preocupado, aunque pujante, ansioso de toda pretension para aborrecer y perseguir á los que desdicen de su creencia.

(c) El modo como fué conducida la guerra seguramente tiene poca relacion con la cuestion abstracta, acerca de la justicia ó injusticia de la guerra. La mas justa y necesaria puede manejarse con la destruccion mas pródiga de la vida humana, y el mas feroz fanatismo: la mas injusta con la moderacion mas serena y consumada pericia de un jeneral. La cuestion es, ¿si las libertades y la relijion de Europa peligraban con las agresiones del mahometanismo? Si es así, difícil es ceñir la razon, aunque sea propio poner en duda la cordura, de oprimir al enemigo con la poblacion armada de todo un continente, y repeler, si era posible, al conquistador invasor en sus desiertos nativos. ¡Las cruzadas son monumentos de la locura humana! pero ¿á cual de las guerras mas regulares de la Europa *civilizada*, hecha por ambicion personal ó por los zelos nacionales, apelará nuestra razon mas serena como monumentos de la justicia humana ó de la humana sabiduría? — M.

(d) « Dios, » dice el abate Guibert, « inventó las cruzadas como un « nuevo medio para los legos de purgar sus pecados y merecer la salva- « cion. » Este paso peregrino y característico debe traerse por entero. « Deus nostro tempore prælia sancta instituit, ut ordo equestris et vul- « gus oberrans qui vetustæ Paganitatis exemplo in mutuas versabatur cædes, novum reperirent salutis promerendæ genus, ut nec funditus « electa, ut fieri assolet, monastica conversatione, seu religiosa qualibet

(*) Varios documentos nuevos, en particular del Oriente, han sido recopilados por el afan de los historiadores modernos de las cruzadas, M. Michaud y Wilken. — M.

« professione sæculum relinquere cogerentur ; sed sub consueta licentia et « habitu ex suo ipsorum officio Dei aliquatenus gratiam conseqúerentur. » Guib. Abbas , p. 371. Véase Wilken , vol. I , p. 63. — M.

(21) El VI discurso de Fleury sobre la Historia eclesiástica (p. 223-261.) contiene una ojeada prolija y racional sobre las causas y efectos de las cruzadas.

(22) La penitencia , induljencias , etc. de las edades medias están ampliamente desentrañadas por Muratori (Antiquitat. Italiæ medii Ævi, tom. V. dissert. LXVIII , p. 709—768.) y en M. Chais (Lettres sur les jubilés et les Indulgences, tom. II, lettres 21 et 22. p. 478—556.), con esta diferencia, que los abusos de la supersticion se exponen suave , acaso desmayadamente , por el docto Italiano, y se ensalzan desaforadamente por el ministro holandés.

(23) Schmidt (Histoire des Allemands , tom. II , p. 211—220. 452-462.) da un estracto de la Penitencial de Rhegino en el siglo nono , y de Burchard en el décimo. En un año se perpetraron en Worms treinta y cinco asesinatos.

(24) Hasta el siglo XII , podemos tolerar la relacion clara de XII *denadii* , ó peniques , al *solidus* , ó shelin; y XX *solidi* á la libra de peso de plata , cerca de la libra esterlina. Nuestra moneda se ha disminuido á un tercio , y la francesa á un quincuajésimo , de su valor primitivo.

(25) Todo siglo de azotes quedó santificado con la recitacion de un salmo y todo el Salterio con el acompañamiento de 15.000 azotes , era equivalente á cinco años.

(26) La vida y hechos de Sto. Domingo Loricato fué compuesta por su amigo y celebrador , Pedro Damian. Vease Fleury , Hist. Ecclés. tom. XIII, p. 96—104. Baronio , A. D. 1056. N.° 7. quien observa de Damiano , cuan de moda se hizo , aun entre las señoras de calidad (sublimis generis) , esta expiacion (purgatorii genus).

(27) A una cuarta parte , ó aun á medio real cada azote , Sancho Panza era un operario mas barato , y quizás no mas taimado. Recuerdo en Père Labat (Voyages en Italie , tom. VII. p. 16—29.) una pintura muy viva de la maña de uno de estos artistas.

(28) Quicunque pro sola devotione , non pro honoris vel pecuniæ adeptione , ad liberandam ecclesiam Dei Jerusalem profectus fuerit , iter illud pro omni pœnitentia reputetur. Canon. Concil. Claromont. II. p. 829. Guibert lo llama novum salutis genus (p. 471.), y es casi filosófico sobre el asunto.

(29) Tal era á lo menos la creencia de los cruzados , y tal es el estilo uniforme de los historiadores (Esprit des Croisades , tom. III , p. 477.); pero la oracion para el descanso de sus almas es incompatible en la teo-

lojía católica con los méritos del martirio.

(30) Las mismas esperanzas campearon en las cartas de los aventureros ad animandos qui in Francia residerant. Hugh de Reiteste podia jactarse, de que su parte ascendia á una abadía y diez castillos, del valor anual de 1500 marcos, y que adquiriria cien castillos por la conquista de Alepo (Guibert, p. 554, 555.).

(31) En su carta efectiva ó supuesta al Conde de Flandes, Alejo mezcla con el peligro de la iglesia, y las reliquias de los santos, el auri et argenti amor, y pulcherrimarum fœminarum voluptas (p. 476.); cual si las griegas, dice el indignado Guibert, fuesen mas hermosas que las francesas.

(32) Véanse los privilejios de los *Crucesignati*, libertad de deuda, usura, injuria, justicia secular, etc. El papa era su guardian perpetuo (Ducange, tom. II, p. 651, 652.).

(33) Guibert (p. 481.) va retratando al vivo este ímpetu jeneral. El fué uno de los pocos contemporáneos que tuvo bastante alcance para escribir las asombrosas escenas que estaban pasando á su vista. Erat itaque videre miraculum, caro omnes emere, atque vili vendere, etc.

(34) Se dan algunos ejemplos de estos *stigmata* en el Esprit des Croisades (tom. III. p. 169, etc.) de autores que no he visto.

(35) Fuit et aliud scelus detestabile in hac congregatione pedestris populi stulti et vesanæ levitatis, *anseram* quemdam divino spiritu asserebant afflatum, et *capellam* non minus eodem repletam, et has sibi duces secundæ viæ fecerant, etc. (Albert. Aquensis, l. I, c. 31. p. 196.). Si estos patanes hubiesen fundado un imperio, podrian haber introducido, como en Ejipto, el culto de los irracionales, que sus filosófos descendientes hubieran glosado con alguna alegoría vistosa y sutil. *

(*) Recientemente se ha espetado una explicacion extraña: «alegoría» de este peregrino hecho: tiene relacion con el cargo de idolatría y opiniones heréticas del Oriente formado luego contra los Templarios. «No tenemos duda «alguna de que eran estandartes maniqueos ó gnósticos.» [El autor dice que los animales mismos eran llevados delante del ejército. — M.] «El ganso, en «los símbolos ejipcios, como sabe todo discípulo ejipcio, significaba Hijo di«vino, ó Hijo de Dios. La cabra significaba Tifon, ó el Diablo. De este modo «tenemos los principios maniqueos opuestos del bien y el mal, como estan«dartes, á la cabeza del populacho ignorante de los invasores Cruzados. ¿Pue«de dudar nadie que una gran porcion de esta hueste debe haberse contajia«do con la idolatría maniquea ó gnóstica?» Relacion de la Iglesia del Temple por R. W. Billings, pag. 5. Londres, 1838. Esta es, á todo evento, una coincidencia curiosa, especialmente considerada en conexion con el desparramamiento extensivo de las opiniones paulicias entre el pueblo comun de Europa.

(36) Benjamin de Tudela describe el estado de sus hermanos los Judíos desde Colonia por lo largo del Rin: eran ricos, jenerosos, doctos, caritativos, y vivian en la mayor esperanza del Mesías (Voyage, tom. I, p. 243—245. por Baratier). En setenta años (, escribió, sobre el A. D. 1770) se habian recobrado de aquella matanza.

(37) Esta carnicería y saqueo sobre los Judíos, que se renovaban en cada cruzada, se refieren *con frescura*. Es verdad que S. Bernardo (epist. 363. tom. I, p. 329.) aconseja á los Francos orientales, non sunt persequendi Judœi, non sunt trucidandi. La doctrina contraria habia sido predicada por un monje competidor. *

(38) Véase la descripcion contemporánea de Hungría en Oton de Frinsingen, l. II, c. 31. en Muratori, Script. Rerum Italicarum, tom. VI, p. 665, 666.**

(39) Los antiguos Húngaros, sin esceptuar á Turotzio, estan mal informados de la primera cruzada, que agolpan en un solo tránsito. Katona, como nosotros mismos, solo puede citar los escritores de Francia; pero compara con la ciencia local la jeografía antigua y moderna. *Ante portam Cyperon*, es Sopron ó Poson; *Mellevilla*, Zemlin; *Fluvius Maroe*, Savo, *Lintax*, Leith; *Mesebroch*, ó *Merseburg*, Ouar, ó Moson; *Tollenburg*, Pragg (de Regibus Hungariæ, tom. III. p. 19—53.).

(e) Soliman habia fenecido en el año 1085, en una batalla contra Toutouch, hermano de Malek Schah, Entre Alepo y Antioquía. No fué Soliman, por consiguiente, sino su hijo David, por sobrenombre Kilidje Arslan, la «Espada de Leon,» que reinaba en Niza. Casi todos los autores occidentales han incurrido en este yerro, que fué descubierto por M. Michaud, Hist. des Crois. 4.ª edic. y Extraits des Aut. Arab. rel. aux Croisades, par M. Reinaud, Paris, 1829, p. 3. Su reino se extendia desde el Orontes al Eufrates, y hasta el Bósforo. Kilidje Arslan debe substituirse uniformemente por Soliman. Brosset, nota sobre Le Beau, tom. XV. p. 311. — M.

A toda costa, en una materia tan inexplicable, nos inclinamos á echar mano de cualquier explicacion, por extravagante ó sutil que sea. — M.

(*) Este es un escarnio injusto contra S. Bernardo. Fué superior á toda rivalidad de esta especie. Véase nota 31. c. LIX. — M.

(**) La relacion de la primera marcha está muy resuelta. La primera parte se movió bajo Gualtero de Pexego y Gualtero el sin blanca: pasaron salvos por Hungría, el reino de Kalmeny, y fueron asaltados en Bulgaria. Siguió Pedro con 40.000 hombres; pasaron por Hungría; pero viendo los vestidos de diez y seis cruzados, que habian sido empalados sobre las márjenes de Semlin, atacó y asaltó la ciudad. Despues marchó á Niza, donde al principio le recibieron con la hospitalidad; pero acaeciendo una riña accidental padeció un descalabro. Wilken, vol. I. p, 84—86. — M.

(40) Ana Comnena (Alexiada, l. X. p. 287.) describe esta οςων κολωνος como una montaña ὑψηλον και βαθος και ολατος αξιολογωτατοι. En el sitio de Niza, los usaron los Francos mismos como materiales de una muralla.

(41) Véase la Tabla en la pág. opuesta.

(42) El autor del Esprit des Croisades ha dudado, y puede haber dejado de creer, la cruzada y trájica muerte del príncipe Sueco, con 1500 ó 15.000 Dinamarqueses, el cual fué destruido por el sultan Soliman en Capadocia, pero que aun vive en el poema del Taso (tom. IV. p. 111—115.).

(43) Los fragmentos de los reinos de Lotharingia, ó Lorena, se dividieron en dos ducados, de la Mosela y del Mosa: el primero ha conservado su nombre, que el segundo se ha cambiado en el de Brabante (Vales. Notit. Gall. p. 283—288.).

(44) Véanse en la Descripcion de Francia, por el abate de Longuerue, los artículos de *Boulogne*, part I. p. 54. *Brabant*, part II. p. 47, 48. *Bouillon*, p. 134. A su partida, Gofredo vendió ó empeñó Bouillon á la Iglesia por 1300 marcos.

(45) Véase el carácter de la familia de Gofredo, en Guillermo de Tiro, l. IX. c. 5—8.; su intento previo en Guibert (p. 485.); su enfermedad y voto, en Bernardo Thesaur. (c. 78.).

(46) Ana Comnen asupone, que Hugo estaba engreido con su nobleza, riquezas y poderío (l. X. p. 288.): los dos últimos artículos parecen mas equívocos; pero un ευγενεια, que setecientos años hace era famoso en el palacio de Constantinopla, atestigua el señorío antiquísimo de la familia Capetia de Francia.

(47) Will Gemeticenses, l. VII, c. 7. p. 672, 673. en Camden Normanicis. Empeñó el ducado por una centésima parte del actual rédito anual. Diez mil marcos pueden equivaler á quinientas mil libras, y la Normandía rinde anualmente cincuenta y siete millones al rey (Necker, Administration des Finances, tom. I. p. 287.).

(48) Su carta orijinal á su mujer está inserta en el Spicilegium de Dom. Luc. d'Acheri, tom. IV., y citada en el Esprit des Croisades, tom. I. p. 63.

(49) Unius enim, duum, trium seu quatuor oppidorum dominos quis numeret? quorum tanta fuit copia, ut non vix totidem Trojana obsidio coegisse putetur. (Siempre el agudo é interesante Guibert, p. 486.).

(50) Es bastante singular que Raimundo de S. Guiles segundo personaje en la historia fundamental de las Cruzadas, descollase como el primero de los héroes en los escritos de los Griegos (Ana Comnen. Alexiada, l. X, XI.) y de los Arabes (Longueruana, p. 129.).

(51) Omnes de Burgundia, et Alverni, et Vasconia, et Gothi (de

Languedoc), provinciales appellabantur, cæteri vero Francigenæ et hoc in exercitu: inter hostes autem Franci dicebantur. Raimond des Agiles, p. 144.

(52) La ciudad de su nacimiento, ó de su lejítima primera fué consagrada á S. Ejidio, cuyo nombre, desde la primera cruzada, fué corrompido por los Franceses en S. Gilles, ó S. Giles. Está situada en el bajo Languedoc, entre Nimes y el Ródano, y aun se precia de una Iglesia colejiata de la fundacion de Raimundo (Mélanges tirés d'une grande bibliothèque, tom. XXXVII. p. 51.).

(53) La madre de Tancredo era Emma, hermana del gran Roberto Guiscardo; su padre, el marqués Odon el Bueno. Es bastante singular que la familia y patria de tan ilustre persona fuesen desconocidas; pero Muratori conjetura atinadamente que era italiano, y acaso de la alcurnia de los marqueses de Monferrato en Piamonte (Script. tom. V. p. 281, 282.).

(54) Para satisfacer la pueril vanagloria de la casa de Este, Taso ha insertado en su poema, y en la primera cruzada, un héroe fabuloso, el bravo y amoroso Rinaldo (X. 75. XVII. 66—94.). Pudo tomar su nombre de un Rinaldo con el Aquila bianca Estense, que venció, como el portaestandarte de la Iglesia romana, al emperador Federico I. (Storia Imperiale di Ricobaldo, en Muratori Script. Ital. tom. IX. p. 360. Ariosto, Orlando Furioso, III. 30.). Pero, 1. La distancia de sesenta años entre la juventud de los dos Rinaldos anonada su identidad. 2. La Storia Imperiale es una falsificacion del conde Boyardo, al fin del siglo XV (Muratori, p. 281—289.). 3. Este Rinaldo y sus proezas, no son menos quiméricos que el héroe del Taso (Muratori, Antichita Estense, tom. I. p. 350.).

(55) De las palabras *gentilis*, *gentilhomme*, *gentleman*, se producen dos etimolojías: 1. De los bárbaros del siglo quinto, los soldados, y al fin los conquistadores del imperio romano, que se envanecian de su nobleza estranjera; y, 2. Del sentido de los jurisperitos, que consideran *gentilis* como sinónimo de *ingenuus*. Selden se inclina á la primera, pero la segunda es mas pura como igualmente probable.

(56) Frameâ scutoque juvenem ornant. Tácito, Germania, c. 13.

(57) Los ejercicios atléticos, particularmente el cesto y pancracio, fueron condenados por Licurgo, Filopemen y Galeno, lejislador, jeneral, y médico. Contra su autoridad y razones, el lector puede pesar la apolojía de Luciano, en el carácter de Solon. Véase West sobre los juegos olímpicos, en su Píndaro, vol. II. p. 86—96. 245—248.

(58) Acerca del curioso objeto de la caballería, servicio de los caballeros, nobleza, armas, alarido de guerra, banderas y torneos, cabe

cerciorarse anchamante en Selden (Opera, tom. III. part I. Títulos de honor, part II. c. 1. 3. 5. 8.), Ducange (Gloss. Latin. tom. IV. p. 398—412, etc.), Dissertations sur Joinville (I. VI.—XII. p. 127-142. p. 165—222.), y M. de St. Palaye (Memoires sur la Chevalerie).

(f) Carloman (ó Calmany) pidió en rehenes al hermano de Gofredo; pero el conde Balduino se negó á la indecorosa sumision. Gofredo le avergonzó en este sacrificio para el bien comun, ofreciendo entregarse él mismo. Wilken, vol. I. p. 104. —M.

(59) Las Familiæ Dalmaticæ de Ducange son escasas é imperfectas; los historiadores nacionales son recientes y fabulosos, los Griegos remotos y volanderos. En el año 1104, Coloman redujo el país marítimo hasta Trau y Salona (Katona, Hist. Crist. tom. III. p. 195— 207.).

(60) Escodras aparece en Livio como la capital y fortaleza de Jencio rey de los Ilirios, arx munitisima, despues colonia romana (Celario, tom. I. p. 393, 394.). Ahora se llama Iscodar, ó Scútari (D'Anville Géographie Ancienne, tom I. p. 164.). El sanjiah (ahora bajá) de Scútari, ó Schendeire, era el VIII bajo el Beglerbeg de Romanía, y daba 600 soldados sobre un rédito de 78.787 rixdalers (Marsigli, Státo Militare dell' Imperio Ottomano, p. 128.).

(61) In pelagonia castrum hœreticum... spoliatum cum suis habitatoribus igne combussere. *Nec id eis injuria contigit*: quia illorum detestabilis sermo et cancer serpebat, jamque circumjacentes regiones suo pravo dogmate fœderaverat (Robert. Mon. p. 36, 37.). Despues de referir con serenidad el hecho, el arzobispo Baldrico añade, en clase de alabanza, Omnes siquidem illi viatores, Judeos, hæreticos, Sarracenos æqualiter habent exosos; quos omnes appellant inimicos Dei (p. 92.).

(62) Αναλαβομενος απο Ρωμης την χρυσην του Αγιου Πετρου σημαιαν (Alexiada, l. X. p. 288.).

(63) Ὁ Βασιλευς των βασιλεων, και αρχηγος του φραγγικου στρατευματος ἁπαντος. Esta pompa oriental es estravagante en un conde de Vermandois; pero el patriota Ducange repite con mucha complacencia (Not. ad Alexiad. p. 352, 353. Dissert. XXVII. sur Joinville, p. 315.) los pasos de Mateo Paris (A. D. 1254) y Froissard (vol. IV. p. 201.), que apellidan al rey de Francia rex regum, y chef de tous les rois Chrétiens.

(g) Hugo fué cogido en Durazzo y enviado por tierra á Constantinopla, Wilken. —M.

(64) Ana Comnena nació el primero de diciembre, A. D. 1083, indiccion VII. (Alexiada. l. VI. p. 166, 167.). A los trece años, época de la primera cruzada, era casadera, y acaso estaba casada con el mas jóven Nicéforo Brienio, á quien tiernamente llama τον εμον Καισαρα (l. X. p. 295, 296.). Algunos modernos han *imajinado* que su enemistad con

Boemundo procedió de un amor burlado. En las transacciones de Constantinopla y Niza, sus relaciones parciales (Alex. l. X, XI. p. 283-317.) pueden oponerse á la parcialidad de los Latinos, pero en sus hazañas subsiguientes es breve é ignorante.

(65) En su exámen de la índole y conducta de Alejo, Maimburg ha favorecido á los Francos *católicos*, y Voltaire ha sido parcial á los Griegos *cismáticos*. La preocupacion de un filósofo es menos disculpable que la de un jesuita.

(h) Wilken cita un paso notable de Guillermo de Malmesbury, en cuanto á los motivos secretos de Urbano y Bohemundo, en instar á la cruzada. Illud repositus propositum non ita vulgabatur, quod *Boemundi consilio*, pene totam Europam in Asiaticam expeditionem moveret, ut in tanto tumultu omnium provinciarum facile obæratis auxiliaribus, et Urbanus Romam et Boemundus Illyricum et Macedoniam pervaderent. Nam eas terras et quidquid præterea à Dyrrachio usque ad Thessalonicam protenditur, Guiscardus pater, super Alexium acquisierat; idcirco *illas Boemundus suo juri competere clamitabat*: inops hæreditatis Apuliæ, quam genitor Rogerio, minori filio delegaverat. Wilken, vol. II. p. 313. —M.

(66) Entre el Mar Negro, el Bósforo, y el rio Barbises, que es profundo en verano, y corre quince millas por una pradera llana. Su comunicacion con Europa y Constantinopla es por el puente de piedra del *Blachernæ*, que en los siglos sucesivos fué restablecido por Justiniano y Basilio (Gyllius de Bosphoro Thracio, l. II. c. 3. Ducange, C. P. Christiana, l. IV. c. 2. p. 179.).

(67) Habia dos especies de adopcion, la una por las armas, la otra introduciendo al hijo entre la camisa y la piel de su padre. Ducange (sur Joinville, Diss. XXII. p. 270.) supone que la adopcion de Gofredo fué de la última especie.

(68) Despues de su vuelta, Roberto de Flandes llegó á ser el *hombre* del rey de Inglaterra, por una pension de cuatrocientos marcos. Véase el primer acto en Fœdera de Rymer.

(69) Sensit vetus regnandi, falsos in amore, odia non fingere. Tacit. VI. 44.

(70) Los orgullosos historiadores de las cruzadas resbalan y dan traspies sobre este torpe paso. Sin embargo, ya que los héroes se arrodillaron para saludar al emperador, cuando estaba sentado inmóvil en su trono, claro está que deben haber besado sus pies ó rodillas. Solamente es singular que Ana no hubiese suplido ampliamente el silencio, ó ambigüedad, de los Latinos. El abatimiento de sus príncipes hubiera añadido un hermoso capítulo al Ceremoniale Aulæ Byzantinæ.

(71) Se llamó á sí mismo φραγγος καθαρος των εὐγενων (Alexiada, l. X. p. 301.). ¡Qué título de *nobleza* del siglo XI, si alguno pudiese ahora probar su herencia! Ana refiere, con visible placer, que el engreido bárbaro, Λατινος τετυφωμενος, fué muerto, ó herido, despues de combatir al frente en la batalla de Dorileo (l. XI. p. 317.). Esta circunstancia puede sincerar la sospecha de Ducange (Not. p. 362.), que no fué otro que Roberto de París, del distrito mas peculiarmente llamado el Ducado ó Isla de Francia *(L' Isle de France)*.

(72) Con la misma penetracion, Ducange descubre que su iglesia es la de S. Drauso, ó Drosin, de Soissons, quem duello dimicaturi solent invocare: pugiles qui ad memoriam ejus *(su tumba)* pernoctant invictos reddit, ut et de Burgundia et Italia tali necessitate confugiatur ad eum. Joan. Sariberiensis, epist. 139.

(73) Hay alguna diversidad acerca del número de su ejército; pero ninguna autoridad puede compararse con la de Ptolomeo, que lo deslinda en cinco mil caballos y treinta mil infantes (véanse los Anales de Usher, p. 152.).

(74) Falcher. Carnotensis, p. 387. Enumera diez y nueve naciones de diferentes nombres é idiomas (p. 389.); pero no puedo comprender claramente su diferencia entre los *Francos* y *Galos*, *Italos* y *Apulios*. En otra parte (p. 386.) infama con desden á los desertores.

75) Guibert, p. 556. Con toda su jentil oposicion implica una multitud inmensa. Por Urbano II. en el fervor de su zelo, queda fijada solamente en 300,000 peregrinos (epist. XVI. Concil. tom. XII. p. 731.).

(76) Alexiada, l. X. p. 283. 305. Su melindrosa delicadeza se queja de sus nombres estraños é inarticulables, y en verdad apenas hay uno que no haya intentado desfigurar con la orgullosa ignorancia, tan grata y familiar á un pueblo culto. Escojeré solamente un ejemplo, *Sangeles*, por el conde de S. Giles.

(77) Guillermo de Malmesbury (que escribió sobre el año 1130) ha insertado en su historia (l. IV. p. 130—154.) una narracion de la primera cruzada: pero quisiera que, en vez de escuchar el tenue murmullo que habia pasado el Océano británico (p. 143.), se hubiese ceñido al número, familias, y aventuras de sus paisanos. Hallo en Dugdale, que un normando inglés, Estévan conde de Albemarle y Holdernesse, capitaneaba la retaguardia con el duque Roberto, en la batalla de Antioquía (Baronage, part. I. p. 61.).

(78) Videres Scotorum apud se ferocium alias imbellium cuneos (Guibert, p. 471.): et *crus intectum*, *hispida chlamys*, puede convenir á los montañeses; pero el finibus caliginosis, puede aplicarse mejor á los pantanos irlandeses, Guillermo de Malmesbury menciona espresamente á los

Welsh y Escoceses, etc. (l. IV. p. 133.) quienes dejaron, los primeros venationem saltuum, los segundos familiaritatem pulicum.

(79) Esta hambre canina, á veces real, mas frecuentemente artificio ó mentira, puede hallarse en Ana Comnena (Alexiada, l. X. p. 288.), Guibert (p. 546.), Radulph. Cadom. (c. 97.). El estratajema se refiere por el autor del Gesta Francorum, el monje Roberto Baldric, y Raimundo des Agiles, en el sitio y hambre de Antioquía.

(80) Su apellido musulman de Soliman, es usado por los Latinos, y su carácter realzado hasta lo sumo por Taso. Su nombre turco de Kilidje-Arslan (A. H. 485—500, A. D. 1192—1206. Véanse las Tables De Guignes, tom. I. p. 245.) se usa entre los orientales, y con alguna corrupcion por los Griegos; pero poco mas que su nombre puede hallarse en los escritores Mahometanos, que son escasos y enjutos sobre el objeto de la primera cruzada (De Guignes, tom. III. p. II. p. 10—30.).

(81) Sobre las fortificaciones, máquinas y sitios de las edades medias, véase Muratori (Antiquitat. Italiæ, tom. II. dissert. XXVI. p. 452—524.). El *belfredus*, de donde se deriva nuestro *belfrey*, era la torre movible de los antiguos (Ducange, tom. I. p. 608.).

(82) No puedo dejar de advertir la semejanza entre el sitio y lago de Niza, con las operaciones de Hernan Cortés delante de Méjico. Véase el Dr. Robertson, Hist. de América, l. V.

(83) *Mécréant*, palabra inventada por los cruzados franceses, y limitada en aquel lenguaje á su sentido primitivo. Pareceria que el zelo de nuestros antepasados se enardecia, y que infamaban á todo incrédulo como un belitre. Semejante preocupacion todavía obra en los ánimos de muchos que se creen cristianos.

(84) Baronio ha dado á luz una carta muy dudosa á su hermano Rojer (A. D. 1098, N.° 15.). Los enemigos se componian de Medas, Persas, Caldeos: enhorabuena. El primer ataque fué cum nostro incommodo; verdadero y tierno. Pero ¿porqué Godofredo de Bouillon y Hugo *hermanos*? Llaman á Tancredo *filius* ¿de quién? ciertamente no de Rojer, ni de Bohemundo.

(85) Varuntamen dicunt se esse de Francorum generatione; et quia nullus homo naturaliter debet esse miles nisi Franci et Turci (Gesta Francorum, p. 7.). La misma comunidad de sangre y valor atestigua el arzobispo Baldrico (p. 99.).

(86) *Balista*, *Balestra*, *Arbalestre*. Véase Muratori, Antiq. tom. II. p. 517—524. Ducange, Gloss. Latin, tom. I. 531, p. 532. En tiempo de Ana Comnena, esta arma, que describe bajo el nombre de *tzangra*, era desconocida en el Oriente (l. X. p. 291.). Por una inconsistencia humana, el papa se afanó en prohibirla en las guerras cristianas.

(87) El curioso lector puede cotejar la literatura clásica de Celario y la ciencia jeográfica de D' Anville. Guillermo de Tiro es el único historiador de las Cruzadas que tiene algun conocimiento de la antigüedad ; y M. Otter fué , como siguiendo las huellas de los francos desde Constantinopla hasta Antioquía (Viaje á Turquía y Persia , tom. I. p. 35—88.). *

(88) Esta conquista separada de Edesa se halla mas bien referida en Fulquerio Carnotensis , ó de Chartres (en las colecciones de Bongarsio , Duchesne , y Martenne), el valiente capellan del conde Balduino (Esprit des Croisades, tom. I. p. 13, 14.). En las contiendas de aquel príncipe con Tancredo ; su parcialidad queda contrarestada con la parcialidad de Radulfo cadomense , soldado é historiador del obsequioso marqués.

(89) Véase de Guignes , Hist des Huns , tom. I. p. 456.

(*i*) Este puente estaba sobre el Ifrin , no sobre el Orontes á una distancia de tres leguas de Antioquía. Véase Wlken , vol. I. p. 172. —M.

(90) En cuanto á Antioquía, véase Pocoke (Descripcion del Oriente , vol. II. p. I. p. 188 , 189.), Otter (Voyage en Turquie , etc. tom. I. p. 81 , etc.), el jeógrafo turco (en las notas de Otter), el Index geographicus de Schultens (ad calcem Bohadin. Vit. Saladin.) , y Abulfeda (Tabula Syriæ , p. 115 , 116. vers. Reiske.).

(91) Ensem elevat, eumque a sinistra parte scapularum , tanta virtute intorsit, ut quod pectus medium disjunxit spinam et vitalia interrumpit et sic lubricus ensis super crus dextrum integer exivit: sicque caput integrum cum dextra parte corporis immersit gurgite , partemque quæ equo præsidebat remisit civitate (Robert. Mon. p. 50.). Cujus ense trajectus , Turcus duo factus est Turci : ut inferior alter in urbem equitatet, alter arcitenens in flumine nataret (Radulph. Cadom. c. 53. p. 304.). Sin embargo va sincerando la hazaña con las *stupendis* viribus de Godofredo ; y Guillermo de Tiro la encubre con obstupuit populus tacti novitate... mirabilis (l. V. c. 6. p. 701.). Con todo no debe haber parecido increible á los caballeros de aquel tiempo.

(92) Véanse las hazañas de Roberto , Raimundo y del modesto Tancredo , que impuso silencio á su escudero (Radulph. Cadom. c. 53,).

(*j*) Véase el interesante estracto de la Historia de Alepo por Kemaleddinen Wilken , prefacio al vol. II. p. 36. Phirouz , ó Az-zerrad artífice de petos , habia sido saqueado y puesto en tormento por Bagi-Sejan , príncipe de Antioquía. — M.

(*) El viaje de Sol. Macdonald Kinnelr al Asia Menor da bastante luz sobre la jeografía de esta marcha de los cruzados. — M.

(93) Despues de mencionar la desgracia y humilde peticion de los Francos, Abulfaraje añade la altiva respuesta de Cobduka, ó Kerboga, « Non evasuri estis nisi per gladium.» (Dynast. p. 242.).

(94) En describir la hueste de Kerboga, la mayor parte de los historiadores Latinos, el autor de los Gesta (p. 17.), Roberto Monaco (p. 16.), Baldrico (p. 111.), Fulquerio Darnotensis (p. 392.), Guiberto (p. 512.), Guillermo de Tiro (l. VI. c. 3. p. 714.), Bernardo Thesaurario (c. 39. p. 695.), se contentan con las vagas espresiones de infinita multitudo, inmensum agmen, innumeræ copiæ ó gentes, que corresponden con el μετα αναριθμητων χιλιαδων de Ana Comnena (Alexiada, l. XI. p, 318-320.). El número de los Turcos asciende, segun Alberto Aquense ó 200,000 (l. IV. c. 10. p. 242.), y segun Radulfo Cadomense á 400,000 caballos (c. 72. p. 309.).

(95) Véase la trájica y escandalosa suerte de un arcediano de nacimiento real, el cual fué muerto por los Turcos, mientras descansaba en una huerta, jugando á los dados con una concubina siríaca.

(96) El valor de un buey subió desde cinco solidi (quince schelines) en Navidad hasta dos marcos (cuatro libras), y despues mucho mas alto: un cabrito ó cordero, desde un schelin hasta diez y ocho de nuestra moneda presente: en la segunda hambre, un pedazo de pan, ó la cabeza de un animal, se vendió por una pieza de oro. Podrian darse mas ejemplares; pero son los precios ordinarios, no los extraordinarios los que merecen la atencion del filósofo.

(97 Alii multi, quorum nomina non tenemus; quia deleta de libro vitæ, præsenti operi non sunt inserenda (Will. Tyr. l. VI. c. 5. p. 715.). Guilberto (p. 518. 523.) trata de disculpar á Hugo el grande, y aun á Estévan de Chartres.

(*k*) Pedro *cayó* durante el sitio: despues fué con una embajada á Kerboga. Wilken, vol. I. p. 217. —M.

(98) Véanse los progresos de la cruzada, la retirada de Alejo, la victoria de Antioquía, y la conquista de Jerusalen, en la Alexíada, l. XI. p. 317—327. Ana estaba tan inclinada á exagerar, que ensalza las hazañas de los Latinos.

(99) El mahometano Aboulmuhasen (apud de Guignes, tom. II. p. II. p. 95.) es mas esmerado en su relacion de la santa lanza de los cristianos, Ana Comnena y Abulfaraje: la princesa griega la confunde con el clavo de la cruz (l. XI. p. 326.); el primado jacobita, con el báculo de S. Pedro (p. 242.).

(*l*) La verdadera causa de esta victoria parece haber sido la disension en el ejército de Kerboga. Wilken, vol. II. p. 40. —M.

(*m*) El duodécimo dia despues. Fué sumamente ultrajado, y su carne

despedazada, por el ardor de la pia congratulacion con la cual fué asaltado, por aquellos que atestiguaron su fuga, ileso', segun fué supuesto primeramente. Wilken, vol. I. p. 263. —M.

(100) Los dos antagonistas que espresan el conocimiento mas íntimo y la conviccion mas intensa del *milagro*, y del *fraude*, son Raimundo des Agiles, y Radulfo Cadomense, el uno adicto al conde de Tolosa, el otro al príncipe normando. Fulquerio, Carnotense llega á decir, Audite fraudem et non fraudem! y despues, Invenit lanceam, fallaciter occultatam forsitan. Los demás del hato son ruidosos y fuertes.

(101) Véase M. de Guignes, tom. II. p. II. p. 223, etc.); y los artículos de *Barkiarok*, *Mohammed*, *Sangiar*, en D'Herbelot.

(102) El emir ó sultan Aphal, recobró Jerusalen y Tiro, A. H. 489 (Renaudot, Hist. Patriarch. Alexandrin. p. 478. De Guignes, tom. I. p. 249. de Abulfeda y Ben Schounah). Jerusalem ante adventum vestrum recuperavimus, Turcos ejecimus, dicen los embajadores fatimitas.

(103) Véanse las transacciones entre el califa de Ejipto y los cruzados en Guillermo de Tiro (l. IV. c. 24. l. VI. c. 19.) y Alberto Aquense (l. III. c. 59.), que se hacen cargo de su importancia mas que los escritores contemporáneos.

(*n*) Esto no es enteramente cabal: tomó á Marsa en su rumbo. Sus correrías fueron en parte para abastecer el ejército de víveres y forraje. Wilken, vol. I. p. 226.—M.

(104) La mayor parte de la marcha de los Francos está delineada con esmero, en el Viaje de Maundrell desde Alepo hasta Jerusalen (p. 17-67.); un des meilleurs morceaux, sans contredit, qu'on ait dans ce genre (D'Anville, Mémoire sur Jérusalen, p. 27.).

(105) Véase la descripcion majistral de Tácito (Hist. V. 11, 12, 13.), quien supone, que los lejisladores Judíos tenian dispuesto un estado perpetuo de hostilidad contra el resto del jénero humano. *

(106) El travieso y quisquilloso Voltaire queda contrarestado con juicio y erudicion por el autor francés del Esprit des Croisades (tom. IV. p. 386—388.), quien advierte que, segun los Arabes, los habitantes de Jerusalen deben haber excedido de 200.000; que en el sitio de Tito, José reune 1,300.000 Judíos; que Tácito mismo los asciende á 600.000; y que el mayor desfalco, que su *accepimus* puede sincerar aun les dejará mas abultados que el ejército romano.

(*) Esto es una preferencia de las palabras de Tácito, que habla de los *fundadores* de la ciudad, no de los *lejisladores*. Præviderant conditores, ex diversitate morum, crebra bella: inde cuncta quamvis adversus longum obsidium. — M.

(107) Maundrell, que transitó advertidamente por las murallas, halló un circuito de 4630 pasos, ó 4167 varas inglesas (p. 109, 110.): de un plan auténtico, D'Anville deduce una medida casi idéntica de 1960 *toesas* francesas (p. 23—29.), en su reducido y precioso tratado. En cuanto á la topografía de Jerusalen, véase Reland (Palestina, tom. II. p. 832—860.).

(108) Jerusalen fué abastecida solamente del torrente Kedron, seco en el verano, y del escaso manantial ó arroyuelo de Siloe (Reland, tom. I. p. 294. 300.). Tanto los extranjeros como los naturales se quejaban de la falta de agua, que en tiempo de guerra se agravaba de intento. Dentro de la ciudad, Tácito menciona una fuente perenne, un acueducto, y cisternas para el agua de lluvia. El acueducto venia del riachuelo Tekoe ó Etham, que tambien se menciona en Bohrdin (en Vit. Saladin. p. 238.).

(109) Gierusalemme liberata, canto XIII. Es bastante divertido el observar como Taso ha copiado y hermoseado los pormenores mas menudos del sitio.

(*o*) Esto no parece en la relacion de Wilken, p. 294. Pelearon en vano todo el jueves. —M.

(110) Además de los Latinos, que no se avergüenzan de la carnicería, véase Elmacin (Hist. Saracen. p. 363.), Abulfaraje (Dynast. p. 243.), y M. de Guignes (tom. II. p. II. p. 99.), de Aboulmahasen.

(111) La antigua torre Psephina; en las edades medias Neblosa, se llamó Castellum Pisanum del patriarca Daimbert. Es todavía la ciudadela, la residencia del agá turco, y tiene vista del Mar Muerto, de Judea, y Arabia (D'Anville, p. 19—23.). Tambien se llamó la torre de David, πυργος παμμεκεθεςατος.

(112) Hume, en su Historia de Inglaterra, vol. I. p. 311, 312. edicion en octavo.

(113) Voltaire en su Essai sur l' histoire générale, tom. II. c. 54. p. 345, 346.

(114) Los Ingleses atribuyen á Roberto de Normandía, y los Provenzales á Raimundo de Tolosa, la gloria de rehusar la corona; pero la justiciera voz de la tradicion ha conservado la memoria de la ambicion y venganza (Villehardouin, N.° 136.) del conde de S. Giles. Murió en el sitio de Trípoli, que fué poseido por sus descendientes.

(115) Véase la eleccion, la batalla de Ascalon, etc. en Guillermo de Tiro, l. IX. c. 1—12., y en la conclusion de los historiadores Latinos de la primera cruzada,

(*p*) 20.000 francos, 300.000 Musulmanes, segun Wilken, vol. II. p. 9. —M.

(116) Renaudot, Hist. Patriarch. Alex, p. 479.

(117) Véanse las pretensiones del patriarca Daimberto, en Guillermo de Tiro (l. IX. c. 15—18. X. 4. 7, 9.), que asegura con maravillosa veracidad la independencia de los conquistadores y reyes de Jerusalen.

(118) Willerm. Tyr. l. X. 19. La historia Hierosolimitana de Jacobo Vitriaco (l. I. c. 21—50.) y la secreta Fidelium Crucis de Marino Sanuto (l. III. p. 1.), describen el estado y conquistas del reino latino de Jerusalen.

(119) Una reseña personal, no incluyendo las tribus de Leví y Benjamin, dió á David un ejército de 1,300.000, ó 1,574.000 combatientes; que, con la adicion de mujeres, niños y esclavos, pueden componer una poblacion de trece millones, en un país de sesenta leguas de largo, y treinta de ancho. El pundonoroso y racional Le Clerc (Comment. sobre Samuel 2.° XXIV, y primeras crónicas, XXI.) æstuat augusto in limite, y murmura su sospecha de un falso trasunto; ¡tremenda travesura! *

(120) Estos sitios se refieren, cada uno en su respectivo lugar, en la grande historia de Guillermo de Tiro, desde el libro IX hasta el XVIII. y mas brevemente dicho por Bernardo Thesaurario (de Acquisitione Terræ Sanctæ, c. 89—98. p. 732—740.). Algunos hechos caseros se engrandecen mas ó menos en las crónicas de Pisa, Génova y Venecia, en los tomos VI, IX. y XII de Muratori.

(121) Quidam populus de insulis occidentis egressus, et maxime de ea parte quæ Norvegia dicitur. Guillermo de Tiro (l. XI. c. 14. p. 804.) va delineando su rumbo per Britannicum mare et Calpem al sitio de Sidon.

(122) Benelathir, apud de Guignes, Hist. des Huns, tom. II. part II. p. 150, 151. A. D. 1127. Debe hablar del país interior.

(123) Sanuto se esplaya ahincadamente sobre los quebrantos de la sucesion femenina, en una tierra hostibus circumdata, ubi cuncta virilia et virtuosa esse deberent. Sin embargo, á la cita de llamamiento, y con la aprobacion de su señor feudal, una señorita noble tuvo que escojer un

(*) David determinó y trató de empadronar grandiosos dominios, que se extendian desde el Líbano hasta las fronteras de Ejipto, y desde el Eufrates hasta el Mediterráneo. El número (en 2 Sam. XXIV. 9. y 1. Cron. XXI. 5.) difiere; pero el mas corto da 800.000 hombres de armas tomar en Israel, 500.000 en Judea, Hist. de los Judios, vol. I. p. 248. Gibbon ha seguido el padron mas alto en su cómputo de la poblacion, y ceñido los dominios de David á la Palestina cis-Jordánica. — M.

marido y campeon (Assises de Jerusalem, c. 242, etc.). Véanse en M. de Guignes (tom. I. p. 441—471.) las esmeradas y utilísimas tablas de estas dinastías que se han sacado principalmente de los *Lignages d' Outremer*.

(124) Se llamaban por irrision *Poullains*, *Pullani*, y su nombre nunca se pronuncia sin menosprecio (Ducange, Gloss. Latin. tom. V. p. 535; y Observations sur Joinville, p. 84, 85.; Jacobo Vitriaco. Hist. Hierosol. l. I. c. 67. 72.; y Sanuto, l. III. p. VIII. c. 2. p. 182.). Illustrium virorum, qui ad Terræ Sanctæ... liberationem in ipsa manserunt, degeneres filii... in deliciis enutriti, molles et effœminati, etc.

(125) Este pormenor auténtico está extractado de las *Assises* de Jerusalem (c. 224. 326—431.). Sanuto (l. III. p. VIII. c. 1. p. 174.) cuenta solo 518 caballeros, y 5775 dependientes.

(126) La suma total, y la division, aseguran el servicio de las tres grandes baronías en 100 caballeros cada una; y el texto de las *Assises*, que extiende el número hasta 500, solo puede abonarse con esta suposicion.

(127) Sin embargo en grandisimos conflictos (dice Sanuto) los barones trajeron auxilios voluntarios; descentem comitivam militum juxta statum suum.

(128) Guillermo de Tiro (l. XVIII. c. 3, 4, 5.) refiere el soez orijen, y temprana desfachatez, de los Hospitalarios, que pronto desampararon á su humilde patrono, S. Juan el pobre, por la categoría mas augusta de S. Juan el Bautista (véanse los ineficaces esfuerzos de Pagi, crítica, A. D. 1099, N.° 14—18.). Tomaron la profesion de las armas sobre el año 1120; el Hospital era *mater*; el Templo *filia*; el órden teutónico fue fundado A. D. 1190, en el sitio de Acre (Mosheim. Institut. p. 389, 390.).

(129) Véase S. Bernardo de Laude Novæ Militiæ Templi, compuesto A. D. 1132—1136, en Opp. tom. I. p. II. 547—563. edit. Mabillon, Venet. 1750. Semejante encomio, que se refiere á los extinguidos Templarios, hubiera sido muy estimado por los historiadores de Malta.

(130) Mateo Paris, Hist. Major, p. 544. Señala á los Hospitalarios 19.000, á los Templarios 9.000 *maneria*, palabra de mucha mayor entidad (como rectamente ha observado Ducange) en el idioma inglés que en el francés. *Manor* es un señorío ó feudo, *manoir* una vivienda.

(131) En los tres primeros libros de la Histoire des Chevaliers de Malte, par l' Abbé de Vertot, el lector puede divertirse con una hermosa, y á veces lisonjera, pintura de la órden, mientras estuvo empleada en la defensa de Palestina. Los libros siguientes acompañan sus emigraciones á Rodas y Malta.

(132) Las *Assises* de Jerusalem, en antigua ley francesa, se imprimieron con las Coutumes de Beauvoisin de Beaumanoir Bourges y París, 1690, en folio), é ilustradas por Gaspar Thaumas de la Thaumasière, con un comento y glosario. En 1535 se habia publicado una version italiana, en Venecia, para uso del reino de Chipre. *

(133) A la terre perdue, tout fut perdu, es la briosa expresion de la *Assise* (c. 281.). Sin embargo Jerusalen capituló con Saladino; la reina y los principales cristianos se marcharon en paz; y un código tan precioso y portátil no podia excitar la avaricia de los conquistadores. Alguna vez he maliciado la existencia de esta copia orijinal del santo Sepulcro, que pudiera haberse inventado para santificar y documentar las costumbres tradicionales de los Franceses en la Palestina.

(134) Un noble lejislador, Raoul de Tabarie, negó á la instancia del rey Amaur; (A. D. 1195—1205), el querer confiar su conocimiento á la escritura; y declaró francamente, que de ce qu' il savait ne ferait-il ja nul borjois son pareill, ne null sage homme lettre (c. 281.).

(135) El recopilador de aquella obra, Jean d'Ibelin, era conde de Jaffa y Ascalon, señor de Baruth (Beritus) y Rames, y murió A. D. 1266 (Sanuto, l. III. p. II. c. 5 8.). La familia de Ibelin, que descendia de una hermana menor de un conde de Chartres en Francia, floreció mucho tiempo en Palestina y Chipre (véanse los Lignages de deçá Mer, ó d' Outremer, c. 6. al fin de las Assises de Jerusalem, libro orijinal que recuerda las jenealojías del aventurero francés).

(136) Por diez y seis comisionados escojidos en los estados de la isla: la obra se acabó en 3 de noviembre de 1369, fué sellada con cuatro sellos, y depositada en la catedral de Nicosia (véase el prefacio de las *Assises*.

(137) El cauto Juan d' Ibelin arguye, mas bien que afirma, que Trípoli es la cuarta baronía, y expresa alguna duda relativamente al derecho ó la pretension del condestable y mariscal (c. 323.).

(138) Entre seignor et homme ne n' aque la foi;... mais tant que l' homme doit à son seignor reverense en toutes choses (c. 206.). Tous les hommes du dit royaume sont par la dite Assise tenus les uns as autres.... et en celle manière que le seignor mette mein ou face mettre au cors ou au fié d' aucun d' yans sans esgard et sans connoissance de court, que tous les otres doivent venir devant le seignor, etc. (212.). La forma de las representaciones está rasgueada con la noble sencillez de la libertad.

(139) Véase l' Esprit des lois, l. XXVIII. En los cuarenta dias des-

(*) Véase Wilken, vol. I. p. 17. etc. — M.

de su publicacion, ninguna obra ha sido mas leida y censurada; y el espíritu de investigacion que ha excitado no es la menor denuestras obligaciones al autor.

(140) Para la intelijencia de esta jurisprudencia intrincada y ramplona (c. 80—111.), debo mucho á la amistad de un docto señor, que con ojo dilijente y perspicaz ha escudriñado la historia filosófica de la ley. Con sus estudios, la posteridad puede lograr suma ventaja: el mérito del orador y del juez solo puede ser hallado por sus contemporáneos.

(141) Louis le Gros, que suele considerarse como el padre de esta institucion en Francia, no empezó su reinado hasta nueve años (A. D. 1108) despues de Godofredo de Bouillon (*Assises*, c. 2. 324.). Sobre su oríjen y efectos véanse las juiciosas observaciones del Dr. Robertson (Historia de Cárlos V. vol. I. p. 30—36. 251—265. edicion en cuarto.

(142) Todo lector versado en los historiadores de las Cruzadas entenderá por el peuple des Suriens, los orientales cristianos, melchitas, jacobitas, ó nestorianos, que habian adoptado todos el uso de la lengua arábiga (vol. V. p. 43.).

(143) Véanse las *Assises* de Jerusalen (310, 311, 312.). Estas leyes fueron decretadas el año 1350, en el reino de Chipre. En el mismo siglo, en el reinado de Eduardo I, entiendo, segun una publicacion reciente (de su libro de relacion), que el precio de un caballo para la guerra no era menos exorbitante en Inglaterra.

CAPITULO LIX.

Conservacion del Imperio Griego. — Número, tránsito y paradero de la segunda y tercera cruzada. — San Bernardo. — Reinado de Saladino en Ejipto y en Siria. — Su conquista de Jerusalen. — Cruzadas navales. — Ricardo I de Inglaterra. — Papa Inocencio III. — La cuarta y quinta cruzada. — El emperador Federico II. — Luís IX de Francia, y las dos últimas cruzadas. — Espulsion de los Latinos ó Francos por los Mamelucos.

En un temple menos formal que el de la historia quizás me cabria el comparar el emperador Alexio (1) al Adive, del cual se cuenta que va siguiendo las huellas del leon para apropiarse vorazmente sus desperdi-

cios. Aquejáronle zozobras y afanes en el tránsito de la primera cruzada, pero se desquita colmadamente con las hazañas de los Francos, que le redundaron en sumo beneficio. Su desvelada maestría afianzó la primera conquista de Niza, y los Turcos tuvieron que evacuar las cercanías de Constantinopla al amago de tan poderosa atalaya. Se internan los cruzados denodadamente y á ciegas por los ámbitos del Asia, afianza el taimado Griego la ocasion por su melena, pues los emires de la costa tienen que acudir convocados al estandarte del sultan. Arrojan á los Turcos de las islas de Rodas y Escio: devuélvense al imperio las ciudades de Efeso, Esmirna, Sardis, Filadelfia y Laodicea, esplayándolo de nuevo Alexio desde el Helesponto hasta las orillas del Meandro y la costa brava de Pamfilia. Resplandecieron mas y mas las iglesias, se reedificaron y fortalecieron las ciudades, y hasta los yermos se fueron poblando con varias colonias de Cristianos, atrayéndolos halagüeñamente de confines mas remotos y azarosos. Embargado en afanes tan sumamente paternales, indultemos á Alexio, si desatendió algun tanto el rescate del Santo Sepulcro, mas tiznáronle los Latinos con la nota feísima de alevosía y desercion. Tenian jurada fidelidad y obediencia á su solio; pero *él* habia comprometido su propia persona, ó por lo menos sus tropas y tesoros; con su ruin desvío anuló aquellas obligaciones, y la espada triunfadora venia á ser la prenda y el resguardo de su justísima independencia. No asoman reclamaciones añejas del emperador sobre el reino de Jerusalen (2), mas los linderos de Cilicia y Siria estaban no há nada en sus manos, y eran mas asequibles para sus armas. Se anonadó ú dispersó la grandiosa hueste cruzada, quedaba el principado de Antioquía sin cabeza con la sorpresa y cautiverio de Bohemundo; su rescate lo tenia acosado con enorme deuda, y sus secuaces Normandos no alcanzaban á rechazar hostilidades de Griegos y Turcos. En tamaño conflicto, Bohemundo se arroja con resolucion magnánima á poner en manos de su pariente, el ínclito Tancredo, la defensa de Antioquía, y armar el Occidente contra el imperio Bizantino, y ejecutar el intento heredado y casi espedito con las advertencias y el ejemplo de su padre Guiscardo. Embarcóse á hurtadillas, y si cabe dar crédito á una conseja de la princesa Ana, atravesó el mar enemigo encerrado en un cofre (3). Festejósele en Francia esplendorosamente, realzándole sobremanera su desposorio con la hija del rey; esclarecido fué tambien su regreso trayendo por comitiva á los valentones del siglo, y atravesando el Adriático al frente de cinco mil caballos y cuarenta mil infantes, reunidos de los climas allá mas remotos de Europa (4). La fortaleza de Durazo, y luego el tino de Alexio con los estragos del hambre y los asomos del invierno cortaron los vuelos á su ambicion, y hubo quien le defraudó de sus confederados venales. Medió paz (5), cesaron las zozobras de los Griegos, y por fin los libertó la

muerte de un contrario atropellador de juramentos y de peligros, é insaciable de prosperidades. Le sucedieran sus hijos en el principado de Antioquía, pero deslindándoles por puntos sus confines, pactándole indudablemente el homenaje, y reintegrando á los emperadores bizantinos las ciudades de Tarso y de Malmistra. En la costa de Natolia poseian la tirada entera desde Trebisonda hasta las puertas Siríacas. Separaban en derredor el mar y sus hermanos musulmanes la dinastía Seljukia de Rum (6), y se quebrantó el poderío de los sultanes con las victorias, y aun con las derrotas de los Francos, por quienes tras la pérdida de Niza trasladaron su sólio á Cogni ó Iconio, poblacion arrinconada al interior, á mas de cien leguas de Constantinopla (7); y entonces los príncipes Comnenos, en vez de encerrarse trémulos en su capital, guerrearon ofensivamente contra los Turcos, y así la primera cruzada precavió el vuelco del imperio en decadencia.

En el siglo duodécimo hasta tres grandiosas emigraciones del Occidente se encaminaron por tierra al socorro de Palestina. El ejemplar venturoso de la primera cruzada estimuló á la soldadesca y á los peregrinos de Lombardía, Francia y Alemania (8). Como á medio siglo del rescate del santo Sepulcro, el emperador Conrado III y el rey de Francia Luís VII, emprendieron la segunda cruzada para sostener la situacion menguada de los Latinos (9). Luego el emperador Federico Barbaroja (10), conjeniando con sus hermanos de Francia é Inglaterra en condolerse del malogro comun de Jerusalen, acaudilló la grandísima division de la tercera cruzada. Se parangonan de suyo estas tres espediciones por su crecido número, su tránsito por el imperio griego y el jaez y paradero de su guerra turca, y con un cotejo sucinto se orillará la repeticion de sus relaciones cansadísimas. El formalizar una historia de las Cruzadas, por mas esplendorosas que aparezcan, tienen que parar en la cantinela idéntica de sus causas y efectos, y los empeños redoblados por defender ó recobrar la Tierra Santa han de resultar como traslados lánguidos y desabridos de un mismo original.

I. Los caudillos de tantísimo enjambre como fué siguiendo las huellas de los peregrinantes, solian ser iguales en la jerarquía, mas no en el concepto ni el desempeño, á Godofredo de Bullon y sus acompañantes dignísimos. Tremolaron tras ellos sus banderas los duques de Borgoña, Baviera y Aquitania, descendiente el primero de Hugo Capeto, y cabeza el segundo de la alcurnia de Brunswick: trasladó el arzobispo de Milan, en beneficio de los Turcos, los tesoros y ornamentos de su iglesia y palacio, y los cruzados veteranos Hugo el Grande y Estevan de Chartres se aferraron de nuevo en redondear su voto descabalado. Aquella mole descomunal y revuelta de secuaces se fué moviendo en dos columnas, y si la primera se componia de doscientas y sesenta mil personas, vendria

la segunda á constar de sesenta mil caballos y cien mil infantes (11). Cabia por cierto á esta segunda hueste el aspirar al señorío del Asia, pues la presencia de sus respectivos soberanos, estaba mas y mas enardeciendo á la nobleza tanto de Francia como de Alemania, y no menos por sus prendas que por su jerarquía, realzaban Conrado y Luís su causa, y robustecian sus fuerzas con el esmero y disciplina que por maravilla asomaba entre adalides feudales. Componíase la caballería así del emperador como del rey de setenta mil jinetes con sus sirvientes anejos en campaña (12); y aun escluyendo totalmente al paisanaje ó tropa mal armada de infantería, mujeres, niños, clérigos y monjes, no se acabalará la suma ni aun con cuatrocientas mil almas. Allá se estaba azorando el Occidente todo desde Roma hasta Inglaterra; se conformaron los reyes de Polonia y de Bohemia con las intimaciones de Conrado, y afirman tanto Griegos como Latinos, que en el tránsito de un desfiladero ó rio, tras el cuento de novecientos mil, se retrajeron de aquel cómputo interminable y pavoroso (13). No fué tan crecida la hueste en la tercera cruzada al mando de Federico Barbaroja, por cuanto Ingleses y Franceses se atuvieron á la navegacion por el Mediterráneo. Ascendia la flor de la caballería alemana á quince mil jinetes y otros tantos escuderos, y luego en la reseña del emperador por las llanuras de Hungría campearon sesenta mil caballos y cien mil infantes, y con tamañas repeticiones ya me sobrecojen los seiscientos mil peregrinos que la credulidad cuenta en esta emigracion postrera (14). Tan desatinados cómputos estan únicamente demostrando el asombro de los contemporáneos, sirviendo de testimonio para la existencia de una muchedumbre descomunal y mal averiguada. Engreíanse los Griegos con su maestría en el arte y los ardides de la guerra, pero confesaban el denuedo y la pujanza de la caballería francesa y de la infantería alemana (15), pues van allá delineando á los advenedizos como una ralea de hierro y de estatura ajigantada, flechando fuego por los ojos y escupiendo sangre en vez de saliva. Anduvo tambien bajo las banderas de Conrado, una tropa de mujeres en ademan y con armadura de hombres, y la adalid ó jefa de aquellas Amazonas, por razon de sus espuelas y borceguíes dorados, mereció el dictado de la Dama de los pies de oro.

II. Aterrábanse los Griegos afeminados con el sin número y la traza de los advenedizos, y todo impulso medroso se da la mano con el odio entrañable. La zozobra del poderío turco sobredoraba ó contenia tamaña aversion, y por mas que los esten sindicando los Latinos, no dejarémos de hacernos cargo de que el emperador Alexio disimulaba sus desacatos, se desentendia de sus hostilidades, enardecia su temeridad, y franqueaba á su denuedo el rumbo de la peregrinacion y la conquista. Mas arrojados ya los Turcos de Niza y de la costa, y ajena la Corte bi-

zantina del temor de los sultanes de Cogni, al resguardo de aquella lejanía desahogaba sus iras contra aquel redoble incesante de bárbaros occidentales que estaban ajando la majestad, y esponiendo la existencia del imperio. Cupo á la segunda y á la tercera cruzada el reinado de Manuel Comneno, y luego de Isaac Anjelo. El primero solia ser disparado y aun maligno, y el segundo hermanaba, como viene á ser naturalísimo, su cobardía innata con una índole malvada, que sin mérito ni conmiseracion alcanzó á castigar á un tirano entronizándose en su sólio. Se acordó reservada, ó tal vez tácitamente, entre el príncipe y el pueblo el esterminar, ó por lo menos retraer, á los peregrinos con todo jénero de insultos y tropelías; y mas ofreciendo con sus desmandadas imprudencias pretestos ó motivos incesantes para aquel intento. Habian pactado los monarcas occidentales tránsito seguro y mercado espedito, en el territorio de sus hermanos en cristiandad, mediando juramentos y rehenes, y suministrando al ínfimo soldado del ejército de Federico tres marcos de plata para costear su viaje. Pero la sinrazon alevosa estaba atropellando todos los compromisos, y un historiador griego, anteponiendo la verdad al paisanaje está injenuamente acreditando las quejas fundadas de los Latinos (16). Los cruzados, en vez de agasajos, iban encontrando atrancadas las puertas de toda ciudad en Europa y en Asia, descolgándoles en canastos el escasísimo sustento desde las almenas. Podia el próvido desengaño disculpar tan medrosa zozobra; pero la humanidad tiene muy vedada la mezcla de cal y de otros ingredientes venenosos en el pan, y aun cuando se descargase á Manuel de la tacha de complicidad ó anuencia, era en él muy criminal aquella su adulteracion de la moneda para el intento de traficar con los peregrinos. Los iban deteniendo ú descaminando á cada paso; tenian mandado á los gobernadores que atajasen los tránsitos y cercasen los puentes de su camino; mataban y saqueaban á los descarriados; disparaban flechazos á caballos y soldados á su salvo desde la espesura de los bosques; abrasaban á los enfermos en sus lechos, colgando además sus cadáveres por las carreteras en árboles ú horcas. Tantísima tropelía no podia menos de airar á los campeones de la cruz, quienes tampoco estaban dotados de sufrimiento evanjélico, y los príncipes bizantinos, provocadores de tan desigual contienda, ajenciaban el embarque y la ida de huéspedes realmente formidables. Al asomar sobre la raya turca, indultó Barbaroja á la criminal Filadelfia (17), recompensó á la agasajadora Laodicea, lamentándose de la precision amarga, que habia mancillado su espada con algunas gotas de sangre cristiana. Padeció entrañable y congojosamente el engreimiento griego en su roce con los monarcas de Francia y de Alemania. En el primer avistamiento cupo estudiadamente un banquillo humildísimo á Luís junto al sólio de Manuel (18); pero el rey francés traspuesto ya con su hueste

allende el Bósforo se desentendió de segunda conferencia, á menos de juntarse con absoluta igualdad entrambos hermanos, ya por mar, ya por tierra. Mas arduo y vidrioso fué todavía el ceremonial con Federico y Conrado, pues como sucesores de Constantino se apellidaban emperadores de Romanos (19), y se aferraron en sostener su señorío y dictado terminante. Conrado tan solo quiso conversar á caballo, y en campo raso con Manuel, y Federico atravesando el Helesponto y no el Bósforo, se desentendió de ver á Constantinopla, y su soberano emperador que se habia coronado en Roma quedaba reducido en las cartas griegas al humilde adjetivo de *rey* ó príncipe de los Alemanes, y el vanidoso y apocadillo Anjelo aparentaba ignorar el nombre de uno de los primeros hombres y monarcas del siglo. Al presenciar con odio y recelo á los latinos peregrinantes, seguian estrecha y reservada correspondencia con los Turcos y Sarracenos; quejándose Isaac Anjelo de que por su intimidad con el gran Saladino, habia incurrido en el encono de los Francos, fundándose en Constantinopla una mezquita para el ejercicio público de la relijion mahometana (20).

III. Fenecieron aquellos enjambres que fueron siguiendo la primera cruzada por Natolia con hambre, peste y flechazos turcos, y los príncipes vinieron á salvarse con algunos escuadrones de caballería, despues de cumplida su peregrinacion lastimosa. Se conceptuará desde luego el alcance de sus luces y el temple de su humanidad, por el intento de sojuzgar la Persia y el Corazan al transitar para Jerusalen, y por la matanza de un vecindario cristiano y amigo, que les salió al encuentro enarbolando palmas y cruces á porfia. Menos crueles y disparatadas fueron las armas de Luís y de Conrado; mas el paradero de la segunda cruzada fué todavía mas desastrado para la cristiandad, tildando jeneralmente al griego Manuel hasta sus mismos súbditos, de comunicar avisos oportunos al sultan, y aprontar guias alevosas á los Latinos. En vez de soterrar al enemigo comun con un avance duplicado por estremos opuestos, los Alemanes por ciega emulacion se abalanzaron, mientras los Francos con peores zelos se rezagaron en su ataque, y apenas habia Luís atravesado el Bósforo, cuando se le incorporó el emperador tras el sumo descalabro de su ejército en una refriega gloriosísima pero desventurada por las orillas del Meandro. La contraposicion del boato de su competidor aceleró la retirada de Conrado; desertáronle los vasallos independientes y reducido á sus tropas hereditarias, se valió de algunos bajeles griegos para cumplir su peregrinacion á Palestina. Desentendiéndose de tanto desengaño, y ajeno de aquel linaje de guerra, se internó el rey de Francia por aquel país en pos de idéntico fracaso. La vanguardia portadora del estandarte real y del oriflama de San Dionisio (21), duplicó allá con temeraria dilijencia su marcha, y la retaguardia mandada por el rey

en persona, ya no halló á los compañeros en el acotado campamento. La hueste inumerable de los Turcos, en medio de la lobreguez, cerca, asalta y abruma á los ya desarreglados, siendo á la sazon muy superiores los enemigos en el arte de la guerra. En aquel descalabro jeneral, trepa Luís á un árbol, y se salva con su denuedo y la ignorancia de los vencedores, y al amanecer logra quedar vivo y acudir al campamento de la vanguardia casi solo. Entonces, lejos de insistir en su espedicion terrestre, se huelga de resguardar las reliquias de su ejército en el puerto amigo de Satalia. Se embarca desde allí para Antioquía, pero escasean tantísimo los bajeles griegos que solo tienen cabida los nobles y caballeros, y el tropel plebeyo de infantería queda desamparado, y en el degolladero á la falda de los cerros Pamfilios. Abrazáronse llorando el emperador y el rey en Jerusalen; los guerreros curtidos, resto de huestes poderosas, se incorporaron con las fuerzas cristianas de Siria, y un sitio infructuoso de Damasco fué el postrer conato de la segunda cruzada. Conrado y Luís se embarcaron para Europa con la nombradía personal de relijiosidad y denuedo, pero habian los orientales contrarestado á monarcas tan poderosos de los Francos; cuyo concepto y fuerzas militares les habian amagado repetidas veces (22). Tenian quizá que temer mas á la maestría veterana de Federico I, quien de mozo habia estado sirviendo en Asia con su tio Conrado. Amaestraron con efecto á Barbaroja, cuarenta campañas en Italia y Alemania, y desde la soldadesca hasta los mismos príncipes del imperio tuvieron que aprender en su reinado á obedecer. Al perder por fin de vista á Filadelfia y Laodicea, se engolfó en un yermo salino, estéril y despoblado, terreno (dice el historiador) tan solo de pavor y tribulacion (23). Rancherías inumerables de Turcomanos (24) les fueron por veinte dias acorralando su marcha desmayada y angustiosa, redoblándose mas y mas los sañudos perseguidores por instantes. Forcejeaba trabajosísimamente el emperador, y fueron tan sumos sus quebrantos, que al asomar sobre Iconio, tan solos mil jinetes podian desempeñar el servicio y mantenerse á caballo. Con un embate repentino y denodado arrolla la guardia y asalta la capital del sultan (25), quien rendidamente implora el perdon y la paz. Franquéasele el rumbo, y Federico va adelantando en su carrera triunfal, cuando se ahoga desventuradamente en un riachuelo de Cilicia (26). Fenecieron los restos de sus Alemanes con dolencias y deserciones, espirando el hijo del emperador con la mayor parte de sus vasallos Suabios en el sitio de Acre. De todos los héroes latinos, tan solo Godofredo de Bullon y luego Federico Barbaroja, alcanzaron internarse por el Asia Menor; pero aun sus logros fueron un desengaño, paraque en las cruzadas posteriores con mejor acuerdo, se anticipase el tránsito por mar á los riesgos y quebrantos del viaje terrestre (27).

Acaecimiento naturalísimo fué aquel ímpetu de la primera cruzada, volando en alas de la esperanza, ajenísimos todos de aprension, para una empresa que conjeniaba con el temple de aquel siglo; pero nos conduele y asombra la perseverancia tan tenaz de la Europa, tras los repetidos desengaños de la dolorosa esperiencia, pues en medio de tantísimos fracasos, hasta seis jeneraciones consecutivas se fueron disparadamente arrojando al idéntico derrumbadero, y aventurando personas y haberes tanto los pudientes como los menesterosos, en pos de una losa hasta cerca de mil leguas de sus casas, y siempre con nuevo y desesperado ahinco. Aun á los dos siglos del concilio de Clermont, en asomando la primavera y mas el estío, allá se movia la riada de peregrinos guerreros á defender la Tierra Santa; pero solia la realidad, ó el amago de calamidad jeneral ocasionar el armamento de los grandes cruzados como vino á suceder por siete veces; eran los pontífices principalmente los comovedores de las naciones, y mas con el ejemplo de los soberanos. Ardia el afan y enmudecia la racionalidad á la voz de los oradores sagrados, y entre ellos Bernardo (28), el monje ó santo es acreedor á colocarse en el encabezamiento. Como unos ocho años antes de la primera conquista de Jerusalen, nació de noble alcurnia en Borgoña; á los veinte y tres de su edad se empozó en el monasterio Cisterciense en Champaña, y se contentó hasta la muerte con el humilde cargo de abad en su propio monasterio de Clairvaux en la misma provincia (29) á cuyo valle habia ido encabezando la tercera colonia ó hija, cuando el instituto de su órden blasonaba de conservar su primitiva tirantez. En este siglo filosófico han ido al través indiscreta y jactanciosamente los timbres de aquellos campeones de suyo espirituales, cuando el ínfimo de ellos sobresalia con la pujanza de su alma, y por lo menos descollaban en gran manera entre los suyos, pues alcanzaban en la carrera de la supersticion el premio que tantísimos estaban sin cesar ansiando. Aventajóse sumamente Bernardo en escritos, palabras y obras á todos sus competidores y contemporáneos; no carecen sus partos de injenio y de elocuencia, y parece que atesoró cuanta racionalidad y compasion caben allá en la índole de un santo. Heredara de seglar el séptimo de una alcurnia mediana, pero con su voto de pobreza, cerrando los ojos al mundo visible (30), y desentendiéndose de toda dignidad eclesiástica, el abad de Carvajal se constituyó el oráculo de Europa y el fundador de ciento y sesenta conventos. Temblaban príncipes y papas al desahogo de sus reconvenciones; en un cisma de la iglesia, Francia, Inglaterra y Milan acudieron á consultar con su tino y obedecer á su dictámen; galardonó Inocencio II aquel esmero, y Eujenio III sucesor suyo, se amistó en clase de discípulo con San Bernardo. Al proclamarse la segunda cruzada descolló como misionero y profeta de Dios, invocando naciones en defensa de su sagrado

sepulcro (31). En la convocatoria de Vezelay habló delante del rey, y así Luís VII como toda su nobleza recibieron la cruz de sus manos. Pasó entonces el abad de Carvajal, á la conquista mas ardua del emperador Conrado, y aquel pueblo yerto y ajeno de su habla, se enajenó con el ademan y el desentono de su patética vehemencia, y su tránsito desde Constancia á Colonia fué una carrera triunfal de fervorosa elocuencia. Blasona Bernardo de ser el despoblador de Europa, afirmando que ciudades y castillos quedaban allá vacíos de moradores, y gradua que vino á quedar un solo varon á la espalda para consuelo de siete viudas (32). La ceguedad fanática estaba ansiando el nombrarlo caudillo, pero estaba presenciando el ejemplar del ermitaño Pedro, y al asegurar á los cruzados el favor divino se desentendió cuerdamente del mando militar, en que el fracaso ú el acierto eran igualmente impropios de su estado (33). Sin embargo, sobrevenida la catástrofe, el clamor jeneral lo estuvo tildando de profeta falso, y enlutador de las personas públicas y privadas; engriéronse sus émulos, sonrojáronse sus amigos, siendo sus descargos atrasados é insuficientes. Se sincera con su obediencia al mandato del papa, se esplaya sobre los rumbos misteriosos de la Providencia; achaca los fracasos de los peregrinos á sus propios pecados, insinuando rebozadamente, que sus misiones habian merecido la aprobacion de mil señales y maravillas (34). Siendo cierto el hecho, quedaba el argumento irrefragable, y sus fieles discípulos que solian ir contando de veinte en veinte ó de treinta en treinta los milagros de un dia, atestiguan con las juntas de Francia y de Alemania que los estuvieron presenciando (35). Ningun crédito merecerán ya en el dia tales portentos fuera del recinto de Carvajal, mas en las curaciones sobrenaturales de ciegos, cojos y enfermos que se fueron presentando al varon de Dios, no cabe ya deslindar el pormenor de casualidades, aprensiones, imposturas y patrañas.

Discuerdan los devotos, y hasta la misma Omnipotencia resuena desdoradamente en sus murmullos, pues la misma fineza que se vitoreaba como un rescate en Europa, se estaba llorando, y aun acaso zahiriendo, como una calamidad en Asia. Perdida Jerusalen, los fujitivos Siríacos clamaron despavoridos é inconsolables; lamentóse Bagdad en el polvo; el cadi Zeinedin de Damasco se estuvo desgreñando la barba en presencia del califa, y el divan entero prorumpió en lágrimas á su relacion lastimera (36). Pero los caudillos de los creyentes tan solo podian llorar, pues yacian cautivos en manos de los Turcos; recobró algun poderío el postrer siglo de los Abasides, pero su ambicion comedida se ceñia únicamente á Bagdad y su territorio. Sus tiranos, los sultanes Seljukios, fueron siguiendola ley jeneral de las dinastías Asiáticas, esto es, la rueda incesante de valentía, encumbramiento, desavenencia, bastardía y apocamiento; no alcanzaba su arrojo y poderío á defender la relijion, y

allá en su reino remoto de Persia, ignoraban los Cristianos el nombre y las armas de Sanjiar, el héroe postrero de su alcurnia (37). Yacian los sultanes en los mullidos almohadones de sus harenes, cuando sus esclavos, los Atabekes (38) emprendieron aquel devoto empeño; turco era el nombre que al par de los patricios bizantinos puede traducirse por Padre del Príncipe. Ascansar, turco valeroso, habia merecido la privanza de Malek Shau, y aun la regalía de colocarse á la derecha del sólio, pero en las guerras civiles que siguieron al fallecimiento del monarca, vino á perder la cabeza con el gobierno de Alepo. Perseveraron sus emires palaciegos en el cariño que profesaban á su hijo Zenghí, quien probó sus primeras armas contra los Francos en la derrota de Antioquía: su nombradía militar fué accediendo hasta lo sumo en treinta campañas al servicio del sultan y del califa, y lo revistieron con el mando de Mosul, como el único campeon capaz de conseguir el desagravio del Profeta. No fracasó la esperanza pública, pues á los veinte y cinco dias de sitio asaltó la ciudad de Edesa, y recobró de manos de los Francos sus conquistas allende el Eufrates (39), el soberano independiente de Mosul y de Alepo, sojuzgó las tribus guerreras del Cardistan, recabó de su soldadesca que conceptuase por patria su propio campamento; cifraban el galardon y bienestar en sus agasajos, y el desvelado Zenghí estaba siempre escudando las familias desamparadas. Acaudilla el hijo Nuredin sus veteranos, incorpora todas las potestades mahometanas, junta el reino de Damasco al de Alepo, y guerrea larga y prósperamente contra los Cristianos de Siria. Va reinando mas y mas anchurosamente desde el Tigris hasta el Nilo, y luego los Abásides galardonan á su fiel sirviente con todos los dictados y prerogativas del sólio. Hasta los mismos Latinos tienen que acatar á un contrario implacable, pero sabio, valeroso, justiciero y devoto (40). Revivieron en su vida y gobierno el afan y la sencillez de los primeros califas, desterrando el oro y la seda de su palacio, y el uso del vino de todos sus dominios, é invirtiendo con suma escrupulosidad las rentas públicas en el servicio nacional, pues mantenia su frugalísima familia con los estados que se fué granjeando por la renta de su porcion en los despojos. Suspiraba su predilecta sultana por cierto ajuar mujeril: « ¡Ay de mí! » le contestó el monarca, « no soy mas que tesorero de los Musulmanes; no me cabe el enajenar sus haberes, pero me quedan hasta tres tendezuelas en la ciudad de Hems: eso es lo que podeis tomar, por ser lo único que poseo. » Su sala criminal aterraba al grande y acojia al desvalido. A pocos años de la muerte del sultan, un súbdito atropellado estaba clamando por las calles de Damasco: « O Nuredin, Nuredin, ¿en dónde paras? Alzate para condolerte y ampararnos. » Hubo recelo de asonada, y el tirano actual se sonrojó y tembló con el nombre del monarca ya difunto.

Las armas de Turcos y Francos aventaron los Fatimitas de Siria, y era todavía mas trascendental en Ejipto el menoscabo de su índole y de su influjo. Los reverenciaban sin embargo todavía por descendientes y sucesores del Profeta; sostenian mas y mas su boato en el alcázar del Cairo, y por maravilla los ojos profanos de súbditos ó advenedizos llegaban á mancillar su persona. Los embajadores latinos (41) van describiendo su presentacion por una hilera interminable de tránsitos lóbregos y de patios esplendorosos, realzados con gorjeos de aves y murmullos de manantiales; ostentábanse alhajas riquísimas y vivientes peregrinos, poniendo de manifiesto gran parte, y reservando ú suponiendo otra mucho mayor del tesoro imperial, y todo al cargo y custodia de guardias negras y eunucos caseros. Vel aba allá un cortinaje el santuario de la audiencia, y el visir que era el conductor, arrimando su cimitarra, se postró rendidamente hasta tres veces por el suelo, y orillando entonces el velo misterioso, presenciaron la persona del caudillo de los fieles, quien manifestó su dignacion al primer esclavo del sólio. Pero aquel esclavo era el dueño, pues los visires ó sultanes tenian usurpado el réjimen supremo del Ejipto; zanjaban las armas toda desavenencia entre los competidores, insertando el nombre del mas acreedor ó del mas fuerte en la patente imperial de mando. Arrojábanse alternativamente de la capital y del país de los bandos de Dargham y de Shaver, y el vencido acudia al arrimo azaroso del sultan de Damasco, ó del rey de Jerusalen, enemigos aferrados de la secta y monarquía de los Fatimitas. El Turco por armas y por religion, venia á ser el mas formidable, pero el Franco en marcha obvia y directa se asomaba al Nilo y cuya situacion intermedia precisaba á Nuredin á rodear por los ámbitos de la Arabia, jiro dilatado y trabajosísimo que lo exponia á la sed, al cansancio y á los solanos abrasadores del desierto. El afan ambicioso del príncipe turco estaba aspirando á reinar en Ejipto con el sobrescrito de los Abasides, pero la suposicion del suplicante Shaver fue el móvil ostensible de la espedicion primera encargada al emir Shiracuh caudillo valeroso y veterano. Fracasa y fenece Dargham; pero la ingratitud, zelos y zozobras del competidor venturoso, le incitan luego para acudir al rey de Jerusalen á fin de libertar el Ejipto de su bienhechor desmandado. No alcanzan las fuerzas de Shiracuh al contraresto de aquel enlace, y así se desentiende allá de su intento atropellado y se le franquea retirada, evacuando á Belbeis y Pelusio. Al transitar los Turcos por delante del enemigo, cerrando el caudillo ojo avizor la retaguardia con la maza en la mano, se arroja un Franco á preguntarle si está ó no temeroso de algun desman. « En vuestras manos teneis, » le contesta el emir denodado « el entablar la contienda; pero tened por cierto que ni un soldado mio ha de ir al paraíso mientras no envie algun infiel á los infiernos. » Esperanzó mas y mas á Nuzedin el pormenor de

las riquezas del país, de la afeminacion de los naturales y de su rematado desgobierno; el califa de Bagdad le dió alas para intento tan relijioso, y entonces regresa Shiracuh á Ejipto con doce mil Turcos y once mil Arabes. Queda todavía inferior en fuerzas á las combinadas de Francos y Sarracenos, y asoma notable pericia militar en su tránsito del Nilo, en su retirada á Tebas, y en la maestría de sus evoluciones durante la batalla de Babuin, en la sorpresa de Alejandría y luego marchas y contramarchas por los llanos y el valle de Ejipto, desde el trópico hasta el mar. Acompañaba el denuedo de la tropa á su desempeño y tras una refriega exclamó un mameluco (42): « Si no podemos desamarrar el Ejipto de manos de esos perros cristianos, ¿ porqué no orillamos los honores y galardones del sultan y nos retiramos á trabajar con los campesinos ó hilar con las hembras en el serrallo ?» Mas con todos sus conatos en campaña (43) y su porfiadísima defensa de su sobrino Saladino en Alejandría (44) una capitulacion y retirada honorífica terminaron la segunda empresa de Shiracuh, reservando Nuzedin echar el resto en el tercero y mas venturoso avance. Rodeósele luego con la ambicion y codicia de Amalric ó Amaury; rey de Jerusalen y empapado en la máxima delirante de que no habia que guardar fé con los enemigos de Dios. Todo un guerrero profeso el gran maestre del Hospital, le estimula al intento ; el emperador de Constantinopla aprontó, ú por lo menos ofreció escuadra para mancomunarse con el ejército de Siria, y el alevoso cristiano, mal hallado con los despojos y el auxilio aspiró á la conquista del Ejipto. En tamaño conflicto acuden los Musulmanes al sultan de Damasco, y el visir, acorralado por donde quiera de peligros, aviniéndose á tan unánimes anhelos, comprometiéndole al parecer el tercio de las rentas del reino. Llegan ya los Francos á las puertas del Cairo, mas incendiados ya los arrabales y la ciudad antigua á su asomo, se les aparenta una negociacion, y los bajeles no pueden arrollar los atajadizos del Nilo. Se recatan cuerdamente de toda contienda con los Turcos en medio de un país enemigo, y se retira Amaury á su Palestina con el sonrojo y baldon que siempre acompañan á una injusticia malograda. Por aquel rescate revisten á Shiracuh con un ropaje honorífico, manchado pronto con la sangre del mal aventurado Shewer. Aviénense al pronto los emires turcos á desempeñar el cargo de visires, pero aquella conquista advenediza arrebató el vuelco de los mismos Fatimitas, redondeando sin sangre aquel trueque por medio de un mensaje y de una sola palabra. Apearon á los califas su propia flaqueza y la tiranía de los visires, se sonrojaban aquellos súbditos al presentar todo un descendiente y sucesor del Profeta su diestra desnuda al roce asperísimo de un embajador latino; pero lloraron amargamente al verle enviar las cabelleras de sus mujeres simbolizando su pavor y quebranto para mover la compasion del sultan de Damasco. Restableciéronse solemnísimamente por mandato de

Nuredin y dictámen de los doctores, los sagrados nombres de Abubeker Omar y Otoman; quedó el califa Morihadi de Bagdad reconocido en el rezo público á fuer de verdadero caudillo de los fieles, trocando la librea verde de los hijos de Alí por el color negro de los Abasides. El último de su alcurnia, el califa Adhed, que tan solo sobrevivió diez dias, falleció ignorando venturosamente su estrella; afianzaron sus tesoros la lealtad de la soldadesca y acallaron el murmullo de sus secuaces, y luego en las revoluciones posteriores se aferró siempre el Ejipto en la tradicion ortodoja de los Musulmanes (45).

Tribus de Curdos pastorean por los cerros allende el Tigris (46) jente toda bravía, recia y de aguante menos de jénero alguno de yugo, luego salteadora y aferrada al gobierno de sus caudillos nacionales. La semejanza en nombre, situacion y costumbres parece que los identifica con los Carduchios de los Griegos (47), y siguen defendiendo contra la Puerta Otomana la libertad antigua que estuvieron allá sosteniendo contra los sucesores de Ciro. La pobreza codiciosa los inclinó á venderse ó asalariarse para la profesion de las armas; el servicio con padre y tio fue aparatando el reinado del gran Saladino (48), y el hijo de Job ó Ayacub, mero Curdo, se sonreia magnánimamente al eco de su alcurnia, pues lo estaba entroncando la lisonja con los califas Arabes (49): tan ajeno vivia Nuredin del esterminio abocado ya sobre su familia, que precisó al mozo repugnantísimo á seguir hasta á Ejipto á su tio Shiracuh granjeóse sumo concepto militar en la defensa de Alejandría, y si damos crédito á los Latinos, solicitó y recabó del caudillo cristiano los timbres *profanos* de caballero (50). Fallece Shiracuh, y le reemplaza Saladino por el mas mozo y desvalido de los emires; pero aconsejado por el padre, á quien llevó al Cairo, descolló con su númen sobre sus iguales, y se granjeó el cariño del ejército. En vida de Nuredin, eran aquellos Curdos ambiciosos los esclavos mas rendidos, y el advertido Ayub acalló los murmullos destemplados del divan; protestando á voces que en mandándolo el sultan, él mismo llevaria á su hijo aherrojado al pié del sólio. « Semejantes palabras » añadió á solas « eran cuerdas y adecuadas en una junta de vuestros competidores, mas aquí estamos para sobreponernos á toda zozobra de mandato, y así todas las amenazas de Nuredin no me han de esprimir una caña dulce por tributo.» Con su oportunísima muerte se desahogó de aquella congoja tan amarga; su hijo ternezuelo de once años quedó por el pronto en manos de los emires de Damasco; y el nuevo señor del Ejipto se vió condecorado por el califa con cuantos dictados podian (51) santificar la usurpacion por el concepto del pueblo. Menospreció en breve Saladino la posesion única del Ejipto, apeando á los cristianos de Jerusalen y á los Abubekes de Damasco, Alepo y Diarbekir. Reconociéronle la Meca y Medina por su amparador temporal; sojuzgó su hermano las regiones remotas del Yemen y

la Arabia Felíz y al morir se extendia su imperio desde el Trípoli africano hasta el Tigris, y desde el Océano indio hasta las montañas de Armenia. Al rasguear su índole, las tachas de ingratitud y alevosía encarnan intensamente en el ánimo empapado siempre en arranques castizos de lealtad y correspondencia. Pero las revoluciones del Asia vienen casi á disculpar aquellos ímpetus ambiciosos (52) abonándole luego el ejemplar tan presente de los Abubekes; su miramiento con el hijo de su bienhechor; su porte humano y generoso con la parentela, toda incapaz en cotejo suyo, la aprobacion del califa, único manantial de toda potestad lejítima, y sobre todo el anhelo y el interés del pueblo, cuya felicidad es el objeto fundamental de todo gobierno. Hermana al par de su ayo las prendas heroicas con las místicas, pues tanto Nuredin como Saladino estan para los Mahometanos en el predicamento de santos; y el estar á toda hora embargados en el afan constantísimo de la guerra santa parece que bañó sus vidas y hechos con un matíz de formalidad y miramiento. Adoleció el último de vinoso y mujeriego en la mocedad (53), pero su gallardo desenfado se sobrepuso luego á todo aliciente sensual en pos de los desvaríos mas circunspectos de la dominacion y nombradía, era la ropa de Saladino de lana burda, sin mas bebida que el agua, al paso que igualaba la templanza, sobrepujaba la castidad del profeta árabe. Rijidísimo musulman en la fé y en la práctica, se estuvo siempre lamentando de que la defensa de su religion no le permitiese verificar su ansiada peregrinacion á la Meca; pero todos los dias á sus horas fijas cinco veces rezaba devotamente con sus hermanos: en descuidándose del ayuno se penitenciaba y recargaba de nuevo con toda escrupulosidad y el estar leyendo el alcoran en el avance encontrado de su tropa, comprueba su aliento y su relijiosidad un tanto vanagloriosa (54). Tan solo se dignó fomentar el estudio de la secta de Shafei con toda su doctrina supersticiosa; gozaban los poetas el ensanche de su menosprecio, aborreciendo de muerte todo jénero de ciencia profana, y habiendo un filósofo divulgado ciertas novedades meramente especulativas el santo imperial lo mandó ahorcar ejecutivamente. Tenia el mas ínfimo suplicante espedito el divan en demanda de justicia contra él mismo y sus ministros y nunca Saladino se desviaba del rumbo de la equidad, no mediando por lo menos un reino entero. Mientras los descendientes de Seljuk y de Zenghi le aseaban la ropa y le tenian el estribo, mostrábase sufrido y afable con el menor súbdito. Era de suyo tan sumamente dadivoso que llegó á repartir hasta doce mil caballos en el sitio de Acre, y al tiempo de su muerte tan solo se le hallaron en el tesoro cuarenta y siete dragmas de plata y una moneda de oro; y así en un reinado guerrero se rebajaron los impuestos y todo súbdito acaudalado disfrutó á sus anchuras y sin zozobra los productos de su industria. Anduvo adornando el Ejipto, la Siria y la Arabia con funda-

ciones rejas de hospitales, colejios y mezquitas, fortificó el Cairo con murallas y ciudadela concentrando sus empresas en la utilidad pública sin construirse palacios ni jardines para su propio uso y ostentacion (55). En un siglo fanático, y siéndolo él por extremo, las virtudes entrañables de Saladino embargaron el aprecio de los mismos cristianos, pues blasonaba el emperador de Alemania de su intimidad (56), y el de Grecia anduvo solícito por su alianza (57); y luego la conquista de Jerusalen vino á dilatar, y tal vez á abultar su nombradía así en levante como en poniente.

Sosteníase el reino de Jerusalen allá en su breve existencia (58) con las discordias entre Turcos y Sarracenos, sacrificando al par los califas Fatimitas y los sultanes de Damasco la causa de su relijion por consideraciones baladíes de interés personal y ejecutivo. Pero habíanse agolpado á la sazon las potestades así de Siria y de Arabia como de Ejipto en manos de un héroe á quien la naturaleza y el acaso habian armado contra los cristianos. Por fuera el amago era en todo pavoroso, al paso que dentro de Jerusalen era todo endeble y vacío. Tras los dos primeros Balduinos, el hermano y el primo de Godofredo de Bullon, paró el cetro por sucesion femenina en Melisenda, hija del segundo Balduino y su marido Fulk, conde de Anjú, padre por un primer matrimonio de nuestros Plantajenetas ingleses. Sus dos hijos Balduino III y Amaury guerrearon valerosa y aun prósperamente contra los infieles; pero el hijo de Amaury Balduino IV quedó imposibilitado de cuerpo y alma con la lepra don de las cruzadas memorables. Era su hermana Sívila madre de Balduino V su heredera natural, quien tras la muerte sospechosa de su niño, coronó á su segundo marido Guy de Lusiñan príncipe de aventajado parecer, pero de tan ruin concepto que su hermano Jefrey vino á prorumpir: « puesto que á *él* le entronizan tienen que endiosarme á *mí*. » Tacharon todos la eleccion, y el vasallo mas poderoso, Raimundo, conde de Trípoli, excluido de la sucesion y la rejencia, abrigaba encono implacable contra el rey exponiendo su pundonor y su conciencia á las tentaciones del sultan. Tales eran los amparadores de la ciudad santa: un leproso, un niño, una mujer; un cobarde y un traidor; acudieron socorros de Europa y se dilató por doce años su fracaso, campearon mas y mas las órdenes militares, y el temible enemigo se distrajo con llamadas ya caseras ya remotas. Por fin acorrala una una línea militar el recinto ruinoso, quebrantando además los Francos la tregua que resguardaba su existencia. Un soldado de fortuna, Rejinaldo de Chastillon, se habia apoderado al confin del mismo desierto de una fortaleza, desde la cual está salteando las caravanas, desacatando á Mahoma y amenazando á las ciudades de Medina y de la Meca. Se allana Saladino á quejarse, gózase con la negativa de su desagravio é invade la tierra Santa capitaneando ochenta mil hombres de á pié y de á caballo. Encamínale el conde de Trípoli á Isberias, pertenencia suya, y recaban del rey de Jeru-

salen que desguarnezca las plazas y arme el vecindario para acudir á la importantísima plaza (59). El alevoso Conde sitia ostentando su dictámen á los cristianos en un paraje sin agua; huye á los primeros lances maldiciéndole entrambas naciones (60). Arrollan á Lusiñan con pérdida de treinta mil hombres y el bosque de la verdadera cruz, desventura imponderable, queda en manos de los infieles. Llevan al cautivo real á la tienda de Saladino y al desmayarse de pavor y de sed le brindan con un sorbete helado, dejando á su compañero Reginaldo de Chastillon sin aquel refrijerio, prenda de agasajo y de indulto. « Sagradas son » prorumpe el sultan « la persona y la dignidad de un rey: pero este salteador desapiadado tiene que reconocer ahora mismo al Profeta que ha estado blasfemando, ó padecer la muerte que tiene tan sobradamente merecida. » Desentiéndese el altivo ú concienzudo guerrero, y descargándole Saladino su cimitarra lo destrozan luego las guardias (61). Envian al trémulo Lusiñan á Damasco, donde tras honrosa prision, logra su rescate; pero queda mancillada la victoria con el degüello de ciento y treinta caballeros del Hospital, denodados campeones y mártires de su fé. Yace el reino sin cabeza y de los dos grandes maestres de las órdenes militares, el uno estaba muerto y el otro prisionero. Malográronse con la aciaga campaña las guarniciones cuyas plazas así de la costa como del interior, y solamente Tiro y Trípoli se salvaron de la veloz embestida de Saladino, quien á los tres meses de la batalla de Tiberias asomó á las puertas de Jerusalen (62).

Debia suponer que el sitio de ciudad tan venerable para el cielo y tierra, tan interesante en el concepto de Europa y del Asia, reinflamaria las últimas pavesas del entusiasmo, y que de los sesenta mil Cristianos cada cual seria un soldado, y cada soldado un aspirante para el martirio. Pero trémula estaba la reina Sibila por sí misma y por su esposo prisionero, y los barones y caballeros, huidos de la espada y cadenas de los Turcos, se aferraron mas y mas en sus banderías y desbarros interesados, para el esterminio público. Componíase lo mas del vecindario de Cristianos griegos y orientales, enseñados con la esperiencia á preferir el yugo mahometano al de los Latinos (63) y el santo Sepulcro agolpaba una muchedumbre muy menesterosa, sin armas ni aliento, que vivia únicamente de limosna. Se manifestó algun conato presuroso pero apocado por la defensa de Jerusalen; pero á los catorce dias, la hueste victoriosa enfrenó y escarmentó las salidas, planteó sus máquinas, abrió una brecha de quince codos, arrimó sus escalas y tremoló en el mismo boquete hasta doce pendones del Profeta y del sultan. En vano acudieron descalzos monjes, reina y mujeres en procesion á implorar al hijo de Dios para que salvase su tumba y su propia herencia de las huellas de la impiedad. Tuvo que cifrarse su esperanza en la conmiseracion del vencedor, y á la pri-

mera y rendidísima embajada la desahució ceñudamente de toda compasion. « Tenia jurada venganza por los padecimientos intensos y dilatados de los Musulmanes : pasó ya la hora de todo indulto , y era ya llegado el trance de purgar la sangre inocentísima derramada por Godofredo en la cruzada primera. » Dispáranse entonces desesperadamente los Francos, y el sultan se hace cargo de que no tiene todavía tan afianzado su triunfo, y da por fin oidos á una plegaria solemne en nombre del Padre comun del jénero humano , y por fin un arranque de lástima despuntó los aceros del fanatismo y de la conquista; y así se avino á aceptar la ciudad preservando á los moradores. Permitióse á los Cristianos griegos y orientales vivir bajo su dominacion ; pero se pactó que Francos y Latinos evacuarian la ciudad en cuarenta dias , conduciéndolos en salvo á las puertas de Siria y de Ejipto , pagando diez piezas de oro por hombre , cinco por cada mujer y una por los niños; y cuantos fuesen incapaces deferiarse así su libertad tendrian que permanecer en cautiverio perpetuo. Toman algunos escritores por su tema predilecto y satírico el cotejar la humanidad de Saladino con la matanza de la primera cruzada. Resultaria una diferencia personal; pero tengamos presente que los Cristianos brindaron con capitulacion, y que los Musulmanes de Jerusalen arrostraron el estremo de un asalto á fuego y sangre. Hágase justicia á la escrupulosidad con que el vencedor turco cumplió las condiciones del tratado, y aun merece alabanza por aquellas miradas compasivas que tendió sobre el desamparo de los vencidos. En vez del apremio terminante por el pago de la deuda , se avino á la suma de treinta mil bizantinos por el rescate de siete mil menesterosos ; despidió luego á tres ó cuatro mil mas por pura clemencia , reduciendo el número de esclavos á trece ó catorce mil personas Al avistarse con la reina , sus palabras y aun sus lágrimas le embalsamaron su desconsuelo ; fué distribuyendo cuantiosas limosnas á viudas y huérfanas de resultas de la guerra ; y mientras los demas caballeros del Hospital estaban guerreando todavía contra él , franqueó á sus hermanos mas compasivos el seguir todavía por un año asistiendo cuidadosamente á los enfermos. Acreedor es Saladino en estos rasgos á nuestro cariño y nuestro pasmo , pues nada le precisaba al disimulo, y su ceñudo fanatismo le inclinara mas bien al empeño de encubrir que al de aparentar aquella lástima profana con los enemigos del Alcoran. Descargada ya Jerusalen de la presencia de los advenedizos , hizo el sultan su entrada triunfal , tremolando allá sus banderas al eco de la armonía de una música marcial. La gran mezquita de Omar , convertida en iglesia, queda de nuevo consagrada al Dios único y á su profeta Mahoma ; se purifican paredes y pavimento con agua de rosa , y se encumbra un púlpito, obra de Nuredin, en el santuario. Mas al derrumbar del cimborio la cruz tan centellante de oro y arrastrarla por las calles , prorum-

pen los Cristianos en alarido lamentable, correspondido con la gritería risueña de los Musulmanes. Habia el patriarca recojido en cuatro barriles de marfil las cruces, imájenes y reliquias del lugar sagrado, y el vencedor se los apropia con el afan de presentar al califa sus trofeos de la idolatría cristiana. Se recabó no obstante que los confiase al patriarca y príncipe de Antioquía, y Ricardo rescató luego tan relijiosas prendas por la cantidad de cincuenta y dos mil bizantinos de oro (64).

Estaban las naciones temiendo ú esperanzando la espulsion final y ejecutiva de los Latinos de toda la Siria, dilatada sin embargo por mas de un siglo despues de la muerte de Saladino (65), á quien la resistencia de Tiro atajó la carrera victoriosa, pues agolpando las tropas y guarniciones capituladas al mismo puesto, resultaron fuerzas adecuadas para la defensa de la plaza, y con la llegada de Conrado de Monferrato se fué coordinando aquella muchedumbre revuelta y desmandada. Yacia prisionero el padre, peregrino venerable, desde la batalla de Tiberias; mas ignorábase todavía tamaño quebranto por la Italia y la Grecia, cuando el hijo, á impulsos de su ambicion y su relijiosidad, acudió á visitar la herencia de su sobrino real, el infante Balduino. Al presenciar las banderas turcas huye de la costa enemiga de Jafa, y luego saludan todos unánimemente á Conrado por príncipe y campeon de Tiro que á la sazon se halla ya sitiada por el conquistador de Jerusalen. Su entereza devota y quizás el concepto de la jenerosidad de su enemigo, le inclinan no solo á arrostrar los amagos del sultan, sino á pregonar, que aun cuando pusieran al padre bajo los muros de la plaza, él mismo dispararia el primer flechazo para blasonar de la descendencia de un mártir cristiano (66). Se franquea la entrada en la bahía de Tiro á la escuadra ejipcia, pero tienden al golpe la cadena y apresan ó echan á pique cinco galeras: matan á mil Turcos en una salida, y Saladino quemando sus máquinas, tras una campaña esclarecida, se retira desairadamente á Damasco. Sobreviénele luego tormenta mas pavorosa, pues las relaciones lastimeras y aun pinturas materiales, representando en subidos matices la servidumbre y profanacion de Jerusalen, avivan la sensibilidad entorpecida de la Europa. El emperador Federico Barbaroja y los reyes de Francia y de Inglaterra se cruzan y los estados marítimos del Mediterráneo y el Océano se anticipan á la tardía grandiosidad de los armamentos réjios. Los espeditos y próvidos Italianos se embarcan luego en los bajeles de Pisa, Jénova y Venecia, siguiéndoles en dilijencia los peregrinos mas ansiosos de Francia, Normandía y las islas occidentales. El auxilio poderoso de Flandes, Frisia y Dinamarca cuajaba hasta cerca de cien buques, descollando los guerreros septentrionales en el campo con su ajigantada estatura y tremenda maza (67). Rebosa tantísima muchedumbre sobre el recinto de Tiro, y desacata la voz de Conrado. Conduélese de la desventura y reve-

rencia el señorío de Lusiñan, desencarcelado tal vez espresamente para deshermanar el ejército de los Francos. Propone el recobro de Tolemais, ó Acre, á diez leguas al Sur de Tiro, cercando al golpe la plaza con dos mil caballos y treinta mil infantes bajo su mando nominal. No me esplayaré en el pormenor de aquel sitio memorable, que duró hasta dos años y vino á consumir en tan corto trecho las fuerzas de Europa y Asia. Jamás ardió el entusiasmo con llamarada tan intensa y enfurecimiento tan ceñudo, ni cabia que los verdaderos creyentes, pues así se apellidaban unos y otros consagrando á sus respectivos mártires dejasen de vitorear hasta cierto punto el afan y denuedo de sus contrarios. Suena el clarin sagrado y Musulmanes de Ejipto, Siria, Arabia y provincias orientales, se agolpan capitaneados por el sirviente del Profeta (68). Plantan sus reales y los adelantan hasta la inmediacion de Acre, afanándose todos por el socorro de sus hermanos y el descalabro de los Francos. Se traban no menos que nueve refriegas formales á la falda del monte Carmelo, con tan encontrada alternativa, que en un avance el sultan llega á internarse en la ciudad, y en una salida los Cristianos allanan la tienda del sultan. Por medio de buzos y de palomas estaban en correspondencia seguida con los sitiados, y en habiendo proporcion por el estado del mar se renovaba la guarnicion acosada con otra mas pujante. Hambre, acero y clima iban mermando el campamento latino; pero reemplazaban peregrinos nuevos á los difuntos en sus tiendas, abultando siempre la pujanza y el número de los que les iban en zaga, asombrando al vulgo con la novedad de que el papa mismo acudia capitaneando una cruzada inumerable, mientras la marcha del emperador causaba en el Oriente zozobras mas formales; la maestría de Saladino le iba cruzando obstáculos en Asia y tal vez en Grecia, mas le cupo el alegron de su muerte proporcionado al concepto que le merecia; y los Cristianos se desalentaron mas bien que se enardecieron con la llegada del duque de Suabia y los residuos mal parados de sus cinco mil Alemanes. Por fin en la primavera del segundo año, anclaron en la bahía de Acre las escuadras réjias de Francia é Inglaterra, y estrecharon mas y mas el sitio con su emulacion juvenil los dos reyes Felipe Augusto y Ricardo Plantajeneta. Echan el resto de sus recursos y aun de sus esperanzas los sitiados en Acre, pero en fin se conforman con su estrella, mediante una capitulacion en que compran sus vidas y fueros con un rescate de doscientas mil piezas de oro, la entrega de cien nobles y mil quinientos cautivos inferiores y la devolucion del leño de la santa cruz. Median dudas en el ajuste, se dilata la ejecucion y enfureciéndose hasta lo sumo los Francos, degüellan casi á la vista del sultan tres mil Musulmanes por disposicion del sanguinario Ricardo (69). Se granjean en Acre los Latinos una ciudad fuerte con adecuado fondeadero, mas compran á muy subido precio tamaña ventaja. Regula el ministro é histo-

riador de Saladino, refiriéndose á los enemigos, que su número en diferentes fechas, ascendió á quinientos ó seiscientos mil, que les mataron mas de cien mil; perdieron todavía mayor número en dolencias y naufrajios, y que era escasísima la porcion de hueste tan poderosa que pudo regresar á su patria (70).

Felipe Augusto y Ricardo primero son los únicos monarcas de Francia é Inglaterra que han militado bajo las mismas banderas, mas aquella intimidad sagrada vino luego á desquiciarse con los zelos nacionales, pues los dos bandos que prohijaron en Palestina estaban mas enconados mutuamente que contra el enemigo comun. Sobrepujaba para los orientales en jerarquía y poderío el de Francia, y faltando el emperador, lo acataban los Latinos por su caudillo temporal (71). No correspondieron las hazañas á su nombradía, pues era valeroso, mas preponderaba su desempeño en clase de estadista á los ínfulas heróicos; fastidióse muy pronto de estar sacrificando su salud y sus intereses en una costa esterilísima, y rendido Acre, no trató mas que de dar la vela; ni le cupo sincerar aquel despido tan mal visto con dejar al duque de Borgoña, y quinientos caballeros y diez mil infantes para el servicio de la Tierra Santa. El rey de Inglaterra, aunque de menor suposicion, lo aventaja en caudales y en pericia militar (72); y si el heroismo se cifra en el denuedo feroz e irracional, allá se encumbrará Ricardo Plantajeneta entre los héroes de aquel siglo. Duradera y esclarecida fue la memoria de Ricardo *Corazon de Leon* entre los súbditos, y á los sesenta años aun lo vitoreaban proverbialmente los nietos de Turcos y Sarracenos, contra quienes habia guerreado; y las madres Siríacas entonaban su nombre pavoroso para acallar á sus ninos, y á todo caballo asombradizo solia decir el jinete ¿Acaso estás viendo detrás de esa mata al rey Ricardo? (73) Procedia su crueldad con los Mahometanos de complexion y relijiosidad, pero no me cabe creer que un soldado de suyo tan voluntarioso y denodado en el manejo de su lanza, bastardease hasta el punto de afilar una daga contra su valeroso hermano Conrado de Monferrate, á quien mató en Tiro algun asesino oculto (74). Rendido Acre y faltando Felipe, encabezó el rey de Inglaterra á los cruzados para el recobro de la costa, añadiendo luego las ciudades de Jafa y de Cesarea á los trozos del reino de Lusiñan. Una marcha de mas de veinte leguas desde Acre hasta Ascalon fué una grandiosa é interesante refriega de once dias. Saladino, desbaratado su ejército, hace frente á diez y siete guardias, sin rendir el estandarte, ni cesar de redoblar sus timbales de bronce; rehace su jente, la escuadrona, y embiste al eco de los predicadores y heraldos clamando á los *unitarios* para que contraresten varonilmente á los Cristianos idólatras. Pero se dispara mas y mas el ímpetu de los idólatras, y Saladino, para precaver su ocupacion de una plaza importante al confin de Ejipto, tiene que volar los edificios y mu-

rallas de Acalon. Se encrudece el invierno, yacen las huestes, pero al asomo de la primavera se adelantan los Francos hasta una jornada de Jerusalen, bajo el estandarte arrollador del monarca inglés, salteando con su ardientísima actividad un convoy ó caravana de siete mil camellos. Habíase aposentado Saladino (75) en la Ciudad santa, pero el vecindario adolece de pavor y discordia; y por mas que ayune, rece, predique y se brinde á permanecer y arrostrar los desmanes de un sitio, sus Mamelucos, harto memoriosos del paradero de sus camaradas en Acre, apremian al sultan á voz en grito para que reserve su persona y el denuedo de todos ellos para la defensa venidera de la relijion y del imperio (76). Desahogáronse los Musulmanes con la retirada repentina, ó segun ellos conceptuaron milagrosa (77) de los Cristianos, quedando los laureles de Ricardo ajados con la trascendencia ó envidia de sus compañeros. Trepa el héroe á un cerro, y tapándose el rostro prorumpe con voz airada: «Cuantos no acudan á rescatar, serán indignos de ver el sepulcro de Cristo.» Llegado á Acre, sabe que el sultan ha sorprendido á Jafa, acude al vuelo con algunos barquillos mercantes, salta de los primeros en la playa; se rehace el castillo con su presencia, y le huyen hasta sesenta mil Turcos y Sarracenos. Venle luego indefenso, y revuelven sobre él á la madrugada; le hallan sin zozobra acampado ante las puertas con solos diez y siete caballeros y trescientos flecheros. Sin reparar en número, contraresta con teson el embate, y aun atestiguan sus mismos enemigos que el rey de Inglaterra empuñando su lanzon cabalgó desaforadamente desde el ala derecha hasta la izquierda sin tropezar con el menor contrincante que le atajase la carrera (78). ¿Estamos aquí escribiendo la historia de Roldan ó de Amadis?

En medio de estas hostilidades asoma desmayadamente una negociacion (79) entre Francos y Musulmanes; se formaliza, se quiebra y luego se anuda y desanuda de nuevo. Median rasgos de cortesanía réjia, regalos de nieve y frutas, trueques de halcones noruegos por caballos árabes, y con repetidos vaivenes van aprendiendo los monarcas que el cielo se desentiende de sus trances, y que no les cabe esperanzar victoria cabal, hasta despues de sus mutuos ensayos (80). Asoman al par quebrantos de salud en Ricardo y en Saladino, y entrambos igualmente padecen los desmanes de guerra casera y lejana; pues Plantajeneta se azora por el escarmiento de un competidor alevoso que le ha invadido la Normandía en su ausencia, y el sultan infatigable se lastima con los alaridos del pueblo que es víctima y de la soldadesca que es el instrumento de sus ímpetus guerreros. Encabeza el Rey de Inglaterra la restitucion de Jerusalen, de Palestina y de la verdadera cruz, pregonando con entereza, que así él mismo como toda su hermandad peregrina han de terminar sus vidas con aquel afan relijiosísimo, antes que volver á Europa con afrenta y remordimien-

to. Mas no se aviene la conciencia de Saladino, no mediando cuantiosísimas compensaciones, á restablecer los ídolos á promover la idolatría de los Cristianos; se aferra con igual ahinco en su derecho civil y relijioso á la soberanía de Palestina; se esplaya sobre el señorío y santidad de Jerusalen, y rechaza todo jénero de establecimiento ú particion con los Latinos. El enlace que propone Ricardo de su hermana con el hermano del sultan queda desecho por la diferencia en la fé; la princesa se horroriza con los abrazos de un Turco, y luego Adel ó Saladin, no se aviene á despedir un serrallo. Se desentiende Saladino de avistarse personalmente, alegando la ignorancia mutua del idioma, y así se entorpecia con las pausas y mañas de los intérpretes, y aun ajustado finalmente el convenio, chasqueó igualmente á los estremados en ambos partidos, y especialmente al pontífice Romano y al califa de Bagdad. Se pactó que Jerusalen y el santo Sepulcro se franqueasen sin tributo ni molestia á la peregrinacion de los Cristianos Latinos., que demolido Ascalon poseerian inclusivamente la costa desde Jafa hasta Tiro; que el conde de Trípoli y el príncipe de Antioquía quedarian comprendidos en la tregua, y que cesarian las hostilidades totalmente por tres años y tres meses. Juraron los caudillos principales de ambos ejércitos la observancia del tratado; pero los monarcas se dieron por satisfechos con su palabra mutua y el asimiento de sus diestras, y la majestad réjia se descargó de un juramento que lleva siempre consigo ciertos asomos de recelo y desdoro. Embarcóse Ricardo para Europa en busca de dilatado cautiverio y sepulcro anticipado, y en el espacio de cuatro meses cesaron la vida y los blasones de Saladino. Rasguean los Orientales su muerte ejemplar sucedida en Damasco, mas desconocen su reparto por igual de limosnas en las tres relijiones(81), y el enarbolamiento de un mortuorio por estandarte, advirtiendo al Oriente la instabilidad de las grandezas humanas. Se desploma la union del imperio con su fallecimiento, pues Saladino prepotente arrolla á los sobrinos; renacen los intereses encontrados de los sultanes de Ejipto, Damasco y Alepo (82), y los Francos ó Latinos permanecen, respiran y esperanzan en las fortalezas por la costa Siríaca.

El monumento mas esclarecido de la nombradía aterradora de un conquistador, es el diezmo Saladino, impuesto jeneral que se cargó á los seglares y aun al clero de la Iglesia latina para el servicio de la guerra sagrada. En estremo productiva era aquella planta para que cesase con su motivo, y aquel tributo vino á ser cimiento de todos los diezmos y réditos de cuantos beneficios eclesiásticos los pontífices Romanos han ido concediendo á los soberanos católicos, ó bien se han reservado para el uso directo de la sede apostólica (83). Aquella recaudacion pecuniaria no podia menos de interesar eficazmente á los papas en la reconquista de Palestina, y así difunto ya Saladino, siguieron predicando la cruzada, con cartas, legados

y misioneros; debiéndose esperanzar tantísimo logro del afan y desempeño de Inocencio tercero (84). Encumbráronse hasta la cima de la grandeza los sucesores de San Pedro bajo aquel sacerdote mozo y ambicioso, quien durante su reinado de diez y ocho años estuvo ejerciendo un mando despótico sobre emperadores y reyes hasta el punto de entronizarlos ó apearlos á su albedrío, y luego holló las naciones con entredichos, defraudándolas, por meses ó años, del culto cristiano, por culpas allá de los superiores. Obró en el concilio lateranense con ínfulas de soberano de levante y poniente, rindiendo Juan de Inglaterra la corona á las plantas de su legado, y pudiendo blasonar Inocencio de sus dos triunfos señaladísimos sobre al entendimiento y la humanidad, el establecimiento de la eucaristía, y el oríjen de la inquisicion. Emprendiéronse dos cruzadas, la cuarta y la quinta á su llamamiento; pero fuera de un rey de Hungría, príncipes de segundo órden acaudillaron á los peregrinos; fueron escasas las fuerzas para el intento, ni correspondió el resultado á los anhelos y esperanzas del papa y de los pueblos. La cuarta cruzada se desvió de la Siria encaminándose á Constantinopla, y la conquista del imperio griego ú romano por los Latinos formará el asunto propio y grandioso del capítulo siguiente. En la quinta hasta doscientos mil Francos vinieron á desembarcar (85) á la boca oriental del Nilo. Esperanzaban atinadamente que la Palestina quedaria sojuzgada desde el Ejipto, sólio y arsenal de los sultanes y los Mahometanos tuvieron que llorar la pérdida de Damieta con diez y seis meses de sitio. Pero el engreimiento y descoco del legado Pelagio desquició el ejército cristiano, quien á nombre del papa empuñó el baston de jeneral; encajonó á los enfermizos Francos entre las aguas del Nilo y las fuerzas orientales, y luego tan solo con la evacuacion de Damieta recabaron su retirada en salvo, algunas concesiones para los peregrinos y la restitucion tardía de la reliquia dudosa de la verdadera cruz. Debe achacarse hasta cierto punto aquel malogro á tanto redoble y agolpamiento de cruzadas, predicándolas tambien al mismo tiempo contra los Paganos de Livonia, los Moros de España, los Albijenses de Francia y los reyes de Sicilia, de la familia imperial (86). En servicio tan meritorio todo voluntario se hacia acreedor, desde casa, á la misma indulgencia espiritual con mayores galardones temporales, y hasta los papas, á impulsos de su ahinco ciego contra algun enemigo casero, solian trascordar las desventuras de sus hermanos siríacos. Desde el siglo último de las cruzadas se posesionaron del mando eventual de un ejército, con sus rentas adecuadas, y aun algunos argumentistas cavilosos han llegado á maliciar que la política romana, desde el primer sínodo de Plasencia fué la aparatadora y luego ejecutora de toda aquella mole. Carece de fundamento la sospecha, por su naturaleza y por la realidad del hecho. Siguieron, mas bien que encabezaron, los sucesores de san Pedro el rau-

dal de las costumbres y vulgaridades, y desentendiéndose del órden perpetuo de las estaciones y del cultivo del terreno, esquilmaron el fruto tan obvio como cuantioso de la supersticion contemporánea. Cosecharon el producto sin afan ni continjencia, y en el concilio lateranense manifestó su disposicion ambigua de enardecer personalmente á los cruzados; mas no sabia que el piloto de la sagrada nave desempuñase el timon, y así nunca cupo á la Palestina la bienaventuranza de la presencia de un pontífice Romano (87).

Escudaban los papas personas, familias y haberes de todo peregrino, y así aquellos ayos espirituales se apropiaron luego el encargo de señorear las operaciones, y robustecer con mandatos y censuras el desempeño de sus votos. Federico II (88), nieto de Barbaroja, vino á ser sucesivamente alumno, enemigo y víctima de la Iglesia. Cruzóse á los veinte y un años obedeciendo á su ayo Inocencio III, repitiendo la misma promesa en sus dos coronaciones real é imperial, y su enlace con la heredera de Jerusalen lo comprometió para siempre en la defensa del reino de su hijo Conrado. Mas creciendo Federico en edad y en madurez, se arrepintió de aquel empeño temerario de su mocedad, pues su despejo caballeroso y desengañado le enseñó á menospreciar los duendes de la supersticion y las coronas del Asia: fué orillando su rendido acatamiento á los sucesores de Inocencio, trayendo á su ambicion embargada con el afan de restablecer su monarquía italiana desde Sicilia hasta los Alpes. Mas el logro de aquel intento, iba á dejar los papas reducidos á su sencillez primitiva, y tras las dilaciones y escusas de doce años, estrecharon al emperador con encarecimientos y amagos para fijar el plazo y punto de su partida en demanda de la Palestina. Aparata en las bahías de Sicilia y Pulla una escuadra de cien galeras y otros tantos bajeles para el transporte y desembarco de dos mil y quinientos jinetes, con sus caballos y dependientes; sus vasallos de Nápoles y Alemania componian una hueste poderosa, y se abultó el número de los cruzados Ingleses, hasta sesenta mil segun el rumor jeneral. Pero la lentitud inevitable ó estudiada de tan grandiosos preparativos destroncó la pujanza, y apuró los abastos de los peregrinos mas menesterosos; dolencias y deserciones fueron desmoronando aquella mole, y el sitio abrasador de la Calabria anticipó los desmanes de una campaña siríaca. Por fin el emperador da la vela de Brindis con escuadra y ejército de cuarenta mil hombres; pero regresando arrebatadamente á los tres dias, sus amigos lo suponen indispuesto, y sus contrarios le tildan de voluntariamente pertinaz en su desobediencia. Escomulga el papa Gregorio IX á Federico por dilatar su voto, y le repite el año siguiente el anatema para tratar de cumplirlo (89), y mientras está guerreando bajo la bandera de la cruz, predican cruzada contra él por Italia, y de vuelta tiene que implorar indulto por los mismos agra-

vios que ha padecido. Se encarga de antemano al clero, y á las órdenes militares de Palestina que se le desentiendan de todo roce, y contraresten sus mandatos, y aun en su propio reino tiene el emperador que avenirse á que en sus reales se comuniquen las órdenes en nombre de Dios, y de la república cristiana. Entra Federico triunfante en Jerusalen, y con su propia diestra (pues ningun clérigo queria desempeñar aquel ministerio) toma la corona del altar del santo sepulcro. Fulmina el patriarca entredicho sobre la iglesia, profanada con su presencia, y los caballeros del hospital y del temple avisan al sultan que en su mano está el sorprenderle y matarle en su incauta visita al Jordan. En tan rematado estremo de fanatismo y bandería, desahuciada se halla la victoria y dificilísima la defensa; y luego el ajuste de paz ventajosa debe achacarse á las discordias entre Mahometanos y aprecio personal de la índole de Federico, á quien tachan de correspondencia y mutuo agasajo con los infieles, tan ajeno todo de un cristiano, y de zaherir la esterilidad del país, y prorumpir en el arranque profanísimo, de que si Jehováh viera el reino de Nápoles, nunca se acordara de la Palestina para herencia de su pueblo escojido. Alcanza Federico del sultan la devolucion de Jerusalen, Belen, Nazareto, Tiro y Sidon, franqueando á los Latinos vecindad y fortificacion en la ciudad; ratifican al par los secuaces de Jesus y de Mahoma el mismo código de libertad civil y relijiosa; y mientras aquellos están adorando el santo Sepulcro, rezan y predican estos en la mezquita del templo (90), desde donde el Profeta emprendió su viaje á las cielos. Laméntase el clero de tolerancia tan escandalosa, y va sucesivamente arrojando á los desvalidos Musulmanes; mas el objeto fundamental de las cruzadas queda cabalmente desempeñado sin derramamiento de sangre; se restablecen las iglesias, se cuajan los monasterios, y á los quince años ascienden á mas de seis mil los Latinos de Jerusalen. Vuelca tan suma paz y prosperidad, poco agradecida á su bienhechor, la irrupcion de las rancherías estrañas y bravías de Carizmios (91). Aquella pastorada (*) del Caspio se arroja disparadamente sobre la Siria, huyendo de las armas mogolas, sin que hermanados Francos y sultanes de Alepo, Hems y Damasco alcanzan á contrarestar el ímpetu de aquel raudal turbulento. Arrolla su furia cuanto asoma con muerte ó cautiverio; en una sola refriega quedan casi esterminadas las órdenes militares; y en cuanto al saqueo de la ciudad y la profanacion del santo Sepulcro, los Latinos confiesan y echan menos el miramiento comedido de Turcos y Sarracenos.

De las siete cruzadas emprendió las dos últimas Luís nueve, rey de Francia, quien perdió la libertad en Ejipto y la vida en las costas de Africa. Canonizáronle en Roma á los veinte y ocho años, aprontando hasta sesenta y cinco milagros, atestiguados solemnemente para sincerar la demanda del Rey santo (92). Testimonio mas honorífico le tributa la his-

toria ensalzando sus prendas de rey, héroe y hombre, pues sabia hermanar su bizarría guerrera con el atributo de justiciero, siendo padre de su pueblo, amigo de sus vecinos y pavor de los infieles. Tan solo la supersticion, colmadamente venenosa (93) estragó su entendimiento y su ánimo; su devocion bastardeó hasta el estremo de remedar y enloquecer los frailes pordioseros Francisco y Domingo; persiguió con afan ciego é implacable á los enemigos de la fé, y aquel rey tan á todas luces cabal se apeó dos veces del sólio en busca de aventuras espirituales de un caballero andante. Ufanísimo se mostrará un historiador monástico vitoreando la parte mas desdorosa de su índole, pero el gallardo desenfadado Joinville (94), que terció en amistad y cautiverio con Luís, rasgueó con su pincel naturalísimo el retrato de su sobresalencia y de sus nulidades. Con aquel conocimiento tan íntimo cabe el maliciar la mira política de doblegar á sus vasallos mayores, que se suele achacar á los cruzados réjios. Recabó Luís nueve, mas que todos los príncipes de la edad media el recobro de las prerogativas de la corona, pero en casa fué, y no en levante, donde granjeó; para sí mismo y para su posteridad: prorumpió en su voto á impulsos de su dolencia y su entusiasmo, y si fué el promovedor, fué tambien víctima de aquel sagrado desvarío. Con la invasion de Egipto, quedó exánime la Francia de tropas y tesoros; cuajó el mar de Chipre con mil y ochocientas naves, y por lo menos con cincuenta mil hombres, y si nos atenemos á su confesion propia y al relato de la vanagloria oriental, desembarcó hasta nueve mil y quinientos caballos, y ciento y cincuenta mil infantes, que cumplieron su peregrinacion á la sombra de su poderío (95).

Salta el primero á la playa Luís tremolándole al frente el oriflama; tiemblan los Musulmanes, y la ciudad fuertísima de Damieta, que habia costado á sus antecesores un sitio de diez y seis meses, queda desamparada al primer asalto. Pero es Damieta su primera y última conquista, y en las cruzadas quinta y sexta las mismas causas acarrearon idénticas desdichas (96). Tras una demora azarosa que va introduciendo una enfermedad epidémica, se adelantan los Francos desde la costa hasta la capital de Ejipto, y se empeñan en contrarestar la inundacion intempestiva del Nilo, que les ataja los pasos. Con la presencia del monarca denodado, barones y caballeros de Francia ostentan á porfía su menosprecio arrollador de peligros y disciplina; su hermano, el conde de Artois con denuedo desaforado asalta el pueblo de Macura y el corro de palomas participa al vecindario del Cairo que se perdió todo. Pero un soldado que luego usurpó el cetro, rehace á los fujitivos; se rezaga mucho la vanguardia, el cuerpo principal de los Cristianos, arrollan y matan á Artois. Diluvia el fuego griego sobre los invasores, las galeras ejipcias señorean el Nilo y los Arabes la comarca; les atajan los abastos; recrecen por dias la dolencia y el hambre, y la retirada se conceptua al propio tiempo precisa é

inasequible. Confiesan los escritores orientales que Luís tuvo en su mano el salvarse desamparando á los suyos; queda prisionero con los mas de sus nobles; y cuantos no alcanzan á conservar sus vidas por medio de sus servicios ó del rescate son bárbaramente degollados, coronando luego las almenas del Cairo con un cordon de cabezas cristianas (97). Aherojan al rey de Francia, pero el vencedor jeneroso, biznieto del hermano de Saladino, envia un ropaje honorífico al cautivo rejio, quien feria su rescate y el de sus soldados con la devolucion de Damieta (98) y el pago de ochocientas mil piezas de oro. En aquel clima blando y halagüeño, los hijos ya bastardos de Nuredin y Saladino eran incapaces de contrarestar á la flor de la caballería europea: triunfaron con las armas de sus esclavos los Mamelucos, naturales fuertísimos de Tartaria, comprados de niños á los traficantes de Siria, y se educaban en los reales ó el palacio del sultan. Renueva luego el ejemplar azaroso de la guardia pretoriana, y la saña de aquellas fieras azuzadas contra los advenedizos se ensaña luego para devorar á su bienhechor. Engreido con su conquista, Turan Shaw el primero de su alcurnia, fenece á manos de los Mamelucos, y los asesinos mas arrojados entran en el aposento del rey cautivo, enarbolan sus cimitarras y empapan sus manos en la sangre del sultan. La entereza de Luís enfrena sus desacatos (99), y la codicia se sobrepone á su crueldad y á sus creencias; cúmplese el tratado y el rey de Francia es árbitro de embarcarse con los restos de su ejército para la Palestina. Malgasta cuatro años en el recinto de Acre, imposibilitado de visitar á Jerusalen y haciéndosele muy cuesta arriba el regresar desdorado á su patria. El recuerdo de su descalabro movió por fin á Luís, despues de diez y seis años de cordura y sosiego, á emprender la séptima y última cruzada. Prospera su hacienda, se engrandece su reino, crece una nueva jeneracion de guerreros, y se embarca con lozana confianza capitaneando seis mil caballos y treinta mil infantes. Habia la pérdida de Antioquía motivado aquella empresa; la esperanza disparatada de bautizar al rey de Túnez lo induce á surcar para la costa de Africa, y la hablilla de tesoros inmensos acalla á sus tropas sobre la dilacion de su viaje á la Tierra Santa. En vez de un allegado, se encuentra con un sitio; el Francés desmaya y fenece por los arenales abrasadores; espira San Luís en su tienda, y no bien cierra los ojos, cuando su hijo y sucesor enarbola señal de retirada (100). «Así pues» dice un agudo escritor, un rey cristiano fallece junto á las ruinas de Cartago, guerreando contra los secuaces de Mahoma, en un terreno donde habia Dido entronizado las deidades de Siria (101).»

No cabe disposicion mas injusta y delirante que la de sentenciar los naturales del pais á servidumbre perpetua, bajo el albedrío indómito de advenedizos y esclavos; pero tal fué el estado de Ejipto por mas de qui-

nientos años. Los sultanes mas esclarecidos de las dinastías Baharita y Borjita (102) descollaron allá de las cuadrillas Tártaras y Circasianas, y los veinte y cuatro beyes ó adalides, siempre tuvieron por sucesores no sus hijos sino sus sirvientes. Alegan su ejecutoría de fueros en el tratado de Selim primero con la república (103), y el emperador Otomano acepta todavía un leve reconocimiento de tributo y subordinacion de parte del Ejipto. Con tal cual intermedio vividor de paz y arreglo, sobresalen ambas dinastías con sus larguísimas temporadas de rapiña y matanza (104), pero su sólio, en medio de mil vaivenes, siguió estribando sobre las dos columnas del valor y la disciplina; abarcaba su señorío el Ejipto, la Nubia, la Arabia y la Siria; se fueron redoblando los Mamelucos desde ochocientos hasta veinte y cinco mil jinetes, rechazándolos mas y mas con la milicia provincial de ciento y siete mil infantes y el auxilio eventual de sesenta y seis mil Arabes (105). No cabia que príncipes tan poderosos y denodados tolerasen por sus costas nacion alguna advenediza é independiente, y si el esterminio de los Francos se fué prorogando hasta unos cuarenta años, dependió la dilacion de los afanes de un reinado mal seguro, de la invasion de los Mogoles y del auxilio casual de algunos peregrinos belicosos. Suena entre ellos á los oidos ingleses el nombre de nuestro primer Eduardo, que se cruzó en vida de su padre Enrique, Capitanea el conquistador venidero de Gales y Escocia como mil soldados y liberta la ciudad de Acre de un sitio; marcha hasta Nazaret con una hueste de nueve mil hombres, compite en nombradía con su tio Ricardo, impone con su valor una tregua (a) de diez años, y salva la vida con una herida mortal de la daga de un *asesino* fanático (106) †. Antioquía, mas espuesta por su situacion á los quebrantos de la guerra sagrada, quedó allanada y destruida por Bondocdar, ó Bihars, sultan de Ejipto y Siria; finó el principado Latino, y el primer solar del Cristianismo quedó despoblado con la matanza de diez y siete mil y el cautiverio de cien mil moradores. Las poblaciones marítimas de Laodicea, Gábala, Trípoli, Berito, Sidon, Tiro y Jafa con los castillos mas fuertes de los Hospitalarios y Templarios, fueron sucesivamente feneciendo, reduciéndose todo el ámbito de los Francos á la mera ciudad y colonia de San Juan de Acre, nombrada á veces bajo la denominacion mas clásica de Tolemais.

Perdida Jerusalen, Acre (108), distante cerca de veinte y cinco leguas, ascendida á la sazon á metrópoli de los Cristianos Latinos, se realzó con edificios esplendorosos y fuertísimos, acueductos, puerto artificial y muralla doble. Redoblóse mas y mas su vecindario con el raudal incesante de peregrinos y fujitivos; y en los intermedios de hostilidades el comercio de levante vino á refundirse en su cómodo fondeadero, aprontando sus mercados los productos de todos los climas y los intérpretes de todos

los idiomas. Pero en aquel agolpamiento de naciones cundieron y se practicaron infinitos vicios, pues los habitantes de ambos sexos en Acre se conceptuaban los mas estragados de todos los discípulos, así de Jesus como de Mahoma, sin que el rigor de las leyes alcanzase á enfrenar los ímpetus relijiosos, pues encerraba la ciudad varios soberanos y carecia de gobierno, ejerciendo su mando independiente los reyes de Jerusalen y de Chipre, de la casa de Lusiñan, los príncipes de Antioquía, los condes de Trípoli y de Sidon, los grandes maestres del Hospital, del Temple y del órden Teutónico, las repúblicas de Venecia, Jénova y Pisa, el legado del papa, los reyes de Francia y de Inglaterra: hasta diez y siete tribunales ejercitaban su potestad de vida y muerte; todo reo se guarecia en el barrio contiguo, y los celos mutuos nacionales se solian disparar con demasías sangrientas y violentísimas. Algunos aventureros, mancilladores de su insignia de la cruz, suplian sus escaseces salteando las aldeas mahometanas. Despojaron y ahorcaron los Cristianos á diez y siete traficantes Siríacos que comerciaban al resguardo de la fé pública y negándose al desagravio quedaron sinceradas las armas del sultan Khalil. Marcha sobre Acre acaudillando ciento y cuarenta mil infantes y sesenta mil caballos; grandioso y prepotente era su tren de artillería (si cabe aquí esta expresion); una sola máquina desarmada emplea hasta cien carretas para su transporte, y el historiador rejio Abulfeda, que servia en las tropas de Hamah, presenció aquella guerra sagrada. Viciosísimos son los Francos, mas revive su denuedo con el entusiasmo y la desesperacion; pero los desgarran las desavenencias de diez y siete caudillos, y los abruma por donde quiera la prepotencia del sultan. A los treinta y tres dias de sitio, los Mahometanos arrollan la muralla doble; las máquinas dan al través con el torreon principal; asaltan en torno los Mamelucos, se toma la ciudad, y servidumbre ó muerte es el paradero de sesenta mil Cristianos. Contraresta tres dias mas el enemigo el convenio, ú sea fortaleza de los Templarios, pero traspasa un flechazo al gran maestre, y de quinientos caballeros quedan vivos tan solos diez, mas desventurados que las víctimas del acero puesto que pararon en el cadalso levantado por la proscripcion injusta é inhumana de toda la órden. Logran retirarse á la playa el rey de Jerusalen, el patriarca y el gran maestre del Hospital, pero está la mar embravecida y son los bajeles insuficientes y se ahogaron un sin número de fujitivos sin poder aportar en la isla de Chipre, que podia consolar á Lusiñan de la pérdida de Jerusalen. Quedan arrasadas al par iglesias y fortalezas de las ciudades latinas, por disposicion del sultan. Codicia ó temor abren todavía el santo Sepulcro á tal cual peregrino devoto é indefenso, y enmudece solitaria y sin consuelo aquella costa donde resonaron por tanto tiempo *las refriegas del orbe entero* (109).

NOTAS

correspondientes al capítulo quincuajésimonono.

(1) Refiere Ana Comnena las conquistas de su padre en el Asia Menor Alexiad. l. XI. pag. 321—325, l. XIV, p. 419. La guerra de Cilicia contra Tancredo y Bohemundo p. 328—342; la guerra del Epiro con enfadosa difusion l. XII, XIII. p. 345—406; la muerte de Bohemundo l. XIV, p. 419.

(2) Sujetáronse sin embargo los reyes de Jerusalen á una dependencia nominal, y en las fechas de sus rótulos (pues queda todavía uno lejible en la iglesia de Belen), anteponian acatadamente el nombre del emperador al propio (Ducange), Disertaciones sobre Joinville XXIII. p. 319.).

(3) Añade Ana Comnena, que para redondear el remedo, lo encerraron con un gallo muerto*; y viene á pasmarse de como pudo el bárbaro aguantar el encierro y la pesadumbre. Ignoran los Latinos esta conseja descabellada.

(4) En la geografía Bizantina Απο Θυλης, tiene que significar la Inglaterra mas nos consta con mayor verosimilitud que nunca nuestro Henrique I se aviniera al alistamiento de tropas en su reino. (Ducange, Not. ad Alexiad. p. 41.).

(5) La copia del tratado (Alexiad. l. XIII. p. 416) es un orijinal curiosísimo, que requeria y pudiera proporcionar un mapa individual del principado de Antioquía.

(6) Véase en la erudita obra de M. de Guignes (tom. II. part. II.) la historia de los Seljukios de Ironio, Alepo y Damasco, en cuanto se rastrea por los Griegos, Latinos y Arabes; los últimos ignoran ó desatienden los nogocios de *Roum*.

(*) Los escritores griegos, Zonaras p. 2.3o3, y Glyco p. 334 concuerdan con la historia de la princesa Ana, escepto en la añadidura desatinada del gallo muerto. Cita Ducange algunos ejemplares, en que los príncipes *Normandos* acudieron al mismo ardid, con cuya autoridad propende Wilkes á creer el hecho. Apéndice al tom. II. p. 14.—M.

(7) Jenofonte y Estrabon mencionan á Iconio como uno de los altos ó parados, con el dictado volandero de Κωμοπολις (Celario, tom. II. p. 121.). Sin embargo S. Pablo halló allí mismo un jentío (πληθος) de Judíos y Paganos. Descríbese bajo el nombre adulterado de *Kunijah*, como ciudad populosa, á tres leguas del cerro, con rio y jardines, y realzada (no sé como) con el túmulo de Platon (Abulfeda tab. XVII. p. 327. vers. de Reiske, y el índice jeográfico de Shelten del Shusaid.).

(8) Para el suplemento á la primera cruzada, véase Ana Comnena. (Alexiad. l. XI. p. 381. etc. y el tomo VIII. de Alberto Aquense.).

(9) Para la segunda cruzada de Conrado III y Luis VII. Véase Guillermo de Tiro, (l. XVI. c. 18—29.). Oton de Fresingero (l. I. c. 34-46, 53 y 60.), Museo de París (Hist. Mayor. p. 68.), Strav. (Corpus Hist. Germaniae, p. 372, 373.), Scriptores Rerum Franciscorum Duchesne tom. IV. Nicetas in Vit. Manuel, l. I. c. 4, 5, 6. p. 41—48. Cinamo l. II. p. 41—49.

(10) Para la tercera cruzada de Federico Barbaroja, véase Niceta in Isaac Angelo l. II. c. 3—8. p, 257—266. Strav. (Corpus Hist. Germ. p. 418), y los dos historiadores que probablemente presenciaron los hechos Tangino (in Scriptor. Freher.) y tom. I. p. 409—416. edit. Strav. y el autor anónimo de expeditione Asiatica Frederic. I. (in Canisii Antiq. lectionem, tom. III. p. II. p. 498—526, edit. Bosnage.).

(11) Ana, quien redondea estos últimos enjambres en 40.000 caballos y 100.000 infantes, los apellida Normandos, acaudillándolos con dos hermanos de Flandes. Ignorantísimos solian estar los Griegos en cuanto á nombres, alcurnias y posesiones de los Latinos. (*)

(12) Guillermo de Tiro y Mateo de París cuentan hasta 70.000 coraceros en cada hueste.

(13) Cinamo menciona el computo (εννενηκοντα μυριαδες), desaliñado, corroborándolo Odon de Diojilo en Ducange y Cinamo, con la suma deslindada de 900.556. ¿Porqué pues la version y el comentario han de suponer el total mas comedido ajuste de 90.000? Y no esclama Godofredo de Viterbo (Pantheon, p. XIX. en Muratori tom. VII. 462.).

Numerum ad poscere quæras,
Millia millena militis agmen erat.

(*) Era la primera historia de peregrinos acaudillada por el arzobispo de Milan y el conde Alberto de Blandras, que allá se arrojaron á lo que saliere, y con ejército disciplinado en una empresa no desacertada, de habérselas con el corazon del poderío mahometano, atacando al sultan en Bagdad. En cuanto á sus aventuras y paradero, véase á Wilken, tom. II. p. 120. —M.

(14) Alberto de Stade es quien da este cómputo disparatado, el mio se ha tomado de Godofredo de Viterbo, Arnoldo de Lubeck, apud eundem y Bernard. Thesauc (c. 169. p. 804.). Los escritores orijinales callan. Los Mahometanos le dan 200.000, ó 260.000 hombres (Bohadin in Vita Saladin, p. 110.).

(15) Tengo que advertir como en las cruzadas segunda y tercera, los Griegos y Orientales apellidan *Alemanes* á los súbditos de Conrado y de Federico. Los Lechos y Trechos de Cinamo son los Polacos y Bohemos, reservando para los Franceses la denominacion antigua de Germanos. Nombra tambien á los Βριττος, Βριτανvοι.

(16) Niño era Nicetas en la cruzada segunda, pero mandó en la tercera el punto importante de Philippopolis. Cinamo se halla contajiado con el orgullo y las vulgaridades nacionales.

(17) Tilda Nicetas la conducta de los Filadelfos, el aleman anónimo vitupera tambien á sus paisanos como carriles (culpâ nostrâ). Agradable fuera la historia, si no adoleciese mas que de tamañas contradicciones. El mismo Nicetas nos refiere el desconsuelo relijioso y humano de Federico.

(18) Χθαμαλη εδρα, que Cinamo traduce en latin con la voz Σελλιον. Afánase Ducange en sincerar á su rey y su patria de tamaño baldon (sobre Joinville, dissertat. XXVII. p. 317—320. Insistió despues en un avistamiento in mari ex æquo, y no ex equo, segun la leccion irriscible de algunos MSS. (*)

(19) Ego Romanorum imperator cum ille Romaniorum (Anonim. Canif. p. 512.). El estilo público é histórico de los Griegos era Ρηξ... *princeps*. Confiesa sin embargo Cinamo que Ιμπερατορ es sinónimo de Βασιλευς.

(20) En las cartas de Inocencio III. (XIII. p. 184.), y la historia de Bohadin (p. 129 y 130) véanse las miras de un papa y de un cahdi, en esta tolerancia peregrina.

(21) Los reyes de Francia, como condes del Lesino, eran vasallos y abogados del monasterio de san Dionisio. El pendon propio del santo que recibian de mano del abad, era cuadrado y su color rojo ó *encendido*. El *oriflama* descolló en los ejércitos franceses, desde el siglo XIII hasta el XVI (Ducange sur Joinville, Dissert. XVIII. p. 244—258.).

† Tenia Conrado avanzada parte de su ejército sobre la carretera central entre la de la misma costa y la que iba á Irenio, pero vendido por los Griegos se quedó sin ejército y sin haber peleado. Wilken. vol. III. p. 565. Michaud, vol. II. p. 156. Vuelve Conrado á avanzar con Luís hasta Efeso y desde allí con el brindis de Manuel, volvió á Constantino-

(*) Este era el intento de los peregrinos con el arzobispo de Milan.—M.

pla, y Luis fue quien al tránsito del Meandro, se empeñó en un trance esclarecido.» Wilken tom. III. p. 179. Michaud, vol. II. p. 160. Gibbon siguió á Nicetas. — M.

† Bajaron de una cumbre á un valle amenísimo que yacia á sus plantas. Se apoderan los Turcos de una eminencia que separa las dos divisiones, y traban la pelea. Los historiadores modernos traen diversamente el encuentro al cual debió Luis su salvamento, que Gibbon apunta con la frase indecorosa «trepó á un arbol.» Segun Michaud, tom. II. p. 164, se encaramó el rey á un peñasco y se respaldó á un arbol, pero segun Wilkes vol. III. p. 182, fue subiendo trabajosamente asido á las raíces de un árbol, y por fin desde lo alto logró defenderse hasta la noche. — M.

(22) Las historias francesas orijinales de la segunda cruzada son el Gesta Ludovici VII, publicado en el tomo IV de la coleccion de Duchesne. Contiene el mismo volúmen las cartas originales del rey, de su Ministro Suger etc. documentos esquisitos de historia auténtica.

(23) Terram horroris et sanguinis, terram siccam, sterilem, inamænam. Anonym. Canitri, p. 417. Lenguaje enfático de un paciente.

(24) Gens innumera, silvestris indomita, prædones sine ductore. Pudo el Sultan lograr complacerse entrañablemente con su derrota. Anonimus Canis. p. 517, 518.

(25) Véase el escritor anónimo en la coleccion de Canisi, Tagino y Bohadin (Vita Saladin p. 119, 120; la conducta ambigua de Kinlise Anlag, sultan de Cogni, quien odiaba y temia tanto á Saladino como á Federico.

(26) El afan de parangonar dos prohombres ha inclinado á varios escritores para ahogar á Federico en el rio Cidno, donde se bañó tan desatinadamente Alejandro (Quint. Cur. l. III. c. 4 y 5); mas por la marcha del emperador, mas bien conceptuo, que el Saleph viene á ser propiamente el Calycadnus, corriente de menor nombradía, pero de mas largo cauce. *

(26) Marino Sancito, A. D. 1321, sienta como precepto. Quod stolas ecclesiæ per terram nullatenus est ducenda. Desata con el auxilio divino la objecion ó escepcion mas bien de la primera cruzada (Secuta Fidelium Crucis, l. II. pars. c. I. p. 37.).

(28) La noticia mas cabal y auténtica acerca de san Bernardo se halla en sus propios escritos publicados en edicion esmerada por el Padre Mabillon, y reimpresos en Rusia entre 1750, seis tomos en folio. Cuanto la

(*) Llaman ahora el Girama, cuya carrera está descrita en los viajes de M. Donual Kinners.—M.

amistad puede recapacitar y añadir la supersticion se contiene en las dos vidas por sus discípulos en el tomo VI ; y cuanto la irritacion y la crítica alcanzan á deslindar, se hallará en el prólogo del editor Benedictino.

(29) Clairvaux, apellidado el valle del Absinth, está emboscado junto á Bar sur l' Aube en Champagne. Se abochornara san Bernardo al presenciar el boato de la Iglesia y del monasterio, y preguntando por la librería le enseñaron una cuba con miles de cántaras de vino, que casi compite con las de Heidelberga (Miscelanea sacada de una gran biblioteca tom. XLVI. p. 15—20. *

(30) Discípulos del santo (Vita prima l. III. c. 2. p. 1232. Vit. secum. c. 15. N.° 46. p. 1383.) quienes recuerdan un ejemplar portentoso de su relijiosidad apática. Juxta lacum etiam Lausanensen totius diei itinere pergens, penitus non attendit aut se videre non vidit. Cum enim vespere facto de eodem loco socii colloquerentur, interrogavit eos ubi lacus ille esset, et mirati sunt universi. Para estrañar ó menospreciar aquella particularidad, el lector debiera como yo presenciar tan peregrina perspectiva desde las ventanas de su librería.

(31) Othon de Fresinga l. I. c. 4. Bernard. Epist. 353. ad Francos Orientales. Opp. t. I. p 328. Vit. prima c. 4. t. VI. p. 1235.

(32) Mandasti et obedivi... multiplicati sunt super numerum; vacuantur urbes et castella et *pene* jam non inveniunt quem apprehendant septem mulieres unum virum; ades ubique viduæ viris remanent viris. Bernard. Epist. p. 247. Hay que estar alerta en no convertir el *pene* en sustantivo. **

(33) Quis ego sum ut disponam acies, ut egrediar ante facies armatorum, aut quid tam remotum à professione mea, si vires, si peritia etc. Epist. 256. t. I. p. 259. Habla con menosprecio del ermitaño Pedro, vir quidam. Epist. 363.

(34) Sic dicunt forsitan isti, unde scimus quod à Domino fermo egres-

(*) Gibbon cuya narracion de las cruzadas es de las menos cabales, desmerece aquí en cuanto al despejo con que suele agolpar hechos y personajes, chasquea aquí al lector trasponiendo indisculpablemente la vida de S. Bernardo y su peregrina oratoria, despues de la segunda cruzada, habiéndola en gran parte acaudillado. —M.

(**) Mas noble era el objeto de Bernardo en su espedicion á Alemania — esto es, atajar la persecucion horrenda é inhumana de los Judíos, que se estaba aparatando por el monje Rodulfo, para renovar las escenas pavorosas que antecedieran á la primera cruzada, por las ciudades populosas de las orillas del Rin. Reconocen con los Judíos la intervencion muy cristiana de S. Bernardo. Véase un estracto curioso de la Historia de Joseph ben Mair. Wilkes, vol. III. p. I. y p. 61. —M.

sus sit? Quæ signa tu facis ut credamus tibi? Non est quod ad ista ipse respondeam; parcendum verecundiæ meæ, responde tu pro me, et pro te ipse, secundum quæ vidisti et audisti, et secundum quod te inspiraverit Deus. Consolat. l. II. c. I. Opp. tom. II. p. 421.—423.

(35) Véanse los testimonios in vita prima, l. IV. c. 5, 6. Opp. t. VI. p. 1258—1261. l. VI. c. 1—17. p. 1286—1314.

(36) Abulmahassen apud de Guignes, Hist. des Huns, t. II. p. II. p. 99.

(37) Véase su *artículo* en la Biblioteca Oriental de D'Herbelot y M. de Guignes t. II. p. 1. p. 230—261. Era tan sumo su valor que se le apellidaba segundo Alejandro, y tan exorbitante el cariño á sus vasallos, que aun estarian haciendo plegarias por el sultan un año despues de su muerte; pero Sangiar pudo caer prisionero de los Francos, al par que de los Usos. Vino á reinar unos cincuenta años (A. D. 1103—1152.), y era un patrono dadivoso de la poesía Persa.

(38) Véase la cronolojía de los Atabekes de Irak y Siria en de Guignes, tom. I. p. 254; y los reinados de Zenghi y Nuredin en el mismo escritor (tom. II. p. II. p. 147—221.), quien se vale del estilo arábigo de Benelathir, Ben Shonna y Abulfeda; la Biblioteca oriental en los artículos *Benelarhir* y *Noureddin*, y las dinastías de Abulfaraje, p. 250—267. vers. de Pocok.

(39) Guillermo de Tiro (l. XVI, c. 4, 5, 7.) refiere la pérdida de Edesa, y la muerte de Zenghi. El trastorno de su nombre en *Sanguin*, aprontó á los Latinos la alusion consoladora de su *sanguinaria* índole, propio de sanguine sanguinolentus.

(40) Noradio (dice Guillermo de Tiro, l. X. 33.) maximus nominis et fidei Christianæ persecutos, princeps tamen justus, vafer, providus, et secundum gentis suæ traditiones religiosus. A este católico testigo podemos añadir el primado de los Jacobitas (Abulfaraje p. 267); quo non alter erat inter reges vitæ ratione magis laudabili, aut quæ pluribus justitiæ experimentis abundaret. El verdadero loor de los principes suena despues de su muerte, y de boca de sus enemigos. *

(41) Guillermo de Tiro, refiere por el embajador (l. XIX. c. 17, 18.) las particularidades en el alcázar del Cairo. Halláronse con el tesoro del califa una perla del tamaño de un huevo de paloma, un rubí del peso de diez y siete dragmas ejipcias, una esmeralda de palmo y medio de largo con varias vasijas de cristal y de porcelana (Renaudot, p. 536.)

(42) *Mameluc*, en plural *Mameric*, se define pero Pocok (Prolegom.

(*) Sobre las conquistas de Nouredin, véanse los estractos arábigos que anteceden á la segunda parte del tomo tercero de Wilkes.

ad Abulpharag. p. 7.), y D'Herbelot (p. 545.) servum emptitium, seu qui pretio numerato in domini possessionem cedit. Ocurren con frecuencia en las guerras de Saladino (Bohadin, p. 236.); únicamente los Mamelucos *Bahartius* fueron los introducidos en Ejipto por sus descendientes.

(43) Jacobo de Viriaco (p. 1146) no cuenta con el rey de Jerusalen mas que 374 caballeros. Francos y Musulmanes al par espresan el número superior de sus enemigos, diferencia que se desvanece coartando ú omitiendo los Ejipcios.

(44) Era la Alejandria de los Arabes, allá como término medio entre la de los Griegos y Romanos y la de los Turcos (Savary, Cartas sobre el Ejipto, tom. I. p. 25 y 26.). *

(45) Sobre esta gran revolucion del Ejipto, véase á Guillelmo de Tiro (l. XIX. 5, 6, 7. 12—31. XX. 5—12.). Bohadin (in Vit. Saladin p. 30—39.), Abulfeda (in Excerp. Schultens, p. I. 12, D'Herbelot (Biblit. Orient. *Adhel*, *Faihemat*, pero muy desaliñado). Renaudot Hist. Patriarch. Alexandriæ p. 522—525, 532—537). Vertot (Hist. des Chevaliers de Malthe, tom. I. p. 141—163 en 4.°) y M. de Guignes (tom. II. p. 185—215.).

(46) Sobre los Curdos, véase de Guignes tom. I. p. 416, 417, el indice Geográfico de Schuldens y Tavernier, viajes p. I. p. 308, 309. Descendian los Ayubitas de la tribu de los Randianos, una de las mas esclarecidas, mas estando contajiados con la ciencia de la Metempsícosis; los sultanes ortodojos apuntaban que su descendencia era tan solo por la linea materna, y que su fundador era un advenedizo que se avecindó entre ellos.

(47) Véase el libro IV del Anabasis de Jenofonte. Los sectarios de los Carduchios lastimaron mas á los diez mil que el boato fementido del gran rey.

(48) Debemos al catedrático Schulten (Lugd. Bat. 1755.) en folio, los materiales mas cumplidos y auténticos; una vida de Saladino por su amigo y ministro el Cadhi Bohadin, con estractos muy henchidos de la historia de su pariente el principe Abulfeda de Hamah. Podemos añadir el artículo *Salahaddin* en la Bibliteca Oriental, y cuando sabe ir allá rastreando de las Dinastías de Abulfaraje.

(*) Se pactó en el tratado que tanto Arabes como Cristianos debian evacuar el Ejipto. Wilkes tom. III. p. II. p. 113.—M.

Los caballeros Templarios, horrorizados con la quiebra alevosa del tratado, y en parte tal vez por zelos de los Hospitalarios, se desentendieron de la empresa. Guelle de Tiro c. XX. p. 50. Wilken, tom. III. p. II p. 117.—M.

(49) Siendo el mismo Abulfeda Ayubita, se hace acreedor al elojio de remedar en modestia á su fundador.

(50) Historia Hierosol. in et Gesta Dei per Francos, p. 1152. Se hallará un ejemplo semejante en Joinville (p. 42. edicion del Luvre); pero el relijiosísimo S. Luís se desentendia de condecorar á infieles con la órden de la caballería cristiana (Ducange, Observaciones, p. 70.).

(51) En todos estos dictados arábigos, se sobrentiende siempre *relijioso Nureddin*, lumen *Exedin*, decus, *Amadoddin* columen: el nombre propio de nuestro héroe era Josef, y se le apellidaba *Salaheddin* salus; Al *Malichus*, Al *Nasirus* rex defensor; *Abu Modasur*, pater victoriæ. Shulten, Prólogo.

(52) Abulfeda, descendiente de un hermano de Saladino, advierte con varios ejemplos, que los fundadores de historias cargaban con la responsabilidad, cediendo el galardon sus colaterales inocentes. (Excerp. p. 10.).

(53) Véanse su vida é índole en Renaudot, p. 537—548.

(54) Celébranse sus virtudes civiles y relijiosas en el primer capítulo de Bohadin (p. 4—30.), como testigo ocular y honrado supersticioso.

(55) En varias obras y especialmente en el paso de Josef en el castillo del Cairo se han solido equivocar el sultan y el patriarca, con la ignorancia de los naturales y de los viajeros.

(56) Anónimo de Canisio, tom. III. p. II. p. 504.

(57) Bohadin, p. 129, 130.

(58) En cuanto al reinado latino de Jerusalen, véase Guillermo de Tyro, desde el libro IX hasta el XXII. Jacobo de Viriaco, Hist. Hierosolim, l. III. y Sanuto, Secreta Fidelium Crucis, l. III. p. VI, VII, VIII y IX.

(59) Templarii ut apes bombabant et Hospitalarii ut venti stridebant, et barones se exitio offerebant, et Turcopoli (las tropas lijeras cristianas, semetipsi in ignem injiciebant (Ispahani de Expugnatione Kudirtica, p. 18 apud Sultens) muestra de la elocuencia arábiga, algo diversa del estilo de Jenofonte.

(60) Afirman los Latinos, y los Arabes apuntan la traicion de Raimundo, pero si en realidad abrazara su relijion, fuera santo y héroe para los últimos. *

(*) El dictámen de Raimundo precaviera el desamparo de un campamento seguro y abundante de agua junto al Sephoris. El valor temerario é insolente del gran maestro de los Templarios, que antes habia espuesto los cristianos á un descalabro sobre el arroyuelo Kishon, precisó al endeble rey á renovar la determinacion de un consejo de guerra y entrometer ó encajonar el ejército en una cañada entre riscos, cerca de Bittin, sin agua. No huyó Raimundo

(61) Renaud Rejinaldo ú Arnoldo de Chatillon se celebra por los Latinos en su vida y muerte, pero se halla todo mas circunstanciado en Bohadin y en Abulfeda, y Joinville (Hist. de San Luis p. 70.) echado á la práctica de Saladino en no dar muerte á quien hubiere probado el pan y la sal. Habíanla sufrido algunos de los compañeros de Arnold, quedando como sacrificados en un valle cercano á la Meca; ubi sacrificio mactantur (Abulfeda p. 32.).

(62) Vertot, quien describe adecuadamente la pérdida del reino y de la ciudad (Hist. des Chevaliers de Malta, tom. I. l. II. p. 226—278.), inserta las cartas orijinales de un caballero de la órden templaria.

(63) Renaudot, Hist. Patriarch, Alex. p. 545.

(64) En la conquista de Jerusalen Bohadin (p. 67—75) y Abulfeda (p. 40—43.) son nuestros testigos mahometanos. De los Cristianos, Bernardo Tesauro (c. 151—167.) es el mas estenso y auténtico. Véase tambien Mateo de Paris (p. 120—124.).

(65) Los sitios de Tiro y de Acre se hallan mas esplayados, en Bernardo el tesorero (de Acquisitione Terræ Sanctæ, c. 167—179) el autor de la Historia Hierosolymitana (p. 1150—1172. en Bongar.). Abulfeda (p. 43—50.) y Bohadin (p. 75—179.).

(66) He seguido una esposicion comedida y probable del hecho; en cuanto á Vertot, que se atiene sin reparo á una conseja anovelada, el marqués anciano queda espuesto á los flechazos de los sitiados.

(67) Normanni et Gothi et cæteri populi insularum quæ inter occidentem et septentrionem sitæ sunt, gentes bellicosæ, corporis proceri, mortis intrepidæ, bipennibus armatæ, navibus rotundis, quæ Isnachiæ dicuntur, advectæ.

(68) El historiador de Jerusalen (p. 1108) añade las naciones de Le-

hasta despues de perdida sin recurso la batalla, y entonces al parecer los Sarracenos abrieron su formacion para franquearle el paso. El cargo de aconsejar el sitio de Tiberio, aparece ajeno de fundamento. Raimundo positivamente acudió á dos intentos, siendo de suyo muy perspicaz, previendo el desespero de una refriega con Saladino, y ateniendose en todo trance al tratado, y aunque manteniéndose con armas y consejos en el ejército, siguió sin embargo correspondiéndose amistosamente con los Mahometanos. Véase á Wilken tomo III. p. II. 277 y sig. Michaud. vol. II. p. 278 y sig. Este se muestra mas propenso aun que Wilken á Raimundo, quien murió repentinamente, á poco de la batalla de Bittin. Cita una carta puesta en nombre de Saladino por el Cadhi Alfeld, para demostrar que los Mahometanos conceptuaban á Raimundo por el enemigo mas aborrecido y temible de los Cristianos. «Ningun sujeto de suposicion se salvó sino el conde de Trípoli á quien Dios maldiga. Dios lo mató á poco tiempo, y lo envió del reino de la muerte al profundo infierno.» —M.

vante, desde el Tigris hasta la India; y las tribus negras moriscas y jeturias, peleando el Asia y el Africa contra la Europa.

(69) Bohadin p. 180; matanza que no desmienten ni vituperan los historiadores cristianos. Alacriter juxta complentes (los soldados ingleses) dice Galfredo de Vineravit (lib. IV. c. 4. p. 346.), quien puntualiza hasta el número de 1700 las víctimas, ascendiendo haste 5000 en Roger Roveden (p. 697, 698.). La humanidad ó la codicia de Felipe Augusto se avino al rescate de los prisioneros. (Jacobo Vitriaco, lib. I. c. 98. p. 1122.).

(70) Bohadin, p, 14. Cita el precio de Baliano y del príncipe de Sidon y añade, ex alio mundo quasi hominum paucissimi redierunt. Entre los Cristianos fallecidos ante San Juan de Acre, hallo los nombres ingleses de Ferrers, conde de Derby (Dugdale, Baronaje p. I. p. 260) Mowbray (idem p. 114.). De Mandevil, de Fiennes, San Juan, Scrope, Bigot, Talbot, etc.

(71) Magnus hic apud eos, interque reges eorum, tum virtute, tum majestate eminens... summus regum arbiter (Bohadin p. 153.), No parece que se sabian los nombres de Felipe, ni de Ricardo.

(72) Rex Angliæ præstremus... rege Gallorum minor apud eos censebatur, ratione regni super dignitatis; sed tum divitiis florentior, tum bellica virtute multo erat celebrior (Bohadin p. 161.). Podia un estranjero empaparse en las riquezas, pero los historiadores nacionales le informarán de la opresion ilegal y asoladora con que las habia hacinado.

(73) Joinville p. 17. Cuides tu que ce soit le roi Richard?

(74) Era sin embargo reo, en concepto de los Musulmanes, citando la confesion de los asesinos de ser enviados por el rey de Inglaterra (Bohadin p. 225.) y su descargo único es una patraña disparatada y palpable (Hist. de l'Academie des Inscriptions, tom. XVI. p. 155—163, una carta supuesta del príncipe de los asesinos, el Jeque ó el anciano de la montaña que sinceraba á Ricardo, cargándose á sí mismo el hecho meritorio ú criminal. *

(75) Véase el conflicto y la entereza mística de Saladino en la descripcion de Bohadin, (p. 7—9, 235—237.), arengando á los defensores de Jerusalen; no ignoraba el enemigo aquellas zozobras (Jacobo de Vitriaco lib. II. c. 100. p. 1123. Vinisaunf, l. V. c. 50. p. 399.).

(*) De Hammer (Geshiche del Assassinem p. 202) acrimina á Ricardo (Wilkes, tom. 18. p. 465.) Michaud, vol. II. p. 420, no atraviesa fallo alguno. Tambien se achacó el atentado á Saladino, de quien se dice en autoridades orientales (el continuador de Tabarii) haberse valido de los asesinos para matar á Conrado y á Ricardo.

(76) Mas no permaneciendo el sultan, ó el principe Ayubita en Jerusalen, nec Curdi Turcis, nec Turci essent obtemperaturi Curdis (Bohadin p. 236.); y asi ladea una porcion del cortinaje político.

(77) Bohadin (p. 237), y aun Gefredo de Viniram, l. VI. c. 1—8 (p. 403—409.) imputan la retirada al mismo Ricardo, y advierte Jacobo de Vitriaco, que con el arrebato de su partido, in alterum virum mutatus est (p. 1123.). Sin embargo Joinville, caballero francés, tilda la envidia de Hugo, duque de Borgoña (p. 116.), sin dar por supuesto, como Mateo de Paris, que lo cohechó Saladino.

(78) Las espediciones de Ascalona, Jerusalen y Jaffa se hallan referidas en Bohadin (p. 184—249.) y Abulfeda (p. 51, 52.). El autor del Itinerario, ú el monje de San Albano, no puede abultar la relacion del cadhi sobre la proeza de Ricardo (Viniram l. II. c. 14—24, p. 412-421. Hist. Mayor (p. 137—143) y sobre el conjunto de la guerra, una concordia pasmosa entre los escritores cristianos y musulmanes, quienes ensalzan mutuamente las prendas de sus respectivos enemigos.

(79) Véase el rumbo de las negociaciones y hostilidades en Bohadin (p. 207—280.) siendo el mismo uno de los actores en el tratado. Manifestó Ricardo su intento de volver con nuevo ejército á la conquista de la Tierra Santa, y Saladino contestó á la amenaza con un rasgo caballeroso. (Vinisauf l. VI. c. 28. p. 423.).

(80) La relacion mas estensa y orijinal de la guerra sagrada es Galfridi á Vinisauf Itinerarium Regis Agliæ Richardi et aliorum in terram Hierosolymarum, en seis libros publicados en el segundo tomo de Gale Scriptores Historiæ Anglicanæ (p. 247.—429.). Roger Hoveden y Mateo de Paris apuntan igualmente materiales apreciables, y el primero va describiendo esmeradamente la disciplina y navegacion de la escuadra inglesa.

(81) Aun Vertot (tom. I. p. 251.) admite el concepto disparatado de Saladino como indiferente, á pesar de que estuvo profesando el Alcoran, hasta su postrer aliento.

(82) Véase la sucesion de los Ayubitas en Abulfaraje (Dynast. p. 277, etc.) y las tablas de M. de Guignes, el arte de comprobar fechas y la Biblioteca Oriental.

(83) Thomassin (Discipline de l'Eglise, tom. III. p. 311—374.) ha tratado coloradamente del oríjen, abusos y restricciones de aquellos *diezmos*. Asomó una teoría, mas no se llevó adelante, de que legalmente correspondian al papa, como el diezmo de los Levitas al diezmo de los Sumos Sacerdotes. (Selden sobre diezmos; véanse sus obras vol III. p. II. p. 1083.).

(84) Véase Gesta Innocentis III en Muratori, Script. Rer. Ital. (tom. III. p. 486—568.).

(85) Véase la sexta cruzada y el sitio de Damasco, en Jacobo de Vitriaco (l. III. p. 1125—1145 en el Gesta Dei de Bengarsio) testigo ocular, Bernardo Tesorero (in Scrip. Muratori, tom. VII. p. 825—846. c. 190—207.), contemporáneo, y Sanuto (Secuta Fidel. Crucis, l. III. p. II. c. 4—9.) recopilador esmerado; y de los Arabes, Abulfaraje (Dynast. p. 234.) y los estractos, al fin de Joinville (p. 533, 537, 540, 547. etc.)

(86) A cuantos tomaron la cruz contra Manfredo, concedió el papa (A. D. 1255.) plenissimam peccatorum remissionem. Fideles mirabantur quod tantum eis promittent pro sanguine Christianornm effundendo quantum pro cruore infidelium aliquando. (Mateo de París p. 285.). Sumo arranque para un siglo XIII.

(87) Este concepto sencillo es adecuado para Mosheim (Invit. Hist. Ecclesiast. p. 332.) y para la filosofía acendrada de Hume (History of England, tom. I. p. 380.).

(88) Los documentos orijinales para la cruzada de Federico II, se pueden sacar de Ricardo de San German (en Muratori, Script. Rer. Ital. tom. VII. p. 1002—1013, y en Mateo de París (p. 286, 291, 300, 302, 304. Los modernos mas atinados son, Fleury (Hist. Eccles. tom. XVI.), Vertot. (Chevaliere de Malt, tom. I. l. III.), Giannone (Istoria Civile di Napoli tom. II. l. XVI.) y Muratori (Annali d'Italia, tom. X.).

(89) El cuitado Muratori, ya sabe que opinar, mas no que decir, Chino qui il capo etc. p. 322.

(30) Confundia el clero taimadamente, la mezquita ó iglesia del templo, con el santo Sepulcro, y su yerro engañoso ha embaucado á Vertot y á Muratori.

(91) La irrupcion de los Carizmios ó Corasminas, se halla referida en Mateo de París (p. 546, 547), y en Joinville, Nangis y los Arabes (p. 111, 112, 131, 132, 528, 530.).

(92) Léanse, si cabe la vida y milagros de San Luís por el confesor de la reina Margarita (p. 231—523 y Joinville de Louvre. *

(93) Creia cuanto enseñaba la madre Iglesia (Joinville, p. 10.) pero precavia á Joinville el que disputase con los infieles. » L'omme lay (decia en su lenguaje anticuado) quaud il ot medire de la loy Chretienne ne mais que de l'espee, de qui il doit donner parmi le ventre fledens, comme elle peut entrer» (p. 12.).

(94) Poseo dos ediciones de Joinville, la una (París 1668) apreciabí-

(*) Los pastores del Caspio estaban aliados con Eyud, el sultan de Liosta, Wilken vol. VI. p. 630. —M.

lisima por los reparos de Ducange ; la otra (París au Louvre 1761) muy recomendable por el testo puro y auténtico por el manuscrito recien descubierto. Comprueba el último editor , que la historia de San Luis se terminó A. D. 1309 , sin espresar ni estrañar la edad del autor , que debió pasar de noventa años (Prólogo , p. XI. Observaciones de Ducange p. 17.).

(95) Joinville , p. 32. Estractos Arabigos p. 549. *

(96) Los últimos editores han realzado á su Joinville con estractos extensos y curiosos de los historiadores Arabigos , Dacrizi , Abulfeda etc. Léase igualmente Abulfaraje (Dynast. p. 322=325.) quien lo llama con el nombre adulterado de *Redefras*. Mateo de París (p. 683 , 684.) ha descrito el desvarío competidor de Franceses é Ingleses , que pelearon y fenecieron en Masura.

(97) Savary , en sus amenísimas cartas sobre el Ejipto , trae una descripcion (tom. I. carta XXIII. p. 274—230) y una relacion de la espedicion de San Luis (XXV. p. 306—360.).

(98) Se pidió y concedió un millon de bizantinos por el rescate de S. Luis , pero la jenerosidad del sultan lo redujo á 800.000 , computados por Joinville en 400.000 mil libras francesas de su tiempo , y equivalentes en Mateo de París á 100.000 marcos de plata (Ducange Disertacion XX sobre Joinville.).

(99) Afirma Joinville formalmente el pensamiento de los emires (p. 77 , 78.) y no se me hace tan desatinado como á Voltaire (Histoire Generale , tom. II. p. 386 , 387.). Los mismos Mamelucos eran estranjeros , rebeldes é iguales. Habian palpado entre medio , y esperanzaban su conversion , y aquel arranque aislado , salió tal vez de algun cristiano en aquella reunion revuelta. **

(100) Véase la espedicion en los Anales de San Luis por Guillermo de Nangis , p. 270—287 , y los Estractos arábigos , p. 545. 555. y la edicion del Louvre de Joinville.

(101) Voltaire , Histoire Generale , tom. II. p. 391.

(102) La cronolojía de las dos dinastías de Mamelucos , Baharitas , Turcos ó Tártaros del Kipzak , y de los Bogitas , Circasianos , se halla en Pocok, (Prolegom. ad Abulpharagium p. 6—31) y De Guignes (tom. I. p. 264—270.) su historia de Abulfeda , Macrisi etc. al principio del siglo XVI , por el mismo M. De Guignes (tom. IV. p. 110—328. etc.

(103) Savary , cartas sobre el Ejipto , tom. II. carta XV , p. 189—208. Pongo muy en duda la autenticidad de aquella copia , mas es cier-

(*) Cotejese Wilken vol. VII. p. 94. —M.

(**) No opinan que se formaliza la propuesta.

to, que el sultan Selim ajustó un tratado con los Circasianos ó Mamelucos de Ejipto, dejándolos en posesion de armas, riquezas y poderío. Véase un nuevo Compendio de la Historia Otomana, compuesto en Ejipto y traducido por M. Digoon (tom. I. p. 55—58. París 1781), historia curiosa, auténtica y nacional.

(104) Si totum quo regnum occuparunt regnum respicias, præsertim quod fini propius, reperies illud bellis, pugnis, injuriis ac rapinis refertum (Al Jannabi, apud Pocock, p. 31.). El reinado de Mohammed (A. D. 1311—1345.) ofrece una escepcion venturosa, (De Guignes tom. IV. p. 208—210.).

(105) Quedan ahora reducidos á 8500; el gasto de cada mameluco puede graduarse á 100 luises, y Ejipto yace lloroso bajo la codicia y tropelía de aquellos advenedizos (Viaje de Volney, tom. I. p. 89-181.).

(106) Véase la historia de Inglaterra por carta, vol. II. p. 165—175 y sus autores orijinales Tomas Viles y Baltero Hemingford. (l. III. c. 34, 35.) en la coleccion de Gales (tom. II. p. 97. 579—592.). Ignoren al par la relijiosidad de la princesa Leonor chupando el veneno de la llaga, y salvando á su marido, con peligro de su propia vida. *

(107) Sanuto, Secreta Fidelium Crucis, l. III. p. 12. c. 9. y de Guignes, Hist. de los Hunos tom. IV. p. 144; de los historiadores Arabes.

(108) Se está viendo el estado de Acre en todas las crónicas de aquel tiempo, y muy esmeradamente en Juan Villani, l. VII. c. 144, en Muratori, Scriptores Rer. Italicarum, tom. XIII. p. 337, 338.

(*) Gibbon realza sobremanera los logros de Eduardo. Mas esmerado es Wilken, vol. VII. p. 593.

El sultan Bibarc terció en el intento del asesinato, Wilken, tom. VII, p. 602. Tedoro Laurence es la primera autoridad en cuanto á la devocion de la princesa Leonor. —M.

CAPITULO LX.

Cisma entre Griegos y Latinos.—Estado de Constantinopla.—Rebeldía de los Búlgaros.—Isaac Anjelo destronado por su hermano Alexio.—Oríjen de la cuarta cruzada.—Alianza de Franceses y Venecianos con el hijo de Isaac.—Su espedicion á Constantinopla.—Los dos sitios y conquista final de la ciudad por los Latinos.

Al restablecer Carlomagno el imperio occidental, vinieron luego á quedar separadas las iglesias griega y latina (1). Un encono relijioso y nacional está todavía deslindando las dos hermandades mayores del orbe cristiano, y el cisma de Constantinopla retrayendo á los aliados mas productivos; y airando á sus mas azarosos enemigos, atropelló el menoscabo y el esterminio del imperio Romano en el Oriente.

Descuella desde luego la ojeriza de los Griegos á los Latinos por todos los ámbitos de la historia presente, procediendo del menosprecio de toda servidumbre y del afan desde el tiempo de Constantino por la igualdad en el señorío; y estremándose luego por la preferencia que dieron aquellos súbditos rebeldes á la intimidad de los Francos. Engriéronse siempre los Griegos con su gran superioridad en ciencia profana y relijiosa; luego recibieron antes la antorcha del Cristianismo; habian promulgado los decretos de los siete concilios jenerales: se vinculaba en ellos el habla de la escritura y de la filosofía, ni cabia en los bárbaros occidentales el menor contraresto (2) en las cuestiones recónditas y misteriosas de la sublime teolojía. Aquellos bárbaros menospreciaban al par la liviandad desmandada y sútil de los Orientales cavilosos y enjendradores de todo jénero de herejías, bendecian su jenial sencillez, atenida siempre á la tradicion de la iglesia apostólica. Pero en el siglo séptimo los concilios de España, y luego los de Francia, acendraron ó estragaron la creencia Nicena sobre el asunto misteriosísimo de la tercera persona de la Trinidad (3). En todas las dilatadas controversias del Oriente se habia deslindado con suma escrupulosidad la naturaleza y jeneracion de Jesu-Cristo, y la relacion tan notoria de padre á hijo venia á servir de remedo escaso para el concepto humano. Aquella alusion al nacimiento desdecia con el Espíritu Santo, el cual, en vez de un don divino ú atributo, se conceptuaba por los Católicos, como persona, sustancia, dios; no habia sido enjendrado, sino que en lengua-

je castizo *procedia*. ¿Procedia solamente del Padre, y tal vez *por* el Hijo? ¿ó bien del Padre *y* del Hijo? Afirmaban los Griegos lo primero y los Latinos lo segundo; y la adicion de la voz *filioque* al símbolo Niceno, encendió la llamarada de la discordia entre la iglesia galicana y la oriental. Aparentaron en el arranque de la contienda los pontífices romanos cierto temple neutral y comedido (4): desecharon la innovacion, aviniéndose al dictámen de sus hermanos transalpinos; esmeráronse en rebozar y acallar silenciosa y caritativamente aquella investigacion escusada, y en la correspondencia con Carlomagno Leon, tercero manifiesta el desenfado de un estadista, y su corresponsal se destempla y se vulgariza con los ímpetus de un sacerdote (5). Pero la política temporal iba en Roma avasallando los estremos católicos, y aquel *filioque*, cuyo uso apetecia Leon orillar, se colocó en el símbolo y sonó en liturjia del Vaticano. Los rudos Niceno y Atanasio se conceptuan de acendrada fé, y absolutamente imprescindibles para la salvacion, y al par Protestantes y Papistas están sosteniendo y contrarestando los anatemas de los Griegos, que se desentienden allá del procedimiento del Espíritu Santo así del Hijo como del Padre. Tales artículos de fé no tienen cabida en tratados, pero la disciplina va siempre variando en iglesias lejanas é independientes, y la racionalidad aun entre los mismos teólogos se hace cargo de que tales diferencias son tolerables y aun corrientes. La supersticion mañera de Roma ha ido imponiendo á sus clérigos ú ordenados la obligacion estrechísima del celibato; entre los Griegos se vincula en los obispos, compensando con la dignidad tamaño quebranto, que desaparece luego en la edad avanzada; pues los párrocos siguen disfrutando la compañía de sus mujeres habidas ya antes de ordenarse. Sobrevino en el siglo onceno y se batalló desaforadamente la cuestion sobre los *Azimos*, cifrando en levante y en poniente la esencia de la Eucaristía en el pan con levadura ó sin ella. ¿Iré por ventura apuntando en historia tan circunspecta los tremendos cargos disparados contra los Latinos, que por larguísimo plazo se mantuvieron en la defensiva? Tampoco escrupulizaron en desentenderse del gran decreto apostólico sobre abstinencia de animales ahogados y de toda sangre; ayunaban ¡rito judaico! todos los sábados: comian leche y queso (6) en la primera semana de cuaresma; los monjes dolientes se alimentaban de carne; usaban grasas por falta de aceite vejetal; el crisma ó ungüento bautismal se reservaba para los obispos, quienes, como novios de la iglesia, traian anillos, pero los clérigos se afeitaban la cara, y bautizaban con mera inmersion. Estos fueron los delitos inflamadores de los patriarcas de Constantinopla, contrarestándoles á todo trance la iglesia latina (7).

El fanatismo y la ojeriza nacional son de sumo abultadores de todo objeto contencioso, pero la causa eficacísima del cisma griego, se rastrea,

en el afan de los prelados incitadores, por la supremacia de la antigua metrópoli sobre todos los demás; y de la capital reinante y encumbrada ya en el orbe cristiano. A mediados del siglo nueve, Focio (8), seglar ambicioso, capitan de la guardia y secretario principal, fué ascendido por sus méritos y su privanza al empleo mas apetecible de patriarca de Constantinopla. Descollaba sobre todo su clero en ciencia aun eclesiástica; nadie mancilló la tersura de su concepto, pero se le atropellaban las órdenes y sus medros fueron estraños, y la compasion pública y aferrada en sus parciales, seguia concediendo á Ignacio su antecesor depuesto. Apelan al tribunal del insaciable y orgullosísimo Nicolás primero quien abriga desaladamente la coyuntura halagüeña de sentenciar y condenar á su competidor de Oriente. Encónase mas y mas la contienda con un roce de jurisdiccion sobre el rey y la nacion de los Búlgaros; sin que estos recien convertidos al Cristianismo sean aun muy productivos á ninguno de entrambos, no contando por suyos propios todos aquellos individuos. Vence el patriarca griego al arrimo de su corte, pero se enfurecen los ánimos y depone este al sucesor de San Pedro, abarcando toda la Iglesia griega en su baldon de cisma y herejía. Sacrifica Focio la paz jeneral por un reinado breve y perdidizo, pues fracasa con su padrino el César Bardas, y Basilio el Macedonio cumple con la justicia, reponiendo á Ignacio y desagraviándole del sumo desacato á su edad y condecoracion. Encarcelado en su monasterio, Focio echa el resto tras la privanza del emperador, por medio de estudiadas lisonjas y lamentos afectuosos; y no bien cierra los ojos el contrario, cuando se le repone en el suelo de Constantinopla. Fallece Basilio y luego le alcanzaron los vaivenes de las cortes y la ingratitud del alumno réjio; queda de nuevo depuesto el patriarca, y en sus últimas horas solitarias echaria de ver el ensanche de una vida estudiosa y arreglada. Al sobrevenir cualquiera revolucion, aquel rendidísimo clero idolatra hasta el aliento y el ceño de su nuevo soberano, y así se aparata un concilio de trescientos obispos para vitorear en su triunfo, ó tiznar el vuelco del sacrosanto, ú del abominable Focio (9). Ofrécense á los papas promesas engañosas de sumision, y se avienen sin reparo á tan encontrados ímpetus, y así sus cartas ó sus legados reconocen y ratifican desde luego los sínodos de Constantinopla. Pero la corte y el vecindario, Ignacio y Focio son de suyo é igualmente opuestísimos á sus intentos; se atropellaban y aun encarcelaban sus enviados; quedaba olvidado el procedimiento del Espíritu Santo; se incorporó para siempre la Bulgaria al solio Bizantino, y siguió mas y mas el cisma con la censura repetida de cuantas órdenes consagraba sin cesar un patriarca espureo. La lobreguez y desenfreno del siglo décimo atajó el trato, sin hermanar los ánimos de ambas naciones; pero al restablecer el acero normando las iglesias de la Pulla en la jurisdic-

cion, el patriarca griego en carta desaforada encargó á su descarriada grey que evitase y aborreciese en el alma los desbarros del clero latino. La majestad romana ya en auje, se destempló con el desacato de un rebelde, y los legados del papa osaron escomulgar á Miguel Cerulario en medio de Constantinopla. Sacudiéndose el polvo de los pies, depositaron en el altar de Santa Sofía un anatema pavoroso, que iba reseñando las siete herejías mortales de los Griegos (10) y encomienda tan criminales maestros, y sus desventurados secuaces á la intimidad sempiterna con Luzbel y sus ánjeles. Se entablaba tal vez correspondencia amistosa; sonaba allá un lenguaje de cariñosa concordia, pero nunca los Griegos han revocado sus yerros; nunca los papas se desdijeron de sus fallos; y desde aquel centellazo fecha la consumacion del cisma. Luego cada paso ambicioso del pontífice romano la iba ensanchando; los emperadores se sonrojaban trémulos de la suerte afrentosa de sus hermanos réjios en Alemania, y el pueblo se escandalizaba con la potestad temporal y vida militar del clero latino (11).

La ojeriza entre Griegos y Latinos se fomentó en las tres primeras espediciones á la Tierra Santa. Ideó Alexio por lo menos el desvío de los formidables peregrinos: luego sus dos sucesores, Manuel é Isaac Anjelo, se hermanaron con los Musulmanes para el esterminio de los Francos, y su política revuelta y malvada se abroquelaba con la obediencia voluntaria y eficacísima de toda clase de súbditos. Sumo era este mutuo desvío, debido en gran parte á la diferencia del idioma, traje y costumbres que deshermana y retrae las naciones del globo. Aquel agolpamiento de huestes advenedizas lastimaba las ínfulas y aun la cordura del soberano atravesando arbitrariamente las provincias y aun los arrabales de la capital. Los toscos Occidentales insultaban y saqueaban á los moradores; y las empresas denodadas y devotas de los Francos enconaban hasta lo sumo el odio de los apocados Griegos. Enardecia el veneno relijioso tantas causas profanas de enemistad nacional. En vez de abrazarse con ansia y de agasajarse como hermanos, se estaban tratando de continuo y á voces de cismáticos y de herejes, apodos mas odiosos para un oido católico que los de infiel ó pagano; en vez de encariñarse mutuamente por su igualdad fundamental en la fé y en la doctrina, se aborrecian por ciertas reglas de sistema y algunas cuestiones teolójicas en que seglares y doctores se diferenciaban de la iglesia oriental. Durante la cruzada de Luis séptimo, la clerecía griega lavaba y purificaba los altares mancillados con el sacrificio de algun sacerdote francés. Los compañeros de Federico Barbaroja se lamentan de los baldones que padecian de palabra y obra por el encono particular de obispos y monjes. Sus plegarias y pláticas estaban insultando al pueblo contra los Bárbaros impíos, sindicando al patriarca por predicar á los fieles que alcanzarian el perdon de todos sus pecados con el

esterminio de los cismáticos (12). Un entusiasta, llamado Doroteo, dejó al emperador despavorido, y luego despejó sus zozobras, asegurándole proféticamente que el hereje Aleman, despues de asaltar la puerta de Blachernes, pararia en objeto ejemplarísimo de la venganza divina. El tránsito de tan grandiosos ejércitos solia ser un acontecimiento estraño y azaroso; pero con las cruzadas se entabló un roce familiar entre aquellas naciones que daba ensanche á sus luces, sin desmoronar sus preocupaciones. El opulento lujo de Constantinopla estaba requiriendo los productos de todos los climas; se equilibraban aquellas entradas con el arte esmerado de su vecindario crecidísimo; su situacion está brindando para el comercio del orbe, y en todos tiempos se vinculó su tráfico incesante en manos de estranjeros. Tras el menoscabo de Amalfi, los Venecianos, Pisanos y Jenoveses plantearon factorías y aun establecimientos en la misma capital del imperio; premiábanseles sus servicios con honores é inmunidades; fincaron en casas y haciendas; aumentaban sus familias con matrimonios entre los naturales del pais, y tolerada ya una mezquita musulmana, no cabia el vedar las iglesias del rito Romano (13). Ambas consortes de Manuel Comneno (14) eran de linaje de Francos; la primera, cuñada del emperador Conrado; la segunda, hija del príncipe de Antioquía: cupo á su hijo Alexio una hija de Felipe Augusto rey de Francia, y concedió su propia hija á un marqués de Monferrato, educado y engrandecido en el palacio de Constantinopla. El Griego contrarestó las armas y aspiró al imperio de Occidente; apreciaba el denuedo y se fiaba de la lealtad de los Francos (15); premiábanles impropiamente su desempeño militar con empleos productivos de preces y tesoreros; solicitó Manuel por razon de estado la alianza del papa, y la hablilla popular le tachaba de cierta propension entrañable á la nacion y relijion de los Latinos (16). En su reinado y en el de su sucesor Alexio, padecieron en Constantinopla jeneralmente la nota de advenedizos, herejes y validos, y los tres delitos quedaron atrozmente purgados en el alboroto anunciador del regreso y elevacion de Andrónico (17). Llama el vecindario armado, y el tirano se desentiende allá de tropas y galeras para que luego asistan á la venganza nacional, y la resistencia desahuciada de los estranjeros tan solo condujo para sincerar la saña y aguzar el puñal de los asesinos. Ni edad, ni sexo, ni vínculos de amistad ó de parentesco escudaban á las víctimas del odio nacional, codicia ó ceguedad relijiosa: mataban á los Latinos en sus hogares ó en las calles, redujeron su banco á ceniza; abrasaban á los clérigos en sus iglesias y á los enfermos en sus hospitales, y cabe el conceptuar por mayor el número de los difuntos por la venta que se hizo á los Turcos de mas de cuatro mil Cristianos en servidumbre perpetua. Los alborotadores y asesinos mas ejecutivos contra los cismáticos eran los clérigos, entonando

gracias solemnísimas al Señor al ver la cabeza de un cardenal, legado del papa, cercenada de su cuerpo y colgada á la cola de un mastin con escarnio irracional, arrastrándola por las calles. Los advenedizos mas advertidos se habian refujiado al primer anuncio á sus bajeles, y atravesando el Helesponto huyeron de tamaña carnicería. Quemaron y talaron al paso mas de sesenta leguas de costa, vengándose atrozmente contra los súbditos inocentes del imperio, señalando á clérigos y monjes como á sus principales enemigos, y reintegrándose con sus muchísimos despojos del quebranto propio y ajeno padecido en la ciudad. Fueron luego á su vuelta pregonando por la Italia y la Europa, la opulencia y flaqueza, la maldad y alevosía de los Griegos, retratando sus vicios como dechados vivos de cisma y de herejía. Los primeros cruzados con sus escrúpulos desatendieron la suma oportunidad de afianzar, con la posesion de Constantinopla, su rumbo para Jerusalen; mas luego sus revoluciones internas brindaron y casi redujeron á Franceses y Venecianos al estremo de redondear la conquista del imperio Romano en el Oriente.

Quedan ya rasgueadas en la sucesion de los príncipes Bizantinos, la hipocresía y la ambicion, la tiranía y ruina de Andrónico, postrer varon de la alcurnia Comnena reinante en Constantinopla. La revolucion que lo derrocó del sólio, preservó y entronizó á Isaac Anjelo (18), descendiente por la línea femenina de la dinastía imperial. Obvio rumbo se patentizaba al sucesor de un segundo Neron para granjearse el aprecio y cariño de los súbditos, quienes á veces tuvieron luego motivo para echar menos el desempeño de Andrónico. El despejo y tino de aquel tirano alcanzaban á deslindar la hermandad del interés público y el suyo, y al tenerle cuantos podian causarle zozobra, el vecindario arrinconado y las provincias lejanas se prendaban de un soberano justiciero. Mas el sucesor era de suyo vanidoso y desalado tras la potestad suprema, que no acertaba á desempeñar; eran azarosos sus vicios é inservibles sus prendas (si las tenia) para las jentes, y los Griegos que achacaban todas las plagas á su abandono, le negaban hasta los escasos y volanderos logros que disfrutaban. Duerme en el sólio Isaac, y tan solo se despereza en pos de sus deleites; empápase en sus ratos ociosos allá con farsas y bufonadas, y hasta los mismos farsantes y bufones miran al emperador con menosprecio: sus edificios y funciones se dejan muy en zaga al lujo mas réjio y desenfrenado; asciende á veinte mil el número de sus eunucos y sirvientes y la suma diaria de veinte mil duros compondrá hasta veinte millones de los mismos el gasto anual de su mesa y casa. Tiene que oprimir para poder acudir á sus escaseces, y las tropelías de la recaudacion enfurecen á los pacientes en el mismo grado que los estremos de su menoscabo. Mientras los Griegos están contando los dias de su servidumbre, un profeta lisonjero, á quien premia con la dignidad de patriarca, le afianza un reina-

do larguísimo de treinta y dos años, y en alas de sus victorias lo tramonta sobre las cumbres del Líbano, y lo lleva á conquistar provincias allende el Eufrates. Pero el único paso para el cumplimiento de su anuncio es una embajada magnífica y escandalosa á Saladino (19), pidiéndole la devolucion del santo Sepulcro y proponiendo una liga ofensiva y defensiva al enemigo del nombre cristiano. En aquellas manos tan indignas de Isaac y su hermano, los restos del imperio griego se desploman en polvo. La isla de Chipre, cuyo nombre está moviendo recuerdos de primor y deleite, yace usurpada por otro príncipe de su nombre y de la alcurnia Comnena, y eslabonándose con estrañeza los acontecimientos, el acero de nuestro inglés Ricardo regala aquel reino á la casa de Lusiñan, por compensacion ventajosísima del malogro de Jerusalen.

Rebélanse Húngaros y Valaquios y llagando entrañablemente el pundonor de la monarquía, viene á peligrar la capital. Desde la victoria de Basilio segundo, habian estado sobrellevando, por espacio de ciento y setenta años, el señorio desatentado de los príncipes Bizantinos, mas nada se habia providenciado eficazmente para reducir al yugo de las leyes y de las costumbres á sus tribus montaraces. Dispone Isaac que les arrebaten todos sus haberes, que son los rebaños mayores y menores, para realzar el boato del real desposorio, cercenando además la paga de sus gallardos guerreros con mengua respectiva al estipendio cabal de los demás. Pedro y Asan, dos adalides poderosos de la alcurnia de sus antiguos reyes (20), se aferraron en sus propios derechos y en la independencia nacional, sus impostores energúmenos van pregonando á la muchedumbre que su patron esclarecido San Demetrio ha desamparado para siempre la parcialidad de los Griegos; y la llamarada se va tendiendo desde los márjenes del Danubio hasta las serranías de Tracia y Macedonia. Tras endebles conatos, se avienen Isaac y su hermano á la demanda de independencia, desmayando luego las tropas imperiales al presenciar la osamenta de sus camaradas que yace por los tránsitos del Monte Hemo; y el segundo reino de Bulgaria queda incontrastablemente planteado con las armas ó dilijencias de Juan ó Juanines. El bárbaro mañoso envia su embajada á Inocencio tercero reconociéndose por hijo muy lejítimo de Roma en alcurnia y relijion (21), y recibe rendidamente de manos del papa el permiso para acuñar moneda, el dictado réjio y un arzobispo ú patriarca latino. Ufánase el Vaticano con la conquista espiritual de Bulgaria, el primer punto del cisma, y con tal que conservaran los Griegos la regalías de la iglesia, se desentendieran gustosos de su derecho temporal.

Taimados siempre los Búlgaros, siguieron rezando por la dilatada vida de Isaac Anjelo, prenda segurísima de su prosperidad é independencia, aunque los caudillos seguian instando con igual menosprecio la familia y

la nacion del emperador; prorumpiendo Asan de este modo ante sus tropas; «En todos los Griegos el propio clima índole y educacion tienen que producir los mismos frutos. No hay mas que mirar á mi lanza, «añadia «y á los gallardetes que ondea dilatadamente el viento, pues tan solo se diferencian en el color, siendo de una misma seda y labrados por el idéntico operario, y así la tira de púrpura en nada se aventaja á las demás.» (22) Varios de aquellos aspirantes á la púrpura fueron asomando y cayendo en el imperio de Isaac; acosado con su ingratitud un jeneral, rechazador de las escuadras sicilianas, paró en revoltoso y ajusticiado, y luego conspiraciones ocultas y asonadas ruidosas le estuvieron alterando el sosiego. Un acaso y el esmero de los sirvientes lo salvaron, pero por un hermano ambicioso, esperanzado de ceñirse volanderamente la diadema, orillando todo vínculo natural, entrañable y pundonoroso dió con él al través (23). Mientras Isaac se recrea placenteramente cazando por los valles de Tracia á sus solas, el campamento unánime reviste la púrpura á su hermano Alexio Anjelo, confórmanse la capital y el clero con su eleccion, y las ínfulas del nuevo soberano desechan el nombre de sus padres y se apropia el apellido réjio y encumbrado de la alcurnia Comnena. Quedan ya apuradas las espresiones de menosprecio sobre la índole ruin de Isaac, y tan solo debo añadir, que los vicios varoniles de la emperatríz Eufrosine, sostuvieron por ocho años todavía al mas despreciable Alexio (24). En cuanto á su antecesor, la propia guardia con el ademan de enemiga le dió el primer aviso de su vuelco; fué huyendo por veinte leguas, pero lo prendieron en Estajira de Macedonia acosado ó indefenso, y trayéndolo á Constantinopla lo cegaron para encerrarlo en una torre solitaria, y escasearle hasta el pan y el agua. Su hijo Alexio, de doce años, esperanzado de sucederle en el sólio, quedó vivo pero precisado á seguir por donde quiera al triunfador en paz y en guerra; pero acampando el ejército en una playa un bajel italiano le facilitó la huida disfrazado de marinero, y burlando toda pesquisa atravesó el Helesponto, y aportó á su salvo en Sicilia. Saludó luego el umbral de los apóstoles, é implorando el amparo del papa Inocencio tercero, aceptó el cariñoso brindis de su hermana Irene, esposa de Felipe de Suabia, rey de los Romanos. Al atravesar la Italia, estuvo oyendo que la flor de la caballería oriental se aparataba en Venecia para el rescate de la Tierra Santa, y asomó allá en su interior un destello de esperanza de que sus invictas espadas pudieran emplearse en el establecimiento de su padre.

A los diez ó doce años de la pérdida de Jerusalen un tercer profeta, quizás menos disparatado que el hermitaño Pedro, pero en estremo inferior á san Bernardo por lo elocuente y estadista, estuvo convocando los nobles de Francia para la guerra santa. Un clérigo idiota de las cercanías de París Fulko de Neully orilló, su ejercicio de párroco tras la carrera

mas vistosa de misionero popular y viandante (25). Cundió su nombradía milagrosa y santa por el país, anduvo declamando con vehemencia contra los vicios de su tiempo y sus pláticas repetidas por las mismas calles de París alcanzaron á convertir ladrones, usureros, rameras, y aun catedráticos de la universidad. Sube Inocencio III á la cátedra de San Pedro y pregona por Italia, Alemania y Francia la obligacion de nueva cruzada (26). Rasguea el pontífice elocuente el esterminio de Jerusalen, el triunfo de los paganos y el baldon de la cristiandad: dadivoso hasta lo sumo en el perdon de los pecados, derrama induljencias plenarias á cuantos sirviesen en Palestina un año personalmente ó dos por sustituto (27), y entre los legados y oradores que animan y redoblan el clarin sagrado, Fulko de Neully descuella en el estruendo y agolpamiento del jentío. No cuadraba la situacion de los príncipales monarcas en aquellos ímpetus devotos. El emperador Federico II era todavía niño y ansiaban su reino de Alemania las familias contrapuestas de Brunswick y de Suabia las banderías memorables de Guelfos y Ghibelinos. Habia Felipe Augusto cumplido su voto, y no habia quien recabase su renovacion á todo trance; mas con su anhelo de alabanzas al par que de su poderío planteó gustosísimo un fondo perpetuo para la defensa de la Tierra santa. Estaba ya Ricardo de Inglaterra satisfecho con su gloria trabajosísima de su primer empeño, y se adelantó á escarnecer el ahinco de Fulko de Neully, quien jamás se empachaba ni aun en presencia de los reyes. « Me estás ahí aconsejando » le dice el Plantajeneta « que despida á mis tres hijas Codicia, Altanería y Lujuria; pues desde ahora voy á repartirlas. » Corresponde la primera á los monjes Cistercienses, la segunda á los Templarios, y la Lujuria á los prelados. » Mas los grandes vasallos escuchaban y obedecian al predicador descollando ante todos Teobaldo ó Tibaldo en la carrera sagrada, como conde de Champaña con los príncipes de segundo órden. Incitaban al denodado mozo de veinte y dos años los ejemplos caseros del padre que asistió á la segunda cruzada, y del hermano mayor que terminó sus dias en Jerusalen con el dictado de su rey, debíanle servicio y homenaje como por hasta dos mil doscientos jinetes (28); sobresalia la nobleza de Champaña en todos los ejercicios militares (29) y podia Teobaldo por su enlace con la heredera de Navarra alistar un cuerpo de Gascones valerosos de entrambos vertientes del Pirineo. Era su compañero de armas Luís, conde de Blois y de Chartres, igualmente de sangre real siendo uno y otro príncipe al mismo tiempo sobrinos de los reyes de Francia y de Inglaterra. De tropel se afanaban tras ellos un sin número de prelados y barones, distinguiéndose por su nacimiento y sus prendas Mateo de Montmorency; el famoso Simon de Monfort, azote de los Albijenses y un esforzado caballero Jeofredo de Villarduino (30), mariscal de Champana (31) que se esmeró en el idioma tosquísimo de su tiempo y país (32) en escribir ó dictar (33) una rela-

cion orijinal de los consejos y acciones en que tuvo su parte memorable. Al mismo tiempo Balduino, conde de Flandes, casado con la hermana de Teobaldo, se cruzó en Brujas con su hermano Enrique, con los caballeros y ciudadanos principales de aquella provincia rica é industriosa (54). Pronunciaban los adalides sus votos en las iglesias y luego los ratificaban en los torneos; se ventilaban las operaciones de guerra en juntas plenas y frecuentes y se acordó ir en busca del rescate de Palestina por el rumbo de Ejipto, país que desde la muerte de Saladino yacia casi arruinado por el hambre y la guerra civil. Mas el paradero de tantas huestes rejias fué en cuanto á riesgos y afanes el de una espedicion terrestre pues si los Flamencos frecuentaban el Océano los barones franceses carecian de bajeles á ignoraban la navegacion. Determinaron todos muy cuerdamente el nombrar seis vocales ó representantes siendo Villarduino uno de ellos, con potestad suprema para disponer los movimientos y comprometer la fé de la confederacion entera. Eran las potencias marítimas de Italia las únicas poseedoras de los medios para el transporte de los guerreros sagrados con sus armas y caballos, y los seis compromisarios pasaron á Venecia en demanda fundada sobre el interés y la religiosidad de los auxilios necesarios al intento.

En la invasion de Atila queda ya mencionada (55) la huida de los Venecianos de las ciudades rendidas por Italia y su arrinconado abrigo en el cordon de islas que ciñen aquel recodo del golfo Adriático. Allá en medio del agua, libres, menesterosos, afanados é inaccesibles, se fueron sucesivamente engrandeciendo hasta plantear su república. Fundáronse los cimientos primeros en la isla de Rialto, y tras la eleccion anual de doce tribunos vinieron á establecer el cargo permanente de dux ó dogo. En el confin de entrambos imperios descolló Venecia con el concepto de su independencia primitiva y perpetua (56). Afianzó la espada y sinceró la pluma su libertad antigua contra los Latinos. El mismo Carlomagno se desentendió de toda soberanía en las islas del golfo Adriático, y su hijo Pepino quedó rechazado por las lagunas ó canales de escesivo fondo para la caballería y escasísimo para los bajeles, y en todos tiempos con los Césares alemanes se deslindaron cabalísimamente las tierras de la república del reino de Italia. Pero conceptuábase el vecindario de Venecia por sí mismo, por los estraños y por sus soberanos, como parte inseparable del imperio griego (57); rebosan las pruebas de aquella subordinacion en los siglos nono y décimo y los dictados insustanciales y rendidos timbres de la corte bizantina, tan desaladamente ansiados por sus duques no podian menos de redundar en desdoro para los majistrados de un pueblo libre. Pero aquellos vínculos de antigua dependencia nunca estuvieron tirantes, y se fueron mas y mas aflojando con al afan de Venecia y la flaqueza de Constantinopla. La obediencia se ablandó en mero acatamiento el privilegio se

realzó á prerogativa, y el ensanche del gobierno casero se robusteció con la independencia de los dominios estraños. Doblegáronse los pueblos marítimos de Istria y Dalmacia ante los soberanos del Adriático y al armarse contra los Normandos en la causa de Alexio, el emperador acudió no á las obligaciones de unos súbditos, sino al agradecimiento y jenerosidad de unos aliados fieles. Su patrimonio era el mar (38) traspusieron es verdad á sus competidores de Piza y Jénova la parte occidental del Mediterráneo desde Toscana á Gibraltar ; pero los Venecianos se granjearon parte grandísima y pingüe en el comercio de Grecia y Ejipto. Medraban mas y mas sus riquezas con las redobladas demandas de la Europa entera antiquísimas son sus manufacturas de seda y cristales y quizás el establecimiento de su banco , regalándose con los productos de su industria en la magnificencia de su vida pública y privada. La república, por sus desagravios , por el decoro de su pabellon y por la libertad de los mares, podia armar una escuadra de cien galeras con las que salieron al encuentro á Griegos, Sarracenos y Normandos. Auxiliaron á los Francos de Siria por el allanamiento de su costa ; mas nunca se afanaban á ciegas y sin provecho, y en la conquista de Tiro terciaron en lo sobrante de aquella ciudad primer solar del comercio del orbe. Despuntó siempre la política de Venecia con su codicia mercantil y el descoco de su poderío marítimo; mas era su ambicion atinada, teniendo por lo mas muy presente que si las galeras armadas eran el producto y el resguardo de su señorío, las naves mercantes constituian el cimiento y el abasto de todo. En punto á relijion se soslayaron del cisma de los Griegos, sin tributar obediencia rendida al pontífice romano; y luego con su roce desahogado entre infieles de todo clima parece que desde luego se fueron desgastando los desafueros de la supersticion. Fué su gobierno primitivo allá un mixto revuelto de monarquía y democracia; los votos de la asamblea general nombraban el dogo ; mientras se hacia bienquisto con su agrado y sus aciertos , reinaba con el boato y autoridad de un príncipe ; pero la justicia ó la sinrazon de la muchedumbre, en los repetidos vaivenes del estado le solia deponer, desterrar ó matar á su albedrío. Asomó ya en el siglo doce aquella celosa y atinada aristocracia, que redujo el dogo á un estafermo, y el pueblo á cero (39).

Agasajó el dogo reinante en el palacio de san Márcos á los seis embajadores de los peregrinos franceses; llamábase Enrique Dándolo (40), quien descolló en el postrer plazo de la vida humana como uno de los varones mas esclarecidos de su tiempo. Ciego y acosado de años (41) atesoró siempre sumo tino y teson heroico ; ansioso mas y mas de sobresalir con alguna hazaña memorable y con la sabiduría de un patricio, cifrando su nombradía en la gloria y prosperidad de su patria. Ensalzó al denodado entusiasmo y la confianza bizarra de los barones y de sus diputados , y en aquella causa y con tales compañeros se holgara, siendo un mero

particular de acabar su vida; pero no siendo mas que sirviente de la república se requeria alguna demora para consultar negocio tan arduo y oir el dictámen de sus compatricios. Ventilóse desde luego la propuesta de los Franceses entre los seis *discretos*, recien nombrados para residenciar el desempeño del dogo, y luego se puso de manifiesto á los cuarenta individuos del Consejo de estado; por fin se comunicó á la junta lejislativa de cuatrocientos y cincuenta representantes nombrados anualmente por los seis barrios de la ciudad. Seguia el dogo encabezando la república en paz y en guerra; el concepto personal de Dándolo realzaba su autoridad legal se fueron sus razones políticas desentrañando y quedaron aprobadas autorizándole para enterar é los embajadores de las siguientes condiciones del tratado. (42). Se propuso que los cruzados acudiesen á Venecia para la festividad de san Juan en el año inmediato, que se dispondrian barcos chatos para el embarque de cuatro mil y quinientos jinetes y veinte mil infantes; que por espacio de nueve meses se les abasteceria de lo necesario, entendiéndose lo mismo con nueve mil escuderos, transportándolos á la costa que el servicio de Dios y de la cristiandad lo que requiriese, escoltando la república el armamento con una escuadra de cincuenta galeras. Se pactó que los peregrinos pagarian antes de dar á la vela ochenta y cinco mil marcos de plata, y que todas las conquistas de mar y tierra se repartirian con igualdad entre los confederados. Violentos eran los términos, mas tambien era urjente el trance, y los barones franceses eran de suyo tan derramadores de dinero como de sangre. Se convocó asamblea jeneral para la ratificacion del tratado: diez mil ciudadanos cuajaron la capilla suntuosísima y la plaza de San Márcos, y los diputados esclarecidos pudieron aleccionarse humillándose ante la majestad del pueblo. « Venecianos ilustres, los barones mas eminentes y valerosos de Francia nos envian á implorar el auxilio de los dueños del mar para el rescate de Jerusalen. Nos encargan que vengamos á postrarnos á vuestras plantas; ni nos levantarémos del suelo hasta que nos prometais desagraviar con nosotros al mismo Jesucristo. » La persuasiva de sus palabras y de sus lágrimas (43) su aspecto guerrero y su ademan rendido, arrebataron un alarido universal, cual si fuese dice el mismo Jeofredo el estruendo de un terremoto. El dogo venerable sube á una tribuna y esfuerza la demanda con cuantos motivos de pundonor y de virtud pueden impresionar á una reunion popular; estendióse el tratado en pergamino, testimoniado con juramentos y sellos aceptando todos con lloros de regocijo por los representantes de Francia y Venecia, despachándolo luego á Roma para la aprobacion del papa Inocencio III. Prestan los mercaderes dos mil marcos para los primeros desembolsos del armamento, y de los seis diputados dos tramontan los Alpes con el anuncio venturoso, mientras los otros cuatro entablan el intento de lograr igual afan y emulacion en las repúblicas de Jénova

y Pisa que contestan al par con un amargo desengaño.

Se atraviesan todavía tropiezos y demoras para la ejecucion del tratado, Teobaldo conde de Champaña abraza y vitorea, al mariscal en su regreso á Troyes con infulas de caudillo supremo nombrado unánimemente por los confederados. Pero luego empezó á decaer la salud de aquel mancebo valeroso, que vino á quedar desahuciado y se estuvo lamentando de que su plazo anticipado le sentenciase á fenecer no en un campo de batalla, sino el lecho de la dolencia. Fué luego distribuyendo al morir todos sus tesoros á sus muchos y denodados vasallos, quienes juraron cumplir colmadamente el voto suyo y el del príncipe; aunque algunos, añade el mariscal que aceptaron sus dones y faltaron luego á su palabra. Los campeones mas rozagantes de la cruz celebraron en Soisons un parlamento para la eleccion de nuevo caudillo; pero llegó á tal estremo la incapacidad ó la competencia ó el desamor de los príncipes de Francia que ninguno asomó de cabal desempeño y de fina voluntad para encargarse de capitanear la empresa. Se aunaron en la eleccion de un extranjero, Bonifacio, marqués de Monferrato, descendiente de una alcurnia de héroes, y luego descollante por sí mismo en las guerras y negociaciones de aquel tiempo (44); sin que la relijiosidad y la ambicion del adalid italiano pudiera desentenderse de brindis tan sumamente honorífico. Preséntase en la corte de Francia, agasájanle con estremos de amigo y deudo, condecóranle en la iglesia de Soisons con la cruz de peregrino y el baston de jeneral, y tramonta de nuevo los Alpes á fin de aparatarse para la espedicion lejana de Levante. Enarbola por la festividad de Pentecostes su bandera, y se encamina á Venecia acaudillando ya sus italianos; acuden allí los condes de Flandes y de Blois con cuantos barones sobresalientes encierra la Francia, acrecientan su número los peregrinos Alemanes con el idéntico objeto y móvil que los Franceses. Cumplen los Venecianos colmadamente su contrata, construyendo cuadras para la caballería y barracones para la tropa, almacenando un sin fin de abastos, y aprontando transportes naves, y galeras para dar la vela al tiempo de recibir el importe del flete y armamento. Pero sobrepuja en gran manera aquel desembolso á los haberes de los cruzados reunidos en Venecia. Los Flamencos, cuya obediencia al conde es tan solo voluntaria é insubsistente, se habian embarcado en bajeles propios para la navegacion dilatada del Océano y el Mediterráneo y luego muchos Franceses y aun Italianos habian antepuesto el tránsito mas obvio y barato desde Marsella ó la Pulla á la Tierra Santa. Se quejan los peregrinos de que tras su propio suministro, los constituyen responsables por la cuota de sus hermanos ausentes; jeneroso pero insuficiente es el sacrificio del oro y plata de los caudillos, que entregan desde luego al tesoro de San Márcos, y despues de echar todos el resto, queda un desfalco de treinta y cuatro mil marcos, para redondear la

suma pactada. Sale al encuentro el patriotismo y el injenio del dogo quien propone á los barones que auxilien á la república en el recobro de algunas ciudades rebeladas de Dalmacia, y luego con las conquistas pingües que se vayan verificando, se reintegrarán los acreedores de aquel rezago. Escrupulizan y titubean, pero al fin anteponen aquel arbitrio al desahucio de su empresa y así las primeras hostilidades se encaminan contra Zara (46), ciudad fuerte de la costa esclavona, que desentendiéndose de su homenaje á Venecia, habia acudido al amparo del rey de Hungría (47). Arrollan los cruzados la cadena ó el atranque de la bahía, desembarcan su caballería y maquinaria y á los cinco dias allanan la plaza, y perdonando las vidas del vecindario, lo saquean, y arrasan sus muros en castigo de su rebeldía. Se adelanta la estacion, y Franceses y Venecianos determinan invernar en aquel fondeadero y territorio pingüe, pero sobrevienen reyertas nacionales y frecuentes entre la soldadesca y la marinería. Brotaron ya rencillas de discordia y escándalo en la toma de Jara, mancilláronse las armas aliadas con la sangre, no ya de infieles, sino de Cristianos, pues se habian alistado tambien el rey de Hungría y sus vasallos en las banderas de la cruz, y el temor y el cansancio de los peregrinos ya reacios abultaban y encrudecian la escrupulosidad de los devotos. Habia el papa desde luego escomulgado á los aleves saqueadores y matadores de sus hermanos (48), salvándose tan solos el marqués Bonifacio y Simon de Monforte, del centellazo espiritual, ausente el uno del sitio, y el otro desusado luego del campamento. Pudiera Inocencio absolver á los penitentes sencillos y rendidos de Francia; pero se airó con los descargos aferrados de los Venecianos, ajenísimos de confesar siempre su demasía, admitir su indulto, y avenirse á la intervencion de un sacerdote en sus negocios temporales.

Al poderío tan formidable de mar y tierra se muestra esperanzado el mozo Alexiz (49), y tanto en Venecia como en Zara insta mas y mas á los cruzados para su propio restablecimiento y el rescate de su padre (50). Recomendaba al mancebo rejio Felipe rey de Alemania, sus ruegos y su presencia iban moviendo á compasion al campamento, y abogan por su causa el marqués de Monferrate y el dogo de Venecia. Dos enlaces de la dignidad de César habian emparentado con la familia imperial entrambos hermanos mayores de Bonifacio (51); esperanzaba granjearse un reino con tan sumo servicio y la ambicion mas jenerosa de Dándolo, estaba ansiando el auje imponderable de comercio y señorío que podia redundar á su patria (52). Proporcionó su influjo audiencia propicia á los enviados de Alexio, y si la exorbitancia de sus ofrecimientos inclinaba á maliciar algun tanto, los motivos y galardones que iba ostentando sinceraba en parte la demora y retraimiento de aquellas fuerzas consagradas al rescate de Jerusalen. Se comprometió á que en estando repuesto

en su sólio de Constantinopla zanjarian al punto el dilatado cisma de los Griegos sujetándose desde luego á la supremacia de la iglesia romana. Se obligó igualmente á premiar los afanes y merecimientos de los cruzados con el pago ejecutivo de doscientos mil marcos de plata, á irlos luego acompañando hasta Ejipto, ó si lo conceptuaban mas provechoso, á mantener por un año diez mil hombres y por toda su vida quinientos caballeros para el servicio de la Tierra santa. Acepta la república de Venecia condiciones tan halagüeñas, y al fin la persuasiva del dogo y del marqués recaban de los condes de Flandes Blois y San Pol con ocho barones de Francia que se incorporen al punto para empresa tan esclarecida. Corroboran un tratado de alianza ofensiva y defensiva con sellos y juramentos y cada cual segun su esfera y situacion vuela en alas de su esperanza tras el interés público ú privado, tras el timbre de reponer á un monarca desterrado, ó tras el concepto entrañable y atinado de que sus conatos en Palestina serian infructuosos y que por el rumbo de Constantinopla se labraba positivamente el recobro de Jerusalen. Mas aquel ímpetu se vincula en los caudillos y en cierto número de voluntarios independientes que hablan y obran por sí mismos denodadamente, pero la soldadesca y el clero estan desavenidos, y aunque la mayoría se ajuste los argumentos de los muchos desafectos son eficaces y trascendentales (55). Hasta los pechos mas denodados se muestran despavoridos al enterarse del poderío naval y de la fortaleza inespugnable de Constantinopla, cohonestando sus zozobras con los reparos mas decorosos de relijion y compromiso. Decantan la santidad de un voto que los ha desentrañado de sus hogares para el rescate de la Tierra Santa ni deben los arcanos lóbregos y enmarañados de la política mundana retraerlos de un intento cuyo resultado se ocultaba en los ámbitos recónditos del Altísimo. Quedaba ya castigada severísimamente la primera demasía el atropellamiento de Zara con las congojas de su propia conciencia y las censuras del papa ni trataban ya de reempapar sus manos en sangre cristiana. Habia sentenciado el Apóstol de Roma, y no se entrometerian en el derecho de ir á desagraviar con la espada el cisma de los Griegos y la usurpacion dudosa del monarca bizantino. A impulso de estos arranques ó pretestos, varios peregrinos descollando en valor y relijiosidad se retiran del campamento, y su desvío no es tan azaroso como la oposicion patente ó reservada del partido descontento, que se afana en toda coyuntura por desavenir el ejército y frustrar la empresa.

En medio de este malogro instan mas y mas los Venecianos por la partida, encubriendo allá con aquel ahinco por el mancebo réjio enconos nacionales ó de parentela. Pesábales en el alma la nueva preferencia concedida á Pisa, la competidora de su comercio; tenian cuantiosos rezagos que liquidar y cobrar en la Corte bizantina, y Dándolo no se empe-

ñaria en desmentir la conseja popular de haberle cegado el emperador Manuel, atropellando alevosamente la santidad de un embajador. Tan grandioso armamento no surcara en siglos el Adriático, pues se componia de ciento y veinte bajeles chatos, ó *palandras*, para la caballería; doscientos y cuarenta trasportes cargados de jente y armas, y cincuenta galerones aparejados para contrarestar al enemigo (54). Con el viento favorable, el cielo bonancible y la mar tersa, aquel boato militar y naval que cuajaba el Piélago estaba halagando la vista embelesada. Resplandecian á raudales de luz los escudos de caballeros y sirvientes colocados por ambos costados de las naves; tendíanse á las popas la bandera de varias naciones y familias; equivalian hasta cierto punto á nuestra artillería moderna las trescientas máquinas disparadoras de piedras y venablos; ora suena la armonía de mil músicas, ora la algazara de una hueste cristiana, que se considera suficiente para conquistar al orbe (55). En el tránsito de Venecia á Zara (56) valióles la maestría veterana de los Venecianos consumados pilotos: en Durazo desembarcaron los confederados ya en territorio del imperio griego; brinda la isla de Corfu con fondeadero y descanso; doblan sin tropiezo el azaroso cabo de Malea, estremo meridional de la Morea ó Peloponeso; desembarcan en las islas de Andros y Negroponto y anclan en Abados, costa asiática del Helesponto. Encabezan así su conquista sin sangre ni dificultad, pues los Griegos de las provincias, ajenos de patriotismo y de valentía, quedan arrollados con fuerzas tan incontrastables; la presencia del heredero lejítimo viene á sincerar su obediencia, premiada con el comedimiento y la disciplina de los Latinos. Al internarse por el Helesponto, tan grandiosa armada se encarcela por las estrecheces de un mero canal y la haz del agua aparece sombría con aquel sinnúmero de velas. Espláyanse luego los ensanches de la Propóntida y atraviesan aquel piélago placidísimo, hasta que se van acercando á la playa europea en la abadía de San Estévan, á tres leguas al poniente de Constantinopla. El dogo juicioso les disuade eficazmente de dispersarse por un paraje populoso y enemigo, y escaseando ya de abastos; se dispone, por hallarse en la temporada de la siega, el rehenchir los barcos del abasto en las islas abundantes de la Propóntida. Toman aquel rumbo, mas arrecia el viento, y al par de su impaciencia los arroja hácia levante, y se acercan tantísimos á la playa y á la ciudad, que se lanzan mutuamente descargas de piedras y venablos entre las naves y la muralla. Al ir transitando está colgada tras la capital del Oriente, y tal vez de la tierra toda, encumbrándose sobre siete cerros, como endiosada, entre los dos continentes de Asia y Europa. Dora el sol y reverbera por las aguas los cimborios ajigantados y las cúpulas empinadas de quinientos palacios é iglesias; se arremolinan por las almenas soldados y mirones, cuyo número están mirando y cuya inclinacion ignoran, y se hielan los

pechos recapacitando que desde el principio del mundo no se entabló tamaña empresa por tan menguado tercio de guerreros. Pero la esperanza denodada aventa luego aquella zozobra momentánea, y todos, dice el mariscal de Champañe, fueron echando sus miradas á las propias espadas ó lanzas para emplearlas muy pronto en la refriega esclarecida (57). Fondean los Latinos ante Calcedonia; quedan á bordo las tripulaciones solas; desembarcan soldados, caballos y armas sin tropiezo, y los barones paladean el primer fruto de su logro en el boato de un palacio imperial. Al tercer dia ejército y armada se mueven para Escútari, arrabal asiático de Constantinopla. Ochenta caballeros franceses sorprenden y derrotan un destacamento de quinientos caballos griegos, y se abastecen de forraje y comestibles en un alto de nueve dias.

Al referir la invasion de un grande imperio, se estrañará tal vez el no sonar los tropiezos que debieran atajar su carrera á los advenedizos. Cobardísimos eran á la verdad los Griegos; mas eran tambien ricos, industriosos y vasallos de un solo individuo, si este hubiese temido al hallarse distantes los enemigos y alentádose al verlos cerca. Menospreció el usurpador Alexio los primeros rumores de la alianza de su sobrino con Franceses y Venecianos, y conceptuó con sus aduladores que era denodado y entrañable aquel menosprecio, y todas las noches en el ramillete de su cena echaba tres veces al través á los bárbaros de Occidente. Habíanse aterrado pausadamente aquellos bárbaros con el pormenor de su potestad naval, y las mil y seiscientas barcas pescadoras de Constantinopla (58) pudieran tripular una escuadra para echarlos á pique ya en el Adriático, ú atajarlos á la embocadura del Helesponto. Pero el abandono del príncipe y la maldad de los ministros anonadan toda pujanza. El gran duque ó almirante habia estado haciendo una almoneda escandalosa y casi pública de velas, mástiles y jarcias; reservábanse los bosques reales para el recreo importantísimo de la caza, y los eunucos, dice Nicetas, estaban guardando los árboles como plantas de culto relijioso (59). El sitio de Zara y luego los pasos veloces de la cruzada aventan el sueño vanaglorioso de Alexio, quien al presenciar ya el peligro tan patente, lo da por ejecutivo y se postra con desahuciada desesperacion. Aguanta que los despreciables bárbaros planten sus reales ante el mismo palacio, y disfraza á las claras su zozobra con el boato de una embajada entre rendida y amenazadora. Asombrado está el emperador de los Romanos (dicen los embajadores) con el asomo insultante de los advenedizos. Si el voto de tales peregrinos es en realidad entrañable y por el rescate de Jerusalen, su lengua ensalza desde luego y sus tesoros se franquearán de lleno para intento tan relijioso; pero si osasen acometer al santuario del imperio, su muchedumbre, aun cuando fuese diez veces mayor, no los escudaria contra su justísimo enojo. La contestacion

del dogo y los barones no es menos caballerosa que sencilla. En esta causa pundonorosa y equitativa, menospreciamos el usurpador de la Grecia, sus amagos y sus ofertas. *Nuestra* amistad y *su* homenaje corresponden al heredero lejítimo, al príncipe mozo que mora entre nosotros, y al padre, al emperador Isaac, á quien se quitó cetro, libertad y vista, en el atentado de un hermano ingratísimo. Confiese este hermano desde luego su delito é implore su indulto, y nosotros mismos intercederémos para que se le proporcione el poder vivir desahogadamente á su salvo. Entre tanto no venga repitiendo el desacato de sus mensajes, pues nuestra contestacion será en su mismo palacio y con las armas en la mano. »

A los diez dias de su campamento en Escútari, los cruzados, á fuer de soldados y católicos, se aparatan para el tránsito del Bósforo. Arriesgado es el intento ; el raudal anchuroso y rapidísimo : en una calma, la misma corriente del Euxino los arrolla bajo al fuego líquido é inestinguible de los Griegos, y la playa contrapuesta de Europa asoma escudada con setenta mil caballos é infantes formidablemente escuadronados. En dia tan memorable que amaneció y se mantuvo en estremo bonancible y despejado, se dividen en seis porciones ó tercios; capitanea el primero, ú sea la vanguardia, el conde de Flandes, uno de los príncipes cristianos mas poderosos por la maestría y el número de sus ballesteros. Acaudillan los otros sus divisiones francesas, su hermano Enrique, los condes de San Pol y de Blois y Mateo de Montmorency, realzando á la postrera el servicio voluntario del mariscal y los nobles de Champaña. La sesta division, retaguardia y reserva de la hueste, va al mando del marqués de Monferrato, en cabezando á los Alemanes y Lombardos. Los bridones con sus gualdrapas tendidos hasta el suelo se embarcan en *palandros* (60) chatos, con los jinetes junto á los caballos, completísimamente animados, con sus lazos en la mano. Su crecido número de *sarjentos* (61) y flecheros van en los trasportes, remolcados todos por las grandiosas y veloces galeras. Atraviesan los seis cuerpos el Bósforo sin tropezar con el menor obstáculo ú enemigo; el afan de todo soldado y de todo tercio es aportar el primero, y vencer ó morir en la demanda. Con el ímpetu de sobresalir en el peligro, los caballeros con toda su armadura pesadísima se arrojan al mar llegándoles todavía á la cintura; les compiten sarjentos y flecheros en valor, y los escuderos bajando los puentes levadizos de los palandros, sacan los caballos á la playa. Antes que monten, se formen y enristren sus lanzas, desaparecieron ya los sesenta mil Griegos, pues el medroso Alexio dió el ejemplo á sus tropas, y tan solo por el saqueo de su pabellon riquísimo se enteraron los Latinos de que habian peleado contra un emperador. En aquel primer pavor de los enemigos fujitivos se arrojan á franquear con un avance doble la entrada de la bahía. Los Franceses embisten la torre de Gálata (62) en el arrabal de Pera, mientras los Venecianos toman á su cargo

el intento mas arduo de arrollar el arranque ó cadenon que se tendia desde aquella torre hasta la playa bizantina. Tras varios embates infructuosos, prevalece por fin su denodada perseverancia ; toman ó echan á pique hasta veinte naves de guerra, restos de la armada griega: las galeras con sus tajantes y pesadísimas cuchillas cortan ó quiebran los eslabones enormes y macizos de hierro (63) ; y la escuadra veneciana, á su salvo y triunfadora, surca y fondea en el puerto de Constantinopla. En pos de tamañas proezas los veinte mil Latinos que vienen á quedar solicitan el permiso para sitiar una capital que contiene mas de cuatrocientos mil habitantes (64) en disposicion, pero sin ánimo de empuñar las armas en defensa de su patria. Esta razon supondria un vecindario de dos millones, pero por mas rebajas que se hagan en el número de los Griegos, la *creencia* en aquella suma engrandece igualmente el arrojo desaforado de los salteadores.

En cuanto al punto de avance, Franceses y Venecianos estuvieron tan encontrados como sus diversos jéneros de vida y ejercicios (an. 1203. julio 7—18), afirmando los primeros con verdad que Constantinopla era mas accesible por la parte del mar y de la bahía, y repitiendo á voces los segundos que harto tenian confiada su existencia y haberes al vaiven de un leño en un elemento voluble y que apetecian refriega caballerosa en tierra firme á pié ó á caballo. Se avienen cuerdamente al mutuo auxilio por mar y tierra, cada cual por el rumbo que le es mas jenial, resguardando la escuadra á la tropa desde el embarque hasta el estremo de la bahía. Afianzan luego el puente de piedra, y las seis divisiones francesas arrostran el frente de la capital, y es la base del triángulo que se tiende por mas de una legua desde el puerto hasta la Propóntida (65). Asomados á un foso anchísimo y al pié de una muralla empinada, van contemplando la suma dificultad de su empresa. Los puestos de sus estrechos reales desembocan mas y mas miles de guerrillas, que apresan descarriados, barren la campiña, acopian abastos y los amagan y embisten cuatro ú seis veces al dia, precisándoles á clavar una estacada y fraguar un atrincheramiento, para su resguardo ejecutivo. Economizan hasta lo sumo los Venecianos y malgastan sin término los Franceses sus provisiones ; suenan y se padecen hambre y escaseces : se van á quedar sin harina á las tres semanas, y repugnándoles la carne salada, acuden á la de caballo. Sostiene al trémulo usurpador Teodoro Lascaris, su yerno, mancebo valeroso, que aspira á salvar y señorear su patria; los Griegos sin apego á su patria se enardecen por fin en defensa de su relijion, cifrando ante todo su esperanza en la bizarría y teson de la guardia Vananjiana, esto es Ingleses y Daneses, como los nombran los escritores de aquel tiempo (66). A los diez dias de afan incesante, allanan el terreno, igualan el foso y se adelantan en regla disparando sus ciento y cincuenta

máquinas miles de arrojadizas para despejar las almenas, estremecer las murallas, socavando al mismo tiempo sus cimientos. Aparece ya brecha, arrímanse las escalas; pero el jentío y el terreno rechazan y acosan á los arriesgados Latinos; asombra no obstante el arrojo de quince caballeros y sarjentos, que logran trepar á lo alto y defender un punto tan espuesto, hasta que la guardia imperial los derrumba ó los apresa. Mas venturosos los Venecianos en su avance por la bahía, echan el resto de su industrioso injenio con cuantos inventos se practicaron antes del hallazgo de la pólvora. Una línea doble, con el frente como de tres tiros de ballesta, consta de naves y galeras, el peso y aparato de aquellas sostiene los ájiles movimientos de las segundas, y presentan sobre sus puentes y popas sus torreones con plataformas militares, desde donde las máquinas descargan sobre la primera línea sus tiros contra el enemigo. Descuélganse los soldados de las galeras á la playa, plantan las escalas, trepan por ellas, mientras las naves se adelantan por los claros pausadamente, bajan sus puentes levadizos, y se labran camino por el aire desde las arboladuras hasta la muralla. En lo mas recio de la refriega descuella la estampa venerable del dogo, armado de pies á cabeza, en la proa de su galera. Tremola sobre su frente el grande estandarte de San Márcos. Sus amenazas, promesas y exhortaciones enardecen el ímpetu de los remeros; su bajel es el primero que vara, y Dándolo es el primer guerrero que hay en la playa. Pásmanse las naciones con la magnanimidad del anciano ciego, sin hacerse cargo de que su edad y sus achaques menguan el precio de la vida, y encarecen el valor de la gloria inmortal. De improviso una mano invisible (pues habria fenecido el alférez) planta sobre la muralla el pendon de la república; afánanse veinticinco incendiarios, y por el medio atroz del incendio desalojan á los Griegos del barrio contiguo. Avisa el dogo sus logros, cuando le detiene el peligro de sus confederados. Voceando caballerosamente que antes feneceria con los peregrinos, que labrarse una victoria con un esterminio, se desentiende Dándolo de su gran ventaja, reune su tropa y acude á la urjencia. Halla los seis ya reducidos y acosados cuerpos franceses acorralados por sesenta escuadrones de caballería griega, el menor de los cuales viene á ser mas crecido que la mayor parte de las seis divisiones. El sonrojo y la desesperacion incitan al provocado Alexio á echar el resto en una salida jeneral, mas se atasca con el órden cabal y el aspecto varonil de los Latinos, y tras lejanas escaramuzas, recoje su tropa al anochecer. Ora el silencio y ora el alboroto de la noche estreman sus quebrantos, y el usurpador cobarde, cargado con un tesoro de diez mil libras de oro, desampara ruinmente consorte, pueblo y fortuna; se arroja sobre un barquillo, se oculta por el Bósforo, y aporta en salvamento vergonzoso en una ensenadilla desconocida de Tracia. Sabe la nobleza griega aquella fuga, acude á porfía en busca de

indulto y paz á la mazmorra donde yace el ciego Isaac con la espectativa incesante de los sayones para su degüello. Reencúmbralo el vaiven de la suerte al sólio con su manto imperial, en medio de una parva de esclavos, cuyas muestras de pavor entrañable, y regocijo aparente, no le cabe deslindar; suspéndense al amanecer las hostilidades, y los caudillos Latinos se pasman con el mensaje del emperador lejítimo y reinante que está ansioso de abrazar á su hijo y galardonar á sus jenerosos libertadores (67).

Mas aquel temple de jenerosidad no llega al punto de querer desprenderse de sus rehenes hasta que el padre haya verificado el pago, ó por lo menos prometido solemnemente su cumplimiento. Pasan cuatro embajadores, Mateo de Montmorency, nuestro historiador el mariscal de Champaña, y dos Venecianos á congratular al emperador; hallan patentes las puertas; la guardia inglesa y danesa con sus mazas acordona por ambas aceras las calles; centellea el salon de recibo con oro y pedrería, sustitutos fementidos de la virtud y el poderío: siéntase junto al ciego Isaac su consorte, hermana del rey de Hungría, y con su presencia se agolpan en derredor las matronas ilustres de Grecia, y se revuelven bulliciosos en la algazara de senadores y soldadesca. Hablan por boca del mariscal de los Latinos; como varones pagados de sus propios merecimientos y acatando la misma obra de sus manos, y el emperador desde luego se hace cargo de que ha de revalidar los compromisos de su hijo con Venecia y los peregrinos sin demora. Retírase con la emperatríz, el camarero, el intérprete y los cuatro embajadores á un aposento, y se va enterando con afan del pormenor de los pactos contraidos por el mozo Alexio. El rendimiento del imperio oriental bajo el albedrío del papa, el auxilio á la Tierra Santa y la entrega ejecutiva de dos cientos mil marcos de plata — «Esas condiciones» prorumpe cuerdamente «son gravosas y se hace cuesta arriba el aceptarlas; pero no caben condiciones inadmisibles mediando tantísimos servicios y merecimientos.» Con seguridades tan entrañables, montan á caballo los embajadores y traen al heredero de Constantinopla á la ciudad y al palacio: su mocedad y peregrinas aventuras le granjean todos los corazones, y coronan solemnemente á Alexio con su padre en el presbiterio de Santa Sofía. En aquel arranque de su reinado, el vecindario, ya gozosísimo con el recobro de la paz y la abundancia, se embelesaba con el paradero venturoso de aquella trajedia, y el descontento de la nobleza; sus pesares y zozobras yacian allá bajo el vistoso charol de la lealtad y el recreo. Revueltos en una misma capital naciones tan encontradas pudieran acarrear quebrantos y trastornos, y por lo tanto se acuartelaron en el arrabal de Gálata ó Pera Franceses y Venecianos; pero franqueando todo jénero de roce y comunicacion entre gentes amigas, y los peregrinos solian curiosear por las iglesias y palacios de Constantinopla. La tosquedad de suyo ajenísima de primores artísticos, se mostraba atóni-

ta con tan teatral magnificencia, y luego cotejándola con el desamparo de otros paises resaltaban mas y mas el jentío y la opulencia de la primera metrópoli de la Cristiandad (68). Se apeaba el jóven Alexio de su encumbramiento dejándose llevar de su interés y su agradecimiento, y redoblando sus visitas familiares á los aliados Latinos; y los ensanches de la causa, y la travesura jovial de los Franceses olvidaban á ratos al emperador de Oriente (69). Formalizaron desde luego sus conferencias, y convinieron que la hermandad de ambas iglesias vendria á ser pasto del tiempo y la paciencia; pero la codicia estuvo menos avenible que la relijiosidad; y así hubo que hacer cuantiosísimos desembolsos para acudir á las urjencias y acallar las importunidades de los cruzados (70). Sobresaltábase Alexio con el trance ya cercano de su desvío, y aunque pudiera descargarle de aquel empeño que no le cabia cumplir, mas los amigos iban á dejarle en sumo desamparo y sin arrimo especial contra el antojo y preocupaciones de nacion tan ciega y alevosa. Ansiaba cohechar su permanencia por un año, costeando sus gastos y pagando á nombre de los Franceses el flete á los Venecianos. Ventilóse la propuesta en el consejo de los barones, y tras varios debates porfiados, la mayoría arrolló la escrupulosidad aferrada, aviniéndose al dictámen del dogo y á las instancias del emperador mozo. Recabó, con la paga de mil y seiscientas libras de oro, que el marqués de Monferrato le fuese acompañando con su hueste por las provincias de Europa, á fin de arraigar su autoridad y perseguir al tio, mientras los confederados de Francia y de Irlanda enfrenaban á Constantinopla bajo el mando de Balduino. La espedicion prospera, el emperador ciego se goza con el acierto de sus armas, empapándose en los inciensos de sus aduladores sobre que la misma Providencia su encumbradora desde la mazmorra hasta el sólio, le va á curar la gota, devolver la vista y tomar á su cargo los dilatados logros de su reinado. Pero el hijo se va ensalzando y atormenta con mil zozobras el pecho del anciano ciego, ni acierta su orgullo envidioso á encubrir, que mientras están aclamando yerta y desabridamente su nombre, es el mancebo réjio el tema de alabanzas entrañables y perpetuas (71).

Aquella invasion desaletarga á los Griegos del dilatado sueño de nueve siglos, en que deliran engreidamente, suponiendo inespugnable para toda fuerza advenediza la capital del imperio Romano. Los estranjeros occidentales han desflorado la ciudad y hecho donacion del cetro de Constantino; se malquistan luego sus aliados imperiales al par de ellos mismos; los vicios ya notorios de Isaac se hacen mas rematados con sus achaques, y odian al mancebo Alexio á fuer de apóstata que se ha desentendido de las costumbres y la relijion de su patria. Se divulga y zahiere su convenio reservado con los Latinos; el vecindario y mas el clero idolatra con toda el alma, su fé y sus estremos de supersticion, y suenan acá y acullá

por conventos, por calles y por tiendas el peligro de la iglesia y la tiranía del papa (72). Vacío ya el tesoro, mal puede acudir á las exorbitancias del boato réjio y las extorsiones estranjeras : no se avienen los Griegos á sortear con un impuesto general los quebrantos inminentes de la servidumbre y el saqueo ; la opresion de los pudientes ocasiona una enemiga mas personal y violenta ; y si el emperador se propasa á fundir la plata y despojar las imájenes del santuario , entonces abona las quejas de herejía y sacrilejio. En la ausencia del marqués Bonifacio y su alumno imperial , sobrevino un fracaso que puede fundadamente achacarse al afan indiscreto de los peregrinos flamencos (73). Al andar por la ciudad , se escandalizan viendo alguna mezquita ó sinagoga , en donde se adora un solo Dios , sin partícipe ó hijo. Cifraban por lo mas las controversias en los vuelos de su espada , acuchillando á los infieles , incendiándoles las moradas ; pero tanto infieles como cristianos sus vecinos , acudian á defender sus vidas y haberes, y las llamas encendidas por el fanatismo solian abrasar los artefactos mas inocentes y calificados. La llamarada por espacio de ocho dias estuvo cojiendo un frente de una legua , desde la bahía hasta la Propóntida , en lo mas apiñado y populoso de la ciudad. No cabe el ir computando los templos y palacios suntuosos que yacieron bajo la humareda en inmensos escombros , ni menos las mercancías que fenecieron en las calles traficantes; y mucho menos el sinnúmero de familias á quienes cupo tan imponderable desastre. Malquistáronse mas y mas los Latinos con aquel estrago , por mas que el dogo y los barones se empeñasen con ahinco en descargarse de su odiosidad , y una colonia latina de mas de quince mil personas trató de ponerse en salvo retirándose arrebatadamente al resguardo de su pavellon en el arrabal de Pera. Regresa triunfante el emperador , pero la maestría mas cabal y denodada no acertaria á ir afianzando el rumbo bajo la tormenta que estalló embravecidamente sobre la persona y el gobierno de aquel mancebo desventurado. Propendia de suyo, y con dictámen del padre á sus bienhechores , pero vacilaba entre el agradecimiento y el patriotismo , entre el temor de los súbditos y el de los aliados (74). Con sus zozobras y vaivenes malogra el aprecio y la confianza de unos y otros ; pues mientras está brindando al marqués de Monferrato con el palacio para su morada , viene á consentir que los nobles conspiren , y que se arme el vecindario para el rescate de su patria. Los caudillos, latinos desentendiéndose de situacion tan ardua, se aferran en sus demandas , se enojan con la demora , se recelan de mil intentos , y piden una contestacion terminante de paz ó guerra. Se encargan de la intimacion altanera tres caballeros Franceses y tres diputados Venecianos, quienes se ciñen las espadas , montan á caballo , atraviesan la muchedumbre airada , y allanan con ademan denodado el palacio y el aposento del emperador griego. Van apuntando con desentono sus servicios

y el mutuo compromiso, y manifiestan sin rebozo que en no acudiendo pronta y colmadamente á sus peticiones, dejaban de mirarle como soberano y como amigo. Tras tamaño reto, el primero que lastimó jamás oidos imperiales, se marchan sin el menor asomo de zozobra; pero su salvamento de un palacio cerril y de un vecindario enfurecido asombra á los embajadores mismos, cuya llegada á los reales viene á ser la señal de sus mutuas hostilidades.

La muchedumbre griega, arrolladora de toda autoridad y comedimiento, conceptua su saña por denuedo, el número por pujanza y el fanatismo por apoyo é inspiracion del cielo. Fementido y despreciable viene á ser Alexio para entrambas naciones: bastardeó ruinmente la alcurnia de los Anjelos y así la arrollan ó aventan con clamor desdeñoso, y el vecindario de Constantinopla se agolpa sobre el senado pidiéndole un emperador mas apreciable. Andan sucesivamente brindando con la púrpura á todos los senadores mas descollantes por su nacimiento ó su dignidad, y todos rechazan el manto mortal; dura hasta tres dias aquella contienda y nos participa el historiador Nicetas, individuo de aquella reunion, que la zozobra y la flaqueza eran los móviles de su lealtad. Un vestiglo que vino luego á yacer en el olvido, asoma proclamado á viva fuerza por la turba (75), pero el incitador del alboroto y de la guerra es un príncipe de la alcurnia de Ducas, y por tener el mismo nombre de Alexio, se deslinda con el adjetivo de Murzuflo (76), que en el idioma vulgar espresa el cejudo ó el cejijunto. Blasonando de patricio y palaciego el alevoso Mursuflo, sin carecer de maña y denuedo, contraresta á los Latinos de palabra y obra, enardece los ímpetus y preocupaciones de los Griegos, y se entromete en la íntima privanza de Alexio; que le encarga el empleo de gran camarero, quien se tiñe los borceguíes con el matíz de palacio. Arrójase á deshora al dormitorio con el semblante despavorido, vocean-do que el vecindario asalta el palacio desamparado por la guardia. Salta el incauto príncipe de su lecho y se pone en manos de su enemigo, quien le tiene ideada su salida por una escalerilla escusada, cuyo paradero es una cárcel, donde afianzan, despojan y aherrojan á Alexio, y despues de martirizarle algunos dias con amarguras mortales, lo envenenan, ahorcan ó macean por disposicion y en presencia del tirano. Sigue luego el emperador Isaac Anjelo á su hijo al sepulcro, y parece que Mursuflo pudiera escusar el delito de atropellar el esterminio de un ciego desvalido.

Varia el rumbo de la contienda con la muerte del emperador y la usurpacion del Mursuflo, pues ya no se ceñia al desabrimiento de unos aliados encarecedores de sus fuerzas ú olvidadizos de sus obligaciones. Franceses y Venecianos orillan toda queja contra Alexio, lloran el temprano malogro de su compañero y juran ejemplar venganza contra nacion tan alevosa que corona al asesino. Pero el dogo cuerdo propende

siempre á negociar; pide en concepto de subsidio, deuda ó multa cincuenta mil libras de oro, ó sean diez millones de duros, ni se rompiera broncamente la conferencia, si la relijiosidad ó la artería de Mursuflo no se negara á sacrificar la Iglesia griega á la salvacion del estado (77). En medio de los baldones de enemigos estraños y nacionales, asoma digno de la jerarquía en que se muestra campeon de su patria. Sobrepuja con mucho el afan del segundo sitio (abril de 1204) al del primero; pues se acaudala el tesoro y se restablece la disciplina, desentrañando ahincadamente los abusos del reinado anterior, y Mursuflo con su maza de hierro en la mano, visita los puntos, y ostentando la traza y ademan de un guerrero, estremece por lo menos á su propia soldadesca y á su parentela. Antes y despues de la muerte de Alexio entablaron dos veces el intento atinado de incendiar la escuadra en la bahía; pero la maestría denodada de los Venecianos rechazó los brulotes y las llamas vagarosas se fueron consumiendo sin éxito por las aguas (78). Enrique, el hermano del conde de Flandes, derrotó en una salida de Griegos al emperador, agravando el baldon de su descalabro con la ventaja del número y la sorpresa, hallóse su broquel en el campo de batalla, y presentaron el estandarte imperial (79) con la imágen divina de la Vírjen, como trofeo y reliquia, á los monjes cistercienses, discípulos de San Bernardo. Por tres meses, sin esceptuar la temporada de la santa cuaresma se estuvieron escaramuzando mientras se aparataban los Latinos para el asalto jeneral. Desengañados con la fortaleza inespugnable por la parte de tierra, manifestaron los pilotos que la playa de la Propóntida era expuestísimo fondeadero; arrollando la corriente las naves á larguísima distancia hasta las angosturas del Helesponto, perspectiva halagüeña para los peregrinos reacios que ansiaban la ocasion de trasponerse á la hueste. Acuerdan pues los sitiadores y recelan los sitiados el asalto por la bahía, colocando el emperador su pabellon de escarlata sobre una loma cercana, para otear y enardecer el ahinco de sus tropas. Un auditorio despejado y ageno de toda zozobra, y empapado allí en arranques de boato y recreo, pudiera embelesarse con la formacion dilatada de dos ejércitos en batalla por espacio de media legua, el uno sobre sus naves y galeras, y el otro sobre la muralla, encumbrado en varios pisos por torres de madera. Disparan las máquinas como enfurecidas á miles, venablos, piedras y tizonse (abril 9 de 1204); pero el agua es profunda; el Francés denodado, y el Veneciano diestrísimo atrácanse á la muralla estréllanse revueltas espadas, lanzas y mazas sobre los puentecillos vacilantes; aunque afianzados sobre las baterías firmes, por mas de cien partes se estrecha y se contraresta el asalto, hasta que la superioridad del terreno y del número predomina por fin y tocan los Latinos retirada. Renuévase en los dias siguientes el avance con igual brio y paradero semejante, y por la noche el dogo y los barones celebran consejo, zozobrosos

únicamente por el peligro general; á ningun labio asoman las palabras de huida ó escape, y todo guerrero, segun su pecho, está ya soñando victoria ó muerte esclarecida (80). Se han instruido los Griegos con la esperiencia del primer sitio, pero los Latinos se enardecen mas y mas por instantes, el concepto de que *cabe* el tomar á Constantinopla supone y abulta mas que cuantas precauciones inventó el esmero de la defensa. En el tercer asalto se amarran dos naves para duplicar su pujanza, un recio norte las aconcha á la playa, los obispos de Troyes y de Soisons capitanean la vanguardia y resuenan por toda la línea los nombres propicios del *peregrino* y el *paraíso* (81). Tremolan los pendones episcopales hasta la misma muralla; cien marcos de plata se habian ofrecido al primer trepador, y si la muerte los defraudó de su galardon, la fama inmortalizó sus nombres(*b*). Se escalan cuatro torres y se allanan tres puertas, y los caballeros Franceses, vacilantes tal vez en las aguas, blasonan ya de invencibles á caballo y en tierra firme. ¿ He de referir como los miles que estan escudando la persona del emperador huyen todos al avance ante la lanza de un solo guerrero? Atestigua fuga tan afrentosa su compatricio Nicetas, una hueste de vestiglos va escoltando al héroe francés que abultó con ínfulas de jigante para los Griegos (82). Desamparan los fugitivos sus puntos y arrojan las armas, y entran en su alcance los Latinos bajo las banderas de sus caudillos; ábrense de par en par puertas y calles para su tránsito, y sea de intento ú por acaso se enciende nueva llamarada, que en pocas horas abrasa un ámbito igual á las tres ciudades de Francia (83). Anochecido ya, los barones enfrenan á la soldadesca y fortifican sus apostaderos, los asombran la estension y el vecindario de la capital que está requiriendo el trabajo de un mes si las iglesias y palacios se robustecen para fortalezas, mas á la madrugada una procesion suplicante con cruces y peanas anuncia la rendicion de los Griegos y amaina la saña de los vencedores; huye el usurpador por la puerta dorada, el conde de Flandes y el marqués de Monferrato se hospedan en los palacios de Blaqueira y de Bucoleon, y el imperio, que todavía lleva el nombre de Constantino y el dictado de Romano, yace al impulso de las armas latinas y peregrinos. (84).

Tomada Constantinopla por asalto, tan solo caben los miramientos de la relijion y de la humanidad contra las leyes terminantes de la guerra, Sigue mandando á los vencedores Bonifacio, marqués de Monferrato y el jentío griego, reverenciando ya su nombre como el de su soberano venidero está clamando con acento lloroso: « Marqués y rey sagrado apiádate de nosotros. » Su cordura compasiva franquea las puertas de la ciudad á los fujitivos y encarga á los soldados de la cruz que conserven la vida á los demas cristianos. Corre la sangre á rios por las páginas de Nicetas, pero la mortandad de sus compatricios indefensos viene á reducirse á dos mil, y aun estos jeneralmente fenecieron, no por mano de los advenedizos (85),

sino de aquellos Latinos recien arrojados de la ciudad y se ensañaron como banderizos ya victoriosos. Mas habia algun desterrado que tenia mas presentes los beneficios que los agravios, y el mismo Nicetas debió su salvamento á la jenerosidad de un mercader veneciano. Tilda el papa Inocencio III á los peregrinos de su desaforado desacato, atropellando al par sexo, edad y profesion religiosa, laméntase por tanto amargamente de que maldades torpes y tenebrosas, como forzamientos, adulterios é incestos, se cometiesen á las claras, amancillando los sirvientes ó mozos del campamento católico, á nobles matronas á monjas sagradas, en medio del dia (86). Probable aparece que el desenfreno de la victoria acarrease y encubriese un sin fin de pecados, pero consta que la capital del Oriente contenia sumo surtido de beldades venales y propensas á saciar los anhelos de veinte mil peregrinos, y las prisioneras no quedaban ya avasalladas á todo trance. Abogaba el marqués de Monferrato por la disciplina y el decoro: era el conde de Flandes todo un espejo de castidad: tenian vedado bajo pena de muerte el atropellamiento de casadas, doncellas ó monjas, y los vencidos solian apelar á la proclama (87), teniendo los vencedores que acatarla. La autoridad de los caudillos y el pundonor de la tropa enfrenaron la crueldad y la lujuria, pues no estamos ya describiendo un asalto de bravíos septentrionales, y por mas cerriles que aparezcan el tiempo, los reglamentos y la relijion tenian ya civilizados á los Franceses y aun mas á los Italianos. Mas la codicia se estuvo cebando á sus anchuras colmadamente en la misma Semana santa con el saqueo de Constantinopla. El derecho de la victoria sin cortapisas de tratado ú ofrecimientos ponia desde luego á merced del entrante los haberes públicos y privados de los Griegos, y en alargando su diestra podia empuñar legalmente, segun su pujanza la presa, á medida de su propio albedrío. El oro y la plata suministran el marco portátil y universal con el cuño ó sin el, para que el poseedor en su casa ó fuera se granjee cuanto le cuadre por su inclinacion ó circunstancias. El comercio y el lujo habian atesorado sedas terciopelos, pellizas, pedrería y alhajas riquísimas, cuales no asomaban por los demás paises á la sazon atrasadísimos de Europa. Planteóse un sistema de saqueo ajeno de todo acaso ú arbitrariedad, pues bajo horrendas penas de perjurio, escomunion y muerte, se mandó á los Latinos entregar sus presas en el acopio general, que se fue colocando en tres iglesias para el correspondiente reparto; cupo á cada soldado de infantería su porcion única; dos á cada sargento á caballo, cuatro para el caballero y luego partes mayores á los caudillos, barones ó príncipes, segun el merecimiento y la graduacion de cada uno; y con efecto se ahorcó á un caballero correspondiente al conde de San Pablo con su escudo y cota de armas pendientes al cuello, por contraventor en compromiso tan sagrado con cuyo ejemplar se reservarian mas ahincada y mañosamente los culpa-

dos ; mas la codicia se sobrepuso al miedo, y se conceptuó jeneralmente que lo oculto sebrepujó á lo manifiesto y mas que la suma se encumbró sobre todo jénero de esperiencia ó espectativa (88). Dividido ya el conjunto entre Franceses y Venecianos, se rebajaron de la cuota de los primeros hasta cincuenta mil marcos para saldar la cuenta con los segundos. El residuo de los Franceses ascendió todavía á cuatrocientos mil marcos de plata (89), como cuatro millones de duros, y no me cabe justipreciar aquel importe por los contratos públicos y particulares de aquel siglo sino computándolo siete tantos de la renta anual del reino de Inglaterra (90).

En aquella gran revuelta logramos la complacencia sin par de ir parangonando las dos relaciones y los arranques encontrados de Villeharduino y de Nicetas (91). Aparece al pronto que los haberes de Constantinopla mudaron únicamente de dueños, y que el malogro y desconsuelo de los Griegos vienen á quedar equilibrados con la ventaja y algazara de los Latinos. Mas en el aciago cómputo de la guerra nunca la ganancia equivale al quebranto ni el deleite á la amargura: volaron engañosamente las glorias de los Latinos; lloraron sempiternamente los Griegos su desdicha con el escarnio y el sacrilegio ¿ Qué asomo de granjería cupo á los vencedores con los tres incendios asoladores de tan grandiosa porcion de los edificios y riquezas de la ciudad ? ¡ Cuánto caudal no se malograria con los renglones que ni se trasladan ni se emplean y cuanto no se destrozaria malvada ó antojadizamente! ¡Qué dinero y qué tesoro se malograria en juegos, liviandades y embriagueces ! ¡ Y cuantísimos objetos inestimables se descarriarian por el afan y la torpeza de la soldadesca, para ir luego á parar en manos de los ínfimos y estragados Griegos ! Los que nada tenian que perder serian los únicos gananciosos en el trastorno: pero el sumo desamparo de las altas jerarquías está retratado al vivo en los trances personales de Nicetas. La segunda quema le arrasó el palacio y el senador con la familia y amigos tuvo que acudir al arrinconado albergue de otra casita suya , junto á la iglesia de santa Sofía. Guardóle la puerta de su escasa morada su íntimo mercader Veneciano en trage de soldado, hasta que Nicetas arrebatadamente pudo preservar los residuos de toda su fortuna y la castidad de su hija. Fujitivos todos con un temporal helador tuvieron que desamparar el regazo de sus prosperidades, y andar á pié con la esposa embarazada y sin esclavos, que se le habian desertado, cargaron con el equipaje en sus hombros; salpicándose las mujeres el rostro de lodo para desfigurarse, en vez de darse realce con joyas y matices. Tropiezan á cada paso con desacatos y peligros , acongójanles no tanto las amenazas de los advenedizos, como los baldones de los plebeyos , con quienes se miran ya nivelados , ni lograron desahogo y salvamento los desterrados hasta que terminan su peregrinacion

angustiosa en el Simbria, á mas de doce leguas de la capital. Alcanzan por el camino al patriarca, sin comitiva y sin boato, cabalgando un jumentillo y casi reducido al desamparo apostólico, que á ser voluntario no podia menos de ser harto meritorio. Entre tanto los Latinos, desaforadamente devotos, van profanando las iglesias asoladas con su feroz desenfreno. Las despojan de toda pedrería y convierten los cálices en copas de hediondez, y mesas de juego y banquete las tablas donde estan pintados Jesucristo y los santos, hollando los objetos mas venerables del culto cristiano. En la catedral de Santa Sofía, con el afan de la franja de oro, desgarran el velo grandioso del santuario, destrozando luego el altar muy realzado con primores artísticos para repartirlo entre los apresados res. Cargan mulas y caballos con la plata labrada y los relieves dorados arrancándolos de las puertas y del púlpito, y aun al tropezar las acémilas con la carga solian matarlas y mancillar el pavimento sagrado con sangre tan impura. Sentóse una ramera en el sólio del patriarca, y aquella hija de Belial como la apellidan, cantó y danzó en el mismo templo, escarneciendo los himnos y procesiones de los Orientales. Ni quedaron ajenos de violacion los paraderos de cadáveres rejios, pues en la iglesia de los Apóstoles desencajaron las tumbas de emperadores y aun se afirma que mediando ya seis siglos asomó intacto el cuerpo de Justiniano. Por las calles Franceses y Flamencos se arrojaban y tendian sobre sus caballos ropajes pintados y cofias pomposas de lino, y el safio destemple de sus funciones (92) desdecia por estremo de la sobriedad esplendorosa del Oriente. Para ridiculizar la grey de escribientes y curiales; andaban ostentando plumas tinteros y pliegos de papel sin hacerse cargo de que los instrumentos de la ciencia y del valor eran igualmente endeblesé inservibles en manos de los Griegos modernos.

Su nombradía y su idioma los estaba sin embargo estimulando para menospreciar la ignorancia y desentenderse de los adelantos latinos (93). Resaltaba todavía mas la diferencia nacional en la aficion á las artes, pues los Griegos seguian reverenciando con acatamiento los partos de sus mayores que no acertaban á remedar, y en el destrozo de las estatuas en Constantinopla acompañan nuestros conatos las quejas é invectivas del historiador bizantino (94). Ya se vió nacer y descollar aquella ciudad con la vanagloria y el despotismo del fundador imperial; la segur de la supersticion dejó con vida al arrollar el paganismo algunos dioses y prohombres, y los residuos de mejores dias estaban todavía realzando el foro y el hipodromo. Nicetas va refiriendo algunos (95) en estilo florido y afectado, y vamos ahora á entresacar de sus descripciones algunas particularidades interesantes. I. Los conductores victoriosos estaban vaciados en bronce á sus propias expensas ó á las del público, colocándolos en el hipodromo; iban en pié sobre sus carruajes jirando en derredor del ito: podia

el auditorio empaparse en su presencia, y conceptuar sus grados de propiedad y desemejanza y las estatuas mas aventajadas podian trasladarse del estadio olímpico; II. La Esfinge, hipopótamo y crocodilo, demuestran el clima propio de Ejipto, y los despojos de aquella provincia antigua. III La loba amamantando á Rómulo y Remo, asunto *igualmente* halagüeño á los Romanos *antiguos* y á los *nuevos*, pero manejado escasamente antes de la decadencia de la escultura griega. IV. Una águila teniendo y destrozando una serpiente en sus garras: monumento solariego de los Bizantinos, atribuido no á algun artista humano, sino á la maestría mágica del filósofo Apolonio, quien con este ensalmo libertó la ciudad de réptiles venenosos. V. Un jumento y su conductor levantados por Angusto en su colonia de Nicopolis, para conmemoracion del agüero verbal de la victoria de Accio, VI. Una estatua ecuestre, que vulgarmente se conceptuaba por Josué; el vencedor judío alargando allá el brazo para atajar la carrera al sol en su ocaso. Tradicion mas literata se echaba de ver en las figuras de Belerofonte y Pegaso, y el ímpetu desembarazado del bridon estaba demostrando que corria por el aire, y no sobre la tierra. VII. Un espacio con su obelisco encumbrado, de cobre, cuyos costados sobresalian esculpidos con vistas campesinas y pintorescas, aves cantando, gañanes arando ú flauteando; ganados balando; corderillos retozando, el mar con una perspectiva de peces y almadrabas; cupidillos riendo, jugando y tirándose manzanas y en su cima una figura mujeril jirando al mas leve soplillo y por tanto llamada la Jiralda. VIII. El rabadan frijio presentando á Venus la manzana, el premio de la hermosura y el móvil de la discordia, IX. La estatua incomparable de Helena delineada por Nicetas con arranques de asombro y de cariño, su pié lindamente torneado, sus brazos de nieve, labios sonrosados, sonrisa encantadora, ojos enamorados, cejas arqueadas, hechura armónica, ropaje lijerillo y cabellera tendida al viento; beldad que deberia mover á compasion y remordimiento aun á sus bárbaros destrozadores. X. La forma varonil ó sea divina de Hércules (96) revivido con la maestría de Lisipo, y tan colosal que su pulgar igualaba al cinto y su pierna á la estatura de un hombre regular (97), de cabeza grandiosa, espaldudo y membrudo, de cabellera crespa y de traza imperiosa. Sin arco, aljava ó maza con la piel de leon, terciada en desaliño estaba sentado sobre un cesto de mimbres, con la pierna y el brazo derecho estendidos hasta lo sumo con el codo sobre la rodilla doblada, la cabeza torcida sobre su izquierda y el semblante airado y pensativo. XI. Una estatua ajigantada de Juno, adorno allá de su templo en Samos afanándose cuatro yuntas de bueyes para llevar al palacio su enorme cabeza. XII. Otro coloso de Palas ó Minerva de treinta pies de altura, espresando con brio asombroso la índole y atributos de la doncella guerrera. Hay que apuntar antes de sindicar á los Latinos que ya los Griegos habian destrozado aquella Palas,

por sus zozobras supersticiosas (98). La codicia empedernida de los Cruzados fué despedazando ú fundiendo las demás estatuas de bronce: su afan y costo quedaron destruidos en un rato; el alma del númen artístico voló en humareda, y lo restante del ruin metal se acuñó para el pago de la tropa. No es de suyo duradero el bronce, podian los Latinos con sandio menosprecio desentenderse de las sublimidades de Fidias y Praxiteles. (99). y así á menos de padecer algun quebranto casual, siguieron descollando como piedras inservibles, sobre sus pedestales (100). Los advenedizos mas despejados y ajenos de la sensualidad irracional de sus paisanos; ejercitaron su derecho de conquista en pos de reliquias de santos (101). Acopio inmenso de cabezas, huesos, cruces é imágenes que se fueron luego desparramando por Europa, y medrando mas y mas la peregrinacion y las ofrendas; ningun asomo de granjería fué quizás tan ganancioso de tantísimos despojos traidos de Levante (102). Perecieron muchísimos escritos de la antigüedad que subsistian á la sazon; pero muy ajenos estaban los peregrinos de afanarse por conservar y traerse los rollos de un idioma ignorado, y como la sustancia deleznable del papel ó pergamino tan solo cabe mantenerse con el redoble de infinitas copias, la literatura griega habia venido á vincularse en la capital, y sin pararnos ahora á graduar la inmensidad de aquel malogro, podemos llorar amargamente el tesoro de librerías que fenecieron en los tres incendios de Constantinopla (103).

NOTAS

correspondientes al capítulo sexajésimo.

(1) En los siglos sucesivos, desde el IX hasta el XVIII, va Mosheim rasgueando el cisma de los Griegos con erudicion, despejo é imparcialidad, el *filioque* (Institucion. Hist. Ecclesiast. p. 277.), Leon III. p. 303; Focio p. 307, 308. Miguel Cerulario p. 370, 371. etc.

(2) Ανδρες δυσσεβεις και αποτροπαιοι, ανδρες εκ σκοτους αναδυντες, της γαρ Εσπεριου μοιρας ὑπηρχον γεννηματα (Phot. Epist. p. 47. edit. Montagut.). El patriarca oriental sigue aplicando las figuras de trueno, terremoto, granizo, jabalies precursores del Antecristo, etc.

(3) Queda ventilado el asunto misterioso del procedimiento del Espí-

ritu Santo, en el sentido, ó sin sentido, teolójico, histórico y controversista por el Jesuita Petavio (Dogmata Theologica. tom. II. l. VII. p. 362—349.

(4) Colocó ante el sagrario de San Pedro dos broqueles de 94 ½ libras de plata, donde esculpió el testo de ambos credos (utroque symbolo) pro amore et *cautela* orthodoxæ fidei (Anast. in Leon III. in Muratori tom. III. part. I. p. 208. Su lenguaje comprueba á las claras, que ni el *filioque*, ni el credo Atanasio, se admitieron en Roma por los años de 830.

(5) Los enviados de Carlomagno lo estrecharon para declarar, que cuantos desecharen el *filioque*, ó por lo menos su doctrina, quedaban condenados. No todos, replicó el papa, son capaces de calar los recónditos misterios, qui potuerit et non voluerit, salvus esse non potest. (Collect. Convil. tom. IX, p. 277—286.). El qui potuerit da mucho ensanche para el logro de la salvacion.

(6) En Francia tras algunas leyes violentas, ha venido á relajarse la disciplina eclesiástica; pues leche, queso y manteca, y aun huevos, ya perpetua ya anualmente, suelen ser corrientes en cuaresma. (Vida privada de los Franceses, tom. II. p. 27—38.).

(7) Los monumentos orijinales de los cargos de los Griegos contra los Latinos, se hallan depositados en Focio (Epist. Encyclica l. II. p. 47—61.) y en Miguel Cerulario (Canisio. Antiq. Lectiones, tom. III. p. I. p. 281—324. edit. Basnage, con la dilatada contestacion del cardenal Humbert.).

(8) El tom. XI de la edicion veneciana de los Concilios contiene todas las actas de los sínodos, y la historia de Focio, queda compendiada con cierto baño de preocupacion ó cordura, por Dupin y Fleury.

(9) El sínodo de Constantinopla, celebrado en el año de 863, es el 8.° de los concilios jenerales, y la última reunion de Orientales, reconocido por la Iglesia Romana; pues desecha los concilios de constantinopla de los años 867 y 873, que fueron igualmente concurridos y estruendosos; pero fueron favorables á Focio.

(10) Véase este anatema en los Concilios tom. XI. p. 1475—1490.

(11) Ana Comnena (Alexiad. l. I. p. 31—33.) está demostrando su encono contra la Iglesia, y aun contra el palacio, por Gregorio VII, los papas y la comunion latina. Siendo todavía mas vehemente el estilo de Cinamo y de Nicetas; pero ¡cuán mansa es la voz de la historia, cotejada con la de toda contienda.

(12) Su historiador anónimo (de Exped. Asiat. Freder I. in Canisii Lection. Antiq. tom. III. part. II. p. 511. edit. Basnage.) menciona los sermones del patriarca griego, quomodo Græcis injunxerat, in remis-

sionem peccatorum peregrinos occidere et delere de terra. Advierte (in Scriptores Frecher tom. I. p. 403, Struv.), Græci hæreticos nos appellant; clerici et monachi dictis et factis persequuntur. Podemos añadir la manifestacion del emperador Balduino, quince años despues: Hæc est (gens quæ Latinos omnes, non hominum nomine, sed canum dignabatur, quorum sanguinem effundere pene inter merita reputabant. (Gesta Innocent. III. c. 92. in Muratori, Script. Rerum Italicarum, tom. III. part. I. p. 536.). Cabrá alguna exajeracion, pero en la realidad se efectuaban como parte de la accion y reaccion por ambas partes, igualmente enconadas.

(13) Véase Anna Comnena (Alexiad. l. VI. p. 161, 162.), y un paso muy reparable en Nicetas (in Manuel l. V. c. 9.), quien advierte sobre los Venecianos κατα σμηνη και φρατδιας την Κωνσταντινου πολιν της οικειας ηλλαξαντο.

(14) Ducange, Famil, Byzant. p. 186, 187.

(15) Nicetas, in Manuel l. VII. c. 2. Regnante enim (Manuele)... apud eum tantam Latinus populus repererat gratiam, ut neglectis Græculis, suis, tanquam viris mollibus et effeminatis... solis Latinis grandia committeret negotia... erga eos profusa liberalitate abundabat... et omni orbe ad eum tanquam ad benefactorem, nobiles concurrebant. Willel. Tyr. XXII. c. 10.

(16) No podian menos de corroborarse los recelos de los Griegos, al ver las cartas políticas de Manuel al papa Alejandro III, enemigo de su enemiguísimo Federico I, en las cuales el emperador desentraña su anhelo de hermanar los Griegos y Latinos como una sola grey, bajo un solo mayoral, etc. (Véase Fleury, Hist. Eccles. tom. XV. p. 187. 213. 243.).

(17) Véanse las relaciones griegas y latinas de Nicetas (in Alex. Comn. c. 10.) y Guillelmo de Tyro (l. XXII. c. 10, 11, 13.); el primero suave y lacónico, el segundo, pelmoso redundante y trájico.

(18) La historia del reinado de Isaac Angelo se compone, en tres libras, por el cenador Nicetas (p. 228—290.) y su cargo de logoteta, ó secretario mayor, y pues del velo á palacio, no podian cohechar la veracidad del historiador. Escribió, es cierto, tras la caida y muerte de su bienhechor.

(19) Véase Bohadin, Vita Saladin p. 129—131. 226. vers. Shelten. El embajador de Isaac estaba igualmente versado en el griego, el francés y el árabe, ejemplar muy peregrino para la época. Recíbianse sus embajadas con distincion, y se despedian sin resultado, y se referian con escándalo por el Occidente.

(20) Ducange, Familiæ Dalmaticæ, p. 318, 329 y 320. La corres-

pondencia original del rey Búlgaro con el pontífice Romano, se halla rotulada en el Gesta Innocent. III. c. 66—82. p. 513—525.

(21) Reconoce el papa su linaje, á nobili urbis Romæ prosapia genitores tui originem traxerunt. Esta tradicion, y la semejanza estremada del idioma latino con el de Walaquia, se hallan esplicadas en d' Anville (Etats de l' Europe p. 258—262.). Las colonias italianas en la Dacia de Trajano quedaron arrolladas en la oleada de las emigraciones, desde el Danubio al Volga y arrebatadas hácia atrás por nuevas oleadas del Volga para el Danubio ¡ tan probable como estrañísimo!

(22) Esta parábola concuerda colmadamente con el estilo sublime allá de los bravíos; mas quisiera que los Valacos no introdujeran el nombre clásico de los Misios, los esperimentos magnéticos ó del iman, ni el paso del antiguo poeta cómico (Nicetas in Alexiad. Comneno. l. I. p. 299, 300.).

(23) Los Latinos recargan la ingratitud de Alexio, suponiendo, que se le habia rescatado del cautiverio turco por su hermano Isaac. Sin duda se repasó la historia afectuosa en Venecia y en Zara; mas no acierto á desentrañar los fundamentos de los historiadores griegos.

(24) Véase el reinado de Alexio Anjelo, ó Comneno, en Nicetas por sus tres libras, p. 291—352.

(25) Véase Fleury, Hist. Ecles. tom. XVI. p. 26, etc. y Villeharduin N.° 1. con las observaciones de Ducange, á quien siempre llevo ánimo de citar con el testo original.

(26) La vida contemporánea del papa Inocencio III publicada por Baluzio y Muratori (Scriptores Rerum Italicarum, tom. III. pars. I. p. 486—568; se hace apreciabilísima por los documentos orijinales é importantes que atesora con el texto. La bula de cruzada se hallará c. 84. y 85.

(27) Por-ce que cil pardon fut issi gran, si sen esmeurent mult li cuers desgenz, et mult s' en croisierent, por-ce que li pardons ere si gran. Villeharduin N.° 1. Pueden nuestros filósofos acicalar allá los móviles de los cruzados, pero tales eran los arranques del caballero francés.

(28) El número de los feudos (entre los cuales hasta 1800 debian pleito homenaje) se empadronaron en la Iglesia de San Estevan en Troyes, acreditados A. D. 1213 por el mariscal y botillero de Champagne (Ducange, Observat. p. 254.).

(29) Campania... militiæ privilegio singularius excellit... in tyrociniis... prolusione armorum, etc. Ducange, p. 249. de la antigua Crónica de Jerusalen A. D. 1177.—1199.

(30) Tomóse el nombre de Villeharduin de una aldea y castillo en el obispado de Troyes, junto al rio Aube, entre Bar y Arcis. Era el

linaje antiguo é hidalgo ; la línea primojénita de nuestro escritor subsistia despues de 1400. Era menor ó segunda no granjeándose un principado en la Acaya , y entroncó allá con la casa de Saboya (Ducange , p. 235—245.

(31) Obtuvieron aquel cargo el padre y los descendientes ; pero Ducange no ha logrado desentrañarlo con su acostumbrada perspicacia. Hallo , que el año de 1358 , estaba en la familia de Conflens , pero como provincial , quedó eclipsada con los mariscales nacionales de Francia.

(32) Esta habla de la cual traeré algunas muestras va esplicada en Vigere y Ducange por una traduccion y un glosario. El presidente des Brosses (Mechanisme des Langues , tom. II. p. 83.) lo trae como ejemplo de un idioma que ha cesado en Francia , y solo se entiende con las gramáticas.

(33) Su siglo y su propia espresion , moi qui cet auvre *dicta* (N.° 62 , etc.) , puede sincerar la sospecha (mas probablemente que la de M. Wood en Homero) que no sabia leer ni escribir. Mas puede blasonar la Champaña de los dos primeros historiadores , insignes autores de la prosa francesa , Villeharduin y Joinville.

(34) La cruzada y reinados de los condes de Flandes , Ballvino y su hermano Henrique , son el asunto de una historia particular por el jesuita Doutremens (Constantinopolis Bélgica , Turnaci , 1638 en 4.°) la que tan solo he visto con los ojos de Ducange.

(35) Historia etc. tom. VI. p. 116 — 123.

(36) La fundacion é independencia de Venecia se desentrañan en Pagi. (Crítica tom. III. A. D. 810. núm 4. etc.) y Beretti (Disertation. Cherograp. Italiœ medii Ævi , in Muratori tom. X. Script. p. 153.) Ambos críticos tienen sus asomos , el francés opuesto , y el italiano favorable á la república.

(37) Al esforzar el hijo de Carlomagno sus derechos á la soberanía , la contestaron los leales Venecianos ότι ήμεις δουλοι θελομεν ειναι του Ρωμαιων βασιλεως (Constantin Porphirogenit , de Administr Imperii , pars II. c. 28. p. 85.) ; y la relacion del IX da por sentado el hecho del X siglo , corroborado por la embajada de Luitprando de Cremona , el tributo anual que el emperador les concede que paguen al rey de Italia , alivia por duplicado su servidumbre , pero la voz odiosísima δουλοι se debe traducir , como en la carta de 827 (Laugier , Hist. de Venecia. tom. I p.67 , etc.) con el apellido mas suave de *subditi* ó *fideles*.

(38) Véase la XXV y la XXX disertationes de Antiquitatis medii Ævi de Muratori. Por la Historia del Comercio de Anderson , me entero de que los Venecianos jamás asomaron por Inglaterra hasta el año de 1323. Su estado mas floreciente de riqueza y comercio , se halla descrito gar-

bosamente en el abate Dubos, con relacion al principio del siglo XV. (Hist. de la Ligue de Cambray, tom. II. p. 443 — 480.)

(39) Poquísimo se esmeraron los Venecianos en escribir su historia; pero sus monumentos mas antiguos son; 1. La Crónica tosquísima (quizás) de Juan Sagornizo (Venecia 1765 en 8.°) que viene á retratar el estado de las costumbres de Venecia en el año de 1008. 2. La Historia estensa del dogo (1342—1354.) Andrés Dándolo, publicada por última vez en el tom. XIII de Muratori. A D. 1728. la historia de Venecia por el abate Laugier (París 1728,) es obra de cierto mérito, de la cual principalmente me he valido, en lo relativo á la constitucion *.

(40) Enrique Dándolo era de ochenta y cuatro años en su eleccion, y de noventa en su muerte. (A. D. 125.) Véanse las observaciones de Ducange sobre Villeharduino, número 204. Pero los escritores originales no hacen alto en *tamaña* longevidad, ni se halla otro ejemplar de un héroe de cerca de cien años. Teofrasio es quien ofrece el ejemplo de un escritor de noventa y nueve, pero en vez de ἑβδομηκοντα, me inclino con gran manera (Procem. en Carat ó que se debe leer, βδομηκοντα, con el último editor Ficher, y el primer apunte de Casaubon. Raya en imposible el desempeño adecuado de las potencias en edad tan estremada.

(41) Los Venecianos modernos (Langier tom. II. p. 119.) tildan al emperador Manuel, pero Villeharduino refuta la calumnia, y luego los escritores antiguos que Dándolo perdió la vista por una herida. Ducange n. 34. Discuerdan las noticias acerca de la gravedad y de la causa de aquella ceguedad; pues segun Villeharduino y otros era absoluta, y segun la Crónica de Andrés Dándolo, era escasa su vista, visu debilis. Véase Wilken. vol. V. p. 143. — M.

(42) Véase el tratado original en la Crónica de Andrés Dándolo, p. 325—336.

(43) Se hace reparable, leyendo á Villeharduino, las lágrimas repetidas del mariscal y de sus hermanos caballeros. Sachiez que la ot mainte lerme plorée de pitié (núm. 17.); mult plorant (allí mismo); mainte lerme plorée (núm. 34); si oren mult pitié et plorerent mult durement (núm. 60); i ot mainte lèrmep lorée de pitié (núm. 202.) Estan llorando, de pesar, de gozo y por devocion.

(44) Con una victoria sobre los ciudadanos de Asti, con una cruzada á Palestina, y con una embajada á los príncipes Alemanes (Muratori Annali d' Italia tom. X. p. 163, 202.)

* Escusado viene á ser el citar la obra apreciable del conde Dou, Historia de Venecia, traducida, segun tengo entendido, en italiano, con notas defensivas de la antigua república. No he logrado ver esta obra. — M.

(45) Véase la cruzada de los Alemanes en la Historia C. P. de Gunter (Canisii Antiq. Lec. tom. IV, p. V. — VIII, quien celebra la peregrinacion del abad Martin, uno de los predicadores en competencia de Fulk de Neuilly. Su monasterio de la órden Cisterciense, estaba situado en el obispado de Basilea.

(46) Jadera, en el dia Zara, era una colonia Romana, que reconocia á Augusto por su planteador. Ahora tiene solas dos millas de circuito, con un vecindario de seis ó siete mil moradores, pero con fortificaciones grandes, y unido al continente por medio de un puente. Véanse los viajes de los dos compañeros Spon y Wheeler (Voyage de Dalmatie, de Grece, etc. tom. I. p. 64—70. Journey into Grece, p. 8—14); y el último, equivocando *Sestertia* con *Sestertii*, computa un arco acompañado de estatuas y columnas en cuarenta duros. Si en su tiempo no habia guindas por los égidos de Zara, abundan en el dia y componen el ponderado *marrasquine*.

(47) Katona (Hist. Crítica Reg. Hungariæ, Stirpis Arpad. tom. IV. p. 136—138) va agolpando cuantos hechos y testimonios se oponen á los conquistadores de Zara.

(48) Véase todo el trance, y los arranques del papa, en la carta de Inocencio III. Gesta, c. 86. 87. 88.

(a) Monfort protestó contra el sitio, Guido, abad de Sernay, en nombre del papa prohibió el sitio de una ciudad cristiana, y la rendicion inmediata del pueblo se dilató por cinco dias de resistencia infructuosa. Wilken, c. V. p. 167. Véase igualmente el entredicho fulminado por el papa — M.

(49) Todo lector modesto al tropezar con un sirviente de Constantinopla, aplicado al mozo Alexio, con relacion á su mocedad, como los *infantes* de España, y el *nobilissimus puer* de los Romanos. Pajes ó escuderos de la caballería eran tan hidalgos como sus amos (Villeharduino y Ducange, núm. 36).

(50) Villeharduino apellida al emperador Isaac *Tursac* (núm. 35 etc). que cabe derivarse del francés sire, ó del griego Κυρ (κυριος) revuelto con su propio nombre; y los demás desvíos de Tursac y Conserac nos manifiestan cuantos descaminos habrán padecido las dinastías de Asia y Ejipto.

(51) Renier y Conrado, el primero se desposó con María, hija del emperador Manuel Comneno; el otro fué marido de Teodora Anjela, hermana del emperador Isaac y Alexio. Se desprendió Conrado de la corte griega y de la princesa, por el timbre de acudir á la defensa de Tirso contra Saladino (Ducange, Famil. Bizant. p. 187. 203).

(53) Nicetas (in Alexio Comne l. III. c. 9) tilda al dogo y á los Venecianos como los encendedores de la guerra contra Constantinopla y

conceptua únicamente como κυμα ὑπερ κυματι, la llegada de las ofertas vergonzosas del régio desterrado. *

(53) Villeharduino y Gunther ponen de manifiesto los dictámenes encontrados. El abad Martin dejó el ejército en Zara, siguió hasta Palestina, fué de embajador á Constantinopla, y presenció contra su voluntad el segundo sitio.

(54) El nacimiento y exaltacion de Andrés Dándolo, le franquearon motivo y proporcion para investigar en los archivos de Venecia la historia memorable de su antecesor. Su brevedad desautoriza un tanto las relaciones mas extensas y recientes de Sanuto (en Muratori, Script. Rer. Italicarum, tom XXII). Blondo, Sabólico y Ramnasio.

(55) Villeharduino, núm. 62. Sus arranques y espresiones son particulares; pues suele llorar y luego complacerse con los timbres y peligros de la guerra con un brio desconocido á todo escritor sedentario.

(56) Casi todos los nombres jeográficos, se hallan estragados en este viaje. La terminacion moderna de Calcis y de toda la Eubea, se deriva de su *Euripo*, *Negripo*, *Negroponto*, desdorando nuestros mapas (d'Anville, Geographie Ancienne, tom I. p. 263). **

(57) Et sachiez que il ni ot si hardi cui le cuer ne fremist.... Chacuns regardoit ses armes.... que par tems en arons mestier (67). Tal es el desembozo de la valentía.

(58) Eandem urbem plus in solis navibus piscatorum abundare, quam illos in toto navigio. Habebat enim mille et sexcentas piscatorias naves.... Bellicas autem sive mercatorias habebant infinitas et portum tutissimum. Gunther, Hist. C. P. c. 8. p. 10.

(59) Καθαπερ ἱερων αλσεων, ειπειν δε και θεοφυτευτω πναραδεισων εφειδοντο τουτωνι. Nicetas in Alex. Comneno, l. III. c. 9. p. 348.

(60) Prohijo de la aversion de Viguera la voz sonora de *Palander*, que veo se usa todavía en el Mediterráneo; pero escribiendo en francés preferirá la denominacion orijinal y expresiva de *vessiers* ó *hussiers*, del *huis* ó puerta que se colocó por via de puente levadizo, pero que á la mar iba junto al costado de la nave (véase Ducange y Villeharduino, número 14 y Joinville p. 27 y 28 edicion del Louvre).

(61) Para orillar la espresion vaga de secuaces me valgo de Villehar-

(*) Concede sin embargo, que los Anelos se habian propasado á piratear contra el tráfico veneciano, y el mismo emperador se desentendió del pago de una parte del reintegro pactado por el apresamiento de mercancías venecianas por el emperador Manuel. Nicetas allí mismo. — M.

(**) Este pormenor mas bien corresponde al dar la expedicion su vuelta en Venecia, antes del sitio de Zara. No regresó á Venecia el armamento. — M.

duino de la voz sarjentos, para todos los jinetes que no eran caballeros. Habia sarjentos para las armas y los habia para el juzgado, y al presenciar la parada ó la sala de Westminster, repararémos la estrañeza de diferencia tan suma (Ducange, Glossar. lat. *Servientes*, etc. tom. VI p. 226.—231).

(62) Escusado es advertir, que sobre el asunto de Galata, la cadena, etc. Ducange se muestra cabal. Consúltese tambien el capítulo correspondiente de C. P. Christiana del mismo autor. Eran los moradores tan vanidosos é idiotas, que se apropiaban la Epístola de San Pablo á los Gálatas.

(63) La nave rompedora de la cadena se apellidaba *Aquila* (Dandol. Chronicon. p. 322) que Blondo (de Gestis Venet.) ha trocado en *aquilon*, viento norte. Ducange, observaciones, núm. 83, sostiene la leccion última; pero no habia visto el testo respetable de Dándolo, ni se hizo cargo de la topografía de aquella bahía ó ensenada. El sud-este fuera el viento mas adecuado al intento. (Nota á Wilken tom. V., p. 215).

(64) Quatre cens mil homes ou plus (Villehardouino, núm. 134) debe entenderse de hombres de armas tomar. Le Beau (Histoire de Bas Empire, tom. XX p. 427) concede á Constantinopla un millon de moradores, de los cuales 60,000 jinetes, y un número infinito de infantería. En su actual menoscabo, la capital del imperio Otomano vendrá á contener 400.000 almas (Viajes de Bell., tom. II. p. 401, 402.); mas por cuanto los Turcos no empadronan, y las circunstancias suelen ser engañosas, no cabe puntualizar (Niebuhr, viaje por Arabia, tom. I. p. 18, 19) la poblacion efectiva de sus ciudades.

(65) Sobre los planos mas esmerados de Constantinopla no acierto á medir mas de 4000 pasos. Villehardino regula sin embargo su recinto en tres leguas (núm. 86). Si su vista no se equivocó, sin duda su cómputo fué de las antiguas leguas francesas de 1500 pasos, que se estarán todavía usando en Champaña.

(66) Las guardias, los Varanges se apellidan en Villeharduino (número 89, 95 etc.) Englois y Dancis con sus hachas. Prescindiendo de su oríjen, un peregrino francés, no podia equivocarse en cuanto á las naciones á que pertenecian.

(67) Para el primer sitio y conquista de Constantinopla, podemos leer la carta orijinal de los cruzados á Inocencio III. Gesta, c. 91. p. 533, 534. Villeharduino núm. 73—99. Nicetas in Alexio Comnen. l. III. c. 10. p. 339—352. Dándolo in Chronic. p. 322. Gunther y su abad Martin no habian aun regresado de su peregrinacion pertinaz á Jerusalen, ó á San Juan de Acre, donde la mayor parte de sus compañeros habian perecido por la peste.

(68) Cotéjense en la tosquísima enerjía de Villeharduino (núm. 66 y 100), la vista interior y exterior de Constantinopla, y su impresion en el ánimo de los peregrinos: cette ville, dice, que de toutes les autres ere souveraine. Véanse los pasos equivalentes de Fulcheiro Carnotense, Hist. Hierosol. l. I c. 4, y. Guillermo de Tiro II. 3. XX. 26.

(69) Mientras estaban jugando á los dados, le quitaron los latinos la diadema, y le encasquetaron un sombrero de lana ó de pelo. το μεγαλοπρεπες και παγκλειςον κατερρυπαινεν ονομα (Nicetas p. 358). Si tales camaradas iban otros eran Venecianos, ahí asoma la insolencia del comercio y de la república.

(70) Villeharduino, núm. 101. Dandolo, p. 322. Afirma el dogo que se pagaba mas pausadamente á los Venecianos que á los Franceses, pero confirma que las historias de dichos variaban sobre el particular. ¿Habia leido á Villeharduino? Quejábanse sin embargo los Griegos, quod totius Græciæ opes transtulisset (Gunther, Hist. C. P. c. 13.). Véanse los lamentos é invectivas de Nicetas (p. 355.).

(71) El reinado de Alexio Comneno emplea tres libros en Nicetas p. 231 — 352. La restauracion volandera de Isaac y la de su hijo quedan reducidas á cinco capitales p. 352 — 367.

(72) Al afear Nicetas su alianza impía al emperador Alexio, está apellidando desaforadamente á la nueva religion de los papas μειζον και ατοπωτατον... παρεκτροπην πιςεως... των του Παπα προνομιων καινισμον... μεταθεσιν τε και μεναποιησιν των παλαιων Ραμαιος εθων (p. 348). Tal era el lenguaje injenuísimo de todo griego hasta el postrer aliento del imperio.

(73) Nicetas (p. 355) está terminante aquel cargo, especificando á los Flamencos (Φλαμιονες) pero se equivoca en suponer antiguo este nombre. Villeharduino (núm. 107) disculpa á los barones, é ignora (ó tal vez lo aparenta) los nombres de los culpados.

(74) Cotéjense las sospechas y quejas de Nicetas (p. 353 — 362) con el redoble de cargos de Balduino de Flandes (Gesta Innocentis III. c. 32. p. 134) cum patriarcha et mole novilium, nobis promissis perjurus et mendax.

(75) Era su nombre Nicolás Canobo: mereció las alabanzas de Nicetas, y la venganza de Murzuflo (p. 362.).

(76) Villeharduino (núm. 116) habla de él como de un privado, sin saber que fuese un príncipe de la sangre, *Angelo* y *Ducas*. Ducange que va pesquisando por todos los rincones, lo cree hijo de Isaac Ducas, Sebastocrator, y primo segundo del jóven Alexio.

(77) Esta negociacion, de suyo probable, y atestiguada por Nicetas (p. 361) se omite por escandalosa en la delicadeza de Dándolo y de Villeharduino *.

* Wilken la coloca antes de la muerte de Alexio, vol. V. p. 276 — M.

(78) Menciona Balduino ambas tentativas para incendiar la escuadra (Gesta c. 92. p. 534, 535.); Villeharduino (núm. 113, 115, tan solo refiere la primera. Se hace reparable que ninguno de estos guerreros advierta las propiedades del fuego griego.

(79) Ducange (núm. 113) desarrolla un caudal de erudicion sobre el *Gonfanon imperial*, muéstrase en Venecia aquel estandarte de la Vírgen, come trofeo y reliquia, si es legítimo el dogo religiosísimo debió engañar á los monjes Cistenses.

(80) Confiesa Villeharduino (núm. 126.), que mult ere grant peril; y Gunther (Hist. C. P. c. 13.) afirma que nulla spes victoriæ arridere poterat. Sin embargo, el tal caballero menosprecia á cuantos soñaban en huir; y ensalza el monje á sus paisanos, como resueltos á morir.

(81) Balduino y demás escritores vitorean los nombres de entrambas galeras, felici auspicio.

(82) Nicetas, aludiendo á Homero la apellida ἐννέα οργυιας, de nueve orjías, ó diez y ocho ú veinte varas de alto; estatura que con efecto, no podia menos de disculpar el susto de los Griegos. En este paso, el historiador propende mas á lo portentoso que á su patriotismo, y quizás que á la verdad. Prorumpe Balduino en los términos del Psalmista, persequitur unus ex nobis centum alienos.

(83) Villeharduino (núm. 130.) ignora tambien *este* otro fuego mas legítimo, que Gunther atribuye á quidam comes teutonicus (c. 14.) Parece que se avergüenzan de ser incendiarios.

(84) Sobre el sitio segundo y toma de Constantinopla, véase á Villeharduino (núm. 113, y 132.) Balduino en la segunda carta á Inocencio III. (Gesta. c. 32. p. 534. con todo el reinado Murzuflo; en Nicetas (p. 363—375) y tal cual especie de Dándolo (Chronic. Vener. p. 323—330) y Gunther (Hist. C. P. c. 14—18.) quien añade el realce de profecía y vision. El primero saca á luz un oráculo de la Sibila Eritrea, de un grande armamento en el Adriático; bajo un caudillo ciego, contra Bizancio. etc. Curiosísima seria la prediccion anterior al hecho.

(85) Ceciderunt tamen ea die civium quasi duo millia etc. (Gunther, c. 18.). Escelente piedra de toque es la aritmética para apear los abultamientos de la pasion y de la retórica.

(86) Quidam (dice Inocencio III. Gesta, c. 94. p. 538.) nec religioni, nec ætati, nec sexui pepercerunt; sed fornicationes, adulteria, et incestus in oculis omnium exercentes, non solum maritatas et viduas, sed et matronas et virgines Deique dicatas, exposuerunt spurcitiis garcionum. No trae Villeharduino asomo de estos trances frecuentísimos.

(87) Salvó Nicetas y desposó luego á una vírgen noble (p. 380) á quien un soldado επι μαρτυσι πολλοις ονηδον επιβτωμωμενος, iba á violentar á pesar de εντολαι, ενταλματρ ευ γεγονοτων.

(88) Sobre la suma general de riquezas, advierte Gunther, ut de pauperibus et advenis cives ditissimi redderentur (Hist. C. P. c. 18.) Villeharduino (núm. 132.) que desde le creacion ne fut tant gaignié dans une ville; Balduino (Gesta, c. 92.), ut tantum tota non videatur possidere latinitas.

(89) Villeharduino (núm. 133—135. En vez de 400.000, hay una variante 500.000. Ofrecieron los Venecianos hacerse cargo del total, y dar 400 marcos á cada caballero, 200 á cada clérigo ú ginete, y 100 á cada infante; sin duda salieron perdiendo (Le Beau, Hist. du Bas-Empire, tom. XX. p. 596.). No alcanzo por donde.

(90) En el concilio de Lion (A. D. 1245.), los embajadores ingleses computaron la renta de la corona inferior á la del clero estranjero, que ascendia á 60 mil marcos al año (Mateo de París, p. 451. Hume; Historia de Inglaterra vol. II. p. 170.)

(91) El desenfreno en el saqueo de Constantinopla, y sus propias cuitas se hallan entrañablemente espresados en Nicetas, p. 361—363, y Statas Urb. C. P. p. 374 — 384. Sus quejas aun de sacrilegio, quedan sinceradas por Inocencio III. (Gesta c. 93); mas no asoma en Villeharduino el rastro menor de compasion ó remordimiento.

(92) Si acabo de hacerme cargo del griego de los platos de Nicetas, los mas regalados eran terneros, hervidos de vaca, tocino con guisantes, y una sopa hecha con ajos y hiervas picantes (p. 382).

(93) Usa Nicetas expresiones muy agrias παρ' αγραμματοις Βαρβαροις, και τελεον αναλφαβητοις (Fragm. apud Fabric. Bibliot. Græc. tom. XI. p. 414) Pero aquel vituperio viene á recaer principalmente sobre su ignorancia del griego y de Homero. En su propio idioma, los latinos de los siglos XII y XIII, no carecieron de literatura. Véanse las Investig. Filoloj. de Harris parte III. c. 9, 10, 11.

(94) Era Nicetas de Cora en Frijia (la antigua Colosa de san Pablo) fué descendiendo por sí hasta la jerarquía de senador, juez del velo y gran logoteta; presenció el derrumbo del imperio, se retiró á Niza, y compuso una historia esmerada, desde la muerte de Alexio Comneno hasta el reinado de Enrique.

(95) Un manuscrito de Nicetas en la biblioteca Boyleana contiene este fragmento curioso sobre las estatuas de Constantinopla, que el engaño, la vergüenza, ó mas bien el descuido, descarriaron en las ediciones comunes. Publicólo Fabricio (Biblioth. Græc, tomo VI, p. 405—416), y celebrado sin tasa por el difunto é imperioso M. Harris de Salisbury (Philological Inquiries, parte III, c. 5. pag. 301 —312.

(96) Para ilustrar la estatura de Hércules, cita M. Harris un epígrama griego, y esculpe una joya hermosísima, que sin embargo no reme-

da el ademan de la estatua, pues que en la dicha Hércules carece de clava y tiende su pierna y su brazo derecho.

(97) Copio estas dimensiones conceptuándolas inconexas, y quizás están probando, que el decantado gusto de Nicetas, se reducia todo á mera presuncion.

(98) Nicetas en Isaac Anjelo y Alexio, c. 3. p. 353. Advierto al editor latino adecuadamente, que el historiador en su estilo campanudo, viene á sacar de una pulga un elefante.

(99) En dos pasos de Nicetas (edit. de París, p. 360 Fabric. p. 408) se tizna á los latinos con el feísimo vituperio de ὁι του καλου ανεραϛοι βαρβαροι y se va manifestando á las claras su codicia metálica. Contrajeron sin embargo los Venecianos el mérito de trasladar cuatro caballos de bronce de Constantinopla à la plaza de San Márcos (Sanuto Vite dei dogi in Muratori, Script. Rerum Italicarum, tomo XXII p. 134).

(100) Winkelman, Hist. de l'Art. tomo III p. 263, 27.

(101) Véase el robo devoto del abad Martin, que trasportó un cargamento riquísimo á su monasterio de París, obispado de Basilea (Gunther Hist. C. P. c. 19, 23 y 24). Pero al reservar tantísima presa, incurrió el santo en excomunion, y tal vez quebrantó su juramento. Cotéjese Wilken, vol. V. p. 308.—M.

(102) Fleury, Hist. Ecclesiat., tomo XVI. p. 139—145.

(103) Voy á redondear este capítulo con el apunte de una relacion moderna, que viene á circunstanciar la toma de Constantinopla por los Latinos; pero que ha parado con alguna tardanza en mis manos. Paolo ramusio, hijo del recopilador de viajes, se encargó por el senado de Venecia de componer la historia de aquella conquista, y desempeñó aquella comision, recibida en su mocedad, durante su madurez, en una obra latina muy elegante, de Bello Constantinopolitano et Imperatoribus Comnenis per Gallos et Venetos restitutis (Venet. 1635 en foleo). Ramusio ú Rhamnusio copia y traslada, sequitur ad unguem, un manuscrito de Villeharduino que estaba poseyendo, pero va enriqueciendo su narrativa con materiales griegos y latinos, y le debemos unos estados esmeradísimos de la escuadra, los nombres de cincuenta nobles venecianos que mandaban las galeras de la república, y la opinion patriótica de Pantaleon Barbo á la reeleccion del dogo para emperador.

CAPITULO LXI.

Particion del imperio entre Franceses y Venecianos. — Cinco emperadores Latinos de la alcurnia de Flandes y de Curtenay. — Sus guerras contra Búlgaros y Griegos. — Mengua y desamparo del imperio Latino. — Recobro de Constantinopla por los Griegos, — Resultas jenerales de las cruzadas.

Muertos ya los príncipes lejtiímos, ufanísimos Franceses y Venecianos con su justicia y su victoria, se convinieron en dividir y arreglar sus posesiones venideras (1). Se pactó por un tratado el nombramiento de doce electores, seis de cada nacion, para que su mayoría elijiese el emperador del Oriente, y en el caso de igualdad se sortease el desempate; adjudicándole todos los dictados y prerogativas del sólio bizantino, con los palacios de Bucoleon y de Blaquerna y la cuarta parte de la monarquía griega. Se acordó que las tres porciones restantes se repartiesen por igual entre la republica de Venecia y los baronesde Francia; que todos los feudatarios con la escepcion honorífica del dogo reconociesen y desempeñasen la obligacion del homenaje y servicio militar á la cabeza suprema del imperio, que la nacion del nuevo emperador cediese á la otra el nombramiento del patriarca, y que los peregrinos, por mas ansiosos que estuviesen de visitar la Tierra santa, debian dedicar otro mas al allanamiento y defensa de las provincias griegas. Tras la toma de Constantinopla se revalidó y ejecutó el tratado, y el paso primero y de suma entidad fue la creacion de un emperador. Eclesiásticos fueron todos los seis electores franceses; á saber, el abad de Loces, el arzobispo electo de Acre en Palestina, y los obispos de Troyes, Soisons, Halberstadt y Belen, ejerciendo el último en los reales el cargo de legado del papa, respetables al par por su saber y su profesion, y por cuanto no les cabia el ser agraciados, les correspondia mejor la incumbencia de electores. Los seis Venecianos eran empleados muy principales, y las engreidas familias de Quirini y Contarini se ufanan todavía de contarlos entre sus antepasados. Júntanse en la capilla del palacio, y tras la invocacion solemnísima del Espíritu Santo proceden á su votacion deliberada. Un arranque entrañable de gratitud y acatamiento les movia á coronar las virtudes del dogo, inspirador de la alta empresa, y hasta los caballeros mas mozos vitorean con asomos de envidia las hazañas de

la ancianidad ciega. Pero el gran patricio Dandolo no adolecia del achaque de ambicioso, dándose por satisfecho con que se le conceptuase acreedor, al cetro. Los mismos Venecianos se sobreponen á su nombramiento, (2) alegando con elocuencia y certidumbre los desmanes que amagan á la libertad nacional y á la causa comun, aunando los dos cargos incompatibles de primer magistardo de la república, y de emperador de Oriente. Escluido el dogo aun por dictámen de sus mismos amigos, se frauquea cabida á los merecimientos mas equilibrados de Bonifacio y de Balduino retirándose atentamente los candidatos inferiores ante aquellos nombres. Recomiendan al marqués de Monferrato su edad madura y su nombradía acendrada, con la propension de los aventureros y el anhelo de los Griegos, sin que cupiesen zelos de parte de los Venecianos, dueños del mar, contra un soberanillo de la falda de los Alpes (3). Pero encabeza el conde de Flandes un pueblo rico y belicoso; es valeroso, devoto y casto, está en su lozanía, teniendo tan solos treinta y dos años, descendiente de Carlomagno y primo del rey Francia, amistado ya con los barones y prelados que se apesadumbraron al pronto con el mando de un estranjero. Barones, dogo y el marqués al frente estan fuera de la capilla esperando el resultado de la eleccion. Anúnciala el obispo de Saisons á nombre de sus compañeros. « Jurasteis obedecer al príncipe que nombrásemos, y por nuestros unánimes votos Balduino, conde de Flandes y de Hainaut, es ya vuestro soberano y emperador del Oriente. » Le saludan y vitorean á grandes voces, resuena la proclamacion por la ciudad con la algazara de los Latinos, y la trémula adulacion de los Griegos, y Bonifacio es el primero en besar la mano á su competidor y levantarlo sobre el broquel; y luego trasladado á la catedral, lo revisten solemnemente con los borceguíes de púrpura. A las tres semanas le corona el legado por falta de patriarca; pero el clero Veneciano en breve completó el cabildo de Santa Sofía, sentando en el solio eclesiástico á Tomás Morocini, y echando despues el resto por perpetuar en su misma nacion los timbres y obvenciones de la Iglesia griega. (4) El sucesor de Constantino va sin demora enterando á la Palestina Francia y Roma de revolucion tan memorable. Envia á Palestina por trofeo las puertas de Constantinopla y la cadena de la bahía (5), y prohija del fuero de Jerusalen las leyes y costumbres mas adecuadas para una colonia francesa planteada en Levante. Alienta en sus cartas á los naturales de Francia para que le refuercen la colonia y afiancen la conquista, repoblar una ciudad suntuosísima y un territorio pingüe, que ha de premiar los afanes del sacerdote y del campesino. Se congratula con el pontífice romano por el restablecimiento de su autoridad en el Oriente; le brinda para que se esmere en esterminar el cisma griego con su presencia en un concilio general, é implora su indulto y sus bendiciones á favor de los peregrinos díscolos. Rebosa de cordura y señorío la contestacion de Ino-

cencio (6), En cuanto al vuelco del imperio bizantino zahiere los vicios humanos y adora la providencia del Altísimo; la conducta venidera es la que ha de absolver ó apenar á los conquistadores; cifra la validez de su tratado en el juicio de san Pedro, pero recalca con el mayor ahinco la obligacion sagrada de plantear una subordinacion cabal de obediencia y tributo, desde el Griego al Latino, desde el magistrado al clero, y de este al papa.

Cupo á los Venecianos porcion aventajada en la particion de las provincias griegas (7) reduciéndose á la cuarta parte la posesion del imperio latino; adjudicando á Venecia la mitad de lo restante y reservando la otra mitad á los aventureros de Francia y Lombardía. Proclamóse al venerable Dandolo, déspota de Romanía, revistiéndolo á la manera griega con los borceguíes encarnados. Terminó por fin en Constantinopla su dilatada y esplendorosa vida, y si fué personal aquella regalía, siguieron los sucesores usando el mismo dictado hasta mediados del siglo décimocuarto con el aditamento estraño pero cierto de señor de una cuarta parte y media del imperio Romano (8). Al dogo, siervo del estado, por maravilla se la consentia soltar el timon de la república; pero el *bailío* ú regente desempeñaba sus veces, ejerciendo jurisdiccion suprema sobre la colonia veneciana, poseian tres barrios de los ocho de la ciudad, componiéndose su tribunal independiente de seis jueces, cuatro consejeros, dos camareros, dos abogados fiscales y un condestable. Como tan prácticos en el comercio de Levante, atinaron á apropiarse lo mas selecto y proporcionado, pues antes se habian encargado torpemente del señorío y defensa de Andrinópolis, despejaron luego el rumbo de sus intentos, acordonando la costa con factorías por ciudades é islas, desde las cercanías de Ragusa hasta el Helesponto y el Bósforo. El afan y el desembolso para tirada tan larga desquiciaron su tesoro, orillaron sus máximas gubernativas, prohijaron el sistema feudal, contentándose con el homenaje de su nobleza (9) por las posesiones que, á fuer de vasallos particulares, se empeñaban en domeñar y mantener. Así adquirió la familia de Sanut el ducado de Naxos, que abarcaba casi todo el Archipiélago. Se ferió la república del marqués de Monferrato por diez mil marcos la fertilísima isla de Creta ó Candía con los escombros de cien ciudades (10); pero el destemple tacaño de la aristocracia atajó sus medros (11), y los senadores mas cuerdos no podian menos de confesar que en el piélago y no en la tierra se cifraba el tesoro de San Márcos. Correspondia al marqués Bonifacio la mas grande de la mitad perteneciente á los aventureros, y además de la isla de Creta, le compensaron la esclusion del sólio con el dictado réjio y las provincias allende el Helesponto; mas estuvo muy cuerdo en trocar aquella conquista lejana y ardua por el reino de Tesalónica y Macedonia, á doce jornadas de la capital, y en proporcion para lograr el arrimo poderoso de

su vecino y cuñado el rey de Hungría. Las aclamaciones entrañables ó violentas de los naturales vitorearon sus adelantos, y la Grecia, aquella Greciá antigua y esclarecida volvió á recibir un conquistador Latino (12) que holló con yerta indiferencia aquel suelo clásico. Estuvo mirando con despejo los primores del valle de Tempe, fué atravesando cautamente las gargantas de las Termópilas, ocupó las ya desconocidas ciudades de Tebas. Atenas y Argos, y asaltó las fortificaciones de Corinto y Napoli (13) que se opusieron á sus armas. Los cabimientos de los peregrinos latinos se fueron arreglando, por la suerte, eleccion ó permutas posteriores, y se propasaron con desatinado alborozo, á fuer de triunfadores, contra las vidas y haberes de un grandísimo pueblo. Escudriñan ahincadamente las provincias, van pesando esmeradamente en la balanza sutilísima de la codicia el producto de cada distrito, las ventajas de su situacion y los réditos colmados ó escasillos para el mantenimiento de caballos y soldadesca. Su engreimiento estaba reclamando y repartiéndose allá las dependencias ya tan descarriadas del cetro romano. Los raudales del Nilo y del Eufrates seguian bañando sus soñados reinos y venturoso se estaba conceptuando el guerrero á quien iba á caber en suerte el alcázar del sultan turco en Iconia. (14) No me pararé á deslindar linajes y productos de sus estados; pero no puedo menos de espresar que los condes de Blois y de san Pol se revistieron con el ducado de Niza y el señorío de Demótica (15): los feudos principales correspondian á los cargos de condestable, camarero, escanciano botillero y cocinero mayor, y cupo á nuestro historiador Jefrey de Villeharduino hermosísima hacienda sobre las orillas del Hebro, y juntó los dos empleos de mariscal de Champagna y de Romanía. Capitaneaba cada baron mentado sus caballeros y flecheros para afianzar sus posesiones, que al principio jeneralmente prosperaron. Mas con la suma dispersion se quebrantó la pujanza pública, y fueron brotando inevitablemente reyertas á miles con unas leyes y entre jente cuya única soberanía se cifraba en sus propios aceros. A los tres meses de la toma de Constantinopla el emperador y el rey de Tesalónica sacaron sus secuaces á campaña; pacificáronse sin embargo con la autoridad del dogo, el dictámen del mariscal y la entereza deahogada de sus compañeros (16).

Seguian los dos fujitivos de Constantinopla tremolando al par el dictado de emperadores, y los súbditos de aquel solio ya derribado se condolian del fracaso del primer Alexio, ó bien se enardecian para la venganza con el denuedo de Mursuflo. Entronque casero, interés comun, demasía por igual y el mérito de acabar con sus enemigos, hermano y sobrino, inclinaron el ánimo del último usurpador para juntar los restos de su potestad con los del primero. El padre Alexio agasaja risueña y honoríficamente á Mursuflo en su campamento, mas nunca un malvado se prenda ni se fia de otro criminal; sorpréndelo en el baño, lo ciega, lo

despoja de tropas y tesoros, y anda luego vagaroso, horrorizando y retrayendo á cuantos con mas fundamento debieran castigar ejemplarmente al asesino del emperador Isaac y de su hijo. Acosado el tirano por sus zozobras y remordimientos, se encamina al Asia, lo apresan los Latinos de Constantinopla, lo procesan públicamente y lo condenan á muerte afrentosa. Discuerdan los jueces en el jénero de ejecucion entre el hacha, rueda ó empalamiento; acuerdan por fin encaramar á Mursuflo (17) sobre la columna Teodosiana, que era de mármol y de ciento y cincuenta pies de altura (18), y empujándolo desde su cima, se estrella en el pavimento, ante una concurrencia innumerable, que está cuajando el foro de Tauro, y se asombra con el cumplimiento de una prediccion antigua, qne se manifiesta en aquel trance (19). Menos trájico es el paradero de Alexio, pues el marqués lo envia cautivo á Italia, por via de don al rey de los Romanos; mas no le cupo gran ventura en trocarle el encierro en una fortaleza de los Alpes al que sufre luego en un monasterio de Asia. Pero su hijo, antes del fracaso nacional se habia enlazado con un héroe mozo, quien continuó la sucesion y restableció el sólio de los príncipes Griegos (20). Descolló Teodoro Lascaris con su denuedo en ambos sitios de Constantinopla, y huido Mursuflo y entrados los Latinos en la ciudad, se brindó al vecindario y á la soldadesca por su emperador; ambicion acaso pundonorosa y por de contado valiente. Si lograra infundir su alma á la muchedumbre, estrellara á los advenedizos bajo sus plantas; su desesperacion exánime se desentiende absolutamente, y Teodoro se retrae á la Natolia para respirar ambiente libre, fuera de la vista y del alcance de los vencedores. Con el dictado al pronto de déspota y luego de emperador, va mas y mas abanderizando valentones, que empedernidos contra la servidumbre, menosprecian por fin la vida; y entonces dando por lejítimo todo rumbo para el salvamento público no escrupuliza en acudir á la alianza con el sultan Turco. Niza, donde plantea su residencia, con Prusa, Filadelfia, Esmirna y Efeso abren de par en par las puertas á su libertador; se robustece y afana con sus victorias, y aun con sus descalabros, y aquel sucesor de Constantino logra conservar un trozo del imperio desde las orillas del Meandro hasta los arrabales de Nicomedia, y por fin de Constantinopla, El heredero directo de los Comnenos, hijo del virtuoso Manuel y nieto del tirano Andrónico, posee allá otra porcion lejana y arrinconada. Es su nombre Alexio, apellidado grande (*a*) quizá mas bien por su estatura que por sus hazañas. Se halla, por ausencia de los Anjelos, de gobernador ó duque de Trebisonda (21): infúndele ambicion su cuna, y sin variar de dictado, reina en paz desde Sínope hasta el Tasis, por la costa del Mar Negro. Su hijo y sucesor anónimo suena como vasallo del sultan, á quien está sirviendo con doscientas lanzas; no es mas que el duque de Trebisonda, y el primero que enarbola aquel dictado, parto de la envi-

dia y el engreimiento, es el nieto de Alexio. Salva por el Occidente un tercer trozo Miguel, bastardo de la casa de Anjelo, quien antes de la revolucion y el naufrajio, ya es rehen, ya soldado, ya rebelde. Huye de los reales de Bonifacio y campea á sus anchuras; manda, por su desposorio con la hija del gobernador, la plaza de suposicion Durazo, y con el dictado de déspota funda un principado descollante en Epiro, Etolia y Tesalia, países poblados siempre por castas belicosas. Brindanse los Griegos para unir á los soberanos nuevos; pero los (22) Latinos altaneros los escluyen de todo empleo civil y militar, como nacion propia únicamente para temblar y obedecer, y su amargura los inclina á demostrarles, que podian ser amigos provechosos, puesto que les van á ser desde luego enemigos dañinos: la adversidad les robustece el ánimo, y así todo asomo de nobleza y denuedo, cuanto tiene visos de instruccion y de santidad, allá se agolpa sobre los estados de Trebisonda, Epiro y Niza, y tan solo aparece un solo patricio acreedor á la dudosa alabanza de afecto y lealtad con los Francos. La grey de ciudades y campiñas se aviniera gustosísima á una servidumbre apacible y racional, y los trastornos pasajeros de la guerra quedaron borrados en algunos años de paz y de eficacia. Pero el sistema feudal era de suyo trastornador y azaroso. Los emperadores *Romanos* de algun desempeño eran amparadores de toda clase de súbditos, con leyes acertadas y gobierno sencillo. Ocupaba el solio Latino un príncipe tutelar, caudillo y á menudo siervo de los confederados indómitos; los feudos del imperio, desde un reino hasta un castillejo yacian bajo el acero de los barones, y sus desavenencias, escaseces y tosquedad abarcaban con su tiranía hasta las aldeas mas arrinconadas. Dábanse la mano para estar acosando á una á los Griegos, el sacerdote revestido de potestad temporal, y el soldado enfurecido con su encono fanático; y la zanja intransitable de relijion y de idioma, deslindaba para siempre el advenedizo del solariego. Mientras los cruzados se mantuvieron reunidos en Constantinopla, la memoria de su prepotencia y el pavor de sus armas sellaron los labios al pais esclavo; al desparramarse manifestaron la cortedad de sus fuerzas y las nulidades de su réjimen, y algunos desmanes y tropiezos sacaron á luz el secreto de que no eran invencibles. Mengua el temor y crece por puntos el odio en los Griegos; matan, conspiran, y en menos de un año de servidumbre, imploran ó aceptan el auxilio de un bárbaro, cuyo poderío habian palpado, y en cuya gratitud confian (23).

Juan, ó Juanice, ó Calo-Juan, caudillo rebelde allá de Búlgaros y Valachios, habia saludado por medio de embajada solemne á los conquistadores Latinos. Blasonaba de hermano, como rendido al Romano pontífice, de quien habia recibido su dictado réjio y una bandera consagrada; y así en el vuelco de la monarquía Griega le cabia el nombre de amigo y cómplice.

Asómbrase Calo-Juan de presenciar en el conde de Flandes el boato y las ínfulas de los sucesores de Constantino, despidiendo luego á sus embajadores con el mensaje altanero de que podrá el rebelde alcanzar indulto en tocando con su frente la tarima del sólio imperial. (24) Estáyasuamargura en el disparador para prorumpir en ímpetus recios y sangrientos, pero serénase luego y se pone en acecho de los amagos descontentadizos de los Griegos; aparenta condolerse entrañablemente de sus quebrantos, y se compromete desde luego á acudir con su persona y reino, en asomando el primer desperezo por el recobro de la libertad. El encono nacional es el propagador de la conspiracion, móvil segurísimo de hermandad y reserva; ansian los Griegos empapar sus aceros en todo pecho advenedizo, pero se dilata cuerdamente la ejecucion hasta que Enrique, hermano del emperador, haya traspuesto el Helesponto con la flor de sus tropas. Ciudades y aldeas de Tracia se enardecen á la primera señal; y así los Latinos, descuidados é indefensos, yacen á manos de su esclavos ruines y vengativos. Los vasallos indemnes del conde de San Pol, al primer disparo de la matanza en Demótica, huyen á Andrinópolis; pero el vecindario enfurecido degüella ó arroja de allí á los Franceses y Venecianos; las guarniciones que logran salvarse tienen que irse agolpando hácia el arrimo de la capital, y las fortalezas, que por su parte contrarestan á los rebeldes, ignoran el paradero de las demás y del mismo soberano. Suena acá y acullá la asonada griega, y el miedo pregona ya la llegada ejecutiva del aliado Búlgaro, quien desconfiando del total de las fuerzas de su reino, trae de los páramos escíticos un cuerpo de catorce mil Comanos, chupadores, segun se decia, de la sangre de sus cautivos, y sacrificadores de los Cristianos en las aras de sus dioses (25).

Con sobresalto tan repentino y redoblado, envia el emperador ejecutivamente un mensajero, llamando al conde Enrique, con su tropa, y si espera el regreso del denodado hermano, con el auxilio de veinte mil Armenios, puede contrarestar al enemigo con número igual y superioridad terminante en armas y disciplina. Pero el ímpetu caballeresco solia equivocar la cautela con la cobardía. Sale el emperador á campaña con ciento y cuarenta caballeros con la comitiva de sus respectivos flecheros y sarjentos. Opónese el mariscal, pero obedece, capitaneando la vanguardia por el rumbo de Andrinópolis; manda el conde de Blois el centro, siguiéndole el anciano dogo de Venecia con la retaguardia; y reforzándose algun tanto la pequeñez total con los latinos fujitivos que van acudiendo á incorporarse. Emprenden el sitio de Andrinópolis, y es de tal jaez la relijiosidad de los cruzados, que emplean la Semana santa en talar el país para su mantenimiento y fabricar máquinas para acabar con sus propios hermanos en cristiandad. Pero sobreviene atropelladamente la caballería lijera de los Comanos, escaramuzando denodadamente sobre sus líneas inde-

fensas, y el marqués de Romanía manda pregonar, que á la primera señal de clarin monte y se escuadrone la caballería; pero que nadie, bajo pena de muerte, se comprometa en un alcance desordenado y espuestísimo. El conde de Blois es el primero en desobedecer disposicion tan atinada, y arrebata ál emperador en su temeridad y esterminio. Los Comanos, como de la escuela parta ó tártara, huyen al cargarles; pero á las dos leguas de carrera, desalentados ya jinetes y caballos, se revuelven, se escuadronan y acorralan el cuerpo cerrado de los Francos; matan al conde, aprisionan al emperador, y si el uno se horroriza de huir y el otro de rendirse, su valentía personal está muy ajena de compensar aquella suma ignorancia y desvío del verdadero cargo de caudillos (26).

Ufanísimos los Bulgaros con su victoria y su presa real, se adelantan al rescate de Andrinópolis, y total esterminio de los Latinos. Así sucediera á no echar el mariscal de Romanía su teson sereno y consumado desempeño, escasísimas prendas en todos tiempos, pero mas en aquel siglo cuando era la guerra un mero desaforamiento y no una verdadera ciencia. Se franquea con todas sus zozobras y amarguras en el regazo del dogo, mas va ostentando por los reales tal confianza de salvamento, cual solo cabe en el ahinco de la creencia jeneral. Permanece todo el dia en el arriesgado trance de encararse con la plaza y los bárbaros, márchase Villehardnino calladamente á deshora, y la maestría suma de su retirada mereceria las alabanzas de Jenofonte y de sus diez mil. Escuda el mismo la retaguardia contra los ímpetus del alcance, y acude al propio tiempo á enfrenar el anhelo de los fujitivos por el frente, y así por donde quiera que asoman los Comanos tropiezan con una línea de lanzas. Al tercer dia las tropas ya rendidas descubren el mar, el pueblo solitario de Bodosto (27) y sus amigos recien-desembarcados de la costa Asiática. Se abrazan llorosos, juntan sus armas y sus dictámenes, y por ausencia del hermano se encarga el conde Enrique del imperio, que yace á un tiempo en la niñez y la decrepitud (28). Retíranse los Comanos por el sumo calor, pero hasta siete mil Latinos se desentienden allá de Constantinopla, de sus hermanos, y de sus votos á los asomos del trance. Median luego lances favorables, pero quedan arrollados con el malogro de ciento veinte caballeros en las campiñas de Rusia, quedando ya de todo el señorío imperial la capital sola con dos ó tres fortalezas cercanas por las costas de Europa y Asia. El rey de Bulgaria, tan prepotente como inexorable, se desentiende con reverente acatamiento de las instancias del papa; quien le estrechaba para que devolviese la paz y el emperador á los acosados Latinos. No cabe ya en el hombre, dice, la entrega de Balduino, pues falleció en la cárcel; y su jénero de muerte se refiere diversamente por la ignorancia y la credulidad. Los amantes de lances trájicos se complacerán en oir que la reina Búlgara, á fuer de enamorada requirió de correspondencia al cautivo réjio, que, otro José, padeció

con su esquivez y las alevosías mujeriles los desafueros de un esposo irracional, cortándole pies y manos; que su cuerpo sangriento arrojado al osario de perros y caballos, siguió tres dias respirando hasta que lo devoraron las aves de rapiña (29). A los treinta años, en un bosque de los Países Bajos, un ermitaño salió á luz con ínfulas del verdadero Balduino, emperador de Constantinopla y soberano lejítimo de Flandes. Referia mil portentos en su redencion á un pueblo de suyo propenso á creencias y rebeldías, y en su primer desvarío reconoció la Flandes á su ya casi olvidado señor. Al primer paso de averiguacion ante el tribunal competente quedó descubierto el impostor, y pereció con muerte afrentosa, pero los Flamencos siguieron mas y mas prendados de su equivocacion halagüeña, y gravísimos historiadores culpan á la condesa Juana de haber sacrificado á su propia ambicion la vida de su padre desventurado (30).

En las hostilidades civilizadas, media siempre un convenio para el canje ó rescate de los prisioneros, y en dilatándose el cautiverio consta la esfera del paciente y se le trata bajo este concepto con humanidad y distincion. Pero el Búlgaro bravío estaba ajenísimo de leyes de guerra: mazmorras lóbregas y silenciosas eran sus prisiones, y habia mediado un año cuando los Latinos llegaron á saber la muerte de Balduino; y entonces su hermano el rejente Enrique se conviene por fin á usar el dictado de emperador (1216, Junio 11). Encarecieron los Griegos aquel comedimiento como ejemplar peregrino de acendrado pundonor, puesto que su liviandad insaciable y alevosa se abalanzaba de improviso al trance del intermedio, al paso que la ley de sucesion, resguardo perenne del príncipe y del pueblo, se estaba sucesivamente deslindando en las monarquías hereditarias de Europa. Desvalido, vino á quedar sin socio ni arrimo Enrique en el imperio oriental, puesto que los héroes cruzados iban faltando del mundo ú de la guerra. Falleció aquel dogo de Venecia el venerable Dándolo, en la plenitud de sus años y de su gloria. El desagravio de Balduino y la defensa de Tesalónica fueron pausadamente retrayendo al marqués de Monferrato de la guerra del Peloponeso. Se avistan el emperador y el rey para zanjar varias etiquetas de ninguna monta sobre el homenaje y servicio feudal, hermánalos su aprecio mutuo y la igualdad en el peligro, y queda sellada su intimidad con el enlace de Enrique y la hija de su compañero, pero el novio tiene luego que llorar el malogro de su padre y amigo. Ciertos Griegos leales recaban de Bonifacio que trepe en correría venturosa por las serranías de Rodope. Huyen los Búlgaros á su asomo, pero se agolpan luego para acosarle en la retirada. Sabe que le atacan la retaguardia, y sin esperar sus armas defensivas, brinca á su alazan, enristra su lanza y arrolla la manada de los enemigos despavoridos; pero en el ímpetu de su alcance lo traspasan con herida mortal, presentando luego la cabeza del rey de Tesalónica á Calo Juan, quien disfru-

ta sin merecimiento el timbre de la victoria (51). En este amarguísimo trance enmudece la voz y cesa la pluma ya exánime de Villehardnino y si continuó desempeñando el cargo militar de mariscal de Romania yacen sus hazañas posteriores en el olvido (52). No desdicen las prendas de Enrique de su estremada situacion, pues ya en el sitio de Constantinopla, y luego allende el Helesponto, se granjeó la nombradía de valiente en la lid y atinado en el mando, conteniendo su denuedo con una cordura comedida ajena de los arrebatos desaforados de su hermano. En la guerra duplicada contra los Griegos en Asia y los Búlgaros en Europa era siempre el adalíd á bordo ú á caballo; y aunque providenciando de continuo lo mas conducente para el logro de toda empresa, su ejemplo estaba incitando mas y mas á los Latinos para hombrearse con su intrépido emperador. Pero aquellos conatos y los escasos auxílios de jente y dinero venidos de Francia, le fueron menos provechosos que los desaciertos, crueldades y muerte de su contrario mas formidable. Al acudir los Griegos desesperados á Calo Juan como á su libertador, suponian que habia de ser el amparo de su independencia y de sus leyes; mas vieron luego con amargo desengaño aquella ferocidad sin igual que trataba brutalmente y á las claras de yermar la Tracia y arrasar sus ciudades para trasladar los moradores allende el Danubio. Entablado ya el intento con varias poblaciones y aldeas, quedaba en escombros Filipópolis, é igual catástrofe amagaba á Demótica y Andrinópolis por los primeros causantes de la rebelion, cuando exhalan todos un alarido agudísimo de pesar y arrepentimiento ante el sólio de Enrique, y solo el emperador magnánimo los indulta y confia en ellos. No pasan de cuatrocientos caballeros con sus flecheros y sirvientes los que puede juntar consigo, y capitaneando tan menguada fuerza, combate y rechaza al Búlgaro, quien además de su infantería trae cuarenta mil caballos. Palpa Enrique en esta espedicion la suma diferencia que media entre un país enemigo ú favorable, sus armas escudan las demás ciudades, y el bárbaro, tras grandísima pérdida y afrenta, tiene que desagarrar su presa. El sitio de Tesalónica es el postrer quebranto que Calo Juan causa ó padece; lo asesinan de noche en su tienda, y el caudillo, tal vez el matador, que halló revolcándose en su sangre atribuye con aceptacion jeneral aquel golpe á la lanza de san Demetrio (53). Alcanza el cuerdo Enrique victorias, y ajusta paz honorífica con el sucesor del tirano y con los príncipes Griegos de Niza y Epiro. Muy ageno de la política encojida de Balduino y de Bonifacio, cede algunos linderos dudosos, le queda un reino anchuroso para sí mismo y para sus feudatarios, y en los diez años que le caben logra paz y prosperidad: franqueando á los Griegos los principales cargos del estado y del ejército y aquellos arranques caballerosos son en tanto grado mas certeros, cuanto ya los príncipes de Niza y Epiro se van amañando para atraerse y emplear el valor mercenario de los Latinos. Es el sumo ahinco

do de nacion y de idioma sin empeñarse en la union inasequible de ambas iglesias, Pelajio, legado del papa con ínfulas de soberano en Constantinopla, veda el culto griego y manda desaforadamente el pago de diezmos el doble procedimiento del Espíritu Santo y ciega obediencia al pontífice romano. Abogan desvalidamente por los fueros de su conciencia implorando la tolerancia. «nuestros cuerpos» dicen «son del Cesar; pero nuestras almas pertenecen únicamente á Dios» La entereza del emperador ataja la persecucion (34) y si llegamos á creer que los mismos Griegos pudieron envenenar á tal príncipe, ruin concepto vendrémos á formar del tino y del agradecimiento en el pecho humano. Es su denuedo atributo muy obvio y en que alterna con diez mil caballeros; pero Enrique atesora el supremo teson de contrarestar en siglo tan supersticioso la codicia altanera del clero. Se arrojó á colocar su sólio en la iglesia de santa Sofía, á la derecha del patriarca, y el papa Inocencio III censuró amarguísimamente aquel arrojo. Con un edicto muy provechoso y ejemplar en las leyes de amortizacion prohibió el enagenamiento de feudos; mas muchos de los Latinos con el afan de volverse á Europa, traspasaban á la Iglesia sus estados, con una retribucion temporal ó espiritual quedaban luego aquellas haciendas como benditas descargadas de todo servicio militar y el paradero de una colonia guerrera iba á ser en breve el de un seminario eclesiástico (35).

Fallece el pundonoroso Enrique en Tesalónica defendiendo aquel reino, y el hijo tierno de su amigo Bonifacio feneciendo en los dos primeros emperadores la línea masculina de los condes de Flandes. Pero su hermana Violante, casada con un príncipe francés cria dilatada prole y una de sus niñas se enlaza con Andrés, rey de Hungria esforzado y relijiosísimo campeon de la cruz. Entronizándolo en el sólio de Bisancio, se granjean los barones de Romanía la pujanza de un reino vecino; pero la cordura de Andrés reverencia las leyes de sucesion, y los Latinos brindan con el cetro del Oriente á la princesa Violante y á su marido Pedro de Curtenay, conde de Auxerre (1217 abril). Recomiendan á los barones de Francia el nacimiento réjio del padre y la hidalguía de la madre al primo mayor de su rey. Merece concepto decoroso, posee grandiosas haciendas, y en la cruzada sangrientísima contra los Albijenses, soldadesca y clerecía quedaron con la debida recompensa por su valor y sus afanes. Encarezca allá la vanagloria el encumbramiento de un emperador francés en Constantinopla pero el desengaño tiene que compadecer y no envidiar aquella grandeza soñada y alevosa. Para afianzar y esclarecer su dictado, acude á vender ó empeñar lo mas florido de su patrimonio. Con estos arbitrios, el rasgo de su pariente real Felipe Augusto y los arranques nacionales y caballerescos, por fin tramonta los Alpes, capitaneando ciento y cuarenta caballeros y cinco mil y quinientos sargentos y flecheros. Recaban con mil instancias

que el reacio papa Honorio III corone al sucesor de Constantino; pero verificó la ceremonia en una iglesia extramuros temeroso de que redunde en menoscabo de la capital antigua del imperio, otorgando á la nueva algun derecho de soberanía. Los Venecianos son los trasportadores de Pedro y de sus fuerzas allende el Adriático y de la emperatríz, con sus cuatro niños hasta el mismo palacio bizantino, requiriendo que les devolviese Durazo de manos del déspota de Epiro. Miguel Anjelo Ú Comneno el fundador, de la dinastía habia otorgado la sucesion de su poderío y ambicion á Teodoro, su hermano lejítimo, que estaba ya amagando y aun invadiendo los establecimientos de los Latinos. El emperador, cumpliendo su palabra con un asalto infructuoso; levanta el sitio y prosigue su viaje trabajoso y espuesto por tierra desde Durazo á Tesalónica. Viene luego á estraviarse por las serranías del Epiro; encuentra los tránsitos atajados, carece de abastos, lo detienen y engañan con una negociacion alevosa; y por fin arrestado Pedro de Curtenay con el legado Romano, la tropa francesa, sin caudillos ni esperanza, trueca afanada sus armas con la promesa ilusoria de pan y comiseracion. El Vaticano truena y centellea amenazando al malvado Teodoro con la venganza del cielo y de la tierra, pero en breve el emperador y los suyos quedan olvidados, y las reconvenciones del papa se ciñen al encarcelamiento de su legado, apenas logra el rescate del sacerdote y la promesa de obediencia espiritual, indulta y ampara al déspota de Epiro. Su mando terminante ataja el ahinco de los Venecianos y del rey de Hungría (56), y desahuciado al fin Curtenay yace y muere natural y tempranamente en su cautiverio (57).

Ignórase su paradero, y está presente la soberana lejítima Violante su consorte y viuda, con la cual se dilata la proclamacion de nuevo emperador. En medio de su quebranto da todavía á luz un niño, llamado Balduino el postrero y mas desventurado de todos los príncipes latinos de Constinopla. Prenda su nacimiento á los barones de Romanía, mas su niñez no podia menos de ir dilatando los desmanes de la minoría, y su pertenencia queda orillada con las anteriores de sus hermanos. El mayor Felipe de Curtenay, que heredó de su madre el señorío de Namur, tiene la cordura de anteponer la realidad de un marquesado á la sombra volatil del imperio, y entonces Roberto, el hijo segundo de Pedro y de Violante asciende al sólio de Constantinopla. Advertido con el fracaso del padre va siguiendo pausada y seguramente el rumbo de Alemania y del Danubio franquéale tránsito el enlace de su hermana con el rey de Hungría, y el patriarca corona luego al emperador Roberto en la catedral de santa Sofía; pero su reinado es todo una temporada de conflictos y amarguras y la colonia que se apellidaba NUEVA FRANCIA va por todas partes cejando ante los Griegos de Niza y Epiro. Tras una victoria labrada con su alevosía, y sin denuedo, allana Teodoro Anjelo el reino de Tesalónica, arroja al endeble. De-

metrio, hijo del marqués Bonifacio tremola su estandarte sobre los muros de Andrinópolis y añade por su vanagloria un tercero ú cuarto nombre á la lista de los emperadores contrarios. Juan Valace arrolla los restos Asiáticos, á título de yerno y sucesor de Teodoro Lascaris, el cual en un reinado triunfador de treinta y tres años, campeó en paz y en guerra con altas virtudes. Bajo su enseñanza los aceros franceses asalariados sirvieron de instrumento eficacísimo de sus conquistas; y aquella desercion fué al mismo tiempo muestra y causa del auje grandioso de los Griegos. Construye escuadra, señorea el Helesponto, avasalla las islas de Lesbos y de Rodas, embiste á los Venecianos en Candía, y va interceptando los escasos y endebles auxilios del Occidente. Allá el emperador Latino por una sola vez envia su hueste contra Vatazes, y en aquel descalabro fenecen los caballeros eteranos los últimos de los conquistadores primitivos. Mas la preponderancia de un advenedizo encarna menos en el ánimo apocadísimo de Roberto que el desacato de sus mismos súbditos Latinos, quienes atropellan indistintamente al emperador y á su imperio, comprobándose el estremo de aquella anarquía con los quebrantos personales del paciente y el desenfreno de su tiempo. Mozo y enamoradizo, se retrae de su esposa griega, hija de Vataces, y hospeda en el palacio una linda noble de la familia de Artois, cuya madre, embelesada con los visos de la púrpura, habia quebrantado su palabra anterior con un hidalgo de Borgoña, quien corre enfurecido, y con algunos amigos, allana la morada imperial arroja la madre al mar, y corta bárbaramente la naríz y los labios á la consorte ó manceba del emperador. Los barones, en vez de castigar al delincuente, abonan y aun celebran tamaño atentado, absolutamente irremisible por parte de Roberto (38), tanto á fuer de príncipe como de particular. Huye de ciudad tan criminal, y acude á implorar la justicia y lástima del papa, quien tibiamente le encarga que se vuelva á su albergue; pero antes que pueda cumplir aquel mandato, se postra y fenece de sonrojo, quebranto y despecho (39).

En aquella temporada caballeresca, el rumbo mas espedito para encumbrarse un particular al sólio de Jerusalen ó de Constantinopla era el de la valentía, y habia á la sazon recaido el reino titular de Jerusalen por falta de varones en María, hija de Isabel y de Conrado de Monferrato y nieta de Almerico ú Amaury. Se habia enlazado con Juan de Briena, de alcurnia esclarecida en Champaña, á impulsos de la voz pública y el concepto de Felipe Augusto quien lo calificó de primer prohombre en la Tierra Santa (40). Acaudilló en la quinta cruzada hasta cien mil Latinos para la conquista de Ejipto, fué el triunfador en el sitio de Damieta, y el malogro posterior se achacó fundadamente á las ínfulas y codicia del legado. Tras el desposorio de su hija con Federico II (41), cuya ingratitud le arrebató hasta el punto de encargarse del mando en el ejército de la Iglesia, y aunque entrado

ya en edad y apeado del sólio, la espada y el denuedo de Juan de Briena estaban siempre en el disparador, en tratándose de servir á la Cristiandad. Balduino de Curtenay en los siete años del reinado de su hermano no habia descollado sobre las estrecheces de su niñez, y los barones de Romanía acordaron poner el cetro en manos heróicas y de cabal desempeño. No se avendria el rey veterano de Jerusalen al nombre y cargo de rejente, y así dispusieron el condecorarle con el dictado y prerogativas de emperador para toda su vida; con la condicion única de que Balduino se enlazase con su hija segunda, y le sucediese despues en edad madura para el sólio de Constantinopla. Enardecióse la espectativa de los Griegos y Latinos con la nombradía, la eleccion y la presencia de Juan de Briena, se empaparon en su traza marcial y su briosa lozanía á los ochenta años con aquella estatura ajigantada en que sobresalia á los demás hombres (42). Mas parece que la codicia y el anhelo de comodidades resfrió sus ímpetus guerreros (*b*) sus tropas se fueron dispersando, y mediaron dos años de abandono y afrenta, hasta que se desperezó con la alianza muy azarosa de Vataces, emperador de Niza y Azan rey de Bulgaria. Sitian entrambos á Constantinopla por mar y por tierra con una hueste de cien mil hombres y una armada de trescientas naves de guerra, contra la escasilla fuerza del emperador Latino, reducida á ciento y sesenta caballeros, y el corto aditamento de sus sarjentos y flecheros. Me estremezco al referir como, en vez de resguardar la ciudad, hace el héroe una salida capitaneando su caballería, y que de los cuarenta y ocho escuadrones enemigos tan solo se salvan tres de sus filas degolladoras. Inflama el ejemplar á la infantería y el vecindario, asaltan los bajeles anclados junto á la muralla y se traen hasta veinte y cinco en triunfo á la bahía de Constantinopla. Convoca el emperador vasallos y aliados y acuden á la defensa, despejando su llegada contra todo jénero de tropiezos, y al año siguiente alcanza otra victoria contra los mismos enemigos. Los tosquísimos poetas de aquel siglo andan parangonando á Juan de Briena con Héctor, Roldan y Júdas Macabeo (43), mas callan los Griegos y aguan algun tanto con su silencio tan peregrinos esplendores. Carece luego el imperio de su campeon postrero, y el monarca moribundo se muestra ansioso de volar al paraiso con el hábito franciscano (44).

En el estruendo de tales victorias; no asoma ni hazaña ni aun el nombre del alumno Balduino, ya en edad de ir guerreando, aunque sucede luego en la dignidad imperial á su padre adoptivo (45). Dedícase el príncipe mozo á otro desempeño mas jenial visitando las cortes occidentales, con especialidad las del papa y del rey de Francia, para irlas moviendo á compasion con su inocencia y desamparo, y lograr así auxilio de jente y dinero para remediar al imperio agonizante. Acude hasta tercera vez pordioseando socorros y dilatando siempre sus visitas sin el menor afan de re-

greso, consumiendo fuera de casa la mayor parte de sus ciento y cuatro años de reinado, conceptuándose el emperador mas en salvo por donde quiera que en su misma patria y capital, su vanagloria se engreia en ciertas publicidades con el dictado de Augusto y los relumbros de la púrpura, y en el concilio jeneral de Leon, cuando Federico II, quedó escomulgado y depuesto, apareció su pareja oriental entronizada á la derecha del papa. Pero ¡cuántas y cuántas veces el desterrado, el errante, el mendigo imperial estuvo abatido con menosprecios, insultado á fuerza de lástimas y ajado para su propia vista y la de naciones enteras! Al asomar en Inglaterra, lo atajan en Duvre con mil vituperios, por propasarse á entrar en un reino independiente sin el debido permiso. Sin embargo, tras alguna demora, se le franquea el camino, lo agasajan con tibia cortesanía, y por fin se marcha Balduino con un regalo de setecientos marcos(46). Roma, siempre avarienta, le otorga únicamente una proclama de nueva cruzada y un gran tesoro de indulgencias, jénero de moneda que con tan redoblado y escesivo abuso habia desmerecido infinito. Recomendábanlo su nacimiento y desventuras á la jenerosidad de su primo Luís IX; pero el afan belicoso de aquel santo le retrajo de Constantinopla por el Ejipto y la Palestina, y socorrió sus escaseces públicas y privadas Balduino enajenando el marquesado de Namur y el señorío de Curtenay, restos de su herencia para una temporada (47). Con arbitrios tan vergonzosos y arruinadores regresa á Romanía con una hueste de treinta mil soldados, que para los Griegos ascendian á número duplicado. Participa desde luego á Francia é Inglaterra grandes victorias y mayores esperanzas; va ciñendo el país en torno de la capital á la distancia de tres jornadas; y si allana una ciudad populosa y anónima (probablemente Chiorli queda espedita la raya y el tránsito seguro. Pero la grandiosa espectativa voló como un sueño: las tropas y tesoros de Francia se desvanecieron en sus manos torpísimas, y el sólio del emperador Latino viene á escudarse con la alianza afrentosa de Turcos y Comanos. Para afianzar los primeros, entrega su sobrina al incrédulo sultan de Cogni, y para agradar á los otros tiene que avenirse á los ritos paganos, sacrificando un perro entre los dos ejércitos, y las partes contratantes paladearon mutuamente su sangre por prenda de lealtad (48). En el palacio ó cárcel de Constantinopla el sucesor de Augusto va demoliendo el caserío vacante para leña en el invierno, y desemplomando las iglesias para el mantenimiento diario de su familia. Estafa algunos derechos, escasos pero usurarios, á los mercaderes italianos y su hijo Felipe queda por prenda en Venecia, como heredero, por fianza de la deuda (49). La sed, el hambre y la desnudez son padecimientos positivos; pero la riqueza es relativa, y un príncipe que seria acaudalado en clase privada, vivirá martirizado por sus escaseces á fuer de pordiosero.

Pero aun en medio de tan rastrero desamparo, estaban todavía el em-

perador y el imperio atesorando una preciosidad que cifraba su soñado valor en la supersticion del mundo cristiano. Iba desmereciendo algun tanto la verdadera Cruz con sus incesantes cercenes, y su larguísimo cautiverio entre infieles hacia maliciar contra las partecillas que corrian por Levante y Poniente. Mas conservábase en la capilla imperial de Constantinopla otra reliquia de la Pasion, y no menos preciosa y auténtica, á saber, la corona de espinas colocada en la cabeza de Jesu-Cristo. Practicaron en lo antiguo los Ejipcios el depositar los deudores, por prenda, las momias de sus antepasados; y así el pundonor y la relijion quedaban comprometidos para el rescate de la fianza. De la misma suerte, y en ausencia del emperador, se empeñaron en el empréstito de trece mil ciento treinta y cuatro piezas de oro (50) sobre la corona sacrosanta, faltaron al cumplimiento del contrato, y un Veneciano admirado, Nicolás Querini, tomó á su cargo el reintegro á los ansiosos acreedores, con el pacto de vincular aquella reliquia en Venecia, y construirla con nuevo realce propiedad absoluta, en no acudiendo á redimirla en cierto plazo breve y terminante. Participan los barones á su soberano el convenio violento y el malogro inminente, y como el imperio se halla imposibilitado de aprontar el rescate de treinta y cinco mil duros, Balduino, anhelando arrebatar á los Venecianos tamaña preciosidad, trata de colocarla en predicamento mas productivo á disposicion del rey Cristianísimo (51). Pero se atraviesan tropiezos, pues el santo timorato no quisiera con aquello incurrir en el delito de simonía; pero amaina su sobresalto variando la espresion y pagando bajo otro concepto la deuda, admitir aquel don y reconocer su compromiso. Sus embajadores, dos Dominicos, pasan á Venecia y redimen y se entregan de la santa corona, libre ya de los peligros del mar y de las galeras de Vataces. Abren la caja de madera, reconocen los sellos del dogo y de los barones sobre el sagrario de plata, cuyo interior atesora el monumento de la Pasion en una vasija de oro. Los Venecianos se allanan á su pesar á la equidad y á la prepotencia; franquea el emperador Federico tránsito espedito y honorífico; adelántase la corte de Francia hasta Troyes en Champaña, para tributar devotamente su obsequio á reliquia tan imponderable; el mismo rey, descalzo y en camisa, la lleva triunfalmente por todo París, y con un agasajo de mil marcos de plata desacongoja á Balduino de su malogro. Con las alas de aquel contrato ventajoso y á impulsos de la misma jenerosidad brinda el emperador, Latino con todo el ajuar de su capilla (52); una astilla grandiosa y auténtica de la verdadera cruz; el babador del Hijo de Dios, la lanza, la esponja y la cadena de su Pasion; la varilla de Moisés y parte del cráneo de San Juan Bautista. Costó á San Luís aquel tesoro espiritual veinte mil marcos, con suntuosísima fundacion en la santa capilla de París, á la cual logró la musa de Boileau

proporcionar una inmortalidad burlesca. La certeza de reliquias allá tan lejanas no cabe comprobarse con testimonios humanos; pero se hace muy obvia para los creyentes de cuantos milagros siguen obrando. A mediados del siglo anterior, una úlcera maligna se curó con el toque de una gotilla de aceite de la santa corona (53), como lo atestiguan los Cristianos mas relijiosos é ilustrados de Francia, ni cabe descreer desde luego el hecho, á menos de vivir pertrechado con el antídoto jeneral de la incredulidad (54).

Los Latinos de Constantinopla se hallan por donde quiera acorralados y comprimidos (55), cifrando su esperanza única, la demora de su postrer esterminio en la desavenencia de los Griegos y Búlgaros al par sus enemigos, y aun fracasó aquella esperanza con el poderío y maestría preponderante de Vataces; emperador de Niza. Prospera pacíficamente en su reinado el Asia desde la Propóntida hasta la costa peñascosa de Pamfilia, y el paradero de todas las campañas es el medrar siempre su influjo en Europa. Rescata de los Búlgaros las ciudades fuertes de las serranías de Tracia y Macedonia, reduciendo su reino á los linderos actuales y debidos, por las orillas meridionales del Danubio. El emperador de los Romanos únicamente se destempla porque un señor del Epiro, un príncipe Comnenio del Occidente, intente alternar con él en los timbres de la púrpura, y el humildillo Demetrio, trueca el matiz de sus borceguíes, y admite agradecidamente el dictado de déspota. Sus mismos súbditos se airan con tanta postracion y torpeza, é imploran el amparo de su soberano supremo. Tras alguna resistencia, se incorpora el reino de Tesalónica con el imperio de Niza, y reina Vataces sin competidor desde el confin turco hasta el golfo Adriático. Reverencian los príncipes de Europa su poderío y desempeño, y con tal que se allánara al credo lejítimo, el papa desamparaba desde luego el sólio Latino de Constantinopla: pero el fallecimiento de Vataces, el breve y afanoso reinado de Teodoro su hijo, y la niñez desvalida de su nieto Juan, siguen dilatando el restablecimiento de los Griegos. Me cabrá el ir historiando sus revueltas caseras en el capítulo siguiente, apuntando desde ahora, que su ayo y compañero Miguel Paleólogo, quien descolló con los desbarros y los aciertos propios de un fundador de nueva dinastía (1259 Dic.). Lisonjeóse el emperador Balduino con el recobro de ciudades y provincias enteras por medio de una negociacion tan ineficaz, que despidieron de Niza á sus embajadores con escarnio y menosprecio, pues á cada paraje que iban nombrando acudia Paleólogo con alguna razon para imposibilitar su reintegro; en el uno por haber nacido allí; en el otro por haber tenido el primer ascenso en la milicia, y luego por esperanzar allí el recreo peregrino de la caza. «¿Y qué es lo que tratais de darnos por nuestra parte?» dice á los embajadores atónitos.—«Nada» replican los Griegos, «ni un palmo

de terreno. » — « Pues si vuestro amo » insiste Paleólogo « apetece la paz, tiene que pagarme, por via de tributo anual cuanto le rinde el comercio con sus derechos en Constantinopla. Bajo este concepto, que reine muy enhorabuena. Si se desentiende, la guerra al punto, pues no me tengo en ella por bisoño, y confio para el éxito en Dios y en mi espada (56). » Sale una espedicion contra el déspota del Epiro, median una victoria y un descalabro, y si el linaje de Comnenos y Anjelos sigue contrarestando por aquellas serranías á sus conatos hasta despues de su reinado, el cautiverio de Villeharduino, príncipe de Acaya, defrauda á los Latinos del vasallo mas activo y poderoso de la monarquía agonizante. Batallan las repúblicas de Venecia y Jénova, en su primera guerra naval por el señorío del mar y del comercio de Levante. El engreimiento y el interés comprometen á los Venecianos en la defensa de Constantinopla ; sus competidores acuden á promover los intentos de todo enemigo, y la alianza de los Jenoveses con el vencedor cismático encendió las iras de la iglesia Latina (57).

Clavado Miguel como emperador, en su objeto capital, va visitando personalmente, robusteciendo sus tropas y fortificaciones de Tracia, y luego arrollando de sus últimas posesiones á los Latinos. Hasta se empeña en asaltar aunque sin éxito el arrabal de Gálata y trae comunicaciones alevosas con un baron, que en el trance no se arroja, ó no puede, á la entrega de la metrópoli (1261, Test.). Al asomo de la primavera, su caudillo predilecto, Alexio Guategópulo, á quien condecora con el dictado de César, atraviesa el Helesponto con ochocientos caballos y alguna infantería (58), para una espedicion reservada. Le encargan sus instrucciones que se acerque, escuche y rejistre, y no aventure intentos arriesgados contra la ciudad. El territorio que media entre la Propóntida y el Mar Negro está poblado por una ralea de campesinos esforzados, y luego de vagos, prácticos en las armas, insubsistentes en su homenaje; pero propensos, por el idioma, relijion y ventajas actuales, á los Griegos. Titulábanse *voluntarios* (59); y con su servicio libre el ejército de Alexio, las milicias de Tracia y los auxiliares Comanos (60) se aumentó hasta el número de veinticinco mil hombres. Con el denuedo de los voluntarios y su propia ambicion se arroja el César á desobedecer las órdenes terminantes de su amo, confiado en que sus logros abogarán por su indulto, y aun su galardon. Harto enterados están los voluntarios de lo indefenso de Constantinopla y del pavor y conflicto de los Latinos, y aclaman el trance como oportunísimo para el intento. Un mozo temerario, gobernador nuevo de la colonia Veneciana, habia dado la vela con treinta galeras, y la flor de los caballeros Franceses, para una espedicion disparatada sobre Dafnusia pueblo del Mar Negro á cuarenta leguas (*c*), y los demás yacian desvalidos y sin zozobra. Saben que Alexio atravesó el Helesponto, pero se des-

vanece aquel primer susto recapacitando la cortedad del número primitivo; sin estar alerta sobre el aumento succesivo de su hueste. Con dejar las fuerzas principales de reten para acudir luego á la urjencia logra adelantarse á hurtadillas y á deshora con la guerrilla selecta. Arriman unos sus escalas á la parte mas accesible de la muralla, cuentan sobre seguro con un Griego anciano que ha de introducir á los demás por un subterráneo, que desemboca en su casa, pueden desde luego franquear tránsito por el interior en la puerta de oro, cerrada hace tiempo, y entonces señorear ya el corazon de la ciudad, antes que los Latinos echen de ver su peligro. Median razones, y por fin el César se pone en manos de los voluntarios; estos se muestran leales, osados y certeros, y al ir particularizando su plan, queda ya referida la ejecucion y su logro (61). Mas no bien Alexio atraviesa el umbral de la puerta dorada, cuando se para trémulo y está deliberando, hasta que los voluntarios con su ímpetu lo arrollan para dentro, hechos cargo de que el trance mas espuesto se cifra en la retirada. Mantiene el César su tropa escuadronada; pero los Comanos se dispersan á diestro y siniestro; suena luego el rebato, y con las amenazas del fuego y el saqueo precisan el vecindario á formalizar su contraresto. Los Griegos de Constantinopla recuerdan á sus soberanos solariegos; los Jenoveses su alianza reciente y la enemistad de los Venecianos; ármanse los barrios, y retumba por los aires la aclamacion jeneral de: «Vivan y reinen por siempre Miguel y Juan, emperadores augustos de los Romanos.» Despierta su contrario Balduino con el estruendo; pero ni en trance tan ejecutivo desenvaina la espada para defender la ciudad, que viene á desamparar, quizá con mas complacencia que pesadumbre; huye del palacio á la playa, desde donde divisa las velas halagüeñas de la escuadra que vuelve de su necia é infructuosa tentativa contra Dafnasia. Queda irreparablemente perdida Constantinopla; pero el emperador Latino y las familias principales se embarcan en las galeras venecianas que surcan la vuelta de la Eubea; y luego para Italia, donde el papa y el rey de Sicilia agasajan al fujitivo réjio con muestras de lástima y de menosprecio. Vive todavía trece años despues de la pérdida de Constantinopla, en pos siempre de las potencias católicas, para empeñarlas en su restablecimiento; está aleccionado desde su mocedad, sin que su destino último fuese mas desamparado y vergonzoso que las tres peregrinaciones anteriores por las cortes de Europa. Hereda su hijo Felipe un imperio ideal, y las pretensiones de su hija Catalina, casada con Cárlos de Valois, hermano de Felipe el Hermoso, van de resultas á parar á la casa de Francia. La línea femenina de la casa de Curtenay contrajo varios enlaces, sonando siempre el dictado de emperador, hasta que comedidamente yació en descanso y olvido (62).

Historiadas quedan las espediciones de los Latinos á Palestina y Cons-

tantinopla, y ahora no puedo menos de hacer algun alto de las resultas que cupieron así al país de las operaciones como al de sus varios ajentes (63). Retiradas por fin las armas de los Francos, no dejaron la menor mella, aunque sí algun recuerdo, por aquellos reinos mahometanos de Ejipto y de Siria. Ni aun soñaron los discípulos fieles del Profeta en estudiar profanamente las leyes ó idiomas de unos idólatras, sin que su sencillez de costumbres padeciese alteracion alguna con el roce, en paz ó en guerra, con los desconocidos advenedizos del Occidente. Los Griegos, aun vanidosamente engreidos, se mostraron mas avenibles. En sus conatos por el recobro del imperio, fueron compitiendo en valor, disciplina y táctica con sus acometedores. Con menosprecio debian mirar la literatura moderna de los Occidentales, pero aquel afan de independencia no pudo menos de imbuirlos en los derechos naturales del hombre; y así fueron prohijando algunas instituciones públicas y privadas de los Franceses. Cundia la lengua latina con la correspondencia de Constantinopla con Italia, y llegaron á traducir varios autores clásicos ó devotos en su idioma (64); pero la persecucion enardeció mas y mas las preocupaciones nacionales y relijiosas de los Orientales, y el reinado de los Latinos ensanchó todavía el mutuo desvío de entrambas iglesias.

Al parangonar, en tiempo de las cruzadas, los Latinos de Europa con los Griegos y mas los Arabes, sus grados respectivos de ciencias y artes y aun industria dejan muy en zaga á nuestros tosquísimos antepasados, quienes tienen que contentarse con el tercer grado en la escala de las naciones. Sus adelantos posteriores é innegable superioridad, se cifran en la pujanza de su índole y temple, y en el afan eficaz é incesante, hasta ahora desconocido á sus competidores, que á la sazon se hallaban estancados y aun iban cejando en su carrera. Con tales arranques, no podian menos los Latinos de beneficiar esencialmente un cúmulo de acontecimientos que les aparataban en perspectiva el orbe entero, y entablaron aquella comunicacion dilatada, aquel roce perpetuo con las rejiones ya cultas del Oriente. El adelanto mas obvio descolló luego en comercio y manufacturas, en las artes que traen de la mano ya la sed de los haberes, las urjencias imprescindibles, la sensualidad y la vanagloria. En aquel remolino de fanáticos sandios, tal cual cautivo ú peregrino haria alto en la cultura del Cairo y de Constantinopla; el primer introductor de un molino de viento (65) fué un bienhechor de la humanidad, y tales bienes se disfrutan sin gratos recuerdos, acude la historia á mencionar los renglones mas lujosos de seda y azúcar, venidos del Ejipto y la Grecia á los puertos de Italia. Pero el atraso latino en la instruccion se fué pausadamente desperezando, pues el afan envidioso de Europa brotó otras de causas muy diversas y de sucesos mas recientes, pues allá en el siglo de las cruzadas se miraron con yerta indiferencia las literaturas griega y arábiga.

Caben algunos rudimentos matemáticos ó médicos meramente prácticos ó figurados; puede tambien la necesidad proporcionar algun intérprete para los quehaceres materiales del traficante ó de la soldadesca; mas con el comercio de Levante no cundió por las escuelas de Europa el conocimiento de los idiomas (66). Si el idéntico móvil de la relijion rechazó el habla del Alcoran, parece que debia inclinarles á curiosear el texto orijinal de los Evanjelios, y la misma gramática les desentrañara las sublimidades de Platon y los primores de Homero. Pero en una temporada de sesenta años, siguieron los Latinos de Constantinopla menospreciando la lengua y literatura de los súbditos, quedándoles tan solo á sus anchuras y en salvo el tesoro de sus manuscritos. Era en verdad Aristóteles el oráculo de las universidades occidentales, pero un Aristóteles barbarísimo, y en vez de trepar al acendrado manantial, sus enamorados latinos prohijaron rendidamente una version estragada y lejana de los Judíos y Moriscos de Andalucía. El móvil de las cruzadas era un fanatismo bravío, y su resultado de mas entidad se hermanaba con su arranque. El afan de todo peregrino se cifraba en cargar para su casa con despojos sagrados, con reliquias de Grecia y de Palestina (67), y cada una de ellas andaba brotando visiones y milagros. Estragóse la creencia católica con leyendas estrañas, con supersticiones nuevas; y el establecimiento de la inquisicion, los monjes y órdenes mendicantes, el rematado abuso de las induljencias, y estremado progreso de la idolatría, todo fué dimanando de la fuente envenenada de la guerra Santa. La índole eficaz de los Latinos se ceba en lo íntimo de su racionalidad y sus creencias; y si los siglos noveno y décimo sobresalieron en lobreguez, el décimo tercio y el décimo cuarto fueron los de la fábula y el desvarío.

Con el Cristianismo y el cultivo de un territorio pingüe, los conquistadores septentrionales del imperio Romano, se fueron embebiendo imperceptiblemente con los naturales, y revivieron é inflamaron en su rescoldo las artes de la antigüedad. Plantearon y aun vinieron á perfeccionar sus establecimientos en tiempo de Carlo-Magno, cuando yacieron como soterrados bajo el enjambre de nuevos invasores, á saber, los Normandos, Sarracenos (68) y Húngaros, que reempozaron los paises occidentales de Europa en el estado anterior de anarquía y de barbarie. Por el siglo undécimo habia abonanzado la segunda tormenta con el arrojo ú la conversion de los enemigos del Cristianismo; la oleada de civilizacion que habia cejado allá con su reflujo volvió á seguir con redoblada carrera su rumbo; rayando ya vistosa perspectiva ante las esperanzas y conatos de la jeneracion nueva. Creció en verdad y descolló en los dos siglos de cruzadas, y no faltan filósofos aclamadores del influjo propicio de la guerra santa, que conceptuo atrasadora mas bien que fomentadora, de la civilizacion europea (69), sepultando en los ámbitos del Oriente las vidas y

afanes de millones de millones que probablemente mejoraran sus respectivas patrias; con el caudal de industria y haberes florecieran la navegacion y el comercio, y los Latinos se enriquecieran é ilustraran en una correspondencia inocente y amistosa con los naturales de Levante. Por una parte estoy viendo el resultado obvio de los cruzados aherrojados á su propio suelo, sin libertad, ni haberes, ni conocimientos, y los dos brazos, eclesiástico y noble, cuyo número era desproporcionado á la poblacion, eran los únicos acreedores al dictado de ciudadanos y de hombres. Las arterías del clero y las espadas de los barones afianzaban tan opresivo sistema. En siglos mas lóbregos, sirvió la autoridad del sacerdote como antídoto saludable; precavieron el esterminio total de las letras, amansó la fiereza de los tiempos, escudó al desvalido é indefenso, y conservó y revivió la paz y el órden en la sociedad civil. Pero la independencia, la rapiña y la discordia de los magnates feudales no se acompañaban con el menor asomo de bienestar, y aquella mole toda de hierro de la aristocracia anonadaba hasta la esperanza de todo jénero de mejora. Entre los volcadores del edificio gótico sobresalen los cruzados, desplomándose las baronías y feneciendo sus alcurnias en aquellas espediciones azarosas y costosísimas. Sus ínfulas menesterosas tenian que amainar franqueando cartas pueblas y estrellando los grillos de la servidumbre; y afianzando así el pegujar al campesino y el taller al artesano, y devolviendo mas y mas alma y sustancia á la mayor porcion del vecindario. Incendiáronse allá selvas y cayeron en cenizas árboles ajigantados; despejóse el suelo y brotaron plantas menores pero utilísimas en el suelo fertilizado (*c*).

La púrpura de los tres emperadores que reinaron en Constantinopla me escuda ó me disculpa por mi digresion sobre el oríjen y trances peregrinos de la familia de Curtenay (70), en sus tres ramas principales. I. De Edesa. II. De Francia. III. De Inglaterra; sobreviviendo tan solo la última al espacio de ochocientos años.

DIGRESION SOBRE LA ALCURNIA DE CURTENAY.

I. Antes de asomar el comercio, derramador de riquezas y de conocimientos despejadores de vulgaridades, la prerogativa de la cuna es la mas entrañable y mas esclarecida. En todos tiempos las costumbres de los Alemanes deslindaron por ápices las jerarquías en la sociedad: los duques y condes que terciaron en el imperio de Carlomagno, arraigaron sus cargos en herencia, dejando todos señor feudal á sus hijos, sus timbres y su espada. Las alcurnias mas altaneras quedan pagadas con empozar el tronco de sus linajes en la lobreguez de la edad media, pues por mas corpulento y empinado que fuese, tiene al cabo que brotar de un arranque

plebeyo; y sus linajistas han de zanjar sus intentos á los diez siglos de la era cristiana para hacer hincapié en la sucesion seguida y testimoniada de apellidos, armas y memorias auténticas. A los primeros vislumbres asoma (71) la nobleza y opulencia de Aton, caballero francés; la hidalguía en la elevacion y dictado de un padre anónimo; sus haberes en la fundacion del castillo de Curtenay en el distrito de Gatinois, cerca de veinte leguas al mediodía de París. Desde el reinado de Roberto hijo de Hugo Capeto, los barones de Curtenay descuellan entre los vasallos mas cercanos á la corona; y Joselino, nieto de Aton y una señora noble, asoma alistado entre los héroes de la primera cruzada. Un entronque casero (hermanas eran las madres) lo comprometieron en la bandera de Balduino de Brujas, conde segundo de Edesa: un feudo de príncipe, á que se hizo acreedor y conservador certero, manifiesta sus muchos y belicosos secuaces, y tras la partida del primo, quedó el mismo Joselino revestido con el condado de Edesa, por ambas orillas del Eufrates. Con su economía en la paz, súbditos Latinos y Siríacos se le avecindaron á miles en sus territorios; sus almacenes rebosaban de trigo, vino y aceite, y sus castillos de oro, plata, armas y caballos. En una guerra santa de treinta años, fué alternativamente vencedor y cautivo, pero murió al fin como guerrero en una litera de caballo capitaneando sus tropas, y en su postrer mirada logró ver la huida de los Turcos invasores, envalentonados con su edad y sus dolencias. Su hijo y sucesor del mismo nombre, mas denodado que advertido, y solia olvidar que todo señorío se granjea y se conserva con las mismas artes. Reta á los Turcos sin el arrimo del príncipe de Antioquía, y en medio de la paz lujosa de Turbesel en Siria (72) desatendió Joselino el resguardo de la frontera cristiana allende el Eufrates. Durante su ausencia, Zenghi, el primero de los Atabeques, sitió y asaltó á la capital Edesa, mal defendida por un tropel cobarde y desleal de Orientales; intentaron los Francos recobrarla, mas quedaron arrollados en su denuedo, y Curtenay feneció en las cárceles de Alepo. Dejó todavía patrimonio grandioso y pingüe; pero los Turcos mas y mas victoriosos dieron al través con la viuda y el huerfanillo, y por una pension á título de equivalente traspasaron al emperador griego el encargo de resguardar y el baldon de perder las reliquias postreras de la conquista latina. La condesa viuda de Edesa se retiró á Jerusalen con sus dos niñas; la hija, Inés, vino á ser esposa y madre de rey; el hijo Joselino tercero, admitió el cargo de jeneral, el primero del reino, y obtuvo en Palestina nuevos estados, mediante el servicio de cincuenta caballeros. Asoma honoríficamente su nombre en todos los contratos de paz ó guerra, y desaparece con el vuelco de Jerusalen, perdiéndose el apellido de Curtenay en los enlaces de dos hijas con barones, uno aleman y otro francés (73).

II. Reinando Joselino allende el Eufrates, el primojénito Milon, el

nieto de Aton, siguió poseyendo junto al Sena el castillo de sus padres, heredado al fin por Reinaldo, el menor de los tres hijos. Ni el númen ni el arrojo suelen descollar en las familias antiguas; y allí en lo muy antiguo, se tropieza con rapiñas y tropelías, á las cuales sin embargo, se requiere sumo denuedo y ante todo poderío. Se sonrojará un descendiente de Reinaldo de Curtenay con los salteamientos y arrestos de traficantes, hasta que pagasen los portazgos en Sens y en Orleans. Blasonara de la demasía, puesto que el osado y descomedido nunca se avino á la restitucion, hasta que el repente, conde de Champaña, dispuso el capitanear contra él todo un ejército (74). Otorgó Reinaldo sus estados en la hija, y esta en el hijo séptimo del rey Luís el Grueso, resultando de aquel enlace crecida descendencia. Correspondia que un particular se encumbrase con el nombre real, y que la prole de Pedro Curtenay terciase en los timbres con los mismos príncipes de la sangre; pero aquel derecho tan lejítimo quedó desatendido, y luego formalmente denegado; embebiendo las causas de aquella mengua la historia de la segunda rama. I. De todas las alcurnias existentes, la mas antigua y esclarecida es indudablemente la de Francia, que estuv o ocupando el mismo sólio por ocho siglos, y va descendiendo por línea varonil y despejada desde el siglo noveno (75), acatándose en gran manera por Levante y Poniente desde el tiempo de las cruzadas; desde el reinado de Hugo Capeto hasta el enlace de Pedro de Curtenay tan solo habian mediado cinco reinados ó jeneraciones, y era tan deleznable su título, que se conceptuó cautela imprescindible el coronar desde luego el primojénito en vida del padre. Los pares de Francia han estado allá sosteniendo su precedencia sobre las ramas menores de la alcurnia real, ni los príncipes de la sangre en el siglo doce se habian granjeado el esplendor hereditario que trasciende ahora hasta los candidatos mas lejanos de la sucesion rejia. I. Engreíanse sobremanera los barones de Curtenay y estarian en gran realce, cuando afianzaron la precision al hijo de un rey, de prohijar para sí y para sus descendientes el apellido y las armas de su hija y su esposa. Solíase requerir aquel trueque y en cambio otorgarlo en el enlace de una heredera inferior ó igual; pero siguiendo en desviarse de la cepa real, los hijos de Luís el Grueso vinieron imperceptiblemente á equivocarse con los antepasados maternos, y los nuevos Curtenays merecerian caducar en los blasones de su cuna, que desatendian allá por móviles interesados. Era mucho mas permanente la afrenta que el realce, y tras la llamarada de un relámpago sobrevenia una lobreguez duradera. El primojénito de aquel desposorio, Pedro de Curtenay, se habia enlazado, como llevo dicho, con una hermana de los condes de Flandes, los dos primeros emperadores de Constantinopla: aceptó temerariamente el brindis de los barones de Romanía sus dos hijos Roberto y Balduino, fueron sucesivamente sustentando y perdiendo los restos del

imperio latino en Oriente, y la nieta de Balduino segundo volvió á mezclar su sangre con la de Francia y la de Valois. Para acudir á los gastos de un reinado revuelto y transeunte, empeñaron ó vendieron sus estados solariegos, y los postreros emperadores de Constantinopla tuvieron que depender casi únicamente de las limosnas de Roma y Nápoles.

Mientras los hermanos mayores andaban consumiendo sus haberes en aventuras anoveladas, y el castillo de Curtenay yacia profanado por un dueño plebeyo, las ramas menores de aquel nombre adoptivo, fueron cundiendo sobremanera. Escaseces y años nublaron su brillantez, pues al fallecimiento de Roberto, gran botillero de Francia, menguaron de príncipes á barones; luego se adocenaron con la mera hidalguía, pues no asomaba como descendientes de Hugo Capeto los señores campesinos de Tanlay y de Champiñoles. El valenton se alistó en la soldadesca sin mengua, y el mas apocado vino á parar, como sus primos de la rama de Dreux, en mero labrador. Sus entronques rejios, mediando cuatro siglos, quedaron anochecidos y aun ignorados, y su linaje, en vez de abultar en los anales del reino, tienen que irse allá desenmarañando con el esmerado ahinco y escrupulosidad de los heraldos y jenealojistas. Por fin en el siglo diez y seis descollaron con una familia tan lejana como la suya las ínfulas aprincesadas de Curtenay, y un pleito de hidalguía, les proporcionó el sacar á luz su alcurnia réjia. Acudieron á la conmiseracion justiciera de Enrique cuarto; lograron un dictámen favorable de veinte letrados de Italia y Alemania, parangonándose llanamente con los descendientes del rey David, cuyas regalías no desmerecieron con los siglos ni con el ejercicio de carpinteros (76). Ensordecieron todos, y se cruzaron mil tropiezos contra su solicitud legal, pues los reyes Borbones se sinceraban con el desvío de los Valois; los príncipes de la sangre, mas modernos y encumbrados, orillaron todo enlace con parentela tan arrinconada: el parlamento sin desentenderse de sus pruebas, ladeó un ejemplar tan azaroso con distinciones arbitrarias, y proclamaron á San Luis por padre de la línea rejia (77). No tuvieron cabida quejas ni protestas repetidas, y el pleito ya desahuciado cesó en este siglo último con el fallecimiento del postrer varon de la alcurnia (78). Engreida con sus prendas se estuvo consolando de su situacion apurada; jamás se allanó á tentaciones de caudal y engrandecimiento, y un Curtenay moribundo sacrificara á su propio hijo, si por ventura intereses temporales pudieran moverle á ceder el dictado de príncipe lejítimo de la sangre de Francia (79).

III. Segun los rejistros de la Abadía de Ford, los Curtenays de la provincia de Devon descendian del príncipe *Flaro*, hijo segundo de Pedro y nieto de Luís el Grueso (80). Nuestros anticuarios Campden (81) y Dugdale (82), acataron demasiadamente esta fábula de los monjes agradecidos ó venales; pero es clarísimamente incompatible con la verdad y

las fechas, tanto que las ínfulas fundadísimas de la familia se desentienden allá de tal fundador. Los historiadores mas fidedignos opinan, que Reinaldo de Curtenay, despues de dar su hija al hijo del rey, desamparó sus posesiones de Francia, y mereció al monarca inglés segunda consorte y nueva herencia. Consta por lo menos, que Enrique segundo siempre distinguió en sus reales y en sus consejos *un* Reinaldo, del nombre, armas, y como se deja conceptuar, de la alcurnia castiza de los Curtenays de Francia. El derecho de tutoría habilitaba á un magnate feudal para galardonar á su vasallo con el desposorio y señorío de una heredera esclarecida, y Reinaldo de Curtenay se granjeó un establecimiento grandioso en Devonshire, donde su posteridad ha estado residiendo por mas de seis siglos (83). Balduino de Brionis, baron normando, revestido de tal por el Conquistador, proporcionó á Hawisa, esposa de Reinaldo el timbre de Okehampton, obtenido con la servidumbre de noventa y tres caballeros, y hasta las hembras estaban habilitadas para los cargos varoniles de vizcondes bereditarios ó cherifes y de capitanes del castillo real de Exeter. Su hijo Roberto se desposó con la hermana del conde de Devon; y al cabo de un siglo, feneciendo la alcurnia de Rivers (84), su biznieto Hugo segundo, le sucedió en el título, conceptuado siempre de dignidad territorial, y hasta doce condes de Devonshire, con el apellido de Curtenay, han seguido floreciendo por espacio de doscientos veinte años. Descollaban entre los primeros barones del reino, y aun compitieron en una contienda con el feudo del conde de Arundel, que es el asiento preeminente en el parlamento de Inglaterra. Enlazáronse con las alcurnias mas encumbradas, como los de Veres, Despenser, San Juan, Talbot, Bohun y aun los mismos Plantajenetas; y en una competencia con Juan de Lancaster, un Curtenay, obispo de Lóndres y luego arzobispo de Canterbury, adoleció de ensanches harto profanos en cuanto al número y pujanza de su parentela. En tiempo de paz los condes de Devon solian vivir encastillados ó por sus quinterías de occidente; aplicaban sus cuantiosas rentas á la devocion y la hospitalidad; y el epitafio de Eduardo, apellidado por su desventura el *ciego*, y por sus virtudes el *bondadoso* conde, embebe con agudeza una sentencia moral, que pudiera no obstante inducir á jenerosidad descompasada. Tras el recuerdo grato de los cincuenta años de dichoso enlace con su esposa Mabel, habla así el honrado conde desde su túmulo.

Lo dado aun dura,
Lo gastado se tuvo,
Lo dejado se malogró (85).

Pero sus malogros, bajo este concepto, sobrepujaron con mucho á sus

dones ó desembolsos, y atendieron tan esmeradamente á sus herederos como á los menesterosos. Las sumas que espendieron en agasajos y tomas de posesion, acreditan sus ínfimas fincas, y largos estados han seguido arraigados en su familia desde los siglos trece y catorce. En la guerra los Curtenays ingleses desempeñaron los cargos y merecieron los timbres de la caballería. Se les solian confiar el alistamiento y mando de la milicia de Davonshire y Cornualles, como solian tambien acompañar al caudillo supremo hasta el confin de Escocia, y en cuanto al servicio estranjero, mantenian á veces con el estipendio convenido ochenta hombres de armas y otros tantos flecheros. Pelearon en mar y tierra bajo las banderas de Eduardos y Enriques; abultan sus nombres en batallas, torneos, y en las listas orijinales del órden de la Charretera; y hasta tres hermanos terciaron en la historia española del Príncipe Negro; y al fin en seis jeneraciones los Curtenays ingleses han venido á menospreciar la nacion de su país solariego. En la competencia de las dos rosas, los condes de Devon adictos á la casa de Lancaster perdieron tres hermanos ya en la refriega ya en el cadalso. Devolvióles honores y estados Enrique séptimo: una hija de Eduardo cuarto no desmereció por enlazarse con un Curtenay; su hijo, creado luego marqués de Exeter, estuvo en privanza con su primo Enrique octavo. y en el palenque del Paño de Oro quebró una lanza contra el rey de Francia. Pero todo favor de Enrique era un floreo para la desventura y luego para la muerte, y descuella entre las víctimas esclarecidas é inocentes de aquel tirano celoso el marqués de Exeter. Su hijo Eduardo vivió preso en la Torre, y murió desterrado en Padua, y el cariño encubierto de la niña María, á quien desamaba, derramó cierto viso anovelado en la historia de aquel hermoso mancebo. Los residuos de su patrimonio fueron parando en familias estrañas con los enlaces de sus cuatro tias; y los timbres personales, si tal vez fracasaron revivieron, con las patentes de otros príncipes. Habia aun allá un descendiente en línea recta de Hugo, conde de Devon, rama menor de Curtenay, avecindados en el castillo de Poudernham por mas de cuatro siglos, desde el reinado de Eduardo tercero hasta ahora. Medraron sus estados con las fincas de Irlanda, y quedan ya restablecidos en el timbre. Siguen los Curtenays con el mote lloroso sobre la inocencia de su antigua casa (86). Entre aquellos lamentos gozan mil bienes en el dia, y en sus anales la temporada mas descollante es tambien la mas desventurada, ni un par de Inglaterra tiene porque envidiar á los emperadores de Constantinopla peregrinando por Europa en busca de limosnas para sostener su boato y resguardar su capital.

NOTAS

correspondientes al capítulo sexagésimoprimero.

(1) Véase el tratado original de particion, en la crónica Veneciana de Andrés Dandolo, p. 326—330, y la eleccion subsiguiente en Villehardiuino, núm. 636—120, con Ducange en sus observaciones, y el primer libro de su Historia de Constantinopla, bajo el imperio de los Franceses.

(2) Despues de mencionar el nombramiento de Diego por un elector francés, su pariente Andrés Dandolo aprueba la esclusion; quidam Venetorum nobilis senex, usus oratione satis probabili etc., que ha ido recamando por los escritores modernos, desde Blondo hasta le Beau.

(3) Nicetas (p. 84) con la ignorancia vanidosa de un Griego, va descubriendo el marquesado de Montferrato, como potencia *marítima*. ¿Engañóle acaso el tema Bizantino de Lombardino, que venia á extenderse por toda la costa de Calabria?

(4) Exijieron juramento de Tomás Morosini, para no ceñirse á la autoridad de Santa Sofia para desentenderse de todo elector lejítimo, no siendo veneciano y residente diez años en Venecia, etc. Mas el ileso extranjero se enzeló, y el papa desaprobó aquel monopolio nacional, y de los seis patriarcas de Constantinopla, tan solo el primero y el último fueron Venecianos.

(5) Nicetas p. 383.

(6) Caudal grandioso suministran las cartas de Inocencio III para la plantificacion del imperio latino, civil y eclesiástico en Constantinopla, y las de mas entidad van comprendidas en el Gesta etc. y en dos tomos en folio, publicados por Estevan Baluzio; véase Muratori, Scrip. Rerum Italicarum, tom. III. p. l. c. 34—105.

(7) En el tratado de particion, los amanuenses vinieron á enrajar los mas de los nombres: pudieran enmendarse, y un buen mapa adecuado á la temporada del imperio Bizantino, seria gran mejora para la jeografía.... Mas ¡ay! que no tenemos D'Anvilles.

(8) Su lenguaje era dominus quartæ partis et dimidiæ imperii Romanii, hasta que Juan Delfino, quien salió Dogo en 1356 (Sanuto, p. 530.

641). En cuanto al gobierno de Constantinopla, véase Ducange, Histoire de C. P. I. 37.

(9) Ducange (Histoire de C. P. p. 11. 6.) ha ido puntualizando las fechas por el estado y los nobles de Venecia, en las islas de Candía, de Corfu, Cefalonia, Zante, Naxos, Paros, Melos, Andros, Micona, Sciro, Cea y Lemnos.

(10) Vendió Bonifacio la isla de Candía, agosto 12, A. D. 1204. Véase el acta de Sanuto, p. 533: mas no alcanzo como podia ser la parte de su madre, ni como podia ser hija del emperador Alexio.

(11) En el año de 7212, el dogo Pedro Zani envió una colonia á Candía, sacada de todos los puntos de Venecia. Pero con sus costumbres montaraces y rebeldías frecuentes, los Candiotas se pueden parangonar con los Corsos bajo el yugo de Génova, y al cotejar los pormenores de Belon y Turnefort, no deslindo diferencia entre la isla veneciana ó turca.

(12) Villeharduino (non. 153, 160; 173 — 177) y Nicetas (p. 387 — 334) van refiriendo la expedicion á Grecia del marqués Bonifacio. Pudo el Choniata granjear aquel documento de su hermano Miguel arzobispo de Atenas á quien celebra por orador, por estadista y por santo. Su elojio de Atenas y descripcion de Atenas, debieron publicarse por el manuscrito Bodleyano (Bolonie. Biblioth. Graica, tom VI p. 405) y era acreedor á las investigaciones de Harris.

(13) Napoli di Romania, ó Nauplia, el antiguo puerto de Argos, es todavía punto de resistencia y consideracion, situada en una península peñascosa, con apacible fondeadero (Chandleris Travels into Greece, p. 277).

(14) He suavizado la expresion de Nicetas, que se empeña en tachar la presuncion de los Francos. Véase de Rebus post C. P. expugnatam, p. 335 — 484.

(15) Ciudad cercada por el rio Hebro, y á 6 leguas al sur de Andrinópolis, obtuvo por su doble muralla el nombre griego de Didgmoteichos, estragado luego en el de Demótica y al fin Dimot. He preferido el apellido moderno y adecuado de Demótica. Aquel sitio fué la residencia postrera de Cárlos XII.

(16) Villeharduino refiere su contienda (núm. 145 — 138) con el temple de su independencia, y aun el historiador griego reconoce el mérito y nombradía del mariscal (p. 387) μεγα παρα τοις Λατινων δυναμενου στρατευμασι: al revés de algunos héroes modernos, cuyas hazañas tan solo asoman en sus propias memorias. *

(*) Guillermo de Champlita, hermano del conde de Dijon, se granjeó el dictado de príncipe de Acaya: á la muerte de su hermano, regresó pesarosamen-

(17) Véase el paradero de Murzuflo en Nicetas (p. 333), Villehardui-no (núm. 141 —145. 163) y Gunthero (c. 20. 21). Ni el mariscal, ni el monje traen el menor asomo de lástima con un tirano, ó sea rebelde, cuyo castigo sin embargo fué mas ajeno de todo ejemplar que su delito.

(18) La columna de Arcadio que está representando con bajos relieves, sus victorias ó las de su padre Teodosio, permanece todavía en Constantinopla. Se halla descrita y medida, Gyllio, topografía IV. 7.) Banduri (ad l. I. Antiq. C. P. p. 507) and Tournefort) Viaje á levante tomo II carta XII. p. 231). (Cotéjese Wilken, nota, vol. V. p. 388. — M.

(19) La majadería de Gunther y los Griegos modernos sobre esta *columna fatídica* no merece mencion alguna; pero es muy peregrino que medio siglo antes de la conquista por los Latinos, el poeta Tzezes (Chiliad. IX. 277) refiere el sueño de una matrona que estuvo viendo un ejército en el foro, y un hombre sentado en la columna, palmoteando y esclamando. *

(20) Las dinastías de Niza, Trebizonda y Epiro (cuyo orígen estuvo viendo Nicetas sin mucha satisfaccion ó esperanza) se hallan eruditamente escudriñadas y rasgueadas con despejo, en Ducange, Familiæ Bizantinæ.

(*a*) El *grande* era un dictado, y no un conato personal. Joinville ha-« bla del *Gran Comnenio*, y señoron de Frotfecontes ». Talmerayer, *p.* 82.–*M.*

(21) Fuera de algunos hechos en Paquímero y Nicéforo Grégoras, que luego saldrán á luz los escritores Bizantinos se esquivan de mencionar el imperio de Trebizonda, ó principado de los *Lazis*, y entre los latinos tan solo asoma ó descuella en las novelas de los siglos XIV ó XV; pero el incansable Ducange ha desenterrado (Fam. Bizant. p. 192) dos

te á Francia, para incorporarse de la herencia solariega, dejando á Villehardiuno por su *Bailio*, bajo la condicion de que si en un año no volvia, retuviese Villeharduino su investidura. Brousut. Adic. á la Beau, vol. XVII p. 200. Añade Brosut, del cronista griego, publicado porM. Bochon, el ardid no muy caballeroso con que Villeharduino, se desentendió de la demanda incómoda de Roberto, hermano del conde de Dijon para la herencia. Ideó que Roberto debia llegar en quince dias de tardanza, y con votacion jeneral de los caballeros, quedó el mismo invertido del principado. — M.

(*) Leemos en la Crónica de la Conquista de Constantinopla, y del establecimiento de los Franceses en la Marca » traducida por A. Z. Bucherfand, 1825. p. 64, que Leon VI, llamado el filósofo, habia *profetizado*, que un emperador alevoso vendria á ser derrocado desde la cumbre de aquella colonia. Los cruzados se conceptuaron comprometidos para el desempeño de su profecía. Bros-

pasos auténticos en Vicente de Beauvais (l. XXX c. 144, y el protonotario Ojerio (apud Wading, A. D. 1873, núm. 4). *

(22) Rasguea Nicetas el retrato de los Francilatinos con mano preocupada y rencorosa ουδεν των αλλων εθνων εις Αρεος εργα παραστμβεβλησθαι ηνειχοντο, αλλ' ουδε τις των χαριτων η των μουσων παρα τοις βαρβαροις τουτοις επεξενιζετο, κα' παρα τουτο οιμαι την φυσιν ησαν ανημεροι, και τον χολον ειχον του λογου προτρεχοντα. (p. 731. redit. Bek.)

(23) Empiezo aquí á ir usando con desahogo y confianza, en ocho libros de la Historia de C. P., bajo el imperio de los Franceses, que compuso Ducange á continuacion de Villeharduino, la cual con su estilo bárbaro, merece las alabanzas de obra original y aun clásica.

(24) En la contestacion de Calo-Juan al papa, hallamos sus demandas y quejas (Gesta Inocent. III. c. 108, 109.); amábanle en Roma, como al Hijo Pródigo.

(25) Eran los Comanos, una ranchería tártara ó turcomana, quienes

sut, nota sobre le Beau, vol. XVII. páj. 189. Anuncia M. Brosset una edicion completa de la obra, habiendo M. Buchart, publicado correctamente su primer libro, en el orijinal griego, para componer en parte la nueva serie de los historiadores Bizantinos. — M.

(*) En las revoluciones de Trebizonda, bajo el último imperio hasta aquel período, véase Talmerayer, Gessichte de Kaiurehums son Traperant, ch. III. La esposa de Manuel huyó, con sus niños rapazuelos y el tesoro, del encono empedernido de Isaac Anjelo. Conjetura Talmerayer que su llegada habilitó á los Griegos de aquel país, para contrarestar al formidable Thanar, la reina Jeorjiana de Tefblis p. 42. Fueron planteando un señorío por las orillas del Tasis, mal advertido por el gobierno, desquiciado de Isaac, quien no alcanzó á refrenarlo. En la toma de Constantinopla por los Latinos acudieron muchos fugitivos al amparo de Alexio, quien siempre habia retenido los dictados de Cesar y Βασιλεὺς. Entonces fijó el solar de su imperio en Trebizonda, mas sin desprenderse jamás de sus pretensiones al trono Bizantino, c. III. Segun Talmerayer vino con esto á formar un trance triunfante, como enarbolando su dictado de Alexio I. Desde la publicacion de M. Talmerayer (Munchen, 1827) ha impreso M. Tatel, al fin de su opúsculo de Curstailsio una crónica curiosísima de Trebizonda por Miguel Panotetas (Francford, 1837). Trae la sucesion de los emperadores, con varias circunstancias apreciables sobre sus guerras, con diferentes potencias mahometanas. †

(†) El sucesor de Alexio fué su yerno, Andrónico I de la alcurnia Comneno, apellidado Sidon. Mediaron cinco sucesiones entre Alexio y Juan, segun Talmerayer, p. 103. Entraron las tropas de Trebizonda por Dschelaledin el Carmonio contra Alaiedin el sultan Seljukio de Ram, pero en concepto de aliados y no de vasallos, p. 107, y despues de la derrota del primero fué cuando auxiliaron al segundo. Forcejea en vano Talmerayer, tras el disimulo de la sujecion de los Comnenos al sultan, p. 176 — M.

lindaban acampados, en los siglos XII y XIII, con la Moldavia. Eran por lo mas paganos, pero algunos musulmanes, y toda la chusma se cristianó (A. 8. 1370.) á impulsos de Luís, rey de Hungría.

(26. Nicetas, por ignorancia ó malicia, achaca la derrota á la cobardía de Dandolo (p. 383.); pero Villeharduino alterna en su gloria con su amigo venerable, qui viels home ere et gote ne veoit, mais mult ere sages et prous et vigueros (núm. 193.).*

(27) La verdad jeográfica y el resto original de Villeharduino (núm. 174.) colocan á Rodosto como á tres jornadas de Andrinópolis, pero Vigenere en su version, ha sustituido disparatadamente *tres horas*, y este yerro, corregido ya por Ducange, ha enmarañado á varios modernos, cuyos nombres quiero transponer.

(28) El reinado y paradero de Balduino, estan referidos en Villeharduino y en Nicetas (p. 386—416); cuyas omisiones suple Ducange, en sus Observaciones, hasta el fin del primer libro.

(29) En aventando toda circunstancia dudosa é inverosímil, nos cabe comprobar la muerte de Balduino. 1. Con la creencia terminante de los barones franceses (Villeharduino, núm. 230.). 2. Con la declaracion del mismo Calo-Juan, quien le disculpa la intencion del emperador, quia debitum carnis exsolverat; cum carcere teneretur (Gesta Inocentii. c. 108.)**

(30) Véase la historia del impostor, por los escritores franceses y flamencos en Ducange, Hist. de C. P. III. 9. y las patrañas absurdas que se estuvieron creyendo por los monjes de San Albano, en Mateo de París, Hist. Major, p. 271, 272.

(31) Villeharduino, núm. 237. Cito con pesar terminacion tan lastimosa, donde perdemos á un mismo tiempo la historia original y las ilustraciones de Ducange; algun vislumbre refleja sobre las páginas postreras de las dos cartas de Enrique al papa Inocencio III (Gesta, c. 106, 107.).***

* Gibbon en mi concepto trasentendió el paso de Nicetas, pues dice, que el quebranto principal y de trascendencia, fué móvil de cuantas desdichas vinieron á padecer los *Romanos*; esto es, Bizantinos. Viene á ser un disparo maligno y triunfal.

** Cotéjese por Raumer, Gechichte del Hohentausen, vol. III. p, 237. M. Petitet en su prólogo á Villeharduino, en la coleccion de Memorias relativas á la historia de Francia, tom. I. p. 85 manifiesta su creencia, en cuanto á la primera parte de « la leyenda trájica. » — M.

*** No medió batalla, pues al avanzar los Latinos, Juan dió atropelladamente al través con sus reales, y se retiró; y los Latinos miraron como milagroso aquel rescate. Apunta Le Beau la probabilidad de que el servicio de los

(32) Vivia el mariscal en 1212, pero murió probablemente luego despues, sin regresar á Francia. (Ducange, Observaciones sobre Villehardiuino, p. 238.). En feudo de Meninopolis, don de Bonifacio, era la antigua Maximianopolis floreciente en tiempo de Amiano Marcelino, corta las ciudades de Francia (núm. 161.).

(33) Los canónigos del santo Sepulcro, eran los capellanes de aquella iglesia del patron de Tesalónica, que atesoraba un óleo divino, que destilaba diariamente sumos portentos. (Ducange, Hist. de C. P. II. 4.).

(34) Aropolita (c. 17.) advierte la persecucion del legado, y la toleraucia de Enrique (Ἐρη ó como le llama él κλυδωνα κατεϛορεσε.

(35) Véase en Ducange el reinado de Enrique (Hist. de C. P. I. 1. c. 35—41. I. II. c. 1—22) que debe muchísimo á las cartas de los papas. (Le Beau Hist. de Bas-empire, tom. XXI. p. 120—122) balló tal vez en Doutreman; algunas leyes de Enrique, quien deslindó la servidumbre de los feudos, y las prerogativas del emperador.

(36) Acropolita (c. 14.) afirma, que Pedro de Cnrtenay murió por la espada (ϛργον μαχαιρας γενεσθαι:); mas por sus espresiones enmarañadas, vengo á inferir un cautiverio anterior, ὡς παντας αρδην δεσμωτας συν πασ σκευεσι. * la crónica de Auxerre atrasa la muerte del emperador hasta el año 1219; y Auxerre casi linda con Curtenay.

(37) Véase el reinado y muerte de Pedro de Curtenay en Ducange (His. de C. P. lib. 11. c. 22—28) quien débilmente se esmera en disculpar al tracuerdo del emperador por el papa Honorio III.

(38) Marino Sanuto (Secreta Fidelium Crucis, l. II. p. IV. c. 18. p. 73.) se paga tantísimo con este hecho sangriento, que lo ha colocado al márgen como bonum exemplum. Mas reconoce á la señorita por esposa legítima de Roberto.

(39) Véase el reinado de Roberto en Ducange (Hist. de C. P. lib. III. c 1—42.).

(40) Rex igitur Franciæ, deliberatione habita, respondit nuntiis, se daturum hominem Siriæ partibus aptum; in armis probum (*preux*), in bellis securum, in agendis providum, Johannem comitem Bremensem. Sanut. Secreta Fidelium, l. III. p. XI. c. 4. p. pag. 203. Mateo de París.

(41) Giannone (Historia Civile, tom. II. l. XVI. p. 380—383) de-

Comanos que por lo mas se marchaban á los primeros ardores del estío, pudo ocasionar la huida de los Prólogos. Nicetas c. 8, Villehardiuino, c. 225. Le Beau, vol. XVII. p. 342. — M.

* Prescindiendo del hecho, esto cabe á duras penas en las expresiones del Acropolita. — M.

sentraña el desposorio de Federico II. era la hija de Juan de Brienne, y la incorporacion doble de las coronas de Nápoles y de Jerusalen. *

(42) Acropolita, c. 27. Niño era á la sazon el historiador educado en Constantinopla. En 1233, siendo de once años, su padre rompió la cadena latina, dejó un caudal grandioso, y huyó á la corte de Niza, donde su hija se encumbró hasta lo sumo.

(43 Felipe Monskes, obispo de Turnay (A. D. 1274—1282) compuso un poema, ó mas bien una serie de versos, en flamenco y francés ramplon, sobre los emperadores latinos de Constantinopla, publicado por Ducange, alfin de su Villeharduino; véase la p. 224. sebre las proezas de Juan de Brienne.

N' Aie, Ector, Roll' ne Ogier
Ni Judas Machabeus li fier
Tant ne fit d'armes en estors
Com fist il Rois Jehans cel jors
Et il defors et il dedans
La paru sa force et ses sens
Et li ardiment qu'il avoit.

(44) Véase el reinado de Juan de Brienne en Ducange, Hist. de C. P. l. III. c. 13—26.

(45) Véase el reinado de Balduino II., hasta su espulsion de Constantinopla en Ducange. Hist. de C. P. l. IV. c. 1—34. el fin l. V. c. 1—33.

(46) Refiere Mateo de París las dos visitas de Balduino á la corte inglesa p. 396, 637, su regreso á Grecia armata manu, p. 407; sus cartas de su número formidable, etc. p. 481. (paso que Ducange traspuso); espulsion, p. 850.

(47) Luís IX desaprobóy atajó la enagenacion de Curtenay (Ducange, l. IV. c. 23.). En el dia se halla incorporado con el patrimonio real, pero concedido á cierto plazo (*engagé*) á la familia de Boulainvillers. Curtenay en la eleccion de Nemours en la isla de Francia, es pueblo de 900 moradores, con los restos de un castillo (Melanges tirés d' une grande Bibliotèque, tom. XIV. p. 74—77.).

(48) Joinville, p. 104, edit. du Louvre. Un príncipe Comano, que

* Juan de Brienne, electo emperador en 1229, estuvo empleando hasta dos años en preparativos, sin llegar á Constantinopla hasta 1231. Se le pasaron luego otros dos años en inaccion desairada, y entonces salió en alguna espedicion ineficaz. Constantinopla no quedó sitiada hasta 1234. — M.

falleció sin bautismo, fue enterrado á las puertas de Constantinopla, con una comitiva de esclavos y caballos en vida.

(49) Sanut. Secreta. Fidel. Crucis, l. II. p. IV. c. 18. p. 73.

(50) A las voces *Perparo*, *Perpera*, *Hyperperum*, se queda Ducange escaso y fofo: Monetæ genus. De un paso estragado de Gunthero (Hist. C. P. c. 8. p. 10.), rastreó que Perpera venia á ser el nummus aureus, la cuarta parte de un marco de plata, y del valor de unos cincuenta reales de vellon. En plomo seria demasiado baladí.

(51) Sobre la traslacion de la corona santa de Constantinopla á París, véase á Ducange (Hist. de C. P, l. IV. c. II.—14. 24. 35.) y Fleury (Hist. Eccles. tom. XVII. p. 201—204.).

(52) Melanges tirés d'une grande Bibliotèque, tom. XLIII, p. 201—203. El Facistol de Boileau desentraña el interior, alma y régimen de la *Santa Capilla*; y se han recogido varios hechos relativos á su instituto, y glosados por Brosset y San Marc.

(53) Se realizó. A. D. 1656. 24 de marzo con la sobrina de Pascal, y aquel ingenio descollante, Arnauld y Nicole, etc. lo estuvieron presenciando, para creer y atestiguar un milagro que arrolló á los Jesuitas y salvó á Port-Royal (Oeuvres de Racin, tom. VI. p. 176—187 en su Historia elocuente de Port-Royal.

(54) Voltaire (Siecle de Luís XIV. c. 37. Oeuvres tom. IX. p. 178, 179) se empeña en desautorizar el hecho: pero Hume (Essays, vol. II. p. 483, 484.) con mas tino y éxito, se apodera de la batería y asesta sus piezas contra el enemigo.

(55) El menoscabo sucesivo de los Latinos se va rastreando en los libros tercero, cuarto, y quinto de Ducange, pero cercena varias circunstancias de las conquistas griegas, que se pueden ira copiando por la historia mas estensa del Acropolita, y los tres libros primeros de Nicéforo Gregoras, dos escritores de la serie Bizantina, á quienes cupieron en suerte doctos editores, Leon Alacio en Roma y Juan Boivien en la academia de inscripciones de París.

(56) Jorge Acropolita, c. 78. p. 89, 90. edit de París.

(57) Los Griegos, socorridos con todo auxilio advenedizo, revocan la alianza y ayuda de los Genoveses; pero el hecho se comprueba con el testimonio de J. Villani (Chaon. l. VI. c. 71, in Muratori, Scrip. Rerum Italicarum, tom. XIII. p. 202, 203.) y Guillermo de Nangis (Annales de san Luís, p. 248. en el Joinville del Louvre) dos estranjeros imparciales; y Urbano IV amenazó con privar á Génova de su arzobispo.

(58) Hay que esmerase en hermanar guarismos discordes; los 800 soldados de Nicetas, los 25.000 de Spandugino (en Ducange l. V. c. 24); los Griegos y Escitas de Acropolita, y la hueste grandiosa de Mi-

guel en las cartas del papa Urbano IV. (l. 129.).

(59) Δεληματαριοι. Paquímero los nombra y describe (l. II. c. 14.)

(60) Es por demás el andar siguiendo á estos Comanos por los páramos de Tartaria, ó sean de Moldavia. Parte de la ranchería se avasalló á Juan Vataces, planteada probablemente para semillas, por algunas malezas de Tracia (Cantacuzeno, l. 1. c. 2.).*

(61) Los Latinos hablan compendiosamente de su pérdida de Constantinopla, pero los Griegos la refieren mas holgadamente; entre ellos el Acropolita (c. 81) Paquímero (l. II. c. 26. 27) Nicéforo Gregoras (l. IV. c. 1. 2.) Véase á Ducange, Hist. de C. P. l. V. c. 19.—27).

(62) Véanse los tres libros últimos (l. V—VIII) de Ducange, con sus tablas jenealójicas. En el año de 1382, el emperador titular de Constantinopla era Jaime de Baus, despues de Andria en el reino de Nápoles, hijo de Margarita, hija de Catalina de Valois, hija de Catalina, hija de Balvino II (Ducange l. VIII, c. 37, 38). No consta que dejase posteridad.

(63) Abulfeda, quien presenció la terminacion de los Cruzados, habla del reino de los Francos y del de los Negros, como igualmente desconocidos. (Prolegom. ad Geograph.). Si no menospreciara el idioma latino, cuan obviamente pudiera el príncipe Siríaco hallar libros é intérpretes.

(64) Huet nos da una razon volandera de aquellas versiones del griego en latin (De interpretatione et de claris interpretibus, p. 131—135. Máximo Planudes, monje de Constantinopla (A. D. 1327—1353), tradujo los Comentarios de César, el Sueño de Escipion, las Metamorfosis y las Heroidas de Ovidio, etc. (Fabric. Biblioth. Græco, tomo X. p. 133.

(65) Los molinos de viento, inventados primitivamente en el país sequísimo del Asia Menor, eran ya corrientes con Normandía por los años de 1105 (Vida privada de los Franceses, tomo 1. p. 42, 43, (Ducange, Gloss. Lat. tomo IV, p. 471).

(66) Véanse los lamentos de Rojer Bacon (Biographia Británica, vol. I. p. 418, edicion de Kippi). Si el mismo Bacon, ó Gerbert entendian *algun tanto* el griego, eran algunos portentos, sin roce alguno con los levantinos.

(67) Tal era la opinion del gran Leibnitz (Oeuvres de Fontenelle,

* Segun varias autoridades, particularmente Abulfaraje, Chron. Arab, p. 336. Los Griegos se valieron de aquel ardid para apocar la guarnicion de Constantinopla. El caudillo griego brindó con la rendicion al asomo de los Venecianos.

tomo V. p. 458), muy enterado en la historia de la edad media. Tan solo citaré el ejemplar de la alcurnia de los Carmelitas, y el vuelo de la casa de Loreto, descendientes al par de Palestina.

(68) Si coloco á los Sarracenos entre los bárbaros, es tan solo con relacion á las guerras, ó mas bien correrías por Italia y Francia, sin mas intento que el de piratear y asolar.

(69) Sobre este asunto interesante de la civilizacion europea vislumbro desde luego algunos detalles desde la misma Escocia; pero moderadamente me empleo en vitorear los esclarecidos nombres de Hume, Robertson y Adan Smith. *

(70) He acudido, sin vincularme, A la *Historia Jenealójica de la alcurnia esclarecida* de Curtenay, por Ezra Cleveland, ayo del señor Guillermo de Curtenay y *Hector* de *Honiton*, *Exon* 1735, en folio. Esta primera parte se ha sacado de Guillermo de Tiro, la segunda de Brucher, historia de Francia, y la tercera de varios documentos, ya públicos, provinciales ó privados, de los Curtenays de Devonshire. El Rector de Honiton se precia mas de agradecido que de esmerado y de progresivo que de crítico.

(71) El apunte primitivo del linaje, es un paso del continuador de Aimoin, un monje de Fleury, que escribió en el siglo XII. Véase su crónica, en los historiadores Franceses, (tomo XI, p. 276)

(72) Torbesal, ó como ahora se espresa, Telbesher, se deslinda en d'Anville ó veinte y cuatro millas del gran tránsito del Eufrates por el Zeugma.

(73) Asoma su posesion en los *Assizes* de Jerusalen (c. 326) entre los feudos del reino, que debieron recopilarse entre los años de 1153 y 1187. Se halla su alcurnia en los lindes de Ultramar c. 16.

(74) El salteamiento y complacencia de Reinaldos de Curtenay, están colocados trastornadamente en las cartas del abad y rejente Giher (CXIV, CXVI) los mayores documentos de aquel tiempo (Duchesne, Script. Hist. Franc. tomo IV p. 130).

(75) Al principio del siglo XI, despues de nombrar al padre y al abuelo de Hugo Capeto, el monje Glaber tiene que añadir cujus genus valdi in ante reperitur obscurum. Sin embargo consta que el abuelo de Hugo Capeto era Rodrigo el fuerte, conde de Anjú (A. D. 863—873)

(*) Sobre las consecuencias de los cruzados, cotéjese el ensayo muy apreciable de Hecun, el de Choiseul d'Aillencourt y el capítulo de M. Forster sobre el Mahometismo desembozado. Me cabe encarecer la erudicion de aquel escritor, y sin que celebrando su esmero me arrebate tras soñadas teorías de inspiracion profética.—M

un franco hidalgo de Neustria, Neustrica.... generosæ stirpis, muerto en defensa de su patria contra los Normandos, dum patriæ fines tuebatur. Mas allá de Roberto pasa ya todo en fábula ó conjetura, es probable que la tercera alcurnia descendia de la segunda por Childebrando, hermano de Cárlos Martel. Patraña desatinada que la segunda alcurnia se entroncaba con la primera, con el enlace de Amberto, senador romano y antecesor de San Arnul, con Blitilde, hija de Clotario I. El oríjen Sajon de la casa de Francia, es opinion antigua, pero increible. Véase una memoria sensata de M. de Foncemagne (Memorias de l'Academie des Inscriptions, tomo XX. p. 548—579. Ofreció manifestar su opinion en otra memoria que jamás ha salido á luz.

(76) Entre las varias peticiones, apolojías, etc. publicadas por los *príncipes* de Curtenay, he visto las tres siguientes, todas en 8.° 1. De Stirpe et Origine Domus de Curtenay: addita sunt Responsa celeberrimorum Europaæ Jurisconsultorum: París 1613. 2. Representation du Procédé tenu á l'instance faite devant le Roi, par Messieurs de Curtenay, pour la conservation de l'Honneur et Dignité de leur Maison, branche de la Maison Royale de France; á París, 1612. 3. Representation du subject qui á porté Messieurs de Salles et de Fraville, de la Maison de Courtenay, á se retirer hors du Royaume, 1614. Mediaba un homicidio, por el cual estaban los Curtenays solicitando influjo, ó bien encausados como príncipes de la sangre.

(77) El Thuano espresa del modo siguiente el concepto de los parlamentos: Principis nomen nusquam in Gallia tributum, nisi iis qui per mares e regibus nostris originem repetunt: qui nunc tantum á Ludovico nono beatæ memoriæ numerantur: nam *Cortinæi* et Drocenses, á Ludovico crasso genus ducentes, hodie inter eos minime recensentur. Distincion mas bien espedita que cabal. No podia la santidad de Luís IX revestirle de prerogativa especialísima, y todos los dencendientes de Hugo Capeto debian incluirse en el contrato fundamental con la nacion francesa.

(78) El postrer varon de los Curtenays, fué Cárlos Roger, quien falleció en 1830 sin hijo alguno. La última hembra fué Elena de Courtenay, casada con Luís de Beaufremont. Su dictado de princesa de la sangre real de Francia, quedó abolido (7 de febrero de 1737) por sentencia del parlamento de París.

(79) El paso singularísimo; á que aludo, se halla en el Recueil des Preces interessantes et peu connues (Maesttrich, 1786 en 4 tom. en 12°) y el editor desconocido cita á su autor, quien lo habia recibido de Elena de Curtenay, marquesa de Beaufremont.

(80) Dugdale, Monasticon Anglicanum, vol. 1. p. 786. Mas esta pa-

traña debió fraguarse antes del reinado de Eduardo III. La devocion dadivora de las tres primeras generaciones á la Abadía de Fort, pasó luego en opresion por una parte, é ingratitud por la otra; y á la sexta generacion, los monjes ya no repitieron ni nacimientos, ni gestiones, ni fallecimientos de sus patronos.

(81) En su Britannia, con la lista de los condes de Devoushire. La espresion, é regio sanguine ortos credunt, está sin embargo desembozando alguna duda ó sospecha.

(82) Con su Baronage, P. I. p. 634, se refiere á su propio Monasticon. No enmendando los registros de la Abadía de Fort, y anonadando el trampantojo de Floro, ¿en qué viene á quedar el testimonio indisputable de los historiadores franceses?¡

(83) Además del tercero y apreciabilísimo libro de Chaveland en su Historia * he acudido á Dugdale, el padre de nuestra ciencia jenealógica. Baronaje: P. I. p. 634—643.

(84) Esta gran familia, de Ripuariis, de Redvers, de Rivers finó en tiempo de Eduardo IV, con Isabel de Fortibus, viuda célebre y poderosa, que sobrevivió muchísimo al hermano y al marido (Dugdale, Baronaje. P. I. p. 254—258.

(85) Chavelard, p. 152. Lo atribuyen algunos á Rivers, conde de Devon; pero su inglés corresponde mas bien al siglo quince que al trece.

(86) ¡ *Ubi lapsus* ! ¿ *Quid feci*? Lema que tal vez prohijó la rama de Powderham, tras el malogro del condado de Devonshire, etc. Las armas primitivas de Curtenay eran, *or*, *tres*, *torteux*, *gules*, que al parecer denotan su entronque con Godofredo de Bullon, y los Condes antiguos de Bulogne.

FIN DEL TOMO VII.

INDICE

de las materias contenidas en este tomo.

CAPITULO LIII. Estado del imperio oriental en el décimo siglo. — Su estension y division. — Su riqueza y rentas. — Palacio de Constantinopla. — Dictados y empleos. — Boato y poderío de los emperadores. — Táctica de Griegos, Arabes y Francos. — Cesacion de la lengua latina. — Estudios y soledad de los Griegos. 5

Capitulo liv. Oríjen y doctrina de los Paulinos. — Su persecucion por los emperadores Griegos. — Rebelion en Armenia etc. — Traslacion á la Tracia. — Propagacion por el Occidente. — Semilla, índole y resultas de la reforma. 49

Capitulo lv. Los Búlgaros. — Oríjen, vaivenes y establecimiento de los Húngaros. — Sus correrías por Levante y Poniente. — Monarquía Rusa. — Jeografía y Comercio. — Guerras de los Rusos con el Imperio Griego. — Conversion de los Bárbaros. 67

Capitulo lvi. Sarracenos, Francos y Griegos por Italia. — Primeras aventuras y establecimiento de los Normandos. — Indole y conquistas de Roberto Guiscard, duque de Apulia. Rescate de la Sicilia por su hermano Roger. — Victorias de Roberto sobre los emperadores de Oriente y de Occidente. — Roger rey de Sicilia invade el Africa y la Grecia. — El emperador Manuel Comneno. — Guerras de Griegos y Normandos. — Estincion de los Normandos. 100

Capitulo lvii. Los Turcos de la alcurnia de Seljuk. — Su rebelion contra Moahmed conquistador del Indostan. — Togrul sojuzga á la Persia y escuda á los califas. — Derrota y cautiverio del emperador Romano Diójenes por Alp Arslan. — Poderío y magnificencia de Maleck Shah. — Conquista del Asia menor y la Siria. — Estado y opresion de Jerusalen. — Peregrinaciones al santo Sepulcro. 155

Capitulo lviii. Oríjen y número de la primera cruzada. — Indole de los príncipes latinos. — Su marcha á Constantinopla. — Política del emperador griego Alexio. — Conquista de Niza, Antioquía y Jerusalen, por los Francos. — Rescate del santo Sepulcro. — Godofredo de Bullon primer rey de Jerusalen. — Instituciones del reino francés ó latino. . 189

Capitulo lix. Conservacion del Imperio Griego. — Número, tránsito y paradero de la segunda y tercera cruzada. — San Bernardo. — Reinado de Saladino en Ejipto y en Siria. — Su conquista de Jerusalen. — Cruzadas navales. — Ricardo I de Inglaterra. — Papa Inocencio III. — La cuarta y quinta cruzada. — El emperador Federico II. — Luís IX de Francia, y las dos últimas cruzadas. — Espulsion de los Latinos ó Francos por los Mamelucos. 249

Capitulo lx. Cisma entre Griegos y Latinos. — Estado de Constantinopla. — Rebeldía de Búlgaros. — Isaac Anjelo destrozado por su hermano Alexio. — Oríjen de la cuarta cruzada. — Alianza de Franceses y Venecianos con el hijo de Isaac. — Su espedicion á Constantinopla. — Los dos sitios y conquista final de la ciudad por los Latinos. . . 292

Capitulo lxi. Particion del imperio entre Franceses y Venecianos. — Cinco emperadores Latinos de la alcurnia de Flandes y de Curtenay. — Sus guerras contra Búlgaros y Griegos. — Mengua y desamparo del Imperio Latino. — Recobro de Constantinopla por los Griegos. — Resultas jenerales de las cruzadas. 335

FIN DEL INDICE DEL TOMO VII.

INDICE

de las materias contenidas en este tomo.

CAPITULO LIII. Estado del imperio oriental en el décimo siglo. — Su estension y division. — Su riqueza y rentas. — Palacio de Constantinopla. — Dictados y empleos. — Boato y poderío de los emperadores. — Táctica de Griegos, Arabes y Francos. — Cesacion de la lengua latina. — Estudios y soledad de los Griegos. 5

CAPITULO LIV. Orijen y doctrina de los Paulinos. — Su persecucion por los emperadores Griegos. — Rebelion en Armenia etc. — Traslacion á la Tracia. — Propagacion por el Occidente. — Semilla, índole y resultas de la reforma. 40

CAPITULO LV. Los Búlgaros. — Orijen, vaivenes y establecimiento de los Húngaros. — Sus correrías por Levante y Poniente. — Monarquía Rusa. — Jeografía y Comercio. — Guerras de los Rusos con el Imperio Griego. — Conversion de los Bárbaros. 67

CAPITULO LVI. Sarracenos, Francos y Griegos por Italia. — Primeras aventuras y establecimiento de los Normandos. — Índole y conquistas de Roberto Guiscard, duque de Apulia. Rescate de la Sicilia por su hermano Roger. — Victorias de Roberto sobre los emperadores de Oriente y de Occidente. — Roger rey de Sicilia invade el Africa y la Grecia. — El emperador Manuel Comneno. — Guerras de Griegos y Normandos. — Estincion de los Normandos. 100

CAPITULO LVII. Los Turcos de la alcurnia de Seljuk. — Su rebelion contra Moahmed conquistador del Indostan. — Togrul sojuzga á la Persia y escuda á los califas. — Derrota y cautiverio del emperador Romano Diójenes por Alp Arslan. — Poderío y magnificencia de Maleck Shah. — Conquista del Asia menor y la Siria. — Estado y opresion de Jerusalen. — Peregrinaciones al santo Sepulcro. 155

CAPITULO LVIII. Orijen y número de la primera cruzada. — Índole de los príncipes latinos. — Su marcha á Constantinopla. — Política del emperador griego Alexio. — Conquista de Niza, Antioquía y Jerusalen, por los Francos. — Rescate del santo Sepulcro. — Godofredo de Bullon primer rey de Jerusalen. — Instituciones del reino francés ó latino. . 180

CAPITULO LIX. Conservacion del Imperio Griego. — Número, tránsito y paradero de la segunda y tercera cruzada. — San Bernardo. — Reinado de Saladino en Ejipto y en Siria. — Su conquista de Jerusalen. — Cruzadas navales. — Ricardo I de Inglaterra. — Papa Inocencio III. — La cuarta y quinta cruzada. — El emperador Federico II. — Luis IX de Francia, y las dos últimas cruzadas. — Espulsion de los Latinos ó Francos por los Mamelucos. 249

CAPITULO LX. Cisma entre Griegos y Latinos. — Estado de Constantinopla. — Rebeldía de Búlgaros. — Isaac Anjelo destrozado por su hermano Alexio. — Orijen de la cuarta cruzada. — Alianza de Franceses y Venecianos con el hijo de Isaac. — Su espedicion á Constantinopla. — Los dos sitios y conquista final de la ciudad por los Latinos. . . . 292

CAPITULO LXI. Particion del imperio entre Franceses y Venecianos. — Cinco emperadores Latinos de la alcurnia de Flandes y de Curtenay. — Sus guerras contra Búlgaros y Griegos. — Mengua y desamparo del Imperio Latino. — Recobro de Constantinopla por los Griegos. — Resultas jenerales de las cruzadas. 335

FIN DEL INDICE DEL TOMO VII.

A 035(312)/204-7

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

600159924

1253703 9X